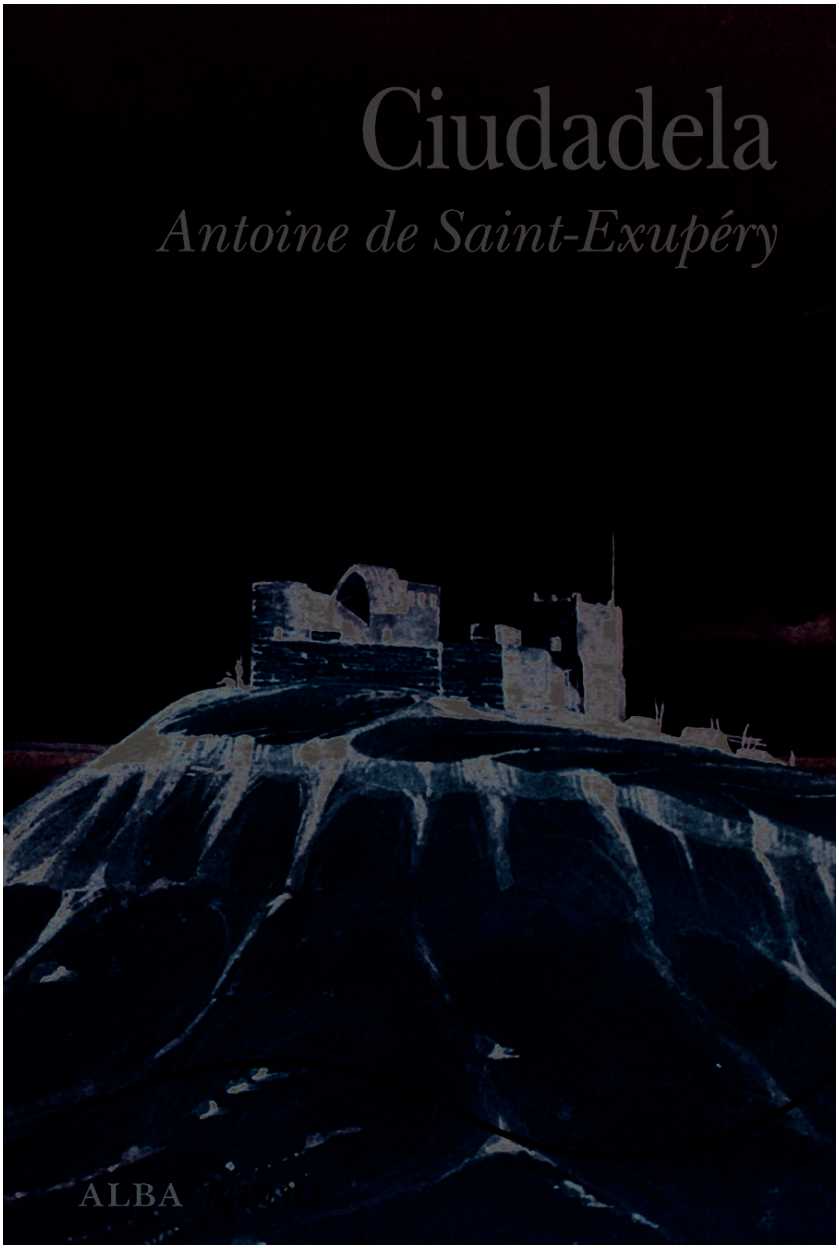
Ciudadela

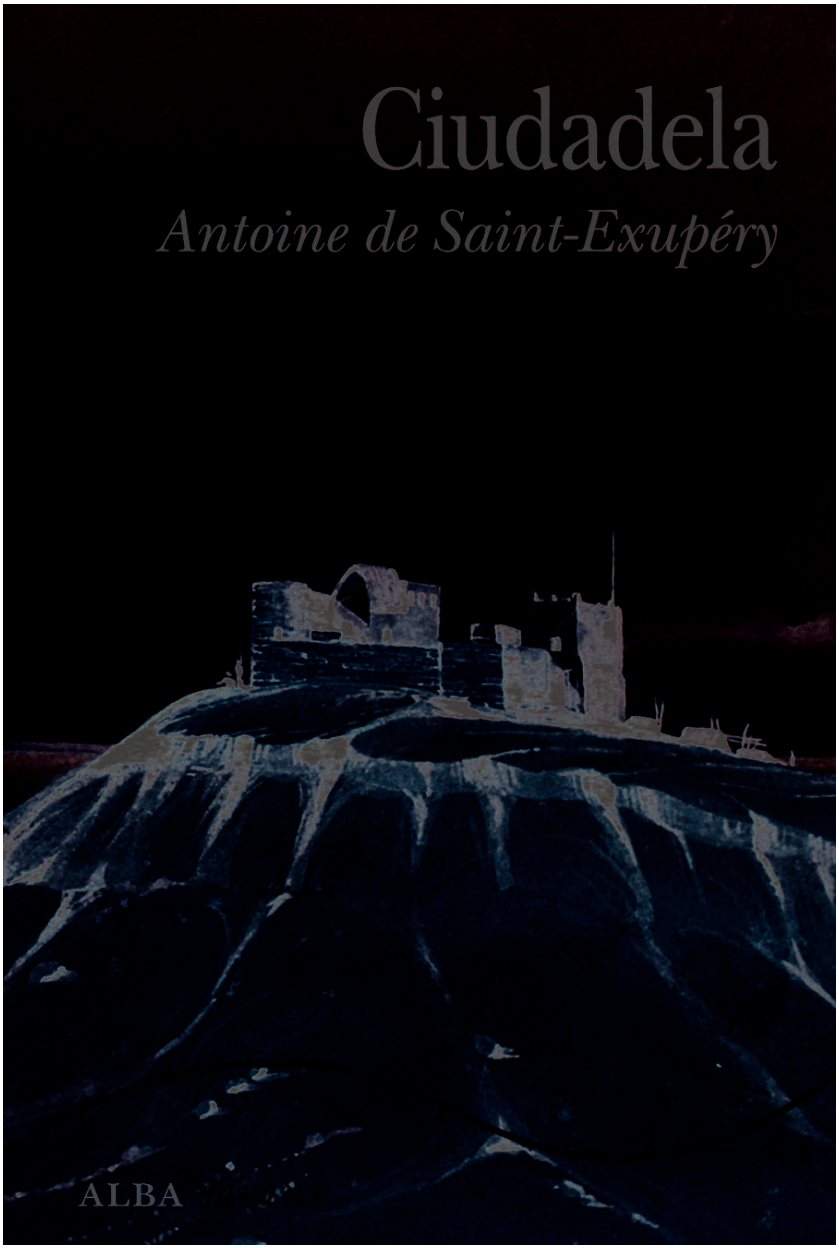
Antoine de Saint-Exupéry



ALBA

Ciudadela

Antoine de Saint-Exupéry



ALBA

Antoine de Saint-Exupéry

Ciudadela

Traducción

Hellen Ferro

Prólogo

Horacio Vázquez-Rial

ALBAminus

Antoine de Saint-Exupéry y Ciudadela

El 31 de julio de 1944, Antoine de Saint-Exupéry desapareció para siempre en el mar. Había despegado del aeropuerto de Borgo, en Córcega, a las 8.30, para llevar a cabo un vuelo de reconocimiento.

Blas Matamoro, en su libro Saint-Exupéry, el principito en los infiernos, recoge el relato de las circunstancias de aquella mañana que, en su día, realizó André Maurois: «Sus camaradas de escuadrilla, reunidos en el comedor, miraban sus relojes. No tenía más que una hora de gasolina. A las 11.30 no quedaba ninguna esperanza. Todos permanecieron largo rato silenciosos. Después, el jefe dijo a un aviador: "Proseguirá usted la misión del comandante De Saint-Exupéry". Aquello terminaba como una novela de Saint-Exupéry y se la imaginaba perfectamente; escaso de gasolina y también de esperanza, subiendo, como uno de sus héroes, hacia algún campo celeste, totalmente balizado de estrellas». Y es que sus novelas terminan siempre como terminan las historias de los hombres cuando viven su vida con los ojos abiertos.

Ese final, así expuesto, pone ante el espectador todas las imágenes de Saint-Exupéry: el soldado y el narrador, el trabajador de la materia y el trabajador del espíritu.

La obra de Saint-Exupéry, una extensa reflexión sobre la fe y sobre el sentido de la acción humana, obliga a ver en él a un hombre de palabra. Su vida, que es la de un misionero del progreso, obliga a representárselo como una suerte de soldado. Es posible, y el lector de Ciudadela se ve inevitablemente inclinado a suponerlo así, que él deseara, como Esquilo y como Garcilaso, ser recordado sobre todo en esta condición, la de soldado. A Esquilo le acerca la pretensión de «instruir al pueblo», según el dicho aristofánico, amén de la constante presencia, en todos sus libros, de una tensión –esencialmente poética– entre las pruebas más feroces del destino y una fe, en última instancia fuente de optimismo, que deviene racional a partir de la aceptación de unos postulados, unos modelos de conducta, que no son sino la forma actual, implícita en lo

subconsciente, de los mitos antiguos. De Garcilaso le separa, sin embargo, su valoración de lo épico.

La fusión en un solo personaje de escritor, profesor y mílite, que en el caso de Saint-Exupéry es absoluta, le aproxima decididamente a Ignacio de Loyola. La comparación puede parecer excesiva, pero solo lo es una dirección: el conocimiento de nuestro autor no basta a explicar a Loyola, pero una lectura estructural del santo, como la propuesta en su momento por Roland Barthes, echa abundante luz sobre el texto de Ciudadela, obra inconclusa, ciertamente, de publicación póstuma, pero a la cual, sin duda, apunta todo el discurso literario de Saint-Exupéry.

La vida, la obra

Antoine Jean-Baptiste-Marie-Roger de Saint-Exupéry nace en Lyon el 29 de junio de 1900. Su familia pertenece a la nobleza de Limoges: de niño le apodan «el Rey Sol», y siempre será señalado por su actitud aristocrática, no exenta de desdén por los asuntos menudos de los hombres y por los trabajos corrientes: él necesita tareas superiores en que alcanzar la excelencia, pero en la sociedad industrial en que le toca vivir no hay ya honras de damas que defender ni griales santos que hallar. Al héroe de un tiempo tal no cabe proponerle otras metas que el arte o el progreso, y Saint-Exupéry abraza las dos.

Narra su descubrimiento de la aviación, del vuelo, en 1926, en una carta a su amiga Renée de Saussine, diciendo que se trata de «otra cosa, algo inexplicable, una especie de guerra...». Es el año de la publicación de su primer relato, El aviador, en Le navire d'argent, y de su ingreso en la empresa aeronáutica Latecoère, donde conoce a los pioneros Vacher, Jean Mermoz, Guillaumet, Estienne y Lescrivain, que serán sus amigos y los protagonistas de sus historias.

La vida de Saint-Exupéry parece marcada por unos itinerarios que le llevan de un desencanto a otro. Primero hace una ruta cuyos hitos son Toulouse, Dakar, Cartagena, Málaga, Alicante y Casablanca.

«España no me ha parecido bonita», escribe. En 1927 es jefe de la base aérea de Cap-Juby, en el Marruecos español: «Me aburro como una virgen», apunta. En 1929, su compañía decide crear una subsidiaria en América del Sur, la Aeroposta Argentina, con asiento en Buenos Aires. De esta ciudad, dice en sus cartas que es «otra especie de desierto [...] una ciudad odiosa, sin encantos, sin recursos, sin nada». Y del país: «En la Argentina no hay campiña. Nada. No se puede salir jamás de la ciudad. Fuera de ella solo hay campos cuadrados, sin árboles, con una barraca en el centro y un molino de agua de hierro...». Y un año más tarde: «Este es un país siniestro».

La vida del aviador Saint-Exupéry es otra cosa: él no rechaza lugares ni se queja de situaciones. Ningún sitio debajo del aire es bueno para él, considerado desde su estatura. Pero cuando lo ve desde el aire... «El avión es una máquina, sin duda, ¡pero qué instrumento de análisis!», dice en Tierra de hombres. «Ese instrumento nos permitió descubrir la verdadera faz de la tierra. En efecto, las rutas nos han engañado durante siglos [...] andamos a lo largo de sinuosas rutas. Ellas evitan las tierras estériles, las rocas y las arenas; siguen las necesidades del hombre y van de fuente en fuente. Conducen a los campesinos de sus granjas a las tierras de trigo [...] unen este pueblo con aquel otro para facilitar los matrimonios [...]. De este modo, engañados por sus inflexiones como por otras tantas mentiras indulgentes [...] hemos embellecido la imagen de nuestra prisión [...]. Pero nuestra vida se ha aguzado y hemos cumplido un cruel progreso. Con el avión hemos aprendido la línea recta.»

El escritor Saint-Exupéry deriva del aviador, de esa visión celeste del aviador, que se prolonga como percepción del iniciado durante cierto lapso inmediato al aterrizaje «en la dulzura del día». «Para mí –dice en 1939 a Luc Estang–, volar y escribir son la misma cosa [...]. El aviador y el escritor se identifican en una similar toma de conciencia.» La exaltación de la mirada que proporciona el aire da otro tono a lo real, y el que así se aviene a pisar la tierra aprehende a un tiempo el rumor de las sociedades de los hombres y su propia distancia: «Me arrimo a una fuente. Las ancianas llegan a sacar agua; de sus dramas solo conoceré esos sus movimientos de sirvientas. Un niño, con la nuca en la pared, llora en silencio; solo

subsistirá de él, en mi recuerdo, un hermoso niño para siempre inconsolable. Soy un extranjero. Nada sé. No penetro en sus imperios». Es ya reconocible, en este ser remoto, orgulloso, lúcido o iluminado, la voz del jefe de Ciudadela.

¿Dónde ha adquirido esa voz el narrador constante de Saint-Exupéry? Porque es la misma siempre: la que en las primeras líneas de la primera novela, Correo Sur, dice: «Sobre nuestra frente, aquella luz de lámpara que no entrega objetos pero los compone, alimenta de tierna materia todas las cosas. Bajo nuestros pasos sordos, el lujo de una arena densa. Y caminábamos con la cabeza descubierta, libres del peso del sol», es la que en el comienzo del último libro, Ciudadela, dice: «Pues he visto extraviarse la piedad con demasiada frecuencia. Pero nosotros, que gobernamos a los hombres, hemos aprendido a sondar su corazón para otorgar nuestra solicitud solo al objeto digno de atención». La misma voz durante quince años, dieciocho, los que separan la redacción de Correo Sur, publicado en 1928, de la de Ciudadela, aún sin terminar en 1944. Se reconoce claramente en la obra de 1931, alabada y prologada por André Gide: Vuelo nocturno, compuesta a partir de la experiencia de los vuelos a la Patagonia, en la aborrecida Argentina en que conoce a Consuelo Suncin, viuda de Gómez Carrillo, con la que se casará. Y en Piloto de guerra, aparecida en 1942 en el París ocupado y prohibida por las autoridades alemanas. Y en la Carta a un rehén. Y, desde luego, en El principito: si este es responsable para siempre de lo que ha domesticado, si es responsable de su rosa, el jefe de Ciudadela rinde cuentas a su pueblo diciendo: «Esta mañana podé mis rosales...».

Esa voz no tiene escuela, no es ultraísta, ni surrealista; tampoco futurista. Viene de las lecturas de alrededor de los veinte años: la Biblia –muy especialmente los libros poéticos y sapienciales: Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantares...–, el Zaratustra nietzscheano, tal vez el Corán. Se origina allí y acuerda con un diapasón retórico afín a la épica.

Esa voz que no pertenece a escuela alguna, ni reconoce antecedentes inmediatos, ni resuena plenamente en epígonos importantes, se asemeja, no obstante, llamativamente, a otras que le son contemporáneas: a la de Paul Claudel, sobre todo en Partición

de mediodía –la más laica y, a la vez, más profundamente mística de sus piezas–; a la de Saint-John Perse –adherida a lo versicular, aunque ajustada con perseverancia a los requisitos del heptasílabo–; a la del Bernanos de Los grandes cementerios bajo la luna; a la del Gide de Los alimentos terrestres. No debiera sorprender a nadie el que fuese este último quien extendiera el manto protector de su autoridad y su celebridad sobre Saint-Exupéry, separado de Claudel por Dios, de Perse por los hombres y de Bernanos por la militancia ética. El Dios de Ciudadela poco tiene que ver con el Dios católico de Claudel: es «el nudo esencial de actos diversos», en el mejor de los casos, y un relojero ausente en el peor. Los hombres de Ciudadela, el pueblo del imperio, son los príncipes del exilio que Perse enumera y rechaza, que Perse aparta expresamente de su canto. Una idea ultramontana y regresiva de Europa lleva a Bernanos a alejarse del teatro de la guerra, marchando a Brasil, en tanto Saint-Exupéry reivindica su derecho a participar en una contienda de la que la edad le ha excluido.

Ciudadela

Así como la vida del aviador Saint-Exupéry, vista desde el aire, parece una prolongada preparación para la muerte heroica que finalmente tuvo lugar, la obra del escritor Saint-Exupéry tiende en su conjunto al texto de Ciudadela, con todo lo que este tiene de definitivo. De haber sobrevivido su autor a la guerra, no hubiese sido un libro inconcluso: hubiese soportado correcciones y ajustes, más probablemente recortes que añadidos; pero hubiese sido, de todos modos, el último. No cabe imaginar otros después, tan perfecto resulta en su estructura, síntesis y culminación de un camino místico.

El soldado Saint-Exupéry, aventuré más arriba, tiene un precedente en el soldado San Ignacio. Los dos enfrentaron la existencia como senda de iniciación, los dos atribuyeron el sentido de los actos humanos a un orden dado, los dos organizaron su experiencia, con la pretensión de transmitirla, en una guía para la acción. Ciudadela

comparte buen número de rasgos con los Ejercicios espirituales.

En primer lugar, una característica de la escritura, definida por Barthes para los Ejercicios de Loyola como «ni decorativa ni instrumental, es decir, en suma, secundaria pero previa, antecedente al hombre, al que traspasa, fundadora de sus actos como si fueran inscripciones». Es una escritura que no corresponde medir por sus atributos (rica, sobria, pobre, curiosa...), una escritura en la que «solo cuenta la afirmación de su ser», «su seriedad».

En segundo término, la multiplicidad coincidente de los textos. En los Ejercicios, el discurso que liga a Ignacio con el director, lo literal, se torna, en el plano semántico, en discurso vincular entre el director y el ejercitante, y supone la posibilidad relacional, abierta en ambas direcciones, entre el ejercitante y la divinidad. Son niveles corrientes en el texto pedagógico y en el terapéutico, y se corresponden exactamente con los del discurso del jefe –príncipe, maestro, sanador, sacerdote, demiurgo, administrador espiritual– cuyo desarrollo compone, realiza Ciudadela.

El tercer elemento es el propósito de someter la meditación mística a un trabajo metódico. Loyola lo propone, lo receta, lo sistematiza para la edificación de otros. Saint-Exupéry lo asume y lo experimenta, para narrar la conclusión.

El cuarto nivel es el de la articulación y el posterior ensamblaje. La articulación, que en Loyola adquiere el nombre de discernimiento, es, en palabras de Barthes, una «simple operación, que el mito atribuye al creador del mundo separando el día, la noche, el hombre, la mujer, los elementos y las especies [...] discernir es distinguir, separar, apartar, limitar, enumerar, evaluar, reconocer la función fundadora de la diferencia». La enumeración es un rasgo destacado en la obra de Saint-Exupéry, así como en los autores que he mencionado en su proximidad –Claudel, Perse, Gide– y en poetas de aspiración épica como Neruda o Whitman. En todos ellos, esa enumeración, esa articulación adquiere condición literaria cuando sus partes se reúnen, se ensamblan. En los Ejercicios, el ensamblaje toma la forma de la repetición y la del relato, en tanto que métodos indicados para que el ejercitante acceda a la experiencia. En Ciudadela, el ensamblaje es la revelación de Dios, en tanto que «nudo esencial de los actos diversos».

Por último, y sin agotar con ello los paralelismos posibles, misión y jerarquía son también factores comunes a Loyola y Saint-Exupéry. Pero el santo entiende la misión como acción eficaz sobre las conciencias, dirigida a la conversión, mientras que el escritor, en oposición, la concibe como esfuerzo de autoconstrucción y reforzamiento de lo que el individuo ya es. En cuanto a la jerarquía, en San Ignacio es noción a imponer o acatar; en Saint-Exupéry, es valor a descubrir y realizar en el hombre, que es una «tensión», un «deseo»: la vida, dice, es «estructura, línea de fuerza e injusticia».

La grandeza de Ciudadela, una de las obras mayores de la literatura de este siglo, no se alza ante el lector como un obstáculo. Antes bien, se la lee con placer y facilidad. La prosa de Saint-Exupéry, cuyo anhelo de orden universal no entra en contradicción con las exigencias del temperamento, posee tantas cualidades didácticas como poéticas: resulta un vehículo eficaz de difusión de una idea del mundo, y es eso lo que le ha ganado el favor de millones de lectores.

Horacio Vázquez-Rial

Este texto reproduce fielmente el manuscrito en el cual trabajaba Antoine de Saint-Exupéry en el momento de su desaparición.

Ciudadela

1

Pues he visto extraviarse la piedad con demasiada frecuencia. Pero nosotros, que gobernamos a los hombres, hemos aprendido a sondar su corazón para otorgar nuestra solicitud solo al objeto digno de atención. Pero niego esta piedad a las heridas ostentosas que atormentan el corazón de las mujeres, así como a los moribundos, y también a los muertos. Y sé por qué.

Hubo un tiempo en mi juventud en que tuve piedad de los mendigos y de sus úlceras. Contrataba curanderos para ellos y compraba bálsamos. Las caravanas me traían de una isla ungüentos a base de oro que recosían la piel sobre la carne. Así obré hasta el día en que comprendí que consideraban un lujo raro su pestilencia, al sorprenderlos rascándose y humectándose con fiemo como aquel que estercoliza una tierra para arrancarle la flor purpúrea. Se mostraban uno a otro su podredumbre con orgullo, envaneciéndose de las ofrendas recibidas; pues quien ganaba más se igualaba ante sí mismo al gran sacerdote que expone el ídolo más bello. Si consentían en consultar a mi médico, era con la esperanza de que su chancro le sorprendiera por su pestilencia y amplitud. Y agitaban sus muñones para tener un lugar en el mundo. Aceptaban los cuidados como un homenaje, ofreciendo sus miembros a las abluciones que los halagaban, pero apenas el mal se había borrado, se descubrían sin ninguna importancia, no nutriendo ya nada de sí, como inútiles, y se ocupaban en adelante en resucitar la úlcera que vivía de ellos. Y, bien arropados nuevamente en su mal, gloriosos y vanos, volvían a tomar, escudilla en mano, la ruta de las caravanas y, en nombre de sus dioses sucios, exigían la limosna de los viajeros.

Hubo un tiempo también en que tuve piedad de los muertos. Creyendo que aquel a quien sacrificaba en su destierro zozobraba en una soledad desesperada sin entrever que no hay soledad para los que mueren. No me había negado todavía su condescendencia. Pero he visto al egoísta o al avaro, a aquel mismo que gritaba tan fuerte contra toda expoliación, suplicar, llegada su última hora, que se reunieran a su alrededor los familiares de su casa y repartir luego

sus bienes con una equidad desdeñosa, como juguetes fútiles entre los niños. He visto al herido pusilánime, el mismo que hubiera aullado para pedir socorro en el corazón de un peligro sin grandeza, una vez despedazado verdaderamente, rechazar toda asistencia de los demás si esta asistencia hacía correr algún peligro a sus camaradas. Celebramos semejante abnegación. Pero no he visto en ella sino un signo discreto de desprecio. Conozco al que comparte su cantimplora cuando ya se seca al sol, o su corteza de pan en el apogeo de su hambre. Y es en primer lugar porque ya desconoce la necesidad, y, henchido de una real ignorancia, abandona a los otros el hueso por roer.

He visto a las mujeres plañir por los guerreros muertos. ¡Pero fuimos nosotros mismos quienes las han engañado! Tú has visto retornar a los sobrevivientes, gloriosos y fastidiosos, contando con gran algazara sus hazañas, aportando, en caución del riesgo aceptado, la muerte de los otros; muerte que relatan terrible, pues podría haberles sobrevenido. Yo mismo, en mi juventud, quise alrededor de mi frente esa aureola de sablazos recibidos por los otros. Volvía, blandiendo mis compañeros muertos y su terrible desesperación. Pero aquel al que la muerte ha escogido, ocupado en vomitar su sangre o contener sus entrañas, descubre solo la verdad, a saber: que no hay horror de la muerte. Su propio cuerpo se le aparece como un instrumento en adelante vano, que ha dejado de servir y que él arroja. Un cuerpo desmantelado que muestra su mucho uso. Y si el cuerpo tiene sed, el moribundo no reconoce sino una ocasión más de sed, de la que será agradable verse libre. Y todos los bienes que servían para engalanar, nutrir, festejar esta carne semiextranjera, que es solo propiedad doméstica, como el asno atado a su noria, se tornan inútiles.

Entonces comienza la agonía que es balanceo de una conciencia alternativamente vaciada y vuelta a llenar por las marejadas de la memoria. Van y vienen como el flujo y reflujo, trayendo, como se las habían llevado, todas las provisiones de imágenes, todos los caracolillos del recuerdo, todas las conchas de todas las voces escuchadas. Suben, bañan de nuevo las algas del corazón; y he aquí de nuevo todas las ternuras reanimadas. Pero el equinoccio prepara su reflujo decisivo, el corazón se vacía, la marea y sus provisiones vuelven a Dios.

Ciertamente, he visto a muchos hombres huir de la muerte, amedrentados por la confrontación anticipada. Pero, desengáñate, ¡jamás he visto espantarse a aquel que muere!

¿Por qué, pues, habría de lamentarlos? ¿Por qué perder mi tiempo en llorar su fin? He conocido demasiado la perfección de los muertos. ¿Qué he costeado más liviano que la muerte de aquella cautiva con la que alegraron mis dieciséis años y que, cuando me la trajeron, se ocupaba ya en morir, respirando con soplo breve y ocultando su tos en las sábanas, al término de su carrera como la gacela, ya forzada, pero ignorándolo, puesto que le gustaba sonreír? Pero esa sonrisa era viento sobre una ribera, huella de un sueño, estela de un cisne; y día a día se depuraba y era más preciosa, y más difícil de retener, hasta convertirse en aquella simple línea de tal manera pura, una vez el cisne volado.

Muerte también de mi padre. De mi padre consumado y vuelto de piedra. Cuentan que los cabellos del asesino encanecieron cuando su puñal, en lugar de vaciar el cuerpo perecedero, lo hubo llenado con tal majestad. El matador, oculto en la cámara real, cara a cara, no con su víctima, sino con el granito gigante de un sarcófago, cogido en la emboscada de un silencio del que él mismo era la causa, fue descubierto al amanecer reducido a la prosternación por la sola inmovilidad del muerto.

Así, mi padre, que un regicida instaló de un golpe en la eternidad, cuando detuvo su aliento suspendió el aliento de los otros durante tres días. Tanto, que las lenguas no se desataron y los hombros no cesaron de abatirse hasta que lo pusimos en tierra. Pero nos pareció tan importante, él, que no gobernó, sino que gravitó y fundó su marca, que creímos, cuando lo descendimos a la fosa con largas cuerdas que crujían, no sepultar un cadáver, sino entrojar una provisión. Pesaba, suspendido, como la primera losa de un tiempo. Y no lo enterramos, sino que lo sellamos en la tierra, por fin trasmutado en lo que es, en este asiento.

Fue él quien me enseñó la muerte y me obligó cuando era joven a mirarla de frente, pues nunca bajó los ojos. Mi padre era del linaje de las águilas.

Fue en el transcurso del año maldito, aquel que se apodó «el Festín del Sol», pues el sol ese año ensanchó el desierto. Brillaba sobre las arenas entre las osamentas, las zarzas secas, las pieles transparentes de los lagartos muertos y la hierba para los camellos cambiada en crin. Él, por quien nacen los tallos de las flores, había devorado a sus criaturas; y se entronizaba sobre sus cadáveres desparramados, como el niño entre los juguetes que ha destruido.

Absorbió hasta las reservas subterráneas y bebió el agua de los pozos raros. Absorbió hasta el dorado de las arenas que se hicieron tan vacías, tan blancas, que bautizamos esta comarca con el nombre de Espejo. Pues un espejo tampoco contiene nada y las imágenes con las que se llena no tienen peso ni duración. Pues un espejo a veces, como un lago de sal, quema los ojos.

Los camelleros, cuando se extravían, si caen en esa trampa que jamás ha devuelto su bien, no la reconocen en un comienzo, porque nada la distingue, y arrastran por ella como una sombra al sol, el fantasma de su presencia. Pegados a la viscosidad de la luz creen marchar; sumergidos ya en la eternidad, creen vivir. Llevan adelante su caravana allá donde ningún esfuerzo prevalece contra la inercia de la extensión. Marchando hacia un pozo que no existe, se regocijan con la frescura del crepúsculo, cuando en adelante no será más que inútil prórroga. Se quejan tal vez, ¡oh simples!, de la lentitud de las noches, cuando las noches pronto pasarán sobre ellos como parpadeos. E, injuriándose con sus voces guturales, con motivo de sus tiernas injusticias, ignoran que ya, para ellos, se ha hecho justicia.

¿Crees que aquí una caravana se apresura? ¡Deja correr veinte siglos y vuelve a ver!

Fundidos en el tiempo y mudados en arena, fantasmas bebidos por el espejo, así los descubrí yo mismo cuando mi padre, para enseñarme la muerte, me condujo a ellos montado a la grupa de su caballo.

–Allí –me dijo– hubo un pozo.

En el fondo de uno de esos tubos verticales que reflejan, tan profundos son, una sola estrella, el fango mismo se había endurecido y la estrella prisionera se había extinguido. Sabido es que la ausencia de una sola estrella basta para aniquilar una caravana tan firmemente como una emboscada.

Alrededor del estrecho orificio, como alrededor de un cordón umbilical roto, hombres y bestias se habían aglutinado en vano para recibir del vientre de la tierra el agua de su sangre. Pero los obreros más seguros, azuzados hasta llegar al suelo de ese abismo, habían escarbado inútilmente la costra dura. Semejante al insecto atravesado por un alfiler, aún vivo, y que en el temblor de la muerte esparce alrededor de él la seda, el polen y el oro de sus alas, la caravana, clavada al sol por un solo pozo vacío, comenzaba ya a blanquear en la inmovilidad de los tiros rotos, de los cofres reventados, de los diamantes derramados como escombros, y de las pesadas barras de oro que se enarenaban.

Mientras los contemplaba, mi padre habló:

–Sabes lo que es el festín de bodas, una vez que los invitados y los amantes lo han abandonado. El amanecer muestra el desorden que dejaron. Las jarras rotas, las mesas desordenadas, el fuego extinguido, todo conserva el sello de un tumulto que se ha endurecido. Pero leyendo esas huellas –me dijo mi padre– no aprenderás nada sobre el amor.

»Al pesar y dar vueltas al libro del Profeta –me dijo además–, al detenerse sobre el dibujo de los caracteres o sobre el oro de las iluminaciones, el iletrado pierde lo esencial, que no es el objeto vano, sino la sabiduría divina. Como lo esencial del cirio no es la cera que deja trazas, sino la luz.

Sin embargo, como temblara por haber afrontado a lo ancho de una meseta desierta, semejante a las mesas de los antiguos sacrificios, esos residuos de la comida de Dios, mi padre me dijo aún:

–Lo que importa no se evidencia en la ceniza. No te detengas más sobre esos cadáveres. No hay nada aquí, fuera de algunos carros

atascados por la eternidad, por falta de conductores.

Entonces, le grité:

–¿Quién me enseñará?

Y mi padre me respondió:

–Descubrirás lo esencial de la caravana cuando ella se consuma. Olvida el vano ruido de la palabras y mira: si el precipicio se opone a su marcha, bordea el precipicio; si la roca se levanta, la evita; si la arena es demasiado fina, busca más lejos una arena más dura; pero siempre retoma la misma dirección. Si la sal de una salina cruje bajo el peso de sus fardos, la ves que se agita, desatasca las bestias, tantea para encontrar un suelo sólido; pero muy pronto vuelve al orden, una vez más, en su dirección primitiva. Si una cabalgadura se abate, se hace alto, se recogen las cajas destrozadas, se las carga en otra montura, se estira para amarrarlas bien el nudo de cuerda crujiente; después se vuelve a tomar la misma ruta. A veces muere aquel que servía de guía. Se lo rodea. Se lo entierra en la arena. Se disputa. Después se eleva algún otro al rango de conductor y se enfila el rumbo una vez más, hacia el mismo astro. La caravana se mueve así necesariamente en una dirección que la domina, es piedra pesada en una pendiente invisible.

Los jueces de la ciudad condenaron una vez a una joven que había cometido un crimen a desvestirse al sol de su tierna corteza de carne y, simplemente, ordenaron atarla a un poste en el desierto.

–Te enseñaré –me dijo mi padre– hacia qué tienden los hombres.

Y de nuevo me llevó con él.

Mientras viajábamos, el día entero pasó sobre ella, y el sol bebió su sangre tibia, su saliva y el sudor de sus axilas. Bebió en sus ojos el agua de luz. Caía la noche, y su corta misericordia, cuando llegamos, mi padre y yo, al umbral de la meseta prohibida donde, emergiendo blanca y desnuda del asiento de roca, más frágil que un tallo nutrido por la humedad, pero ahora tronchada de las reservas

de agua espesa que construyen en la tierra su silencio denso, retorciendo sus brazos como un sarmiento que ya cruje en el incendio, reclamaba la piedad de Dios.

–Escúchala –me dijo mi padre–. Descubre lo esencial...

Pero yo era niño y pusilánime:

–Quizá sufre –le respondí– y quizá, también, tenga miedo...

–Ha sobrepasado –me dijo mi padre– el sufrimiento y el miedo que son enfermedades de lo estable, hechas para el humilde rebaño. Ella descubre la verdad.

Y la oí que se quejaba. Prisionera de esta noche sin fronteras, invocaba la lámpara de la tarde en la casa, y la habitación que la hubiera reunido, y la puerta que se habría cerrado firmemente tras ella. Ofrecida al universo entero que no mostraba un rostro, llamaba al niño que uno besa antes de dormir y que resume el mundo. Sometida en la meseta desierta al pasaje de lo desconocido, cantaba el paso del esposo que suena por la tarde en el umbral y que uno reconoce y que reconforta. Expuesta en la inmensidad y no teniendo nada más que asir, suplicaba que se le devolvieran los únicos diques que le permiten existir, ese paquete de lana que hay que cardar, la escudilla que hay que lavar, esa sola, ese niño que hay que hacer dormir y no otro. Clamaba por la eternidad de la casa, cubierta con todo el pueblo por la misma plegaria de la tarde.

Mi padre me remontó a su grupa, cuando la cabeza de la condenada se dobló sobre el hombro. Y nos encontramos en el viento.

–Oirás su rumor esta noche bajo las tiendas y sus reproches de crueldad –me dijo mi padre–. Pero las tentativas de rebelión se las volveré a meter en la garganta: forjo al hombre.

Adivinaba sin embargo la bondad de mi padre:

–Quiero que amen –terminó diciendo– las aguas vivas de las fuentes. Y la superficie tersa de la cebada verde recosida sobre las resquebrajaduras del verano. Quiero que glorifiquen la vuelta de las estaciones. Quiero que se nutran, semejantes a frutos acabados, de

silencio y lentitud. Quiero que lloren largo tiempo sus duelos y que honren largo tiempo a sus muertos, pues la herencia pasa lentamente de una a otra generación y no quiero que pierdan su miel en el camino. Quiero que sean semejantes a la rama del olivo. La que aguarda. Entonces comenzará a hacerse sentir en ellos el gran balance de Dios que viene como un soplo a probar el árbol. Los conduce y vuelve a través del alba a la noche, del verano al invierno, de las cosechas que despuntan a las cosechas entrojadas, de la juventud a la vejez; de la vejez luego a los nuevos niños.

»Pues a semejanza del árbol, nada sabes del hombre si expones su duración y lo distribuyes en sus diferencias. El árbol no es semillas, después tallo, después tronco flexible, después madera muerta. No es preciso dividirlo para conocerlo. El árbol es esa fuerza que lentamente desposa al cielo. Así pasa contigo, mi hombrecito. Dios te hace nacer, crecer, te llena sucesivamente de deseos, de pesares, de alegrías y sufrimientos, de cóleras y perdones, después te hace entrar en Él. Sin embargo, no eres ni ese escolar, ni ese esposo, ni ese niño, ni ese anciano. Eres aquel que se realiza. Y si sabes descubrirte rama balanceada, bien pegada al olivo, saborearás la eternidad en tus movimientos. Y todo alrededor de ti se hará eterno. Eterna la fuente que canta y ha sabido abrevar a tus padres, eterna la luz de los ojos cuando te sonría la amada, eterna la frescura de las noches. El tiempo no es un reloj que consume su arena, sino un cosechador que ata su gavilla.

2

Así, desde la cima de la torre más alta de la ciudadela, he descubierto que ni el sufrimiento ni la muerte en el seno de Dios, ni el duelo mismo eran de lamentar. Porque el desaparecido, si se venera su memoria, es más presente y más poderoso que el viviente. Y he comprendido la angustia de los hombres y compadezco a los hombres.

Y he decidido curarlos.

Tengo piedad solo de aquel que se despierta en la gran noche patriarcal creyéndose al abrigo bajo las estrellas de Dios, y que de pronto siente el deseo del viaje.

He prohibido que se interrogue, sabiendo que no hay nunca respuesta que sacie. El que interroga busca antes que nada el abismo.

Condeno la inquietud que empuja a los ladrones al crimen, porque he aprendido a leer en ellos y sé que no los salvo si los salvo de su miseria. Pues si creen codiciar el oro de los otros se equivocan. Pero el oro brilla como una estrella. Este amor que se ignora a sí mismo se dirige a una luz que no apresarán jamás. Van de reflejo en reflejo, hurtando bienes inútiles, como el loco que para asir la luna que se refleja extrajera el agua negra de las fuentes. Van y arrojan al fuego breve de las orgías la ceniza vana que han robado. Después reanudan sus estaciones nocturnas pálidos como en el umbral de una cita, inmóviles por el temor de asustar, imaginándose que aquí reside eso que quizá los colmará algún día.

Ese, si lo libero, permanecerá fiel a su culto, y mis hombres de armas aplastando las ramas lo sorprenderán mañana, todavía en los jardines de los otros, pleno del latido de su corazón y creyendo sentir, en esa noche, inclinarse la fortuna hacia él.

Y ciertamente, los cubro antes que a nadie con mi amor, reconociéndoles más fervor que a los virtuosos en sus tiendas. Pero soy constructor de ciudades. He decidido asentar aquí los cimientos de mi ciudadela. He contenido la caravana en marcha. Era semillas en el lecho del viento. El viento acarrea como un perfume la simiente del cedro. Yo resisto al viento y entierro la semilla, con intención de desparramar los cedros para gloria de Dios.

Es preciso que el amor encuentre su objeto. Salvo solo a aquel que ama lo que es y que puede ser satisfecho.

Por esto, igualmente, encierro a la mujer en el matrimonio y ordeno lapidar a la esposa adúltera. Y, ciertamente, comprendo su sed y cuán grande es la presencia que ella declara. Sé leerla, acodada en

la terraza, cuando la tarde permite los milagros, encerrada por todas partes por la alta mar del horizonte, y librada, como a un verdugo solitario, al suplicio de ser tierna.

La siento toda palpitante, arrojada aquí, a semejanza de una trucha sobre la arena, y que aguarda como la plenitud de la ola marina, el manto azul del caballero. Lanza su llamado a la noche entera. Quienquiera que surja lo recogerá. Pero ella pasará de manto en manto, pues no existe hombre capaz de colmarla. Así llama una orilla, para refrescarse, al derramamiento de las olas del mar, y las olas se suceden eternamente. Una se gasta después de la otra. Para qué ratificar el cambio del esposo: Quien ame en primer lugar la proximidad del amor no conocerá el encuentro.

Salvo solamente a aquella que puede llegar a ser, y ordenarse alrededor del patio interior, al igual que el cedro se edifica alrededor de su grano, y encuentra, en sus propios límites, su florecimiento. Salvo a aquella que no ama en un principio la primavera, sino el orden de tal flor donde la primavera se ha encerrado. Que en un principio no ama al amor, sino tal rostro particular que ha tomado el amor.

Por esto expurgo o reúno a esta esposa dispersa en la tarde. Dispongo en torno a ella como otras tantas fronteras, la estufilla, el hornillo, y la bandeja de cobre dorado, a fin de que poco a poco, a través de este conjunto, descubra un rostro familiar, una sonrisa solamente de aquí. Y será para ella la aparición lenta de Dios. El niño entonces llorará para obtener de mamar, la lana por cardar tentará los dedos, y la brasa reclamará su porción de aliento. Desde entonces estará capturada y pronta a servir. Porque soy aquel que construye la urna alrededor del perfume para que él la habite. Soy la rutina que colma el fruto. Soy aquel que constriñe a la mujer a tomar figura y a existir, a fin de que más adelante, en su nombre, entregue a Dios no ese débil suspiro dispersado en el viento, sino tal fervor, tal ternura, tal sufrimiento particular...

De este modo he meditado largo tiempo el sentido de la paz. Viene de los recién nacidos, de las cosechas logradas, de la casa por fin en orden. Viene de la eternidad, donde penetran las cosas cumplidas. Paz de granjas plenas, de ovejas que duermen, de lencerías plegadas, paz de la sola perfección, paz de lo que se transforma en

regalo de Dios, una vez bien hecho.

Porque se me ha revelado que el hombre es en todo semejante a la ciudadela. Destruye los muros para asegurarse la libertad; pero ya es solo una fortaleza desmantelada, y abierta a las estrellas. Entonces comienza la angustia de no ser. Que haga su verdad del olor del sarmiento que se enrama o de la oveja que debe esquilar. La verdad se cava como un pozo. La mirada que se dispersa pierde la visión de Dios. Sabe más acerca de Dios el sabio que ha recogido, y no conoce nada más sino el peso de las lanas, que la esposa adúltera abierta a las promesas de la noche.

Ciudadela, te construiré en el corazón de los hombres.

Pues hay un tiempo para escoger entre las semillas, pero también hay un tiempo para regocijarse, habiendo escogido de una vez por todas, por el crecimiento de las cosechas. Hay un tiempo para la creación pero hay un tiempo para las criaturas. Hay un tiempo para el rayo escarlata que rompe los diques del cielo, pero hay un tiempo para las cisternas donde las aguas que han irrumpido van a reunirse. Hay un tiempo para la conquista, pero llega el tiempo de la estabilidad de los imperios: yo, que soy servidor de Dios, tengo el gusto de la eternidad.

Odio lo que cambia. Estrangulo a aquel que se alza en la noche y arroja al viento sus profecías como el árbol tocado por la semilla del cielo, cuando cruje y se quiebra y abrasa con él la floresta. Me aterro cuando Dios renueva. Él, el inmutable, ¡que se sosiegue en la eternidad! Pues hay un tiempo para el génesis; ¡pero hay un tiempo, un tiempo dichoso, para la costumbre!

Es preciso pacificar, cultivar y pulir. Soy el que recose las fisuras del sol y oculta a los hombres las trazas del volcán. Soy el césped sobre el abismo. Soy la cueva donde maduran las frutas. Soy la barca que ha recibido de Dios una generación en prenda y la pasa de una orilla a la otra. Dios a su vez la recibirá de mis manos, tal como me la confió, quizá más madura, más prudente, y cincelando mejor los jarros de plata; pero no cambiada. He encerrado a mi pueblo en mi amor.

Por esto protejo al que recomienza, en la séptima generación, para conducirla a su turno a la perfección, la inflexión de la carena o la curva del broquel. Protejo al que de su abuelo cantor hereda el poema anónimo y, diciéndolo a su vez y a su vez equivocándose, le agrega su jugo, su uso, su marca. Amo a la mujer encinta o a la que amamanta, amo la manada que se perpetúa, amo las estaciones que retornan. Porque antes que nada soy aquel que habita. ¡Oh ciudadela, mi morada, te salvaré de los proyectos de la arena, y te ornaré con clarines para sonar contra los bárbaros!

3

Porque he descubierto una gran verdad. A saber: que los hombres habitan y que el sentido de las cosas cambia para ellos según el sentido de la casa. Y que el camino, el campo de cebada y la curva de la colina son diferentes para el hombre, según que compongan o no un dominio. Porque he aquí de pronto esa materia dispar que se reúne y pesa en el corazón. Y no habita el mismo universo quien habite o no el reino de Dios. Y que se equivocan los infieles que ríen de nosotros y creen correr tras riquezas tangibles, siendo que no existen. Pues si codician ese rebaño es ya por orgullo. Y los goces del orgullo no son tangibles.

Lo mismo ocurre con aquello que creen descubrir, dividiéndolo, mi territorio. Hay allí, dicen, carneros, cabras, cebada, moradas y montañas. ¿Y qué más? Y se sienten pobres por no poseer nada más. Y tienen frío. Y he descubierto que se asemejan a aquel que despedaza un cadáver. Muestra la vida, dice, a la luz del día: No es más que una mezcla de huesos, sangre, músculos y vísceras. Cuando la vida era aquella luz de los ojos que ya no se leerá en sus cenizas. Cuando mi territorio es algo muy distinto a esos carneros, esos campos, esas moradas y esas montañas: es lo que los domina y los anuda, es la patria de mi amor. Y he aquí que son felices si lo saben, pues ellos habitan mi morada.

Y los ritos son en el tiempo lo que la morada es en el espacio. Pues bueno es que el tiempo que transcurre no nos dé la sensación de

gastarnos y perdernos, como al puñado de arena, sino de realizarnos. Bueno es que el tiempo sea una construcción. Así voy de fiesta en fiesta, y de aniversario en aniversario, de vendimia en vendimia, como iba cuando niño de la sala del consejo a la sala del reposo en la anchura del palacio de mi padre, donde todos los pasos tenían un sentido.

Yo he impuesto mi ley, que es como la forma de los muros y el orden de mi morada. El insensato ha venido a decirme: «Libéranos de tus sujeciones; y nos haremos más grandes». Pero sabía que lo primero que perderían con esto era el conocimiento de un rostro y, al no amarlo ya, el conocimiento de sí mismos. Y he decidido a pesar de ellos enriquecerlos con su amor. Pues ellos me proponían para pasearse con más comodidad que echara abajo los muros del palacio de mi padre donde todos los pasos tenían un sentido.

Era una vasta morada con el ala reservada para las mujeres y el jardín secreto donde cantaba el surtidor. (Y ordeno que en la morada se haga un corazón para que uno pueda aproximarse y alejarse de algo. Para que se pueda salir y volver. Pues de lo contrario no se está en ninguna parte. Y ese no estar en ninguna parte no significa ser libre.) Había también graneros y establos. Y ocurría que los graneros estuvieran vacíos y los establos desocupados. Y mi padre se oponía a que uno se sirviera de estos para los fines de aquellos otros. El granero, decía, es ante todo un granero, y tú no habitas una morada si no sabes ya dónde te encuentras. Poco importa, proseguía, una costumbre más o menos fértil. El hombre no es un ganado de engorde, y el amor para él cuenta más que la costumbre. Tú no puedes amar una morada que no tenga rostro y donde los pasos no tienen sentido.

Había la sala reservada solamente para las grandes embajadas, y que se abría al sol únicamente los días en que se alzaba el polvo de la arena levantado por los caballeros, y en el horizonte esas grandes oriflamas donde el viento trabajaba como sobre el mar. Esta se dejaba desierta cuando se recibían principillos sin importancia. Había la sala donde se hacía justicia, y aquellas donde se llevaban los muertos. Había la cámara vacía, esa de la que nadie jamás conoció otro uso –y tal vez no tenía ninguno– que el de enseñar el sentido del secreto y, también, que jamás se penetra en todas las

cosas.

Y los esclavos que recorrían los corredores llevando sus cargas desplazaban pesadas colgaduras que se desplomaban sobre sus espaldas. Subían los escalones, empujaban puertas, y descendían nuevos escalones, y, según que estuvieran más cerca o más lejos del surtidor central, se tornaban más o menos silenciosos, hasta volverse inquietos como sombras en los lindes del dominio de las mujeres cuyo conocimiento por error les hubiera costado la vida.

Y las mujeres mismas: serenas, arrogantes, o furtivas, según su lugar en la morada.

Oigo la voz del insensato: ¡Cuánto lugar dilapidado, cuántas riquezas inexplotadas, cuántas comodidades perdidas por negligencia! Es preciso demoler estos muros inútiles y nivelar esas cortas escaleras que complican la marcha. Entonces el hombre será libre.

Y yo respondo: entonces los hombres se tornarán ganado de la plaza pública y, ante el temor de aburrirse, inventarán juegos estúpidos, regidos también por las mismas reglas; pero por reglas sin grandeza. Porque el palacio puede inspirar poemas. Pero ¿qué poema hablará de la nadería de los dados que echan? Largo tiempo todavía quizá vivan a la sombra de los muros, de los que los poemas les despertarán la nostalgia; después la sombra misma se borrará y no comprenderán más.

¿Y de qué, en adelante, se regocijarán?

Así el hombre perdido en una semana sin días, o en un año sin fiestas, que no muestra su rostro. Así el hombre sin jerarquía, que celoso de su vecino, si en algo lo aventaja, se empeña en volverlo a su medida, ¿qué alegría obtendrán de la amplia charca que constituirán?

Yo recreo los campos de fuerzas. Construyo barreras en las montañas para contener las aguas. Injusto, me opongo así a las pendientes naturales. Restablezco las jerarquías donde los hombres se reúnen como las aguas, una vez que se han mezclado en la charca. Yo tiendo los arcos. De la injusticia de hoy creo la justicia

de mañana. Restablezco las direcciones donde cada uno instala su sitio y llama dicha a ese estancamiento. Desprecio las aguas encenagadas de su justicia y libero a aquel que ha sido fundado por una bella injusticia. Y así ennoblezco mi imperio.

Porque conozco sus razonamientos. Admiraban al hombre que ha fundado mi padre. «¿Cómo osan burlar –se han dicho– un éxito tan perfecto?» Y en nombre de aquel que había creado rompieron esas obligaciones. Y mientras perduraron en el corazón, todavía obraban. Después, poco a poco, fueron olvidadas. Y aquel al que se quería salvar está muerto.

Por esto detesto la ironía que no es del hombre, sino del cangrejo. Porque el cangrejo les dice: «Vuestras costumbres, en otras partes, son otras, ¿por qué no cambiarlas?». Como si le dijera: «¿Quién os fuerza a instalar la cosecha en el granero y los rebaños en los establos?». Pero él es víctima de las palabras, porque ignora lo que las palabras no pueden asir. Ignorar que los hombres habitan una casa.

Y sus víctimas, que no saben reconocerla, comienzan a desmantelarla. Los hombres dilapidan así su bien más precioso: el sentido de las cosas. Y se creen muy gloriosos, los días de fiesta, por no ceder a las costumbres, por traicionar sus tradiciones, por festejar al enemigo. Y ciertamente, sienten algunas agitaciones interiores en los pasos de sus sacrilegios. En tanto hay sacrilegio. En tanto se erijan contra alguna cosa que gravite todavía en ellos. Y viven de lo que su enemigo respira. La sombra de las leyes les molesta todavía bastante, porque se sienten contra las leyes. Pero la sombra misma pronto se borra. Entonces ya no experimentan nada; pues hasta el gusto mismo de la victoria está olvidado. Y bostezan. Han mudado el palacio en plaza pública; mas una vez gastado el placer de pisotear la plaza con una arrogancia de matamoros, no saben ya qué hacen allí, en esa feria. Y he aquí que sueñan vagamente con reconstruir una casa de mil puertas, con colgaduras que se desploman a la espalda y antecámaras lentas. He aquí donde sueñan con un cuarto secreto que tornaría secreta toda la morada. Y sin saberlo, habiéndolo olvidado, lloran el palacio de mi padre donde todos los pasos tenían un sentido.

Es por esto por lo que, habiéndolo comprendido bien, opongo mi arbitrariedad a esta esterilización de las cosas y no escucho a quienes me hablan de las pendientes naturales. Porque sé demasiado bien que las pendientes naturales engruesan los mares con el agua de los glaciares y nivelan las asperezas de las montañas y rompen los movimientos del río, cuando se echa en el mar, con mil remolinos contradictorios. Porque sé demasiado bien que las pendientes naturales hacen que el poder se distribuya y que los hombres se igualen. Pero yo gobierno y yo escojo. Sabiendo bien que el cedro también triunfa de la acción del tiempo que debía extenderlo en polvo, y, año tras año, edifica, contra la fuerza misma que lo tira hacia abajo, el orgullo del templo de follaje. Soy la vida y yo organizo. Edifico los glaciares contra los intereses de los mares. Poco me importa que las ranas croen por la injusticia. Rearmo al hombre para que sea.

Por esto descuido al charlatán imbécil que reprocha a la palmera no ser cedro, al cedro no ser palmera y, mezclando los libros, tiende al caos. Y sé bien que el charlatán tiene razón en su ciencia absurda, pues, fuera de la vida, cedro y palmera se unificarán y se expandirán en polvo. Pero la vida se opone al desorden y a las pendientes naturales. Es del polvo de donde extrae al cedro.

El hombre nacerá de la verdad de mis ordenanzas. Y las costumbres y las leyes y el lenguaje de mi imperio; no busco en ellos mismos su significado. Sé muy bien que reuniendo piedras se crea el silencio. Que no se leía en las piedras. Sé muy bien que a fuerza de cargas y vendas es al amor al que se vivifica. Sé muy bien que no conoce nada quien haya despedazado el cadáver y pesado sus huesos y sus vísceras. Porque huesos y vísceras no sirven de nada por sí, no más que la tinta y la pasta del libro. Solo importa la sabiduría que aporta el libro, pero que no es de su misma esencia.

Y rehúso la discusión, pues nada hay aquí que pueda demostrarse. Lengua de mi pueblo, te salvaré de pudrir. Me acuerdo de aquel descreído que visitó a mi padre:

–Ordenas que en tu casa se rece con rosarios de trece cuentas. ¿Qué importan trece cuentas? –decía–. La salvación ¿no es la misma aunque cambies el número?

E hizo valer sutiles razones para que los hombres rezasen con rosarios de doce cuentas. Yo, niño sensible a la habilidad del discurso, observaba a mi padre, dudando del éxito de su respuesta, tan brillantes me habían parecido los argumentos invocados:

–Dime –continuó el otro– en qué puede gravitar más el rosario de trece cuentas...

–El rosario de trece cuentas –respondió mi padre– gravita con el peso de todas las cabezas que ya he tronchado en su nombre...

Dios iluminó al descreído que se convirtió.

4

Morada de los hombres, ¿quién te fundará sobre la razón? ¿Quién será capaz, según la lógica, de construirte? Existes y no existes. Eres y no eres. Estás hecha de materiales dispares; pero es preciso inventarte para descubrirte. Igual que aquel que destruyó su casa con la pretensión de conocerla posee solo un montón de piedras, de ladrillos y tejas, y no sabe qué servicio esperar de ese montón de ladrillos, de piedras y de tejas, pues les falta la invención que los domina, el alma y el corazón del arquitecto. Porque faltan a la piedra el alma y el corazón del hombre.

Pero como las únicas razones son las del ladrillo, la piedra y la teja y no las del alma o del corazón que los dominan, por su poder los transforman en silencio, y como el alma y el corazón escapan a las reglas de la lógica y a las leyes de los números, entonces, yo apareceré con mi arbitrariedad. Yo, el arquitecto. Yo, que poseo un alma y un corazón. Yo, único que posee el poder de cambiar la piedra en silencio. Llego y amaso esta pasta que es solo materia, según la imagen que solo me llega de Dios y fuera de las vías de la lógica. Yo construyo mi civilización, prendado del gusto que tendrá, como otros construyen sus poemas y la inflexión de la frase y cambian la palabra, sin estar obligados a justificar la inflexión y el cambio, prendados del gusto que tendrán, y que conocen en el

corazón.

Porque yo soy el jefe. Y escribo las leyes y dispongo las fiestas y ordeno los sacrificios y, de sus carneros, de sus cabras, de sus moradas, de sus montañas, extraigo esta civilización semejante al palacio de mi padre donde todos los pasos tenían un sentido.

Porque, sin mí, ¿qué hubieran hecho del montón de piedras, al removerlo de derecha a izquierda, sino otro montón de piedras todavía menos organizado? Yo gobierno y escojo. Y soy el único que gobierna. Y he aquí que pueden orar en el silencio y la sombra que deben a mis piedras. A mis piedras ordenadas según la imagen de mi corazón.

Soy el jefe. Soy el dueño. Soy el responsable. Y solicito ayuda. Por haber comprendido claramente que el jefe no es quien salva a los otros, sino quien pide ser salvado. Porque es por mí, por la imagen que conduzco, por lo que se funda la unidad que he obtenido, yo solo, de mis carneros, de mis cabras, de mis moradas, de mis montañas, y helos aquí, amantes, como lo serían de una joven divinidad que abriera sus brazos frescos en el sol, y a la que no han reconocido en un principio. He aquí que aman la casa que he inventado según mi deseo. Y a través de ella, a mí, al arquitecto. Como aquel que ama a una estatua no ama la arcilla, ni el ladrillo, ni el bronce, sino los esfuerzos del escultor. Y yo los aficiono a su morada, a los de mi pueblo, para que sepan reconocerla. Y no la reconocerán hasta que la hayan nutrido con su sangre, y engalanado con sus sacrificios. Ella les exigirá incluso su sangre, hasta su carne, porque será su propia significación. Entonces no podrán desconocer esta estructura divina en forma de rostro. Entonces experimentarán amor por ella. Y sus veladas serán fervientes. Y los padres, cuando sus hijos abran los ojos y los oídos, se ocuparán en descubrírsela, a fin de que no se ahogue en la diversidad de las cosas.

Y si he construido mi morada lo bastante vasta como para dar un sentido hasta a las estrellas, entonces, si se aventuran de noche en sus umbrales y alzan la cabeza, darán gracias a Dios por conducir tan bien esos navíos. Y si la he construido lo bastante durable como para que contenga toda la duración de la vida, entonces irán de fiesta en fiesta como de vestíbulo en vestíbulo, sabiendo adónde

van, y descubriendo a través de la vida diversa el rostro de Dios.

¡Ciudadela! Te he, pues, construido como un navío. Te he clavado, aparejado, después abandonado en el tiempo, que es un viento favorable.

¡Navío de los hombres sin el cual perderían la eternidad!

Pero conozco las amenazas que gravitan en contra de mi navío. Siempre atormentado por la mar oscura del exterior. Y por las otras imágenes posibles. Porque siempre es posible echar abajo el templo y prevalerse de las piedras para otro templo. Y el otro no es ni más verdadero, ni más falso, ni más justo, ni más injusto. Y nadie conocerá el desastre, pues la calidad del silencio no está inscrita en el montón de piedras.

Por esto deseo que apoyen sólidamente los grandes flancos del navío. A fin de salvarlos de generación en generación, porque no embelleceré un templo si lo recomienzo a cada instante.

5

Por esto deseo que apoyen sólidamente los grandes flancos de un navío. Construcción de hombres. Porque alrededor del navío está la naturaleza ciega, todavía informulada y poderosa. Y se arriesga a restar exageradamente en reposo quien olvide la potencia del mar.

Cree absoluta por sí misma la morada que le fue dada. Siendo que la evidencia llega a ser una vez más demostrada. Cuando se habita el navío no se ve ya el mar. O si se divisa el mar, es solamente ornamento del navío. Tal es el poder del espíritu. El mar le parece hecho para soportar el navío.

Pero se equivoca. Tal escultor a través de la piedra le ha mostrado tal rostro. Pero otro le hubiera mostrado otro rostro. Y tú mismo has visto las constelaciones: esa es un cisne. Pero otro hubiera podido mostrarte allí una mujer acostada. Llega demasiado tarde. No nos evadiremos jamás del cisne. El cisne inventado nos ha aprisionado.

Pero al creerlo absoluto, por error, ya no se piensa en protegerlo. Y sé bien por dónde me amenaza el insensato. Y el juglar. El que modela rostros con la facilidad de sus dedos. Los que lo ven jugar pierden el sentido de su dominio. Por esto lo hago aprisionar y descuartizar. Mas ciertamente no a causa de mis juristas que me demuestran que está equivocado. Porque no lo está. Pero tampoco tiene razón; y yo lo rechazo en desquite por creerse más inteligente, más justo que mis juristas. Y es una equivocación que crea tener razón. Porque propone él también, como absoluto, sus figuras enjambradas, brillantes, nacidas de sus manos; pero a las que les falta el peso, el tiempo, la cadena antigua de las religiones. Su estructura aún no se ha integrado. La mía lo estaba. Y he aquí por qué condeno al juglar y salvo así a mi pueblo de pudrirse.

Porque aquel que no presta ya atención y no sabe que habita un navío por anticipado está como desmantelado y pronto verá brotar el mar cuya ola lavará sus juegos imbéciles.

Porque me fue propuesta esta misma imagen de mi imperio una vez que estábamos en plena mar con el objeto de un peregrinaje, algunos de mi pueblo y yo mismo.

Se hallaban encerrados en un barco de ultramar. Algunas veces en silencio me paseaba entre ellos. Acurrucados junto a los platos de comida, amamantando sus niños o tomados en el engranaje del rosario de la plegaria, se habían tornado habitantes del navío. El navío se había hecho morada.

Pero he aquí que una noche los elementos se sublevaron. Y cuando vine a visitarlos en el silencio de mi amor vi que nada había cambiado. Cincelaban sus anillos, hilaban su lana, o hablaban en voz baja, tejiendo infatigablemente esa comunidad de los hombres, esa red de lazos que hace que si uno muere, arranque algo a todos los demás. Y los oía hablar en el silencio de mi amor desdeñando el contenido de sus palabras, sus historias de hornillos o de enfermedades, sabiendo que no es en el objeto donde reside el sentido de las cosas, sino en la diligencia. Y aquel cuando sonreía con gravedad hacía don de sí mismo..., y este otro que se aburría no sabía que era por temor o ausencia de Dios. Así los contemplaba en

el silencio de mi amor.

Y sin embargo, la pesada espalda del mar donde nada había por conocer los penetraba con sus movimientos lentos y terribles. Sucedía que en el tope de una ascensión todo flotaba en una especie de ausencia. Entonces el navío entero temblaba como si se hubiera hendido su armadura, como si ya se esparciera, y en tanto duraba esta falta de realidades, cesaban sus rezos, de hablar, de amamantar los niños o de cincelar la plata pura. Pero cada vez un crujido, duro como el rayo, atravesaba la madera de parte a parte. El navío volvía a caer como en sí mismo, pesando hasta casi romper todos sus contrafuertes, y este aplastamiento provocaba vómitos a los hombres.

Así se apretaban como en un establo crujiente bajo el consolador balanceo de las lámparas de aceite.

Les hice decir, en el temor de que se angustiaran:

–Que los que entre vosotros trabajan la plata me cincelen un jarro; que los que preparan las comidas a los otros se esfuercen más; que los válidos tengan cuidado de los enfermos; que los que ruegan se internen más hondo en la oración...

Y a aquel que yo descubría apoyado, lívido, contra un poste y que escuchaba a través de los calafates espesos el canto prohibido del mar:

–Ve a la cala a contar los carneros muertos. Se ahogan unos contra otros en su terror...

Me respondió:

–Dios amasa el mar. Estamos perdidos. Escucho crujir los grandes flancos del navío... No deben revelarse, puesto que son cables y armaduras. Así, de los cimientos del globo a los cuales confiamos nuestras casas y la procesión de olivos y la ternura de los carneros de lana que mascan lentamente la hierba de Dios en la tarde. Está bien ocuparse de los olivos, de los carneros y de la comida y del amor en la casa. Pero está mal que el cuadro mismo nos atormente. Que lo que estaba hecho retorne a ser obra. He aquí que lo que

debe callarse retoma la palabra. ¿Qué llegaremos a ser, si las montañas balbucean? He escuchado, yo, ese balbuceo y no sabría ya olvidarlo...

–¿Qué balbuceo? –le demandé.

–Señor, antes habitaba un pueblo construido sobre la espalda tranquilizadora de una colina, bien plantado en la tierra y su cielo, un pueblo establecido para durar y que duraba. Un desgaste maravilloso lucía sobre el brocal de nuestros pozos, sobre la piedra de nuestros umbrales, sobre el apoyo curvo de nuestras fuentes. Pero he aquí que una noche algo se despertó en nuestro asiento subterráneo. Comprendimos que bajo nuestros pies la tierra recomenzaba a vivir y a amasarse. Lo que estaba hecho retornaba a ser obra. Y tuvimos miedo. Tuvimos miedo no tanto por nosotros mismos como por el objeto de nuestros esfuerzos. Por el que nos cambiamos en el curso de la vida. Era yo cincelador y he tenido miedo por el gran jarro de plata en el que trabajaba hacía dos años. Por el cual había trocado dos años de velar. El otro temblaba por sus alfombras de lana alta que había teñido con su alegría. Cada día las desenvolvía al sol. Estaba orgulloso de haber cambiado algo de su carne reseca por esta ola que en un principio parecía profunda. Otro tuvo temor por los olivares que había plantado. Y pretendo que ninguno de entre nosotros temía la muerte; pero todos temblábamos por pequeños objetos estúpidos. Descubrimos que la vida no tenía sentido más que si se la cambia poco a poco. La muerte del jardinero en nada lesiona al árbol. Pero si amenazas al árbol, entonces muere dos veces el jardinero. Había entre nosotros un viejo narrador que conocía los cuentos más bellos del desierto. Y que los había embellecido. Y que era el único en conocerlos, pues no tenía hijos. Y así que la tierra comenzó a deslizarse, temblaba por los pobrecitos cuentos que ya nunca serían cantados por nadie. Pero la tierra continuaba viva y amasándose, y una gran marejada ocre comenzaba a formarse y descender. ¿Y qué quieres tú que uno cambie en sí, para embellecer una marejada movible que vuelve lentamente y lo traga todo? ¿Qué construir sobre esos movimientos?

»Bajo la presión las casas viraban lentamente y bajo el efecto de una torsión casi invisible los postes estallaban bruscamente como barriles de pólvora negra. O bien los muros comenzaban a temblar

hasta que se esparcían. Y aquellos que entre nosotros sobrevivían perdían el propio significado. Salvo el narrador que se había vuelto loco y cantaba.

»¿Dónde nos conduces? Este navío naufragará con el fruto de nuestros esfuerzos. Siento que en el exterior el tiempo se desliza en vano. Siento que el tiempo pasa. No debe correr de una manera tan sensible, sino endurecerse y madurar y envejecer. Debe juntar poco a poco la obra. Pero ¿qué endurecerá, en adelante, que venga de nosotros y que permanezca?

6

Y marché por entre mi pueblo soñando en el cambio que no es posible cuando nada de lo estable permanece a través de las generaciones, y en el tiempo que entonces corre perdura inútil como un reloj de arena. Y meditaba: esta morada no es aún suficientemente duradera. Y meditaba en los faraones que se mandaron construir grandes mausoleos indestructibles y angulosos y que avanzan en el océano del tiempo que los desgasta lentamente en polvo. Meditaba en las grandes arenas vírgenes de las caravanas de las que a veces emerge un templo antiguo hundido a medias y como desmantelado ya por la invisible tempestad azul, bogando aún, pero condenado. Y meditaba: este templo no es durable, con su carga de dorados y de objetos preciosos que han costado largas vidas humanas, con su miel guardada por tantas generaciones, con sus filigranas de oro, sus dorados sacerdotales por los cuales viejos artesanos se han lentamente trocado, y esos manteles bordados sobre los cuales ancianas, a lo largo de su vida, se han quemado lentamente los ojos y, una vez resecadas, con toses, conmovidas ya por la muerte, dejaron tras ellas esa cola real. Esa pradera que se desenvuelve. Y quienes lo contemplan hoy se dicen: «¡Qué bello es este bordado! ¡Qué bello es!...».

Y descubro que esas viejas han hilado su seda durante sus metamorfosis. Sin saberse tan maravillosas...

Pero es preciso construir la gran arca para recibir lo que quedará de ellas. Y el vehículo para transportarlo. Porque yo respeto antes que nada lo que dura más que los hombres. Y salva así el sentido de sus mutaciones. Y constituye el gran tabernáculo al cual confiarán el todo de sí mismos.

Así, descubro todavía esos lentos navíos en el desierto. Prosiguiendo aún sus viajes. Y he aprendido esto que es esencial: lo importante es construir primero el navío y enjaezar la caravana y construir el templo que dura más que el hombre. Y en lo sucesivo se cambiarán alegremente en algo más precioso que ellos mismos.

Y nacen los pintores, los escultores, los grabadores y cinceladores. Pero nada se espera del hombre que trabaja para su propia vida y no para la eternidad. Porque entonces es inútil que le enseñe la arquitectura y sus reglas. Si se construyen casas para vivir, ¿a qué cambiar sus vidas por sus casas? Puesto que esa casa debe servir para sus vidas y para nada más. Y dicen que su casa es útil y no la consideran por sí misma, sino por su sola comodidad. Les sirve y se ocupan en enriquecerla. Pero mueren despojados porque no dejan tras ellos ni el mantel bordado ni el dorado sacerdotal al amparo de un navío de piedra. Llamados a trasmutarse, han querido ser servidos. Y cuando se van, de ellos nada queda.

Fue así como paseándome entre mi pueblo, en el delta de la tarde, donde todo se deshace, los contemplé con sus viejas vestimentas ajadas en el umbral de sus humildes tiendecitas, descansando de su actividad de abejas, y ellos me interesaban menos que la perfección del pastel de miel en el que habían colaborado todo el largo día. Y meditaba delante de uno de ellos que era ciego y que había perdido su pierna. Tan viejo, tan moribundo, quejumbroso como un viejo molino cada vez que se removía y que respondía lentamente, porque era muy viejo en edad y perdía la claridad de las palabras, pero que se tornaba cada vez más luminoso y claro y comprensible en el objeto mismo de su cambio. Porque sus manos temblorosas aumentaban todavía su trabajo, convertido en elixir más y más sutil. Y él, evadiéndose tan maravillosamente de su vieja carne reseca, se volvía más y más dichoso, más y más inatacable. Más y más imperecedero. Y se iba muriendo, sin saberlo, con las manos

llenas de estrellas...

De este modo trabajaron toda su vida por un enriquecimiento sin provecho, trocados en el incorruptible bordado... acordando una parte del trabajo para el hábito y toda la otra parte para el cincelado, la inútil calidad del metal, la perfección del dibujo, la dulzura de la curva, que solo sirven para recibir la parte cambiada y que dura más que la carne.

De este modo marcho por la noche a paso lento entre mi pueblo y lo encierro en el silencio de mi amor. Veo que se inquieta solo por aquello que brilla con una inútil luz, poeta pleno de amor por los poemas, pero que no escribe el suyo; mujer amorosa del amor, pero que, sin saber escoger, no puede realizarse, todos llenos de angustia, sabiendo que los curaré de esa angustia si les autorizo ese don que exige sacrificio y elección y olvido del universo. Pero tal flor es en primer lugar una refutación de todas las otras flores. Y sin embargo, con esta condición solo es bella. Esto digo también del objeto del cambio. Y el insensato que esta velada viene a reprochar a su bordado, con el pretexto de que pudo tejer otra cosa, prefiere pues la nada a la creación. Así marcho, y siento subir la plegaria sobre los olores del campamento, donde todo madura y se integra en silencio, lentamente, sin ser casi advertido. Sucede esto en el tiempo que baña antes que otra cosa, para convertirse en fruto, el bordado y la flor.

Y en el curso de mis largos paseos he comprendido claramente que la calidad de la civilización de mi imperio no se asienta sobre la calidad de los alimentos, sino en la de las exigencias y en el fervor del trabajo. No está hecha de posesión, sino del don. Civilizado en primer lugar el artesano de que hablo y que se recrea en el objeto, y en desquite, eterno, no teme más morir. Civilizado también aquel otro que combate y se cambia en el imperio. Pero este otro se envuelve sin provecho en el lujo comprado a los mercaderes, aun cuando nutra su ojo de perfección, si antes no ha creado nada. Y conozco esas razas bastardeadas que ya no escriben sus poemas, sino que los leen, que no cultivan su suelo, sino que se sostienen en sus esclavos. Es contra ellos contra quienes las arenas del sur preparan eternamente, en su miseria creadora, las tribus vivientes

que se lanzarán a la conquista de sus provisiones muertas: no amo a los sedentarios del corazón. Los que nada cambian y nada llegan a ser. Y la vida no bastó para madurarlos. Y el tiempo se desliza para ellos como el puñado de arena y los pierde. ¿Y qué devolveré a Dios en su nombre?

De este modo he conocido su miseria, cuando se rompía el receptáculo antes que estuviera lleno. Porque la muerte del abuelo transformado en tierra después de haberse todo entero trasmutado es una maravilla y es el instrumento lo que se entierra, en adelante inútil. He visto en mis tribus esos niños amenazados por la muerte y que se asfixiaban sin decir nada, los ojos entornados, guardando un resto de brasa bajo sus pestañas inmensas. Porque sucede que Dios, a semejanza del segador, siega flores mezcladas a la cebada pura. Y cuando recoge su gavilla, rica en granos, encuentra en ella ese lujo inútil.

–Es el niño de Ibrahín quien muere –decía el pueblo.

Y me fui con paso lento, ignorado de todos, a la casa de Ibrahín, sabiendo que uno se comprende a través de las ilusiones del lenguaje si se encierra en el silencio del amor. Y no me prestaron atención, ocupados en oírlo morir.

Se hablaba bajo en la casa, se avanzaba deslizando las babuchas como si hubiese allí alguien que tuviera mucho miedo y al que el menor ruido hubiera hecho huir. Nadie se atrevía a moverse ni a abrir o cerrar las puertas, como si hubiera allí una llama temblorosa prendida sobre el aceite liviano. Cuando lo avisté comprendí que estaba fugándose, a causa del aliento escaso, a causa de los pequeños puños cerrados, asidos al galope de su fiebre, a causa de sus ojos obstinadamente cerrados y que rehusaban ver. Y los advertí alrededor de él tratando de aprisionarlo, como se trata de aprisionar a los pequeños animales salvajes. Le presentaban temblando el bol de leche. Quizá sintiera él deseo de la leche y reparara en su buen olor y bebiera. Y se comunicarían con él como con la gacela que come en la palma de la mano. Pero permanecía serio e impasible. No era leche lo que le faltaba. Entonces las viejas, muy dulcemente, tan dulcemente como hablan a las torcazas, comenzaban a cantar en voz baja una canción que había amado, aquella de las nueve estrellas que se bañan en la fuente; pero sin duda estaba él muy

lejos, y no las oía. Ni se volvía en su fuga. De tal modo su muerte lo volvía infiel. Entonces se le mendigaba al menos ese gesto, esa mirada que el viajero sin acortar el paso arroja al amigo... un signo de reconocimiento. Se lo cambiaba de posición en su lecho, se le enjugaba su frente sudorosa, se lo forzaba a beber. Y todo podía ser bueno para despertarlo de la muerte.

Y los abandoné, ocupados en tenderle trampas para que viviera. ¡Oh, tan fáciles de sortear para este niño de nueve años! Y en tenderle juguetes para encadenarlo por la dicha. Pero su manecita los rechazaba inexorable, cuando los colocaban demasiado contra él, como otro aparta las malezas que retardaron su galope.

Y me fui y me volví hacia el umbral. No se trataba más que de un momento, un resplandor, un aspecto de la ciudad entre los otros. Un niño llamado por error había sonreído, había respondido al llamamiento. Acababa de volverse hacia el muro. Presencia de niño ya más frágil que una presencia de pájaro... y yo les dejaba hacer el silencio para aprisionar al niño que moría.

Caminaba a lo largo de la calleja. Oía, a través de las puertas, reprender a los sirvientes. Se ponía en orden la casa, se hacía el equipaje para la travesía de la noche. Poco me importaba que la reprimenda fuera injusta. No oía más que el fervor. Y más lejos, contra la fuente, una chicuela lloraba con la frente hundida en su codo. Le pasé dulcemente la mano sobre los cabellos y volví hacia mí su rostro sin preguntarle la causa de su pesar, sabiendo que ella no podía conocerla. Porque el pesar está siempre formado por el tiempo que pasa y no ha dado fruto. Hay pesar por la huida de los días, por el brazalete perdido que pertenece al tiempo que se pierde, o por la muerte del hermano que es del tiempo que ya no tiene uso. Y el de esta, cuando haya envejecido, será un pesar por la partida del amante, que será, sin que lo sepa ella, camino perdido hacia lo real, hacia el hornillo y la casa bien cerrada y los niños que se amamantan. Y el tiempo de pronto correrá inútil a través de ella como a través de un reloj de arena.

Y en ese momento una mujer apareció en el umbral, radiante, y me miró a la cara con la plenitud de su alegría a causa, quizá, del niño

que acababa de dormirse, o de la sopa perfumada o de un simple cambio. Y teniendo de pronto el tiempo para ella. Y yo pasaba delante de mi remendón de una sola pierna, ocupado en embellecer con filigranas de oro sus babuchas, y comprendí claramente, aunque casi no tuviera voz, que cantaba:

–¿Qué tienes, remendón, que te hace tan feliz?

Pero no escuché la respuesta sabiendo que se engañaría y me hablaría del dinero ganado o de la comida que esperaba o del reposo. Sin saber que su dicha consistía en transfigurarse en babuchas de oro.

7

Porque he descubierto esta otra verdad: vana es la ilusión de los sedentarios que creen poder habitar en paz sus moradas, porque toda morada está amenazada. Así, el templo que has construido sobre la montaña, sometido al viento del norte, se ha gastado poco a poco como una roda vieja y comienza ya a zozobrar. Y lo mismo pasará con aquel que las arenas asaltan y del cual tomarán posesión poco a poco. Encontrarás sobre sus cimientos un desierto extenso como el mar. Así, de toda construcción y principalmente de mi indivisible palacio hecho de carneros, de cabras, de moradas y montañas, diligencia antes que nada de mi amor, el cual, si muere el rey en el que se resume ese rostro, se resolverá de nuevo en montañas, cabras, moradas y carneros. Y, perdido en adelante en la disparidad de las cosas, no será más que materiales en desorden ofrecidos a nuevos escultores. Vendrán los del desierto, para hacerles de nuevo un rostro. Vendrán, con esa imagen que llevan en su corazón, a ordenar según el sentido nuevo los caracteres antiguos del libro.

De este modo he obrado yo mismo. Noches suntuosas de mis expediciones guerreras, no sabría celebraros demasiado. Habiendo

construido, sobre la virginidad de la arena, mi campamento triangular, subía a una eminencia para aguardar que llegara la noche y, midiendo con una mirada la mancha negra, apenas más grande que una plaza de pueblo, en la que había apriscado a mis guerreros, mis cabalgaduras y mis armas, meditaba sobre su fragilidad. ¿Qué cosa más miserable, en efecto, que este puñado de hombres medio desnudos bajo sus velos azules, amenazados por la helada nocturna en la que las estrellas estaban ya aprisionadas, amenazados por la sed, pues era preciso sostenerse hasta los pozos de la novena noche, amenazados por el viento de arena que se levanta y muestra la potencia de una revuelta, amenazados, por último, por los golpes que hacen pasar como frutos la carne del hombre? Y el hombre entonces es solo desecho. ¿Qué cosa más miserable que esos paquetes de tela azul apenas endurecidos por el acero de las armas, desamparados en una extensión que los sobrecogía?

Pero ¿qué importaba esa fragilidad? Los enlazaba y los salvaba de dispersarse y perecer. Nada más que ordenando por la noche la figura triangular, los distinguía del desierto. Mi campamento se cerraba como un puño. He visto así el cedro establecerse entre la rocalla y salvar de la destrucción la amplitud de su ramaje, pues tampoco hay reposo para el cedro que combate noche y día en su propia espesura y se alimenta en un universo enemigo de los fermentos mismos de su destrucción. El cedro se cimenta a cada instante. En cada instante yo cimentaba mi morada para que durase. Y de este conjunto que un simple soplo hubiera dispersado yo extraía este asiento angular, irreductible como una torre y permanente como una roca. Por el temor de que mi campamento se durmiera y se deshiciera en el olvido, lo flanqueaba con centinelas que recibían los rumores del desierto. E igual que el cedro aspira la rocalla para cambiarla en cedro, mi campamento se nutría de las amenazas llegadas de afuera. Bendito sea el cambio nocturno, los mensajeros silenciosos que nadie ha oído llegar y que surgen alrededor de los fuegos y se acurrucan hablando de la marcha de aquellos que avanzan en el norte o de ese pasaje de tribus en el sur en persecución de sus camellos robados, o de ese rumor entre los otros a causa del asesinato y de esos proyectos, principalmente, de aquellos que se callan bajo sus velos y meditan en la noche por venir. ¡Tú has visto a los mensajeros que vienen a contar su

silencio! Benditos sean aquellos que surgen alrededor de nuestros fuegos tan bruscamente, con palabras tan fúnebres que los fuegos son ahogados inmediatamente en la arena y que los hombres se echan, boca abajo, sobre sus fusiles, ornando el campamento con una corona de pólvora.

¡Porque la noche, apenas comenzada, se vuelve fuente de prodigios!

Cada tarde consideraba así a mi ejército aprisionado en la extensión como un navío, mas permanente, sabiendo bien que el día lo mostraría intacto y lleno como los gallos del júbilo del despertar. Entonces, mientras se equipan las cabalgaduras, se oyen estallidos de voces que suenan en la mañana fresca como cobres. Entonces los hombres, como embriagados por el licor del día naciente, hinchan sus pulmones nuevos y saborean el áspero placer de la extensión.

Los conducía hacia el oasis por conquistar. Quienquiera que no comprendiera a los hombres hubiera buscado en el oasis mismo la religión del oasis. Pero los del oasis desconocían su morada. Y es en el corazón de un pillaje roído por la arena donde importa descubrirla. Porque yo les enseñaba este amor.

Les decía: «Hallaréis allá abajo la hierba olorosa, el canto de las fuentes, y mujeres con largos velos de color que huirán aterradas como un rebaño de corzas ágiles pero fáciles de atrapar, hechas como están para su captura...».

Les decía: «Creen odiaros, y para rechazaros usarán dientes y uñas. ¡Pero bastará para domeñarlas vuestro puño anudado de los bucles azules de su cabellera!».

Les decía: «Os bastará ejercitar vuestra fuerza en su dulzura para retenerlas inmóviles. Cerrarán sus ojos para ignoraros; pero vuestro silencio pesará sobre ellas como la sombra de un águila. Entonces abrirán por fin los ojos sobre vosotros y los llenaréis de lágrimas.

»Habréis sido su inmensidad; ¿cómo podrían olvidaros?»

Y les decía, para concluir y embriagarlos con ese paraíso:

«Conoceréis allá esas palmeras y esos pájaros de todos colores... El

oasis se os entregará porque lleváis en el corazón la religión del oasis, mientras que los que echáis ya no son dignos de ella. Sus mujeres mismas, al lavar sus ropas en el arroyo que canta entre pequeñas piedras redondas y blancas, creen cumplir un triste deber universal cuando celebran una fiesta. Pero vosotros, vosotros que os habéis resecado en la arena y desecado al sol y salado en la costra ardiente de las salinas, las desposaréis y, con los puños en las caderas, al mirarlas lavar su ropa en el agua azul, saborearéis vuestra victoria.

»Duráis hoy en la arena a la manera del cedro, gracias a los enemigos que os cercan y os endurecen; duraréis en el oasis, habiéndolo conquistado, si el oasis es para vosotros, no el refugio donde uno se encierra y donde uno olvida, sino una victoria permanente sobre el desierto.

»Habéis vencido a aquellos porque se encerraban en su egoísmo satisfechos con sus provisiones. No veían en la corona de arena que los asediaba más que un ornamento para el oasis, y reían de los inoportunos que trataban de conmoverlos a fin de que en el umbral de esta patria de fuentes se revelaran los centinelas que se dormían.

»Se estancaban en la ilusión de la dicha que lograban de los bienes poseídos. Mientras que la dicha es calor de los actos y contentamiento de la creación. Los que nada cambian de sí mismos y reciben de otro su alimento, aunque fuere el más delicado y escogido, esos mismos que, sutiles, escuchan los poemas extranjeros sin escribir sus propios poemas, disfrutan del oasis sin vivificarlo, emplean cánticos que se les suministran, se amarran ellos mismos al pesebre en los establos y, reducidos al papel de ganado, están preparados para la esclavitud».

Les he dicho: «Una vez conquistado el oasis, nada esencial cambiará para vosotros. Es otra forma de acampar en el desierto. Porque mi imperio está amenazado por todas partes. Su materia es una reunión familiar de cabras, carneros, moradas y montañas; pero si se rompe el nudo que los reúne, no quedará más que materiales en desorden y ofertas para el pillaje».

He comprobado que se equivocaban acerca del respeto. Porque yo mismo me he preocupado exclusivamente de los derechos de Dios a través del hombre. Y ciertamente, sin exagerar su importancia, he concebido al mendigo mismo como un embajador de Dios.

Pero los derechos del mendigo y de la úlcera, del mendigo y de su fealdad honrados por sí mismos como ídolos, no los he reconocido.

¿He contorneado yo algo más repelente que ese barrio de ciudad construido en el flanco de una colina y que se deslizaba como una cloaca hacia el mar? Los corredores que desembocaban en las callejas vertían por bocanadas blandas un hálito apestoso. La gentuza emergía de esas profundidades esponjosas para injuriarse con voz gastada y sin cólera verdadera, a la manera de esas burbujas blandas que estallan regulares en la superficie de las mareas.

He visto allí a ese leproso, riendo largamente y enjugándose el ojo con un lienzo sórdido. Era, ante todo, vulgar, y se presentaba a sí mismo por bajeza.

Mi padre decidió el incendio. Y esa turba apegada a sus pocilgas mohosas comenzó a fermentar, reclamando en nombre de sus derechos. El derecho a la lepra en el moho.

–Es natural –me dijo mi padre–, porque la justicia, según ellos, consiste en perpetuar lo que es.

Y gritaban su derecho a la podredumbre. Pues creados por la podredumbre, pertenecían a la podredumbre.

–Y si dejas multiplicar a los camanduleros –me dijo mi padre–, entonces nacerán los derechos de los camanduleros. Que son evidentes. Y nacerán chantres para celebrártelos. Y te cantarán cuán grande es la patética de los camanduleros amenazados de desaparecer.

–Ser justo... –me dijo mi padre–, es preciso escoger. ¿Justo para el

arcángel o justo para el hombre? ¿Justo para la llaga o para la carne sana? ¿Por qué escucharía yo al que viene a hablarme en nombre de su pestilencia?

»Pero lo curaría a causa de Dios. Porque también es morada de Dios. Pero no según su deseo, que es solo deseo expresado por su úlcera.

»Cuando lo haya limpiado y lavado y enseñado, entonces su deseo será otro y renegará de sí mismo tal como era. ¿Y por qué serviría yo de aliado a aquel que él mismo renegaría? ¿Por qué le impediría, según el deseo del leproso vulgar, nacer y embellecerse?

»¿Por qué tomaría yo el partido de aquel que es, contra aquel que será? ¿De lo que vegeta contra lo que está en potencia?

–La justicia mía –me dijo mi padre– consiste en honrar al depositario a causa del depósito. En el mismo grado que me honro a mí mismo. Porque refleja la misma luz. Por muy poco visible que sea en él. La justicia estriba en considerarlo como vehículo y como camino. Mi caridad consiste en ayudarlo a parirse a sí mismo.

»Pero esa cloaca que se vuelca en el mar me entristece con su podredumbre. Dios está ya tan manchado allí... Espero de ellos el signo que me mostrará al hombre y no lo recibo.

–Sin embargo, he visto a tal o cual –dije a mi padre– compartir su pan y ayudar al más podrido que él a descargar su saco o compadecerse del niño enfermo...

–Ponen todo en común –respondió mi padre–, y de esta papilla hacen su caridad. Lo que llaman caridad. Comparten. Con este pacto que también hacen los chacales alrededor de una carroña pretenden celebrar un gran sentimiento. ¡Quieren hacernos creer que existe allí un don! Pero el valor del don depende de aquel a quien se lo dirija. Y aquí, el más bajo. Como el alcohol al ebrio que bebe. Así, el don es enfermedad. Pero yo doy la salud, corto pues esta carne..., y ella me odia.

»Llegan –me dijo aún mi padre–, en su caridad, a preferir la podredumbre... Pero ¿si yo prefiero la salud?

»Cuando te salven la vida –me dijo mi padre–, no agradezcas jamás. No exageres tu reconocimiento. Pues si el que te ha salvado espera tu reconocimiento, es bajo, porque ¿qué cree? ¿Haberte servido? Es a Dios a quien ha servido guardándote, si sirves para algo. Y tú, si expresas demasiado intensamente tu reconocimiento es que careces a la vez de modestia y de orgullo. Porque lo importante de lo que ha salvado no es tu pequeño azar personal, sino la obra en la que colaboras y que se apoya en ti. Y como está sometido a la misma obra, no tienes que agradecerle. Su propio trabajo lo recompensa por haberte salvado. Es su colaboración en la obra.

»Careces también de orgullo si te sometes a sus emociones más vulgares. Y le adulas en su pequeñez haciendo de ti su esclavo. Porque si fuera noble rehusaría tu reconocimiento.

»No veo en él nada que me interese –decía mi padre– sino una admirable colaboración mutua. Me sirvo de ti o de la piedra. Pero ¿quién agradece a la piedra por haber servido de cimiento al templo?

»Pero ellos no colaboran en otra cosa que en ellos mismos. Y esa cloaca que se vuelca en el mar no es nodriza de cánticos, ni fuente de estatuas de mármol ni cuartel para las conquistas. Se trata para ellos de pactar lo mejor posible para utilizar las provisiones. Pero no te equivoques. Las provisiones son necesarias; pero más peligrosas que el hambre.

»Han dividido todo en dos tiempos, carentes de significado: la conquista y la satisfacción. ¿Has visto al árbol crecer y una vez crecido prevalerse por ser árbol? El árbol crece, simplemente. Te lo digo: los que por haber conquistado se hacen sedentarios están ya muertos...

La caridad según el sentido de mi imperio es la colaboración.

Ordeno que el cirujano se extenúe en la travesía de un desierto si puede reconstruir el instrumento del que está lejos. Y esto aunque se trate de algún vulgar picapedrero que necesita de sus músculos para romper las piedras. Y lo mismo si el cirujano es de alto valor. Pues no se trata de honrar la mediocridad, sino de reparar el vehículo. Y tienen ambos el mismo conductor. Así también, con los que protegen y ayudan a las mujeres encintas. Lo hacían en un principio a causa del hijo que ellas servían con sus vómitos y sus dolores. Y la mujer agradecía en nombre de su hijo. Pero he aquí que hoy reclama la ayuda en nombre de sus vómitos y sus dolores. Entonces, si solo se tratara de ellas, las suprimiría porque sus vómitos son feos. Porque solo es importante lo que se sirve de ellas y no tiene calidad para agradecer. Porque quien las ayuda, y ellas mismas, son servidores del nacimiento; y los agradecimientos carecen de significación.

Así, con el general que vino en busca de mi padre:

–¡Me traes sin cuidado! Eres grande a causa del imperio que sirves. Te hago respetar para, a través de ti, hacer respetar el imperio.

Pero también comprobaba la bondad de mi padre. «Quienquiera –decía– que haya tenido un gran papel, quienquiera que haya sido honrado, no puede ser humillado. Quienquiera que haya reinado no puede ser desposeído de su reino, no puedes transformar en mendigo al que daba a los mendigos porque lo que estropeas es algo así como la armadura y la forma de tu navío. Por esto empleo castigos a la medida de los culpables. A aquel al que he creído deber ennoblecer lo ejecuto; pero no lo reduzco a la condición de esclavo, si ha fallado. He encontrado un día a una princesa lavandera. Y sus compañeras se mofaban de ella: "¿Dónde está tu realeza, lavandera? Podías hacer caer cabezas y he aquí que, por fin, impunemente, te podemos ensuciar con nuestras injurias... ¡Eso es justicia!". Porque la justicia según ellas era compensación.

»Y la lavandera callaba. Quizá humillada en sí misma o en algo, principalmente, más grande que ella misma. Y la princesa se

inclinaba, aterida y blanca, sobre su lavado. Y sus compañeras impunemente le daban con el codo. Nada de ella que no invitara al estro; pues era de rostro agraciado, contenida de gesto y silenciosa. Comprendí que sus compañeras resistían no a la mujer, sino a su caída. Porque si aquel que has envidiado cae en tus garras, lo devoras. La hice pues comparecer:

»"Nada sé de ti sino que has reinado. A datar de este día tendrás derecho de vida y muerte sobre tus compañeras de lavadero. Vuelvo a instalarte en tu reino. Ve".

»Y cuando volvió a su lugar por encima de la turba vulgar desdeñó justamente acordarse de los ultrajes. Y aquellas del lavatorio no teniendo ya que nutrir sus movimientos interiores con su ruina los alimentaron con su nobleza y la veneraron. Organizaron grandes fiestas para celebrar su retorno a la realeza y se prosternaban a su paso, ennoblecidas ellas mismas por haberla en otro tiempo tocado con el dedo.»

–Por esto –me decía mi padre– no someteré a los príncipes a las injurias del populacho ni a la grosería de los carceleros. Sino que les haré tronchar la cabeza en un gran circo con clarines de oro.

–Quien rebaja –decía mi padre– es porque es bajo.

»Jamás un jefe –decía mi padre– deberá ser juzgado por sus subalternos.

9

Así me hablaba mi padre:

–Fuérzalos a construir juntos una torre y los transformarás en hermanos. Pero si quieres que se odien, arrójales un poco de grano.

Me decía, además:

–Que me traigan primero el fruto de su trabajo. Que viertan en mis graneros los ríos de sus cosechas. Que hagan de mí sus graneros. Quiero que sirvan a mi gloria cuando flagelen los trigos y que estalle en derredor la corteza de oro. Porque entonces el trabajo, que era función de nutrición, se transforma en cántico. Porque he aquí que poco hay por compadecer en aquellos cuyos riñones se doblan cuando llevan los sacos pesados a la molienda. O los traen de vuelta, blancos de harina. El peso de los sacos los aumenta como una plegaria. Y he aquí que ríen alegremente cuando llevan la gavilla como un candelabro de granos con sus puntas y su fulgor. Porque una civilización se asienta sobre lo que se exige de los hombres, no sobre lo que se les suministra. Y, agotados, vuelven inmediatamente a este trigo y de él se nutren. Pero no es esta para el hombre la faz importante de las cosas. Lo que los nutre en su corazón no es lo que reciben del trigo. Es lo que le dan.

»Porque una vez más son dignas de desprecio esas colonias que recitan los poemas de los otros y comen el trigo de otros o contratan arquitectos para edificar sus ciudades. A esas llamo sedentarias. Y no descubro ya alrededor de ellas, como una aureola, el espolvoreo de oro del trigo que se abate.

»Porque es justo que reciba al mismo tiempo que doy, a fin de poder continuar dando. Bendigo este cambio entre el don y el retornar que permite proseguir la marcha y dar más aún. Y si el retorno permite a la carne rehacerse, es el don solo el que alimenta el corazón.

»He visto a las bailarinas componer sus danzas. Y una vez creada y bailada la danza, nadie se lleva el fruto del trabajo como provisión. La danza pasa como un incendio. Y sin embargo, llamo civilizado al pueblo que compone danzas, aunque no haya para ellas ni graneros ni cosecha. Mientras que llamo bruto al pueblo que alinea en sus estantes objetos, así sean los más finos, nacidos del trabajo de los otros, aunque se muestre capaz de embriagarse con su perfección.

»El hombre –decía mi padre– es antes que nada el que crea. Y solamente son hermanos los hombres que colaboran. Y solamente viven aquellos que no han hallado su paz en las provisiones que

habían elaborado.

Un día le hicieron una objeción:

–¿A qué llamas tú crear? Porque si se trata de una invención que se destaca, bien pocos son capaces. Y entonces hablas para algunos; ¿y los otros?

Mi padre respondió:

–Crear es, quizá, equivocarse un paso en la danza. Es dar de través ese golpe de cuchillo en la roca. Poco importa el destino del gesto. Ese esfuerzo te parece estéril a ti, ciego, que tienes la nariz encima; pero retrocede. Considera de más lejos el movimiento de este barrio de ciudad. Solo hay allí un gran fervor y una polvareda dorada de trabajo. Y los gestos equivocados ya no se observan. Porque ese pueblo inclinado sobre la obra, de buen o mal grado, edifica sus palacios, o sus cisternas, o sus grandes jardines suspendidos. Sus obras nacen como inevitables del encantamiento de sus dedos. Y te advierto, nacen tanto de aquellos que equivocan su gesto como de los que lo cumplen, porque no puedes dividir al hombre, y si salvas solo a los grandes escultores te verás privado de grandes escultores. ¿Quién será tan loco como para escoger un oficio que da tan pocas ocasiones de vivir? El gran escultor nace del mantillo de los malos escultores. Le sirven de escalera y lo elevan. Y el fervor de danzar exige que todos dancen –aun los que danzan mal–; si no, el fervor es academia petrificada y espectáculo sin significación.

»No condenes sus errores a la manera del historiador que juzga una era ya concluida. Pero ¿quién reprochará al cedro ser aún simiente, tallo o briznilla brotada oblicuamente? Deja hacer. De error en error se levantará el bosque de cedros que distribuirá en los días de gran viento el incienso de sus pájaros.

Y mi padre decía, para concluir:

–Te lo he dicho ya. Error de uno, buen éxito del otro; no te inquietes por estas divisiones. Solo es fértil la gran colaboración del uno a través del otro. Y el gesto fallido sirve al gesto que se logra. Y el gesto que se logra muestra el fin que perseguían juntos al que ha fallado el suyo. Aquel que encuentra a Dios lo encuentra para todos.

Porque mi imperio es semejante a un templo y he llamado a los hombres. He convidado a los hombres a construirlo. De este modo es su templo. Y el nacimiento del templo extrae de ellos su más bello significado. Y ellos inventan el dorado. Y aquel que lo busca sin éxito, también lo inventa. Porque antes que nada es de este fervor de donde el nuevo dorado ha nacido.

Decía otra vez:

–No inventes un imperio donde todo sea perfecto. Porque el buen gusto es virtud de guardián de museo. Y si desprecias el mal gusto, no tendrás ni pintura, ni danza, ni palacio, ni jardines. Habrás hecho el disgustado por temor al trabajo desaseado de la tierra. Te verás privado por el vacío de tu perfección. Inventa un imperio donde simplemente todo sea ferviente.

10

Mis ejércitos estaban fatigados como si hubieran soportado un pesado fardo. Mis capitanes vinieron a verme:

–¿Cuándo regresaremos a casa? El sabor de las mujeres de los oasis conquistados no vale el de nuestras mujeres.

Uno me decía:

–Señor, sueño con aquella hecha de mi tiempo, con mis disputas. Desearía volver y plantar en paz. Señor, es una verdad que no sé profundizar más. Déjame crecer en el silencio de mi pueblo. Siento la necesidad de meditar mi vida.

Y comprendí que tenían necesidad de silencio. Porque solo en el silencio la verdad de cada uno se anuda y echa raíces. Porque el tiempo antes que nada cuenta como lactancia. Y el amor maternal mismo está hecho, antes que nada, de lactancia. ¿Quién ve crecer al niño en el momento? Nadie. Son los que vienen de afuera los que

dicen: «¡Cómo ha crecido!». Pero ni la madre ni el padre lo han visto crecer. Ha llegado a ser, en el tiempo. Y era en cada momento lo que debía ser.

He aquí, pues, que mis hombres tenían necesidad de tiempo, aunque solo fuese para comprender un árbol. Para sentarse cada día en la grada del umbral, de cara al mismo árbol con iguales ramas. Y poco a poco he aquí que el árbol se revela.

Porque ese poeta una tarde, cerca del fuego, en el desierto, hablaba, simplemente, de su árbol. Y mis hombres lo escuchaban; y muchos no habían visto nunca más que la hierba para los camellos y palmeras enanas y zarzas.

–No sabéis –les decía– lo que es un árbol. He visto uno que ha crecido por azar en una casa abandonada, un refugio sin ventanas, y que se había ido a buscar la luz. Como el hombre debe bañarse en el aire, la carpa en el agua, el árbol debe bañarse en la claridad. Porque plantado en la tierra por sus raíces, plantado en los astros por sus ramajes, es el camino para el cambio entre las estrellas y nosotros. Este árbol, nacido ciego, había desarrollado en la noche su potente musculatura y tanteado de una pared a la otra y titubeado; y el drama estaba impreso en sus torceduras. Después de romper una claraboya en dirección al sol, había brotado recto como el fuste de una columna, y yo asistía, con la perspectiva del historiador, a los movimientos de su victoria.

»Contrastando magníficamente con los nudos reunidos por el esfuerzo de su torso en su ataúd, se dilataba en calma, extendiendo ampliamente su follaje como una mesa donde el sol era servido, amamantado por el mismo cielo, nutrido soberbiamente por los dioses.

»Y lo veía cada día en el alba despertar con su copa, su base. Porque estaba cargado de pájaros. Y desde el alba comenzaba a vivir y a cantar, después, una vez surgido el sol, abandonaba sus provisiones al cielo como un viejo pastor bonachón; mi árbol casa, mi árbol castillo que quedaba vacío hasta la tarde...

Así hablaba y sabíamos que es preciso observar el árbol largo tiempo para que naciese lo mismo en nosotros. Y cada uno

envidiaba al que llevaba en el corazón esta masa de follaje y de pájaros.

–¿Cuándo –me preguntaban–, cuándo terminará la guerra? Desearíamos comprender algo. Es tiempo para nosotros de llegar a ser...

Y si alguno de ellos cazaba un zorro de las arenas, todavía joven, y al que podría alimentar con sus manos, lo nutría, o gacelas que alguna vez se dignaban no morir, y el zorro de las arenas cada día se tornaba más precioso al enriquecerlo con sus pelos sedosos y sus travesuras y principalmente por esa necesidad de alimento que exigía tan imperiosamente la solicitud del guerrero. Y este vivía de la ilusión vana de hacer pasar de él al animalito algo de sí, como si el otro estuviera nutrido, formado y compuesto de su amor.

Después, un día se escapaba en la arena el zorro elegido por su amor, vaciando de un golpe el corazón del hombre. Hubo uno que vi morir por haberse defendido con indiferencia en el curso de una emboscada. Y me volvió a la memoria, cuando supimos su muerte, la frase misteriosa que había pronunciado después de la huida de su zorro cuando sus compañeros, adivinándolo melancólico, le habían sugerido que capturara otro:

–Es precisa mucha paciencia –había respondido– no para cazarlo, sino para quererlo.

He aquí por lo tanto que estaban cansados de zorros y gacelas, por haber comprendido la vanidad de sus cambios; porque un zorro escapado al amor no enriquecía con ellos el desierto.

–Tengo hijos –me decía otro–, y crecen y no les habré enseñado. No deposito nada en ellos. ¿Adonde iré una vez muerto?

Y yo, encerrándolos en el silencio de mi amor, consideraba mi ejército que comenzaba a fundirse en la arena y a perderse como esos ríos nacidos de las tormentas que no salva el subsuelo de arcilla y que mueren estériles, no habiéndose, a lo largo de las riberas, cambiado en árboles, cambiado en hierba, cambiado en

alimento para los hombres.

Mi ejército había deseado cambiarse en oasis para el bien del imperio a fin de embellecer mi palacio con sus residencias lejanas, para que al hablarse de él se dijera: «Qué sabor le confieren hacia el sur esas palmeras nuevas, esos pueblos donde se esculpe el marfil...».

Pero combatíamos sin comprenderlo y cada uno soñaba con el regreso. Y la imagen del imperio se destruía en ellos como un rostro que ya no se sabe mirar y que se pierde en la disparidad del mundo.

–¿Qué nos importa –decían– ser más o menos ricos por el agregado de este oasis desconocido? ¿En qué nos aumentará? ¿Con qué nos enriquecerá cuando, de regreso a casa, nos encerremos en el pueblo? Servirá solo a aquel que lo habite o que recoja los dátiles de sus palmas o lave su ropa en el agua viva de sus orillas...

11

Se equivocaban. ¿Qué podía hacer yo? Cuando la fe se extingue, es Dios quien muere y quien se muestra en adelante inútil. Cuando su fervor se agota, el imperio mismo se descompone porque está hecho de fervor. No es que haya engaño en él. Si doy nombre de dominio a tal procesión de olivos y a la cabaña donde uno se cobija es porque hay quien los contempla y con amor los reúne en su corazón; pero si llega a ver solo olivares y una cabaña perdida entre ellos, que ya no significa sino abrigo contra la lluvia, ¿quién salvará al dominio de que sea vendido y dispersado? ¡Esta venta no cambiará nada ni en la cabaña ni en los olivares!

Ved al dueño de los dominios cuando marcha a lo largo de los caminos al despuntar el alba, solo y sin llevar nada de su fortuna. Sin usar de sus privilegios. Como desposeído de sus bienes, puesto que no le sirven en el instante, y su paso huella el fango, si ha llovido, como el paso de un ganapán, y con su bastón aparta las zarzas mojadas, como el vagabundo más vagabundo. Y, del fondo

de su camino cóncavo, no abarca con la mirada su domino, sino que sabe que es príncipe de él.

Sin embargo, si lo encuentras y te mira, es él y no otro. Sereno y seguro de sí, se apoya en la caución fundamental, que no le sirve de nada en el instante. Nada consume y nada le falta. Se apoya firmemente en el cimiento de los pastos, de los campos de cebada y de las palmeras que le pertenecen. Los campos están en reposo. Los graneros duermen aún. Los segadores de trigo no hacen volar su luz. Pero él los contiene a todos en su corazón. El que aquí marcha no es alguien sin importancia, es el señor que lentamente se pasea entre sus alfalfares...

Ciego es quien ve del hombre solo sus actos, quien cree que el acto le muestra solo la experiencia tangible o el uso de tal ventaja. Lo que cuenta para el hombre no es aquello de que dispone en el instante, pues mi caminante dispone apenas del puñado de espigas que podría estregar en sus manos o del fruto que podría coger. El que me sigue en la guerra está lleno del recuerdo de su amada, que no se puede ni ver ni tocar ni estrechar en sus brazos y que ni sueña con él, puesto que, en esta hora del amanecer en la que él respira la extensión y siente el peso que lo empuja, en su lecho tan lejano ella ni siquiera está viva en el mundo. Sino como ausente y muerta. Dormida. Y sin embargo, el hombre está cargado con el hecho de que ella existe, cargado con una ternura que no usa y que duerme olvidada de sí como los granos en la reserva, cargado de perfumes que no respira, cargado de un murmullo de surtidor que constituye el corazón de su casa y que no escucha, cargado también él del peso de un imperio que lo hace distinto a los otros.

O ese amigo con el que te encuentras y que lleva en sí su hijo enfermo. Enfermo a lo lejos. Del que no siente la fiebre con la mano, y del que no oye las quejas. Y que no cambia nada de su vida en el mismo instante. Y sin embargo te aparecerá como aplastado por el peso de un hijo sobre su corazón.

Así también el que llega del imperio y no sabría abarcarlo con una ojeada, ni usar sus provisiones, ni prevalerse de la menor ventaja que pudiera reportarle; pero que lo siente crecer en su corazón como el señor del dominio o el padre del niño enfermo o el que se enriquece de amor mientras la amada no solamente está lejos, sino

dormida. Solo cuenta para el hombre el sentido de las cosas.

Ciertamente conozco al herrero de mi pueblo, que llega y me dice:

–Poco me importa lo que no me concierne. Si tengo mi té, mi azúcar, mi asno bien alimentado y mi mujer junto a mí. Si mis hijos progresan en edad y en virtud soy enteramente feliz y no pido nada más. ¿Por qué esos sufrimientos?

¿Y cómo sería feliz si está en su casa apartado del mundo? Si habita con su familia una tienda perdida en el desierto. Le obligo a rectificarse:

–Si encuentras por la tarde otros amigos bajo otras tiendas, si tienen algo que decirte y te informan de las noticias del desierto...

Porque os he visto; ¡no lo olvidéis! Os he visto alrededor de los fuegos nocturnos ocupados en asar el carnero o la cabra, y he oído los estallidos de vuestras voces. Me he aproximado a vosotros entonces, con pasos lentos y en el silencio de mi amor. Hablabais seguramente de vuestros hijos, y del que crece y del que está enfermo, hablabais ciertamente de vuestra casa; pero sin insistir demasiado. Y no comenzabais a animaros hasta el momento en que se sentaba el viajero apartado de su caravana lejana y os revelaba las maravillas de allá lejos y los elefantes blancos de un príncipe y el desposorio, a miles de kilómetros, de aquella de la que apenas sabéis el nombre. O también esa maniobra de los enemigos. O que contaba acerca de ese cometa, o esa afrenta, o ese amor, o ese coraje delante de la muerte, o de ese odio contra vosotros, o de esa gran solicitud. Entonces estabais llenos de espacio y ligados a tantas cosas, entonces adquiría su significación vuestra tienda amada y odiada, amenazada y protegida. Entonces estabais presos en una red milagrosa que os cambiaba en algo más vasto que vosotros mismos...

Porque tenéis necesidad de una extensión que solo el lenguaje os confiere.

Recuerdo lo que les sucedió cuando mi padre concentró los tres mil

refugiados bereberes en un campo al norte de la ciudad. No quería que se mezclasen con los nuestros. Como era bondadoso, los proveía de ropa, azúcar y té. Pero sin exigir su trabajo en pago de las dádivas de su magnificencia. No temían por su subsistencia, y cada uno hubiera podido decir: «Poco me importa lo que no me concierne, si tengo mi té, mi azúcar y mi asno bien alimentado y mi mujer junto a mí. Si mis hijos progresan en edad y en virtud soy enteramente feliz y no pido nada más...».

Pero ¿quién hubiera podido creerlos felices? íbamos a visitarlos cuando mi padre deseaba instruirme.

–Mira –decía–, se convierten en ganado y comienzan lentamente a pudrirse... no en su carne, sino en su corazón.

Porque todo para ellos perdía su significado. Aunque no juegues tu fortuna a los dados, es bueno, sin embargo, que los dados te puedan significar en sueño dominios y rebaños, barras de oro, diamantes que no posees. Que son de otras partes. Pero llega la hora en que los dados nada representan. Y no hay ya juego posible.

Y he aquí que nuestros protegidos no tenían nada que decirse. Gastadas sus historias de familia, que se asemejaban entre sí; acabadas de describir uno al otro sus tiendas, cuando todas sus tiendas eran semejantes; concluidos el temor y la espera y la invención. Empleaban aún el lenguaje para efectos rudimentarios: «Préstame tu hornillo», podía decir uno. «¿Dónde está mi hijo?», podía decir otro. Humanidad acostada en su litera, ¿qué podría desear bajo sus mandíbulas? ¿En nombre de qué podría batirse? ¿Por el pan? Lo recibían. ¿Por la libertad? Pero en los límites de su universo eran infinitamente libres. Ahogados en esta libertad desmesurada que vacía a ciertos ricos de sus entrañas. ¿Para triunfar de sus enemigos? ¡Pero ya no tenían enemigos!

Mi padre me decía:

–Puedes venir con un látigo, y atravesar el campamento solo, flagelándoles el rostro, no obtendrás de ellos más que de una jauría de perros, cuando retrocede gruñendo, y querría morder. Pero ninguno se sacrifica y no eres mordido. Y cruzas tus brazos delante de ellos. Y los desprecias...

Me decía también:

–Son esqueletos de hombre. Pero el hombre ya no existe. Pueden asesinar como cobardes, a tus espaldas, porque el hampa es peligrosa. Pero no te sostendrán la mirada.

Sin embargo, la discordia se instaló entre ellos como una enfermedad. Una discordia incoherente que no los dividía en dos campos, sino que los alzaba a todos contra cada uno; porque los despojaba quien comía su parte de las provisiones. Se vigilaban unos a otros como los perros que rondan el platillo. Y he aquí que en nombre de su justicia cometieron asesinatos; porque su justicia era antes que nada igualdad. Y quienquiera que se distinguía en lo que fuese era aplastado por el número.

–La masa –me dijo mi padre– odia la imagen del hombre, pues la masa es incoherente, sube en todas direcciones a la vez y anula el esfuerzo creador. Es malo que el hombre aplaste al rebaño. Pero no busques allí la gran esclavitud: se muestra cuando el rebaño aplasta al hombre.

Así, en nombre de derechos oscuros, los puñales que herían los vientres alimentaban cada noche los cadáveres. Y lo mismo que se arrojan las basuras, se los llevaba en la aurora a los aledaños del campamento, donde nuestros sepultureros los cargaban como si cumplieran un servicio de limpieza. Y recordaba las palabras de mi padre: «Si quieres que sean hermanos, oblígalos a construir una torre. Pero si quieres que se odien, arrójales granos...».

Y comprobábamos poco a poco que perdían el uso de las palabras que ya no les servían. Y mi padre me paseaba por en medio de esas caras ausentes que nos miraban sin conocernos, embrutecidas y vacías. No proferían más que esos gruñidos vagos que reclaman el alimento. Vegetaban sin penas ni deseos, ni odio, ni amor. Y he aquí que muy pronto dejaron de lavarse y de destruir sus parásitos. Estos prosperaron. Entonces comenzaron a aparecer los chancros y las úlceras. Y el campamento a apestar el aire. Mi padre temía la peste. Y sin duda también reflexionaba sobre la condición del hombre.

–Me decidiré a despertar el arcángel que duerme sofocado bajo su basura. Porque no los respeto; pero a través de ellos respeto a

Dios...

12

–Porque he aquí claro –decía mi padre– un gran misterio del hombre. Pierden lo esencial e ignoran lo que han perdido. De igual modo lo ignoran los sedentarios de los oasis, acurrucados sobre sus provisiones. En efecto, lo que han perdido no se lee en los materiales que no cambian. Y los hombres de las moradas y montañas que no componen ya un dominio...

»Si bien pierden el sentido del imperio, no conciben que se sequen y se vacíen de su sustancia y quiten su precio a las cosas. Las cosas conservan su apariencia, pero ¿qué es un diamante o una perla si nadie los desea? Lo mismo del vidrio tallado. Y el niño que meces ha perdido algo de sí si ya no es regalo para el imperio. Pero lo ignoras, en un principio, porque su sonrisa no ha cambiado.

»No ven su empobrecimiento porque el uso de los objetos es el mismo. Pero ¿cuál es el uso de un diamante? ¿Y qué un aderezo si no hay fiesta? ¿Y qué un niño si no existe un imperio, y si no sueñas hacer de ese niño un conquistador, un señor o un arquitecto? Si está reducido a ser solo un paquete de carne...

»Desconocían la invisible mama que los amamantaba noche y día; porque el imperio te alimenta el corazón. Como te alimenta con su amor y cambia para ti el sentido de las cosas la amada que lejos de ti duerme y descansa como una muerta. Hay allá lejos un débil aliento que no puedes respirar y el mundo es para ti solo milagro. Así, el señor del dominio, al despuntar la aurora, lleva en el corazón, mientras se pasea, hasta el sueño de los colonos.

»Pero lo misterioso del hombre que se desespera si la amada se aparta de él, o si él mismo deja de amar o cesa de venerar al imperio, es que no sospecha su propio empobrecimiento. Dice simplemente: “Ella era menos bella que en mi sueño, o menos amable...”, y he aquí que parte satisfecho al azar del viento. Pero el

mundo para él ya no es un milagro. Y el alba del retorno o el alba del despertar en sus brazos. La noche ya no es el gran santuario del amor. Ya no es más, gracias a aquella que respira en su sueño, ese gran manto del pastor. Todo está empañado. Todo se ha endurecido. Y el hombre que ignora su desastre no llora por su plenitud pasada. Está satisfecho por su libertad, que es libertad de no existir.

»Así sucede a aquel en el que el imperio ha muerto: "Mi fervor –se dice– era cegadoramente estúpido". Y ciertamente, tiene razón. Nada existe por fuera de él sino el conjunto dispar de cabras, carneros, moradas y montañas. El imperio era creación de su corazón.

»Pero la belleza de una mujer, ¿dónde alojarla si no existe un hombre que se conmueva con ella? Y el prestigio del diamante, si ninguno desea poseerlo. Y el imperio, si no existen ya servidores del imperio.

–Porque aquel que sabe leer la imagen, y que la lleva en su corazón, y está unido a ella para vivir, como un niñito a la mama, aquel para el que es llave de la despensa, para el que es sentido y significación y ocasión de su grandeza, espacio y plenitud, si es arrancado de su fuente está como dividido, desmantelado, y muere de asfixia a la manera del árbol al que se han cortado las raíces. No se reencontrará más. Y sin embargo, ahora que la imagen moribunda en él lo hace morir, no sufre y se acomoda a su mediocridad sin conocerla.

»Por esto conviene tener despierto permanentemente en el hombre lo que es grande y convertirlo en su propia grandeza.

»Porque el alimento esencial no le viene de las cosas, sino del nudo que anuda las cosas. No es el diamante, sino tal relación entre el diamante y los hombres lo que puede alimentarlo. Ni esa arena, sino tal relación entre la arena y las tribus. No las palabras en el libro, sino tal relación entre las palabras del libro, que son amor, poema y sabiduría de Dios.

»Y si os invito a colaborar y a estar juntos y a construir una gran figura que enriquece cada uno, que participa de todos, y aun el niño del imperio, si os encierro en el dominio de mi amor, ¿cómo no os aumentaríais y cómo podríais resistir? La belleza no existe más que por la resonancia de cada parte en todos los otros. Y la aparición os transforma. Así, de tal poema que os arranca lágrimas. Me he apoderado de estrellas, de fuentes, de pesares. Nada tienen de extraordinario. Pero los he amasado conforme a mi genio y sirvieron de pedestal a una divinidad que los domina y que no está contenida en ninguno de ellos.

Y mi padre envió un cantor a esta humanidad en putrefacción. El cantor se sentó por la tarde en la plaza y comenzó a cantar. Cantó las cosas que resonaban las unas en las otras. Cantó a la princesa maravillosa a la que se llega después de cien días de marcha en la arena, sin pozos, bajo el sol. Y la ausencia de pozos se transformaba en embriaguez de amor y sacrificio. Y el agua de los odres se transformaba en plegaria porque conducía a la amada. Decía: «Deseo el palmeral y la lluvia tierna..., pero principalmente a aquella de la que esperaba que me recibiera con su sonrisa... y ya no sabía distinguir mi fiebre de mi amor...».

Y tuvieron sed de la sed, y tendieron sus puños en la dirección de mi padre: «¡Malvado! ¡Nos has privado de la sed que es embriaguez del sacrificio por amor!».

Cantó esa amenaza que reina cuando se ha declarado la guerra y que cambia la arena en nido de serpientes. Cada una se aumenta con un poder que es de vida y de muerte. Y tuvieron sed del riesgo de muerte que anima a la arena. Cantó el prestigio del enemigo cuando se lo espera de cualquier parte y rueda de un borde al otro del horizonte ¡como un sol que no se sabe de dónde surgirá! Y tuvieron sed de un enemigo que los rodeara con su magnificencia, como el mar.

Y cuando tuvieron sed del amor entrevisto como un rostro, los puñales salieron de las vainas. ¡Y he aquí que lloraban de alegría acariciando sus sables! Sus armas olvidadas, herrumbradas, envilecidas; pero que se les aparecieron como una virilidad perdida,

porque solo ellas permiten al hombre crear el mundo. ¡Y esta fue la señal de la rebelión, que fue bella como un incendio!

¡Y todos murieron como hombres!

13

Del mismo modo probábamos el canto de los poetas sobre el ejército que comenzaba a dividirse. Pero ocurría este prodigio: que los poetas eran ineficaces y que los soldados se burlaban de ellos.

–Que nos canten nuestras verdades –respondían–. El surtidor de nuestra casa y el perfume de nuestra sopa por la noche. ¿Qué nos importan esas chocheras?

Es entonces cuando aprendí esta otra verdad: que el poder perdido no se vuelve a hallar más. Y que la imagen del imperio había perdido su fertilidad. Porque las imágenes mueren como las plantas cuando su poder se ha gastado y solo son materiales muertos prontos a dispersarse, y humus para las plantas nuevas. Y me aparté para reflexionar sobre este enigma. Porque nada es más verdadero ni menos verdadero. Sino más eficaz o menos eficaz. Y ya no tenía en las manos el nudo milagroso de la diversidad. Se me escapaba. Y mi imperio se arruinaba a sí mismo, pues cuando la tormenta rompe la ramas del cedro y el viento de arena lo seca y cede ante el desierto, no es porque la arena se haya vuelto más fuerte, sino porque el cedro ha renunciado ya y abre sus puertas a los bárbaros.

Cuando cantaba un cantor se le reprochaba exagerar su emoción. Es verdad que lo patético sonaba a falso y nos parecía de otra edad. ¿El mismo es víctima, decíamos, del amor que expresa por las cabras, por los carneros, por las moradas y las montañas que son objetos dispares? ¿Es él mismo víctima del amor que experimenta por los recodos de los ríos que no amenazan los peligros de la guerra, y que no merecen la sangre? Y es verdad que los cantores mismos tenían remordimientos de conciencia, como si hubieran contado fábulas groseras a niños que no hubiesen sido ya

enteramente crédulos...

Mis generales, con su sólida estupidez, venían a reprocharme mis cantores. «¡Cantan en falso!», me decían. Pero yo comprendía su nota falsa, pues celebraban a un dios muerto.

Mis generales, con su sólida estupidez, me interrogaban entonces: «¿Por qué nuestros hombres no quieren combatir más?». Como si hubieran dicho, escandalizados en su oficio: «¿Por qué no quieren ya segar los trigos?». Y yo cambiaba la pregunta que formulada así no conducía a nada. No se trataba de un oficio. Y me preguntaba en el silencio de mi amor: «¿Por qué ya no quieren morir?». Y mi sabiduría buscaba una respuesta.

Porque no se muere por carneros, ni por cabras, ni por moradas, ni por montañas. Porque los objetos subsisten sin que nada se les sacrifique. Pero se muere por salvar el nudo invisible que los anuda y los cambia en dominio, en imperio, en rostro reconocible y familiar. En esta unidad se cambia, porque se la construye también cuando se muere. La muerte paga por causa del amor. Y el que ha cambiado lentamente su vida por la obra bien hecha, y que dura más que la vida, por el templo que se abre camino en los siglos, ese acepta también morir si sus ojos saben cómo separar el palacio de la disparidad de materiales, y si se asombra por su magnificencia y desea fundirse con él. Pues es recibido por algo más grande que él y se entrega a su amor.

Pero ¿cómo aceptarían cambiar su vida por intereses vulgares? El interés, antes que nada, ordena vivir. Sea lo que fuere, mis cantores ofrecían a mis hombres moneda falsa a cambio de sus sacrificios. Sin saber desprender el rostro que los hubiera animado. Mis hombres no tenían ya derecho a morir por amor. ¿Por qué morirían entonces?

Y aquellos que morían por rigidez del deber que aceptaban sin comprender morían tristemente, tiesos y con los ojos duros, parcos en palabras, con la severidad de su disgusto.

Y por esto buscaba yo en mi corazón una enseñanza nueva que pudiera aprisionarlos. Después, comprendiendo que esto no se logra con sabiduría o razones, ya que se trata de crear un rostro como el

escultor impone a la piedra el peso de su arbitrariedad, supliqué a Dios que me iluminara.

Y toda la noche velé a mis hombres entre la lluvia de arena que subía y corría de través sobre las dunas para desencanillarlas y reformarlas un poco más lejos. En esta noche sin edad, en la que la luna aparecía y desaparecía en la humareda rosácea que arrastraban los vientos. Y escuchaba a los centinelas llamarse aún unos a otros en las tres cimas del campamento triangular; pero sus voces eran solo largos gritos sin creencia, patéticos al encontrarse vacíos.

Y decía a Dios:

–Nada hay para acogerlos... Su viejo lenguaje se ha gastado. Los prisioneros de mi padre eran descreídos, pero flanqueados por un imperio poderoso. Mi padre les había enviado un cantor de quien respondía ese imperio. Por eso en una sola noche, por la omnipotencia de su verbo, los convirtió. Pero esa fuerza no era suya, sino del imperio.

»Pero carezco de cantor y no tengo una verdad y no poseo un manto para hacerme pastor. Entonces, ¿es inevitable que se maten entre sí y comiencen a pudrir la noche con esos golpes de cuchillo que golpean en el vientre y son inútiles como la lepra? ¿Bajo qué nombre los reuniría?

Y aquí y allá aparecían falsos profetas que reunían a algunos. Y los fieles, si bien raros, se hallaban dispuestos y animados a morir por sus creencias. Pero sus creencias no valían nada para los demás. Y todas las creencias se oponían entre sí. Y se construían pequeñas iglesias de la misma manera como se odiaban; porque tenían la costumbre de dividir todo en error y en verdad. Y lo que no es verdad es error y lo que no es error es verdad. Pero yo, que sé bien que el error no es lo contrario de la verdad, sino otro arreglo, otro templo construido con las mismas piedras, ni más verdadero ni más falso, sino otro, descubriéndolos dispuestos a morir por verdades ilusorias, sangraba en mi corazón. Y decía a Dios:

–¿No puedes enseñarme una verdad que domine sus verdades

particulares y las acoja en su seno? Porque si de esas hierbas que se entredevoran hago un árbol que anime un alma única, entonces esta rama se agrandará con la prosperidad de la otra rama, y todo el árbol será colaboración maravillosa y expansión en el sol. ¿Tendré el corazón estrecho para contenerlos?

Ocurría también que se ridiculizaba a los virtuosos y triunfaban los mercaderes. Se vendía. Se alquilaba a las vírgenes. Se pillaban las provisiones de cebada que habían reservado con vistas a las hambres. Se asesinaba. Pero no era yo tan cándido como para creer que el fin del imperio se debía a esta decadencia de la virtud, pues sabía bien que esta caída de la virtud se debía al fin del imperio.

–Señor –decía–, dame esa imagen en la que se transmutarán en sus corazones. Y todos, a través de cada uno, crecerán en poder. Y la virtud será signo de lo que son.

14

En el silencio de mi amor hice ejecutar a gran número de ellos. Pero cada muerte alimentaba la lava subterránea de la rebelión. Pues se acepta la evidencia. Pero no la había. No se comprendía bien en nombre de qué verdad clara habían vuelto a morir. Fue entonces cuando recibí de la sabiduría de Dios enseñanzas sobre el poder.

Porque el poder no se explica por el rigor, sino por la mera sencillez del lenguaje. Y ciertamente, es necesario el rigor para imponer el lenguaje nuevo, pues nada lo demuestra y no es más verdadero ni más falso, sino otro. Pero ¿cómo impondría el rigor un lenguaje que por sí mismo dividiría a los hombres permitiéndoles contradecirse? Porque imponer semejante lenguaje es imponer la división y desmantelar el rigor.

Lo puedo, a mi arbitrio, cuando simplifico. Entonces impongo al hombre de porvenir otro porvenir más extendido, más claro, más generoso y más ferviente, al fin unido a él mismo en sus aspiraciones, y una vez que llega a ser, como reniega de la larva que

descubre haber sido, como se asombra de su propio esplendor, se maravilla y se hace mi aliado y el soldado de mi rigor. Y mi rigor no tiene otro cimiento que su papel. Es puerta monumental a través de la cual quizás los latigazos obliguen a pasar al rebaño para que mude y se transfigure. Pero a todos aquellos no se los ha obligado: son convertidos.

Mas no hay rigor eficaz si una vez franqueado el pórtico, los hombres despojados de sí mismos y salidos de sus crisálidas no sienten abrirse en ellos alas y, lejos de celebrar el sufrimiento que los ha consolidado, se descubren amputados y tristes, y se vuelven hacia la orilla que han abandonado.

Entonces, tristemente inútil, llena los ríos la sangre de los hombres.

Los que ejecutaba, significándome que no había podido convertirlos, me demostraban mi error. Entonces inventé esta plegaria:

–Señor, mi manto es demasiado corto y soy un mal pastor que no sabe abrigar a su pueblo. Respondo a las necesidades de estos y dejo a aquellos en las suyas.

»Señor, sé que toda aspiración es bella. La de la libertad y la de la disciplina. La del pan para los niños y la del sacrificio del pan. La de la ciencia que examina y la del respeto que acepta y consolida. La de las jerarquías que diviniza y la de la partición que distribuye. La del tiempo que permite la meditación y la del trabajo que llena el tiempo. La del amor por el espíritu que castiga la carne y engrandece al hombre, y la de la piedad que cura la carne. La del futuro por construir y la del pasado por salvar. La de la guerra que planta los granos y la de la paz que los recoge.

»Pero sé también que esos litigios son litigios del lenguaje, y que cada vez que el hombre se eleva los mira desde más alto. Y los litigios desaparecen.

»Señor, quiero consolidar la nobleza de mis guerreros y la belleza de los templos por la que los hombres se cambian y que da un sentido a su vida. Pero esta tarde, al pasearme en el desierto de mi amor, he encontrado a una pequeñuela llorando. Le volví la cabeza

para leerle los ojos. Y su aflicción me ha ofuscado. Si rehúso, Señor, conocerla, rehúso una parte del mundo, y no he acabado mi obra. No es que me aparte de mis grandes fines. ¡Pero que esta pequeñuela sea consolada! Porque solamente así el mundo marcha bien. Ella también es signo del mundo.

15

La guerra es difícil cuando no es inclinación natural ni expresión de un deseo. Mis generales, con su sólida estupidez, estudiaban hábiles tácticas y buscaban la perfección antes de actuar. Porque no estaban animados por Dios, sino que eran honestos y trabajadores. Por consiguiente fracasaban. Y los reuní para predicarles:

–No vencéis porque buscáis la perfección. Que es objeto de museo. Impedís los errores y aguardáis para actuar a saber si el gesto que se arriesga es de una eficacia bien demostrada. Pero ¿dónde habéis leído una demostración del porvenir? Lo mismo que de este modo impediríais en vuestro territorio la aparición de pintores, escultores y de todo inventor fértil, impediréis así la victoria. Porque yo os lo digo: la torre, la ciudad o el imperio crecen como el árbol. Son manifestaciones de la vida puesto que precisan del hombre para nacer. Y el hombre cree calcular. Y cree que la razón gobierna la erección de sus piedras, cuando la ascensión de esas piedras nace primero de su deseo. Y la ciudad está contenida en él, en la imagen que lleva en el corazón, como el árbol está contenido en su simiente. Y sus cálculos solo sirven para vestir su deseo. E ilustrarlo. Porque no explicáis el árbol si mostráis el agua que ha bebido, los jugos minerales que ha succionado y el sol que le presta su fuerza. Y no explicáis la ciudad si decís: «He aquí por qué esta cúpula no se desploma..., he aquí los cálculos de los arquitectos...». Porque si la ciudad debe nacer, siempre se hallarán calculistas que calculen exactamente. Pero son únicamente servidores. Y si los empujáis a primer plano, creyendo que las ciudades salen de sus manos, ninguna ciudad surgirá de la arena. Saben cómo nacen las ciudades, mas no saben por qué. Pero arrojad al conquistador ignorante y a su pueblo sobre la tierra áspera y rocallosa; si volvéis más tarde

brillará al sol la ciudad de treinta cúpulas... Y las cúpulas se mantendrán de pie como las ramas del cedro. Porque el deseo del conquistador se habrá transmutado en la ciudad de las cúpulas, y habrá encontrado, como medios, vías y caminos, todos los calculistas que deseaba.

»De este modo –les decía–, perdéis la guerra porque no deseáis nada. Ninguna pendiente os solicita. Y no colaboráis, sino que os destrozáis unos a otros con vuestras decisiones incoherentes. Mirad que la piedra pesa. Rueda hacia el fondo de la barranca. Porque es colaboración de todos los granos de polvo con los que está formada y todos pesan hacia el mismo fin. Y el agua noche y día pesa incansablemente. En apariencia duerme, y sin embargo está viva. Porque a la menor hendidura he aquí que se pone en marcha, se insinúa, encuentra el obstáculo, lo salva si es posible, y vuelve aparentemente a su sueño si el camino no conduce hasta la segunda rajadura que abrirá otra ruta. Nunca desperdicia una ocasión nueva. Y por vías indescifrables, que ningún calculista podría calcular, un simple peso habría vaciado el receptáculo de vuestras provisiones de agua.

»Vuestro ejército es semejante a un mar que no pesara contra su dique. Sois pasta sin levadura. Tierra sin simiente. Una multitud sin deseos. Administráis en lugar de conducir. Sois solamente testigos estúpidos. Y a las fuerzas oscuras que pesan sobre las paredes del imperio les importarán poco los administradores para ahogaros en sus mareas. Después de lo cual, historiadores más estúpidos que vosotros explicarán las causas del desastre. Llamarán sabiduría, cálculo y ciencia del adversario los medios de su triunfo. Pero yo os digo que no hay sabiduría, ni cálculo, ni ciencia del agua cuando ella derriba los diques y traga las ciudades de los hombres.

»Pero esculpiré el porvenir a la manera del creador que extrae su obra del mármol a golpes de cincel. Y caen una a una las escamas que ocultaban el rostro de Dios. Y los otros dirán: ese mármol contenía ese dios. Él lo ha encontrado. Y su gesto fue un medio. Pero yo sostengo que él no calculaba, sino que forjaba la piedra. La sonrisa del rostro no está hecha con una mezcla de sudor, chispas, golpes de cincel o de mármol. La sonrisa no es de la piedra, sino del creador. Liberad al hombre y él creará.

En su sólida estupidez, mis generales se reunieron: «Es necesario comprender por qué los hombres se dividen y se odian». Y los hacía comparecer. Y escuchaban a unos y a otros buscando conciliar sus tesis, y establecer la justicia y dar a uno lo que le era debido y recobrar de este lo que detentaba. Si se odiaban por razones de envidia, los generales trataban de determinar quién tenía razón y quién no. Y bien pronto no comprendieron nada de nada, tanto se embrollaron los problemas, tantos rostros diversos mostraba el mismo acto, noble bajo tal luz, innoble bajo tal otra, cruel a la vez y generoso. Y sus consejos se proseguían durante la noche. Y como no dormían, su estupidez crecía. Entonces vinieron a buscarme:

–Solo hay una solución –me dijeron– para este fárrago: ¡el diluvio de los hebreos!

Pero me acordaba de mi padre: «Cuando el moho aparece en el trigo, busca su causa fuera del trigo; y cambia el trigo de granero. Cuando los hombres se odian, no escuches la exposición estúpida de las razones que tienen para odiarse. Porque tienen muchas otras más de las que dicen, y en las que no han reparado. Tienen otras tantas para amarse. Y otras tantas para vivir en la indiferencia. Y yo que no me intereso jamás por las palabras, sabiendo que lo que ellas acarrean es signo difícil de leer, del mismo modo que las piedras del edificio no muestran ni la sombra ni el silencio, lo mismo que los materiales del árbol no explican el árbol, ¿por qué me interesaría en los materiales de su rencor? Lo construyen como un templo con las mismas piedras que les hubiesen servido para construir el amor».

Asistía, pues, simplemente, a este odio que disfrazaban con sus malas razones y no estimaba curarlos de él mediante el ejercicio de una vana justicia. No habría hecho más que endurecerlos en sus razones fundando sus errores o sus aciertos. Y el rencor de aquellos a los que hubiera declarado equivocados, y la altanería de los otros a los que hubiera dado razón. Y así habría cavado el abismo. Pero recordaba la prudencia de mi padre.

Sucedió que habiendo conquistado nuevos territorios, se habían instalado generales en ellos para apoyar a los gobernadores, pues eran poco seguros todavía. Los viajeros que circulaban de las

nuevas provincias a la capital venían a prevenir a mi padre:

–En tal provincia –decían– el general ha insultado al gobernador. Ya no se hablan.

Llegaba alguien de otra provincia:

–Señor, el gobernador tiene ojeriza al general.

Después volvía un tercero de otra parte:

–Señor, se implora allá tu arbitraje para resolver un grave litigio. El general y el gobernador están bajo proceso.

Y mi padre al principio escuchaba los móviles de las rencillas. Y esos móviles cada vez eran evidentes. Quien hubiera sufrido tales afrentas hubiese decidido vengarlas. Había allí traiciones vergonzosas y litigios inconciliables. Y raptos e injurias. Y siempre, con toda evidencia, había uno que tenía razón, y otro errado. Pero esas historias cansaban a mi padre.

–Tengo algo más que hacer –me dijo– que estudiar sus estúpidas querellas. Nacen de un extremo al otro del territorio, siempre diferentes y sin embargo semejantes. ¿Por qué milagro habré elegido cada vez gobernadores y generales que no pueden tolerarse?

»Cuando las bestias que has instalado en un establo mueren una tras otra, no busques en ellas la causa del mal. Inclínate ante el establo y quémalo.

Convocó, pues, a un mensajero:

–He definido mal sus prerrogativas. Ignoran cuál de los dos tiene preeminencia sobre el otro en los banquetes. Se vigilan con enfado. Avanzan los dos de frente hasta el momento de sentarse. Entonces el más grosero o el menos estúpido quita al otro el sitio y ocupa la plaza. El otro lo detesta. Y se jura que será menos tonto la próxima vez y apresurará el paso para sentarse primero. Y he aquí que de pronto, naturalmente, se roban sus mujeres, se roban sus rebaños, o se injurian. Y estas son chácharas sin importancia que hornean porque creen en ellas. Pero yo no escucharé el ruido que hacen.

»¿Quieres que se amen? No les arrojes la simiente del poder para que la compartan. Sino que uno sirva al otro. Y que el otro sirva al imperio. Entonces querrán apoyarse uno en otro y construir juntos.

Los castigó, pues, cruelmente por la inútil algarabía de sus querellas:

–El imperio –les dijo– no debe mezclarse en vuestros escándalos. El general evidentemente debe obedecer al gobernador. Castigaré, pues, a este por no haber sabido mandar. Y al otro por no haber sabido obedecer. Y os aconsejo el silencio.

Y de un extremo al otro del territorio los hombres se reconciliaron. Los camellos robados se devolvieron. Las esposas adúlteras fueron restituidas o repudiadas. Las injurias fueron reparadas. Y el que obedecía se sentía halagado por las alabanzas del que lo mandaba. Y se abrían en él fuentes de placer. Y el que mandaba era feliz al demostrar su poder engrandeciendo a su subalterno. Y lo empujaba delante de él los días de banquete, a fin de que se sentara el primero.

–Y no era porque fuesen estúpidos –decía mi padre–. Sino que las palabras del lenguaje no acarrean nada digno de interés. Aprende a no escuchar el viento de las palabras ni los razonamientos que les permiten equivocarse. Aprende a mirar más lejos. Porque su odio no era absurdo. Si cada piedra no está en su sitio no existirá el templo. Y si cada piedra está en su sitio y sirve al templo, entonces ten en cuenta solamente el silencio que nace de ellas y la plegaria que se forma. ¿Y quién entiende que se hable de las piedras?

Por eso no me interesaban los problemas de mis generales que venían a pedirme que indagara en los actos de los hombres las causas de sus disensiones a fin de que impusiera orden con mi justicia. Sino que, en el silencio de mi amor, atravesaba el campamento y los miraba odiarse. Después me recogí para dar parte a Dios de mi plegaria.

–Señor, he aquí que se separan porque ya no construyen el imperio. Porque el error es creer que cesan de construir porque están divididos. Ilumíname acerca de la torre que habrá que hacerles construir que permitirá que se cambien en ella con sus aspiraciones

diferentes. Que llamará al todo en ellos y colmará a cada uno, al solicitarlos por entero en toda su grandeza. Mi manto es demasiado corto y soy un mal pastor que no sabe cobijarlos bajo su ala. Se odian porque tienen frío. Porque el odio es insatisfacción. Todo odio tiene un sentido profundo que lo domina. Y las hierbas diversas se odian y se devoran entre sí; pero no el árbol único en el que cada rama se acrecienta con la prosperidad de las otras. Préstame un pedazo de tu manto para que en él reúna a mis guerreros y a mis trabajadores y a mis sabios y a mis esposos y esposas e incluso a los niños que lloran...

16

Lo mismo respecto a la virtud. Mis generales con su sólida estupidez venían a hablarme de la virtud:

–He aquí –me decían– que sus costumbres se corrompen. Y es porque el imperio se descompone. Importa endurecer las leyes e inventar sanciones más crueles. Y cortar las cabezas de los que incurren en falta.

Pero yo meditaba:

–Importa quizá, en efecto, cortar cabezas. Pero la virtud es antes que nada una consecuencia. La podredumbre de mis hombres es ante todo podredumbre del imperio que crea a los hombres. Porque si estuviera vivo y sano exaltaría su nobleza.

Y me acordaba de las palabras de mi padre:

–La virtud es perfección en el estado de hombre y no ausencia de defectos. Si quiero construir una ciudad, tomo el hampa y la canalla y las ennoblezco con el poder. Les ofrezco otras embriagueces distintas a la embriaguez mediocre de la rapiña, de la usura o el estupor. He aquí que construyen con sus brazos raquíticos. Su orgullo se transforma en torres y templos y murallas. Su crueldad se

convierte en grandeza y rigor de la disciplina. Y he aquí que sirven a una ciudad nacida de ellos mismos y en la cual se han cambiado en sus corazones. Y morirán en sus murallas para salvarla. Y no descubrirás en ellos más que virtudes esplendorosas.

»Pero tú, a quien desagradan la potencia de la tierra, la grosería del humus y su podredumbre y sus gusanos, pides al hombre en primer lugar que no sea, y que no tenga olor. Censuras en ellos la expresión de su fuerza. Y colocas los inmaculados a la cabeza de tu imperio. Y persiguen el vicio, que es potencia sin empleo. Es la potencia y la vida que persiguen. Y a su vez se vuelven guardianes de museo y velan un imperio muerto...

–El cedro –decía mi padre– se nutre del fango del suelo, pero lo muda en follaje espeso que se nutre del sol.

»El cedro –decía también mi padre algunas veces– es la perfección del fango. Es el fango transformado en virtud. Si quieres salvar tu imperio, cree en su fervor. Drenará las agitaciones de los hombres. Y los mismos actos, las mismas agitaciones, las mismas aspiraciones, los mismos esfuerzos, construirán la ciudad en lugar de destruirla.

Y ahora yo te digo:

–Tu ciudad morirá si es acabada. Porque vivían no de lo que recibían, sino de lo que daban. Para disputarse las provisiones almacenadas se convertirán en lobos en sus guaridas. Y si tu crueldad logra reducirlos reemplazarán al ganado en el establo. Porque una ciudad no se acaba. Digo que mi obra está acabada simplemente cuando falta mi fervor. Entonces mueren porque están ya muertos. Pero la perfección no es un fin que se consiga. Es trasmutarse en Dios. Y nunca he acabado mi ciudad...

Por esto dudaba que bastara cortar cabezas. Porque, evidentemente, si uno ha fracasado, importa cortarlo de temor que corrompa a los otros, como se arroja el fruto pasado fuera del cesto o al animal enfermo fuera del establo. Pero mejor es cambiar de cesto o de

establo; porque ellos son, en primer término, los responsables.

¿Por qué castigar al que se puede convertir? Por esto dirigí a Dios esta plegaria: «Señor, préstame un pedazo de tu manto para amparar a todos los hombres con su equipaje de grandes aspiraciones. Temeroso de que arruinen mi obra, estoy fatigado de estrangular a los que no sé cubrir. Pues sé que amenazan a los otros y a las discutibles bienaventuranzas de mi verdad provisional; pero sé también que son nobles y que también son portadores de verdad».

17

Por eso he despreciado siempre como vano el viento de las palabras. Y he desconfiado de los artificios del lenguaje. Y cuando los generales, con su sólida estupidez, venían a decirme: «El pueblo se insurrecciona, te aconsejamos habilidad...», yo despedía a mis generales. Porque la habilidad es una palabra trivial. Y no hay rodeos posibles en la creación. Se funda en lo que se hace y nada más. Y si pretendes, persiguiendo un fin, dirigirte a otro que difiere del primero, solamente aquel que es víctima de las palabras te creerá hábil. Porque lo que fundas, a fin de cuentas, es aquello hacia lo que te dirigías primero y nada más. Fundas aquello de que te ocupas y nada más. Aun en el caso de ocuparte para luchar en su contra. Fundo a mi enemigo al hacerle la guerra. Lo forjo y lo endurezco. Y si pretendo vanamente en nombre de la libertad futura reforzar mi sujeción, es la sujeción lo que fundo. Porque la vida no permite subterfugios. No se engaña al árbol: se lo hace crecer según se lo dirige. El resto es solo viento de palabras. Y si pretendo sacrificar mi generación por la felicidad de las generaciones futuras, es a los hombres a quienes sacrifico. No a estos o a aquellos, sino a todos. Los encierro a todos, simplemente, en la desdicha. El resto es viento de palabras. Y si hago la guerra para obtener la paz, fundo la guerra. La paz no es un estado que se gane a través de la guerra. Si creo en la paz conquistada por las armas y me desarmo, muero. Porque la paz solamente se establece cuando se funda la paz. Es decir, si recibo o absorbo, y cada hombre encuentra en mi imperio

la expresión de sus aspiraciones particulares. Porque la imagen puede ser la misma que cada uno ama a su manera. Solo un lenguaje insuficiente opone a los hombres unos contra otros, porque lo que desean no varía. Nunca he encontrado a nadie que desee el desorden, la bajeza o la ruina. La imagen que los atormenta y que desearían fundar se parece de un extremo a otro del universo; pero difieren las vías por las que tratan de conseguirla. Aquel cree que la libertad permitirá al hombre desarrollarse, este que la sujeción lo hará más grande, y ambos desean su grandeza. Aquel cree que la caridad los unirá, este desprecia la bondad, que es respeto por la úlcera y obliga al hombre a construir una torre, con lo que se afirman mutuamente. Y ambos trabajan por amor. Aquel cree que la prosperidad domina todos los problemas porque el hombre librado de sus cargas halla tiempo para cultivar su corazón, su alma y su inteligencia. Pero este estima que la calidad de sus corazones, de sus inteligencias y de sus almas no está ligada a los alimentos que se les suministran ni a las facilidades que se les otorgan sino a los dones que se solicitan de ellos. Cree que solo son bellos los templos nacidos de exigencias de Dios, y entregados en rescate. Pero ambos desean embellecer el alma, la inteligencia y el corazón. Y ambos tienen razón, pues ¿quién puede crecer en la esclavitud, la crueldad o el embrutecimiento de un trabajo pesado? Pero ¿quién puede crecer en la licencia, el respeto de la podredumbre y la obra trivial, que es pasatiempo de ociosos?

He aquí que toman las armas a causa de palabras ineficaces, en nombre del mismo amor. Y es la guerra; que es búsqueda y lucha y movimiento incoherente en la imperiosa dirección a semejanza del árbol de mi poeta que, nacido ciego, golpea los muros de su prisión hasta reventar una claraboya para erguirse derecho hacia el cielo rectilíneo por fin y glorioso.

No impongo la paz. Fundo mi enemigo y su rencor si me limito a someterlo. Ser grande es convertir, y convertir es recibir. Es ofrecer a cada uno, para que se sienta cómodo, una vestimenta a su medida. Y una misma vestimenta para todos. Porque toda contradicción es ausencia de genio.

Por esto repito mi plegaria:

–Señor, ilumíname. Hazme crecer en sabiduría a fin de que

reconcilie algún deseo de su fervor, no por abandono exigido de los unos y de los otros, sino por intermedio de un nuevo rostro que les parecerá el mismo. ¡Así sucede con el navío, Señor! Aquellos que, sin comprender, tiran los cordajes de babor luchan contra los que tiran a estribor. Se odiarán por ignorancia. Pero si saben, colaboran y ambos sirven al viento.

La paz es un árbol que crece lentamente. Precisamos, al igual que el cedro, aspirar aún mucha rocalla para fundarle una unidad...

Construir la paz es construir el establo lo suficientemente grande como para que el rebaño entero pueda dormir allí. Es construir el palacio suficientemente amplio como para que todos los hombres puedan reunirse en él sin abandonar nada de sus equipajes. No se trata de amputarlos para tenerlos allí. Construir la paz es obtener de Dios que preste su manto de pastor para recibir a los hombres con toda la dimensión de sus deseos. Así pasa con la madre que ama a sus hijos. Y aquel es tímido y tierno; y este ardiente y vivo. Y el otro puede ser jorobado, enclenque e incapacitado. Pero todos, en su diversidad, conmueven su corazón. Y todos, en la diversidad de su amor, sirven a su gloria.

Pero la paz es un árbol que crece lentamente. Hace falta más luz de la que tengo. Y nada aún es evidente. Y escojo y rehúso. Sería demasiado fácil hacer la paz si fueran ya semejantes.

Así fracasó la habilidad de mis generales cuando, con su sólida estupidez, vinieron a exponerme razones. Y me acordaba de las palabras de mi padre: «El arte del razonamiento que permite al hombre equivocarse...».

–Si nuestros hombres desertan los cargos del imperio es que se ablandan. Les tenderemos emboscadas y se endurecerán; y el imperio se salvará.

Así hablaban los profesores que van de consecuencia en consecuencia. Pero la vida es. Como es el árbol. Y el tallo no es el medio que ha hallado el germen para convertirse en rama. Tallo, germen y rama son solamente desarrollo.

Y yo los corregía: «Si los hombres se ablandan es que el imperio que alimentaba su vitalidad ha muerto en ellos. Así sucede con el cedro cuando ha gastado su don de vivir. Ya no cambia la rocalla en cedro. Y comienza a dispersarse en el desierto. Así pues, importa para amarlos convertirlos...». No obstante, en mi indulgencia, entendiendo que no podían comprenderme, dejaba a mis generales jugar sus juegos; y enviaron a los hombres a hacerse matar alrededor de un pozo que nadie disputaba pues estaba seco, pero donde, por casualidad, acampaba el enemigo.

Y, ciertamente, es bello el estallido de la fusilería alrededor del pozo, esa danza alrededor de la flor; porque el que obtiene el pozo desposa la tierra y vuelve a encontrar el gusto de la victoria. Y el enemigo retorna por atrás con un amplio movimiento de cuervo, cuando tu marcha lo ha hecho alzarse; y su horda se posa allá donde no tendrá ya que temerte. Entonces la arena que lo ha bebido detrás de ti se carga de pólvora. Y te juegas la vida y la muerte en tu virilidad. Y danzas alrededor de un centro y te alejas y te aproximas a algo.

Y si solo hay allí un pozo agotado el juego no es el mismo. Pues sabes que ese pozo es inútil y vacío como los dados del juego cuando no arriesgas en ellos tu fortuna. Mis generales, al ver a los hombres jugar a los dados y asesinarse por un fraude, creyeron en los dados. Jugaron con los pozos como con un dado vacío. Pero nadie asesina por un fraude con dados vacíos.

Mis generales jamás han comprendido muy bien el amor.

Porque ven al amante exaltado por el alba que al despertarlo le devuelve su amor. Y ven al guerrero exaltado por la aurora que al despertarlo le devuelve su victoria en marcha. Aquella que se estira en él y lo hace reír. Y creen que el alba es poderosa y no el amor.

Pero yo digo que nada puede hacerse sin el amor. Porque te enoja el dado que no está cargado con un sentido deseable. Y el alba te enoja si simplemente te hace retornar a tu miseria. Y la muerte por pozos inútiles te enoja.

Por cierto, cuanto más rudo es el trabajo en el que te consumes en nombre del amor, más te exaltas. Más das, más creces. Pero es

preciso alguien para recibir. Y no es lo mismo dar que perder.

Mis generales, al ver dar con alegría, no habían deducido que había alguien para recibir. Y no comprendían que no basta para exaltar a un hombre despojarlo.

Pero he sorprendido la amargura de un herido. Y me dijo:

–Voy a morir, señor. Y he dado mi sangre. Y no recibo nada en cambio. He observado, cuando moría, al enemigo que he tendido con una bala en el vientre antes que otro lo vengara. Y me pareció que se realizaba en la muerte, por entero entregado a sus creencias. Y su muerte fue un pago. En cuanto a mí, por haber respetado la consigna de mi cabo y no de algún otro que al enriquecerse con ella la hubiera pagado, muero con dignidad pero con enojo.

En cuanto a los otros, habían huido.

18

Y es por esto por lo que esa tarde, desde lo alto de la roca negra donde me hallaba, consideraba las manchas negras de mi campamento en la extensión, siempre formado según la figura triangular, siempre ornado por centinelas en las tres puntas, siempre dotado de fusiles y de pólvora, y sin embargo pronto a ser soplado y dispersado y esparcido como el árbol muerto; y perdonaba a los hombres.

Porque comprendí. La oruga muere cuando se convierte en crisálida. La planta muere cuando se transforma en grano. Quien muda conoce la tristeza y la angustia. Todo en él se hace inútil. Quien muda es solo cementerio y pesar. Y esta multitud esperaba la muda después de gastar el viejo imperio que nadie sabría rejuvenecer. No se cura a la oruga, ni a la planta, ni al niño que muda y reclama, para hallarse feliz, volver a la infancia y verse de nuevo con los colores de los juegos que le fastidian en la dulzura de los brazos maternales y sentir el sabor de la leche, pero ya no

existen los colores de los juegos, ni el refugio de los brazos maternales, ni el sabor de la leche. Y se está triste. Después de gastar el viejo imperio, los hombres, sin conocerlo, reclaman el imperio nuevo. El niño que ha mudado y ha perdido el consuelo de la madre no conocerá el reposo hasta que no haya encontrado a la mujer. Sola, de nuevo, ella se le unirá. Pero ¿quién puede mostrarle su imperio a los hombres? ¿Quién puede, en la disparidad del mundo, por la sola virtud de su genio, tallar un rostro nuevo y forzarlo a volver los ojos en su dirección y a conocerlo? ¿Y al conocerlo, amarlo? No es obra de lógico, sino de creador y de escultor. Porque solo este forja en el mármol que no precisa justificarse e imprime en el mármol el poder de despertar el amor.

19

Hice comparecer a los arquitectos y les dije:

–De vosotros depende la ciudad futura, no en su significación espiritual, sino en el rostro que mostrará y que le dará su expresión. Y estoy de acuerdo con vosotros en que se trata de instalar felizmente a los hombres. A fin de que disfruten de las comodidades de la ciudad y no malgasten sus esfuerzos en vanas contemplaciones y en derroches estériles. Pero siempre he sabido distinguir lo importante de lo urgente. Porque, por cierto, es urgente que el hombre coma, porque si no se nutre no es hombre y no se plantea ningún problema. Pero el amor y el sentido de la vida y el gusto de Dios son más importantes. Y no me interesa una especie que engorda. El interrogante que me propongo no es saber si el hombre será o no feliz, próspero y cómodamente abrigado. Me pregunto qué hombre se verá próspero, abrigado y feliz. Porque, a mis boticarios enriquecidos que hincha la seguridad, yo prefiero el nómada que huye eternamente y persigue el viento porque embellece cada día servir a tan magno señor. Si obligado a escoger, se me informara de que Dios niega al primero su grandeza y la concede al segundo, hundiría a mi pueblo en el desierto. Porque me gusta que el hombre dé su luz. Y poco me importa el cirio grande. Solo por su llama mido su calidad.

»Pero no he observado que el príncipe sea inferior al que descarga leña, ni el general al sargento, ni el jefe a los obreros aunque sea más amplio el uso de sus bienes. Y los que construyen murallas de bronce no son inferiores a los que delinean los muros de barro. No rehúso la escalera de las conquistas que permite al hombre subir más alto. Pero no confundo el medio con el fin, la escalera y el templo. Es urgente que una escalera permita el acceso al templo, si no permanecerá desierto. Pero solamente el templo es importante. Es urgente que el hombre subsista y halle a su alrededor los medios para crecer. Pero esto es solo la escalera que conduce al hombre. El alma que le construiré será basílica pues ella sola será importante.

»Así pues, yo os condeno no por favorecer lo cotidiano, sino por tomarlo como fin. Porque si, por cierto, las cocinas del palacio son importantes al fin de cuentas, al palacio solo le importa que las cocinas sirvan. Y yo os convoco para preguntaros:

»"Mostradme la parte importante de vuestro trabajo". Y permanecéis mudos ante mí.

»Y vosotros me decís: "Respondemos a las necesidades de los hombres. Les cobijamos". Sí. Como se responde a las necesidades del ganado que se instala en los establos sobre el pajar. Y el hombre, ciertamente, tiene necesidad de muros para enterrarse y transformarse como la simiente. Pero tiene necesidad también de la gran vía láctea y de la vastedad del mar, a pesar de que ni el mar ni las constelaciones le sirvan de nada en el instante. Porque ¿qué es servir? Y conozco a algunos que larga y duramente han escalado la montaña, desollándose las rodillas y las manos, desgastándose en su ascensión para ganar la cima antes del alba y abrevar en la profundidad de la llanura todavía azul, como se busca el agua de un lago para beber. Y se sientan y miran, una vez allí, y respiran. Y el corazón les late jubilosamente, y hallan un remedio soberano para sus desganas.

»Y conozco a los que buscan el mar al paso lento de sus caravanas y tienen necesidad del mar. Y que cuando llegan a lo alto del promontorio y dominan esa extensión plena de silencio y densidad y que oculta a sus miradas su provisión de algas o de corales, respiran la acritud del suelo y se maravillan de un espectáculo que de nada les sirve en el instante; porque no se aprisiona al mar. Pero

su corazón se lava de la esclavitud de las pequeñas cosas. Quizá asistían con descorazonamiento, como desde detrás de los barrotes de una prisión, al hervor de los utensilios de menaje, a las quejas de sus mujeres, a la ganga jornalera, que puede ser rostro pleno y sentido de las cosas, pero a veces convertirse en tumba y espesarse y encerrar.

»Entonces cogen provisiones de extensión y llevan a sus casas la beatitud que han hallado en ella. Y la casa cambia porque en alguna parte existe la llanura al alzarse el día, y el mar. Porque todo se abre sobre algo más vasto que une. Todo se transforma en camino, ruta y ventana sobre otra cosa distinta a uno mismo.

»Entonces no me digáis que vuestros muros cotidianos les bastan; porque si el hombre no hubiera visto nunca las estrellas y si estuviera en vuestro poder construirle una vía láctea de bóvedas gigantes a condición de gastar una fortuna en la erección de semejante cúpula, ¿me dirías que esa fortuna se desperdiciaría?

»Y por esto os digo: si construís el templo inútil, dado que no sirve para cocinar, ni para reposar, ni para la asamblea de los notables, ni para las reservas de agua, sino simplemente para el engrandecimiento del corazón del hombre, y para calmar los sentidos y para el tiempo que madura, pues es en todo semejante a una bodega del corazón donde uno se instala para bañarse unas pocas horas en la paz equitativa y en el aquietamiento de las pasiones y la justicia no desheredada; si construís un templo donde el dolor de las úlceras se transforma en cántico y ofrenda, donde la amenaza de la muerte se transforma en puerto entrevisto con aguas por fin tranquilas, ¿creeríais haber malgastado vuestros esfuerzos?

»Si a aquellos que se desgarran las manos al maniobrar las velas los días de tempestad, y que se zarandean duramente noche y día y son carne viva duramente raspada por la sal, fuera posible recibirlos de tiempo en tiempo en las aguas serenas y luminosas de un puerto, donde no hay ya movimiento, ni hora, ni esfuerzo, ni aspereza del combate, sino silencio de las aguas que roza apenas la llegada, cuando el gran navío parece minúsculo sobre su área, ¿creerías haber malgastado tu trabajo? Porque le es dulce esta agua de cisterna, después de todas esas cabelleras que corren sobre el petral de las olas, de todas esas crines de la mar.

»Y he aquí lo que te es posible ofrecer al hombre y que depende únicamente de tu ingenio. Porque con el solo arreglo de tus piedras, construyes el sabor del agua del puerto y del silencio, y esperanzas maravillosas.

»De esta manera tu templo los solicita y van a sentarse en su silencio. Y allí se descubren. Porque de otro modo solo los solicitarían las tiendas. Ninguna respuesta nacería en ellos sino la del comprador a los mercaderes. Y no nacerían en toda su grandeza. Y no conocerían su propia amplitud.

»Ciertamente, me dirás tú, esos comerciantes gordos están colmados y no piden nada más. Pero es fácil de colmar el que no tiene espacio en el corazón.

»Y por cierto, un estúpido lenguaje presenta vuestros trabajos como útiles. Pero el comportamiento de los hombres desmiente con firmeza esos razonamientos. Pues veis a los hombres de todas las comarcas de la tierra correr en la busca de esa afirmación en piedra que vosotros no fabricáis. Esos graneros para el alma y el corazón. ¿Dónde habéis visto al hombre experimentar el deseo de correr mundo para visitar almacenes? El hombre usa, cierto, mercaderías; pero usa de ellas para subsistir y se equivoca si cree que las desea antes que nada. Porque sus viajes tienen otros fines. Has visto desplazarse a los hombres. ¿Has considerado sus fines? Sin duda una bahía bienaventurada, o alguna montaña vestida de nieve, o ese volcán que engorda con su fiemo; pero principalmente esos navíos amortajados que son los únicos que conducen a alguna parte.

»Emprenden giras y hacen visitas soñando, sin saberlo, con embarcarse. Porque no se dirigen a ninguna parte. Y esos templos no reciben ya a las multitudes, y no las transportan ya y no las cambian en razas más nobles, como una crisálida. Todos esos emigrantes carecen de navío y no pueden partir, y convertirse, en el curso de esa travesía a bordo de navíos de piedra, de almas en un principio pobres y débiles, en almas ricas y generosas. Por eso es por lo que todos esos visitantes giran alrededor del templo sepultado, y visitan, y buscan, y marchan sobre las grandes lajas radiantes que los pasos han lustrado, oyendo resonar sus solitarias voces en el silencio monumental, perdidos en la selva de pilares de granito y creyendo simplemente, como historiadores, instruirse,

cuando en los fundamentos de sus corazones podrían comprender que, de pilar en pilar, de sala en sala, de nave en nave, lo que buscan es al capitán y que todos están allí tiritando en el corazón pero sin conocerlo, pidiendo una ayuda que no llega, aguardando una muda que se resiste, hundidos en sí mismos, pues no hay más que templos muertos, a medio ensamblar, porque solo hay navíos encallados cuya provisión de silencio y de sombra está mal protegida y que hacen agua por todas partes, con grandes bóvedas de cielo azul que se muestran a través de las cúpulas derrumbadas o con esa granizada de arena a través de las brechas de los muros. Y tienen hambre de un hambre que no será satisfecha...

»Así, yo os lo digo, construiréis porque la selva profunda es buena para el hombre; y la vía láctea, y la llanura azul dominada desde lo alto de las montañas. Pero ¿qué es la extensión de la vía láctea y de las llanuras azules y del mar en comparación con la que ofrece la noche en el corazón de las piedras, cuando el arquitecto ha sabido llenarlas de silencio? Y vosotros mismos, vosotros los arquitectos, os engrandeceréis al perder el sabor de lo común. Naceréis de la obra verdadera por realizar porque ella os drenará; puesto que no os servirá, sino que os obligará a servirla. Y os arrojará fuera de vosotros mismos. Porque ¿cómo podrían nacer grandes arquitectos de obras sin grandeza?

»Seréis grandes solo en el caso de que las piedras que pretendéis cargar de poder no sean objetos de concurso, asilos para la comodidad o de destino común y verificables, sino pedestales y escaleras y navíos que conduzcan a Dios.

20

Mis generales, con su sólida estupidez, me fatigaban con sus demostraciones. Porque, reunidos como en congreso, disputaban sobre el porvenir. Y así era como deseaban volverse hábiles. Porque se les había enseñado la historia antes que nada y conocían una por una todas las fechas de mis conquistas y todas las fechas de mis derrotas y todos los nacimientos y las muertes. De tal suerte les

parecía evidente que los acontecimientos se dedujeran los unos de los otros. Y veían la historia del hombre como una larga cadena de causas y de consecuencias que nacía en la primera línea del libro de historia y se prolongaba hasta el capítulo donde se anotaba para las generaciones futuras que la creación había así felizmente desembocado en esta constelación de generales. Así, luego de tomar largo aliento, de consecuencia en consecuencia, demostraban el porvenir. O bien se me presentaban cargados con sus pesadas demostraciones: «Así debes actuar para la felicidad de los hombres o para la paz, para la prosperidad del imperio. Somos sabios –decían–, hemos estudiado la historia...».

Pero yo sabía que la ciencia es lo que se repite. El que planta una semilla de cedro prevé la ascensión del árbol igual que el que suelta una piedra sabe que caerá por su propio peso, pues el cedro repite al cedro y la caída de la piedra repite la caída de la piedra; aunque esa piedra que va a soltar o esa simiente que entierra no hayan aún servido. Pero ¿quién pretende prever el destino del cedro que, de semilla en árbol y de árbol en semilla, de crisálida en crisálida se transfigura? Es un génesis del que todavía no he conocido ejemplo. Y el cedro es una especie nueva que se elabora sin repetir nada de lo que conozco. E ignoro adónde va. E ignoro igualmente adónde van los hombres.

Mis generales, por cierto, ejercitan su lógica cuando buscan y descubren la causas del efecto que se les ha mostrado. Porque todo efecto, me dicen, tiene una causas y toda causa un efecto. Y de causa en efecto, van rebosando hacia el error. Porque otra cosa es remontar de los efectos a las causas o descender de las causas a los efectos.

También yo, en la arena virgen y extendida a la manera del talco, he releído, a destiempo, la historia de mi enemigo. Sabiendo que un paso está siempre precedido por otro paso que lo autoriza y que la cadena va de eslabón en eslabón sin que ningún eslabón pueda jamás faltar. Si el viento no se alzara y, atormentando la arena, no borrara soberbiamente la página de escritura, como en la pizarra de un escolar, podría remontarme de huella en huella, hasta el origen de las cosas o, persiguiendo la caravana, sorprenderla en la barranca donde ha juzgado oportuno detenerse. Pero en el curso de

esta lectura no he recibido ninguna enseñanza que me permita precederla en su marcha. Porque la verdad que la domina es de esencia distinta a la de la arena de que dispongo. Y el conocimiento de las huellas es conocimiento de un reflejo estéril que no me instruirá ni sobre el odio ni sobre el terror, ni sobre el amor que, principalmente, gobierna a los hombres.

–Entonces –me dirán mis generales, sólidamente plantados en su estupidez–, todo se demuestra todavía. Si conozco el odio, el amor o el terror que los domina preveré sus movimientos. El porvenir, pues, está contenido en el presente...

Pero les responderé que siempre me es posible prever con antelación un paso que la caravana no ha dado todavía. Ese paso nuevo repetirá sin duda el anterior en su dirección y en su amplitud. Es ciencia que se repite. Pero se aparta pronto del camino que mi lógica ha tratado porque cambiará de deseo...

Y, como no me comprendían, les he relatado el gran éxodo.

Fue en la zona de las minas de sal. Y los hombres se libraban como podían de vivir entre los minerales; pues nada aquí autorizaba la vida. El sol pesaba y quemaba. Y las entrañas del suelo, lejos de suministrar agua limpia, suministraban solo barras de sal que hubieran matado el agua si los pozos no hubieran estado secos. Aprisionados entre los astros y la sal gema, los hombres llegados de otras partes con sus otras llanuras se afanaban en el trabajo y desprendían a golpes de azadón esos cristales transparentes que configuraban la vida y la muerte. Después se volvían, ligados a ellas como por un cordón umbilical, a las tierras felices y a sus aguas fértiles.

El sol, pues, era aquí áspero, duro y blanco como el hambre. Y los peñascos reventaban la arena, flanqueando las minas de sal con sus cimientos de ébano duro como diamante negro, cuyas crestas mordían vanamente los vientos. Y quien hubiera asistido a las tradiciones seculares de ese desierto las hubiera supuesto perdurables y fijas para muchos siglos. La montaña continuaría gastándose con lentitud como bajo el diente de una lima demasiado débil, los hombres continuarían extrayendo la sal, las caravanas continuarían encaminándose hacia el agua y los víveres y relevando

a esos forzados...

Pero vino un alba en que los hombres se volvieron hacia el lado de las montañas. Y lo que aún no habían visto se mostró.

Porque el azar de los vientos había mordido la roca durante siglos y esculpido un rostro gigante y colérico. Y el desierto y las salinas subterráneas y las tribus fijas en un cimiento más inhumano que el agua salada de los océanos, en un asiento de sal dura, estaban dominados por un rostro negro, esculpido en la roca, furioso, bajo la profundidad de un cielo puro, que abría la boca para maldecir. Y los hombres huyeron aterrorizados cuando lo conocieron. La nueva se propagó hasta el fondo de los pozos, y cuando los obreros emergían de la ganga, se volvían primero hacia la montaña, después, con el corazón sobresaltado, se dirigían presurosos a sus tiendas, empacaban como podían sus utensilios, injuriaban a la mujer, al hijo y al esclavo y, empujando delante de ellos su fortuna condenada por el sol inexorable, tomaban los caminos hacia el norte. Y como el agua faltaba, perecían todos. Y vanas parecieron las predicciones de los lógicos acerca de que veían gastarse la montaña y perpetuarse los hombres. ¿Cómo podían prever lo que iba a nacer?

Cuando me remonto al pasado divido el templo en piedras. Y la operación es previsible y simple. Lo mismo si divido en huesos y vísceras el cuerpo desmantelado, y en cascotes el templo, y en cabras, carneros, moradas y montañas el dominio... Pero si marcho hacia el porvenir me será preciso contar con el nacimiento de seres nuevos que se añaden a los materiales y no serán previsibles pues tendrán una esencia distinta, A aquellos seres los llamo uno y simples, porque morirían si se los separara. Porque el silencio es algo que se agrega a las piedras, pero que muere si se las separa. Porque el rostro es algo que se agrega al mármol o a los rasgos del rostro; pero que muere si se lo rompe o se lo distingue. Porque el dominio es algo que se agrega a las cabras, a las moradas, a los carneros y a las montañas...

No sabría prever, pero sabría fundar. Porque el porvenir se construye. Si uno en un rostro único la disparidad de mi época, si

tengo manos divinas de escultor, mi deseo llegará a ser realidad. Y me equivocaría si dijera que he sabido prever. Porque habré creado. En la disparidad circundante habría mostrado un rostro y lo habría impuesto y él gobernaría a los hombres. Como el dominio, que a veces les exige hasta su sangre.

Así se me ha presentado una verdad nueva: que es vano e ilusorio ocuparse del porvenir. Sino que la sola operación valedera es la de expresar el mundo presente. Y que expresarse es construir con lo dispar presente el rostro único que lo domina, es crear el silencio con las piedras.

Toda otra pretensión es viento de palabras...

21

Y por cierto todos sabemos cuán engañosos son los razonamientos. A aquellos que miraban los argumentos más hábiles y las demostraciones más imperiosas no lograban convencerlos. «Sí –decían–, tienes razón. Y sin embargo, no pienso como tú...» Se les llamaba estúpidos. Pero comprendí que no eran estúpidos, sino, muy por el contrario, los más prudentes. Respetaban una verdad que las palabras no aportaban.

Porque los otros se imaginan que el mundo repara en las palabras y que la palabra del hombre expresa el universo y las estrellas y la dicha y el sol poniente y el dominio y el amor y la arquitectura y el dolor del silencio... Pero yo he conocido al hombre enfrentado con la montaña que tenía la obligación de coger palada a palada.

Pienso, por cierto, que los geómetras que han dibujado las murallas tienen en sus manos la verdad de las murallas. Y que se las sabrá construir según sus figuras. Porque hay en las murallas una verdad para los geómetras. Pero ¿qué geómetra comprende la importancia de la muralla? ¿Dónde leéis en su dibujo que las murallas constituyen un dique? ¿Qué os permite descubrirlas semejantes a la corteza del cedro, en cuyo interior se edifica la ciudad viviente?

¿Dónde veis que las murallas son corteza para el fervor y que permiten el cambio de las generaciones en Dios, en la eternidad de la fortaleza? Ven en ellas piedras, cemento y geometría. Y, por cierto, las murallas son piedras, cemento y geometría. Pero son igualmente las armazones del navío y el refugio para los destinos particulares. Y creo, antes que nada, en los destinos particulares. Sin mezquindad por ser tan limitados. Porque esta flor única es la ventana abierta sobre el nacimiento de la primavera. Es la primavera transformada en flor. Porque nada sería para mí una primavera que no hubiera formado flores.

Puede no ser importante, quizá, el amor de esa esposa que espera el regreso del esposo. Ni tan importante la mano que se agita antes de la partida. Pero puede ser signo de algo importante. Puede no ser tan importante la luz particular que brilla en el interior de la muralla como la linterna de navío; he aquí, sin embargo, una vida que irrumpe, cuyo valor no sé medir.

Las murallas le sirven de corteza. Y esta ciudad es larva contenida en su vaina. Y esta ventana: una flor del árbol. Y detrás de esta ventana puede haber un niño pálido que bebe aún su leche sin saber aún su plegaria y que juega y balbucea, pero que será mañana un conquistador y fundará ciudades nuevas que engrandecerá con sus murallas. Y he aquí la simiente del árbol. Más importante, menos importante, ¿cómo saberlo? Esta cuestión para mí no tiene sentido; porque al árbol, ya lo he dicho, no es preciso dividirlo para conocerlo.

Pero ¿qué geómetra conoce estas cosas? Cree comprender las murallas porque las construye. Cree que su geometría contiene las murallas enteras porque basta con imponerla al cemento y a la piedra para que la ciudad se fortifique. Pero hay otra cosa que los domina; y si deseo mostraros qué es una muralla os reuniré alrededor de mí y, año tras año, aprenderéis a descubrirla sin jamás agotar el trabajo; porque no hay palabras para contenerla en su esencia. Y no muestro más que signos, como es signo la geometría pero también ese brazo del esposo alrededor de la esposa encinta, grávida con un mundo, y que él protege.

Como aquel que viene con sus pobres palabras a demostrar a otro que hace mal en estar triste. ¿Acaso veis que el otro haya

cambiado? O que hace mal en estar celoso o en amar. ¿Y acaso veis que el otro se cure del amor? Las palabras tratan de desposar la naturaleza y de raptarla. Así, he dicho «montaña», y llevo la montaña en mí con sus hienas y sus chacales y sus barrancas plenas de silencio y su ladera que sube hacia las estrellas, hasta las crestas mordidas por el viento..., pero es un vocablo que es preciso colmar. Y cuando he dicho «muralla» es preciso colmar la palabra. Y los geómetras le agregan algo, y los poetas y los conquistadores y el niño pálido, y la madre, que, gracias a ellos, puede ocuparse de soplar sobre las brasas para recalentar la leche de la tarde sin que la matanza la distraiga de su tarea. Y si me es posible razonar acerca de la geometría de las murallas, ¿cómo razonaría sobre esas murallas que mi lenguaje no sabe contener? Porque lo que un signo torna verdadero se vuelve falso por otro.

Para mostrarme la ciudad se me conducía a veces a la cima de una montaña. «¡Mira nuestra ciudad!», me decían. Y admiraba lo ordenado de las calles y el dibujo de las murallas. «He aquí –me decía yo– el colmenar donde duermen las abejas. Al amanecer se dispersan por la llanura de la que succionan las provisiones. Así los hombres cultivan y cosechan. Y procesiones de borriquitos conducen a los graneros y los mercados y las reservas el fruto del trabajo del día... La ciudad dispersa sus hombres en la aurora, luego los recoge en sí con sus fardos y sus provisiones para el invierno. El hombre es aquel que produce y que consume. Por tanto lo favoreceré estudiando sin dilación sus problemas y administrando el hormiguero.»

Pero otros para enseñarme su ciudad me hacían atravesar el río y admirarla desde la otra orilla. Descubría sus casas perfiladas en el esplendor del crepúsculo, unas más altas, otras menos altas, unas pequeñas, otras grandes; y la flecha de los alminares traspasando como mástiles la humareda de purpúreas nubes. Se revelaba en mí semejante a una flota que parte. Y la verdad de la ciudad no era ya orden estable y verdad geométrica, sino asalto de la tierra por el hombre en el gran viento de su crucero. «He aquí –decía yo– el orgullo de la conquista en marcha. Al frente de mis ciudades colocaré capitanes, porque es de la creación de donde el hombre

extrae principalmente sus alegrías y el gusto poderoso por la aventura y la victoria.» Y esto no era más verdadero ni menos verdadero, sino otra cosa.

Algunos, sin embargo, para hacerme admirar su ciudad me llevaban con ellos al interior de sus murallas y me conducían primero al templo. Y entraba, conmovido por el silencio y la sombra y la frescura. Entonces meditaba. Y mi meditación me parecía más importante que el alimento y la conquista. Porque me había nutrido para vivir, había vivido para conquistar, y había conquistado para retornar y meditar y sentir mi corazón más vasto en el reposo de mi silencio. «He aquí –decía yo– la verdad del hombre. Existe por su alma. Al frente de mi ciudad instalaré poetas y sacerdotes. Y harán dilatarse el corazón de los hombres.» Y esto no era más verdadero ni menos verdadero, sino otra cosa...

Y si ahora, en mi sabiduría, empleo la palabra ciudad, no me sirvo de ella para razonar, sino para especificar simplemente todo lo que ella carga en mi corazón y que la experiencia me ha enseñado y mi solicitud en sus callejas y la partición del pan en sus moradas y su gloria de perfil en la llanura y su orden admirado desde lo alto de las montañas. Y muchas otras cosas que no sé decir o en las cuales no pienso en este momento. ¿Y cómo emplearía yo la palabra para razonar, pues lo que es verdadero bajo un signo es falso por otro?

22

Mas, por sobre todas las cosas, se me presenta algo imperioso en lo concerniente a la heredad de los hombres, herencia que de generación en generación se transmiten unos a otros, pues si, en el silencio de mi amor, voy lentamente por la ciudad y miro a aquella que habla al prometido y le sonríe con temor tierno, o a aquella otra que aguarda el regreso del guerrero, o a esa otra que reprende a su sirviente, o a aquella que predica resignación y justicia, o al que divide a la multitud, se yergue en su venganza y asume la defensa del débil, o a ese otro, simplemente, que esculpe su objeto de marfil y lo recomienza, y paso a paso se aproxima a la perfección

que existe en él. Si considero a mi ciudad cuando se duerme y hace ese ruido que va muriendo como el de un címbalo que se ha golpeado y que resuena aún y se sosiega como si el sol lo hubiera agitado, como agita un enjambre de abejas, después llega la noche que cansa sus alas y devuelve el perfume a las flores, y no hay más huellas que los guíen en el lecho de los vientos. Cuando veo extinguirse esas luces y dormirse bajo las cenizas todos esos fuegos guardando cada cual de nuevo su bien, quién su cosecha en el fondo de sus granjas, quién sus niños que juegan en el umbral, quién su perro o su asno, quién su taburete de anciano; cuando por fin mi ciudad reposa ordenada como un fuego bajo la ceniza, y todas las reflexiones, todas las plegarias, todos los proyectos, todos los ímpetus, todos los temores, todos los movimientos del corazón para escoger o rechazar, todos los problemas no resueltos que esperan sus soluciones, todos los odios que no se matarán antes del día, todas las ambiciones que no descubrirán nada antes del alba, reservadas todas las plegarias que ligan al hombre con Dios, inútiles como las escaleras en el almacén, en moratoria y como muertas, pero no extintas, puesto que ese gigantesco patrimonio que de nada sirve en el instante no está perdido, sino reservado y trasladado, y el sol que agitará el enjambre lo devolverá como una herencia, y cada uno reanudará su búsqueda, su alegría, su pena, su odio o su ambición, y mi colonia de abejas volverá a sus cardos y a sus lirios, entonces me pregunto: ¿Qué será de esos graneros de imágenes...?

Me parece evidente que, si dispusiera de una humanidad inanimada aún y si quisiera educarla e instruirla y colmarla con los mismos mil movimientos diversos, el puente del lenguaje no bastaría.

Porque, ciertamente, nos comunicamos; sin embargo, las palabras de nuestros libros no contienen el patrimonio. Y si tomo a los niños y los acaricio y enseño a cada uno una dirección diversa, habré perdido una parte de la herencia. De igual modo respecto a mi ejército, si no establece de uno a otro la continuidad del contacto que hace de este ejército una dinastía sin rupturas. Y, por cierto, recibirán las enseñanzas de sus cabos. Y, por cierto, sufrirán la autoridad de sus capitanes. Pero las palabras de las que disponen los cabos y los capitanes son receptáculos infinitamente insuficientes para transmitir del uno al otro una instrucción que no puede enumerarse y expresarse en fórmulas. Y que no puede

ofrecerse por la palabra o el libro. Porque se trata de actitudes interiores y de miras entre los pensamientos y las cosas... Y si quiero explicarlos o exponerlos los demuestro en sus partes y no queda nada. De igual modo con el dominio que llama al amor y del cual nada hubiera dicho si hablara de las cabras, de los carneros, de las moradas, y de las montañas, y cuyo tesoro interior no transmite la palabra, sino la hermandad del amor. Y de amor en amor se legan esa heredad. Pero si rompéis el contacto una sola vez de generación en generación morirá ese amor. Y si rompéis una vez el contacto entre los mayores y los menores en vuestro ejército, entonces vuestro ejército es ya fachada de una casa vacía y se derrumbará al primer golpe, y si rompéis el contacto entre el molinero y su hijo, entonces perderéis lo más precioso del molino y su moral y su fervor y los mil golpes de las manos que no se expresan, y las mil actitudes que se justifican mal por la razón pero que son; porque hay más inteligencia escondida en las cosas tales como son que en las palabras. Pero le pediréis que reconstruya el mundo por la sola lectura del librito de imágenes y reflejos ineficaces y vacíos delante de la suma de las experiencias. Y hacéis del hombre una bestia primitiva y desnuda al olvidar que la humanidad en su desarrollo es cual un árbol que crece y que se continúa de uno en otro como el poder del árbol dura a través de sus nudos y sus retorcimientos y la división de sus ramas. Y estoy relacionado con un gran cuerpo e ignoro lo que es la muerte cuando miro desde lo alto de mi ciudad; pues aquí y allá caen hojas, aquí y allá nacen yemas, y sin embargo dura el tronco sólido a su través. Pero esos males particulares no lesionan nada esencial y tú ves ese templo continuar construyéndose y ves ese granero continuar vaciándose y llenándose y ese poema embellecerse, y lustrarse el respaldo curvo de la fuente. Pero si separas las generaciones es como si quisieras recomenzar al hombre mismo en medio de su vida y, luego de borrar en él cuanto sabía, sentía, comprendía, deseaba, temía, reemplazaras esta suma de conocimientos, convertida en carne, por las magras fórmulas extraídas de un libro, habiendo suprimido toda la savia que subía a través del tronco y transmitiendo a los hombres solo cosas codificables. Y como la palabra falsea para tomar, y simplifica para enseñar, y mata para comprender, cesan de estar alimentados por la vida.

Pero yo digo: está bien que se favorezca en la ciudad la génesis de

las dinastías. Y si de un pequeño grupo salen mis curadores, pero disponiendo de una herencia completa y no solamente de algunas palabras, dispondré al fin de cuentas de curadores de más genio que si extiendo mi selección a todo mi pueblo y comprendo a los hijos de los soldados y de los molineros. Y no es que yo perjudique a las vocaciones porque ese tronco formara un nudo tan duro que no me permitirá injertar ramas extranjeras. Y mi dinastía absorberá y transformará en sí misma los alimentos nuevos que las vocaciones le suministrarán.

Porque una vez más me fue enseñado que la lógica mata la vida. Y que no contiene nada de sí misma...

Pero se han engañado acerca del hombre los hacedores de fórmulas. Y han confundido la fórmula que es sombra plana del cedro con el cedro en su volumen, su peso, su color, su carga de pájaros, y su follaje, que no sabrían expresarse o afianzarse en el débil viento de las palabras...

Porque confunden la fórmula que designa con el objeto designado.

Así, me pareció que era vano y peligroso prohibir las contradicciones. Así respondí a mis generales, que venían a hablar del orden, pero confundían el orden, que es potencia, con la disposición de los museos.

Porque yo digo que el árbol es orden. Pero orden aquí es unidad que domina lo dispar. Porque esta rama soporta un nido y esta otra no lo soporta. Porque esta soporta su fruto y esta otra no lo soporta. Porque esta se levanta hacia el cielo y esta otra se inclina hacia el suelo. Pero mis generales están sometidos a la imagen de revistas militares y dicen que están en orden solamente los objetos que no difieren unos de otros. Así, si les dejara hacer, perfeccionarían los libros santos que muestran un orden que es sabiduría de Dios, poniendo en orden los caracteres que incluso un recién nacido podría ver que están mezclados. Así, las as juntas, las bes juntas, las ces juntas..., y de esta manera dispondrían de un libro bien

ordenado. Un libro para generales.

¿Y cómo soportarían lo que no puede formularse o no ha sido todavía? ¿O que contradice alguna otra verdad? ¿Cómo sabrían que en un lenguaje que formula pero no obliga, dos verdades pueden oponerse? Y que puedo hablar sin contradecirme de la selva o el dominio, a pesar de que la selva se extienda sobre varios dominios sin, quizá, cubrir uno solo en su totalidad, y mi dominio sobre varias selvas sin que ninguna quizá esté enteramente comprendida en él. Y uno no niega al otro. Pero he aquí que mis generales si celebraran el dominio harían cortar la cabeza a los poetas que cantasen a la selva.

Porque una cosa es oponerse y otra cosa es contradecirse, y conozco una sola verdad que es la vida y reconozco un solo orden que es la unidad cuando domina los materiales. Y poco me importa si los materiales son dispares. Mi orden es la universal colaboración de todos a través de uno y este orden me obliga a una creación permanente. Porque me obliga a fundar un lenguaje que absorberá las contradicciones. Y él mismo es vida. No se trata nunca de rechazar para crear el orden. Porque si primero rehúso la vida y alineo a los de mi tribu como postes a lo largo de un camino, será perfecto el orden que consiga. Igualmente, si reduzco mis hombres a ser solo una colonia de termitas. Pero ¿en qué me seducirían las termitas? Porque me gusta el hombre liberado por su religión y vivificado por los dioses que fundo en él: casa, dominio, imperio, reino de Dios, a fin de que siempre pueda cambiarse en algo más vasto que él. ¿Y, por qué, pues, no les dejaría disputarse, sabiendo que el gesto que triunfa está hecho de todos los que fracasaron sus fines, y sabiendo que para engrandecerse el hombre debe crear y no repetir? Porque entonces solo se trata de consumir provisiones hechas. Sabiendo, en fin, que todo, aun la forma de la carena, debe crecer y vivir y transformarse si no es solo muerte, objeto de museo o rutina. Y distingo antes la continuidad de la rutina. Y distingo la estabilidad de la muerte. Ni la estabilidad del cedro ni la estabilidad del imperio se fundan en su decrepitud. «¡Esto está bien –dicen mis generales– y no cambiará más!» Pero yo odio a los sedentarios y llamo muertas a las ciudades acabadas.

Malo, cuando el corazón prima sobre el alma.

Cuando el sentimiento prima sobre el espíritu.

Así en mi imperio me ha parecido que era más fácil soldar a los hombres por el sentimiento que por el espíritu que domina al sentimiento. Es, sin duda, signo de que el espíritu debe convertirse en sentimiento; pero no hay en un principio sentimiento que cuente.

Así, me ha parecido que no se debía someter al que crea los deseos de la multitud. Porque su creación misma debe convertirse en deseo de la multitud. La multitud debe recibir del espíritu y cambiar lo que ha recibido en sentimiento. Ella es un vientre. Debe cambiar el alimento que recibe en gracia y en luz.

Mi vecino ha forjado el mundo porque lo sentía en su corazón. Y ha hecho de su pueblo un himno. Pero he aquí que en su pueblo se han temido la soledad y el paseo por la montaña, cuando ella se desenvuelve bajo los pies como la cola del profeta y allí el coloquio con las estrellas y la interrogación glacial, y el silencio hecho en derredor, y esta voz que habla y no habla sino en el silencio. Y el que retorna retorna amamantado por los dioses. Y vuelve a descender sereno y grave, portando su miel ignorada bajo su esclavina. Y solamente traerán miel los que hayan tenido derecho a abandonar la multitud. Y siempre esa miel parecerá amarga. Y toda palabra nueva y fértil parecerá amarga porque, lo he dicho, nadie ha conocido una mudanza alegre. Y si os educo, lo que os digo quedará fuera de vuestra piel como una vaina para vestiros, como a la serpiente, con una piel nueva. Y he aquí que ese canto se convertirá en cántico, como un incendio forestal brota de una chispa. Pero el hombre que rehúsa ese canto, y el populacho que prohíbe a uno de sus miembros manumitirse para aferrarse a la montaña, matan el espíritu. Porque el espacio del espíritu, donde puede abrir las alas, es el silencio.

Porque fui llevado a reflexionar sobre los que consumen más de lo que rinden. Así reflexioné sobre la mentira de los jefes de Estado, pues de la creencia en su palabra dependía la eficacia de la palabra y su poder. De este modo obtengo de la mentira efectos poderosos. Y amortiguo mi arma al tiempo que me sirvo de ella. Y la lanzo contra mi adversario, tiempo vendrá en que me presentaré ante él sin armas.

Así he reflexionado sobre aquel que escribe sus poemas y extrae efectos eficaces del hecho de hacer trampas con las reglas aceptadas. Porque el efecto de escándalo es también una operación. Pero ese es un malhechor porque para uso de una ventaja personal rompe el vaso de un tesoro común. Para expresarse, arruina posibilidades de expresión de todos, como aquel que para alumbrarse prendería fuego al bosque. Y de inmediato solo hay cenizas a disposición de los demás. Y cuando me he habituado a los errores de sintaxis no puedo ni siquiera aún provocar escándalo y sorprender con lo inesperado. Pero no puedo, tampoco, expresarme con la belleza del estilo antiguo porque he vuelto vanas las convenciones, todo es signo, esos guiños de ojos, todo este entendimiento, todo ese código tan lentamente elaborado y que me permite transmitir mi yo más sutil. Me he expresado consumando mi instrumento. Y el instrumento de los otros.

Así, de la ironía, que no es del hombre, sino del cangrejo. Porque de mi gobernador, que domina y es respetado, he obtenido efectos cómicos comparándolo a un asno, y nadie se esperaba mi audacia. Pero llegó el momento en que mezclé tan íntimamente al asno y al gobernador que nadie reía cuando expresaba mi evidencia. Y he arruinado una jerarquía, una posibilidad de ascensión, de ambiciones fértiles, una imagen de la grandeza. He consumido el tesoro del cual me servía. He robado un granero y he dispersado los granos. La falta, la traición, es que, si he podido emplear y a un tiempo destruir a mi gobernador, es porque otros lo habían instituido. Se me ha ofrecido una ocasión de expresarme, la he

aprovechado para destruirla. He traicionado.

Pero el que escribe con rigor y forja su instrumento para utilizar el vehículo aguza su arma para su uso, y aumenta así sus provisiones a medida que las consume. Y aquel que domina a su pueblo, por la verdad de su palabra, aumenta su caución a medida que se sirve de ella y, a fin de cuentas, será a quien sigan más lejos en la guerra. Y aquel que funda el sentimiento de la grandeza. Construye el instrumento del que se servirá mañana.

25

Por esto hice venir a los educadores y les dije:

–No estáis encargados de matar al hombre en los pequeños, ni de transformarlos en hormigas para la vida en el hormiguero. Porque poco me importa que el hombre esté más o menos colmado. Lo que me importa es que sea más o menos hombre. No pregunto primero si el hombre será o no feliz, sino qué hombre será feliz. Y poco me importa la opulencia de los sedentarios saciados, como del ganado en el establo.

–No los colmaréis de fórmulas vacías, sino de imágenes cargadas de estructuras.

»No los llenaréis de conocimientos muertos. Sino que les forjaréis un estilo para que puedan asir.

»No juzgaréis de sus aptitudes por su aparente facilidad tal o cual sentido. Porque quien va más lejos y logra mayor éxito es el que más ha trabajado en contra de sí mismo. En primer lugar, pues, tendréis en cuenta el amor.

»No insistiréis sobre el uso. Sino sobre la creación del hombre, para que este cepille su tabla en la fidelidad y el honor, y la pula mejor.

»Enseñaréis el respeto, porque la ironía es del cangrejo, y olvido de rostros.

»Lucharéis contra los lazos del hombre con los bienes materiales. Y fundaréis al hombre en el niño enseñándole el cambio en primer lugar, porque fuera del cambio solo hay endurecimientos.

»Les enseñaréis la meditación y la plegaria porque con ellas se dilata el alma. Y el ejercicio del amor. Porque ¿quién lo reemplazaría? Y el amor de sí mismo es lo contrario del amor.

»Castigaréis en primer término la mentira y la delación, que ciertamente pueden servir al hombre y en apariencia a la ciudad. Pero solamente la fidelidad crea a los fuertes. Porque no puede haber fidelidad en un campo y no en el otro. El que es fiel siempre es fiel. Y no es fiel quien puede traicionar a su camarada de labor. Necesito una ciudad fuerte, y no asentaré su fuerza en la podredumbre de los hombres.

»Enseñaréis el gusto por la perfección porque toda obra es una marcha hacia Dios y no puede acabarse sino con la muerte.

»No enseñaréis en un principio el perdón y la caridad. Porque podrían ser mal comprendidos y ser mero respeto por la injuria y la úlcera. Pero enseñaréis la maravillosa colaboración de todos a través de todos y a través de cada uno. Entonces el cirujano se apresurará a través del desierto para reparar la simple rodilla de un peón. Porque se trata de un vehículo. Y ambos tienen el mismo conductor.

26

Porque me inclinaba en un principio sobre el gran milagro de la muda y del cambio de sí mismo. Pues había en la ciudad un leproso.

–He aquí el abismo –me dijo mi padre.

Y me condujo a los suburbios hasta los límites de un campo magro

y sucio. Alrededor del campo una barrera, y en el centro del campo una casa baja donde habitaba el leproso arrancado así de entre los hombres.

–¿Crees –me dijo mi padre– que va a aullar su desesperación? Obsérvalo cuando salga para verlo bostezar.

»Ni más ni menos que aquel en quien ha muerto el amor. Ni más ni menos que aquel que ha sido deshecho por el destierro. Porque te lo digo: el destierro no destroza: gasta. Te alimentas con sueños y juegas con dados vacíos. Poco importa su opulencia. Es rey de un reino de sombras.

»La necesidad –me dijo mi padre–, he ahí la salvación. No puedes jugar con dados vacíos. No puedes satisfacerte con tus sueños por la sola razón de que tus sueños no resisten. Son falaces los ejércitos lanzados en los sueños hueros de la adolescencia. Lo útil es aquello que se te resiste. Y la desdicha de este leproso no estriba en que se pudra, sino en que nada se le resiste. Helo ahí cerrado, sedentario en sus provisiones.

Los de la ciudad solían venir a observarlo. Se reunían alrededor del campo como los que habiendo hecho la ascensión de la montaña se inclinan en seguida sobre el cráter del volcán. Pues palidecen al escuchar bajo sus pies que el globo prepara sus eructos. Se aglutinaban como alrededor de un misterio, alrededor del campo encuadrado del leproso. Pero no había misterio.

–No te forjes ilusiones –me decía mi padre–. No imagines su desesperación y sus brazos retorcidos en el insomnio y su cólera contra Dios o contra sí mismo o contra los hombres. Porque solo hay en él ausencia que crece. ¿Qué tendría de común con los hombres? Sus ojos se vacían y sus brazos caen de él como ramas. Y no recibe ya de la ciudad sino el ruido de un lejano acarreo. La vida apenas lo alimenta como un espectáculo vago. Un espectáculo no es nada. No vives sino de lo que tú transformas. No vives de lo que está almacenado en ti como en una despensa. Y ese viviría si pudiera azotar al caballo y acarrear piedras y contribuir a la edificación del templo. Pero todo le es dado.

Sin embargo, se estableció una costumbre. Los habitantes venían cada día, conmovidos por su miseria, a arrojar ofrendas del otro lado de los postes que erizaban esa frontera. Y he aquí que era servido, engalanado y vestido como un ídolo. Alimentado con los mejores bocados. Y hasta honrado con música los días de fiesta. Y sin embargo, si él tenía necesidad de todos, nadie necesitaba de él. Disponía de todos los bienes, pero no tenía bienes que ofrecer.

–Así sucede con los ídolos de madera –me dijo mi padre–, a los que recargas de presentes. Y arden ante ellos las lamparillas de los fieles. Y humea el aroma de los sacrificios. Y se orna su cabellera con pedrerías. Pero, te lo aseguro, la multitud que arroja a sus ídolos sus brazaletes de oro y sus pedrerías se acrecienta; pero el ídolo de madera queda madera. Porque no transforma nada. Pues vivir, para el árbol, es tornar tierra y amasar flores con ella.

Y vi al leproso salir de su cubil y pasear sobre nosotros su mirada muerta. Más inaccesible a ese rumor, que sin embargo trataba de halagarlo, que a las olas del mar. Desligado de nosotros y en adelante inaccesible. Y si alguno de la multitud expresaba su piedad, él lo miraba con un desprecio vago... No solidario. Fastidiado de un juego sin caución. Pues ¿qué es una piedad que no toma en sus brazos para mecer? Y en cambio, si algo de animal todavía solicitaba su cólera por haberse convertido así en espectáculo y curiosidad de feria, cólera poco profunda en verdad, porque ya no éramos de su universo, como los niños alrededor del estanque donde da vueltas la única carpa lenta, ¿qué nos importaba su cólera? Pues ¿qué es una cólera que no puede golpear y no hace más que arrojar palabras vacías en el viento que las lleva? Así se me apareció, despojado por su opulencia. Y me acordaba de aquellos leprosos que en el sur, a causa de las leyes concernientes a la lepra, exigían en los oasis desde lo alto de sus caballos de los que no tenían derecho a descender. Tendiendo su escudilla atada al extremo de un palo. Y mirando duramente y sin ver, pues los rostros felices eran para ellos solo territorio de caza. ¿Y por qué habrían de irritarse por una dicha tan ajena a sus universos como los juegos silenciosos de los animalitos en el claro del bosque?

Miraban, pues, fríamente sin ver. Después, pasaban a paso lento delante de las tiendas y bajaban una cesta desde lo alto de su caballo con una cuerda. Y aguardaban con paciencia a que el comerciante la llenara. Paciencia lúgubre que atemorizaba. Porque, inmóviles, eran tan solo para nosotros vegetación lenta de la enfermedad. Hornos, crisoles y alambiques de podredumbre. Eran solo lugares de paso y campo cerrado y moradas del mal. Pero ¿qué esperaban? Nada. Porque no se espera nada de sí mismo, sino de otro distinto a uno mismo. Y cuanto más rudimentario sea tu lenguaje, más groseros tus lazos con los hombres, menos conocerás la espera y el tedio.

Pero ¿qué podrían esperar de nosotros esos hombres que estaban tan absolutamente separados de nosotros? No esperaban nada.

–Mira –dijo mi padre–. No puede ni siquiera bostezar. Ha renunciado hasta al tedio, que es espera de los hombres.

27

De este modo, me pareció en el primer momento que eran desdichados. La noche vino como un navío donde Dios encierra a sus pasajeros sin capitán y se me ocurrió la idea de desempatar a los hombres. Deseando comprender la dicha.

Hice sonar las campanas. «Venid vosotros a quienes la dicha colma.» Porque a la dicha se la siente como fruto pleno de su sabor. Y a esa la he visto apretarse con las dos manos en el pecho, inclinada hacia delante, como henchida. Y se allegaron pues a mi derecha.

–Venid aquí los desdichados. –E hice sonar las campanas para estos–. Venid a mi izquierda –les dije. Y cuando los hube separado, trataba de comprender. Y me preguntaba: «¿De dónde procede el

mal?».

Porque no creo en la aritmética. Ni la angustia ni la alegría se multiplican. Y si uno solo sufre en mi pueblo, su sufrimiento es grande como el de un pueblo. Y al mismo tiempo, está mal que ese no se sacrifique para servir al pueblo.

Así pasa con la alegría. Y si la hija de la reina se casa, he aquí que todo el pueblo danza. Es el árbol que forma su flor. Y juzgo al árbol por su punta.

28

Vasta me pareció mi soledad. Eran el silencio y la lentitud que reclamaba para mi pueblo. Y esta reserva en el fondo del alma y este tedio en la montaña los bebí yo hasta la amargura. Percibía, pues, debajo de mí las luces del atardecer de mi ciudad. Esa inmensa llamada de la ciudad hasta que todos están reunidos, todos encerrados, todos al alcance de unos y otros. De este modo los veía, uno tras otro, encerrarse en cada ventana que se apagaba, sabiendo su amor. Después su tedio. A menos que el amor no se cambie en algo más vasto que el amor.

Y las últimas ventanas iluminadas mostraban a los enfermos. Había dos o tres cánceres como cirios encendidos. Luego esa estrella de aquel que acaso lucha con la obra, pues no puede dormir si no acaba su gavilla. Después, algunas otras ventanas de espera desmesurada y sin esperanza. Porque Dios ha hecho su cosecha del día y hay quien no participará de ella nunca más.

Había, pues, algunos semejantes a centinelas frente a la noche como frente al mar. «Helos ahí –me decía yo–, testigos de la vida ante el mar impenetrable. En vanguardia. Somos pocos los que velamos sobre los hombres, a quienes las estrellas deben su respuesta. Somos unos pocos de pie con nuestra opción de Dios. Soportando la carga

de la ciudad, somos algunos entre los sedentarios a los que flagela duramente el viento helado que cae como un manto frío de las estrellas.

»Capitanes, camaradas míos, he aquí que es dura la noche venidera. Porque los que duermen no saben que la vida es solo cambios y crujidos interiores del cedro y muda dolorosa. Somos unos pocos que sostenemos por ellos ese fardo, somos unos pocos en las fronteras aquellos a quienes quema el mal y reman lentamente hacia el día, que aguardan, como en el mástil del vigía, la respuesta a sus preguntas, los que esperan aún el retorno de la esposa...»

Fue entonces cuando me pareció que una misma frontera separa la angustia del fervor. Porque angustia y fervor se tocan en lo mismo. Ambos son sentimientos del espacio y de la extensión.

«Velan conmigo –me decía yo– únicamente los angustiados y los fervorosos. Que reposen, pues, los otros. Los que han creado durante el día y que no tienen vocación para permanecer a la vanguardia...»

La ciudad, sin embargo, estaba esa noche como suspensa fuera del sueño, a causa de un hombre que al alba debía expiar un crimen. Pues se le creía inocente. Y las patrullas que circulaban tenían por misión impedir que la multitud se agrupara; pues algo arrojaba a los hombres fuera de su casa y los hacía reunirse.

Y yo me decía: «El sufrimiento de uno solo prende este incendio. Aquel, en su calabozo, es blandido sobre todos como un tizón».

Tuve deseo de conocerlo. Y me fui a la prisión. La divisé, cuadrada y negra, recortada contra las estrellas. Los hombres de armas me abrieron las puertas, que giraron lentamente sobre sus goznes. Los muros me parecieron de un espesor inusitado, y los barrotes protegían las lumbreras. Y allí también, patrullas negras que circulaban a lo largo de los vestíbulos y en los corredores, o que se alzaban a mi paso como animales nocturnos... Y en todas partes ese olor a soldado y esos ecos profundos de cripta cuando se dejaba caer una llave o caminaba sobre las losas. Y meditaba: «¡Preciso es

que el hombre sea peligroso para que sea necesario, a él, tan débil, de carne tan ruin, a quien un clavo puede vaciar la vida, aplastarlo así bajo una montaña!».

Y todos los pasos que yo oía marchaban sobre su vientre. Y todos esos muros, todas esas poternas, todos esos contrafuertes pesaban sobre él. «Es el alma de la prisión –me decía yo, pensando en él–. Es el sentido y el centro y la verdad de la prisión. Y sin embargo, ¿qué muestra de él sino un simple montón de trapos, tendido a lo ancho de los barrotes y quizá dormido y respirando mal? Tal como es, no obstante, es levadura de una ciudad. Y causa, volviéndose de un muro a otro, este temblor de tierra.»

Me abrieron el ventanuco y lo observé. Sabiendo bien que había en esto algo que comprender. Y lo vi.

Y yo pensaba: «Acaso no tiene nada que reprocharse sino el amor de los hombres. Pero el que construye una morada da una forma a su morada. Y, por cierto, toda forma puede ser deseable. Pero no todas en conjunto. Si no, ya no hay morada».

Un rostro de piedra está hecho de todos los rostros rechazados. Todos pueden ser bellos. Pero no todos en conjunto. Sin duda su sueño era bello.

Estamos, él y yo, en la cumbre de la montaña. Él y yo, solos. Estamos esta noche en la cima del mundo. Nos encontramos y nos unimos. Porque nada en esta altura nos separa. Él desea como yo la justicia. Y sin embargo, morirá.

Sufría en mi corazón.

Sin embargo, para que el deseo se cambie en acto, para que la fuerza del árbol se haga rama, para que la mujer llegue a ser madre, es preciso una elección. De la injusticia de la elección nace la vida. Porque también a esta, que era hermosa, todos la amaban. Y, para ser, los redujo a la desesperación. Siempre es injusto lo que es.

Comprendí que toda creación en un principio es cruel.

Volví a cerrar la puerta y me fui por los largos corredores. Pleno de

estima y de amor: «¿Qué es dejarle la vida en la esclavitud, cuando su grandeza es su orgullo?». Y me cruzaba con las patrullas, los carceleros, los barrenderos del amanecer. Y todo ese pueblo sería su prisionero. Y esos muros pesados guardaban su prisionero, como esas ruinas desmenuzadas que obtienen un sentido del tesoro enterrado. Y me volví una vez más aún hacia la prisión. Con su torre en forma de corona arrojada a los astros, navío en marcha con su cargamento, por entero ferviente, y yo me decía: «¿Quién lo lleva?». Y lejos de mí, amontonada en la noche, esta prisión parecía las fauces de un polvorín.

Meditaba sobre los de la ciudad. «Por cierto, lo llorarán –meditaba–. Pero también es bueno que lloren.»

Porque meditaba los cantos, los rumores y las meditaciones de mi pueblo. «Lo enterrarán.» Pero no se entierra, reflexionaba. Lo que se entierra es semilla. No tengo poder contra la vida y él tendrá razón algún día. Lo cuelgo al extremo de una cuerda. Pero oiré cantar su muerte. Y esa llamada repercutirá sobre quien quiere conciliar lo que se parte. Pero ¿qué conciliaría yo?

Necesito absorber en una jerarquía y no, al mismo tiempo, en otra. No debo confundir la beatitud y la muerte. Marcho hacia la beatitud pero no debo rehusar las contradicciones. Debo recibirlas. Esto está bien, esto está mal, tengo horror de la mezcla que es un almíbar para los débiles y que los castra; pero debo engrandecerme por aceptar a mi enemigo.

29

Meditaba ante esa máscara de la bailarina. Y su aire pertinaz, obstinado y cansado. Y me dije: «He aquí que en el tiempo de la grandeza del imperio era una máscara. Hoy es solo la cubierta de una caja vacía. Ya no hay nada patético en el hombre. Ya no hay injusticia. Nadie sufre ya por su causa. ¿Y qué es una causa que no

hace sufrir?

»Ha deseado obtener. Ha obtenido. ¿Es que ha llegado ahora la dicha para él? Pero la dicha era el esfuerzo por obtener. Mirad la planta que formó su flor. ¿Feliz por haber formado su flor? No, pero acabada. Y sin desear nada más que la muerte. Porque conozco el deseo. La sed del trabajo. El gusto de triunfar. Después el reposo. Pero nadie vive de ese reposo que no es alimento. Es preciso no confundir el alimento y el fin. Aquel ha corrido más ligero. Y ha ganado. Pero no podría vivir de la carrera ganada. Ni el otro que amaba el mar de su única tempestad vencida. La tempestad que él vence es una brazada mientras nada. Y requiere otro movimiento. Y el placer de formar la flor, de vencer la tempestad, de construir el templo, se distingue del placer de poseer una flor hecha, una tempestad vencida, un templo de pie. Ilusoria esperanza de gozar como ferviente lo que se ha primero condenado, esperando, guerrero, sacar sus alegrías de las alegrías del sedentario. Y sin embargo, en apariencia, el guerrero combate para obtener lo que alimenta al sedentario; pero no tiene derecho a desilusionarse si se transforma de inmediato en sedentario, pues falsa es la zozobra del que os dice que la satisfacción huye eternamente delante del deseo. Porque entonces uno se equivoca acerca del objeto del deseo. Lo que persigue eternamente, dices, eternamente se aleja... Es como si el árbol se quejara: “He formado mi flor, diría, y he aquí que se transforma en semilla y que la semilla se transforma en árbol y otra vez más el árbol en flor...”. Así, has vivido tu tempestad y tu tempestad se ha transformado en reposo; pero tu reposo es preparación de la tormenta. Yo te lo aseguro: no hay amnistía divina que te evite el porvenir. Querrías ser: no será sino cuando llegues a Dios. Te devolverá a su granero cuando te hayas transformado lentamente y amasado por sus actos; porque el hombre, según ves, tarda mucho en nacer.

»De este modo se vacían; por haber creído poseer y obtener, y por haberse detenido en la ruta, para gozar, como ellos dicen, de sus provisiones. Porque no hay provisiones. Y yo lo sé, yo que me he dejado atrapar tantas veces en las trampas de las criaturas, sabiendo que me sería fácil apoderarme de aquellas que formábamos en alguna comarca extranjera y untábamos con la perfección de los aromas. Y llamaba amor a este vértigo. Y me parecía que moriría de

sed si no sabía obtenerlo.

»Entonces los desposorios daban ocasión a fiestas resonantes, coloreadas por el pueblo entero, por la religión del amor. Y se volcaban cestos de flores y se expandían perfumes y se quemaban diamantes que habían costado el sudor, el sufrimiento, la sangre de hombres nacidos de la multitud como la gota de perfume de los túmulos de las flores; y cada uno procuraba, sin comprenderlo demasiado, agotarse en el amor. Pero hela aquí, en mi terraza, cautiva, tierna y presa en el viento con sus velos. Y yo, hombre, y yo, guerrero vencedor, tengo por fin la recompensa de mi guerra. Y bruscamente, cara a ella, ignoro ya qué hacer de mí...

»Mi paloma –le decía yo–, mi torcaza, mi gacela de las largas piernas... ¡Porque con las palabras que inventaba trataba de asir a la inasible! Fundida como nieve. Porque no era nada el don que yo esperaba. Y yo gritaba: "¿Dónde estás?". Porque no la hallaba ya. "¿Dónde está la frontera?" Y me transformaba en torreón y muralla. Y los fuegos de alegría ardían en mi ciudad para celebrar el amor. Y yo solo, en mi terrible desierto, la miraba desnuda y dormida. "Me he equivocado de rumbo, me he equivocado en mi camino. Huía tan deprisa y la detuve para apoderarme de ella... Y una vez apresada, ya no existía..." Pero también comprendí mi error. Era el camino lo que perseguía, y había estado loco como aquel que llenó su cántaro y lo guardó en su armario porque amaba el canto de las fuentes...

»Pero si no te toco, te construyo como un templo. Y te edifico en la luz. Y tu silencio contiene las campañas. Y sé amarte más allá de mí y de ti. E invento cánticos para celebrar tu imperio. Y se cierran tus ojos, párpados del mundo. Y te tengo fatigada en mis brazos, como una ciudad. No eres más que un peldaño de mi ascensión hacia Dios. Estás hecha para ser quemada, consumida, pero no para retener... Y he aquí que muy pronto el palacio llora y que la ciudad entera se reviste de ceniza porque he tomado mil soldados y pasado el pórtico de la ciudad en dirección al desierto, por no estar satisfecho.

»El dolor de uno, te lo he dicho, vale el dolor del mundo. Y el amor de una sola, por necia que sea, se equivale a la vía láctea y a todas

sus estrellas. Y te estrecho en mis brazos como la curva de mi navío. Así sucede con esta partida a alta mar: hombro temible del amor...».

De este modo conocí los límites de mi imperio. Pero esos límites lo expresaban ya, porque amo solo lo que se resiste. El árbol o el hombre en primer término, pues es lo que primero resiste. Y por esto comparaba a cubiertas de cofres vacíos esos bajorrelieves de bailarinas obstinadas que fueron máscaras cuando cubrían la obstinación y el bullicio interior de la poesía, hija de los litigios. Amo a quien se manifiesta por su resistencia, se cierra y calla, al que se mantiene y con los labios pegados en los suplicios, al que resiste a los suplicios y al amor. Aquel que prefiere y que es injusto no amar. Tú, como una torre temible, y que jamás será tomada...

Porque detesto la facilidad y no es hombre quien no se opone. Sino hormiguero donde Dios ya no se inscribe. Hombre sin levadura. Y he aquí el milagro que se mostró en mi prisión. Más fuerte que tú, que yo, que todos nosotros, que mis carceleros y mis puentes levadizos y que mis murallas. He aquí, pues, el enigma que me atormentaba, el mismo del amor, cuando, desnuda, la tenía sumisa. Grandeza del hombre y sin embargo, su pequeñez, porque lo sé grande en la fe y no en el orgullo de su rebeldía.

30

Así me pareció que el hombre no era digno de interés cuando no solamente era incapaz de sacrificio, de resistir a las tentaciones y de aceptar la muerte –porque entonces ya no tiene forma–, sino que, de igual modo, fundido en la masa, sufría sus leyes. Porque esto sucede con el jabalí o el elefante solitario y con el hombre en su montaña, y la masa debe permitir su silencio a cada uno y no reducirlo a él por rencor a que se parece al cedro, cuando domina la montaña.

Aquel que me viene con su lengua para asir y expresar al hombre

con la lógica de su exposición me parece semejante al niño que se instala a los pies del Atlas con su balde y su pala y hace el proyecto de tomar la montaña y transportarla a otra parte. El hombre es lo que es, no lo que se expresa. Por cierto, el fin de toda conciencia es expresar lo que es; pero la expresión es obra difícil, lenta y tortuosa, y el error consiste en creer que aquello no puede ser enunciado. Porque enunciar es concebir en el mismo sentido. Pero es débil la parte del hombre que hasta hoy aprendí a concebir. Pues lo que he concebido un día existía lo mismo la víspera, y me engaño si imagino que lo que no puedo expresar del hombre no es digno de ser considerado. Porque tampoco expreso la montaña, sino que la significo. Pero confundo significar y asir. Significo para quien conoce, pues, si la ignoraba, ¿cómo podría transmitirle esta montaña con su grieta de piedras rodantes y sus pendientes de lavanda y su cima, almenada, en las estrellas?

Y sé cuándo ella no es fortaleza desmantelada o barca sin dirección cuya cuerda se desata a gusto de uno para conducirla adonde se quiera, sino existencia maravillosa, con las leyes de su gravitación interna y sus silencios más majestuosos que el silencio de la maquinaria de las estrellas.

Así pues, se me planteó el litigio dominante de admirar en mí al hombre sometido y al hombre irreductible que muestra lo que es. Sabiendo comprender el problema, pero no formularlo. Porque aquellos regidos por la disciplina más dura y que, a un signo mío, aceptan la muerte, los mismos que mi fe imanta, pero tan endurecidos en su disciplina que puedo, en su presencia, injuriarlos y someterlos como a niños, y que, por el contrario, dejados a la aventura y lanzados contra los otros, muestran el temple del acero y la cólera sublime y el coraje en la muerte.

He comprendido que eran dos aspectos del mismo hombre. Y que aquel que admiramos como a la semilla irreductible, o a aquella imposible de someter, y ausente en mis brazos como un navío en alta mar, a aquel que yo llamo un hombre, porque no transige, ni pacta, ni hace componendas, ni se deshace de una parte de sí, por habilidad o codicia o cansancio, a aquel que puedo aplastar bajo la muela del molino sin hacer brotar el aceite del secreto, a aquel que

lleva en su corazón ese duro hueso de oliva, a aquel que no admito que sea constreñido por la multitud o el tirano, transformado en diamante en el corazón, siempre le he descubierto esa otra faz. Y sometido, y disciplinado y respetuoso y pleno de fe y de abandono, hijo prudente de una raza espiritual y depositario de sus virtudes...

Pero aquellos a quienes llamaba libres y que decidían en todo por sí mismos, e inexorablemente solos, aquellos que no son gobernados, falta el viento en su arboladura y sus resistencias son siempre caprichos incoherentes.

Así, yo que odio ese ganado y al hombre vaciado de su sustancia, y sin patria interior, y que no quiero ni como jefe ni como maestro castrar a mi pueblo y cambiarlo en hormigas ciegas y obedientes, he comprendido que mediante mi sujeción podía y debía vivificarlo, y no perderlo. Y que su dulzura en mi iglesia y su obediencia y su asistencia a los otros no eran las de un bastardo; porque solo él puede servirme en los límites de mi imperio de piedra angular. Porque nada hay que esperar de uno, sino solo de la maravillosa colaboración del uno a través del otro...

Así, al que aplastaba el peso de las murallas y por quien vigilaban los centinelas, que yo podía crucificar sin que abjurara, aquel del que solo se obtendría una risa despreciativa bajo la prensa de mis verdugos, sería juzgado erróneamente si viera en él un refractario. Porque su poder le viene de otra religión, es otra faz suya, tierna. Otra imagen de él, la de un hombre que se sienta, y escucha con las manos sobre las rodillas, con su sonrisa cándida, y hay pechos que le dieron a beber su leche. Así comió aquella cautiva en mi torre y que camina de uno a otro lado en la jaula del horizonte, y no puede ser violada ni tomada, y no dirá la palabra de amor que se le solicita. Y que es, simplemente, de otra comarca, de otro incendio, de una tribu lejana, y plena de su religión. Y, fuera de la conversión, no sabría conseguirla.

Odio ante todo a los que no son. Raza de perros que se creen libres porque son libres de cambiar de parecer, de renegar (¿y cómo sabrán que reniegan si son jueces de sí mismos?), libres de trampear y de perjurar y de abjurar y a los que hago cambiar de parecer, si tienen hambre, nada más que mostrándoles el comedero.

Así fue la noche de esponsales y del condenado a muerte. Y tuve así el sentimiento de la existencia. Guardad vuestra forma, sed permanentes como la roda, y lo que tomáis del exterior cambiadlo en vosotros mismos a la manera del cedro. Yo soy el marco y la armadura y el acto creador del que nacéis; es preciso, ahora, como el árbol gigante que desarrolla su ramaje y no los ramajes de otro árbol, forma sus agujas o sus hojas, no las de otro, crecer y estableceros...

Pero llamaré rocalla a todos los que viven de los hechos de los otros y que, como el camaleón, se colorean con sus colores, aman de donde vienen los presentes, y gustan de las aclamaciones y se juzgan en el espejo de las multitudes: porque no se los encuentra, porque no están, como una ciudadela, cerrados sobre sus tesoros y no delegan de generación en generación su santo y seña, sino que dejan crecer sus niños sin amasarlos. Y se multiplican como hongos en el mundo.

31

Esos vinieron a hablarme de la comodidad y recordé a mi ejército. Sabiendo cuántos esfuerzos cuesta el equilibrio de la vida, a pesar de que la vida esté ausente cuando se lo ha logrado.

Y por esto amaba la guerra que tiende a la paz. Con su arena tibia y pacífica, y su arena virgen cargada de víboras, y sus lugares inviolados y sus resguardos. Y he meditado mucho acerca de los niños, que juegan y transfiguran sus guijarros blancos; he aquí, dicen, un ejército en marcha, allá rebaños; pero el que pasa y ve solo piedras no conoce la riqueza de sus corazones. Así el que vive del alba, y en el hielo del sol se sumerge en las abluciones de agua fría, y después se calienta en la luz de las primeras horas del día. O simplemente aquel que va al pozo, cuando tiene sed, y tira él mismo

de la cadena rechinante, y alza el balde pesado sobre el brocal y conoce así el canto del agua y todas sus músicas vocingleras. Su sed, pues, ha llenado de significado su marcha y sus brazos y sus ojos, y sale de este paseo del hombre que tiene sed hacia el pozo, como de un poema; mientras los otros mandan al esclavo, y el esclavo lleva el agua a sus labios y no conocen el canto. Su comodidad es ausencia: no han creído en el sufrimiento, y la alegría no los quiere.

Esto mismo he observado en el que escucha música y no siente la necesidad de penetrarla. Que se hace llevar a la música como en una litera y no quiere andar hacia ella, que renuncia al fruto, cuya corteza es amarga. Pero yo le digo: no hay fruto si no hay corteza. Y confundís la dicha con vuestra ausencia. Porque el que es rico ya no aprovecha de sus riquezas y tales riquezas son vanas. Y no hay paisaje descubierto de lo alto de las montañas si nadie ha trepado la cuesta, porque ese paisaje no es espectáculo, sino dominación. Y si te han llevado a lo alto en la litera no ves sino ordenamiento de cosas más o menos sosas, pero ¿cómo las espesarías con tu sustancia? Porque el paisaje, para el que se cruza de brazos con satisfacción, es mezcla de jadeo y de reposo de los músculos después del esfuerzo, y del azulamiento de la tarde, y está también contento del orden establecido; pues cada uno de sus pasos ha ordenado un poco los ríos, alineado esas cimas, reajustado la arenilla del pueblo. Ese paisaje ha nacido de él, y la alegría que en él descubro es la misma alegría del niño que al alinear sus guijarros ha construido su ciudad y se maravilla, la llena de él. Pero ¿qué niño será feliz al mirar un montón de piedras que no es sino espectáculo sin esfuerzo?

Los he visto, aquellos que padecieron sed, la sed, el celo del agua, más dura que la enfermedad, porque el cuerpo conoce su remedio y lo exige como exigiría a la mujer, y ve beber en sueños a los otros. Porque se ve a la mujer que sonríe a los otros. Nada tiene sentido si no mezclo en ello mi cuerpo y mi espíritu. No hay aventura si no me comprometo en ella. Mis astrólogos, si observan la vía láctea, causa de sus noches de estudios, descubren el gran libro cuyas páginas crujen soberbiamente cuando se las vuelve, y adoran a Dios por haber llenado el mundo con una médula tan punzante para el corazón.

Os lo digo: no tenéis derecho de evitar un esfuerzo sino en nombre de otro esfuerzo, pues debéis engrandeceros.

32

Ese año murió el que reinaba al este de mi imperio. Aquel que había combatido duramente. Comprendí, después de tantas luchas, que me apoyaba en él como contra un muro. Me acuerdo aún de nuestros encuentros. Se alzaba una tienda púrpura en el desierto que permanecía vacío y nos reuníamos en esta tienda, manteniendo a distancia los ejércitos, pues es malo que los hombres se mezclen. La multitud no vive sino en su vientre. Y todo dorado se agrieta. Así, nos observaban celosamente apoyados en la caución de sus armas, y sin enternecerse con enternecimiento fácil. Porque tenía razón mi padre cuando decía: «No debéis buscar al hombre en su superficie, sino en el séptimo piso de su alma y de su corazón y de su espíritu. Si no, al buscaros en vuestros movimientos más vulgares, verteréis inútilmente la sangre».

Fue así como logré comprenderlo: despojado y murado en una triple muralla de soledad que lo alcanzaba. Uno frente al otro, nos sentábamos en la arena. No sé quién, si él o yo, era entonces más poderoso. Pero en esta soledad sagrada el poder se transformaba en mesura. Porque nuestros gestos conmovían el mundo; pero nosotros los mesurábamos. Discutíamos entonces de pastoreos. «Tengo veinticinco mil bestias –me decía– que mueren. Ha llovido en tu zona.» Pero yo no podía tolerar que trajesen sus costumbres extranjeras y la duda que corrompe. ¿Cómo recibir en mis tierras tales pastores de otro universo? Y le respondía: «Tengo veinticinco mil criaturas que deben aprender sus plegarias y no las de otros, pues de lo contrario no tendrán forma...». Y las armas decidían entre nuestros pueblos. Y éramos semejantes a dos mareas que van y vienen. Y si ninguno de nosotros avanzaba, aunque pujáramos con toda nuestra fuerza contra el otro, era porque estábamos en nuestro apogeo, por haber endurecido a nuestro enemigo con su derrota. Me has vencido; me he vuelto, pues, más fuerte.

No es que despreciara su grandeza. Ni los jardines colgantes de su capital. Ni los perfumes de sus mercaderes. Ni la orfebrería delicada de sus cinceladores. Ni sus grandes diques para las aguas. El hombre inferior inventa el desprecio porque su verdad excluye a las otras. Pero nosotros, que sabemos que las verdades coexisten, no nos creemos disminuidos reconociendo la del otro, aunque ella constituya nuestro error. El manzano, que yo sepa, no desprecia la vid, ni la palmera el cedro. Pero cada uno se endurece cuanto puede y no mezcla sus raíces. Y salva su forma y su esencia, pues hay en ellas un capital inestimable que no conviene bastardear.

–El cambio verdadero –me decía– es el cofre de perfumes o la semilla o esta presencia de cedro joven que llena tu casa del perfume de la mía. O también mi grito de guerra cuando te llega de mis montañas. O quizá de un embajador, si ha sido educado largo tiempo y formado y endurecido, y que a la vez te rechaza y te acepta. Porque te rechaza en tus estados inferiores. Pero te reconoce allá donde al hombre se le estima por encima de su odio. La sola estima que vale es la estima de un enemigo. Y la estima de los amigos no vale sino cuando dominan sus reconocimientos y sus agradecimientos y todos sus movimientos vulgares. Si mueres por tu amigo te prohíbo enternecerte...

Así, mentiría si dijera que tenía en él a un amigo. Y sin embargo, nos encontrábamos con una profunda alegría; pero es aquí donde descarrilan los vocablos a causa de la vulgaridad de los hombres. La alegría no era en absoluto por él, sino por Dios. Nuestros encuentros eran piedras angulares. Y nada teníamos que decirnos.

Que Dios me perdone por haber llorado cuando murió.

Conocía muy bien la imperfección de mi miseria. «Si lloro –me decía–, es que todavía no soy suficientemente puro.» Y lo imaginaba, si hubiera sabido mi muerte, entrando simplemente en la noche de un territorio. Y contemplando esa gran oscilación del mundo con el mismo ojo que el crepúsculo. O al que se ahoga, cuando cambia el mundo bajo el espejo durmiente de las aguas. «Señor –habría dicho a su Dios–, es de noche o de día según tu voluntad. Pero ¿qué se ha perdido de esta gavilla hecha, de esta época concluida? He sido.» Y me hubiera encerrado en su calma inefable. Pero yo no era lo bastante puro y no tenía aún suficiente

sentido de lo eterno. Y, como las mujeres, experimentaba esa melancolía de superficie, cuando el viento de la tarde marchita las rosas de mis vivientes rosedales. Porque me marchita en mis rosas. Y me siento morir en ellas.

A lo largo de la vida había enterrado a mis capitanes, había depuesto mis ministros, había perdido mis mujeres. Había dejado tras de mí cien imágenes de mí mismo como la serpiente deja su piel. Pero, sin embargo, como vuelve el sol, que es medida y péndulo del día, o el verano, que mide las oscilaciones del año, de encuentro en encuentro, de tratado en nuevo tratado, mis hombres alzaban la tienda vacía en el desierto. Y allí nos reuníamos. Y de este modo continuaba la costumbre solemne y esa sonrisa de pergamino y esa calma junto a la muerte. Y ese silencio que no es del hombre, sino de Dios.

Pero he aquí que quedaba solo, único responsable de todo mi pasado y sin testigo que me hubiera visto vivir. De todos esos actos que había desdeñado exponer a mi pueblo, pero que él, mi vecino del este, había comprendido, de todas esas luchas interiores, de las que no hice espectáculo, pero que él había adivinado en su silencio. De todas esas responsabilidades que me habían aplastado y que todos ignoraban porque era mejor que creyesen en mi despotismo, pero que él, mi vecino del este, había pesado, nunca compasivo, ora por encima, ora más allá, estimando de distinto modo que yo. Y he aquí que se había callado, he aquí que había comenzado esa sonrisa melancólica y llena de Dios que acepta el haber anudado la gavilla, con los ojos entornados sobre su provisión. ¡Ah! ¡Cuánto egoísmo en mi confusión! Yo, tan débil, dando importancia a la trayectoria de mi destino, cuando no la tiene, midiendo el imperio a mi medida en lugar de fundirme en el imperio, y descubriendo que mi vida personal había desembocado en esta cima, como un viaje.

He conocido en mi vida, esa noche, la línea de partición de las aguas que descienden por una ladera después de haber escalado lentamente la otra, sin reconocer ya a nadie, viejo por primera vez, y sin rostros familiares, e indiferente a todos porque me tornaba indiferente para mí mismo, después de haber dejado sobre la otra ladera todos mis capitanes, todas mis mujeres, todos mis enemigos y quizá mi único amigo; solitario en adelante en un mundo habitado

por poblaciones que ya no conocía.

Pero supe recobrarme. «He roto –pensaba– mi última corteza y tal vez llegue a ser puro. No era yo tan grande, puesto que me consideraba. Y esta prueba me ha sido enviada pues me ablandaba. Porque me henchía con los bajos movimientos de mi corazón. Pero sabré colocar a la altura de su majestad a mi amigo muerto y no lo lloraré. Simplemente, él habrá sido. Y la arena me parecerá más rica, puesto que a menudo, a lo largo de ese desierto, lo he visto sonreír. Y la sonrisa que me dirigen todos los hombres se aumentará para mí con esta sonrisa particular. Esa sonrisa particular enriquecerá todas las sonrisas. Porque veré en el hombre el esbozo que ningún tallador de piedras ha sabido desprender de su ganga; pero a través de esa ganga, conoceré mejor el rostro del hombre, puesto que habré considerado a uno directamente en los ojos.

»Retorno de mi montaña: no tengas miedo, pueblo mío, he anudado el hilo nuevamente. Estaba mal que tuviese necesidad de un hombre. La mano que me ha curado y cosido se ha borrado, no la costura. Redesciendo de mi montaña y me cruzo con ovejas y corderos. Los acaricio. Estoy solo en el mundo delante de Dios; pero, acariciando a los corderos que abren las fuentes del corazón, no tal cordero, sino a través de él la debilidad de los hombres, yo os vuelvo a hablar.»

En cuanto al otro, lo he establecido y nunca reinó mejor. Lo he establecido en la muerte. Y todos los años se alza la tienda en el desierto mientras mi pueblo reza. Mis ejércitos pesan sobre sus armas, los fusiles están cargados, los caballeros circulan para patrullar el desierto y se corta la cabeza al que se aventura en la comarca. Y yo avanzo solo. Y levanto la tela de la tienda y entro y me siento. Y el silencio se hace sobre la tierra.

33

Y ahora que me atormenta este dolor sordo en mis riñones, que mis médicos no saben curar, ahora que soy como un árbol del bosque

bajo el hacha del leñador, y que Dios ha de abatirme a mi vez como a una torre gastada, ahora que mis despertares no son ya despertares de veinte años y descanso de los músculos y vuelo aéreo del espíritu, he hallado mi consuelo, que consiste en no sufrir por esos anuncios que se difunden por mi cuerpo y en no sentirme herido por sufrimientos mezquinos y personales, encerrados en mí y a los que los historiadores del imperio no concederán tres líneas en sus crónicas; porque poco importa que mi diente se afloje y que me lo arranquen, y sería miserable de mi parte esperar la menor piedad. Por el contrario, la cólera me invade si pienso en ello. Porque esas resquebrajaduras de la corteza son del vaso, no del contenido. Y me cuentan que mi vecino del este, cuando fue atacado de parálisis y un costado se le volvió frío y muerto, al transportar consigo ese hermano siamés que ya no reía, no perdió nada de su dignidad, sino que salió airoso de ese aprendizaje. Y a los que lo felicitaban por su entereza de ánimo respondía con desprecio que se equivocaban acerca de su persona, y que ese género de homenajes debieran conservarlos para los boticarios de la ciudad. Porque aquel que reina, si no reina primero sobre su propio cuerpo, es solo un usurpador ridículo. ¡No hay decadencia para mí, sino, sin duda, alegría maravillosa, por liberarme hoy un poco mejor!

¡Ah, vejez del hombre! Sin duda no reconozco nada en la otra pendiente de la montaña. El corazón pleno de mi amigo muerto. Y, considerando los pueblos con un ojo secado por el duelo, esperando ser tomado otra vez por el amor, como por una marea.

34

Consideraba de nuevo esta ciudad que se iluminaba en la tarde. Un rostro blanco, a veces azul, con sus luces como empolladas, alumbrando por dentro las moradas. Y la estructura de sus calles. Y su silencio que comenzaba, porque se hacía en ella el silencio que llega hasta las rocas submarinas. Y como admirara el dibujo de las

calles y plazas y aquí y allá esos templos como graneros espirituales, y alrededor esa vestimenta sombría de la colina, me vino la imagen, a pesar de la carne de la que estaba plena, de una planta seca, cortada de sus raíces. Se me presentó la imagen de graneros vacíos. No había ya allí un ser vivo del que cada parte resonara sobre la otra; no existía ya allí un corazón anudando la sangre para volcarla en toda la sustancia; no había ya una carne única, capaz de regocijarse junta los días de fiesta, capaz de formar un campo único. No había sino parásitos instalados en las conchas de otros, descansando cada uno en su prisión y no colaborando. No era ya una ciudad, sino una corteza de ciudad llena de muertos que creían vivir. Me decía: «He aquí un árbol que se va a secar. He aquí un fruto que va a pudrirse. He aquí el cadáver de una tortuga en su caparazón». Y me pareció evidente que mi ciudad necesitaba llenarse nuevamente de savia. Era preciso volver a ligar al tronco nutricio todas las ramas. Era preciso llenar los graneros y las cisternas con sus provisiones de silencio. Y era preciso que lo hiciese yo; si no, ¿quién amaría a los hombres?

35

Así sucedía con la música que yo escuchaba. Y que ellos no podían comprender. Y se me planteó este simple litigio: o bien les haces escuchar cantos que comprenden –y no progresan–, les enseñas una ciencia que comprenden –y no ganan nada–, les encierras en los usos que practican desde hace mil años y no nacerá de ellos un árbol que al crecer elabore frutos y flores nuevas –pero que en cambio será plegaria serena, sabiduría y sueño del Dios–; o bien, por el contrario, andando hacia el porvenir empujas y los sobresaltas y los fuerzas a desembarazarse de sus costumbres, y pronto solo conduces un rebaño de inmigrantes que se ha vaciado de patrimonio. Un ejército que acampa siempre; pero que no asienta jamás sus cimientos.

Pero toda ascensión es dolorosa. Todo cambio es sufrimiento. Y no penetro en esta música si primero no sufro. Pues es sin duda el fruto mismo de mi sufrimiento; y no creo en aquellos que se alegran de

las provisiones amasadas por otros. No creo que baste sumergir los hijos de los hombres en el concierto y el poema y el discurso para otorgarles la beatitud y la gran embriaguez del amor. Porque, ciertamente, el hombre está facultado para el amor; pero lo está también para el sufrimiento. Y para el tedio. Y para un mal humor desagradable como el de un cielo lluvioso. Y aun para los que sabrían gustarlo, el poema es solo alegría por él mismo; porque de otra manera jamás estarían tristes. Se encerrarían en el poema y se divertirían. Y la humanidad se encerraría en el poema sin tener ya nada que crear. Mas el hombre está hecho de tal modo que solo se regocija de las cosas que crea. Y ha precisado, para gustarles, escalar el poema. Pero al igual que el paisaje descubierto en la cima de las montañas se gasta pronto en el corazón y no tiene sentido si no es una construcción de la fatiga, una disposición de los músculos, y que bien pronto, una vez repuesto y ávido de marcha, el mismo paisaje te hace bostezar y nada tiene que mostrarte, lo mismo pasa con el poema que no ha nacido de tu esfuerzo. Porque incluso el poema del otro es producto de tu esfuerzo, de tu ascensión interior; los graneros forman solo sedentarios que carecen de la calidad del hombre. No dispongo del amor como de una reserva: es, primero, ejercicio de mi corazón. Y no me sorprende que haya tantos que no comprendan el dominio, el templo, o el poema, o la música y, sentándose a contemplarlo, dicen: «¿Qué hay en ellos sino disparidad más o menos rica? Nada hay que merezca gobernarme». Esos, como ellos dicen, son razonables, escépticos y llenos de ironía, que no pertenece al hombre, sino al cangrejo. Porque el amor no te ha sido dado por el rostro, como la serenidad no es el resultado del paisaje, sino de tu ascensión vencida. Sino de la montaña dominada. Sino de tu establecimiento en el cielo.

Así sucede con el amor. Porque la ilusión es lo que se encuentra cuando se descubre. Y se equivoca el que yerra en la vida para hacerse conquistar, conociendo por cortas fiebres el gusto del tumulto del corazón y soñando encontrar la gran fiebre que lo envolverá toda la vida, cuando ella es solo, por la delgadez de su espíritu y la pequeñez de la colina que ha vencido, una débil victoria de su corazón.

De igual modo, el amor no es reposo si no se transforma día a día como la maternidad. Pero tú quieres sentarte en tu góndola y que el

canto de gondolero en el que te transformas dure toda la vida. Y te equivocas. Porque es sin significado lo que no es ascensión o pasaje. Y si te detienes, solo hallas el tedio, pues el paisaje ya nada tiene que enseñarte. Y apartarás a la mujer cuando eres tú el primero que deberían apartar.

Por esto jamás me ha impresionado el argumento del incrédulo y del lógico cuando me decían: «Muéstranos, pues, el dominio, el imperio de Dios; porque veo y toco las piedras y los materiales y creo en las piedras y en los materiales que toco». Jamás he pretendido instruirlos con la revelación de un secreto demasiado descarnado para ser formulado. Lo mismo que no los puedo transportar sobre la montaña a fin de descubrirles la verdad de un paisaje que no será para ellos victoria, ni puedo hacerles gustar la música que antes no han vencido. Se dirigen a mí para ser enseñados sin esfuerzo, como otros buscan la mujer que depositará en ellos el amor. Y eso no está en mi poder.

Yo los tomo y los encierro y los atormento con el estudio, sabiendo bien que lo que es fácil es estéril por esta misma razón. Y mido la importancia del trabajo en la torsión y en el sudor. Y por esto he reunido a los maestros de mis escuelas y les he dicho: «No os equivoquéis. Os he confiado los hijos de los hombres no para pesar más adelante la suma de sus conocimientos, sino para regocijarme de la calidad de su ascensión. Y no me interesa aquel de vuestros discípulos que haya conocido, llevado en litera, mil cimas de montañas y así observado mil paisajes, porque en primer lugar no conocerá uno solo verdaderamente, y luego, porque mil paisajes no constituyen más que una partícula de polvo en la inmensidad del mundo. Me interesará solo el que haya ejercitado sus músculos en la ascensión de una montaña, aunque sea la única, y así estar capacitado para comprender todos los paisajes por venir y, mejor que el otro, vuestro falso sabio, los mil paisajes que le han enseñado.

»Y si quiero que nazca el amor, fundaré el amor en él por el ejercicio de la plegaria».

Su error proviene de que han visto que aquel que ha ejercitado el

amor descubre el rostro que lo exalta. Y creen en la virtud del rostro. Y de que comprueban que el que ha dominado el poema es exaltado por el poema, y creen en la virtud del poema.

Pero yo les repito aún: cuando digo montaña, significo montaña para ti, que te has desgarrado en sus zarzas, saltando sus precipicios, sudando contra sus piedras, cogido sus flores y respirado finalmente a pleno aire en su cumbre. Yo señalo pero no impongo nada. Y cuando digo «montaña» a un boticario gordo, no agrego nada a su corazón.

Y no es porque muera la eficacia del poema por lo que ya no hay poemas. Porque muera la eficacia del rostro por lo que ya no hay amor. Y la eficacia de Dios por lo que ya no hay en el corazón del hombre tierras arables, prisioneras de su noche, de las que el arado hará alzarse cedros y flores.

Porque he escuchado con verdadera atención las relaciones entre los hombres y he descubierto claramente los peligros de la inteligencia: la que cree que el lenguaje aprisiona. Y las respuestas en las disputas. Pues no es por vía del lenguaje como transmitiré lo que está en mí. Lo que está en mí no se puede decir con una palabra. No puedo significarlo sino en la medida que lo entiendes por otros caminos distintos a la palabra. Por el milagro del amor o porque, nacido del mismo dios, tú te me asemejas. De otra manera tiro por los cabellos al mundo sumergido en mí. Y, al azar de mi torpeza, muestro este o aquel único aspecto, como de esa montaña que expreso bien, al querer identificarla, diciendo que es alta. Mientras que ella es muy otra cosa; y como si hablara yo de la majestad de la noche cuando se tiene frío en las estrellas.

36

Cuando escribes, cargas un navío. Mas pocos navíos arriban. Naufragan en el mar. Hay pocas frases que continúan su resonancia

a través de la historia. Porque quizá he querido significar mucho, pero aprisionado poco.

Y aun este problema: importa enseñar a asir más que a identificar. Importa enseñar a erigir las operaciones de captura. Aquel que me muestras, ¿qué me importa lo que sabe? Tanto como el diccionario. Sino lo que es. Y aquel ha escrito su poema y lo ha llenado con su fervor, pero nada ha conseguido de su pesca. Nada ha traído de las profundidades. Me ha señalado la primavera, pero no la ha creado en mí, en la medida en que hubiera podido nutrir mi corazón.

Y yo escuchaba a lógicos, historiadores y críticos, advertir que la obra, cuando es fuerte, se expresa por el plan; porque se convierte en plan lo que es fuerte. Y si en un comienzo se me presenta un plano de la ciudad, es que mi ciudad está expresada y que está hecha. Mas no es él quien funda la ciudad.

37

Mientras tanto, consideraba a mis bailarinas, a mis cantantes y a las cortesanas de mi ciudad. Se hacían construir literas de plata y, cuando se aventuraban en algún paseo, eran precedidas por emisarios que se encargaban de anunciar su paso a fin de que la multitud se reuniera. Entonces separaban el velo de seda del rostro, cuando los aplausos las habían excedido suficientemente y alzado de un sueño frágil; y se dignaban acceder al deseo de la plebe inclinando el blanco rostro hacia su amor. Sonreían modestamente, en tanto que los voceros cumplían su oficio con celo; porque eran azotados por la noche si la multitud no había forzado por la tiranía de su amor la modestia de la bailarina.

Se bañaban en bañeras de oro macizo y la multitud era invitada a ver preparar la leche para el baño. Cien burras se dejaban ordeñar. Y se agregaban aromas y leche de flores, que era de gran precio, pero tan discreta que no tenía perfume.

Y no me escandalizaba, porque a fin de cuentas la actividad de mi

territorio estaba poco absorbida por la extracción de esa leche de flores, y el precio que costaba era ilusorio. Por otra parte, era deseable que en algún sitio se celebrase al objeto precioso. Porque no importaba el uso, sino el fervor. Y poco importaba, puesto que existía, que sahumara o no a mis cortesanas.

Porque mantuve siempre una disciplina cuando mis lógicos me recriminaban considerar el fervor de mi territorio, pronto a actuar si se ocupaba demasiado de dorados y descuidaba el pan, pero sin castigar una doradura medida que solo contribuía a la nobleza del trabajo. Y preocupándome poco del destino de esa doradura que no servía en lo visual, pensando que su mejor destino era ornar una cabellera de mujer antes que un monumento estúpido. Pues, ciertamente, puedes decir del monumento que es propiedad de la multitud, pero una mujer, si es bella, puede también ser mirada; y la miseria del monumento, a menos de ser templo para Dios, es que, encargado de verter sus dorados en los ojos de los hombres, nada tiene que recibir de ellos. Mas la mujer, si es bella, llama a los dones y a los sacrificios y te embriaga con lo que le das. No de lo que ella te da.

Así pues, se bañaban en esa leche de flores. Y, al menos, se convertían en imágenes de la belleza. Pues se nutrían de bocados raros y fastidiosos, y una espina las hacía morir. Y poseían perlas que perdían. Y no me chocaba la pérdida de las perlas, porque está bien que las perlas sean efímeras. Luego escuchaban a los narradores y se desvanecían, y, al desvanecerse, no olvidaban escoger para su caída un almohadón que se ajustara graciosamente al colorido de sus bufandas.

Un tiempo sí y otro también se ofrecían el lujo del amor. Y vendían sus perlas para algún joven soldado que paseaban por la ciudad y que deseaban el más hermoso de todos, el más sorprendente, el más gracioso, el más viril...

Y el soldado cándido, las más de las veces, estaba ebrio de reconocimiento, creyendo recibir algo aunque en verdad solo servía a su vanidad y favorecía su alboroto.

Vino aquella que se quejaba con violencia:

–Es un bergante –gritaba–, un hombre tarado, podrido, cubierto de vergüenza. Es la sarna del globo. Ignominioso y de palabra mentirosa...

–Vete a lavar –le respondí–. Te has ensuciado.

Otro vino gritando contra la injusticia y la calumnia.

No busques que comprendan tus actos. No los comprenderán jamás y no hay injusticia en esto. Pues la justicia persigue una quimera que contiene lo contrario de sí misma. Mis capitanes, en el desierto, son nobles, los has visto, nobles y pobres, aquejados por la sed. Duermen, enroscados sobre la arena en la gran noche del imperio. Alertas y disponibles y prontos a armarse al menor ruido. Estos han respondido al deseo de mi padre: «Que se levanten los que estén prontos a morir luego de liar su fortuna sobre el hombro, los dispuestos, los que sean leales en el combate y generosos de sí. Alzaos, os entregaré las llaves del imperio». Y estos vigilan el imperio como arcángeles. Nobles de una manera diferente a la nobleza de los criados de mis ministros o a la de los ministros mismos. Mas he aquí, si se les llama a la capital, que pasan a segundo término en los banquetes y se agitan en las antecámaras y se quejan, ellos que son realmente grandes, de verse así reducidos a la servidumbre y humillados. «Amargo destino –dicen– del que no es apreciado...»

Y yo respondo: «Amargo destino de aquel que es comprendido y que es llevado en triunfo y agradecido y honrado y enriquecido. Se hincha pronto con una pretensión vulgar y trunca sus noches estrelladas por mercaderías. Antes era más rico que los otros, y más noble y más maravilloso. ¿Y por qué aquel que reinaba en su soledad se somete a la opinión de los sedentarios? El viejo carpintero halla en el pulido de su plancha la recompensa de su trabajo. El otro en la calidad del silencio en el desierto. Está hecho para ser olvidado una vez que ha entrado en él. Y si sufre, es que no

era lo bastante puro. Porque te lo aseguro: el imperio está fundado sobre el valor de los hombres. Pedazo de imperio es aquel. Y parte del tronco del árbol. Si sueñas para él las ventajas del mercader y remites a cambio el mercader al desierto, espera algunos años para gozar del fruto de tu trabajo. Tu mercader será gran señor y tratará en pie de igualdad con el viento; el otro será mercader vulgar.

»Protejo a los que son nobles. Y su protección es injusticia. No te indignes por causa de las palabras. Esos pescados azules de largas estofas, si los extiendes sobre la ribera, es injusto que sean feos. Pero la falta proviene de ti: estaban hechos para el relumbramiento submarino. Eran bellos donde cesa la ribera. Y los capitanes de las arenas también son bellos solamente donde muere la carretera de las ciudades, la oferta de los mercaderes y la vanidad. Porque no hay vanidad en el desierto.

»Que se consuelen. Se convertirán en reyes si lo desean, porque no les frustraré sus reinos y no manejaré sus sufrimientos».

Vino otra:

–Soy la esposa fiel, y prudente y bella. No respiro sino para él. Le coso sus mantos y cuido sus heridas. Comparto sus malos días. Pero he aquí que se preocupa por aquella que se mofa de él y le roba.

Y le respondo:

–No te equivoques así sobre el hombre. ¿Quién se conoce a sí mismo? Se marcha hacia la verdad; pero el espíritu del hombre es semejante a la ascensión de las montañas. Ves la cumbre, te parece alcanzarla, y descubres otras cumbres, otros precipicios, otras pendientes. ¿Quién conoce su sed? Hay quienes tienen sed del murmullo de las riberas y que, para oírlo, aceptan la muerte. Hay quienes tienen sed de un zorro acurrucado sobre su hombro y para conseguirlo van a la caza a pesar del enemigo. Aquella de la que hablas quizá ha nacido de él. Y él es responsable de ella. Te debes a tu criatura. Va a buscarla porque ella lo despoja. Va a buscarla para que ella se abreve. No será pagado con una palabra tierna, mas no será frustrado por la injuria. No se trata de empresa contable o de una palabra tierna que agrega algo o de una injuria que cercena. Será pagado por su sacrificio. Y por esa palabra que ella dirá y que

él le habrá enseñado. Semejante al que ha venido del desierto y que las condecoraciones no pueden pagar por la misma razón que las ingratitudes no pueden frustrarlo. Pues ¿por qué crees que se trata de adquirir y de poseer, cuando se trata de llegar a ser, de ser por fin, y de morir en la plenitud de su sustancia? Piensa que la primera recompensa es la muerte que por fin desamarra el navío. Feliz del que está cargado de tesoros.

»Y tú misma, ¿por qué te quejas? ¿No sabes alcanzarlo?

Fue entonces cuando comprendí la alianza y hasta qué punto difiere de la comunidad. «Todos se abordan –me decía– con un lenguaje rudimentario con el que creen transportar cuando apenas significa. Y helos aquí ocupados en maniobrar sus balanzas y sus instrumentos de medida. Todos tienen razón; pero demasiada razón. Y se construyen imágenes, unos de otros, para ejercitar el tiro.»

La alianza puede unirnos incluso si te apuñalo.

39

No temas la extorsión. Porque si todo comprometes en este detalle, lo habrás comprometido pronto en algún otro y el primero habría sido acordado sin beneficio.

Así pasa con el imperio.

Es preciso transformarse para comprender. Eso explica el orgullo del que cree. Experimenta el sentimiento de que la duda del otro no significa nada porque el otro «no puede» comprender.

Sabe distinguir la obligación del amor. El que jura por mí y espera a que yo hable para hablar no me interesa. Porque voy buscando mi luz entre los hombres. Cantar en coro es una cosa. Pero otra cosa es

fundar el canto. ¿Y quién colabora en la creación?

Porque todavía se trata de esclarecer este dilema. No hay creación sino cuando todos colaboran y buscan. No hay creación sino cuando el tronco del árbol está anudado por el amor. Pero no se trata de la sumisión de cada uno a todos, bien por el contrario, sino de la dirección de la corriente de savia, que extiende el ramaje como un templo en el cielo. Se comete el mismo error de los lógicos, que señalan el plan en el objeto creado y creen que la creación ha nacido de él, cuando ella se expresa por el plan. Mientras que el plan es rostro exhibido. Se trata de la sumisión no de cada uno a todos, sino de cada uno a la obra; y cada uno fuerza a los otros a engrandecerse, aun por el acto de oponerse. Y yo obligo a la creación porque si reciben solamente de mí se convierten en pobres y vacíos. Pero soy yo quien recibe de ellos y helos aquí engrandecidos por poseer como expresión ese yo que han agrandado primero de tal manera. Y lo mismo que tomo en los brazos sus corderos, sus cabras, sus semillas y hasta los muros de sus moradas, para hacerlos míos y devolvérselos, convertidos en don de mi amor, lo mismo hago con las basílicas que fundan...

Pero al igual que la libertad no es licencia, así el orden no es ausencia de libertad. (Volveré a hablar de la libertad.)

Escribiré un himno al silencio. Tú, músico de los frutos. Tú, habitante de la bodega, de la despensa y el granero. Tú, vaso de miel de la diligencia de las abejas. Tú, reposo del mar en su plenitud.

Tú, en el cual encierro la ciudad desde lo alto de la montaña. Sus acarreos cansados, sus gritos y la sonoridad de sus yunques. Ya todas esas cosas están suspendidas en el vaso de la tarde. Vigilancia de Dios sobre nuestra fiebre, manto de Dios sobre la agitación de los hombres.

Silencio de las mujeres que no son sino carne donde madura el fruto. Silencio de las mujeres en la reserva de sus pechos grávidos. Silencio de las mujeres que es silencio de todas las vanidades del día y de la vida que es gavilla de nuestros días. Silencio de las mujeres que es santuario y perpetuación. Silencio donde va al mañana la única corriente que va a alguna parte. Escucha al niño

que le cruje en el vientre. Silencio, depositario donde he encerrado todo cuanto concierne a mi honor y a mi sangre.

Silencio del hombre que observa y reflexiona y recibe sin malgastar y que fabrica el jugo de los pensamientos. Silencio que le permite conocer y que le permite ignorar; pues está bien que ignore. Silencio que es rechazo de los gusanos, de los parásitos, y de las hierbas adversas. Silencio que protege el desarrollo de tus pensamientos.

Silencio de los pensamientos. Reposo de las abejas, pues la miel está hecha y debe ser tesoro enterrado. Y que madura. Silencio de los pensamientos que preparan sus alas; porque es malo que te perturbes el espíritu o el corazón.

Silencio del corazón. Silencio de los sentidos. Silencio de las palabras interiores; pues está bien que halles a Dios, que es silencio de lo eterno. Cuando todo está dicho y todo concluido.

Silencio de Dios semejante al sueño del pastor; porque no hay sueño más dulce, a pesar de que parezcan amenazados los corderos de las ovejas, que aquel en el que ya no hay ni pastor ni rebaño, pues ¿quién sabría distinguirlos, uno del otro, bajo las estrellas, cuando todo es sueño, cuando todo es sueño de lana?

¡Ah, Señor! Que un día, entrojando la creación, abras esa gran puerta a la raza parlera de los hombres y los alinees en el establo eterno; cuando los tiempos sean concluidos, y quites, como se curan las enfermedades, su sentido a nuestras preguntas.

Porque me fue dado comprender que todo el progreso del hombre es descubrir, sucesivamente, que sus preguntas no tienen sentido; porque he consultado a mis sabios y no es que hayan hallado una respuesta a las preguntas del año pasado, ¡Señor!, sino que hoy sonríen de sí mismos pues la verdad les ha llegado como si se borrara una pregunta.

Yo sé bien, Señor, que la sabiduría no es respuesta, sino curación de las vicisitudes del lenguaje; lo sé por aquellos mismos que se aman y se sientan, las piernas colgando, sobre el muro bajo delante de la plantación de naranjos, hombro contra hombro, sabiendo que no

han recibido respuesta a las preguntas que se formulaban ayer. Pero conozco el amor y sé que ya no se pregunta más.

Y de una en una, de contradicción dominada en contradicción dominada, me encamino hacia el silencio de las preguntas, y así a la beatitud.

¡Oh charlas! Han arruinado a los hombres.

Insensato quien espera la respuesta de Dios. Si te recibe, si te cura, es borrando tus preguntas con su mano, como la fiebre. Eso es.

Entrojando un día tu creación, Señor, ábrenos tu visera de dos puertas y haznos entrar donde a ninguno respondan; pues ya no habrá respuestas, sino beatitud, que es piedra angular de preguntas y rostro que satisface.

Y ese descubrirá la extensión de agua dulce más vasta que la extensión de los mares, la cual había adivinado claramente al escuchar el canto de las fuentes, cuando, las piernas colgando, se sentaba junto a ella, que sin embargo era apenas una gacela forzada a correr, y descansaba un poco sobre su corazón.

Silencio, puerto del navío. Silencio en Dios, puerto de todos los navíos.

40

Dios me envió a aquella que mentía tan lindamente, con una crueldad cantante, simplemente. Y me inclinaba sobre ella como sobre el viento fresco del mar.

–¿Por qué mientes? –preguntaba.

Entonces ella lloraba, totalmente escondida en sus lágrimas. Y yo reflexionaba sobre sus lágrimas:

«Ella llora –me decía– por no ser creída cuando miente. Porque no

creo que sea comedia de parte de los hombres. Ignoro el sentido de la comedia. Por cierto, ella quiere hacerse pasar por alguna otra. Pero no es el drama lo que me atormenta en esto. Es dramático para ella que querría tanto ser esa otra. He visto la virtud respetada más a menudo por aquellas que la aparentan que por las que la ejercen y son virtuosas del mismo modo que son feas. Deseosas aquellas de ser virtuosas y de ser amadas, pero sin saber dominarse o, mejor, dominadas por los otros. Y siempre en lucha contra ellos. Y mintiendo para ser bellas.»

Las razones que obran sobre las palabras no son jamás las razones verdaderas. Y por esto solamente le reprochaba expresarse al revés. Y por eso es por lo que me callaba delante de sus mentiras, sin oír el ruido de las palabras, en el silencio de mi amor, sino solamente el esfuerzo. Ese trabajo del zorro atrapado que se debate contra la trampa. O del pájaro que se lastima en su pajarera. Y me volvía hacia Dios para decirle: «¿Por qué no le has enseñado a hablar un lenguaje comunicable? Pues si la escucho, lejos de amarla, la haré ahorcar. Y sin embargo, hay algo patético en ella y ella se lastima las alas en la noche de su corazón, y me tiene el mismo miedo de los jóvenes zorros de las arenas a los que tendía pedazos de carne y que temblaban, mordían, y me arrancaban la carne para llevarla a sus guaridas».

–Señor –me decía ella–, no saben que soy pura.

Por cierto, yo conocía el trastorno que causaba en mi casa. Y sin embargo me sentía con el corazón traspasado por la crueldad de Dios.

«Ayúdala a llorar. Viértele lágrimas. Que fatigada de sí se recline sobre mi hombro: no hay en ella fatiga.»

Porque la habían enseñado mal en la perfección de su estado y me venía el deseo de libertarla. Sí, Señor, he faltado a mi papel... Porque no es una muchacha sin importancia. La que llora no es el mundo sino signo del mundo. Y la angustia le viene por no poder llegar a ser. Por verse dilapidada y quemada en humo. Náufraga en un río fluyente e imposible de contener. Llego, y me convierto en

vuestra tierra y vuestro establo y soy vuestra significación. Soy la gran convención del lenguaje, y casa, y marco, y armadura.

–Escúchame primero... –le dije.

Ella también debe recibir. Y también los hijos de los hombres y principalmente aquellos que no saben que pueden saber...

–Porque quiero guiaros de la mano hacia vosotros mismos... Soy la buena estación de los hombres.

41

He visto a los hombres dichosos o infelices, no a causa del simple dolor de un duelo o de la dicha simple (en los esponsales, por ejemplo), no por causa de la enfermedad o de la salud, pues puedo hacer que el enfermo se sobreponga dándole una noticia sorprendente y empujarlo a través de la ciudad nada más que haciendo obrar en su espíritu un cierto sentido de las cosas que llamaré victoria, por ejemplo (el más simple). Porque curo a la ciudad entera con el brillo de mis ejércitos victoriosos en el alba; y ves que se empujan y se abrazan. Y te dirás: «¿Por qué no sería posible mantenerlos en tal clima, como en el clima de una gran música?». Y te respondo: Porque la victoria no es paisaje poseído desde lo alto de las montañas, sino entrevisto desde lo alto de las montañas cuando tus músculos te lo han construido, sino pasaje de un estado a otro. Y nada es una victoria que dura. No más vivificante. Sino que enoja y ablanda. Pues entonces no es victoria, sino simple paisaje logrado. ¿Debo, entonces, vivir en el perpetuo balanceo de la miseria y la riqueza? Y descubres fácilmente que también esto es falso: porque puedes vivir toda tu vida en la desnudez y la miseria y el cansancio, como el que perseguido por los acreedores se ahorca por fin, sin que las pequeñas alegrías o las prórrogas pasajeras le hayan pagado la usura de las noches en blanco. Así, no hay estado durable, como el de la fortuna o la victoria, si se atribuye al hombre como el forraje a un ganado.

Quiero muchachos calientes y generosos, y mujeres cuyos ojos brillen. ¿Y de dónde vienen estas cualidades? Puesto que no provienen del interior o del exterior. Y yo te respondo: vienen del gusto de la resonancia de las cosas, de las unas en las otras, ya se trate de tu caravana de guerra o de tu catedral o de tu victoria de una mañana. Pero la victoria es desayuno de una mañana. Porque esta victoria lograda tiene por fin gastar las provisiones que te matan; y si tu alegría fue viva, y sentiste tu comunidad con violencia, es porque en la tristeza de la víspera, cuando te retiraste a tu casa, o a casa de tus amigos, sumido en tu duelo y en el duelo de tus hijos, conocías esa victoria; aun en el mismo momento en que se desarrollaba. Pero el que construya una catedral que necesite cien años para ser construida, vivirá cien años con la riqueza en el corazón. Porque te acrecientas con lo que das y aumentas tu mismo poder de dar. Y si caminas a lo largo de mi año en el que construyes tu vida, hete aquí feliz ya de preparar la fiesta sin jamás prepararte provisiones. Porque lo que das antes de la fiesta para la fiesta te acrecienta más de lo que la fiesta te dará una sola vez. Y esto mismo respecto a tus hijos que crecen. Y a tus navíos que corren el mar: se hallan amenazados, después triunfan, y con sus tripulantes abordan el día naciente. Aumenta el fervor que se nutre de sus triunfos, como el de aquel que no es un plagiario y que, más escribe, más forja su estilo. Pero repudiaré el de quien, bien que vivo, se arruina con sus triunfos. Porque cuanto más conozco, más quiero conocer; cuanto más dispuesto estoy a conocer, más combato el bien del prójimo y más lo pillo y más engordo devorándolo. Más me arruino en mi corazón.

Porque el hombre descubre el engaño de cada conquista cuando usa el objeto conquistado; por confundir el calor de la creación con el gusto del uso del objeto que ya no le aporta nada. Y sin embargo, es preciso someterse un día a este uso, pero entonces no interesa solamente que el uso sirva para la conquista, sino que la conquista sirva al uso. Cada uno refuerza al otro. Así, con la danza misma, o con el canto, o con el ejercicio de la plegaria que crea el fervor, el cual alimenta la plegaria, o con el amor. Porque muero si cambio de estado, si no soy más movimiento y acción hacia algo. Y de la cima de tu montaña no gozarás del paisaje cuando haya dejado de ser

victoria de tus músculos y satisfacción de tu carne.

42

Les he dicho: «No tengáis vergüenza de vuestros odios». Porque habían condenado cien mil a muerte. Y los condenados erraban en las prisiones elevando sobre el pecho las placas que como un ganado los distinguían de los otros. Llegué, me adueñé de las prisiones e hice comparecer a esta multitud. Y no me parece diferente a las otras. He escuchado, he oído y he mirado. Les he visto compartir su pan como los otros, y agitarse, como los otros, alrededor de los niños enfermos. Y mecerlos y velarlos. Y los he visto, como los otros, sufrir la miseria de estar solos cuando estaban solos. Y, como los otros, llorar cuando alguna, entre los muros gruesos, comenzaba a sentir esa inclinación del corazón.

Me acordé de lo que los carceleros me contaron. Y ordené que me trajeran a aquel que la víspera se había servido de su cuchillo, todo sangriento de su crimen. Y lo interrogué yo mismo. Y observaba no a él, ya decidido para la muerte, sino lo impenetrable del hombre.

Porque la vida prende o puede prender. En el hueco húmedo del peñasco se forma el musgo. Condenado de antemano, es cierto, por el primer viento seco del desierto. Pero que oculta sus semillas que no morirán, ¿y quién pretenderá inútil esa aparición de verdor?

Entonces supe por mi prisionero que se habían burlado de él. Y había sufrido en su vanidad y en su orgullo. Su vanidad y su orgullo de condenado a muerte...

Y les he visto cuando hacía frío apretarse unos contra otros. Y se parecían a todas las ovejas de la tierra.

E hice comparecer a los jueces y les pregunté:

–¿Por qué están separados del pueblo? ¿Por qué llevan sobre el pecho una placa de condenados a muerte?

–Es la justicia –me respondieron.

Y yo meditaba:

«Ciertamente, es la justicia. Porque la justicia según ellos es destruir lo insólito. Y la existencia de los negros les parece injusticia. Y la existencia de las princesas si son obreros. Y la existencia de los pintores si no comprenden la pintura».

Y les respondí:

–Deseo que sea justo librarlos. Tratad de comprender. Porque de lo contrario si fuerzan las prisiones y reinan, a su vez precisarán encerraros y destruiros, y no creo que el imperio gane.

Entonces fue cuando me apareció con evidencia la locura sanguinaria de las ideas y dirigí a Dios esta plegaria:

«¿Acaso estabas loco cuando les hiciste creer en su pobre balbuceo? ¡Quién les enseñará no una lengua, sino cómo servirse del lenguaje! Porque de esa terrible promiscuidad de los vocablos en un viento de palabras han sacado la urgencia de las torturas. De palabras torpes, incoherentes o ineficaces, han nacido aparatos de tortura».

Pero al mismo tiempo esto me parecía ingenuo y pleno del deseo de nacer.

43

Todos los acontecimientos que ya no se viven sustancialmente son falsos. Su gloria es falsa. Como es falso nuestro entusiasmo por el vencedor.

Tales novedades son falsas pues nada subsiste de ellas.

Porque la enseñanza debe pertenecer a un marco, a una armadura. No a un contenido siempre falso.

Te mostraré un gran paisaje que poco a poco surgirá de la bruma en su conjunto y no por partes. Porque así es la verdad del escultor. ¿Cuándo has visto desprenderse la nariz, después el mentón, luego la oreja? La creación es siempre imagen que se ve de una vez y no poco a poco. Este es trabajo de la multitud que rebulle sobre la imagen creadora y comenta y actúa y construye alrededor.

44

Me llegó la tarde en que debía descender de mi montaña sobre la vertiente de las generaciones nuevas, de las que no conocía ningún rostro, cansado por adelantado de las palabras de los hombres, sin hallar ya en el ruido de su ajetreo ni en el de sus yunques el canto de sus corazones –y vacío de ellos como si ya no conociera su lengua, e indiferente a un porvenir que en adelante ya no me concernía, enterrado, me parecía. ¡Cómo me desesperaba de mí, murado detrás de ese pesado muro de egoísmo! (Señor –decía a Dios–, te has retirado de mí, por esto abandono a los hombres.) Y me preguntaba qué me había decepcionado en su comportamiento.

Sin necesidad de solicitarles con manejos lo que sea, ¿para qué cargar con nuevos rebaños mis palmares? ¿Para qué aumentar mi palacio con nuevas torres cuando ya arrastraba mi manto de sala en sala como un navío en la espesura de los mares? ¿Para qué alimentar otros esclavos cuando ya siete u ocho se mantenían en cada puerta como pilares de mi morada? Me cruzaba con ellos a lo largo de los corredores, borrados contra el muro por mi paisaje, al ruido de mi traje. ¿Para qué capturar otras mujeres cuando estaban

ya encerradas en mi silencio, por haber aprendido a no escuchar para poder oír? Porque había asistido a su sueño, una vez cerrados los párpados y los ojos aprisionados en esos terciopelos... Las dejaba entonces, lleno del deseo de subir a la torre más alta, templada en las estrellas, y recibir de Dios el sentido de su sueño; porque entonces duermen el vocerío, los pensamientos mediocres, las habilidades degradantes, y las vanidades que les vuelven al corazón con el día, cuando se trata exclusivamente de prevalecer sobre la compañera y de destronarla en mi corazón. (Pero si olvidaba sus palabras, quedaba solo un juego de pájaro y la dulzura de las lágrimas...)

45

La tarde en que descendía de mi montaña por la vertiente donde ya no conocía a nadie, como un hombre enterrado por ángeles mudos, me llegó el consuelo de envejecer. Y de ser un árbol cargado de sus ramas, endurecido por nudos y arrugas, y como embalsamado por el tiempo en el pergamino de mis dedos, y tan difícil de herir como si ya me hubiera transformado en mí mismo. Y me decía: «Al que ha envejecido de esta manera, ¿cómo podrá espantarlo el tirano con el olor de los suplicios, que es olor a leche agria, y cambiar en él lo que sea, puesto que tiene su vida detrás de él, como un manto deshecho que solo se tiene por un cordón? Así estoy registrado en la memoria de los hombres. Y ninguna denuncia de mi parte tendrá ya sentido».

Entonces me consoló verme desligado de mis trabas, como si en lo invisible toda esa carne resecada se me hubiera transformado en alas. Como si me paseara, al fin nacido de mí mismo, en compañía del arcángel que tanto había buscado. Como si, al abandonar mi vieja envoltura, me descubriera extraordinariamente joven. Y esta juventud no estaba hecha de entusiasmo, ni de deseo; sino de una extraordinaria serenidad. Esta juventud era de esas que abordan la eternidad, no de aquellas que abordan al alba los tumultos de la vida. Era de espacio y de tiempo. Me parecía que al acabar de transformarme había alcanzado un ser eterno.

Era, asimismo, semejante a aquel que ha recogido en el camino a una muchacha apuñalada. La lleva en sus brazos nudosos deshecha y abandonada como una carga de rosas, dulcemente dormida por un relámpago de acero, y casi sonriente de apoyar su frente blanca sobre el hombro alado de la muerte, que, sin embargo, la conduce a la llanura donde moran los únicos que la curarán.

«Maravillosa durmiente que llenaré con mi vida, porque ya no me intereso en las vanidades, ni en las cóleras, ni en las pretensiones de los hombres, ni en los bienes que puedan tocar por la herencia, ni en los males que puedan golpearme, sino en aquello en lo cual me cambio; y he aquí que transportando mi carga hacia los curadores de la llanura, me transformaría en luz de los ojos, en mechón de cabellos sobre una frente pura, y si, una vez curada, le enseño la plegaria, el alma perfecta la hará mantenerse derecha como un tallo de flor, bien sostenida por sus raíces...»

No estoy encerrado en mi cuerpo que cruje como una vieja corteza. En el curso de mi lento descenso por la vertiente de la montaña me parece arrastrar como un largo manto todas las pendientes y todas las llanuras, y, aquí y allá, salpicadas, las luces de mis moradas a la manera de estrellas de oro. Me doblo por el peso de mis dones, como un árbol.

Mi pueblo duerme: te bendigo, duerme aún.

¡Cuánto tarda el sol en arrojaros de la noche tierna! Que mi ciudad tenga aún el derecho de reposar antes de ensayar en el amanecer sus élitros para el trabajo. Que aquellos a los que el mal ha golpeado ayer, y que acuden a la ayuda de Dios, esperen todavía antes de retomar como una carga el duelo o la miseria o la condenación o la lepra que acaba de estallar. Que permanezcan aún en el seno de Dios, todos perdonados, todos acogidos.

Soy yo quien los tomará a su cargo.

Velo sobre ti, pueblo mío: duerme aún.

46

Pesa sobre mi corazón el peso del mundo como si gravitara sobre mí. En la soledad, apoyándome contra un árbol y cruzando los brazos sobre el pecho en el viento de la tarde, recibo como rehén a los que por haberlo perdido tenían necesidad de encontrar en mí su significado. Así ha perdido su significado la simple madre cuyo niño murió. Se mantiene delante del hoyo como un pasado en lo sucesivo inútil. Se había convertido en bosque de bejucos alrededor de un árbol floreciente que de pronto es solo un árbol muerto. «¿Y qué haré yo, se dice, de mis bejucos? ¿Y qué haré yo de mi leche cuando afluya?»

Y pesa sobre mí aquel a quien toca la lepra como un fuego lento y que se halla separado de la comunidad de los hombres y no sabe qué hacer con los impulsos de su corazón, ejercitados lentamente en él. O bien uno que conoces y que habita su propio cáncer y que había comenzado mil trabajos que exigían de él que viviera largo tiempo semejante a un árbol que hubiera pacientemente instalado toda la red de sus raíces y se descubre de pronto centro de prolongaciones inútiles, como falsa puerta sobre el mundo. O como aquel cuyo granero ha ardido, o el cincelador que pierde su mano derecha. O todo hombre del que se extinguen los ojos.

Pesa sobre mi corazón el peso de todos aquellos que no saben encontrar un hombro. Rechazados y separados de los suyos. O como aquel que sobre su camastro vuelve y revuelve un cuerpo más inútil en lo sucesivo que un carro roto, y que llama a la muerte pero que es rechazado por la muerte. Y grita: «¡Para qué, Señor! ¡Para qué!».

Son los soldados de un ejército derrotado. Pero yo los reuniré y los conduciré hacia su victoria. Porque hay victorias para todos los ejércitos, aunque sean diferentes entre sí. Porque he aquí que ellos

son, entre los otros, un paso de la vida. La flor que se marchita deja su semilla, la semilla que se pudre funda su tallo, y de toda crisálida que se rompe salen las alas.

¡Ah! ¡Sois mantillo y alimento y vehículo para la soberbia ascensión a Dios!

47

–No os avergoncéis –les dije– de vuestros odios, de vuestras divisiones, de vuestras cóleras. No extendáis el puño por causa de la sangre vertida ayer; pues si salís renovados de la aventura, como el niño del seno desgarrado, o el animal, alado y embellecido, de las desgarraduras de su crisálida, ¿qué cogeréis, del ayer, en nombre de verdades que se han vaciado de su sustancia? Porque a los que se baten y se desgarran, los he comparado, instruido por la experiencia, a la prueba sangrante del amor. Y el fruto que nacerá no es de uno ni de otro, sino de ambos. Y domina a los dos. Y se reconcilian en él, hasta el día en que ellos mismos, en la nueva generación, sean la prueba sangrante del amor.

»Sufren, por cierto, los horrores del parto. Pero pasado el horror llega la hora de la fiesta. Y se reencuentran en el recién nacido. Y ved, cuando la noche os toma y os adormece, que sois en todo semejantes los unos a los otros. Y lo he dicho de aquellos mismos que en las prisiones llevan sus collares de condenados a muerte: no difieren de los otros. Importa solamente que se reencuentren en su amor. Perdonaré a todos haber dado muerte porque rehúso distinguir según los artificios del lenguaje. Este ha dado muerte por amor de los suyos, porque no se juega la vida sino por amor. Y el otro también mató por amor a los suyos. Sabed reconocerlo y renunciad a llamar error a lo contrario de vuestras verdades, y verdad al contrario del error. Porque sabed que la evidencia que os aprisiona y os obliga a escalar vuestra montaña es la misma que aprisionó al otro que escala igualmente su montaña. Y que está gobernado por la misma evidencia que os hizo levantaros en la noche. Quizá no la misma; pero fuerte del mismo modo.

»Solo sabéis de ese hombre lo que niega al hombre que sois. Y él, lo mismo, lee en vosotros únicamente lo que lo niega. Y cada uno sabe bien que en el interior de sí mismo es diferente a una negación glacial, o rencorosa, si no descubrimiento de un rostro tan evidente, simple y puro, que os hace aceptar la muerte por él. De tal modo que os odiáis mutuamente por inventar un adversario mentiroso y vacío. Mas yo, que os domino, yo os digo que amáis el mismo rostro, aunque mal reconocido y mal descubierto.

»Lavaos pues de vuestra sangre: nada se construye con la esclavitud sino las revueltas de esclavos. Nada se logra con el rigor si no hay pendientes hacia la conversión. Si la fe ofrecida nada vale y si las pendientes vierten la conversión, entonces ¿para qué el rigor?

»¿Para qué usaréis vuestras armas al llegar el día? ¿Qué ganaréis con esos degollamientos en los que ignoráis a quién matáis? Desprecio la fe rudimentaria que solo concilia a los carceleros.

Te desaconsejo, pues, la polémica. Porque no conduce a nada. Y al juzgar los que se equivocan rehusando tus verdades en nombre de sus propias evidencias, considera, en nombre de tu propia evidencia, que si polemizas contra ellos, rehúsas sus verdades.

Acéptalos. Tómalos por la mano y guíalos. Diles: «Tenéis razón, escalemos sin embargo la montaña»; y estableces el orden en la montaña, y respiran sobre la extensión que han conquistado.

Porque no se trata de decir: «Esta ciudad es de treinta mil habitantes», a lo que otro te respondería: «Tiene solo veinticinco mil», porque, en efecto, todos concordaréis en un número. Y habría pues uno que se equivocaría. Mas: «Esta ciudad es operación de arquitecto y establo. Navío que lleva a los hombres». Y otro diría: «Esta ciudad es cántico de hombres en un mismo trabajo...».

Porque se trata de decir: «Es fértil la libertad que permite el nacimiento del hombre y las contradicciones nutritivas». O: «La libertad pudre; pero la sujeción es fértil, pues es necesidad interior

y principio del cedro». Y vierten su sangre uno contra otro. No lo lamentes, pues he aquí dolor de parto y torsión contra sí mismo y llamada a Dios. Di a cada uno: «Tienes razón». Porque tiene razón. Pero condúcelos más alto en su montaña; pues el esfuerzo de escalar, que rehusarían por sí mismos, exige tanto de los músculos y del corazón, que su sufrimiento los obliga y les da el coraje para escalar. Porque huyes por lo alto si los gavilanes te amenazan. Porque buscas en lo alto el sol si eres árbol. Y tus enemigos colaboran contigo porque no hay enemigos en el mundo. El enemigo te limita: te da tu forma y te funda. Y les dices: «Libertad y sujeción son dos aspectos de la misma necesidad de ser uno y no otro». Libre de ser uno, no libre de ser otro. Libre en un lenguaje. Pero no libre de mezclarle otro. Libre en las reglas de tal juego de dados. Pero no libre de corromperlo alterando sus reglas con las del otro juego. Libre de construir pero no de saquear y destruir por un uso inadecuado la reserva misma de tus bienes, como aquel que escribe mal y extrae sus efectos de sus licencias, destruyendo así su propio poder de expresión; pues nadie sentirá nada al oírlo cuando haya destruido el sentido del estilo entre los hombres. Así pasa con el asno que yo comparo al rey, que hace reír en tanto que el rey es respetable y respetado. Después llega el día en que se identifica con el asno. Y no formulo sino una evidencia.

Y todos lo saben, porque los que reclaman la libertad reclaman la moral interior a fin de que el hombre sea gobernado a pesar de todo. Y el gendarme, se dice, está adelante. Y los que reclaman la sujeción te afirman que es libertad de espíritu, porque eres libre en tu casa de atravesar las antecámaras, de medir las salas, de un extremo a otro, de empujar las puertas o de subir o bajar las escaleras. Y tu libertad crece según el número de paredes y de trabas y de cerrojos. Y tienes tantos actos posibles que se te proponen, y entre los que puedes escoger, como obligaciones te ha impuesto la dureza de la piedra. Y en la sala común donde acampas en el desorden, ya no hay libertad, sino disolución.

A fin de cuentas, todos sueñan con una misma ciudad. Pero uno reclama para el hombre, tal como es, el derecho de obrar. El otro el derecho de modelar al hombre para que sea y pueda obrar. Y todos celebran al mismo hombre.

Pero ambos también se equivocan. El primero lo cree eterno y existente en sí. Sin saber que veinte años de enseñanzas, de sujeciones y de ejercicios han fundado este en él y no otro. Y que tus facultades de amor provienen del ejercicio de la plegaria y no de tu libertad interior. De este modo sucede con el instrumento de música si no has aprendido a tocar, o con el poema, si no conoces ningún lenguaje. Y el segundo se equivoca también, porque cree en los muros y no en el hombre. De este modo se dirige al templo, no a la plegaria. Porque, de la piedras del templo, lo único que cuenta es el silencio que las domina. Y ese mismo silencio en el alma de los hombres. Y el alma de los hombres donde existe ese silencio. He aquí el templo delante del cual me prosterno. Pero el otro hace un ídolo de piedra y se prosterna delante de la piedra que es solo piedra...

Lo mismo pasa con el imperio. Y no convertí en dios al imperio para que esclavice a los hombres. No sacrifico los hombres al imperio. Sino que fundo el imperio para que los hombres se llenen de él y él los anime: el hombre para mí es más importante que el imperio. Para fundar los hombres los he sometido al imperio. No es para fundar el imperio para lo que he esclavizado a los hombres. Pero abandona ya ese lenguaje que no lleva a nada y distingue la causa del efecto y al señor del servidor. Porque solo hay relaciones y estructuras y dependencias internas. Yo, que reino, no estoy más sometido a mi pueblo de lo que cualquiera de mis súbditos lo está a mí. Yo, que subo a mi terraza y recibo sus quejas nocturnas y sus balbuceos y sus gritos de sufrimiento y el tumulto de sus alegrías para hacer de ellos un cántico a Dios, me conduzco, pues, como su servidor. Soy yo el mensajero que los reúne y los transporta. Soy yo el esclavo cargado con sus literas. Soy yo su traductor.

Así yo, su piedra angular, soy el nudo que los reúne y los ata en forma de templo. ¿Cómo me querrán? ¿Algunas piedras se estimarán lesionadas por tener que sostener su piedra angular?

No aceptes discusiones sobre tales asuntos, porque son vanas.

Ni tampoco discusiones sobre los hombres. Porque siempre confundes los efectos con las causas. ¿Cómo quieres que sepan lo que pasa a través de ellos si no existe un lenguaje que pueda captarlo? ¿Cómo reconocerá la gota de agua su calidad de río? Y sin embargo, el río fluye. ¿Cómo reconocerá cada célula que es árbol? Y sin embargo, el árbol crece. ¿Cómo tendrá cada piedra conciencia del templo? Y sin embargo, ese templo encierra su silencio como un granero.

¿Cómo conocerán los hombres sus actos si no han escalado trabajosamente la montaña, en soledad, para trasmutarse en silencio? Y aunque Dios solamente pueda conocer la forma del árbol, ellos saben que uno tira hacia la izquierda y el otro a la derecha. Y cada uno quiere matar al que lo molesta y se mofa de él, sin que ninguno sepa adónde va. Del mismo modo son enemigos los árboles del trópico. Porque se aplastan entre sí y se roban su parte de sol. Y sin embargo, la selva crece y cubre la montaña con una piel negra que distribuye sus pájaros en el alba. ¿Crees que el lenguaje de cada uno captará la vida?

Cada año nacen chantres que te dicen que las guerras son imposibles, puesto que nadie desea sufrir, dejar su mujer y sus niños, ganar un territorio del cual no disfrutará para sí, y morir después al sol por mano enemiga, con piedras cosidas en el vientre... Y, por cierto, preguntas a cada uno su elección. Y cada uno rehúsa. Y sin embargo, al año siguiente, nuevamente el imperio toma las armas, y todos los que rehusaban la guerra, que era inaceptable en las operaciones de su magro lenguaje, se reúnen en una moral informulable para un paso que no tenía sentido para ninguno de ellos. Se ignora el árbol que se funda. Y solo lo reconoce aquel que se hace profeta en la montaña.

Lo que se funda y lo que efectivamente muere siendo más grande que ellos, puesto que se trata de hombres, pasa a través de los hombres sin que sepan formularlo: pero su desesperación es signo. Y si muere un imperio descubrirás esta muerte en que tal o cual pierde su fe en el imperio y falsamente lo harás responsable de la muerte del imperio: porque no hacía más que mostrar el mal. Pero ¿cómo distinguirás entre los efectos y las causas? Y si la moral se

pudre leerás los signos en la malversación de tus ministros. Pero puedes cortarles la cabeza: eran los frutos de la podredumbre. No luchas contra la muerte enterrando los cadáveres.

Mas ciertamente es preciso enterrarlos; y los entierras. Separo a los que están podridos. Pero prohíbo por dignidad que se polemice respecto al hombre. Me disgustan los ciegos cuando se injurian a propósito de sus deformidades. ¿Y cómo perdería mi tiempo escuchándolos proferir esas injurias? Mi ejército pierde pie, el general lo acusa y él acusa a su general. Y el conjunto acusa a los malos ejércitos. Y el ejército acusa a los mercaderes. Y los mercaderes acusan al ejército. Y todos aún acusan a otros. Y yo respondo: «Es preciso cortar las ramas muertas pues llevan el signo de la muerte». Mas es absurdo acusarlas de la muerte del árbol. Es el árbol el que muere cuando mueren sus ramas. Y la rama muerta era solo un signo.

Así pues, cuando los veo pudrirse los corto sin ocuparme de ellos; pero miro hacia otro lado. No son hombres que se pudren. Es un hombre que se pudrió en ellos. Y estudio atentamente la enfermedad del arcángel...

Y sé bien que el único remedio está en los cánticos y no en las explicaciones. ¿Alguna vez resucitaron la vida las explicaciones de los médicos? Porque ellos dicen: «He aquí por qué ha muerto...». Y, es cierto, ha muerto por una causa conocible y por un desarreglo de sus vísceras. Pero la vida era otra cosa diferente a un arreglo de las vísceras. Y cuando has arreglado todo con tu lógica, el conjunto semeja una lámpara de aceite que has forjado y enjoyado que no da luz si primero no la enciendes.

Amas porque amas. No hay motivo para amar. No hay remedio, sino creación, porque construirás su unidad con el solo movimiento de sus corazones. Y su razón profunda al obrar será ese canto con el que los cargarás.

Y, es cierto, mañana se convertirá en razón, motivo, móvil y dogma. Porque se inclinarán los lógicos sobre tu estatua para desentrañar las razones que tiene para ser bella. ¿Cómo podrían equivocarse

puesto que es bella? Es lo que conocen por otras vías distintas a la lógica.

48

Porque os traigo el gran consuelo; a saber: que nada hay que lamentar. Ni arrojar. Así decía mi padre:

–Usas de tu pasado como del paisaje flanqueado aquí por su montaña, allá por su río, y dispones con libertad de las ciudades por venir, teniendo presente lo que es. Y si lo que es no era, inventarás ciudades de sueño que son fáciles, porque nadie resiste a los sueños; pero al mismo tiempo que fáciles, perdidas y disueltas en lo arbitrario. No te quejes de tu cimiento que es este y no otro; porque la virtud de un cimiento en primer lugar es ser. Así digo respecto a mi palacio, a mis puertas, a mis muros.

»¿Y qué conquistador ha lamentado jamás, al tomar posesión de un territorio, que allá se apoyara la montaña, que aquí se desenvolviera el río? Tengo necesidad de una trama para bordar, de reglas para cantar, o para bailar, y de un hombre fundado para actuar.

»Si te lamentas de la herida sufrida, podrás lamentarte también por no ser o por no haber nacido en otra época. Porque tu pasado entero es solo nacimiento de hoy. Es así y esto es todo. Tómalo como es y no desplaces las montañas. Son como son.

49

Solo importa la diligencia. Porque ella es la que dura y no el fin que es ilusión del viajero, cuando marcha de cresta en cresta como si el

fin perseguido tuviera sentido. De igual modo, no hay progreso sin aceptación de lo que es. Porque si el litigio desgarra a alguno, no le conviene buscar una paz precaria y de mala calidad por la aceptación ciega de uno de los dos elementos del litigio. ¿De dónde deduces que el cedro ganaría al evitar el viento? El viento lo desgarra pero lo funda. Mal sabio el que separara el bien del mal. Buscas un sentido a la vida, cuando ese sentido es, en primer lugar, llegar a ser en uno mismo, y no ganar esa paz miserable que tiende hacia el olvido de los litigios. Si algo se opone a ti y te desgarra, déjalo crecer, que así afianzas raíces y te renuevas. ¡Bienvenido el desgarramiento que te impulsa al parto de ti mismo! Pues ninguna verdad se demuestra y se consigue con la evidencia. Y las que te proponen son arreglos cómodos y semejantes a drogas para dormir.

Porque desprecio a los que se aturden para olvidar o que, simplificándose, ahogan, para vivir en paz, una de las aspiraciones de su corazón. Pues sabe que toda contradicción sin solución, todo irreparable litigio te obliga a agrandarte para absorberlo. Y, en el nudo de tus raíces, tomas la tierra sin rostro, y sus pedernales y su humus, y construyes un cedro para la gloria de Dios. La columna del templo ha llegado a la gloria después de veinte generaciones de usufructuar de los hombres. Y tú mismo, si quieres agrandarte, empléate contra tus litigios: conducen hacia Dios. Es la sola ruta que existe en el mundo. Y de esto proviene que el sufrimiento te engrandezca, cuando lo aceptas.

Pero hay árboles de la ciudad que el viento de arena no amasa. Hay hombres débiles que no pueden superarse. Hacen su felicidad con una felicidad mediocre, luego de haber suicidado la parte noble. Se detienen en una posada para toda la vida. Han abortado de sí mismos. Y poco me importa qué es de ellos o cómo viven. Renuncian a escuchar la voz de Dios que es necesidad, búsqueda y sed inexpresables. No buscan el sol como lo buscan en el espesor de la selva esos árboles que jamás lo lograrán como provisión o reserva porque la sombra de los otros ahoga cada árbol, persiguiéndolo en su ascensión, modelados como columnas, gloriosos y lisos, brotados del suelo y transformados en potencia por la persecución de su dios. Dios no se alcanza; pero basta que se proponga, para que el hombre se construya en el espacio como un ramaje.

Por esto debes despreciar los juicios de la multitud. Porque te vuelven a ti y te impiden engrandecerte. Llaman error a lo contrario de la verdad y tus litigios les parecen simples, y rechazan como inaceptables, puesto que son frutos del error, los fermentos de tu ascensión. Te desean, pues, encerrado en tus provisiones, parásito, saqueador de ti mismo y acabado. ¿Y qué necesidad te impulsará entonces hacia Dios, a fabricar tu cántico y a subir aún para alinear bajo tus pies el paisaje de la montaña en desorden, o salvar en ti el sol que no se gana una vez por todas, sino que es persecución de todos los días?

Déjalos hablar. Sus consejos parten de un corazón fácil que te desea dichoso. Quieren darte demasiado pronto esa paz que solo ofrece la muerte cuando por fin uses tus provisiones. Pues no son provisiones para la vida, sino miel de abeja para el invierno de la eternidad.

Y si me preguntas: «¿Debo despertar a este o dejarlo dormir para que sea feliz?». Te responderé que nada sé de la felicidad. Pero si hay una aurora boreal, ¿dejarías dormir a tu amigo? Ninguno debe dormir si puede conocerla. Y, es cierto, ese ama su sueño y se envuelve en él: y sin embargo, arráncalo a su dicha y arrójalo fuera para que llegue a ser.

50

La mujer te despoja para su casa. Y, ciertamente, deseable es el amor que es aroma de la casa y canto del surtidor y música de los jarros silenciosos y bendición de los niños cuando llegan uno después de otro, con los ojos llenos del silencio de la tarde.

Pero no intentes desequilibrar ni preferir según las fórmulas, el centelleo del guerrero en la arena y los beneficios de su amor. Porque esta es solo una división del lenguaje. No hay otro amor que

el del guerrero pleno de las extensiones de su desierto, y no hay otra ofrenda a la vida, en la emboscada alrededor de los pozos, que la del amante que supo amar; pues de lo contrario, la carne ofrecida no es sacrificio ni don del amor. Porque si el que combate no es hombre, sino autómata y máquina de segar, ¿dónde está, pues, la grandeza del guerrero? No veo allí más que obra monstruosa de insecto. Y si aquel que acaricia a la mujer es solo humilde ganado en su litera, ¿dónde está la grandeza del amor?

Nada conozco más grande que el guerrero que depone sus armas y acuna al hijo, o que el esposo que hace la guerra.

No se trata de un balanceo de una verdad a otra, de una cosa valedera un tiempo después de otro. Y de dos verdades que no tienen un sentido que las una. Es como guerrero como haces el amor y como amante como haces la guerra.

Pero aquella que te ha ganado para sus noches, al conocer la dulzura de tu lecho, se dirige a ti, su maravilla, y te dice: «Mis besos ¿no son dulces? Nuestra casa ¿no es fresca? Nuestras veladas ¿no son dichosas?». Y tú asientes con tu sonrisa. «Entonces –dice ella– permanece cerca de mí para apoyarme. Cuando llegue el deseo no tendrás más que tender la mano y me doblaré hacia ti bajo tu simple peso como el naranjo joven cargado de naranjas. Porque llevas a lo lejos una vida avara y que no enseña caricias. Y a los movimientos de tu corazón, como al agua de un pozo, les faltan las praderas donde realizarse.»

Y, en efecto, has conocido alrededor de tus noches solitarias esos impulsos desesperados hacia tal o cual cuya imagen evocabas; porque todas se embellecen en el silencio.

Y crees que la soledad de la guerra te ha hecho perder la ocasión maravillosa. Y sin embargo, el aprendizaje del amor se hace en las vacaciones del amor. Y el aprendizaje del paisaje azul de tus montañas lo haces entre las rocas que conducen a la cima, y el aprendizaje de Dios lo haces ejercitándote con plegarias a las que no ha respondido. Porque solo eso te colmará sin temor al desgaste; lo que se te concederá cuando fuera del deslizarse de los días del

tiempo para ti hayan concluido y cuando te sea permitido ser, por haber acabado de transformarte.

Y, es cierto, puedes engañarte y condolerte de la que lanza su llamada en la noche vana, y cree que el tiempo corre inútil robándole sus tesoros. Si te inquieta esta sed de amor sin amor, es porque olvidaste que el amor es por esencia sed de amor; como lo saben los bailarines y las bailarinas, que antes de unirse trazan el poema de su aproximación.

Y yo te lo afirmo: la ocasión fallida es la que cuenta. La ternura a través de los muros de la prisión acaso sea la gran ternura. La plegaria es fértil mientras Dios no responde. Y los pedernales y las zarzas nutren el amor.

No confundas el fervor con el uso de las provisiones. El fervor que exige para sí no es fervor. El fervor del árbol va en los frutos que nada le devuelven a cambio. Así sucede conmigo, frente a frente con mi pueblo. Porque mi fervor fluye hacia huertos plantados de frutales de los que nada espero.

Así pues, no te encierres tampoco en la mujer. Para buscar en ella lo que ya has encontrado. No harás sino volver a ganarla de cuando en cuando, como aquel que habita en la montaña y desciende a veces hasta el mar.

51

Injusto era el que decía de su minúscula casa:

–La construí para que contenga a todos mis verdaderos amigos... Pues ¿qué pensaba de los hombres ese gotoso? Yo, si quisiera construir una casa para mis verdaderos amigos, no sabría construirla lo bastante grande; porque no conozco un hombre en el

mundo del que una parte no sea mi amiga, por pequeña que sea, o fugitiva; y qué bien podría separar esa parte de aquel mismo que mandé decapitar si pudiéramos desempatar a los hombres. Y aun del que en apariencia me odia y me haría cortar la cabeza si pudiera. Y no creas que se trata de enternecimiento fácil, ni de indulgencia, ni de aspiración vulgar, de simpatía vulgar; pues permanezco rígido, inflexible y silencioso. Pero ¡cuán numerosos son mis amigos esparcidos, y cómo llenarían mi morada si les enseñara a andar!

Mas el otro llama amigo verdadero a aquel al que podría confiar su dinero sin correr el riesgo de ser robado, y la amistad entonces es lealtad de doméstico, o al que podría solicitar y obtener un servicio –y la amistad es aprovechamiento de los hombres– o que en la necesidad tomaría su defensa. Y la amistad es homenaje tributado. Y desprecio la aritmética y llamo amigo al que he visto en él, que duerme quizá hundido en su ganga; pero que, faz a mí, comienza a libertarse al reconocerme y me sonríe, aun cuando deba traicionarme más adelante.

Pero el otro, ya lo ves, denomina amigos a los que beberían la cicuta en su lugar. ¿Cómo quieres que todos se regocijen de ello?

Aquel, que se decía bello, no comprendía la amistad. Mi padre, que era cruel, tenía amigos y sabía amarlos, siendo insensible a la decepción, que es avaricia frustrada. La decepción es bajeza, porque lo que primero has amado en un hombre ¿en qué se ha destruido si hay en él otra cosa que no amas? Pero tú transformas inmediatamente en esclavo al que amas o que te ama, y si no asume las cargas de esa esclavitud lo condenas.

Entonces el otro, porque un amigo le ofrendaba su amor, ha cambiado ese regalo en deber. Y el don del amor se convertía en deber de beber la cicuta y en esclavitud. El amigo no quería la cicuta. El otro, pues, se juzgó decepcionado, lo que es innoble. No hay aquí más decepción, en efecto, que la que nos enfrenta con un esclavo que nos ha servido mal.

Pero te hablaré del fervor. Porque precisarás superar muchos reproches. La mujer, por ejemplo, te reprochará siempre que des a los otros y no exclusivamente a ella. Porque según el hombre, lo que se da en una parte se roba en otra. Así nos han vuelto el olvido de Dios y el uso de las mercaderías. Pues lo que das en realidad no te disminuye, sino que, bien por el contrario, aumenta tus riquezas por distribuir. De este modo, el que ama a todos los hombres a través de Dios ama infinitamente más a cada uno de los hombres que el que ama a uno solo y extiende simplemente a su cómplice el campo miserable de su persona. Lo mismo que el que a lo lejos afronta los peligros del alma da más a la amada de lo que ella supone; porque le da a alguien que es, que no le da el que noche y día la acuna, pero que no existe.

No hagas economías aquí. Porque no son mercaderías las que se ahorran cuando se trata de movimientos del corazón. Porque dar es arrojar un puente sobre el abismo de tu soledad.

Y cuando das, no te inquietes de saber a quién. Porque se te vendrá a decir: «¡Tal no merece ese don!». Como si se tratara de una mercancía. Aquel mismo que no te serviría para los dones que le pidieras puede servirte por los dones que le concederás, porque por su intermedio servirás a Dios. Y lo saben bien aquellos que no experimentan piedad mezquina por los chancros de los lacayos, sino que exponen claramente la vida y se imponen, sin prórroga, cien días de marcha a través de rocas, con el solo fin de curar de un chancro al criado de su criado. Y solo se muestran mezquinos y se someten al servilismo del criado quienes esperaban algún movimiento de reconocimiento; porque él no tiene bastante carne para arrancarse y pagarte una mirada tuya, pero, a través del depositario, has dado a Dios, y eres tú quien debe prosternarse, pues se ha dignado recibir.

He aguardado yo mismo en mi juventud la llegada de aquella amada que me traían para esposa en el hilo de una caravana partida de fronteras tan lejanas que había envejecido en camino. ¿Has visto alguna vez envejecer una caravana? Los que se presentaron a los centinelas de mi imperio no habían conocido su propia patria. Porque habían muerto en el transcurso del viaje los que hubieran podido contar sus recuerdos de ella. Y a lo largo del camino habían sido sepultados uno tras otro. Y los que llegaron tenían en patrimonio recuerdos de recuerdos. Y las canciones que habían aprendido de sus mayores eran leyendas de leyendas. ¿Has visto milagro más milagroso que la llegada de un navío que se ha construido y aparejado en el mar? Y la jovencita que desembarcaron de una caja de oro y plata y que, sabiendo hablar, podía decir la palabra «fuente», sabía bien que de una fuente se había hablado en el pasado, en los días felices, y decía esa palabra como una plegaria para la cual no hay respuesta; pues de este modo oras a Dios, por causa del recuerdo de los hombres. Más sorprendente era que supiera bailar, y esta danza le había sido enseñada entre el pedernal y las rocas, y sabía bien que una danza era una plegaria con la que se puede seducir a los reyes; mas para la cual, en la vida del desierto, no hay respuesta. Así sucede con tu plegaria hasta la muerte, que es una danza que danzas para conmover a un dios. Pero lo más sorprendente era que traía todo cuanto debía servirle. Y sus pechos tibios como palomas para la lactancia. Y su vientre liso para servir hijos al imperio. Había venido pronta, como una semilla alada a través del mar, y tan torneada, tan bien formada, tan puramente encantada por provisiones que nunca le habían servido, como tú de tus méritos, de tus actos, y de tus lecciones aprendidas que te servirán solo en la hora de la muerte, cuando por fin seas. Había tan poco usado, no solamente del vientre y de los pechos, que eran vírgenes, sino de las danzas para seducir reyes, de las fuentes para bañar los labios, y de la ciencia de los ramilletes cuando aún no había visto flores, que al llegar a mí en su perfección total, no podía menos que morir.

Te he dicho de la plegaria que es ejercicio del amor, gracias al silencio de Dios. Si hubieras hallado a Dios te fundarías en él, ya realizado definitivamente. ¿Y para qué te engrandecerías para llegar a ser? Así pues, cuando aquel se inclinaba sobre ella, murada en su orgullo como en medio de triples murallas, y absolutamente imposible de salvar, se lamentaba desesperadamente de la suerte de los hombres: «Señor –decía–, comprendo y espero las lágrimas. Son lluvia donde se funde el peligro de la tormenta, disparador del orgullo y perdón permitido. Que ella se desanude y llore y yo perdone. Pero, como un animal salvaje que se defiende con dientes y uñas contra la injusticia de tu creación, ella no sabe sino mentir».

Y la recriminaba por tener tanto miedo. Y decía a Dios, hablando de los hombres: «Los has hecho miedosos de una vez para siempre con tus dientes, espinas, uñas, venenos, escamas puntiagudas, y las zarzas de tu creación. Se precisa mucho tiempo para tranquilizarlos y para que vuelvan sobre sus pasos». ¡Y sabía bien que aquella que mentía estaba tan lejana, tan perdida, que tendría que andar largo tiempo para lograr aproximarse!

Y recriminaba a los hombres por existir en ellos esas distancias considerables que no sabía cómo reconocer.

Algunos se asombraban de su indulgencia aparente ante licencias abominables. Pero sabía bien que no había indulgencia en él. Sino que decía: «Señor, no estoy aquí como juez. Hay épocas para juzgar y hombres, y yo mismo puedo ser llamado para representar ese papel entre los otros. Pero no he recogido a esta, que tenía miedo, para castigarla con rigor. ¿Se ha visto alguna vez al salvador, juzgando indigno a su obligado, arrojarlo al mar? Lo salvas desde un principio plenamente, pues no es a él a quien salvas, sino a Dios a través de él. Una vez salvado, entonces puedes castigar. Así, curas al condenado a muerte si está enfermo, pues te está permitido castigar a un hombre en su cuerpo; pero no despreciar el cuerpo de un hombre».

Y los que dirán: «¿Con qué propósitos obras puesto que hay tan poca esperanza de salvarla?». Responderé que una civilización no reposa en el uso de sus invenciones, sino en el fervor de inventar.

Y que no solicitas a tu médico justificar su intervención por la calidad de su enfermo. Su diligencia cuenta antes que nada porque los fines son apariencias y etapas arbitrarias y no sabes adónde vas. Y más allá de esta cumbre hay otra cima de montaña. Y más allá de este individuo hay otra cosa que salvas, aun cuando solo se tratara de la religión del salvamento. Y si actúas por una recompensa, y si la reclamas que te pague como por un contrato, eres un mercader y no un hombre.

Puedes no conocer nada de las etapas que son invención del lenguaje. Solamente la dirección tiene un sentido. Lo que importa es ir hacia algo, y no llegar porque nunca se llega a parte alguna sino a la muerte.

Así, pues, he perfilado su licencia como angustia y como desesperación. Pues si abandonas lo que posees es porque has renunciado a asir. Y la licencia es renunciamiento a ser. Y te desesperas por esos tesoros que, uno tras otro, mueren por uso. Porque la flor se marchita y se transforma en semilla para ti, y tú, que no creías a la flor cosa diferente a un lugar de paso, te desesperas. Porque te lo aseguro: el sedentario no es el que ama con amor a la jovencita, después desposa a la mujer, después instruye al hijo del hombre, después, viejo, desparrama su sabiduría, y siempre así en marcha hacia adelante, sino aquel que quisiera detenerse en la mujer y gozar de ella como de un poema único o de una provisión hecha, y aquel que descubre pronto la vanidad, pues nada sobre la tierra es receptáculo agotable y el paisaje entrevisto desde lo alto de las montañas es solo construcción de tu victoria.

Entonces repudia a la mujer, o la mujer cambia de amante, al ser decepcionada. Pero solo era responsable la vanidad de su diligencia. Porque únicamente es posible amar a través de la mujer y no a la mujer. A través del poema y no al poema. A través del paisaje entrevisto desde lo alto de las montañas. Y la licencia nace de la angustia de no lograr ser. De este modo pasa con el que roe el

insomnio, se vuelve y se revuelve en su lecho, en busca del apoyo fresco de la cama. Mas apenas lo ha tocado, cuando se vuelve tibio y lo rechaza. Y busca en otra parte una fuente durable de frescura. Pero no la hay, pues apenas toca la provisión esta se gasta.

Así, con aquella o aquel que no veía sino el vacío de los seres; porque están vacíos si no son ventanas y claraboyas hacia Dios. Por esto en el amor vulgar amas lo que te huye; pues si no, estarías saciado y asqueado de tu satisfacción. Y lo saben bien las bailarinas que vienen a representar el amor.

Así, pues, me hubiera gustado integrar a aquella que pillaba el mundo y se alimentaba de cardones, pues el fruto verdadero no se halla sino a través de algo y ningún ser puede tocarte una vez que conoces su fuego, en la medida en que se lo demandas.

No te toca sino cuando has dejado de esperar de él. O no es sino imagen, oveja extraviada, niño débil, o es, si no, ese zorro asustado que te muerde el dedo cuando lo alimentas; ¿y vas a desearle estar encerrado en su terror y en su odio? ¿Considerarías afrentosos tal gesto o tal palabra, cuando te basta con olvidar las palabras y el sentido vano que acarrean para reencontrar a Dios a través de él?

Y soy el primero en cortar una cabeza cuando mi justicia lo ha decidido, cuando es a mí a quien se injuria. Pero domino desde muy lejos a ese zorro que sufre del lazo, no para perdonarlo, pues nada hay que perdonar en esta altura donde me condeno a estar solo, sino para no oír los gritos de desorden a través de su simple desesperación.

Por esto la más bella, la más acabada, la más generosa, te muestra, sin embargo, a Dios menos cerca. Nada tiene en ella que calmar, reunir, juntar. Y si te pide ocuparte de ella por entero y encerrarte en su amor, te solicita solamente ser egoísmo doble: al que, falsamente, se llama luz del amor cuando es únicamente incendio estéril y pillaje de los graneros.

No he hecho mis provisiones para encerrarlas en una mujer y complacerme de ello.

Por esto aquella, que con su deslealtad y su mentira, y sus extravíos, solicitaba más de mí, más de la fuente del corazón, al obligarme a vivir en el silencio, que es signo del amor verdadero, me transmitía el gusto de la eternidad.

Porque hay un tiempo para juzgar. Pero hay un tiempo para llegar a ser...

Te hablaré, pues, del auditorio. Si abres tu puerta al caminante y si él se sienta, no le reproches no ser otro. No lo juzgues. Pues tenía hambre de hallarse en alguna parte, en casa de alguno con su pesadez, su bagaje de recuerdos, su respiración difícil y su vara apoyada en un rincón. Tenía hambre de estar allí, en el calor y la paz de tu rostro, justo con todo su pasado que no está en discusión, y con todas sus lacras como desnudadas. Con su muleta que ya no siente porque no le pides que baile. Y entonces se tranquiliza, y bebe la leche que le viertes, y come el pan que partes y la sonrisa que le concedes es manto tibio como el sol para un ciego.

¿Y por qué sería mezquino con el pretexto de que es indigno sonreírle?

¿Y en qué le socorres, si no le das lo esencial que es la audiencia, esa misma que puede tornar tan nobles tus relaciones con tu enemigo más encarnizado? ¿Qué recompensa descuentas sacar de él con el fardo de tus presentes? No podrá sino odiarte si se marcha de tu casa cargado de deudas.

55

No confundas el amor con el delirio de la posesión, que aporta los peores sufrimientos. Porque, por el contrario, según la opinión común, el amor no hace sufrir. Pero el instinto de propiedad hace sufrir, lo que es contrario al amor. Pues si amo a Dios me iré por los

caminos cojeando duramente para llevarlo a los otros hombres. Y no reduzco mi Dios a la esclavitud. Y me nutro con lo que da a los otros. Y sé reconocer al que ama verdaderamente en que no puede ser lesionado. Se puede hablar de la ingratitud de tal o cual, pero ¿quién te hablaría de la ingratitud del imperio? El imperio está construido con tus dones; ¿y qué aritmética sórdida introduces si te preocupas de un homenaje rendido por él? El que ha dado su vida por el templo y se ha mudado en templo, ese amaba verdaderamente, pero ¿en qué forma se podría sentir lesionado por el templo? El amor verdadero comienza cuando no espera nada en retorno. Y si el ejercicio de la plegaria es tan importante para enseñar al hombre el amor de los hombres, es, en primer lugar, porque no recibe respuesta.

Vuestro amor es a base de odio porque os detenéis en la mujer o en el hombre, de los cuales hacéis vuestras provisiones, y comenzáis a odiar semejantes a perros cuando saltan alrededor de la escudilla y alguno mira vuestra comida. Llamáis amor al egoísmo de la comida. Apenas se os ha concedido el amor, cuando lo mismo que con vuestras falsas amistades hacéis una servidumbre y una esclavitud de ese don libre y comenzáis desde el minuto en que os aman a descubriros lesionados. Y a infligir, para servir mejor, el espectáculo de vuestro sufrimiento. Y, por cierto, sufrís. Y este sufrimiento mismo me desagrada. ¿Y qué podría admirar en él?

Ciertamente, cuando era joven he caminado de un extremo a otro de mi terraza bajo las estrellas ardientes, por causa de alguna esclava huida en la que leía mi curación. Hubiera llevado ejércitos para reconquistarla. Y para poseerla hubiera arrojado provincias a sus pies; pero Dios me es testigo de que no he confundido el sentido de las cosas y nunca consideré amor, aun si ponía en juego mi vida, esa búsqueda de mi botín.

Reconozco la amistad en que no puede ser decepcionada, y reconozco el amor verdadero en que no puede ser lesionado.

Si vienen a decirte: «Aparta a aquella porque te lesiona...», escúchalos con indulgencia; pero no cambies tu comportamiento, pues ¿quién tiene el poder de lesionarte?

Y si vienen a decirte: «Apártala, pues tus cuidados son inútiles...», escúchalos con indulgencia, pero no cambies tu comportamiento; porque has elegido una vez. Y si pueden robarte lo que recibes, ¿quién detenta el poder de robarte lo que das?

Y si vienen a decirte: «Aquí, tienes deudas. Aquí, no las tienes. Aquí, reconocen tus dones. Aquí, se los mofa», tapónate las orejas para la aritmética.

A todos responderás: «Amarme, ante todo, es colaborar conmigo».

Así sucede con el templo en el que solo el amigo entra, pero innumerable.

56

Y es el secreto mismo lo que te enseño. Tu pasado entero es un nacimiento al igual que, hasta hoy, los sucesos del imperio. Y si lamentas algo eres tan absurdo como el que lamentaba no haber nacido en otra época, en otro país o ser pequeño cuando era grande, y que empujaba en sus absurdas ensoñaciones su desesperanza de cada instante. Loco aquel que se roe los dientes contra el pasado, que es bloque de granito y cosa concluida. Acepta este día como te es ofrecido en lugar de chocar contra lo irreparable. Irreparable no tiene significado porque es la marca de todo pasado. Y como no hay fin logrado, ni ciclo concluido, ni época acabada sino para los historiadores que te inventarán esas divisiones, ¿cómo sabrás que se debe lamentar la diligencia que no ha resultado aún y que no resultará jamás?; porque el sentido de las cosas no reside en la provisión hecha que consumen los sedentarios, sino en el calor de la

transformación, de la marcha, o del deseo. Y a aquel que acaba de ser vencido y bajo el talón de su vencedor se recompone, lo llamo más victorioso en su diligencia que aquel que goza de su victoria de ayer, como un sedentario de sus provisiones y que se encamina ya hacia la muerte.

Entonces, me dirás: «¿Hacia qué debo tender? Puesto que los fines no tienen significado». Y te responderé ese gran secreto que se oculta tras palabras vulgares y simples y que poco a poco me ha enseñado la sabiduría a lo largo de la vida; a saber: que preparar el porvenir es fundar el presente. Y que aquellos se gastan en la utopía y en las diligencias, en sueños que persiguen imágenes lejanas, frutos de su invención. Porque la única invención verdadera es descifrar el presente bajo sus aspectos incoherentes y su lenguaje contradictorio. Pero si te dejas llevar por las chácharas que son tus sueños vacíos concernientes al porvenir, eres semejante al que cree poder inventar su columna y construir templos nuevos con la libertad de su pluma. Porque ¿cómo encontrará a su enemigo?; y no encontrando enemigo, ¿por quién estaría fundado? ¿De qué moldearía su columna? La columna se funda al desgastarse en la vida a través de las generaciones. Aunque solo fuera una forma, no la inventas, sino que la pules con el uso. Y así nacen las grandes obras y los imperios.

Solo hay presente para poner en orden. ¿Para qué entonces discutir esa herencia? El porvenir no debe preverlo, sino permitirlo.

Y, por cierto, tienes trabajo cuando el presente se te suministra como material. Y yo, de este conjunto de carneros, cabras, campos de cebada, moradas, montañas que son, en el instante que los llamo, dominio o imperio, extraigo algo que no estaba antes y que llamo uno y simple, pues quien lo alcance con la inteligencia lo destruirá sin haberlo conocido; y así fundo el presente, lo mismo que el esfuerzo de mis músculos cuando llego a la cima organiza el paisaje y me hace asistir a esa dulzura blanca en la que las ciudades son como huevos en los nidos de las campiñas, lo que no es más verdadero o más falso que las ciudades vistas como navíos o como templos, sino otra cosa. Y está en mis manos hacer de la suerte de los hombres un alimento para mi serenidad.

Sábelo, pues: toda creación verdadera no es prejuzgar sobre el

porvenir, persecución de quimeras y utopías, sino rostro nuevo leído en el presente, reserva de los materiales en desorden recibidos en herencia, y de los cuales no debes ni regocijarte ni quejarte, pues simplemente, como tú, son por haber nacido. Deja, pues, al porvenir desenvolver uno a uno sus ramajes. De presente en presente habrá crecido y entrará concluido en su muerte. No te inquietes por mi imperio. Después que los hombres hayan reconocido ese rostro en la disparidad de las cosas, después que haya hecho obra de escultor en la piedra, habré dado con la majestad de mi creación un golpe de palanca a sus destinos. Y desde entonces irán de victoria en victoria, y desde entonces mis cantores tendrán algo que cantar, pues en vez de glorificar dioses muertos celebrarán simplemente la vida.

Observa mis jardines donde los jardineros van en el alba a crear la primavera, no discuten sobre los pistilos ni las corolas: siembran las semillas.

Os lo aseguro a vosotros, los descorazonados, los desdichados y los vencidos: ¡sois el ejército de la victoria! Porque comenzáis en este instante y es bello ser tan joven.

Mas no creo que pensar el presente sea simple. Porque entonces te resiste la materia misma de la que debes hacer uso, mientras que nunca te resistirán tus invenciones sobre el porvenir. Y aquel que se acuesta sobre la arena en los alrededores de un pozo agotado, y que comienza a evaporarse por el sol, ¡qué bien marcha en su sueño! Y cuán fáciles se le presentan las grandes zancadas hacia su liberación. Cómodo es beber en sueños; puesto que tus pasos te traen el agua como esclavos bien aceitados y no hay zarzas para retenerte.

Pero ese porvenir que carece de enemigos no llega a ser, y agonizas, y la arena rechina en tus dientes, y el palmeral y el río denso de los cantos de las lavanderas zozobran lentamente en la muerte.

Mas quien marcha verdaderamente se lastima los tobillos en las rocas, lucha contra las zarzas y se ensangrienta las uñas en los restos del naufragio. Porque se le suministran todos los escalones de su escala, de los que debe triunfar uno a uno. Y crea lentamente el

agua con su carne, con sus músculos, con las ampollas de sus palmas, con las heridas de sus pies. Para tramar las realidades contradictorias extrae agua de su desierto de piedras a fuerza de puños, como el panadero que trabaja la masa siente poco a poco que se endurece, se aumenta con una musculatura que lo resiste, se liga en nudos que debe romper, y es porque comienza a crear el pan. Así pasaba con aquel poeta o aquel escultor que en un principio trabaja el poema o la piedra en una libertad en la cual se perdía, libre de hacer sonreír o llorar su rostro, de inclinarlo a derecha o a izquierda y, en semejante libertad, no lograba realizarse. Pero llega la hora en que el pez muerde y la línea resiste. Llega la hora en que aquello que querías decir no lo has dicho por causa de otra palabra que querías guardar, porque también esa querías decir, y que sucede que dos verdades se resisten. Y comienzas a tachar como comienzas a amasar en tu greda una sonrisa que al principio te desafía. No escoges una u otra en nombre de una lógica verbal, sino que buscas la piedra angular de tus verdades contradictorias; pues nada tienes que perder, y adivinas que tu poema se hace o que un rostro va a surgir de la piedra, porque de pronto te hallas rodeado de amados enemigos.

De este modo, no escuches nunca a los que te quieren servir aconsejándote que renuncies a alguna de tus aspiraciones. Conoces lo que tu vocación pesa en ti. Y si la traicionas es a ti a quien desfiguras; pero sabe que tu verdad se hará lentamente porque es nacimiento de árbol y no hallazgo de una fórmula; porque ante todo el tiempo desempeña un papel ya que se trata de transmutarte en otro y de escalar una montaña difícil. Porque el ser nuevo que es unidad desprendida de la disparidad de las cosas no se impone a ti como una solución de jeroglífico, sino como un apaciguamiento de litigios y una cura de heridas. Y su poder, no lo conocerás sino una vez que haya llegado a ser. Por ello es por lo que antes que nada he honrado para el hombre, como a dioses demasiado olvidados, el silencio y la lentitud.

Porque es bello ser tan jóvenes, vosotros, los desheredados, los desdichados y los vencidos que no sabéis leer en vuestra herencia más que la parte de la mala jornada de ayer. Pero si construyo un templo y venís a componer la multitud de los creyentes, si he arrojado en vosotros mis semillas y os he reunido en la majestad del silencio a fin de que seáis cosecha lenta y milagrosa, ¿dónde veis ocasión para desesperaros? Vosotros habéis conocido las auroras de victoria en las que los moribundos sobre sus camastros y los cancerosos en su pestilencia y los rengos sobre sus muletas y los endeudados entre sus ujieres y los prisioneros entre sus gendarmes, todos, con sus divisiones y sus dolores, se reencontraban en la victoria como en una piedra angular, traída a su comunidad; y esas mañanas la multitud dispar se transformaba en basílica para el cántico de la victoria.

De este modo has visto prender el amor, como se establecen las raíces, con resonancias súbitas de las almas, las unas sobre las otras, quizás hasta bajo los golpes de la desdicha, la que de pronto se hace estructura y piedra angular para sacar de todos la misma parte, la misma faz que colabora; y la alegría viene entonces de compartir su pan o de ofrecer un lugar cerca de su fuego. Te hacías el disgustado, como aquel gotoso, con tu casa minúscula que no hubieran llenado tus amigos, y de pronto se abre el templo donde solo el amigo entra, pero innumerable.

¿En qué veis que haya ocasión de desesperanza? No hay sino perpetuo nacimiento. Y, es cierto, existe lo irreparable; pero nada hay en él que sea triste o alegre, es la esencia misma de lo que fue. Es irreparable mi nacimiento porque estoy aquí. Lo pasado es irreparable; pero se os suministra lo presente como materiales en desorden a los pies del constructor y os toca a vosotros forjar lo por venir.

58

El amigo es en primer lugar el que no juzga. Lo he dicho, es el que abre su puerta al caminante, a su muleta, a su vara dejada en un

rincón y que no le pide bailar para juzgar su danza. Y si el caminante habla de la primavera en la ruta de afuera, el amigo es el que recibe en sí la primavera. Y si cuenta el horror del hambre en el pueblo de donde viene, sufre el hambre con él. Porque te lo he dicho: el amigo en el hombre es la parte que es para ti y que abre para ti una puerta que no abre en otro lugar. Y tu amigo es sincero, y todo lo que dice es verdadero, y te ama aun cuando te odia en la otra casa. Y el amigo en el templo, aquel que, gracias a Dios, codeo y encuentro, es el que vuelve a mí un rostro igual al mío, iluminado por el mismo Dios; porque entonces la unidad está hecha, aun cuando en otra parte sea boticario cuando yo soy capitán, o jardinero cuando soy marino en el mar. Por encima de nuestras divisiones lo he encontrado y soy su amigo. Y puedo callarme cerca de él, es decir, no temer por mis jardines interiores y mis montañas y mis barrancas y mis desiertos, pues no paseará allí sus zapatos. Tú, mi amigo, recibes con amor lo que te doy, como al embajador de mi imperio interior. Y lo tratas bien, y lo haces sentar y lo escuchas. Y henos aquí felices. ¿Cuándo me has visto, cuando recibía embajadores, tenerlos apartados o rechazarlos porque en el fondo de su imperio, a mil días de marcha del mío, se alimentan de manjares que no me gustan o porque sus costumbres no son las mías? La amistad es ante todo tregua y gran circulación del espíritu por encima de talles vulgares. Y nada aproximo a aquel que se da importancia en mi mesa.

Porque sabe que la hospitalidad y la cortesía y la amistad son encuentros del hombre en el hombre. ¿Qué iría yo a hacer en el templo de un dios que discutiera la talla o el vigor de sus fieles, a la casa de un amigo que no aceptara sus muletas y pretendiera hacerlos bailar para juzgarlos?

Encontrarás demasiados jueces en el mundo. Si se trata de modelarte en otra forma y de endurecerte, deja ese trabajo a tus enemigos. Ya se encargarán de hacerlo bien, como la tempestad que esculpe el cedro. Tu amigo está hecho para acogerte. Sabe, respecto a Dios, que cuando vienes a su templo no te juzga, sino que te recibe.

Si quieres fundar amistades donde solo hay reparto de provisiones y divisiones de corazón que dimanan –porque si quieres que se odien arrójales algunos granos–, vuelve a hallar el respeto del hombre, y sabe que la tribu respira cuando ninguno critica al otro. Cuando piensas mal de tu amigo y se lo dices, es que no lo has encontrado en el piso donde están los hombres, el de la asamblea cuando se reúnen en el templo. Y no se trata entonces ni de indulgencia, ni de debilidad o blandura en la virtud. Tu rigor se sitúa en otra parte y en otra parte eres juez. Y cortarás las cabezas si hay necesidad, sin desfallecer. Pues, aún una vez, condenas a muerte, pero curas primero al condenado si está enfermo. No temas esas contradicciones que tu lenguaje insuficiente emplea para hablar acerca de los hombres. Porque nada hay contradictorio aparte del lenguaje que expresa. Y hay una parte del condenado que entregas al verdugo; mas hay una parte que puedes sentar a tu mesa y que no tienes derecho a juzgar. Porque te ha sido ordenado juzgar al hombre, pero también se te ha ordenado respetarlo. Y no se trata de juzgar a uno y respetar a otro, sino al mismo. Este es un misterio de mi imperio, que solo es debido a la incapacidad del lenguaje.

Y a mí no me molestan esas divisiones para lógicos. Porque en aquel que combate en mi desierto y envuelvo en mi odio he encontrado el mejor ejercicio del alma. Caminamos, temibles, uno contra otro, con amor.

60

Se me ocurrieron reflexiones sobre la vanidad. Porque siempre se me presentó no como un vicio, sino como una enfermedad. Y en aquella que he visto conmoverse por la opinión de la multitud, y corromperse en sus pasos y en su voz, a causa de que se transformaba en espectáculo, y le causaban satisfacciones extraordinarias las palabras pronunciadas a su respecto, en aquella cuya mejilla se encendía porque se la miraba, veía una cosa diferente a la estupidez: enfermedad. Porque ¿cómo satisfacerse por

causa de los otros si no es por amor o don a los otros? Y sin embargo, la satisfacción que le brinda su vanidad le parece más calurosa que la que logra de los bienes, pues pagaría por ese placer en detrimento de sus otros placeres.

Flaca alegría y desdichada como una lacra. Como el que se rasca si algo le pica y esto le satisface. La caricia, por el contrario, es abrigo y morada. Si acaricio a este niño es para protegerlo. Y recibe el signo en el rostro aterciopelado.

¡Pero tú, vanidosa, caricatura!

Esos, los vanidosos, afirmo que han cesado de vivir. Porque ¿quién se muda en algo más grande si primero exige recibir? Ese no crecerá más, desmirriado por la eternidad.

Sin embargo, si felicito al guerrero valeroso, he aquí que se conmueve y tiembla como el niño de mi caricia. Y no hay en esto vanidad.

¿Qué conmueve a uno y qué conmueve al otro? ¿Y en qué difieren?

La vanidosa, si duerme...

No conoceréis el movimiento de la flor que sacude en el viento las semillas, que no le serán devueltas.

No conoceréis el movimiento del árbol que entrega sus frutos, que no le serán devueltos.

No conoceréis el júbilo del hombre que da su obra, que no le será devuelta.

Y lo mismo del guerrero que ofrece su vida. Y si lo felicito es porque ha construido su pasarela. Le informo de que ha renunciado a sí en favor de todos los hombres. Y helo aquí contento no de sí, sino de todos los hombres.

Pero el vanidoso, caricatura. Y no pido modestia, porque amo el orgullo, que es existencia y permanencia. Si eres modesto, cedes al viento como la veleta. Puesto que el otro tiene más peso que tú mismo.

Te pido vivir no de lo que recibes, sino de lo que das; porque solo eso aumenta. Y esto no te ordena despreciar lo que das. Debes formar tu fruto. Y es el orgullo quien preside su permanencia. ¡Si no, lo cambiarás de color, de sabor y de olor, según el grado de los vientos!

Pero ¿qué es un fruto para ti? Tu fruto vale cuando no puede serte devuelto.

Aquella, sobre su lecho de ostentación y que vive de las aclamaciones del populacho: «Doy mi belleza y mi gracia y la majestad de mi paso, y los hombres admiran mi pasaje, que es nave maravillosa del destino. Y me basta ser para dar».

La vanidad dimana del don de sí, falso y equivocado. Porque no puedes dar sino lo que transformas, como el árbol da los frutos que ha transformado de la tierra. La danzarina la danza en que ha transformado su paso. Y el soldado su sangre que cambia en templo o imperio.

Pero la perra en celo nada es. A pesar de que los perros la rodean y la solicitan. Porque lo que da no lo ha transformado. Y su alegría ha sido robada a la alegría de la creación. Se propaga sin esfuerzo en los deseos de los perros.

Y el que despierta la envidia y siente su aroma es dichoso si es envidiado.

Caricatura del don. Y se alza para hablar en los banquetes. Se inclina hacia los convidados como el árbol bajo el peso de sus frutos. Mas los convidados nada hallan que recoger.

Pero siempre hay los que creen recoger, pues son más tontos que el primero, y se estiman honrados por él. Y si lo sabe, el vanidoso cree que ha dado, porque el convidado ha recibido. Y se balancean uno delante del otro como dos árboles estériles.

La vanidad es ausencia de orgullo, sumisión al populacho, humildad

innoble. Pues buscas al populacho para que te haga creer en tus frutos.

O aquel que ennoblece la sonrisa del rey: «Me conoce, pues», dirá. Pero si hubiera en él amor por el rey, enrojecería sin decir nada. Porque esa sonrisa del rey no tendría para él más que un sentido: «El rey acepta el sacrificio de mi vida...». Y de pronto, toda su vida se ha dado y cambiado en la majestad del rey. He contribuido, podría decir, a la belleza del rey, que es bello por ser el orgullo de un pueblo.

Pero el vanidoso envidia al rey. Y si el rey le ha sonreído, se drapea con esta sonrisa y se pasea como una caricatura para ser envidiado a su vez. El rey le ha prestado sus púrpuras. Porque solo hay allí imitación y alma de simio.

61

Esos nacieron de la moral que te enseñan los mercaderes deseosos de colocar sus mercaderías. Crees que tu alegría proviene de recibir y de comprar, ¿cómo acordarte de lo contrario cuando se han hecho tantos esfuerzos para ligarte al objeto?

Y, ciertamente, el objeto es grande cuando te le entregas. Cuando has ensayado cambiar tu trabajo por la luz de la piedra. Porque ella puede ser religión. Y he conocido a una cortesana que cambiaba por perlas incorruptibles su carne perecedera. No desprecio tal culto. Pero el objeto es mezquino cuando te lo ofreces como un incensario. Porque en verdad nada hay en ti para incensar.

Sin embargo, doy un juguete al niño y huye con su tesoro ante el temor de que se lo quite. Pero es que se trata de un ídolo por el cual sangrará desde las primeras zarzas.

62

Y he meditado sobre lo absoluto y lo difícil. La pirámide no desciende de Dios hacia los hombres. Pues toma por ejemplo al jefe del imperio: si es absolutamente jefe, lo aceptas como necesidad natural, lo mismo que si quieres ir de la sala del consejo a la sala del descanso en la anchura del palacio de mi padre, tomas esta escalera y no otra cualquiera, empujas esta puerta y no otra; ¿y cómo lamentarías no elegir otro camino si ninguno se presenta a tu espíritu? Y por lo mismo que no hay sumisión, cobardía o bajeza en decidirte por ese circuito y que lo recorres en la libertad de tus pasos, de igual modo no hay sumisión, cobardía o bajeza en someterte a la autoridad del jefe del imperio, que es simplemente, fuera de lo arbitrario, como absoluta. Pero si ocupas cerca de él el primer lugar en el imperio, y si sucede que su poder sobre ti no es marco necesario, sino azar de la política, fruto de juicios particulares y discutibles, o triunfo hábil, entonces he aquí que lo envidiarás. Porque no es envidiado sino aquel que puede sustituirse. ¿Qué negro envidia al blanco? ¿Qué hombre verdaderamente envidia al pájaro con esta envidia del odio, que busca destruir para reemplazar? Y, por cierto, no critico tu ambición cuando puede manifestarse; pues puede estar marcada con el deseo de crear. Pero critico tu envidia. Porque intrigarás contra él y, absorbido por tus intrigas, descuidarás la creación que es, en primer término, colaboración maravillosa de uno a través de todos. Porque he aquí que una vez juzgado, lo despreciarás. Porque admites que otro podría fácilmente colocarlo por la fuerza encima de ti; pero ¿cómo admitirías que está allí por el juicio, o la equidad, o la nobleza de corazón? Y si lo desprecias, ¿quién te pagará tu trabajo con la manifestación de su estima? Es injuria la estima que viene de lo que desprecias. Y las relaciones entre los hombres te parecerán irrespirables.

Pero, ante todo, si te da una orden, te humilla; y él mismo pensará humillarte para asentar mejor su reino. Mientras que solamente puede comer su comida de igual a igual, interrogarte, admirar tu saber y regocijarse de tus virtudes, quien es señor como el muro es muro, sin que ni siquiera pueda regocijarse de ello, puesto que simplemente es.

Así, pues, puedo ir y sentarme a la mesa del más humilde de mis súbditos. Y él limpia la mesa, pone el escalfador sobre las brasas, iluminado por mi presencia. ¿Y qué piedra del edificio reprochará a la piedra angular ser piedra angular? ¿Y cómo podría despreciar la piedra angular alguna de las otras piedras? Henos sentados uno frente al otro en un pie de igualdad. La única igualdad que tiene un significado. Porque si lo interrogo sobre su campo no es para conciliármelo bajamente poniendo en juego su vanidad –no tengo necesidad de su sufragio–, sino para instruirme. Porque cuando el que pregunta no se interesa en el asunto, es que desprecia. Y si el otro se percata, tantea su cuchillo contra su flanco. Pero yo quería saber el peso de las aceitunas de un olivo, y se lo he preguntado para recibir.

Porque he efectuado una visita al hombre. Y he saboreado su acogida. Y el hombre también ha recibido de mí y mostrará a sus biznietos el lugar donde estoy sentado.

Y puedo expresar más hondamente mi reconocimiento, pues mi poder no está en juicio, y no tengo que frenar o acelerar mis pasos por móviles sin grandeza. Y si me sonríe y me honra y asa el carnero para recibirme, recibo algo que viene del hombre, algo igual a lo que recibirá de mí. Los dones disparados como flechas pueden alcanzar mi corazón. De este modo la imagen de Dios recibe tus más humildes pensamientos y tus actos más fugitivos, como la plegaria del mediodía del simple mendigo en el desierto, en tanto que si quieres honrar al pequeño príncipe discutible, precisas inventar un regalo enorme, porque en la enormidad de tu regalo medirá su gloría.

Pero, en cambio, el que vuelve el manubrio chirriante para alzar el balde del fondo del pozo, después lo balancea sobre el brocal, riendo de su humilde victoria, después, inclinado, lo acarrea hasta mí por el sol hasta la sombra del muro donde aguardo y llena mi vaso con esta reserva de frescura, me baña con su amor.

Se me ocurre el gran ejemplo de las cortesanas y del amor. Porque te engañas si crees en los bienes materiales por sí mismos. Pues lo mismo que el paisaje entrevisto desde lo alto de la montaña no existe sino lo que construiste con el esfuerzo de tu ascensión, igual pasa con el amor. Porque nada tiene sentido en sí, sino que la estructura es el sentido verdadero de las cosas. Y tu rostro de mármol no es suma de una nariz, de una oreja, de un mentón y de otra oreja, sino musculatura que los une. Puño cerrado que retiene algo. Y la imagen del poema no reside ni en la estrella, ni en la cifra siete, ni en la fuente, sino solamente en el nudo que fabrico al obligar a mis siete estrellas a bañarse en la fuente. Y, por cierto, preciso es que varios objetos se unan para que la ligazón se muestre. Pero su poder no reside en los objetos. No es ni en el hilo, ni en el soporte, ni en ninguna de sus partes donde reside la trampa para zorros, sino en el conjunto que es creación; y el zorro grita porque está prisionero. Así yo, el cantor, o el escultor, o el danzarín, sabré atraparte en mis lazos.

Y así pasa con el amor. ¿Qué esperas de la cortesana sino el reposo de la carne después de la conquista del oasis? Porque nada exige de ti y no te obliga a ser. Y si agradeces el amor, cuando deseas volar en socorro de tu amada, es porque ha despertado el arcángel que dormía en ti.

No es la facilidad lo que hace la diferencia; te basta abrir los brazos para recibir a la que amas, si te ama. La diferencia reside en el don. No es posible el don a la cortesana, puesto que considera tu aporte, de antemano, como un tributo.

Y si te imponen el tributo discutirás esa carga. Porque tal es el sentido de la danza que se baila. Y el ejército que se distribuye por la tarde en el barrio reservado de la ciudad, con su pobre soldada en el bolsillo, a la que es preciso hacer durar, merca y compra el amor, como un alimento. Y lo mismo que el alimento le ha puesto en condición para una nueva marcha por el desierto, el amor comprado le ha hecho una carne disponible para la soledad. Pero se han transmutado en boticarios y no sienten fervor.

Porque para dar a la cortesana precisarás ser más rico que un rey,

pues se agradece a sí misma tu aporte, y se envanece de su éxito, y se honra a sí misma por ser tan hábil y tan bella que te ha sacado ese rescate. Y en esos pozos sin fondo puedes verter el cargamento de mil caravanas de oro sin haber comenzado a dar. Porque es necesario alguien para recibir.

Por esto es por lo que mis guerreros, por la noche, acarician con sus manos el reverso de las orejas de los zorros de las arenas y sienten vagamente el amor, alimentando la ilusión de dar al animalito salvaje; y el reconocimiento los embriaga, si busca acurrucarse contra sus corazones.

Pero búscame en el barrio reservado una cortesana que por necesidad de ti se apriete contra tu hombro...

Sin embargo, sucede que uno de mis hombres ni más ni menos rico que otro, considera su oro como esas semillas que el árbol desea arrojar al viento; pues a fuer de soldado desprecia las provisiones.

Y ese se pasea por la noche alrededor de las pocilgas con el esplendor de su magnificencia. Como aquel que va a sembrar cebada marcha seguro hacia la tierra escarlata que es digna de recibir.

Y mi soldado dilapida sus riquezas, por no tener deseo de guardarlas, y es el único en conocer el amor. Y tal vez lo despertará en ellas, pues baila una danza distinta, y en esta danza ellas reciben.

Te lo afirmo: el gran error es ignorar que recibir es algo muy distinto a aceptar. Recibir es antes que nada un don, el de sí mismo. Avaro no es el que no se arruina dando presentes, sino aquel que no ofrece la luz de su propio rostro a cambio de tu ofrenda. Avara la tierra que no se embellece cuando has arrojado tus semillas.

Cortesanas y guerreros ebrios dan, algunas veces, luz.

Entonces los pillastres se instalaron en mi imperio. Porque nadie creía ya en el hombre. Y el rostro patético ya no era máscara, sino tapa de una caja vacía.

Porque han ido de destrucción del Ser en destrucción del Ser. Y no veo en ellos, en adelante, nada que merezca que se muera por ellos. O que se viva. Pues aceptas morir únicamente por aquello que necesitas para vivir. Consumían las viejas construcciones, alegrándose del ruido de la caída de los templos. Y sin embargo, esos templos que se desplomaban no les dejaban nada a cambio. Destruían, pues, su propio poder de expresión. Y destruían al hombre.

O bien alguno se equivocaba acerca de la alegría. Porque primero había dicho: «La ciudad». Y sus resistencias y sus costumbres y sus ritos obligatorios. Había nacido un pueblo ferviente. Después de lo cual lo confundió. Y pretendió extraer su alegría, no de una estructura realizada y lentamente amasada, sino de la instalación en alguna cosa que fue provisión, como en el poema. Y la esperanza es vana.

De este modo, los que habían mirado al hombre considerándolo grande deseaban para él la libertad. Porque vieron que las sujeciones se burlaban del hombre fuerte. Y, ciertamente, el enemigo que te funda al mismo tiempo te limita. Mas suprime al enemigo y ni siquiera podrás nacer.

Aquel también ha creído que la alegría era causada por las provisiones. Simple gustador de la primavera. Pero el sabor de la primavera es débil si te haces vegetal para sufrirlo. Como el sabor del amor, si esperas que un rostro te colme. Porque la obra que te trae algo es antes que nada sufrimiento. ¿Y cómo resonaría en ti el canto de los galeotes y de la ausencia, si no construiste la ausencia en ti con mil desgarramientos, y las galeras con lo inexorable de tu destino?

El que por largo tiempo, sin esperanza, ha remado hacia el alba, siente el canto de las galeras, y el que ha tenido sed entre las arenas siente el canto de la ausencia. Pero nada se te puede dar si no has sufrido, pues nadie te habita.

Y el poblado no es ese poema en el cual te puedes instalar muy simplemente, cuando humea la sopa de la tarde y fraternizan los hombres, y despide buen olor el ganado recogido y te regocijas del calor de la alegría en la plaza con motivo de la fiesta; porque ¿quién anudará la fiesta en ti si no resuena en alguna otra cosa? Si no es recuerdo de la liberación después de la esclavitud, amor después del odio, o milagro en la desesperación. No serás ni más ni menos dichoso que uno de tus bueyes. Pero el poblado se ha construido lentamente en ti y, para lograr lo que es ahora, has escalado lentamente una montaña. Pues te he modelado según mis ritos y mis costumbres, y por medio de tus renunciamientos y tus deberes y tus cóleras obligatorias y tus perdones, y tus tradiciones frente a otras. Y no es ese fantasma de poblado lo que te hace cantar el corazón esta tarde –sería demasiado fácil ser hombre–, es una música lentamente aprendida y contra la cual luchaste en un principio.

Mas te diriges al poblado y a sus costumbres y si los gozas los saqueas, porque no son diversión y juegos; y si te divierten ninguno creerá más en ellos. Y nada quedará. Ni para ellos ni para ti...

65

–Yo fundo el orden –decía mi padre–. Pero no según la simplicidad y la economía. Porque no se trata de ganarle al tiempo. Qué me importa saber si los hombres serán más gordos si construyen graneros en vez de templos y acueductos en vez de instrumentos de música; porque al despreciar una humanidad mezquina y vanidosa aunque sea opulenta, me importa conocer primero de qué hombre se tratará. Y aquel que me interese será el que se haya bañado largamente en el tiempo perdido del templo, y contemplado ociosamente la vía láctea que ensancha, y haya ejercitado su corazón en el amor por el ejercicio de la plegaria que no tuvo respuesta (porque si la respuesta pagara la plegaria el hombre sería aún más mezquino) y en quien haya resonado a menudo el poema.

»Porque el tiempo que economizo en la construcción del templo,

que es navío que se dirige a algún lado, o en el embellecimiento del poema que hace resonar el corazón de los hombres, será preciso que lo emplee en ennoblecer antes que en engordar la especie humana. Y, por consiguiente, inventaré los poemas y los templos.

»De este modo, sabiendo el tiempo que se pierde en funerales, porque los hombres cavan la tierra para encerrar en ella los despojos del muerto, y hubieran podido consumir ese tiempo en arar y cosechar, prohibiré sin embargo las hogueras donde se queman los cadáveres; pues poco me importa el tiempo ganado si pierdo con él el amor por los muertos. Porque no he encontrado una imagen más bella para servirles que la tumba, donde los allegados van buscando a paso lento su piedra entre las piedras, y sabiéndolo devuelto a la tierra como una vendimia y hecho otra vez pasta natural. Y sabiendo, sin embargo, que queda de él algo, una reliquia en su osario, la forma de una mano que ha acariciado, el hueso del cráneo, ese cofre de tesoros, vacío sin duda, pero que estuvo lleno de tantas maravillas. Y ordené que se construya, cuando sea posible, aún más costosa e inútil, una casa para cada muerto; para que se pueda despertar en ella los días de fiesta y comprender, no con su sola razón, sino con todos los movimientos del alma y del cuerpo, que muertos y vivos están unidos y no forman sino un solo árbol que crece. Teniendo por costumbre ver el mismo poema, la misma curva de carena, la misma columna que atraviesa las generaciones embelleciéndose y purificándose, porque ciertamente, el hombre es perecedero si miramos de frente, como miopes que se acercan demasiado, no la sombra que proyecta sino el reflejo que queda de él. Y si economizo el tiempo perdido en amortajar cadáveres y en construirles una morada, y deseo que ese tiempo perdido sirva para anudar la cadena de las generaciones, para que a través de ella la creación suba derecho hacia el sol como un árbol, si decreto que esta ascensión es más digna del hombre que el desarrollo del volumen del vientre, entonces, luego de haber pesado bien su utilidad, haré que el tiempo ganado de que dispongo sirva para amortajar a los muertos.

»El orden que fundo –decía mi padre– es el de la vida. Porque digo que un árbol está en orden, a pesar de que sea a la vez raíces y tronco y ramas y hojas y frutos; y digo que un hombre está en orden, a pesar de que tenga un espíritu y un corazón, y no esté

reducido a una sola función, como sería la de arar o la de perpetuar la especie, sino que a la vez ara y reza, ama y resiste el amor y trabaja y descansa y escucha las canciones de la noche.

»Pero algunos reconocieron que los imperios gloriosos estaban en orden. Y la estupidez de los lógicos, de los historiadores y los críticos les hizo creer que el orden de los imperios era madre de su gloria, mientras yo afirmo que tanto su orden como su gloria eran fruto de su solo fervor. Para crear el orden creo un rostro que amar. Pero ellos se proponen el orden como un fin en sí, y tal orden, cuando se lo discute y se lo perfecciona, se transforma ante todo en economía y simplicidad. Y se elude lo que es difícil de enunciar; pues nada de lo que importa verdaderamente puede enunciarse y no he encontrado aún un profesor que supiera decirme simplemente por qué amaba yo el viento en el desierto bajo las estrellas. Y están de acuerdo sobre lo usual porque es cómodo el lenguaje que expresa lo usual. Y se puede decir, sin temer un desmentido, que valen más tres sacos de cebada que uno. Si bien pienso que aporto más a los hombres cuando los obligo, simplemente, a beber ese brebaje que dilata cuando a veces se marcha de noche bajo las estrellas, en el desierto.

»El orden es el signo de la existencia y no su causa. Lo mismo que el plan del poema es signo de que está acabado y marca de su perfección. No trabajas en nombre de un plan, sino que trabajas para obtenerlo. Pero ellos dicen a sus alumnos: ved esta gran obra y el orden que muestra. Fabricadme primero un orden, así vuestra obra será grande; cuando en ese caso la obra será esqueleto sin vida y detritus de museo.

»Fundo el amor del dominio, y todo queda ordenado: la jerarquía de los colonos, de los pastores y de los cosechadores con el padre a la cabeza. Como se ordenan las piedras alrededor del templo cuando les impones que sirvan para glorificar a Dios. Entonces el orden nacerá de la pasión de los arquitectos.

»No tropieces, pues, en tu lenguaje. Si impones la vida fundas el orden, y si impones el orden impones la muerte. El orden por el orden es caricatura de la vida.

66

Entretanto se me planteó el problema del sabor de las cosas. Y los de un campamento fabricaban alfarerías muy bellas. Y los del otro, feas. Y comprendí evidentemente que no existía ley formulable para embellecer las alfarerías. Ni con gasto para el aprendizaje, ni mediante concursos y honores. E incluso observé que los que trabajan en nombre de otra ambición que la de la calidad del objeto, aunque consagran la noche a su trabajo, obtenían objetos ostentosos y vulgares y complicados. Porque en realidad, concedían sus noches de vigilia a su venalidad, o a su lujuria, o a su vanidad, es decir, a ellos mismos, y ya no se cambiaban en Dios al cambiarse en un objeto hecho fuente de sacrificio e imagen de Dios, donde van a confundirse las arrugas y los suspiros y los párpados pesados y las manos temblorosas de tanto modelar, y las satisfacciones de la noche después del trabajo y el desgaste del fervor. Porque no conozco sino un acto fértil que es la plegaria; pero sé también que todo acto es plegaria si es don de sí para llegar a ser. Eres como el pájaro que construye su nido, y el nido es tibio, como la abeja que hace su miel, y la miel es dulce, como el hombre que modeló su urna por amor a la urna, es decir por amor, o por plegaria. ¿Crees en el poema que fue escrito para ser vendido? Si el poema es objeto de comercio, ya no es poema. Si la urna es objeto de concurso, ya no es urna e imagen de Dios. Sino imagen de tu vanidad o de tus apetitos vulgares.

67

Vinieron aquellos aún más estúpidos con sus razones, y sus móviles, y sus lindos argumentos. Pero yo, que sé que el lenguaje designa pero no aprisiona y que los discursos muestran la marcha del pensamiento mas no la contradicen ni lo apuntalan, me reía de ellos.

–Tal general –me explicaba uno– no ha escuchado mis consejos. Sin

embargo, le he mostrado el porvenir...

Por cierto, sucedió que aquel día el viento de las palabras arrastró imágenes a las cuales el provenir se dignó parecerse; como sin duda otro día también en él, el viento de las palabras arrastró imágenes contrarias; porque cada uno lo ha dicho todo. Pero sin un general que ha dispuesto sus ejércitos, pesado sus probabilidades, observado el viento, escuchado dormir al enemigo, medido la importancia del despertar de los hombres, cambia sus planes, remueve sus capitanes, desvía la marcha del ejército e improvisa sus batallas porque un transeúnte ocioso ha levantado durante cinco minutos un ridículo viento de palabras que se ordenaba en silogismos, destituyo a ese general, lo encierro en un calabozo y no me tomo la molestia inútil de alimentarlo.

Porque amo al que viene con los gestos del que hace el pan y me dice:

–Siento que allí están dispuestos a ceder si lo exiges. Pero prontos a cobrar ánimo si usas la charanga de esas palabras. Porque son de oído sensible. Los he oído dormir y su sueño no me ha gustado. Los he visto despertarse y alimentarse...

Amo al que conoce la danza, y danza. Porque solo allí está la verdad. Porque para seducir es preciso desposar. Y es preciso desposar para asesinar con éxito. Apoyas tu espada contra la espada y el acero danza contra el acero. Mas ¿has visto razonar alguna vez al que combate? ¿Acaso hay tiempo para razonar? ¿Y al escultor? Observa sus dedos que danzan en la arcilla porque ha golpeado con el pulgar para corregir la marca del índice. Para contradecir en apariencia, pero solo en apariencia, porque la palabra sola significa algo; pero no hay contradicciones fuera de las palabras. La vida no es ni simple ni compleja, ni clara ni oscura, ni contradictoria ni coherente. Es. El lenguaje solo la complica o la ordena, la aclara o la oscurece, la diversifica o la reúne. Y si has dado un golpe a la derecha y un golpe a la izquierda no es preciso deducir dos verdades contrarias, sino una verdad del encuentro. Y solamente la danza desposa la vida.

Los que se ofrecen con razones coherentes y no con su riqueza de corazón, y discuten para actuar según la razón, no actuarán; porque

otro más hábil opondrá a sus silogismos argumentos mejores, a los que a su vez opondrán, tras alguna reflexión, mejores argumentos todavía. Y así de abogado hábil en abogado más hábil hasta la eternidad. Porque las únicas verdades que se demuestran son las del pasado, evidentes, puesto que son. Y si quieres explicar con la razón por qué tal obra es grande, lo lograrás. Porque sabrás de antemano lo que deseas demostrar. Pero la creación no pertenece a ese dominio. Entrégale piedras a tu contador y no construirá el templo.

Y he aquí que tus técnicos inteligentes discuten sus golpes como en el ajedrez. Y quiero admitir, a fin de cuentas, que jugarán el golpe seguro aunque desconfíe todavía porque juegas al ajedrez con elementos simples, pero los dilemas de la vida no se pesan. Cuando el hombre es mezquino y vanidoso, ¿van a decirme por medio del cálculo, si por alguna razón sus defectos entran en conflicto, cuál de ellos triunfará, la vanidad o la mezquindad? Quizá pues jueguen el golpe más seguro. Pero han olvidado la vida. Porque en el juego de ajedrez tu adversario espera para empujar su pieza a que te hayas dignado empujar la tuya. Y todo pasa, pues, fuera del tiempo, que ya no alimenta un árbol que crece. El juego de ajedrez está como arrojado fuera del tiempo. Pero hay en la vida un organismo que evoluciona. Un organismo y no una sucesión de causas y de efectos; aun cuando luego, para asombrar a tus alumnos, se los descubras. Porque causa y efecto no son sino reflejos de otro poder: la creación que se va a dominar. Y en la vida tu adversario no espera. Ha jugado viente piezas antes que hayas movido la tuya. Y tu golpe ahora es absurdo. ¿Y por qué había de esperar él? ¿Has visto esperar al bailarín? Está ligado a su adversario y así reina sobre él. Los que juegan a la inteligencia sé muy bien que llegarán demasiado tarde. Por eso convido al gobierno de mi imperio al que, si entra a mi casa, me muestra por sus gestos, que se corrigen unos a otros, que trata una pasta que se cuajará entre sus dedos.

Reconozco que estos permanecen, mientras que al otro, la vida lo obliga a construirse una lógica a cada instante.

Me pareció deslumbrante esta otra verdad del hombre, a saber: que la dicha no significa nada para él, y que tampoco el interés significa nada. Porque el solo interés que los mueve es el de ser permanente y durar. Y para el rico enriquecerse, y para el marino navegar, y para el merodeador hacer la ronda bajo las estrellas. Pero he visto a todos desdeñar la dicha fácilmente cuando era ausencia de preocupaciones y seguridad. En aquella ciudad negruzca, en ese sumidero que corría hacia el mar. Sucedió que a mi padre le conmovió la suerte de las prostitutas. Se pudrían como una grasa blancuzca y pudrían a los viajeros. Envió a sus hombres de armas para apoderarse de algunas de entre ellas como se capturan insectos para estudiar sus costumbres. Y la patrulla deambuló entre los muros rezumantes de la ciudad podrida. A veces en un puesto ambulante y sórdido del que emanaba, como de una materia viscosa, un relente rancio de cocina, los hombres divisaban, sentada en su taburete bajo la lámpara que la señalaba, pálida y triste como una linterna bajo la lluvia, con su pesada máscara de buey marcada con una sonrisa semejante a una herida, a la mujer que aguardaba. Era costumbre entre ellas cantar un canto monocorde para atraer la atención de los que pasaban a la manera de las blandas medusas que disponen la liga de sus trampas. Así, subían a lo largo de las callejuelas esas letanías desesperadas. Y cuando el hombre se dejaba tomar, la puerta se cerraba tras él por algunos instantes y el amor se consumaba en el menoscabo más amargo, la letanía se suspendía por un momento, reemplazada por el aliento breve del monstruo pálido y el silencio duro del soldado que compraba a ese fantasma el derecho de no pensar más en el amor. Venía a apagar sus sueños crueles, porque era acaso de una patria con palmeras y muchachas sonrientes. Y poco a poco, en el curso de expediciones lejanas, las imágenes de sus palmerales habían desarrollado en su corazón un ramaje de peso intolerable. El arroyo se había hecho música cruel, y las sonrisas de las muchachas y sus pechos tibios bajo la tela y la sombras de sus cuerpos adivinados y la gracia que enlazaba sus gestos; todo se había hecho para él quemadura del corazón cada vez más devoradora. Por eso venía a gastar su magra soldada, para pedir al barrio reservado que lo vaciara de un sueño. Y cuando la puerta se abría, volvía a encontrarse en la tierra, cerrado de nuevo en sí, duro y despreciativo, por haber durante algunas horas decolorado su único tesoro, cuya luz ya no soportaba más.

Volvieron, pues, los hombres de armas con sus madréporas cegadas por la luz dura del puesto de guardia. Y mi padre me las mostró:

–Voy a enseñarte –me dijo– lo que primero nos gobierna.

Las hizo vestir con telas nuevas, instaló a cada una en una casa fresca adornada con un surtidor y les hizo enviar para sus labores finos bordados de encajes. Y les hizo pagar de manera que ganasen dos veces más de lo que habían ganado. Después prohibió que se las vigilase.

–Por cierto, he aquí dichoso a este moho triste de la marea. Y limpias y tranquilas y confiadas...

Y sin embargo, desaparecieron una tras otra y volvieron a la cloaca.

–Porque –me dijo mi padre– es su miseria lo que han llorado. No por preferencia estúpida de la miseria a la dicha, sino porque el hombre tiende a su propia densidad. Y sucede que la casa dorada y el encaje y los frutos frescos son recreación y juego y ocio. Pero que ellas no podían hacer de ello su existencia; y se aburrían. Porque largo es el aprendizaje de la luz, de la limpieza y del encaje, si ha de cesar de ser espectáculo refrescante para transformarse en red de lazos y en obligación y en exigencia. Recibían, pero no daban nada. Y han añorado, no porque eran amargas, sino a pesar de ser amargas, las horas pesadas de la espera y la mirada puesta en el marco negro de la puerta, donde de tiempo en tiempo se encuadraba un regalo de la noche, obstinado y lleno de odio. Añoraron el vértigo ligero que las llenaba con un vago veneno, cuando el soldado, luego de empujar la puerta, las miraba, como se mira a la bestia señalada, fijando los ojos en el pecho. Pues sucedía que alguno de ellos traspasaba a alguna de ellas como un odre, con un puñal que hace el silencio, para desenterrar, bajo algunos ladrillos, o algunas tejas, las monedas de plata de su capital.

»Echaban de menos la pocilga sombría donde se reunían, a la hora en que el barrio reservado se cierra por fin, según la disposición de las ordenanzas y donde, bebiendo su té o calculando su ganancia, se injuriaban unas a otras y se hacían predecir el porvenir en el hueco de sus manos obscenas. Y quizá les predecían esta misma casa y aquellas flores trepadoras, habitadas entonces por otras más dignas

que ellas. Y lo maravilloso de semejante casa construida en sueño es que abriga, en lugar del yo, a un yo transfigurado. Como el viaje que te debe transmutar. Pero si te encierro en este palacio, eres tú quien arrastra tus viejos deseos, tus viejos rencores, tus viejos disgustos; eres tú quien cojea si cojeabas, porque no hay una fórmula mágica para transfigurarte. No puedo sino lentamente, a fuerza de violencias y sufrimientos, obligarte a mudar para obligarte a ser. Pero no ha mudado aquella que despierta en ese marco simple y puro y que bosteza y que, no estando ya amenazada por los golpes, esconde sin motivo la cabeza entre los hombros cuando se llama a la puerta y que, si se vuelve a llamar, espera igualmente sin objeto porque no hay ya regalos de la noche. Como no están cansadas de sus noches fétidas, no disfrutan ya del alivio del amanecer. Su destino puede ser en adelante deseable; pero han perdido la posesión, según el azar de sus predicciones, de un destino para cada noche, viviendo así en el porvenir una vida más maravillosa que la que se les ofreció. Y no saben ya qué hacer con sus bruscas cóleras, frutos de una vida sórdida y malsana, pero que vuelven a pesar de ellas, como a esos animales retirados de las orillas, las contracciones que los cierran largo tiempo todavía en sí mismos a la hora de las mareas. Cuando esas cóleras sobrevienen ya no hay injusticia contra la cual gritar, y helas ahí de pronto semejantes a esas madres de un niño muerto en las que sube una leche que de nada servirá.

»Porque el hombre, te aseguro, busca su propia densidad y no su dicha.

69

Se me presenta aún la imagen del tiempo ganado porque pregunto: «¿En nombre de qué?». Y alguien me responde: «En nombre de su cultura». Como si pudiera ser ejercicio vacío. Y si a la que amamanta sus niños, limpia su casa y cose su ropa, se la libra de esas servidumbres, y en adelante, sin que ella intervenga, sus niños son amamantados, su casa limpiada, su ropa cosida, será preciso llenar con algo ese tiempo ganado. Y le hago escuchar la canción de

cuna y el amamantamiento se convierte en cántico, y el poema de la casa que hace pesar la casa sobre el corazón. Pero ella bosteza al oírlo porque no ha colaborado en ello. Y la montaña es para ti tu experiencia de zarzas, de piedras que ruedan y del viento de las cimas, y que no transporto nada en ti al pronunciar la palabra «montaña», si nunca has abandonado tu litera, nada le digo al hablarle de la casa, porque la casa no ha sido hecha con su tiempo ni con su fervor. No ha gustado el juego del polvo, cuando se abre la puerta al sol para barrer en el día naciente el polvo del desgastamiento de las cosas, no ha remado sobre el desorden que ha hecho la vida, cuando llega la tarde: la huella de los tiernos pasajes y las escudillas en la bandeja y la brasa apagada en el hogar, hasta las mantillas sucias del niño dormido; porque la vida es humilde y maravillosa. No se ha levantado con el sol, para construirse cada día una nueva casa, como los pájaros que has observado en el árbol, y que rehacen con pico ágil sus lustradas plumas, no ha dispuesto de nuevo los objetos en su frágil perfección para que de nuevo la vida de la jornada y las comidas y la lactancia y los juegos de los niños y el retorno del hombre dejen una marca en la cera. No sabe que una casa es pasta en el alba para transformarse por la tarde en libro de recuerdos. Nunca ha preparado la página en blanco. ¿Y qué le dirás, al hablarle de la casa, que tenga sentido para ella?

Si quieres crearla viviente, empléala en lustrar un jarro de cobre empañado, para que algo de ella luzca durante el día en la penumbra y, para hacer de la mujer un cántico, inventarás poco a poco para ella una casa que reconstruir cada alborada...

Si no, el tiempo que ganes no tendrá sentido.

Loco el que pretende distinguir la cultura del trabajo. Porque el hombre se disgustará primero de un trabajo que será parte muerta de su vida, después de una cultura que no será más que juego sin caución, como la tontería de los dados que arrojas si no significan tu fortuna y no ruedan tus esperanzas. Porque no es juego de dados, sino juego de tus rebaños, de tus pastos, o de tu oro. Así el niño que construye su torta de arena. No es un puñado de tierra, sino ciudadela, montaña o navío.

Por cierto, he visto al hombre tomar con placer el descanso. He visto al poeta dormir bajo las palmeras. He visto al guerrero beber

su té en casa de las cortesanas. He visto al carpintero gustar en su porche de la suavidad de la tarde. Y por cierto, parecían llenos de alegría. Pero ya te lo he dicho: precisamente porque estaban cansados de los hombres. Es un guerrero que escuchaba los cantos y miraba las danzas. Un poeta que soñaba sobre la hierba. Un carpintero que respiraba el olor de la tarde. En otra parte es donde se habían transformado. La parte importante de la vida de cada uno seguía siendo la del trabajo. Porque lo que es verdadero para el arquitecto, que es un hombre y que se exalta, y adquiere su plena significación cuando gobierna la erección de su templo y no cuando se abandona al juego de dados, es verdadero para todos. El tiempo ganado al trabajo, si no es simple ocio, descanso de los músculos después del esfuerzo o sueño del espíritu después de la invención, no es sino tiempo muerto. Y haces de la vida dos partes inaceptables: un trabajo que es servicio obligado al que se rehúsa el don de sí mismo y un ocio que no es más que una ausencia.

Locos aquellos que pretenden arrancar los cinceladores a la religión de la cinceladura, y acorralándolos en un oficio que ya no es alimento para su corazón pretenden hacerlos acceder al estado de hombre suministrándoles cinceladuras fabricadas en otra parte, como si uno se cubriera con una cultura como con un manto. Como si se tratara de cinceladores y fabricantes de cultura.

Digo que para los cinceladores solo hay una forma de cultura y es la cultura de los cinceladores. Y que no puede ser otra que el cumplimiento de su trabajo, la expresión de las penas, de las alegrías, de los sufrimientos, de los temores, de las grandezas y miserias de su trabajo.

Porque solo es importante, y puede nutrir poemas verdaderos, la porción de vida que te compromete, que compromete tu hambre y tu sed, el pan de tus niños y la justicia que te será hecha o no. De otro modo es solo un juego, y caricatura de la vida, y caricatura de la cultura.

Porque no llegas a ser sino contra lo que se te resiste. Y puesto que el ocio nada exige de ti y que podrías emplearlo tanto en dormir bajo un árbol como en los brazos de fáciles amores, puesto que no hay injusticia que te haga sufrir, amenaza que te atormente, ¿qué harías para existir sino reinventar por ti mismo el trabajo?

Pero no te equivoques, el juego no vale nada porque no hay ninguna sanción que te obligue a existir como jugador de ese juego. Y me niego a confundir al que se acuesta para la siesta en su habitación, aunque esté vacía y protegida de la luz para descanso de los ojos, con ese otro condenado y murado hasta el fin de los días en su celda, a pesar de que los dos estén tendidos del mismo modo, a pesar de que las dos celdas estén igualmente vacías, a pesar de que la misma luz se difunda en una y otra. Y a pesar también de que el primero pretenda representar al condenado que está encerrado para toda su vida. Ve a interrogarlos a la caída del primer día. El primero reirá de una representación pintoresca, pero descubrirás que los cabellos del otro han encanecido. Y no sabrá contarte la aventura que acaba de vivir, tanto le faltarán las palabras para decirla, semejante al que habiendo escalado la montaña y descubierto desde la cima un mundo desconocido cuyo clima lo ha cambiado para siempre, no puede transportarte a ti.

Solamente los niños plantan un palo en el suelo, lo cambian en reina y le tienen amor. Pero si yo deseo por tales medios engrandecer a los hombres y enriquecerlos con lo que sienten es preciso hacer de ese palo un ídolo, imponerlo a los hombres, y exigirles ofrendas que los cargarán de sacrificios.

Entonces el juego dejará de ser juego. El palo será fértil. El hombre será cántico de amor o temor. Así como la habitación de la misma siesta tibia, si se convierte en celda para toda la vida, extrae del hombre una aparición que se ignoraba y le quema la raíz de los cabellos.

El trabajo te obliga a desposar el mundo. El que labra encuentra piedras, desconfía de las aguas del cielo o las anhela, y así se comunica, se agranda y se ilumina. Y cada uno de sus pasos se hace resonancia. Lo mismo con la plegaria y las reglas de un culto que te obliga a pasar por allí y a ser fiel o a trampear, a gustar de la paz o del remordimiento. Tal el palacio de mi padre, que obligaba a los hombres a ser ellos y no ya un ganado informe cuyos pasos no tuvieran sentido.

Era bella por cierto esa bailarina que la policía de mi imperio había apresado. Bella y misteriosamente habitada. Me pareció que conociéndola conocería reservas de territorio, llanuras serenas, noches de montaña y travesía por el desierto a pleno viento.

«Ella existe», me decía. Mas la sabía de costumbres lejanas y trabajando aquí por una causa enemiga. Sin embargo, cuando intentaron forzar su silencio, mis hombres arrancaron solamente una sonrisa melancólica a su impenetrable candor.

Y yo honro antes que nada a lo que en el hombre resiste al fuego. Humanidad de pacotilla, ebria de vanidad y vanidad tú misma, te consideras con amor como si alguien te habitara. Pero te basta un verdugo y una brasa agitada para hacerte vomitar; porque nada hay en ti que al momento no funde. Ese opulento ministro que me desagradó por su altanería y que por otra parte había conspirado contra mí no supo resistir a las amenazas, me vendió los conjurados, confesó sudando de miedo todas sus conspiraciones, sus creencias, sus amores, expuso delante de mí su bandullo; porque hay quienes no ocultan nada tras sus falsas murallas. A ese, pues, cuando escupió bien sobre sus cómplices y abjuró, le pregunté:

–¿Quién te ha construido? ¿Por qué esta opulencia de vientre y esta cabeza altanera y ese pliegue de labios tan solemne? ¿Por qué esta fortaleza si no hay nada que defender en el interior? ¡El hombre es quien lleva en sí algo más grande que él mismo, y salvas como esenciales tu carne flácida, tus dientes castañeteantes, tu vientre pesado, vendiéndome a los que pudieron servir y en los que pretendías creer! Eres un odre lleno del viento de palabras vulgares...

Aquel, cuando el verdugo le rompió los huesos, fue desagradable de ver y de oír. Pero aquella otra, cuando la amenacé, esbozó delante de mí una reverencia ligera:

–Lo siento, Señor...

La observé, sin agregar nada más, y tuvo miedo. Pálida ya y con una reverencia más lenta:

–Lo siento, Señor...

Porque pensaba que debería sufrir.

–Piensa –le dije– que soy dueño de tu vida.

–Honro, Señor, tu poder...

Se mostraba grave porque llevaba en ella un mensaje secreto y porque arriesgaba morir por fidelidad a él.

Y he aquí que se transformaba a mis ojos en tabernáculo de un diamante. Pero yo me debía a mi imperio:

–Tus actos merecen la muerte.

–¡Ah, Señor!... (estaba más pálida aún que en el momento del amor)... Sin duda será justo...

Y comprendí, conociendo a los hombres, el fondo de un pensamiento que ella no hubiera sabido expresar: «Es justo no quizá que yo muera, sino que salve lo que yo llevo...».

–¿Es, pues, para ti –le pregunté– más importante que tu carne joven y que tus ojos llenos de luz? Crees proteger algo en ti, y sin embargo, nada será cuando mueras...

Se turbó superficialmente a causa de que le faltaban las palabras para responderme:

–Quizá, Señor, tengas razón...

Pero sentía que me daba la razón únicamente por el imperio de las palabras, no sabiendo cómo defenderse.

–Así pues, te inclinas.

–Excúsame: sí, me inclino, pero no puedo hablar, Señor...

Desprecio a cualquiera que cede ante los argumentos; porque las palabras deben expresar y no conducir. Designan sin contener nada. Mas esta alma no era de las que un viento de palabras abre de par

en par:

–No puedo hablar, Señor; pero me inclino...

Respeto al que a través de las palabras, aunque se contradigan, persiste permanente como la roda de un navío que a pesar de la demencia del mar retorna inexorable a su estrella. Porque así, sé adónde va. Pero los que se encierran en su lógica siguen sus propias palabras, y giran en redondo como las orugas.

La contemplé largamente:

–¿Quién te ha forjado? ¿De dónde vienes? –le pregunté.

Sonrió sin responder.

–¿Quieres danzar?

Y ella danzó.

Su danza fue admirable, lo que no me sorprendía puesto que alguien la habitaba.

¿Has considerado el río desde lo alto de las montañas? Encontró aquí una roca, y no pudiendo herirla desposó sus contornos. Viró más allá para aprovechar una pendiente favorable. En esta llanura se contuvo en sinuosidades a causa del reposo de las fuerzas que lo atraían hacia el mar. Más lejos, se durmió en un lago. Después, empujó esta rama blanca hacia delante, rectilínea, para depositarla sobre la llanura, como un guante.

Así, me gusta que la bailarina encuentre líneas de fuerza. Que su gesto se frene aquí y se desligue allá. Que su sonrisa que hace un momento era fácil se esfuerce por durar como una llama en un gran viento, que ahora se deslice con facilidad como sobre una invisible pendiente, pero que luego se haga más lenta, porque los pasos le son difíciles como si tratara de escalar algo. Me gusta que ella rebote en algo. O triunfe. O muera. Me gusta que esté en un paisaje construido contra ella, y que tenga pensamientos permitidos y que otros le estén prohibidos. Miradas posibles, e imposibles.

Resistencias, adhesiones y rechazos. No me agrada que, como una helada, sea semejante en todas las direcciones. Antes bien, estructura dirigida como el árbol viviente que no es libre de crecer, sino que se va diversificando según el humor de cada semilla.

Porque la danza es destino y marcha a través de la vida. Pero deseo verte fundar y dirigirte hacia algo, para conmoverme por tus pasos. Pues danzas cuando quieres franquear el torrente y el torrente se opone a tu marcha. Pues bailas cuando quieres correr al amor y el rival se opone a tu marcha. Y hay danza de espadas si quieres matar. Y hay danza del velero bajo su pabellón, si precisa gastarse para ganar el puerto hacia el que se dirige, y escoger en el viento invisible rodeos.

Precisas del enemigo para danzar; pero ¿qué enemigo te honrará con la danza de su espada si nadie habita en ti?

Mientras tanto la bailarina se había tomado el rostro entre las manos y se mostró patética a mi corazón. Y vi una máscara. Porque hay rostros falsamente atormentados en el desfile de los sedentarios; pero son tapas de cajas vacías. Porque nada hay en ti si nada has recibido. Pero a aquella la reconocía como depositaría de una herencia. Había en ella ese hueso duro que resiste al verdugo mismo, ya que la presión de una muela no hará brotar el aceite del secreto. Esa caución por la cual se muere y que hace que se sepa danzar. Porque no es hombre sino aquel que el cántico ha embellecido, o el poema, o la plegaria, y que está construido en el interior. Su rostro se graba en ti con claridad porque es el de un hombre habitado. Y si tomas el molde de un rostro se transforma en máscara dura del imperio de un hombre. Y conoces algo de aquel que tiene un gobierno y que danzará contra el enemigo. Mas ¿qué sabrás de la bailarina si es un país vacío? Porque no hay danza del sedentario. Pero donde la tierra es avara, donde la carreta se atasca en las piedras, donde el verano demasiado duro seca las cosechas, donde el hombre resiste a los bárbaros, donde el bárbaro aplasta al débil, nace la danza a causa del sentido de cada uno de los pasos. Porque la danza es lucha contra el ángel. La danza es guerra, seducción, asesinato y arrepentimiento. ¿Y qué danza lograrás de tu ganado demasiado bien alimentado?

71

Prohíbo a los mercaderes alabar demasiado sus mercaderías. Porque se convierten pronto en pedagogos y te enseñan como fin lo que por esencia es un medio, y al engañarte así acerca del camino que seguir te degradan; porque si su música es vulgar te fabrican, para vendértela, un alma vulgar. Así pues, está bien que los objetos sean creados para servir a los hombres; sería monstruoso que los hombres fueran creados para servir de caja de residuos a los objetos.

72

Mi padre decía:

–Es preciso crear. Si posees ese poder no te preocupes de organizar. Nacerán cien mil servidores que servirán a tu creación, a la que se apegarán como gusanos en la carne. Si fundas tu religión, no te preocupes del dogma. Nacerán cien mil comentadores que se encargarán de fundarlo. Crear es crear al ser, y toda creación es inexpresable. Si bajo una tarde a ese barrio de la ciudad que es cloaca hacia el mar, no me corresponde inventar la cloaca, los campos de desagüe y los servicios de policía municipal. Aporto el amor del suelo lustrado, y nacen alrededor de este amor los que limpian las calles, las ordenanzas de policía y los que recogen basura. No inventes un universo, donde, por la magia de tus ordenanzas, el trabajo en lugar de embrutecer a los hombres los engrandece, donde la cultura nace del trabajo y no del tiempo libre. No vayas contra el peso de las cosas. Es el peso de las cosas el que hay que cambiar. Así pues, este acto es poema, o modelado del escultor, o cántico. Y si cantas lo suficientemente fuerte el cántico del trabajo noble que es sentido de la existencia, contra el cántico del ocio que relega el trabajo a la categoría del impuesto y parte la

vida en trabajo de esclavo y ocio vacío, no te preocupes de las razones y de la lógica y de las ordenanzas particulares. Vendrán los comentadores a explicar por qué tu rostro es bello y cómo está construido. Tenderán en una dirección y sabrán argumentar para demostrarte que es la única. Y esa tendencia hará que las ordenanzas te realicen y que tu verdad sea.

»Porque solo importan la dirección y la inclinación y la tendencia a algo. Porque solo es fuerza de mareas la que, poco a poco, sin inteligencia de lógicos, disuelve los diques y funda más lejos el imperio del mar. Te lo aseguro: toda imagen fuerte llega a ser. No te preocupes de los cálculos, los textos de leyes y las invenciones. No inventes una ciudad futura porque la que nacerá no va a asemejársele. Funda el amor de las torres que dominan las arenas. Y los esclavos de los esclavos de tus arquitectos descubrirán cómo seguir empujando la carreta de piedra. Igual que el agua descubre, porque tiende hacia lo bajo, cómo engañar la vigilancia de las cisternas.

»Por esto –me explicaba mi padre– es por lo que la creación permanece invisible, como el amor que en la diversidad de las cosas exalta un dominio. Es estéril golpear o demostrar. Porque te erizas de asombro contra quien te asombra, y a toda demostración opones otra más bella. ¿Y cómo demostrarás el dominio? Si lo tocas para hablar de él, será solo conjunto. Si para explicar la sombra y el silencio del templo tocas el templo y desmontas las piedras, tu obra es vana, porque apenas lo toques, habrá únicamente piedras en desorden y no silencio.

»Pero yo te tomaré de la mano y caminaremos juntos. Y al azar de los pasos escalaremos la colina. Allí hablaré con palabras sencillas y diré evidencias que creerás haber pensado tú mismo. Pues la colina que he escogido crea este orden y no otro. La gran imagen no se distingue como imagen. Es. O más exactamente: te encuentras en ella. ¿Y cómo podrías combatirla? Si te instalo en la casa, habitas simplemente la casa y partes de este origen para juzgar las cosas. Si te instalo en el ángulo donde la mujer es más bella y exalta el amor, sientes simplemente el amor. ¿Cómo rechazarías ese amor en nombre de lo arbitrario que te tiene aquí en este momento y no en otro sitio? ¡Preciso es que estés en alguna parte! Y mi creación es

elección del día y de la hora que no se discute, sino que es. Y te burlas de este azar. ¿Has oído al prisionero del amor evadirse del amor pretextando que tal encuentro fue casual, y que la mujer que lo desgarra hubiera podido estar muerta o no haber nacido o hallarse entonces en otra parte? He creado tu amor escogiendo la hora y el lugar; y, sospeches o no mi acción, eso no te ayuda a defenderte y he aquí que eres mi prisionero.

»Si deseo fundar en ti al montañero que anda en la noche hacia la cima de estrellas, fundo la imagen que evidencia tu necesidad de abrevar esa leche de estrellas sobre la cima. Y no seré para ti más que un azar que te habrá hecho descubrir en ti esa necesidad; porque esta es un bien tuyo, como la emoción debida al poema. Y, sospeches o no mi acción, ¿a qué título eso te impedirá avanzar? Una vez que has empujado la puerta y ves relucir el diamante en la sombra, ¿disminuirá tu deseo de cogerlo a causa de que es fruto de una puerta empujada que hubiera podido conducirte a otra parte?

»Si te acuesto en un lecho y tomas un somnífero, el somnífero es verdadero y es sueño. Crear es situar al otro en el lugar donde el mundo es como se desea, y no proponerle un mundo nuevo.

»Si te invento un mundo y te sitúo para mostrártelo, no lo ves. Y tienes razón. Porque desde tu punto de vista es falso y defiendes con razón tu verdad. Así, soy ineficaz cuando me muestro brillante, pintoresco o paradójico, porque solamente es brillante o pintoresco o paradójico lo que mirado desde un punto de vista estaba hecho para ser mirado de otro. Me admiras pero no creo; soy juglar y saltimbanqui y falso poeta.

»Mas si en mi diligencia, que no es ni verdadera ni falsa (no podrás negar ningún paso puesto que existen), te arrastro al lugar donde la verdad es nueva, entonces no me miras como creador y no soy para ti ni pintoresco ni brillante paradójico, los pasos eran simples y se sucedían simplemente, y no soy causa criticable de que, vista desde aquí, la extensión aumente tu corazón, o de que la mujer sea bella; puesto que es verdad que vista desde aquí esa mujer es más perturbadora, como la llanura es más vasta. Mi acto domina y no se inscribe en las huellas, en los reflejos, ni en los signos y, al no hallarlos, no puedes luchar contra mí. Solamente entonces soy creador y verdadero poeta. Pues el creador o el poeta no es el que

inventa o demuestra, sino aquel que impulsa a realizarse.

»Y siempre se trata, si se crea, de absorber las contradicciones. Porque nada es claro ni oscuro, ni incoherente ni coherente, ni complejo ni simple, fuera del hombre. Todo es, simplemente. Y cuando quieras desenvolverte con tu torpe lenguaje y pensar tu acto por venir, entonces todo lo que coges se te presentará contradictorio. Pero vengo con mi poder que nada te demuestra según tu lenguaje (ya que son sin salida las contradicciones que te desgarran), no a mostrarte la falsedad de tu lenguaje, pues es incómodo más que falso, sino simplemente a llevarte de paseo donde los pasos se siguen unos a otros, a sentarte en la montaña donde se resuelven tus litigios y a dejarte alcanzar tu verdad por ti mismo.

73

Me invadió el gusto de la muerte:

«Dame la paz de los establos –dije a Dios–, de las cosas ordenadas, de las cosechas hechas. Déjame ser, pues he acabado de transformarme. Estoy fatigado de los duelos de mi corazón. Estoy demasiado viejo para recomenzar todas mis ramas. He perdido, uno tras otro, mis amigos y mis enemigos y se ha hecho una luz en mi ruta de ocios tristes. Me he alejado, he retornado, he observado: he vuelto a encontrar a los hombres alrededor del buey de oro, no interesados, sino estúpidos. Y los niños que nacen hoy me son más extranjeros que los jóvenes bárbaros sin religión. Me pesan los tesoros inútiles como una música que jamás será comprendida.

»Comencé mi obra con mi hacha de leñador en la selva, ebrio del cántico de los árboles. Así pues, es preciso encerrarse en una torre para ser justo. Pero ahora, que he visto a los hombres demasiado cerca, estoy cansado.

»Aparéceme, Señor, pues todo es duro cuando se pierde el gusto de Dios».

Me vino un sueño después del gran entusiasmo.

Porque había entrado vencedor en la ciudad, y la multitud se extendía en un sembrado de oriflamas, gritando y cantando a mi paso. Y las flores se volvían lecho para nuestra gloría. Pero Dios me invadió con un sentimiento amargo. Era prisionero, me parecía, de un pueblo débil.

¡Pues esa multitud que te glorifica te deja tan solo! Lo que recibes se separa de ti; porque no hay pasarela de ti a otro, sino por el camino de Dios. Y mis verdaderos compañeros son los que se prosternan conmigo en la plegaria. Confundidos en la misma medida y granos de la misma espiga en vista del pan. Pero aquellos me adoraban y hacían en mí el desierto; pues no sé respetar al que se equivoca y no podía consentir en esta adoración de mí mismo. No sé recibir el incienso porque no me juzgaría según los otros, y estoy fatigado de mí, que soy pesado de llevar y tengo necesidad, para entrar a Dios, de desvestirme de mí mismo. Así, pues, los que me inciensaban me volvían triste y desierto como un pozo vacío cuando el pueblo tiene sed y se inclina. No tenían nada que dar que valiera la pena y, puesto que se prosternaban ante mí, tampoco tenían ya nada que recibir.

Porque en primer lugar necesito de aquel que es ventana abierta sobre el mar y no espejo donde me aburro.

Y de esta multitud solo me parecieron dignos los muertos, a los que no agitaban las vanidades.

Entonces me vino este sueño, habiéndome cansado las aclamaciones como un ruido vacío que ya no podía instruirme.

Un camino escarpado y resbaladizo caía a plomo sobre el mar. La tormenta había reventado y la noche fluía como de un odre lleno. Obstinado, subía hacia Dios para preguntarle la razón de las cosas, y hacerme explicar adonde conducía el cambio que se me había pretendido imponer.

Pero en la cima de la montaña solo descubrí un bloque pesado de granito negro: el cual era Dios.

Por supuesto es Él, me decía, inmutable e incorruptible; porque todavía esperaba no volver a hundirme en la soledad.

«Señor –le dije–, instrúyeme. He aquí que mis amigos, mis compañeros y mis súbditos solo son para mí como fantoches sonoros. Los tengo en las manos y los manejo a mi grado. Y no me atormento porque me obedecen; porque es bueno que mi sabiduría descienda a ellos. Sino porque se han convertido en ese reflejo de espejo que me deja más solitario que un leproso. Si río, ríen. Si me callo, se ensombrecen. Y mi palabra, que conozco, los llena como el viento a los árboles. Y estoy solo para colmarlos. Y ya no hay cambio para mí, pues en este auditorio desmesurado no escucho más que mi propia voz que me devuelven como los ecos helados de un templo. ¿Por qué me espanta el amor y qué tengo que esperar de este amor que es multiplicación de mí mismo?»

Pero el bloque de granito, que rezumaba una lluvia brillante, permanecía impenetrable.

«Señor –le dije (porque había un cuervo negro sobre una rama vecina)–, comprendo bien que sea señal de Tu majestad callarte. Sin embargo, tengo necesidad de un signo. Cuando termine mi plegaria, ordena volar a ese cuervo. Eso será como el parpadeo de otro distinto a mí y no estaré solo en el mundo. Estaré ligado a ti por una confidencia, aunque sea oscura. No pido nada sino que me sea significado que hay, quizá, algo por comprender.»

Y observaba al cuervo. Pero se mantuvo inmóvil. Entonces me incliné hacia el muro.

«Señor –le dije–. Sin duda tienes razón. No corresponde a Tu majestad someterte a mis consignas. Si el cuervo hubiera volado, me hubiese entristecido más hondamente. Porque un signo tal solo lo hubiera podido recibir de un igual; por lo tanto, de mí mismo, reflejo todavía de mi deseo. Y nuevamente hubiera encontrado mi soledad.»

Así pues, tras prosternarme, volví sobre mis pasos.

Mas sucedió que mi desesperación cedía a una serenidad inesperada y singular. Me hundía en el fango del camino, me arañaba en las zarzas, luchaba contra el látigo de las ráfagas, y sin embargo, se hacía en mí una especie de claridad. Porque nada sabía que hubiera podido conocer con repugnancia. Porque no había tocado a Dios; pues un dios que se deja tocar no es ya un dios. Ni tampoco si obedece a la plegaria. Y por primera vez adiviné que la grandeza de la plegaria estriba en que no tiene respuesta y que no entra en ese cambio la fealdad del comercio. Y que el aprendizaje de la plegaria es el aprendizaje del silencio. Y que el amor comienza donde no hay ya don que esperar. El amor ante todo es ejercicio de la plegaria y la plegaria ejercicio del silencio.

Y volví a mi pueblo, encerrándolo por primera vez en el silencio de mi amor. Y provocando así sus dones hasta la muerte. Estaban ebrios de mis labios cerrados. Era pastor, tabernáculo de sus cánticos y depositario de sus destinos, señor de sus bienes y de sus vidas, y sin embargo, más pobre que ellos, y más humilde en mi orgullo que no se dejaba doblegar. Sabiendo bien que nada recibiría. Simplemente, llegaban a ser en mí y su cántico se fundaba en mi silencio. Y para mí, ellos y yo solo éramos plegaria que se fundaba en el silencio de Dios.

74

Porque les he visto amasar su greda. Sus mujeres vienen, les tocan en el hombro, es la hora de la comida. Pero las reenvían a sus ollas, tan apegados están a su obra. Después llega la noche, y en la palidez de las lámparas de aceite los vuelves a hallar buscando en la pasta una forma que no podrían expresar en palabras. Y pocos se alejan, si son fervientes, pues se les pega como un fruto al árbol. Y son troncos de savia para nutrirla. No abandonarán su obra hasta que se desprenda de sí misma como un fruto que ha llegado a ser. ¿Dónde has visto, cuando se agotan, que les importe el dinero ganado o los honores o el destino final de su objeto? No trabajan jamás, en el instante del trabajo, ni para los mercaderes ni para sí mismos, sino para la urna de tierra y la curvatura de su asa. Velan

por esa figura que satisface lentamente su corazón, lo mismo que a la mujer le viene el amor maternal a medida que el niño formado se le remueve en el vientre.

Pero si os reúno para someteros todos juntos a la gran urna que construyo en el corazón de las ciudades, para que sea un granero del silencio del templo, entonces es bueno que en su ascensión extraiga de vosotros algo, y que lo podáis amar. Es bueno que yo os constriña a construir el casco, los puentes y la arboladura de un velero que irá al mar y después, que en día tan bello como un día de bodas, os lo haga vestir de velas y ofrecer al mar.

Entonces el ruido de vuestros martillos será cántico, vuestro sudor y vuestros jaleos serán fervor. Y la botadura de navíos será hecho milagroso porque habréis florecido las aguas.

75

Por esto desarrollo la unidad del amor en columnas diversas y en cúpulas, y en esculturas patéticas. Porque al expresar la unidad, la diversifico hasta lo infinito. Y no tienes derecho a escandalizarte.

Solo importa lo absoluto que proviene de la fe, del fervor o del deseo. Porque una es la marcha del navío hacia delante; pero sucede que colabora aquel que aguza un cincel, lava con agua el musgo de las planchas del puente, trepa en el mástil o engrasa la duela.

Así, pues, este desorden os atormenta porque os parece que si los hombres se sometieran a los mismos gestos y tiraran en el mismo sentido, ganarían en poder. Pero yo respondo: la piedra angular, si se trata del hombre, no reside en las huellas visibles. Es preciso elevarse para descubrirla. Y lo mismo que no reprochas a mi escultor que para alcanzar y lograr la esencia haya simplificado hasta el extremo y empleado signos diversos tales como labios, ojos, arrugas, y la cabellera, porque le era necesaria la estructura de un filamento para asir su presa (filamento gracias al cual, si no

permaneces miope y con la nariz encima, te volverá tan melancólico que te convertirás en otro). Por lo mismo, no me reproches no inquietarme por tal desorden en mi imperio. Pues para descubrir esta comunidad de hombres, ese nudo del tronco que desprende ramas diversas, esta unidad que deseo lograr y que es sentido de mi imperio, es preciso alejarte un poco; principalmente si te pierdes en la observación de los equipos que tiran de un modo diverso sus cordajes. Y verás el navío en marcha sobre el mar.

Por el contrario, si comunico a mis hombres el amor de la marcha sobre el mar, y si cada uno de ellos es pendiente del peso de su corazón, entonces los verás diversificarse según sus mil cualidades particulares. Uno tejerá telas, el otro, por el destello de su hacha, derribará el árbol en la selva. El otro forjará clavos, y en alguna parte observarán las estrellas para aprender a gobernar. Y todos, sin embargo, serán uno. Crear el navío no es tejer las telas, forjar los clavos, leer los astros, sino más bien transmitir el gusto del mar que es uno, y a la luz del cual nada hay que sea contradictorio, sino que todo es comunidad en el amor.

Por esto, para que mis enemigos me aumenten, colaboro abriéndoles los brazos, sabiendo que hay una altura en la que el combate se asemejará al amor.

Crear el navío, no es preverlo en detalle. Pues si por mí mismo intento construirlo, nada que valga la pena lograré de su diversidad. Todo se modificará al salir a la luz del día, y otros distintos a mí pueden emplearse en esas invenciones. No me corresponde conocer cada clavo del navío. Sino aportar a los hombres la inclinación hacia el mar.

Y más crezco a la manera del árbol, más me anudo en la profundidad. Y mi catedral, que es una, resulta de aquel que lleno de escrúpulos esculpe un rostro en el que se pintan los remordimientos, de que este otro que sabe regocijarse se regocije y esculpa una sonrisa. De que aquel que es resistente me resista, de que aquel que es fiel permanezca fiel. Y no vayáis a reprocharme haber aceptado el desorden y la indisciplina; pues solamente conozco la disciplina del corazón que domina, y cuando entréis en mi templo os sobrecogerán su unidad y la majestad de su silencio, y cuando veáis de un lado y otro prosternarse al fiel y al refractario,

al escultor y al pulidor de las columnas, al sabio y al simple, al alegre y al triste, no vayáis a decirme que son ejemplos de incoherencia, pues son uno por la raíz; y el templo se ha realizado, al hallar a través de ellos todos los caminos necesarios.

Pero se equivoca el que crea un orden de superficie, sin dominar desde una altura suficiente para descubrir el templo, el navío o el amor y, en lugar de un orden verdadero, funda una disciplina de gendarmes donde cada uno tira en el mismo sentido y adelanta el mismo paso. Porque si cada uno de tus súbditos semeja al otro, no has logrado la unidad; pues mil columnas idénticas no crean sino un estúpido efecto de espejos y no un templo. Y la perfección de tu diligencia sería, respecto a esos mil súbditos, exterminar a todos exceptuando uno.

El orden verdadero es el templo. Movimiento del corazón del arquitecto, que anuda como una raíz la diversidad de los materiales y que exige para ser uno, durable y potente, esa misma diversidad.

No se trata de ofuscarte porque uno difiera del otro, porque las aspiraciones de uno se opongan a las del otro, porque el lenguaje de uno no sea el lenguaje del otro; se trata de alegrarte de ello, ya que, si eres creador, construirás un templo de portada más alta, que será su común medida.

Pero llamo ciego al que se imagina crear cuando desmonta la catedral y alinea las piedras en orden, por rango de talla, una después de la otra.

76

No te inquietes por los gritos que levantará tu palabra, pues una verdad nueva es una estructura nueva ofrecida de repente (y no una proposición evidente que permita progresar de consecuencia en consecuencia), y cada vez que significarás un elemento de tu rostro se te objetará que en el otro rostro ese elemento representaba un papel diferente y en un principio no se comprenderá que parezcas

contradecirte y contradecir.

Pero tú dirás: «¿Queréis aceptar morir por vosotros mismos, olvidar y asistir sin resistencia a mi nueva creación? Así solamente podréis mudar, estáis encerrados en crisálidas. Y me diréis, hecha la experiencia, si no os sentís más claros, más calmos y más vastos».

Porque, lo mismo que la estatua, la verdad no se logra paso a paso. Sino que como es una, no se ve hasta estar concluida. Y aun no se repara en ella cuando se la encuentra. Y la verdad de mi verdad es el hombre que de ella brota.

Esto mismo respecto al monasterio donde te encierro para cambiarte. Pero si me pides, en medio de tus vanidades y de tus problemas vulgares, mostrarte ese monasterio desdeñaré responder; porque aquel que podría comprender es otro diferente a ti y primero debo traerlo a la luz. Solo sé constreñirte a realizarte.

No te inquietes tampoco por las protestas que levantará tu sujeción. Porque tendrían razón los que gritan si los tocaras en su esencia y los frustraras en su grandeza. Pues el respeto del hombre es el respeto por su nobleza. Pero ellos llaman justicia al continuar siendo, aun podridos, porque así han venido al mundo. Y no lesionas a Dios si los curas.

77

Por esto puedo decir que a la vez rehúso pactar y rehúso excluir. No soy ni intransigente, ni blando, ni fácil. Recibo al hombre en sus defectos y ejerzo por lo tanto mi rigor. No hago de mi adversario un testigo simple, chivo emisario de nuestras desdichas, y que sería bueno quemar totalmente en la plaza. Recibo a mi adversario por entero y sin embargo lo rechazo. Porque el agua es fresca y deseable. Deseable también el vino puro. Pero hago de la mezcla un brebaje para castrados.

Nada hay en el mundo que no tenga absolutamente razón. Salvo

aquellos que razonan, argumentan, demuestran y, al usar un lenguaje lógico sin contenido, no pueden tener razón ni estar equivocados. Sino que hacen un ruido simple con el que, si sucede que se enorgullecen de sí mismos, pueden hacer correr largo tiempo la sangre de los hombres. A esos los corto, simplemente, del resto del árbol.

Pero tiene razón quienquiera acepte la destrucción de su urna de carne para salvar el depósito que encierra. Te lo he dicho ya. Proteger a los débiles y apoyar a los fuertes, he aquí el dilema que te atormenta. Y puede ocurrir que tu enemigo, contra ti que apoyas a los fuertes, proteja a los débiles. Y heos aquí constreñidos a combatir para salvar al uno su territorio de la podredumbre de los demagogos que cantan la úlcera por la úlcera, para salvar al otro su territorio de la crueldad de los capataces de esclavos que, usando el látigo para obligar, impiden al hombre realizarse. Y la vida te propone esos litigios con una urgencia que exige el empleo de las armas. Porque un solo pensamiento (si crece como una hierba) que ningún enemigo equilibra se convierte en mentira y devora al mundo.

Esto es debido a que el campo de tu conciencia es minúsculo. Y lo mismo que no puedes, si algún merodeador te ataca, pensar la táctica del combate y sentir los golpes, lo mismo que no puedes a la vez, en el mar, recibir el miedo del naufragio y los movimientos del oleaje, y que aquel que tiene miedo no vomita, y que el que vomita es indiferente al miedo, lo mismo si no te ayudan con la claridad de un lenguaje nuevo, te es imposible a la vez pensar y vivir dos verdades contrarias.

78

Vinieron para hacer observaciones no los geómetras de mi imperio, que se reducían por otra parte a uno solo, y que, por crecer demasiado, había muerto, sino una delegación de comentadores de los geómetras, los cuales comentadores eran diez mil.

El que crea un navío no se preocupa de los clavos, de los mástiles ni de las tablas del puente, sino que encierra en el arsenal diez mil esclavos y algunos ayudantes provistos de látigos. Y se expande la gloria del navío. Y no he visto nunca un esclavo que se vanagloriara de haber vencido al mar.

Pero cuando crea una geometría, sin preocuparse de deducirla hasta el fin de consecuencia en consecuencia, pues ese trabajo sobrepasa su tiempo y sus fuerzas, suscita el ejército de diez mil comentadores que pulen los teoremas, exploran los caminos fértiles y recogen los frutos del árbol. Mas como no son esclavos y no hay látigo para acelerarlos, no hay uno solo que no imagine igualarse al único geómetra verdadero; puesto que, primero, lo comprende, y puesto que, de inmediato, enriquece su obra.

Pero yo, sabiendo cuán precioso es su trabajo –porque es preciso volver a guardar las cosechas del espíritu–, pero sabiendo también que es irrisorio confundirlo con la creación, la cual es gesto gratuito, libre e imprevisible del hombre, les hice guardar buena distancia de temor a que se inflaran de orgullo al abordarme como iguales. Y los escuché murmurar entre ellos para quejarse.

Después hablaron:

–Protestamos –dijeron– en nombre de la razón. Somos los sacerdotes de la verdad. Tus leyes son leyes de un dios menos seguro que el nuestro. Tienes, en tu favor, tus hombres de armas, y ese peso de músculos nos puede aplastar. Pero tendremos razón contra ti, aun en los sótanos de tus cárceles.

Hablaban, adivinando que no arriesgaban provocar mi cólera.

Y se miraban unos a otros, satisfechos de su propio coraje.

Mas yo meditaba. Había recibido diariamente a mi mesa al solo geómetra auténtico. A veces, durante la noche, en el insomnio, me había presentado en su carpa, y tras descalzarme piadosamente, había bebido su té y gustado la miel de su sabiduría.

–Tú, geómetra... –le decía.

–En primer lugar no soy geómetra, soy hombre. Un hombre que sueña a veces con la geometría cuando algo más urgente no lo gobierna, como por ejemplo el sueño, el hambre o el amor. Pero hoy que he envejecido, tienes sin duda razón: no soy nada más que un geómetra.

–Eres aquel a quien la verdad se muestra...

–Soy aquel que como el niño tienta y busca un lenguaje. La verdad no me ha aparecido. Pero mi lenguaje, como tu montaña, es simple para los hombres, y por sí mismos hacen de él la verdad.

–Te vuelves amargo, geómetra.

–Hubiera querido descubrir en el universo la huella de un divino manto y, palpando fuera de mí una verdad, como un dios que se hubiera ocultado largo tiempo a los hombres, hubiera querido atraparla por el paño del hábito y arrancarle el velo del rostro para mostrarla. Pero no me ha sido dado descubrir otra cosa que a mí mismo...

Así hablaba. Mas ellos me blandían el rayo de su ídolo por encima de la cabeza.

–Hablad más bajo –les dije–; si comprendo mal escucho muy bien.

Y, menos fuerte, no obstante, murmuraron.

Por fin uno de ellos los explicó, cuando lo empujaron dulcemente hacia delante porque les comenzaba a pesar haber mostrado tanto coraje.

–¿Dónde ves –me dijo– que haya creación arbitraria y acto de escultor y poesía, en el monumento de verdades que te invitamos a reconocer? Nuestras proposiciones manan una de la otra, según el punto de vista de la lógica estricta, y el hombre no ha dirigido la obra.

Así, por una parte reivindicaban la propiedad de una verdad absoluta como esas hordas que reclaman de un ídolo de madera cualquiera, que según ellas lanza el rayo; y así, por otra parte, se igualaban al solo geómetra verdadero, puesto que todos con más o

menos éxito habían aparentemente servido o descubierto, pero no creado.

–Vamos a establecer delante de ti las relaciones entre las líneas de una figura. Así pues, podemos transgredir tus leyes; por el contrario, te es imposible violar las nuestras. Debes tomarnos por ministros, pues somos sabios.

Yo me callaba, reflexionando sobre la necedad. Se engañaron sobre mi silencio y vacilaron:

–Porque deseamos servirte, antes que nada –dijeron.

Yo respondí entonces:

–Pretendéis no crear y es feliz idea. Porque quien es bizco crea de torcido. Los odres llenos de aire crean solo viento. Y si fundáis reinos gobernados por el respeto a una lógica que se aplica a la historia ya resuelta, a la estatua ya fundada y al órgano muerto, los crearéis sometidos por adelantado a los sables bárbaros.

»Se descubrieron una vez las huellas de un hombre que, habiendo dejado su tienda al alba en dirección al mar, marchó hasta el acantilado que era vertical y se dejó caer. Había allí lógicos que se inclinaron sobre los signos y conocieron la verdad. Porque ningún eslabón faltaba a la cadena de los acontecimientos. Los pasos se sucedían unos a otros, no había ninguno que el precedente no autorizara. Remontando los pasos de consecuencia a causa se recondujo al muerto a su tienda. Descendiendo los pasos de causa a consecuencia se lo volvía a hundir en su muerte.

–Todos hemos comprendido –se dijeron los lógicos, congratulándose unos a otros.

Y yo estimaba que comprender hubiera sido conocer, como conocía una cierta sonrisa más frágil que un agua dormida, a la que un simple pensamiento hubiera empañado, y que quizá en ese instante no existía, pues era de un rostro dormido, y que justamente no estaba aquí, sino en la tienda de un extranjero situada a cien días de marcha.

Porque la creación es de una esencia diferente a la del objeto creado, se evade de las huellas que deja detrás de sí, y no se lee jamás en ningún signo. Siempre descubrirás que esas marcas, esas huellas y esos signos emanan unos de otros. Porque la sombra de toda creación sobre el muro de las realidades es lógica pura. Mas este descubrimiento evidente no impedirá que seas estúpido.

Como no estuvieron convencidos proseguí, en mi bondad, para instruirlos:

–Había una vez un alquimista que estudiaba los misterios de la vida. Sucedió que de sus retortas, sus alambiques, sus drogas, retiró un minúsculo fragmento de pasta viviente. Los lógicos acudieron. Recomenzaron la experiencia, mezclaron las drogas, soplaron el fuego bajo las retortas y desprendieron otra célula de carne. Y se fueron proclamando que ya no existía el misterio de la vida. La vida era consecuencia natural de causa a efecto y de efecto a causa, de la acción del fuego sobre las drogas y de las drogas unas sobre otras, que en un principio no son vivientes. Los lógicos, como de costumbre, habían comprendido perfectamente. Porque la creación es de distinta esencia que el objeto creado al que domina; no deja huellas en los signos. Y el creador se evade siempre de su creación. Y la huella que deja es lógica pura. Y yo, más humildemente, fui a instruirme cerca del geómetra, mi amigo: «¿Qué ves de nuevo allí –me dijo– sino que la vida siembra la vida?». La vida apareció debido a la conciencia del alquimista, el cual, a mi juicio, vivía. Se lo olvida porque, como siempre, se ha retirado de su creación. Así tú mismo, cuando has conducido a alguno a la cima de tu montaña, en donde se ordenan los problemas, esa montaña se le transforma en verdad fuera de ti, que lo dejas solo. Y nadie se pregunta de dónde viene que hayas elegido esta montaña, puesto que simplemente se está sobre ella y es preciso que se esté en alguna parte.

Pero como murmuraban, porque los lógicos no son lógicos:

–Presuntuosos vosotros –les dije– que seguís la danza de las sombras sobre los muros con la ilusión de conocer, que leéis las huellas en la arena sin descubrir que hubo alguien en otra parte que rehusó amar, que leéis la ascensión de la vida a partir de los materiales sin conocer que hubo uno que refutó y escogió, no vengáis cerca de mí, vosotros, esclavos armados de vuestro martillo y clavos a simular

haber concebido y botado el navío.

»Ciertamente, hubiera sentado a mi lado, si lo hubiera deseado, a aquel que era el solo de su especie y que ha muerto a fin que junto a mí gobernara a los hombres. Porque ese venía de Dios. Y su lenguaje sabía descubrirme la amada lejana que, no siendo de la esencia de la arena, era imposible leer de repente.

»Un número infinito de mezclas posibles podía elegir aquel solo que ningún éxito distinguía aún, y que sin embargo era el único en conducir a algún lado. Cuando, falto de hilo conductor en el laberinto de las montañas de nada te sirve tu deducción, porque conoces que tu camino se embarranca solamente cuando se muestra el abismo, y la vertiente opuesta permanece todavía ignorada de los hombres, entonces, a veces, se propone ese guía, que, como si volviera de allá lejos, te traza el camino. Pero una vez recorrido, ese camino permanece trazado y te parece evidente. Y olvidas el milagro de una marcha que fue semejante a un retorno.

79

Vino el que contradijo a mi padre:

–La dicha de los hombres... –decía.

Mi padre le cortó la palabra:

–No pronuncies ese vocablo en mi casa. Me gustan las palabras que llevan en sí su peso de entrañas; pero arrojo las cáscaras vacías.

–Sin embargo –dijo el otro–, si tú, jefe de un imperio, no te preocupas el primero por la dicha de los hombres...

–No me preocupo –respondió mi padre– de correr tras el viento para hacer provisiones, porque si lo mantengo inmóvil, el viento deja de ser.

–Yo –dijo el otro–, si fuera jefe de un imperio, desearía que los hombres fueran dichosos...

–¡Ah! –dijo mi padre–. Ahora te comprendo mejor. Esa palabra no es un punto hueco. He conocido, en efecto, hombres desdichados y hombres felices. He conocido también hombres gordos o flacos, enfermos o sanos, vivos o muertos. Y yo también deseo que los hombres sean dichosos, lo mismo que los deseo vivos antes que muertos. Aunque es muy necesario que las generaciones pasen.

–Estamos, pues, de acuerdo –exclamó el otro.

–No –dijo mi padre.

Meditó; después:

–Porque cuando hablas de la dicha, o bien hablas de un estado del hombre que es ser feliz como lo es estar sano y no tengo acción sobre este fervor de los sentidos, o bien hablas de un objeto alcanzable que puedo desear conquistar. ¿Y dónde está?

»Tal hombre es feliz en la paz, tal otro es dichoso en la guerra, tal desea la soledad donde se exalta, tal otro necesita para exaltarse el bullicio de la fiesta, tal pide sus alegrías a las meditaciones de la ciencia, que es respuesta a las preguntas formuladas, el otro halla su alegría en Dios, en quien ninguna pregunta tiene ya sentido.

»Si quisiera parafrasear la dicha, te diría quizá que es para el forjador forjar, para el marino navegar, para el rico enriquecerse, y de este modo no habría dicho nada que te hubiera enseñado algo nuevo. Y por otra parte, la dicha a veces sería para el rico navegar, para el forjador enriquecerse y para el marino no hacer nada. Así, te escapa ese fantasma sin entrañas que vanamente pretendes asir.

»Si quieres comprender la palabra, es preciso escucharla como recompensa y no como fin, porque entonces no tiene significado. Parejamente, sé que una cosa es bella, pero rehúso la belleza como un fin. ¿Has escuchado decir al escultor: “De esta piedra desprenderé la belleza”? Los escultores de pacotilla son víctimas de un lirismo vacío. Al otro, al verdadero, le escucharás decir: “Busco extraer de la piedra algo que se parezca a lo que pesa en mí. No sé

librarlo de otra manera que tallándolo". Y, ya sea rostro transformado en yo grave y viejo, o que muestre una máscara deforme, o que sea juventud dormida, si el escultor es grande, dirás lo mismo que la obra es bella. Porque tampoco la belleza es un fin, sino una recompensa.

»Y cuando te he dicho antes que la felicidad sería para el rico enriquecerse, te he mentido. Porque si se trata del fuego de alegría que coronará alguna conquista, serán sus esfuerzos y su pena los que se verán recompensados. Y si la vida que se despliega delante de él aparece por un instante embriagadora, es con el título que llena de alegría el paisaje entrevisto desde lo alto de las montañas cuando es construcción de tus esfuerzos.

»Y si yo te digo que la dicha para el ladrón es permanecer al acecho bajo las estrellas, es que recompensaba la parte que podría salvarse de él. Porque ha aceptado el frío, la inseguridad y la soledad. El oro que ansía, te lo he dicho, lo ansía con repentina rabia muda de arcángel, porque, pesado y vulnerable, se imagina que está aligerado con alas invisibles quien se va, en la ciudad densa, con el oro apretado contra el corazón.

»En el silencio de mi amor me he detenido mucho en observar a aquellos de mi pueblo que parecen dichosos. Y he concluido siempre que la dicha les venía como la belleza a la estatua, por no haber sido buscada.

»Y me ha parecido siempre que era signo de su perfección y de la calidad de su corazón, Y solamente a aquella que pueda decirte: "¡Me siento tan dichosa!", abre tu casa para toda la vida; porque la dicha que le asoma al rostro es signo de su calidad, puesto que es de un corazón recompensado.

»No me pidas pues a mí, jefe de un imperio, conquistar la dicha para mi pueblo. No me pidas a mí, escultor, correr tras la belleza: me sentaría no sabiendo dónde correr. La belleza se convierte así en la dicha. Pídeme solamente que les construya un alma donde tal fuego pueda arder.

Me acordé de lo que mi padre me había dicho en otra ocasión:

–Para construir el naranjo me sirvo del abono y del estiércol y de los golpes de azada en la tierra y corto también otras ramas. Y así se alza un árbol capaz de florecer. Y yo, el jardinero, me vuelvo a la tierra sin preocuparme de las flores ni de la dicha; porque antes que árbol florido, es preciso que sea un árbol, y antes que hombre feliz, es preciso que sea un hombre.

El otro interrogó aún:

–Si los hombres no corren hacia la dicha, ¿hacia qué corren?

–¡Ah! –dijo mi padre–. Te lo mostraré más adelante.

»Pero observaré antes que al comprobar que la alegría a menudo corona el esfuerzo y la victoria, me has hecho concluir, como un lógico estúpido, que los hombres luchaban con vistas a la dicha. A lo que responderé que por ser la muerte el coronamiento de la vida, el único deseo de los hombres es la muerte. Y empleamos palabras que son medusas sin vértebras. Y yo te digo que hay hombres felices que sacrifican su dicha para partir a la guerra.

–Es que hallan en el cumplimiento de su deber una forma más alta de la dicha...

–Rehúso hablar contigo si no llenas tus palabras con un significado que pueda ser confirmado o desmentido. No sabría luchar contra la jalea que cambia de forma. Porque si la dicha es ya sorpresa del primer amor, ya vómito de la muerte cuando una bala en el vientre te vuelve el pozo inaccesible, ¿cómo quieres que confronte tus afirmaciones con la vida? Nada has afirmado sino que los hombres buscan lo que buscan y corren tras lo que corren. No corres riesgo de verte contradicho y nada me une a tus verdades invulnerables.

»Hablas como quien hace juegos malabares. Y si renuncias a continuar tu cháchara, si renuncias a explicar por el gusto de la dicha la partida de los hombres para la guerra, pero te obstinas, sin

embargo, en afirmar que la dicha explica todo lo referente al comportamiento del hombre, te oigo, por adelantado, pretender que las partidas para la guerra se explican por movimientos de locura. Pero allí todavía exijo que no te comprometas, aclarándome primero las palabras que empleas. Pues si llamas loco al que, por ejemplo, echa espumarajos, o anda exclusivamente sobre la cabeza, al observar los soldados que van a la guerra sobre sus dos pies, no me conformaría.

»Pero sucede que no tienes un lenguaje capaz de decirme hacia qué se esfuerzan los hombres. Ni eso hacia lo cual me obligo a conducirlos. Y empleas jarrones demasiado estrechos, tales como la locura o la dicha, con la esperanza vana de encerrar en ellos la vida. A la manera de ese niño que, usando de una pala y de un balde, pretendía desplazar la montaña.

–Entonces, instrúyeme –deseó el otro.

81

Si te determinas, no por un movimiento de tu espíritu o de tu corazón, sino por motivos enunciables y enteramente contenidos en el enunciado, entonces yo te reniego.

Es que tus palabras no son signo de otra cosa, a la manera del nombre de tu esposa que significa pero que no contiene nada. No puedes razonar sobre un nombre porque su importancia está en otra parte. Y no te viene al espíritu decir: «Su nombre enseña que es bella...».

¿Cómo pretendes, pues, que un razonamiento acerca de la vida se baste a sí mismo? Y si hay otra cosa por encima como caución, podría suceder que tal caución se hiciera más pesada con un razonamiento menos brillante. Y poco me importa comparar entre sí las fórmulas afortunadas. La vida es lo que es.

Te rechazaré si el lenguaje por el cual me comunicas tus razones de

obrar no es poema que me acarree tu nota profunda, si no cubre nada informulable pero pretendes cargarme con él.

Te rechazaré si cambias tu comportamiento, no por un rostro que aparece y funda tu nuevo amor, sino por un débil temblor del aire que no acarrea más que lógica estéril y sin peso.

Porque no se muere por el signo, sino por la caución del signo. La cual impone, si quieres expresarla, o comenzar a expresarla, el peso de los libros de todas las bibliotecas de la tierra. Pues no puedo enunciarte lo que he apresado tan simplemente durante mi captura. Porque es preciso que hayas andado tú mismo para recibir en su pleno significado la montaña de mi poema. ¿Cuántas palabras, durante cuántos años, precisaría emplear si quisiera transportar la montaña a ti, que no has abandonado nunca el mar?

Y la fuente, si no has tenido nunca sed y jamás apretaste las manos una contra otra, ofreciéndolas para recibir. Por bien que canten las fuentes: ¿dónde están la experiencia que pongo en marcha y los músculos que despertarán tus recuerdos?

Sé bien que no se trataba de hablarte primero de las fuentes. Sino de Dios. Pero para que mi lenguaje muerda y pueda realizarse y llegar a ser operación, es preciso que te añada algo. Por esto, si deseo enseñarte a Dios, te enviaré primero a escalar las montañas a fin de que, cima de estrellas, tenga para ti su plena tentación. Te enviaré a morir de sed en los desiertos a fin de que las fuentes puedan encantarte. Después te enviaré seis meses a romper piedras hasta que el sol del mediodía te postre. Después de lo cual te diría: «Aquel a quien ha vaciado el sol de mediodía está en el secreto de la noche que llega, pues, habiendo escalado la cima de estrellas, se abreva en el silencio de las fuentes divinas».

Y creerás en Dios.

Y no podrás negármelo puesto que simplemente será, como existe la melancolía en el rostro que he esculpido.

Porque no hay lenguaje o acto, sino dos aspectos del mismo Dios. Y por ello llamo plegaria a la labor, y labor a la meditación.

82

Y me sobrevino la gran serenidad de la permanencia.

Porque nada puedes esperar si las cosas no duran más que tú. Y me acuerdo de esa población que honraba a sus muertos. Y la piedra sepulcral de cada familia, una después de otra, recibía a los muertos. Y ellas eran las que establecían esta permanencia.

–¿Sois felices? –pregunté.

–Y cómo no serlo, sabiendo dónde iremos a dormir...

83

Y me sobrevino una laxitud extrema. Y me pareció simple decirme que Dios me había abandonado. Porque me faltaba la piedra angular y nada resonaba en mí. Se había callado la voz que habla en el silencio. Y después de escalar la torre más alta meditaba: «¿Por qué esas estrellas?». Y midiendo con la mirada mis dominios, me preguntaba: «¿Por qué esos dominios?». Estaba perdido como un extranjero en una multitud heterogénea que no habla su lengua. Derrotado y solo. Era semejante a una casa deshabitada. Y exactamente lo que me faltaba era la piedra angular, porque nada de mí servía ya. Y sin embargo, soy el mismo, me decía yo, espectador del mismo espectáculo; pero ahogado ahora en la diversidad inútil. Del mismo modo, la basílica mejor construida es solo suma de piedras si nadie hay para considerarla en su conjunto, ni para gustar el silencio, ni para declarar su significado en la meditación de su corazón. Así, conmigo y con mi sabiduría, y con las percepciones de mis sentidos, y de mis recuerdos. Eran suma de espinas y no gavilla. Y conocí el tedio que es antes que nada estar privado de Dios.

No ajusticiado, lo que es de hombre, sino abortado. Hubiera sido fácilmente cruel, paseando este tedio por mi jardín, en el que andaba con pasos vacíos exactamente como alguien que espera a alguien. Y me persiste en un universo provisional. Dirigía muchas plegarias a Dios; pero no eran plegarias, pues no partían de un hombre, sino de una apariencia de hombre cirio preparado, pero sin llama. «¡Ah! ¡Que vuelva a mí mi fervor!», decía yo, sabiendo que el fervor es fruto del nudo divino que anuda las cosas. Entonces se convierte en un navío gobernado. Es la visión de una basílica. Pero ¿qué es sino materiales en desorden, si no sabes leer a través de ellos la intención del arquitecto y del escultor?

Entonces comprendí que el que reconocía la sonrisa de la estatua o la belleza del paisaje o el silencio del templo, es a Dios a quien halla. Puesto que sobrepasa el objeto para alcanzar la clave, y las palabras para escuchar el cántico, y la noche y las estrellas para sentir la eternidad. Porque Dios antes que nada es sentido de tu lenguaje y si tu lenguaje adquiere un sentido te muestra a Dios. Si esas lágrimas del niñito te conmueven, son lumbreras abiertas sobre pleno mar. Porque he aquí que resuenan en ti no solamente esas lágrimas sino todas las lágrimas. El niño es aquel que te toma de la mano para enseñarte.

«¿Por qué me obligas, Señor, a esta travesía del desierto? Padezco entre las zarzas. Basta un signo tuyo para que el desierto se transfigure, y para que la arena rubia y el horizonte y el gran viento pacífico no sean más incoherentes, sino imperio vasto donde me exalte; y para que así pueda leerte a través de ti.»

Y me pareció que solo se puede leer verdaderamente a Dios durante su ausencia, cuando se retira. Porque es para el marino significación del mar. Y para el esposo significación del amor. Pero hay horas en que el marino se interroga: «¿Para qué el mar?». Y el esposo: «¿Para qué el amor?». Y en su tedio se preocupan de ello. Nada les falta sino el nudo divino que anuda todas las cosas. Y todo les falta.

«Si Dios se retira de mi pueblo –pensaba yo– como se ha retirado de mí, haré de ellos hormigas del hormiguero; porque se vaciarán de todo fervor. Cuando los dados se vacían de sentido no hay ya juego posible.»

Y descubrí que la inteligencia de nada te servirá aquí. Puedes, es cierto, razonar sobre el arreglo de las piedras del templo, no tocarás lo esencial que escapa a las piedras. Y puedes razonar sobre la nariz, sobre la oreja y los labios de la estatua, no tocarás lo esencial que escapa a la arcilla. Se trataba de la captura de un dios. Pues se caza con trampas que no son de su esencia.

Cuando, escultor, he fundado un rostro, he fundado una sujeción. Toda estructura realizada es sujeción. Cuando he logrado algo he anudado un puño para guardarlo. No me hables de la libertad de palabras de un poema. He sometido las unas a las otras según un orden mío.

Puede pasar que derriben mi templo para usar sus piedras para otro templo. Hay muertes y nacimientos. Mas no me hables de la libertad de las piedras. Pues entonces no hay templo.

No comprendo por qué se distingue las sujeciones de la libertad. Más trazo caminos, más libre eres de escoger. Aunque cada camino sea una sujeción, pues los he flanqueado de barreras. Pero ¿a qué llamas libertad si no hay caminos entre los cuales puedas escoger? ¿Llamas libertad al derecho de errar en el vacío? Cuando se funda la sujeción de una vía, tu libertad se aumenta.

Sin instrumento, no será libre la dirección de tus melodías. Sin la obligación de la nariz y de las orejas no será libre la sonrisa de tu estatua. Y el que es fruto sutil de civilizaciones sutiles se encuentra enriquecido por sus límites, por sus bordes y por sus reglas. Se es más rico de movimientos interiores en mi palacio que en el pudridero del hampa.

La diferencia entre uno y otro reside antes que nada en la obligación, como aquella del saludo al rey. Quien quiera subir a una jerarquía y enriquecerse, sentir más, pida primero que se le constriña. Y los ritmos impuestos te aumentarán. Y si el niño triste ve jugar a los otros, lo primero que reclama es que le impongan también a él las reglas del juego, las únicas que lo harán realizarse plenamente. Mas triste es el que escucha sonar la campana sin que nada le exija. Y cuando canta el clarín estás triste por no tener que

ponerte de pie, pero ves feliz a aquel que te dice: «He oído la llamada que es para mí y me levanto». Mas para los otros no hay canto de campanas ni de clarines, y permanecen tristes. La libertad para ellos es libertad de no ser.

84

Aquellos que mezclan los lenguajes se equivocan porque, ciertamente, puede faltar aquí y allá un epíteto como el de un cierto verde que es propio de la cebada joven y quizá lo encuentre en el lenguaje de mi vecino. Pero se trata aquí de signos. Así, puedo designar la calidad de mi amor diciendo que la mujer es bella. Así, puedo designar la calidad de mi amigo refiriéndome a su discreción. Pero de este modo no aporto nada que sea movimiento de la vida. Sino consideraciones sobre el objeto, como si estuviera muerto.

Hay, ciertamente, pueblos que han construido una calidad de calidades diversas. Que han dado nombre a un dibujo dibujado con los mismos materiales. Y que tienen una palabra para decirlo. Así, quizá hay una palabra posible para designar la melancolía que sin razón te toma por la tarde delante de tu puerta cuando el sol deja de arder, y la noche te transforma pronto en vigilante, lo cual es temor de vivir a causa del aliento de los niños siempre próximo a cambiarse en jadeos de enfermedad; como en la montaña por escalar, cuando te viene ese temor a que renuncien y querrías tomarlos de la mano para ayudarlos. Y esa palabra sería expresión de tu experiencia y el patrimonio de tu pueblo si fue a menudo empleada.

Pero no transporto nada que no sepas. Y mi lenguaje en su esencia no está hecho para conducir a los ya realizados, ni para pintar la flor cuando es rosa, sino para construir, con la ayuda de palabras muy simples, operaciones que te liguen, y no decir de una que es bella, sino que ella hacía el silencio en el corazón como un surtidor en la siesta.

Y debes insistir en las operaciones que hacen posible el genio de tu

pueblo y que lo anudan según su genio, lo mismo que la trama de las canastas de mimbre o de las redes del mar. Pero si mezclas los lenguajes, en vez de enriquecer al hombre, lo vacías, pues en lugar de expresar la vida en sus operaciones no le propones más que operaciones ya hechas y gastadas, y en lugar de confiarme el descubrimiento que significa para ti ese cierto verde, y cómo te alimenta y cambia la vista del centeno joven cuando vuelves de tu desierto, he aquí que te sirves de una palabra ofrecida antes como provisión y que, permitiéndote designar, te impide asir.

Porque vana era tu pretensión de nombrarme todos los colores apoderándote de los nombres con que se los designa, y todos los sentimientos tomando sus nombres del lugar donde se los siente y donde una palabra resume la experiencia sufrida por generaciones; y de nombrarme todas las actitudes internas, como el gusto de la tarde, tomándolas donde el azar las ha hecho enunciarse. Creyendo enriquecer al hombre con la posesión de ese dialecto universal. Cuando la verdadera riqueza y divinidad del hombre no es ese derecho a la referencia del diccionario, sino el sacar de sí, en su esencia, eso que precisamente no hay palabra para decirlo, pues de lo contrario no me enseñarás nada o necesitarías más palabras que granos de arena hay a lo largo de los mares.

¿Qué son, en comparación con las que podrías decir, las palabras que hayas robado y que pudrirán tu lenguaje?

Porque aún están por nombrarse esas cimas de montañas distinguidas de las otras, que te hacen un mundo más claro. Y puede ser que al crear, yo te aporte algunas verdades nuevas cuyos nombres, una vez formulados, serán como el nombre de alguna nueva divinidad en tu corazón. Pues una divinidad expresa una cierta relación entre calidades cuyos elementos no son nuevos, sino que lo son una vez que los ha incorporado a ella.

Porque he concebido. Y es bueno que marque con fuego en tu corazón la cifra que pueda aumentarte. Por temor a que al punto te extravíes.

Pero sabe que fuera de las piedras angulares que me han descubierto otros distintos a ti, nada puedes designar con las palabras que sea de tu esencia y de tu vida. Y si me pintas el cielo rojo y el mar azul rehúso sorprenderme porque sería demasiado fácil conmoverse.

Para conmoverme es preciso anudarme con los lazos de tu lenguaje; porque el estilo es operación divina. Me impones entonces tu estructura y los movimientos mismos de tu vida, los cuales no tienen igual en el mundo. Porque si todos han hablado de las estrellas y de la fuente y de la montaña, ninguno te ha invitado a escalar la montaña para beber en la fuente de las estrellas su leche pura.

Pero si existe, por acaso, un lenguaje donde esa palabra sea, es que entonces no he inventado nada y nada aporto que sea viviente. No te cargues con una palabra que te sirva cada día. Porque son falsos dioses los que no sirven para las plegarias de cada tarde.

Pero si la imagen te ilumina, entonces es cima de montaña desde la cual el paisaje se ordena. Y regalo de Dios. Dale un nombre para recordarla.

85

Me sobrevino el imperecedero deseo de edificar las almas. Y me nació el odio a los adoradores de lo usual. Porque a fin de cuentas si sirves a la realidad hallarás solo alimento para ofrecer al hombre, el cual cambia poco de gusto según la civilización. (¡Y hasta he hablado del agua que se transforma en cántico!)

Pues el placer de ser gobernador de provincia lo debes a mi arquitectura, que de nada te sirve en el instante, sino que solamente te exalta según la imagen que he fundado de mi dominio. Y los placeres, aun los de vanidad, no se deben a los objetos ponderables,

que de nada te sirven en el instante y de los cuales solo consideras el color que tienen en la claridad de mi imperio.

¿Y me dirás que la que se ha bañado quince años en los aromas y los óleos, a la que enseñaron la poesía, la gracia y el silencio acogedor, y que bajo la frente lisa es patria de fuentes, porque otro cuerpo se parezca al suyo, compone para tus noches el mismo brebaje que la prostituta que pagas?

Y si no las distingues pretextando enriquecerte al facilitar tus conquistas, pues te costará menos esfuerzos construir una prostituta que fundar una princesa, te empobrecerás.

Puede suceder que no sepas gustar de la princesa, pues el poema mismo no es ni regalo ni provisión, sino superación de ti mismo; puede suceder que no te sientas ligado por la gracia del gesto, lo mismo que hay músicas a las cuales no accederás, falto de esfuerzo; pero no es porque ella nada valga, sino simplemente porque tú no existes.

En el silencio de mi amor he oído hablar a los hombres. Los he escuchado conmoverse. He visto lucir el acero de los cuchillos en las disputas. Tan sórdidos como fuesen y como fuesen sus pocilgas no he hallado nunca que se animasen por bienes que tuvieran un sentido fuera del lenguaje que hablan, excepto por el apetito del alimento. Porque la mujer por la cual deseas matar es siempre algo más que un simple cuerpo; es tal patria particular fuera de la cual te sientes desterrado y sin significación. Porque el hornillo donde se prepara el té de la tarde te falta bruscamente si se pierde el sentido que lo trasciende.

Pero si en la diligencia de tu estupidez te equivocas, y al ver a los hombres adorar al hornillo de la tarde lo honras por sí mismo, y esclavizas al hombre al hogar, entonces no habrá hombres para amarlo y arruinarás al uno y al otro.

Así sucede si divides un rostro al reconocer en él la dulzura de los niños y la piedad de un lecho de enfermo y el silencio como alrededor de un altar y la grave maternidad. Entonces construirás,

para favorecer el número, caballerizas y establos; y acorralarás allí a tus rebaños de mujeres para que paran.

Y perderás para siempre lo que pretendías favorecer; porque poco te importan las fluctuaciones de un ganado, si se trata de bestias para engordar.

Yo construyo el alma del hombre y le erijo fronteras y límites y le dibujo jardines; y para que sea el culto del niño, y adquiera un sentido en el corazón, puede ser que en apariencia favorezca menos el número; porque no creo en su lógica, sino en la pendiente del amor.

Si eres, construyes tu árbol; y si invento y fundo el árbol, lo único que te propongo es una semilla. Las flores y los frutos duermen en potencia en el lecho de ese poder. Si te desarrollas, te desarrollas según mis líneas no preconcebidas, pues no me he preocupado de ello. Y al ser, puedes realizar. Y tu amor se convierte en hijo de ese amor.

86

Y tropezaba con una pared; pues hay épocas en las que el lenguaje nada puede asir ni nada prever. Aquellos me oponen el mundo como un jeroglífico y exigen que se lo explique. Pero no existe una explicación y el mundo no tiene sentido.

«¿Debemos someternos o luchar?» Es preciso someterse para sobrevivir y luchar para continuar siendo. Deja hacer a la vida. Porque tal es la miseria del día que la verdad única de la vida se expresará por medio de formas contradictorias. Pero no te forjes ilusiones: tal como eres, estás muerto. Y tus contradicciones son las de la muda, lo mismo que tus desgarramientos y tus miserias. Crujes y te desgarras. Y tu silencio es el del grano de trigo en la tierra donde se pudre para llegar a ser. Y tu esterilidad es esterilidad de tu crisálida. Pues renacerás embellecido por árboles.

Te dirás desde lo alto de la montaña donde se resuelven tus problemas: «¿Cómo no comprendí en un principio?». Como si en un principio hubiera habido algo por comprender.

87

No recibirás ningún signo, pues el silencio es la característica de la divinidad de la cual esperas recibirlo. Y las piedras nada saben del templo que componen y nada pueden saber. Ni el pedazo de corteza, del árbol que compone con otro. Ni el árbol mismo, o tal morada, del dominio que componen con otros. Ni tú de Dios; porque se precisaría que el templo se apareciera a la piedra o el árbol a la corteza, lo que no tiene sentido pues no existe para la piedra un lenguaje donde recibirlo. El lenguaje es la escala del árbol.

Este fue mi descubrimiento después de ese viaje hacia Dios.

Siempre solo, encerrado en mí, cara a mí. Y no espero salir por mí mismo de mi soledad. La piedra no tiene esperanza de ser algo distinto a una piedra. Pero al colaborar, se une y se transforma en templo.

Ya no tengo esperanza de pretender la aparición del arcángel, pues o bien es indivisible, o bien no existe. Y los que esperan un signo de Dios se convierten en reflejo de espejo y no descubrirán nada más que a sí mismos. Pero me invade, al desposar a mi pueblo, el calor que me transfigura. Y esto es señal de Dios. Pues una vez hecho el silencio, es verdadero para todas las piedras.

Fuera de todas las comunidades, nada importo y nada me satisfaría.

Así pues, dejaos ser grano de trigo para el invierno en el granero; y dormid allí.

88

Ese rechazo a ser trascendidos:

–Yo... –dicen.

Y se golpean el vientre. Como si hubiera alguien en ellos, para ellos. Lo mismo que si las piedras del templo dijeran: «Yo, yo, yo...».

Así, con los que condenaba a extraer los diamantes. El sudor, las fatigas, el embrutecimiento, se transformaban en diamantes y luz. Y existían por el diamante que era su significado. Pero llegó el día en que se sublevaron. «¡Yo, yo, yo!», decían. He aquí que rehusaban someterse al diamante. Y no querían ya llegar a ser. Sino sentirse honrados por sí mismos. Eran feos porque son bellos en el diamante. Porque las piedras son bellas en el templo. Porque el árbol es bello en el dominio. Porque el río es bello en el imperio. Y se canta al río: «Tú, el que nutres nuestros rebaños, tú sangre lenta de nuestras llanuras, tú el conductor de nuestros navíos...».

Pero ellos se estimaban como mira y como fin. Y se interesaban únicamente en lo que les servía, no en servir a algo más alto que ellos mismos.

Y por eso asesinaron a los príncipes, redujeron a polvo los diamantes para repartirlos entre todos, metieron en los calabozos a los que, buscadores de la verdad, hubieran podido dominarlos un día. «Es tiempo –decían– de que el templo sirva a las piedras.» Y todos se marchaban enriquecidos, pensaban ellos, con su pedazo de templo, ¡pero desposeídos de su parte divina y transformados en simples cascotes!

89

Y sin embargo, interrogas:

–¿Dónde comienza la esclavitud, dónde termina, dónde comienza lo universal, dónde concluye? Y los derechos del hombre, ¿dónde comienzan? Pues conozco los derechos del templo, que es sentido de las piedras, y los derechos del imperio, que es sentido de los hombres, y los derechos del poema, que es sentido de las palabras. Mas no reconozco los derechos de las piedras en contra del templo ni los derechos de las palabras en contra del poema, ni los derechos del hombre en contra del imperio.

No hay en ellos verdadero egoísmo, sino mutilación. Y el que marcha solitario, diciendo: «Yo, yo, yo...», está como ausente del reino. Lo mismo que la piedra fuera del templo o la palabra seca fuera del poema o tal fragmento de carne que no forma parte de un cuerpo.

–Pero –le dijeron– puedo suprimir los imperios y unir los hombres en un solo templo, y he aquí que recibirán su sentido de un templo más vasto...

–Porque no comprendes nada –respondió mi padre–. Pues primero ves que esas piedras componen un brazo y reciben su sentido de él. Otras una garganta o un ala. Pero en conjunto componen un ángel de piedra. Y otras, reunidas, componen una ojiva. Y otras en conjunto una columna. Y luego, si tomas esos ángeles de piedra, esas ojivas y esas columnas, todas juntas componen un templo. Y luego, si tomas todos los templos, componen la ciudad santa que gobierna tu marcha en el desierto. Y pretendes que en lugar de someter las piedras al brazo, a la garganta, y al ala de una estatua, y después las estatuas al templo, después a través de estos, los templos a la ciudad santa, te sea más provechoso someter el conjunto a la ciudad santa, haciendo un gran montón uniforme, como si el esplendor de la ciudad santa, que es uno, no naciera de esa diversidad. Como si el esplendor de la columna, que es uno, no naciera del capitel, del fuste y del basamento, que son diversos. Pues cuanto más alta es la verdad, más alto debes observar para aprehenderla. La vida es una, lo mismo que la pendiente hacia el mar, y sin embargo, de etapa en etapa, se diversifica, delegando su poder de Ser en Ser, como de escalón en escalón. Porque ese velero es el bien que resulta de un conjunto diverso. Pues si te acercas, descubres las velas, los mástiles, una proa, un casco, una roda. Y

más de cerca, ves que cada parte tiene cuerdas, duelas, tablas y clavos. Y cada conjunto, mirado desde más lejos, se descompone.

»Y mi imperio no tiene significación ni vida verdadera, ni los desfiles de los soldados de la guardia para vosotros, como la ciudad simple si es solo piedras bien alineadas. Pero primero es tu hogar. Después de los hogares, una familia. Después de la familia, una tribu. Después de las tribus, una provincia. Después de las provincias, mi imperio. Y a este imperio lo ves ferviente y animado del este al oeste, del norte al sur, lo mismo que un velero en alta mar, que se nutre del viento y lo organiza hacia un fin que no varía, aunque el viento varíe y aunque el velero sea conjunto.

»Y ahora puedes continuar tu trabajo de elevación, y tomar los imperios para hacer un navío más vasto que absorba en sí los navíos y los lleve en una dirección que será una, nutrida por vientos diversos y variables, sin que varíe la proa de la roda en las estrellas. Unificar es anudar mejor las diversidades particulares, no borrarlas para un orden vano.

(Pero no hay etapas en sí. Has nombrado algunas. Hubieras podido nombrar otras que hubiesen coincidido con las primeras. Pero no es seguro.)

90

Y te inquietas, pues has visto al mal tirano aplastar a los hombres. Y al usurero tenerlos bajo su esclavitud. Y algunas veces al constructor de templos no servir a Dios sino servirse a sí mismo y aprovechar para sí el sudor de los hombres. Y no te ha parecido que los hombres se engrandecieran con ello.

Es que mala era la diligencia. Porque no se trata de ascender y formar un brazo utilizando al azar las piedras que lo componen. Formando al azar de los miembros, el ángel de piedra. Al azar, los ángeles y las columnas o las ojivas del templo. Pues eres libre así de detenerte en la etapa que desees. No es mejor someter los hombres

al templo que al simple brazo de la estatua. Porque ni el tirano, ni el usurero, ni el brazo, ni el templo, tienen calidad para absorber al hombre y enriquecerlo en pago de su propio enriquecimiento.

No son los materiales de la tierra los que se organizan al azar y ascienden en el árbol. Para crear el árbol, has arrojado primero la semilla en el lugar donde dormía. Ha venido de lo alto y no de abajo.

Tu pirámide no tiene sentido si no acaba en Dios. Porque él se expande sobre los hombres después de haberlos transfigurado. Puedes sacrificarte al príncipe si se prosterna ante Dios. Porque entonces, tu bien vuelve a ti habiendo cambiado su esencia y su gusto. Y el usurero no podría lograrlo, ni el brazo solo, ni el templo solo, ni la estatua. Porque ¿de dónde vendría ese brazo si no hubiera nacido de un cuerpo? El cuerpo no es reunión de miembros. Pero lo mismo que el velero no es al azar de su conjunto un efecto de elementos diversos, sino que al contrario fluye de diversidades y contradicciones aparentes, de la sola inclinación hacia el mar, la cual es una, lo mismo el cuerpo se diversifica en miembros, pero no es una suma, pues no se pasa de los materiales al conjunto, sino, como te lo dirá todo creador, todo jardinero y todo poeta, del conjunto a los materiales. Y me basta inflamar a los hombres con el amor a las torres que dominan las arenas para que los esclavos de mis arquitectos inventen la carreta de piedras y muchas otras cosas.

91

El gran error es no reconocer que la ley es significación de las cosas, no rito más o menos estéril en ocasión de esas cosas. De legislar sobre el amor he hecho nacer tal forma de amor. Mi amor está dibujado por las mismas sujeciones que le impongo. La ley puede, pues, ser costumbre lo mismo que gendarme.

92

Es por esto por lo que esta noche desde lo alto de las murallas donde guardo a la ciudad en mi potencia, donde mis guarniciones guardan las ciudades del imperio y se comunican unas con otras con la ayuda de fuegos sobre las montañas; lo mismo que a veces se llaman unos a otros los centinelas que se pasean por lo alto de las murallas. Y cada uno se aburre. (Pero, sin embargo, advertirá más adelante que extraía su sentido de ese paseo, porque no hay lenguaje ofrecido al centinela para que sus pasos sean sonoros en su corazón, y no sabe lo que hace, y cada uno cree aburrirse y esperar la hora de la cena. Mas sé bien que nada de interés hay en otorgar un lenguaje a los hombres y que mis centinelas que sueñan con la sopa y bostezan por la obligación de la guardia se equivocan. Porque inmediatamente, a la hora de la comida, es un centinela que se nutre y lanza un golpe a su vecino –y que es vasto–; pues si los bloqueara alrededor de su comedero no tendría más que ganado.)

Así pues, esa noche en que el imperio se agriete, en que pesada es la ausencia de algunos fuegos sobre las montañas porque la noche puede lograr extinguirlos uno tras otro, lo que es derrumbamiento del imperio, el cual derrumbamiento amenazará hasta el gusto de la comida nocturna y hasta el sentido del beso que da la madre al niño. Pues otro es ese niño que no pertenece al imperio, si no se abraza ya a Dios a través de él.

Cuando el incendio amenaza se usa el contrafuego. He hecho de mis guerreros fieles un círculo de hierro y he aplastado todo lo que he encerrado allí. Generación transitoria, ¿qué importan las hogueras a las que te he reducido? Es preciso salvar el templo de la significación de las cosas. Porque me lo ha enseñado la vida: no hay tortura verdadera en la carne mutilada ni aun en la muerte. Sino que la resonancia aumenta según la envergadura del templo que da su sentido a los actos de los hombres. Y aquel que ha sido formado fiel al imperio, si lo mantienes fuera del imperio en la prisión de su destierro, lo ves desgarrarse en los barrotes y rehusar beber, pues su lenguaje no tiene ya sentido. ¿Y quién, si no, lo desgarraría? Y sientes que el que ha sido forjado según la moral de la familia, si su hijo ha caído en el torrente y tú lo retienes sobre la ribera, se retuerce en tus brazos para escaparse y aúlla y quiere arrojarse en el

remolino, pues su lenguaje no tiene sentido ya. Pero a ese primero, lo ves enorgullecido y majestuoso el día de la fiesta del imperio, y al segundo, lo ves resplandecer el día de la fiesta del hijo. Y lo que causa tus sufrimientos más graves es lo mismo que te aporta tus alegrías más altas. Porque sufrimientos y alegrías son frutos de tus lazos, y tus lazos estructuras que te he impuesto. Y yo quiero salvar a los hombres y obligarlos a existir, aun cuando los conmueva con lo que les hace sufrir, la prisión que los separa de su familia o el destierro que los separa del imperio; porque si me reprochas ese sufrimiento a causa de tu gusto por la familia o el imperio, te responderé que tu diligencia es absurda puesto que precisamente salvo lo que te hace ser.

Generación transitoria, depositaría de un templo que quizá no sabes ver, carente de perspectiva, pero que crea la extensión de tu corazón y el resonar de tus palabras y los grandes fuegos interiores de tus alegrías: a través de ti salvaré el templo. ¿Qué importa pues el círculo de guerreros de hierro?

Se me ha apodado el justo. Lo soy. Si he vertido sangre ha sido no para establecer mi dureza, sino mi clemencia. Porque al que ahora me besa de rodillas, puedo bendecirlo. Y se enriquece con mi bendición. Y se marcha en paz. Pero el que duda de mi fuerza ¿qué gana con ello? Si levanto los dedos sobre él, vertiendo la miel de mi sonrisa, no lo sabe para recibirla. Y se marcha pobre. Porque no lo enriquece en su soledad venidera gritar: «Yo, yo, yo...»; para lo que no hay respuesta. Si me arrojaran desde lo alto de las murallas, no sería yo lo que les faltaría en un principio, sino la dulzura de ser hijos. Sino el apaciguamiento de ser bendecidos. Sino el agua pura sobre el corazón al ser perdonados. Sino el refugio, sino la significación, sino el gran manto del pastor. Que se arrodillen para que pueda parecerles bello, que me honren en mi grandeza para que pueda engrandecerlos. ¿Quién habla aquí de mí?

No he puesto a los hombres al servicio de mi gloria, pues me humillo delante de Dios, y Dios, que es el único en recibirla, envuelve a todos en su gloria. No he empleado a los hombres en servicio del imperio. Sino que el imperio me ha servido para fundar los hombres. Si he descontado como perteneciente a mi débito el fruto de su trabajo, fue para remitírselo a Dios, a fin de volverlo a

esparcir sobre ellos como un beneficio. Y he aquí que de mis graneros mana un trigo que es recompensa. Así, al mismo tiempo que alimento, se hace luz, cántico y paz del corazón.

Esto mismo respecto a toda cosa que concierne a los hombres, pues esa alhaja tiene sentido de matrimonio, ese campamento sentido de la tribu, ese templo sentido de Dios y ese río sentido del imperio.

Si no, ¿qué poseerían?

No se construye el imperio con los materiales. Se absorben los materiales en el imperio.

93

Había los seres y la fidelidad. Llamo fidelidad al lazo de los seres, como el oficio, o el imperio, o el templo, o el jardín; grande es aquel fiel al jardín.

Llega entonces el que nada comprende de lo que en verdad importa y a causa de una ilusión de falsa ciencia, que es desmontar para conocer (conocer pero no contener, pues falta lo esencial, como en las letras del libro si las has mezclado; tu presencia. Si mezclas, borras al poeta. Y si el jardín es solo una suma, borras al jardinero). Aquel, pues, descubre como arma la ironía, que es del cangrejo. Porque consiste en mezclar las letras sin leer el libro. Y te dice: «¿Por qué morir por un templo que solamente es suma de piedras?». Y nada puedes responderle. «¿Para qué morir por un jardín que es suma de árboles y de hierba?» Y nada puedes responderle. «¿Para qué morir por los caracteres del alfabeto?» ¿Y cómo aceptarías morir?

Pero en realidad, una a una, destruye tus riquezas. Y rehúsas morir, por lo tanto amar, y llamas a ese rechazo ejercicio de la inteligencia cuando eres ignorante y te cansas deshaciendo lo que ha sido hecho, y en comer tu bien más precioso: el sentido de las cosas.

Y él se envanece con su obra, aunque sea solo un pillastre, puesto que no construye con su acto, como construiría aquel que, al mismo tiempo que pule su frase, forja el estilo que le permitirá pulir más lejos. Obtiene un efecto de sorpresa rompiendo la estatua para distraerte con sus pedazos; pues creías a ese templo meditación y silencio, mas solo es conjunto de cascotes y no merece que se lo habite.

Y cuando te ha enseñado esa operación que mata a los dioses, no te queda nada por lo cual respirar ni vivir. Pues lo que cuenta primero en el objeto es la luz con que lo colora la civilización de que hablas. Así pasa con la piedra del hogar, que es amor, con la estrella, que es del reino de Dios, y con el cargo que te confiero, que es dignidad real. Y con el escudo, que es de la dinastía. Pero ¿qué harás con una piedra, un cargo, una cifra, que no estén esclarecidos?

Entonces, de destrucción en destrucción, te deslizas hacia la vanidad; pues ella permanece cual única coloración posible cuando solo hay residuos con los que no podrías alimentarte. Entonces, tu objeto, su sentido, hecho de otro sentido, es necesario que lo extraiga de ti mismo. Y he aquí que quedas solo para colocar las cosas con tu débil luz. Porque esa vestimenta nueva es tuya. Y ese rebaño es tuyo. Y esta morada más rica que ninguna es tuya. Y todo lo que es de otro distinto a ti, esa vestimenta, ese rebaño, esa morada, se transforma en tu enemigo. Porque hay contra ti un imperio, opuesto y semejante. He aquí que te ves obligado en tu desierto a mostrarte satisfecho de ti mismo, puesto que fuera de ti ya nada hay. Y hete aquí condenado a gritar en adelante: «Yo, yo, yo...» en el vacío; para lo que no hay respuesta.

Y no he conocido jardinero que fuera vanidoso si, simplemente, amaba a su jardín.

94

Que ella se marche y todas las cosas cambiarán. ¿De qué sirve el lucro de un día sino para embellecer al siguiente? Creías poderlo

usar para asir y he aquí que nada hay por asir. ¿Qué significa tu jarro de plata pura si no es ceremonia delante de ella, antes del amor? ¿Qué significa la flauta de boj pendida en el muro si no hay qué cantar? ¿Qué significan las palmas de tus manos si no son para contener el peso del rostro cuando se duerme? He aquí que eres como una botica donde los objetos por vender no hubieran tenido lugar y, por lo tanto, en ti. Cada uno con su etiqueta espera vivir.

Así de las horas del día que no son para esperar un paso ligero, una sonrisa en tu puerta, sonrisa que es el pastel de miel que el amor lejos de ti compone en el silencio y con el cual vas a saciarte. Que son horas de adiós cuando es preciso marcharse. Que no son ya horas de sueño donde reparas tu deseo.

No hay ya templo sino piedras amontonadas. Y ya no eres. Y cómo renunciarías, sabiendo, aun cuando olvides y construyas otro templo, pues la vida es así, que un día ella retomará ese jarro y esa alfombra de alta lana y esas horas de la mañana, del mediodía y de la tarde, y de nuevo dará un sentido a tus lucros y de nuevo dará un sentido a tus fatigas y de nuevo te mantendrá cerca o lejos, o aproximándote, o alejándote, o perdiendo, o reencontrando algo. Porque ahora que no te sirve de piedra angular no te aproximas, ni te alejas, ni pierdes, ni te reencuentras, ni prolongas, ni reculas lo que sea en el mundo.

Porque si crees comunicar con esas cosas y tomarlas y desgarrarlas y renunciarlas y esperarlas y romperlas y desparramarlas y conquistarlas, no te equivoques, pues no tomas, no retienes, no posees, no pierdes, ni reencuentras, ni esperas, ni deseas más que la luz que les es dada por su sol. Porque no hay pasarela entre las cosas y tú, sino entre tú y los rostros invisibles que son de Dios, o del imperio, o del amor. Y si te veo, marino sobre el mar, es a causa de un rostro que ha hecho de la ausencia un tesoro, a causa del retorno que te cuentan los cantos antiguos de las galeras, a causa de las historias de islas milagrosas y de los arrecifes de corales allá lejos. Porque te lo aseguro: el canto de las galeras guarda para ti el canto de las olas, aun cuando las galeras ya no existen, ni los arrecifes de corales; aun cuando tus velas jamás te conduzcan a ellos, aumentan con su color el color de tus crepúsculos sobre las aguas. Y los naufragios de que te han hablado, aun cuando jamás

naufragues, tocan en las llanuras del mar, a lo largo de los acantilados, su música de ceremonia, que consiste en amortajar los muertos. Si no, ¿qué harías tú fuera de bostezar tirando de los cordajes secos? Mientras que mírate ahora cruzados los brazos sobre tu pecho, grande como el mar. Porque no conozco nada que no sea primero rostro, o civilización, o templo construido por tu corazón.

Y es por esto por lo que no quieres renunciar a ti mismo cuando, habiendo vivido demasiado tiempo de un amor, no tienes otro sentido.

Y por esto los muros de la prisión no pueden encerrar al que ama, pues es de un imperio que no pertenece a las cosas, sino sentido de las cosas, y se ríe de los muros. Y existe ella en alguna parte, aun cuando esté dormida, y por consiguiente como muerta, y aunque no le sirva de nada en el instante; y aun, si construyes esos muros de fortaleza entre ella y él, he aquí que en secreto, en el silencio de su espíritu, ella lo alimenta. Y no lograrías separarlos.

Así de toda aparición nacida del nudo divino que anuda las cosas. Porque no puedes recibir si estás privado de la única que deseas y que te exaspera en tu noche blanca, no recibes más que tu perro si tiene hambre de una imagen de carne; porque no ha nacido el dios del espíritu para franquear los muros. Pero te lo he dicho de aquel que es señor del dominio y se pasea al alba por la tierra mojada. Nada del dominio le sirve en el instante. No ve más que un camino en hondonada. Y sin embargo, no es igual a otro, sino grande de corazón. Así con aquel que es centinela del imperio del que solamente toca un camino de ronda que es granito bajo las estrellas. Va de largo en ancho amenazado en su carne. ¿Qué conoces más pobre que él, prisionero de una prisión de cien pasos? ¿Pesado por las armas, castigado con el calabozo si se sienta y de muerte si se duerme? ¿Helado por la helada, empapado por la lluvia, quemado por la arena y no teniendo que esperar de la sombra otra cosa que un fusil apostado y dirigido contra su corazón? ¿Qué conoces más desesperado? ¿Qué mendigo no es más rico en la libertad de sus pasos y el espectáculo del pueblo en el cual se embebe y el derecho que tiene de distraerse a derecha e izquierda?

Y sin embargo, mi centinela es del imperio. Y el imperio lo alimenta. Es más que el mendigo. Y su muerte será pagadera; porque entonces se cambiará en el imperio.

Envío a mis prisioneros a romper piedras. Y las rompen y están vacíos. Pero si construyes tu casa, ¿crees romper las mismas piedras? Tú construyes el muro de una casa y tus gestos son no un castigo, sino un cántico.

Pues basta para ver claro cambiar de perspectiva. Por cierto, hallas enriquecido al que en el instante de la muerte es salvado y vive un poco más. Pero si cambias de montaña y consideras su destino hecho, y ya anudado como una gavilla, lo hallarás más dichoso con una muerte que haya tenido un sentido.

Así, aun de los que he hecho coger una noche de guerra a fin de que me denunciaran los proyectos de mi enemigo.

–Soy el jefe entre los míos –me dijo–, y tus verdugos nada pueden contra esto...

Hubiera podido aplastarlo bajo una muela sin hacer brotar el aceite del secreto; porque era de su imperio.

–Pobre eres –le decía yo– y estás a mi merced.

Pero reía de oírme llamarle pobre. Porque no podía separar de él el bien que poseía.

He aquí pues el sentido del aprendizaje. Porque tus riquezas verdaderas no son objetos, que valdrían cuando los usas, como tu asno cuando lo cabalgas o tus cubiertos cuando comes, pero que no tienen sentido una vez alineados. Ni cuando la fuerza de las cosas te separa, como la mujer que te limitas a desear sin amar.

Porque, ciertamente, el animal solamente puede acceder al objeto. Y no al color del objeto según un lenguaje. Pero eres hombre y te alimentas del sentido de las cosas y no de las cosas.

Y a ti, yo te construyo y te educo. Y te muestro en la piedra lo que no es piedra, sino movimiento del corazón del escultor y majestad del guerrero muerto. Y eres rico porque existe en alguna parte el

guerrero de piedra. Y te he educado al construirte un dominio con los carneros, las cabras, las moradas y las montañas. Y si nada del dominio te sirve en el instante, sin embargo te sientes colmado. Te enriquezco al tomar las palabras vulgares y anudarlas en un poema. Te exalto cuando tomo los ríos y las montañas y anudo mi imperio. Y, los días de victoria, los cancerosos sobre sus camastros, los prisioneros en sus prisiones, los perseguidos por deudas entre sus ujieres, resplandecerán de orgullo, pues no hay muro, ni hospital, ni prisión que te impidan recibir; porque he extraído de ese material dispar un dios que ríe de sus muros y es más fuerte que los suplicios.

Y por esto, te lo he dicho ya, derribo los muros, arranco los barrotes y liberto al hombre que construyo. Porque he construido al que comunica y se ríe de las murallas. Y de los carceleros. Y de los hierros de los verdugos, que no pueden reducirlo.

Pues, ciertamente, no te comunicas de uno a otro. Sino de uno al imperio y del otro al imperio que tiene para vosotros dos significaciones. Y si me preguntas: «¿Cómo reunirme con aquella que amo cuando los muros o los mares o la muerte nos separan?», te responderé que inútil es gritar hacia ella por ella, sino que te basta acariciar eso de lo que ningún muro te separa, el rostro de la casa, de la bandeja de té y del hornillo y de la alfombra de alta lana; de los que es piedra angular la esposa que duerme, puesto que puedes amarla, aunque ausente y dormida.

Por esto digo que importa primero, en la construcción del hombre, no instruirlo, lo que es banal si solo se logra un libro que camina, sino educarlo y conducirlo a las etapas donde ya no existen cosas, sino rostros nacidos del nudo divino que anuda las cosas. Porque nada hay que esperar de las cosas si no resuenan unas en otras, única música para el corazón.

Así de tu trabajo, si es pan de los niños o cambio de ti en algo más vasto. Así, de tu amor si es otra cosa más alta que búsqueda de un cuerpo para asir, porque encerrada en él está la alegría que te da.

Y por eso hablaré primero de la calidad de las criaturas. Cuando en la tristeza de las noches cálidas, de retorno de las arenas, visitas el distrito reservado y escoges una mujer para olvidar el amor, y la acaricias y escuchas que te habla y responde, sucede que una vez consumado el amor y aunque sea bella, vuelves a partir despojado de ti mismo y sin haber formado un recuerdo.

Pero si sucede que la misma apariencia, con los mismos gestos, con la misma gracia, con las mismas palabras, era esa princesa proveniente de una isla por el hilo de lentas caravanas, bañada quince años en la música, en el poema y en la sabiduría, y permanente y sabiendo arder de cólera ante la afrenta, y arder de felicidad ante las pruebas, y rica por poseer una parte irreductible, llena de dioses que no sabría traicionar, y capaz de ofrecer el verdugo su gracia extrema por una sola palabra exigida de ella, que ella desdeñará decir, tan bien fundada en su nobleza que su último paso será más patético que una danza, si sucede que es aquella que, cuando entras en la sala de luna con lajas relucientes donde te aguarda, abre para ti sus jóvenes brazos, y pronuncia las mismas palabras, pero que serán ahora expresión de un alma perfecta, entonces yo te digo: volverás a partir al amanecer hacia tus arenas y tus zarzas, no ya el mismo, sino convertido en cántico de acción de gracias. Porque no pesa el individuo con su pobre corteza y su bazar de ideas, sino que ante todo cuenta el alma más o menos vasta, con sus climas, sus montañas, sus desiertos de silencio, sus fuentes de nieves, sus vertientes de flores, sus aguas durmientes, toda una caución invisible y monumental. Y es de ella de donde extraes tu dicha. Y ya no puedes evadirte de ella. Porque no es lo mismo navegar sobre el magro río, aunque cierres los ojos para gustar su balanceo, que viajar sobre el espesor de los mares. Porque no te produce el mismo placer, aunque el objeto sea semejante, el falso diamante que el diamante puro. Y la que calla delante de ti no es igual a la otra en la profundidad de su silencio.

Y no te equivocas.

Y por eso te impido que consigas fácilmente lo que necesitas y, puesto que las mujeres son dulces a tu corazón, te prohíbo que te facilites su captura vaciándolas de su consigna, de su rechazo y de su nobleza; pues yo habría destruido por eso mismo lo que

pretenderías coger.

Y si he aquí que se prostituyen, no obtendrás de ellas más que el poder de olvidar el amor; mientras que la sola acción que salvo es la que enriquece para la acción próxima, como al empujarte en tu ascensión a vencer la montaña, te preparo a vencer otra aún más alta, como al proponerte, a fin de fundar tu amor, escalar el alma inaccesible.

95

El diamante es fruto del sudor de un pueblo; pero cuando un pueblo ha sudado así, ha surgido un diamante que no es consumible ni divisible, y no sirve a cada uno de los trabajadores. ¿Debo renunciar a la captura del diamante que es estrella despertada de la tierra? Del barrio de mis cinceladores, si extirpo los cinceladores que cincelan los jarros en oro, los que no son tampoco divisibles, puesto que cada uno cuesta una vida y que en tanto que aquel cincela es preciso que yo lo alimente con un trigo candeal cultivado en otra parte (si a su turno los envío a trabajar la tierra, no habrá ya jarro de oro, sino una carga mayor de trigo candeal que distribuir), ¿vas a pretenderme que no corresponde a la nobleza del hombre extraer el diamante o cincelar el objeto de oro? ¿De qué deduces que el hombre se enriquezca con esto? ¿Qué me importa el destino del diamante? Aceptaría el rigor, para satisfacer los celos de la multitud, de quemar una vez al año todos aquellos que hubiera recolectado; porque así se beneficiarían con un día de fiesta, o incluso, inventaría una reina que cargaría con sus relumbres, y así poseerían una reina endiamantada. Y así el relumbre de la reina o el calor de la fiesta, como retribución, se extenderá sobre ellos. Pero ¿dónde ves que sean más ricos si encierran esos diamantes en sus museos? Allí tampoco en el instante servirán de nada a nadie, salvo a algunos ociosos estúpidos, y enoblecerán solamente a un guardián grosero y pesado.

Porque deberás admitir que solo vale lo que ha costado tiempo a los hombres, como el templo. Y que la gloria de mi imperio, de la que

cada uno recibirá su parte, emana del diamante que les obligo a extraer y de la reina que haya ornado con él.

Porque solo conozco la libertad que es ejercicio del alma. Y no la otra que es risible, pues he aquí que te hallas obligado a buscar la puerta para franquear los muros y no eres libre de ser joven, ni de gustar del sol por la noche. Si te obligo a escoger esta puerta antes que la otra, te quejarás de mi novatada cuando no te has percatado, si hay solo una puerta, de que sufrirías la misma sujeción. Y si te rehúso el derecho de desposar a la que te parece bella, te quejarás de mi tiranía, cuando no has observado, por no haber conocido otra, que en tu pueblo todas eran bizcas.

Pero como he constreñido a la que desposarás a llegar a ser, y como a ti también te he forjado un alma, usaréis ambos de la sola libertad que tiene un sentido y que es ejercicio del espíritu.

Pues la licencia te borra; y, según las palabras de mi padre, no es ser libre no ser.

96

Porque te hablaré un día de la necesidad, o de lo absoluto, que es nudo divino que anuda las cosas.

Porque es imposible jugar patéticamente al juego de dados, si los dados nada significan. Y en aquel al que ordeno partir al mar cuando este se muestra tempestuoso, según lo aprecia antes de embarcarse con una amplia mirada, y cuando las nubes le pesan como adversarios y mide la marejada y respira la inflexión del viento, resonarán todas esas cosas y, por el imperio de mi orden sin respuesta, no serán para él ya espectáculo dispar de feria, sino basílica construida, y yo como la piedra angular para establecer su permanencia. Así, aquel será magnífico cuando se embarque, delegando a su vez sus órdenes en el ceremonial del navío.

Pero tal otro, fuera de mí, si pretende visitar el mar como paseante, y errar por él como lo desee y revolverse según su propia inclinación a una media vuelta, no tiene acceso a la basílica, y esas nubes pesadas no le significan prueba, sino nada más importante que una tela pintada, y ese viento que refresca no es transformación del mundo, sino débil caricia sobre la carne.

Y por ello es por lo que eso que yo llamaría deber, nudo divino que anuda las cosas, no te construirá tu imperio, tu templo, o tu dominio sino cuando se muestre a ti como absoluta necesidad y no como juego cuyas reglas serían cambiantes.

«Tú reconocerás un deber –decía mi padre–, en que, ante todo, no eres tú quien lo escoge.»

Por esto se equivocan los que buscan gustar. Y para agradar se hacen maleables y dúctiles. Y responden por anticipado a los deseos. Y traicionan todo a fin de ser como se los desea. Pero ¿qué tengo que hacer con esas medusas que no tienen ni muesca ni forma? Las vomito y las devuelvo a su nebulosa: venid a verme cuando estéis construidas.

Del mismo modo, las mujeres se cansan del que las ama cuando, para mostrarles su amor, acepta hacerse eco y espejo; porque nadie tiene necesidad de su propia imagen. Sino que tengo necesidad de ti, que has sido construido como una fortaleza con tu núcleo que yo encuentro. Siéntate allí puesto que existes.

Aquel que es de un imperio, la mujer lo desposa y se hace su sirviente.

97

Se me ocurrieron estas observaciones sobre la libertad.

Cuando mi padre muerto se volvió montaña y limitó el horizonte de

los hombres, se despertaron los lógicos, los historiadores y los críticos, inflados con el viento de las palabras que les había hecho tragar una vez, y descubrieron que el hombre era bello.

Era bello, puesto que mi padre lo había fundado.

«Puesto que el hombre es bello –meditaban–, conviene libertarlo. Y se extenderá con toda libertad, y toda acción suya será maravillosa. Porque se daña su esplendor.»

Y yo que voy por la tarde a mis plantaciones de naranjos donde se enderezan los troncos y se cortan las ramas, podría decir: «Mis naranjos son bellos y cargados de naranjas. Entonces, ¿para qué cortar las ramas que hubiesen dado fruto? Conviene librar al árbol. Y se desarrollará con toda libertad. Porque sucede que se daña su esplendor».

Así, pues, libraron al hombre. Y el hombre se mantuvo derecho pues había sido tallado derecho. Y cuando se presentaron los gendarmes que se esforzaron, no por respeto a la matriz irreemplazable, sino por necesidad vulgar de dominación en volverlos a su sujeción, esos hombres dañados en su esplendor se sublevaron. Y el gusto de la libertad los abrazó de un extremo al otro del territorio, como un incendio. Se trataba para ellos de la libertad de ser ellos. Y cuando morían por la libertad, morían por su propia belleza, y su muerte era bella.

Y la palabra libertad sonaba más pura que el clarín.

Pero yo me acordaba de las palabras de mi padre:

«Su libertad es la libertad de no ser».

Porque he aquí que de consecuencia en consecuencia, se tornaron baraúnda de plaza pública. Pues si decides según tú mismo y si tu vecino decide, los actos, al sumarse, se destruyen. Si cada uno pinta el mismo objeto, según su gusto, el uno estucado en rojo, el otro en azul, el otro en ocre, el objeto no tiene ya color. Si la procesión se organiza y cada uno elige su dirección, la locura sopla el polvo y ya no hay procesión. Si divides tu poder y lo distribuyes entre todos, no lo retiras reforzado, sino que logras la disolución de ese poder. Y

si cada uno escoge el emplazamiento del templo y aporta su piedra donde quiere, entonces encontrarás una llanura pedregosa en lugar de un templo. Porque la creación es una y tu árbol es explosión de una sola semilla. Y, ciertamente, ese árbol es injusto porque los otros granos no germinaron.

Porque juzgo al poder, si es amor por la dominación, ambición estúpida. Pero si es acto de creador y ejercicio de la creación, si va contra la inclinación natural que tiende a que se mezclen materiales, se fundan los glaciares en charca, se esterilicen los templos por el tiempo, se disperse en blanda tibieza el calor del sol, se mezclen cuando el uso las deshaga las páginas del libro, se confundan y bastardeen los lenguajes, se igualen los poderes, se equilibren los esfuerzos ya que toda construcción nacida del nudo divino que anuda las cosas se rompa en suma incoherente, celebro el poder. Porque es como el cedro que aspira la rocalla del desierto, hunde sus raíces en el suelo donde los surcos no tienen sabor, captura con sus ramas un sol que se irá a mezclar al hielo y a pudrirse con él y que, en el desierto en adelante inmutable, donde todo poco a poco se ha distribuido, aplanado y equilibrado, comience a construir la injusticia del árbol que trasciende roca y rocalla, desarrolla al sol un templo, canta en el viento como un arpa y restablece el movimiento en lo inmóvil.

Porque la vida es estructura, línea de fuerza e injusticia. ¿Qué haces tú si hay niños que se aburren sino imponerles tus sujeciones, que son reglas de un juego, después de lo cual los ves correr?

Así, pues, llegó el tiempo en que la libertad, falta de objetos para libertar, fue solamente reparto de provisiones en una igualdad odiosa.

Porque con tu libertad molestas a tu vecino y él te molesta. Y el estado de reposo que encuentras es el estado de las bolas del billar mezcladas cuando han cesado de moverse. La libertad, así, conduce a la igualdad y la igualdad conduce al equilibrio, que es la muerte. ¿No es preferible que la vida te gobierne y que te opongas como obstáculo a las líneas de fuerza del árbol que crece? Porque la sola sujeción que te daña y que importa que odies se muestra en el

enfado de tu vecino, en la envidia de tu igual, en la igualdad con el bruto. Te engullirán en la turba muerta; pero tan estúpido es el viento de las palabras que habláis de tiranía cuando sois ascensión de un árbol.

Así, pues, vinieron los tiempos en que la libertad ya no fue libertad de la belleza del hombre, sino expresión de la masa, el hombre necesariamente se había fundido en ella, que no era libre porque no tiene dirección, sino que pesa simplemente y permanece sentada. Lo que no impedía que se denominara libertad a esta libertad de estancarse y justicia a ese estancamiento.

Llegó el tiempo en que la palabra libertad, que remedaba aún la llamada del clarín, se vació de su patetismo, los hombres soñaron confusamente con un clarín nuevo que los despertara y los constriñera a construir.

Porque solo es bello el canto del clarín que te arranca del sueño.

La sujeción valedera es la que te somete al templo según tu significación, pues las piedras no son libres de ir a donde mejor les parezca, ya que entonces nada tienen para dar ni de nada reciben un significado. Que existe cuando te sometes al clarín si se alza y hace surgir en ti algo más grande que tú mismo. Y los que morían por la libertad cuando era rostro de ellos mismos, más grande que ellos, y diligencia en favor de su propia belleza, se habían sometido a esa belleza, aceptaban las sujeciones, y se alzaban en la noche a la llamada del clarín, no libres de continuar durmiendo ni de acariciar sus mujeres, sino gobernados; y poco me importa conocer, puesto que te veo obligado, si el gendarme está dentro o fuera.

Y si está fuera, sé que estuvo antes dentro, lo mismo que tu sentido del honor proviene de que el rigor de tu padre te ha hecho crecer según el honor.

Y si por sujeción entiendo lo contrario de la licencia, la cual es hacer trampas, no deseo que sea el efecto de mi policía, porque he observado, paseándome en el silencio de mi amor, a esos niños de los cuales hablaba, sometidos a las reglas del juego, y trampeando

con vergüenza. Y era porque conocían el rostro del juego. Y llamo rostro a lo que nace de un juego. Su fervor, su placer de los problemas desarrollados, su joven audacia, un conjunto cuyo gusto es de ese juego y no de ningún otro, un cierto dios que de este modo los hace realizarse, pues ningún juego te amasa, lo mismo que no cambias de juego para cambiarte. Pero he aquí que si te observas grande y noble en ese juego, descubres, si llegas a hacer trampas, que precisamente destruyes aquello por lo que jugabas. Esa grandeza y esa nobleza. Y he aquí que te ves constreñido por el amor a un rostro.

Porque lo que el gendarme funda es tu semejanza con el otro. ¿Cómo podrías ver más alto? El orden para él es el orden del museo donde se coloca. Pero no fundo la unidad del imperio en que te parezcas a tu vecino. Sino en que tu vecino y tú mismo, como la columna y la estatua en el templo, se fundan en el imperio, el cual es solo uno.

Mi sujeción es ceremonial del amor.

98

Si tu amor no espera ser acogido, debes callarte. Puede alentar en ti si es silencio. Porque crea una dirección en el mundo, y toda dirección te aumenta cuando te permite aproximarte, alejarte, entrar, salir, hallar, perder. Porque eres el que debe vivir. Y la vida no existe si un dios no ha creado para ti líneas de fuerza.

Si tu amor no es acogido y se transforma en vana súplica en recompensa de tu fidelidad y no tienes la fuerza de alma para callarte, entonces, si hay un médico hazte curar. Porque es preciso no confundir el amor con la esclavitud del corazón. El amor que solicita es bello; pero aquel que suplica es propio de un criado.

Si tu amor choca con el absoluto de las cosas como si tuviera que

franquear el impenetrable muro de un monasterio o del destierro, agradece a Dios si ella te corresponde, aunque en apariencia sea sorda y ciega. Porque hay una lámpara encendida para ti en el mundo. Y poco me importa que puedas o no servirte de ella. Porque aquel que muere en el desierto es rico gracias a una casa lejana, aunque muera.

Porque si construyo grandes almas y elijo la más perfecta para murarla en el silencio, te parece que nadie recibe nada. Y sin embargo, ennoblece todo mi imperio. Quienquiera pase a lo lejos se prosterna. Y nacen los signos y los milagros.

Entonces, si existe un amor hacia ti, aunque inútil, y correspondes a ese amor, marcharás en la luz. Pues grande es la plegaria a la que solo responde el silencio, si sucede que existe el dios.

Pero si tu amor es acogido y los brazos se abren para ti, entonces pide a Dios que salve ese amor de pudrir; pues temo por los corazones colmados.

99

Y sin embargo, cuánto amé la libertad que volvió sonoro mi corazón, y cómo hubiera derramado mi sangre para conquistarla; y cuán luminosa observé la mirada de los hombres que luchaban por esta conquista (como, por otra parte, he visto a siniestros y bestiales como un ganado, y a vulgares de corazón en su relación con las provisiones a aquellos a los cuales se suspendía la ración en el establo, y que, con el hocico alzado, se transformaban en puercos alrededor del comedero).

Como también vi a la llama de la libertad hacer resplandecer a los hombres, y a la tiranía, embrutecerlos.

Y como no corresponde a mi diligencia abandonar nada que me pertenezca y como desprecio los bazares de ideas, sabiendo que si las palabras no informan de la vida, son las palabras las que se

deben cambiar, y que si te equivocas, bloqueado por una contradicción sin salida, es la frase lo que se debe romper, y que precisas descubrir la montaña desde donde la llanura se mostrará clara.

Descubriendo aquí a la vez que solo son grandes las almas que fueron fundadas y forjadas, y construidas como fortalezas por la sujeción y por el culto y por el ceremonial, que es a la vez tradición y plegaria y obligación no discutida.

Y que únicamente les pertenecen las almas orgullosas que no aceptan doblegarse, mantienen a los hombres derechos en los suplicios, libres de sí y de abjurar, por lo tanto independientes para escoger y decidir y desposar a aquella que aman contra el rumor de la multitud o la pérdida del favor del rey.

Medité que ni sujeción ni libertad tenían sentido. Pues ninguno de mis movimientos está hecho para rehusar, aunque las palabras que los significan se sacan la lengua.

100

Si sigues una idea preconcebida para enviar los hombres a prisión, encarcelas demasiados (y podrías encerrarlos a todos, porque todos acarrean una parte que condenas; si encarcelaras a los que sienten deseos legítimos, los santos mismos irían a prisión), es que tu idea preconcebida es un mal punto de vista para juzgar a los hombres, montaña prohibida y sangrienta que reparte mal y te fuerza a actuar contra el hombre mismo. Porque en aquel que condenas, su parte buena podría ser grande. Y de este modo lo aplastas.

Y si tus gendarmes, que necesariamente son estúpidos y agentes ciegos de tus órdenes por su función, a la cual no pides intuición, sino que, por el contrario, le rechazas ese derecho porque su deber no es aprehender ni juzgar, sino distinguir según tus signos, si tus gendarmes reciben por consigna clasificar en negro y no en blanco (porque solo existen para ellos dos colores), al que canturrea

cuando está solo o duda a veces de Dios o bosteza del trabajo de la tierra o que de alguna manera piensa, actúa, ama, odia, admira o desprecia lo que sea, entonces se abre el siglo abominable donde en primer lugar te ves hundido en un pueblo traidor del que no lograrías cortar suficientes cabezas, y tu multitud sería una multitud de sospechosos, y tu pueblo de espías, pues has elegido una manera de reparto que actúa no fuera de los hombres, lo que te permitiría alinear los unos a la derecha y los otros a la izquierda, operando así obra de claridad, sino a través del hombre mismo, dividiéndolo de sí mismo, haciéndolo espía de sí, sospechoso de sí, traidor a sí mismo, pues es de cada uno dudar de Dios en las noches cálidas. Pues es de cada uno canturrear en la soledad o bostezar por el trabajo de la tierra, o a ciertas horas, pensar, actuar, amar, odiar, admirar o despreciar lo que sea en el mundo. Porque el hombre vive. Y solamente te parecería santo, salvado y deseable aquel cuyas ideas fueran de un ridículo bazar y no movimientos de su corazón.

Y cuando pidas a tus gendarmes que despisten en el hombre lo que es el hombre mismo y no tal o cual, pondrán en ello todo su celo, lo descubrirán de cada uno, puesto que se halla en ellos, se espantarán del progreso del mal, te espantarán por sus informes, te harán participar su fe en la urgencia de la represión y, cuando te hayan convertido, te harán construir calabozos para encerrar en ellos a tu pueblo entero. Hasta el día en que estés obligado, puesto que también ellos son hombres, a encerrarlos también.

Y si quieres un día que los campesinos trabajen tus tierras bajo la bonanza del sol, que los escultores esculpan sus piedras, que los geómetras fundan sus figuras, precisarás cambiar de montaña. Y según la montaña escogida, tus presidiarios se volverán santos, y levantarás estatuas al que condenabas a romper piedras.

101

Me vino, pues, la noción del pillaje, en la que había pensado siempre, sin que Dios me alumbrara sobre ella. Y, ciertamente, sabía que es pillastre el que rompe la profundidad del estilo para

lograr efectos que le sirven, efectos laudables en sí, pues es del estilo permitírtelos, el cual ha sido fundado para que los hombres puedan acarrear con él sus movimientos interiores. Pero de esta manera rompes tu vehículo con el pretexto de conducir, a semejanza de aquel que mata su asno con cargas que no podría soportar. Mientras que con cargas medidas lo ejercitas en el trabajo y trabajará mucho mejor de lo que ya trabaja. Así, pues, al que escribe contra las reglas, lo expulso. Que se maneje para desempeñarse según las reglas, pues solamente entonces funda las reglas.

Por consiguiente, sucede que el ejercicio de la libertad, cuando es libertad de la belleza de los hombres, es pillaje, como de una reserva. Y ciertamente, de nada sirve una reserva que duerme y una belleza debida a la calidad de la matriz; pero que nunca sacarás del molde para exponerla a la luz. Es bello fundar graneros donde se guardan los granos. Tienen sentido, sin embargo, a condición de que pongas allí los granos para dispersarlos en el invierno. Y el sentido del granero es lo contrario del granero, que es ese lugar en el que haces entrar. Se convierte en el lugar de donde haces salir. Pero un lenguaje desdichado es la única causa de la contradicción, pues entrar o salir son palabras que se sacan la lengua cuando se trata simplemente de decir no: «Este granero es el lugar en el que hago entrar», a lo que otro lógico te responderá con razón: «Es el lugar de donde hago salir», cuando dominabas su viento de palabras, absorbías sus contradicciones y fundabas la significación del granero llamándolo escala de las semillas.

Del mismo modo, mi libertad es uso de los frutos de mi sujeción, que tiene el poder de fundar algo que merezca ser librado. Y a aquel que veo libre en los suplicios puesto que rehúsa abjurar, y puesto que resiste en sí mismo a las órdenes del tirano y sus verdugos, lo llamo libre, y también llamo libre al que se resiste a las pasiones vulgares; pues no puedo juzgar como libre al que se hace esclavo de toda solicitud, aunque se llame libertad, libertad de hacerse esclavos.

Pues si fundo al hombre, libero de él las diligencias del hombre, si fundo al poeta, libero los poemas, y si hago de ti un arcángel, libero

las palabras aladas y los pasos seguros como los de un bailarín.

102

Desconfío del que tiende a juzgar desde un punto de vista. Como de aquel que, viéndose embajador de una gran causa a la que se ha sometido, se ciega.

Se trata de despertar en él al hombre, cuando le hablo. Pero desconfío de su audiencia. Será en primer lugar habilidad, astucia de guerra, y digerirá mi verdad, para someterla a su imperio. ¿Y cómo reprocharle esa diligencia cuando su grandeza nacía de la grandeza de la causa?

Aquel que me escucha y con el cual me comunico a pie llano y que no digiere mi verdad para hacerla suya y servirse de ella en contra de mí, aquel del que digo que está perfectamente iluminado, es en general el que no trabaja, no actúa, no lucha, y no resuelve ningún problema. Es en alguna parte lamparilla inútil que luce para sí misma y para el lujo, flor delicada del imperio, pero estéril por ser demasiado pura.

Entonces se plantea el problema de mis relaciones y comunicaciones y de la pasarela entre ese embajador de una causa extranjera a la mía y yo mismo. Y del sentido de nuestro lenguaje.

Pues la única comunicación es a través del dios que se muestra. Y lo mismo que me comunico con mi soldado solamente a través del rostro del imperio, que es significación para uno y otro. Lo mismo que el que ama se comunica a través de los muros con la que está en su casa y que puede amar aunque esté ausente o dormida. Si se trata del embajador de una causa extranjera y si pretendo jugar con él algo más alto que un juego de ajedrez y hallar al hombre en esa etapa en que la bellaquería se halla dominada y en la que, aun cuando choquemos en la guerra, nos estimamos y respiramos en presencia el uno del otro, como aquel jefe que reinaba en el este del imperio y que fue el amado enemigo, no lo abordaré sino a través

de la imagen nueva, la cual será nuestra común medida.

Y si cree en Dios, y yo lo mismo, y si somete su pueblo a Dios, y yo el mío, nos abordamos en igualdad de condiciones bajo la tienda de tregua en el desierto, manteniendo a lo lejos nuestras tropas de rodillas, y podemos, uniéndonos en Dios, orar juntos.

Pero si no hallas ningún dios que domine, no hay esperanza de comunicar, pues los mismos materiales tienen sentido en su conjunto y sentido diferente en el tuyo, lo mismo que las piedras semejantes construyen, según la arquitectura, templos distintos; ¿y cómo expresarte cuando victoria significa para ti su derrota y significa para él su victoria?

Y he comprendido, sabiendo que nada enunciable importa, sino solamente la caución que está detrás, a la que el enunciado se afilia o de la cual transporta el peso, sabiendo que lo usual no provoca movimiento del alma ni del corazón y que el «préstame tu hornillo», si puede agitar al hombre es a causa de un rostro lesionado, como si, por ejemplo, el hornillo fuera de tu patria interior y significara el té cerca de ella después del amor, o si ella estuviera afuera y significara opulencia o fasto... Comprendo, pues, por qué nuestros refugiados bereberes reducidos a los materiales, sin nudo divino que anude las cosas, incapaces con estos materiales, aun suministrados con profusión, de construir la invisible basílica de la que no hubieran sido más que piedras visibles, descendían al rango de la bestia cuya sola diferencia es que ella no accede a la basílica y limita sus flacas alegrías al flaco disfrutar de los materiales.

Y comprendí por qué tanto les asombró el poeta que suministró mi padre, cuando cantó simplemente las cosas que resonaban las unas en las otras.

Y los tres guijarros blancos del niño: riqueza más grande que muchos materiales en desorden.

Mis capataces de presidio saben más sobre los hombres de lo que saben mis geómetras. Hazlos actuar y juzgarás. Lo mismo del gobierno de mi imperio. Puedo muy bien vacilar entre los generales y los capataces de presidio. Pero no entre aquellos y los geómetras.

Pues no se trata de conocer las medidas ni de confundir el arte de las medidas con la sabiduría, «conocimiento de la verdad», dicen. Sí. De una verdad que permite las medidas. Y, por cierto, puedes servirte desdichadamente de ese lenguaje ineficaz para gobernar. Y tomarás laboriosamente medidas abstractas y complicadas que hubieras podido disponer simplemente si hubieras sabido bailar, o vigilar las prisiones. Porque los prisioneros son niños. Lo mismo los hombres.

104

Asediaban a mi padre:

–Nos concierne gobernar a los hombres. Conocemos la verdad.

Así hablaban los comentadores de los geómetras del imperio. Y mi padre les respondía:

–Conocéis la verdad de los geómetras...

–¿Y qué? ¿No es la verdad?

–No –respondía mi padre.

–Ellos conocen –me decía– la verdad de sus triángulos. Otros conocen la verdad del pan. Si lo amasas mal, no se hincha. Si tu horno está demasiado caliente, se quema. Si está demasiado frío, la

masa se engrumece. Pero, aun cuando de sus manos salga un pan crujiente que se hace agua en la boca, los que amasan el pan no vienen a pedirme el gobierno del imperio.

–Es probable que digas la verdad en cuanto respecta a los comentadores de los geómetras. Pero están los historiadores y los críticos. Han demostrado los actos de los hombres. Conocen al hombre.

–Yo –dijo mi padre– doy el gobierno del imperio al que cree en el diablo. Pues, con el tiempo que se lleva perfeccionándolo, sirve bastante bien para desenredar el oscuro comportamiento de los hombres. Mas, por cierto, de nada sirve el diablo para explicar las relaciones que existen entre las líneas. Por eso, no espero que los geómetras me demuestren al diablo con sus triángulos. Y nada de lo que hay en sus triángulos puede ayudarlos a guiar a los hombres.

–Eres oscuro –le dije–. ¿Crees entonces en el diablo?

–No –contestó mi padre.

Pero añadió:

–Pues ¿qué significa creer? Si yo creo que el verano hace madurar la cebada no digo nada fecundo ni criticable, pues comienzo por llamar verano a la estación en que la cebada madura. Y lo mismo con las otras estaciones. Pero si deduzco relaciones entre las estaciones como, a saber, que la cebada madura antes que la avena, creeré en esas relaciones, puesto que existen. Poco me importan los objetos relacionados: me sirvo de ellos como de una red para atrapar a una presa.

Y añadía mi padre:

–Ocurre con esto como con la estatua. ¿Piensas tú que para el creador se trata de la descripción de una boca, de una nariz o de un mentón? No, ciertamente, sino únicamente de la resonancia de esos objetos los unos sobre los otros. Resonancia que será, por ejemplo, el dolor humano. Es posible, por otra parte, hacértela escuchar, pues no te comunicas con los objetos, sino con los nudos que los atan.

»El salvaje cree –agregó mi padre– que el sonido está solo en el tambor. Adora el tambor. Otro cree que el sonido está en las baquetas, y adora las baquetas. Otro, por fin, cree que el sonido reside en la potencia de su brazo y lo ves pavonearse con su brazo en alto. Tú reconoces que no está ni en el tambor, ni en las baquetas, ni en el brazo, y llamas verdad al tamborileo del tamborilero.

»Rechazo, pues, del gobierno de mi imperio a los comentadores de los geómetras que veneran como ídolo aquello que ha servido para edificar; y porque un templo los conmueve adoran su poder en las piedras. Esos vendrían a gobernarme los hombres con sus verdades para triángulos.

Sin embargo, yo me entristecía:

–No existe, pues, ninguna verdad –dije a mi padre.

–Si logras decirme –me replicó sonriendo– a qué anhelo del conocimiento es rehusada una respuesta, lloraré yo también sobre la debilidad que nos traba. Pero no concibo el objeto que quieres que aprehenda. El que lee una carta de amor se estima colmado cualesquiera sean la tinta y el papel en que está escrita. No buscaba el amor ni en el papel ni en la tinta.

Me pareció entonces que los hombres, sometidos a las ilusiones de su lenguaje y habiendo observado que es fecundo desmontar el objeto para adquirir conocimientos, cuando hubieron comprobado la eficacia fulminante de ese método, arruinaron su patrimonio. Pues lo que es verdad, y sin duda nunca en forma absoluta, para la materia, se torna falso para el espíritu. En efecto, tú, hombre, estás de tal manera hecho que los objetos te parecen vacíos y muertos si no son de un reino espiritual; y aun cuando seas grueso e insensible,

no deseas este objeto más bello que el otro, sino por el sentido que tiene entre los tuyos, lo mismo que si deseas el oro, es porque lo supones henchido de tesoros invisibles, y que si tu mujer desea ese adorno, no es para sujetar la cabellera, sino porque es una convención en un lenguaje, y es jerarquía, y mensaje secreto y signo de dominación.

Así se me apareció la única fuente donde puedan abrevar el espíritu y el corazón. El único alimento que te conviene. El único patrimonio que debe ser salvado. Y que necesitas reconstruir lo que habías dilapidado. Pues estás allí, sentado entre las ruinas de objetos esparcidos, y si el animal está satisfecho, el hombre está amenazado en ti por el hambre y sin saber de qué tiene hambre, pues al mismo tiempo estás hecho de tal manera que tu necesidad de alimentos es el fruto de tu alimentación; y si una parte tuya es mantenida en la miseria y semidormida por falta de alimento o de ejercicio, no reclamas ni ese ejercicio ni ese alimento.

Por tanto, si nadie desciende hasta ti de su montaña y no te instruye, no sabrás cuál de los caminos que seguir te salvará. Lo mismo que no creerás, por muy sabiamente que lo razonen, qué hombre nacerá de ti o despertará en ti, pues no está aún presente.

Por eso mi sujeción es potencia del árbol y, a través de él, liberación de la rocalla.

Y paso a paso puedo hacerte comunicar con tesoros cada vez más vastos. Pues en verdad ya es bello el del amor y el de la casa y del patrimonio y del imperio y del templo y de la basílica en que se ha tornado el año cuando cambiaron los días de fiesta; pero si tú me permites que te guíe para ayudarte a escalar la más alta montaña, tengo tesoros para ti, tan duros de conquistar que muchos renunciarían a ellos en su ascensión, pues para construir la nueva imagen les robo las piedras de otros templos que adoran.

Pero, triunfando para algunos, soy para ellos de tal manera patético que el alma les arde. Pues hay estructuras tan cálidas que son como un fuego para las almas. A esas yo las llamaré abrasadas de amor.

Ven, pues, a mi casa a edificarte: saldrás resplandeciente.

Pero Dios se pierde. Pues te lo he dicho con respecto al poema. Por bello que sea no puede alimentarte todos los días... Mi centinela que va de uno a otro lado tampoco puede ser día y noche, un ferviente del imperio. Se deshace a menudo en las almas el nudo divino que anuda las cosas. Ve a ver al escultor. Está triste hoy. Menea la cabeza ante su mármol. «¿Por qué –se dice– esa nariz, ese mentón, esa oreja...?», pues ya no ve más lo captado. Y la duda es rescate de Dios; pues Él te falta entonces, y te hace daño.

106

Pero no te comunicas sino a través de un ceremonial. Pues si escuchas distraído la música y consideras el templo, nada nacerá en ti, y no te habrás alimentado. Por eso no tengo otro medio para explicarte la vida a la que te convido, que comprometerme en ella a la fuerza y amamantarte. Cómo haría para explicarte la música, si el escucharla no es suficiente, mientras no estés preparado para dejarte colmar por ella. Por muy presta a morir en ti que esté la imagen de patrimonio, para no dejar de ella sino sus escombros. La expresión de ironía, que es del cangrejo, un mal sueño, un ruido que te molesta y ya te ves privado de Dios, rechazado y sentado en el umbral con tu puerta cerrada detrás de ti, y totalmente separado del mundo que no es más que una suma de objetos vacíos. Pues no te comunicas con las cosas, sino con los nudos que las atan.

¿Cómo te haré acceder a ellas, si te desligas con tanta facilidad?

De ahí la importancia de mi ceremonial, pues se trata de evitar que lo destruyas todo, cuando te ocurre estar a la puerta de tu casa.

Por eso condeno ante todo al que mezcla los libros.

Y te edifico y te mantengo de tal manera, no para que estés perpetuamente alimentado, lo cual no constituye la debilidad de tu

corazón, sino para que seas camino bien trazado, puerta bien abierta, templo bien edificado para recibir. Quiero que seas instrumento de música que aguarda al músico.

Por eso te he dicho que el poema que reservaba para ti era la ascensión de ti mismo. Y solo llegan al conocimiento verdadero aquellos que rehacen el camino perdido y vuelven a encontrar a los seres que han esparcido como escombros.

Quiero mostrarte tu patria, que es la única donde puede moverse tu espíritu.

Por eso vuelvo a decir que mi sujeción te libera y te trae la única libertad que cuenta. Pues tú llamabas libertad a ese poder que tienes de demoler tu templo, de mezclar la palabras del poema, de igualar los días que mi ceremonial había construido como basílica. Libertad de hacer el desierto. ¿Y dónde te encontrarás tú?

Yo llamo libertad a tu liberación.

Por eso te he dicho alguna vez: ¿Libertad del esclavo o del hombre, respeto de la úlcera o de la carne sana? ¿Justicia para el hombre o para el hampa? Es contra ti, a través de ti, por ti, que yo soy justo. Y ciertamente, soy injusto para el hombre del hampa, el cangrejo o la larva que no ha tenido muda porque los obligo a renunciar a sí mismos y a que sean.

107

Pues instruyéndote te obligo. Pero es tal la sujeción que una vez que se torna absoluta es invisible; si te obligo a dar la vuelta para buscar la puerta a través del muro, no me lo reprochas ni lo lamentas.

Pues las reglas del juego del niño son sujeciones. Mas él las desea. Y mis notables ambicionan los cargos y los deberes de los notables, que son sujeciones. Y ves a las mujeres obedecer a la costumbre en

la elección de sus adornos, que varían cada año, y allí también se trata de un lenguaje que es sujeción. Pues nadie desea la libertad de no ser comprendido más.

Si llamo casa a una disposición dada de mis piedras, no eres libre de cambiar la palabra so pena de quedarte solo por no saber hacerte comprender.

Si digo que tal día del año es de fiesta y de alegría, no eres libre de no tenerlo en cuenta so pena de quedarte solo por no poder comunicarte con el pueblo del que sales.

Si trazo un dominio coordinado de mis cabras, mis carneros, mis moradas, mis montañas, no eres libre de sustraerte a él so pena de quedarte solo por no colaborar cuando trabajas en el embellecimiento del dominio.

Cuando tu libertad ha fundido tus glaciares en charcas, te deja en un principio solo, pues ya no eres más elemento del glaciar que se alza hacia el sol bajo su manto de nieve, sino que eres igual a otro del mismo nivel, so pena de odiaros por vuestras diferencias; y habiendo encontrado el estado de reposo que encuentran muy pronto las bolas de billar mezcladas, sin estar ya sometidos a nada que os domine, ni aun a lo absoluto del lenguaje, queda suspendida en adelante toda comunicación entre vosotros, y, habiendo inventado cada uno su lenguaje particular, elegido cada uno su día de fiesta, heos allá apartados los unos de los otros y más solos que los astros en su infranqueable soledad.

Pues qué podéis esperar de vuestra fraternidad, si no es fraternidad en el árbol del cual sois los elementos, y que os domina y os llega del exterior, pues yo llamo cedro a la sujeción de la rocalla, que no es fruto de la rocalla, sino de la simiente.

Cómo podrías llegar a ser cedro si cada uno elige el árbol que hay que edificar, o no tiene voluntad de servir a un árbol o incluso se opone a la elevación de un árbol y lo llamará tiranía y codicia del cedro. Es muy necesario que se os reparta el trabajo y que sirváis al árbol, antes que pretender que el árbol os sirva a vosotros.

Por eso he arrojado mi simiente y os someto a su poder. Y me siento

injusto, si es que la justicia es igualdad. Pues yo creo líneas de fuerza y tensiones y figuras. Mas gracias a mí que os he cambiado en ramajes, os nutriréis del sol.

108

De mi visita al centinela dormido.

Bien está que sea castigado con pena de muerte. Ya que reposa en su vigilancia tanto sueño de lenta respiración, cuando la vida te alimenta y se perpetúa a través de ti, como en lo profundo de una ensenada ignorada la palpitación de los mares. Y los templos cerrados con sus riquezas sacerdotales lentamente cosechadas como una miel, tanto sudor y cinceladuras, y piedras acarreadas, y ojos gastados en el juego de las agujas sobre las telas de oro, para hacerlas florecer, y tantos delicados arreglos bajo la invención de las manos piadosas. Y los graneros con provisiones para que el invierno sea fácil de soportar. Y los libros sagrados en los graneros de la sabiduría donde reposa la provisión del hombre. Y los enfermos cuya muerte hago más llevadera, tornándola apacible en medio de la costumbre de los suyos, y casi inadvertida su delegar la herencia. Centinela, centinela, eres el sentido de las murallas que son como una vaina para el cuerpo frágil del poblado, que le impide derramarse, pues si alguna brecha las abre no queda sangre en el cuerpo. Te paseas de un lado a otro, primero abierto al rumor de un desierto que prepara sus armas y que incansablemente vuelve a golpearte como la ola, y a amasarte y a endurecerte al mismo tiempo que te amenaza. Pues no hay distingos entre lo que te destroza y lo que te crea, pues es el mismo viento el que esculpe las dunas y las borra, la misma ola que esculpe los acantilados los derriba, la misma sujeción te esculpe el alma o te la embrutece, el mismo trabajo que te hace vivir te lo impide, el mismo amor colmado, te colma y te vacía. Y tu enemigo es tu misma forma, pues te obliga a construirte dentro de tus murallas, igual que podría decirse del mar que es enemigo del navío, ya que está siempre dispuesto a absorberlo, y que el navío es ante todo lucha contra él; pero del cual también podemos decir que es el muro y el límite y la

forma del mismo navío, ya que con el correr de las generaciones ha sido la división de las aguas hecha por la roda la que esculpió poco a poco la carena, que se ha vuelto más armoniosa para deslizarse, y de tal manera la ha creado y embellecido. Ya que se puede decir que es el viento, que desgarra las velas, el que las ha diseñado como diseñó el ala, y que sin enemigos no tienes forma ni medida. Pero ¿qué serían las murallas si no hubiera centinela?

Por eso el centinela que duerme deja desnudo al poblado. Y por eso se apoderan de él, cuando lo encuentran, para ahogarlo en su propio sueño.

He aquí que el centinela dormía con la cabeza apoyada en la piedra lisa y la boca entreabierta. Y su rostro era el rostro de un niño. Apretaba aún su fusil contra su cuerpo, igual que un juguete que se lleva en el sueño. Y considerándolo, tuve piedad. Pues tengo piedad, en las noches cálidas, del desfallecimiento de los hombres.

Claudicación de los centinelas, es el bárbaro quien os adormece. Conquistados por el desierto, dejan así las puertas libres de girar lentamente sobre sus goznes engrasados, en silencio, para que sea fecundada la ciudad cuando está agotada y necesita del bárbaro.

Centinela dormido. Vanguardia de los enemigos. Conquistado por anticipado, pues tu dormir es un negarte a ser ligado permanentemente por la ciudad, y una espera de muda y un abrirte a la simiente.

Entonces se me apareció la imagen de la ciudad derrotada por tu simple sueño, pues todo se ata y de desata en ti. Cuán hermosa es tu vigilia, oído y mirada de la ciudad. Y de tan noble comprensión dominando con tu simple amor la inteligencia de los lógicos, que no comprenden la ciudad, sino que la dividen. Para ellos la ciudad consiste en una prisión aquí, allá un hospital, más lejos la casa de sus amigos; y aun a esta la descomponen en su corazón, no viendo sino una habitación, y otra, y otra. Y no solamente las habitaciones, sino cada objeto de ellas viendo un objeto, y el otro, y el de más allá. Luego hacen desaparecer el objeto. ¿Y qué harán con esos materiales, con los que no quieren construir nada?

Pero tú, centinela, cuando velas estás en relación con la ciudad librada a las estrellas. No esta casa, ni la otra, ni ese hospital, ni ese palacio. Sino la ciudad. No esa queja de moribundo, ni ese grito de parturienta, ni ese gemido de amor, ni esa llamada de recién nacido, sino ese soplo diverso de un cuerpo único. Sino la ciudad. No la vigilia de aquel, ni el sueño de este, ni el poema de aquel otro, ni la búsqueda de este último, sino esa mezcla de fervor y de sueño, ese fuego bajo las cenizas de la vía láctea. Sino la ciudad. Centinela, centinela, con el oído pegado al pecho de una amada, escuchando ese silencio, esos reposos y esos alientos diversos que no hay que dividir si se desea entender, porque son el latido de un corazón. El cual es solo latido del corazón. Y no otra cosa.

Centinela, cuando velas eres mi igual. Pues la ciudad reposa sobre ti y sobre la ciudad reposa el imperio. Cierto, acepto que cuando yo paso te arrodilles, pues así andan las cosas, y la savia va de las raíces al follaje. Está bien que suba hacia mí tu homenaje pues es la circulación de la sangre en el imperio, como el amor del desposado hacia la esposa, como la leche de la madre al niño, como el respeto de la juventud hacia la vejez. Pero ¿puedes señalarme a alguien que reciba algo? Pues, para comenzar, yo mismo te sirvo.

Por eso, cuando te apoyas contra tu arma, de perfil, ¡oh mi igual en Dios!, pues ¿quién puede distinguir las piedras de la base de la flecha de la cúpula, y quién puede mostrarse celoso de una o de otra? Por eso el corazón me late de amor al mirarte, sin que ello me impida hacerte encarcelar por mis hombres de armas.

He aquí que tú duermes. Centinela dormido. Centinela muerto.

Y yo te miro con espanto pues en ti duerme y muere el imperio. Lo veo enfermo a través de ti porque es un mal signo que me delegue centinelas para dormir...

«Ciertamente, me digo, el verdugo cumplirá su misión y ahogará a ese en su propio sueño...» Pero en mi piedad se alzaba un litigio nuevo e inesperado. Pues solo los imperios fuertes siegan las cabezas de los centinelas dormidos, pero estos imperios que ofrecen centinelas para dormir, no tienen ya derecho a segar nada. Porque importa comprender bien el rigor. No es cortando las cabezas de los centinelas dormidos como despiertan los imperios; es cuando los

imperios se han despertado cuando se cortan las cabezas de los centinelas dormidos. Otra vez confundes aquí el efecto con la causa. Y viendo que los imperios fuertes cortan las cabezas, tú quieres crear tu fuerza cortándolas, y no eres más que un bufón sanguinario.

Funda el amor, y fundarás la vigilancia de los centinelas, y la condenación de los que duermen, pues en este caso son ellos mismos quienes han tronchado el imperio.

Y nada tienes para dominarte si no es la disciplina que te viene de tu cabo, que te vigila. Y los cabos no tienen otra disciplina, cuando dudan de sí mismos, que la de sus sargentos, los cuales los vigilan. Y los sargentos, la de los capitanes, que los vigilan. Y así hasta mí, que no tengo más que a Dios para gobernarme, y que si dudo, permanezco como una puerta falsa sobre el desierto.

Pero quiero decirte un secreto que es el de la permanencia. Pues si duermes, tu vida está suspendida. Pero también está suspendida cuando te sobrevienen esos eclipses del corazón que son el secreto de tu debilidad. Pues en torno de ti nada ha cambiado y todo ha cambiado en ti. Y estás ahí, tú, centinela, ante la ciudad; pero no ya apoyado contra el pecho de tu amada escuchando los latidos del corazón sin diferenciarlo de su respiración o su silencio, pues todo es digno de esa amada que es una; sino perdido entre los objetos amontonados en desorden a los que eres incapaz ya de reunir en uno, sometido a los aires nocturnos que se contradicen unos con otros, a ese canto de borracho que niega la queja del enfermo, a esa lamentación en ese templo que niega esa batahola de feria. Y te dices: «Qué tengo yo que ver con todo ese desorden y ese espectáculo incoherente»; pues si ya no sabes que es un árbol, entonces raíces, tronco, ramas y follaje ya no tienen una medida común. ¿Y cómo podrás ser fiel cuando ya no hay nadie para recibir tu fidelidad? De ti sé que no te dormirías velando a un enfermo querido. Mas aquel que tú hubieras podido amar se ha esfumado, y se ha tornado en un montón de materiales.

Porque se ha deshecho el lazo divino que une las cosas.

Pero yo te deseo fiel a ti mismo, sabiendo que llegarás a ser. No te pido que comprendas ni que sientas en todo instante, bien sé que el amor, aun el más ebrio, está hecho de travesías de muchos desiertos interiores. Y ante tu misma amada te preguntas: «Su frente es una frente. ¿Cómo puedo amarla? Su voz es esta voz. Ella ha dicho esta tontería. Ha dado este paso en falso...». Es una suma que se descompone y no puede alimentarte más, y pronto creerás odiarla. Pero ¿cómo podrías odiarla? Si no eres ni capaz de amar.

Pero te callas porque oscuramente sabes bien que no se trata más que de un sueño. Lo que es verdad por el momento para la mujer, es verdad para el poema, el dominio o el imperio. Te falta el poder de ser amamantado y de descubrir que son también el amor y el conocimiento los lazos divinos que atan las cosas. Tú, mi centinela dormido, volverás a encontrar tus amores todos juntos como un tributo que te corresponde; no uno u otro, sino todos. Y conviene que respetes, cuando te hastíes de tu infidelidad, esta casa abandonada.

Cuando mis centinelas van por el camino de ronda, yo no pretendo que sean todos fervientes. Muchos se hastían y sueñan con la sopa, pues si todos los dioses duermen en ti solo te queda el reclamo animal de las satisfacciones de tu vientre, y quien se hastía piensa en comer. No pretendo que todas sus almas estén despiertas. Pues llamo alma a eso que en ti comunica con esos conjuntos que son lazos divinos que atan las cosas, y se ríe de los muros. Pero sí que de un momento a otro una de sus almas simplemente arda. Que haya uno cuyo corazón lata. Que haya alguno que conozca el amor, y que, de pronto, se sienta lleno por el peso y los ruidos de la ciudad. Uno que se sienta amplio y respire las estrellas y contenga el horizonte como esas conchas que el canto del mar llena.

Me basta con que hayas conocido la visita y esa plenitud de ser un hombre, y que estés bien preparado para recibirla, pues es como el sueño o el hambre o el deseo que vuelven por instantes, y tu duda es algo puro y yo querría consolarte.

Te volverá, si eres escultor, el sentido del rostro. Te volverá, si eres sacerdote, el sentido de Dios; te volverá, si eres amante, el sentido del amor; te volverá, si eres centinela, el sentido del imperio; te volverá, si eres fiel a ti mismo y limpias bien tu morada, aunque

parezca abandonada, lo que puede alimentarte el corazón. Pues no sabes cuál será la hora de la visita; pero importa que sepas que es la única en el mundo que puede colmar.

Por eso te construyo así, en tristes horas de estudio para que el poema, por milagro, pueda incendiarte, y por los ritos y costumbres del imperio, para que este imperio te gane el corazón. Porque no existe don que tú no hayas reparado. Y la visita no llega si no existe una morada construida para recibirla.

Centinela, centinela, marchando a lo largo de las murallas en la pesadumbre de la duda que viene de las noches cálidas, escuchando los ruidos de la ciudad cuando no te habla, custodiando las moradas de los hombres cuando son un sombrío montón, respirando el desierto que te rodea cuando no es más que un vacío, esforzándote en amar sin amar, en creer sin creer, y en ser fiel cuando ya no hay a quién ser fiel, es así como preparas en ti la iluminación del centinela, que te llegará alguna vez como recompensa y don del amor.

Ser fiel a sí mismo no es difícil cuando se muestra aquel a quien se debe ser fiel; pero quiero que tu recuerdo forme un llamamiento a cada instante, y que digas: «Que mi morada sea visitada. La he construido y la mantengo pura...». Y mi sujeción es para ayudarte. Y obligo a mis sacerdotes a consumar el sacrificio, aun cuando esos sacrificios ya no tengan un sentido. Obligo a mis escultores a esculpir aun cuando dudan de sí mismos. Obligo a mis centinelas a andar los cien pasos so pena de muerte, pues de lo contrario estarían ya muertos por sí mismos, separados ya por sí mismos del imperio.

Yo los salvo con mi rigor.

Lo mismo aquel que se prepara en la austeridad del puesto de guardia. Pues lo envío como explorador a franquear las líneas del enemigo. Y sabe muy bien que morirá. Pues ellos están alerta. Y teme los suplicios con que lo aplastarán para hacer brotar, mezclados con los gritos, los secretos de la ciudadela. Y, en verdad, existen hombres enlazados por el amor al instante y que se atavían

cálidos de alegría pues la única alegría es desposarse, y he aquí que se desposan. Porque no has de creer que cuando te apoderas de la amada en la noche nupcial, es para ti tan solo la simple conquista de un cuerpo, del que hubieras podido heredar en el barrio reservado de la ciudad donde hay en apariencia semejantes mujeres, sino que se trata del cambio del sentido y del color de toda cosa. Y tu retorno a la morada por la noche, y tu despertar que es en herencia pagada, y la esperanza de los hijos y su enseñanza por ti, y para ti de la oración. Y hasta ese hornillo que se torna té junto a ella, antes del amor. Pues apenas ha franqueado ella tu casa, tus tapices de alta lana se tornan praderas para sus pasos. Y de todo lo que recibes y que es sentido nuevo del mundo, hay muy pocas cosas que tú uses. No te colma el objeto dado, ni la caricia del cuerpo, ni el uso de tal o cual ventaja; sino la calidad del lazo divino que ata las cosas.

Y el que se atavía para morir, el cual te parece que no recibe nada en ese instante porque la caricia, que tan poco vale, no le está prometida, sino por el contrario, la sed bajo el sol, el viento de arena que cruje en los dientes, luego los hombres en torno de él transformados en prensas de secretos, y el que se atavía para morir, para entrar vestido en la muerte con su uniforme de muerto, y que te parece debería gritar su desesperación como el que condené a la horca por algún crimen y lucha con su carne contra implacables barrotes; pero ocurre que a aquel que se atavía para la muerte lo descubres pacífico, mirándote con tranquila mirada y respondiendo a las bromas del cuerpo de guardia, que provienen de su afecto áspero, y no de fanfarronería ni por demostrar cierto coraje, o desdén de la muerte, o cinismo, ni nada semejante, sino transparente como un agua mansa y sin nada que ocultarte; y si está un poco triste, diciendo sin vergüenza su tristeza, no tiene nada que ocultarte sino su amor. Y más adelante te diré por qué.

Pero contra ese mismo que no tiembla abrochando sus correas de cuero, conozco armas que prevalecen sobre la muerte. Porque es vulnerable por muchos lados. Tienen preeminencia para él todas las divinidades de su corazón. Y los simples celos, si son amenaza de un imperio y de un sentido de las cosas y del gusto del retorno a su casa, ¡cuán pronto arruinarían esta bella imagen de calma, de prudencia y renunciamiento! Vas a quitarle todo, puesto que va a

devolver a Dios no solamente la que amaba, sino su morada y las vendimias de sus viñas, y la cosecha crujiente de la cebada. Y no solamente las cosechas, las vendimias y las viñas, sino también su sol. Y no solamente su sol, sino aquella que lo es de su morada. Y le ves abdicar de tantos tesoros sin dar señales de destrucción. Cuando bastaría robarle una sonrisa de la amada para ponerlo fuera de sí y enloquecerlo. ¿Y no percibes aquí un gran enigma? Es que tú lo manejas no por los objetos que posee, sino por el sentido que extrae del lazo divino que anuda las cosas. Y prefiere su destrucción a la destrucción de aquello en que se cambia, y de donde en pago recibe su alimento. Es circulación de uno a otro. Y el que lleva en el corazón la vocación del mar acepta morir en un naufragio. Y si es verdad que en el momento del naufragio sentirá, tal vez, el tumulto del animal cuando se cierra la trampa sobre él, también es cierto que no cuenta esa explosión de pánico que ha sido prevista, aceptada y desdeñada; sino que, por el contrario, se complace en esa certidumbre de que algún día morirá en el mar. Porque si los oigo quejarse de esa muerte tan cruel que les espera, escucho otra cosa distinta a la fanfarronería de seducir mujeres: el deseo secreto del amor y el pudor de decirlo.

Porque no hay aquí, como en ninguna parte, un lenguaje que te permita expresarte. Si se trata de la civilización del amor, puedes decir «ella» y traducirte, creyendo que se trata de ella, cuando se trata del sentido de las cosas, y ella está aquí para señalarte el lazo divino que las une al Dios que es sentido de tu vida y merece, según afirmas, tus ímpetus, que son los de comunicarte con el mundo de esta manera y no de otra. Y ser de pronto de tal manera vasto, que el alma, igual a las conchas marinas, se torne resonante. Y tal vez puedas decir «imperio», en la certidumbre de ser comprendido y de pronunciar una palabra simple, si todos alrededor de ti lo entienden según tu instinto; pero no si alguno allí no ve sino una suma, y se ríe de ti, pues no se trata del mismo imperio. Y te disgustará que se crea que ofreces tu vida por un almacén de accesorios.

Pues ocurre con esto como con una aparición que se agrega a las cosas y las domina, y que si escapa a tu inteligencia aparece evidente a tu espíritu y a tu corazón. Y te gobierna mejor o más

duramente y más seguramente que cualquier otra cosa concreta (pero de la que no puedes tener la seguridad de que otros la observen al mismo tiempo que tú), y te hace quedar en silencio por miedo de ser tachado de loco y a ver sometido a la ironía, que es el cangrejo, el rostro que se te ha aparecido. Pues la ironía lo destruirá buscando demostrar de qué está hecho. ¿Y cómo le responderás que aquí es otra cosa, puesto que esa otra cosa es para tu espíritu y no para tus ojos?

He reflexionado a menudo sobre esas apariciones, que son las únicas a las que puedes pretender, pero más bellas que las que acostumbras tú, en la desesperación de las noches cálidas, a solicitar. Pero cuando por costumbre, al dudar de Dios anhelas que se muestre a la manera de alguien que de paseo te hiciera una visita, ¿a quién encontrarás entonces sino a tu semejante y a tu igual, que no te conduce a ninguna parte y te encierra en su soledad? Cuando anheles, no la expresión de la majestad divina, sino espectáculo y fiesta extranjera, no recibirás más que un placer vulgar de fiesta extraña y tu decepción erguida contra Dios. ¿Y cómo convertirás en prueba tanta vulgaridad? Cuando anhelas que algo descienda hasta ti, te visite en tu nivel tal como eres, humillándose así a ti y sin razón, jamás serás escuchado como no lo fue mi demanda a Dios: por el contrario, se abren los imperios espirituales y te deslumbran las apariciones, que no son para los ojos ni para la inteligencia, sino para el corazón y para el espíritu, si haces el esfuerzo de ascensión y accedes a ese nivel donde ya no existen las cosas, sino los lazos divinos que las atan.

Y he aquí que no puedes ya morir, pues morir es perder. Y abandonar detrás. Y ya no se trata de abandonar, sino de confundirse en eso. Y toda tu vida te es reembolsada.

Y lo sabes bien con respecto a un incendio en el cual has medido la muerte para salvar las vidas. O de un naufragio.

Y ves morir aceptando su muerte, con los ojos abiertos sobre el conocimiento verdadero, a los que hubieran rugido, robado, frustrado y apabullado todo por una sonrisa vuelta a otro lado.

Diles que se engañan: se reirán.

Pero ante ti, centinela dormido, no porque hayas abandonado la ciudad, sino porque la ciudad te ha abandonado, ante tu rostro de niño pálido, me sobrecoge la inquietud por el imperio. El imperio que ya no mantiene dispuestos a mis centinelas.

Pero ciertamente, me engaño al recibir en su plenitud el canto de la ciudad, y descubriendo unido lo que por ti se dividió. Y bien sé que te era necesario esperar, recto como un cirio, para ser recompensado a tu hora por tu luz y ebrio súbitamente de tus pasos de ronda como de una danza milagrosa bajo las estrellas en la importancia del mundo. Pues allá lejos en la espesa noche de los navíos que descargan su cargamento de metales preciosos y de marfil, sientes que tú, centinela de las murallas, contribuyes a protegerlos y a embellecer con oro y plata el imperio que sirves. Pues hay en alguna parte amantes que se callan antes de osar hablar y se miran, y querrían decir..., pues si uno habla y el otro cierra los ojos, es el universo el que va a cambiar. Y tú proteges ese silencio. Pues hay en alguna parte ese último hálito antes de la muerte. Y ellos se inclinan a recibir la palabra del corazón y la bendición para siempre que uno encierra en sí, y habiéndola recibido, salvas la palabra de un muerto.

Centinela, centinela, no sé dónde se acaba tu imperio cuando Dios te da la claridad de alma de los centinelas, esa mirada sobre la extensión a la que tienes derecho. Y poco me importa que seas en otros instantes aquel que sueña con la sopa protestando por tu jornada. Bueno es que duermas y que gesticules. Pero es malo que desquitándote dejes derrumbarse tu morada.

Pues la fidelidad es ser fiel a sí mismo.

Y yo quiero salvar no tan solo a ti, sino también a tus compañeros. Y obtener de ti esa permanencia interior, que es la de un alma bien edificada. Pero no destruyo mi casa cuando me alejo. Ni quemo mis rosas cuando dejo de mirarlas. Quedan allí, disponibles para una nueva mirada que muy pronto las verá florecer.

Enviaré, pues, mis hombres a prenderte. Serás condenado a esa muerte que es la muerte de los centinelas dormidos. Puedes esperar

retomarte y trasmutarte en vigilancia de los centinelas, por ejemplo de tu propio suplicio.

109

Pues en verdad es triste que aquella que ves tierna y plena de ingenuidad se vea amenazada por el cinismo, el egoísmo o la malicia que explotará su gracia frágil y su fe plenamente consentida, y puede ocurrir que la desees más advertida. Pero no se trata de desear que las mujeres de tu casa sean desconfiadas, advertidas o avaras de dones, pues habrían arruinado, al crearlas así, lo que querías abrigar. Ciertamente, toda cualidad porta los fermentos de su destrucción. La generosidad, el riesgo del parásito que la descorazonará. El pudor, el riesgo de la ingratitud que lo tornará amargo. Mas para sustraerla a los riesgos naturales de la vida, anhelas un mundo ya muerto. E impides edificar un templo que sea bello por horror a los temblores de tierra que lo destruirían.

Perpetúo a las que te inspiran confianza, aun cuando sean las únicas a las que se puede traicionar. Si el ladrón de mujeres roba una, sufriré en mi corazón. Y si deseo un bello guerrero, acepto el riesgo de perderlo en la guerra.

Renuncia, pues, a tus deseos contradictorios.

De tal manera es verdad, que una vez más era absurda tu empresa. Igual que habiendo admirado el admirable rostro que la costumbre de tu casa había creado, te has puesto a detestar la costumbre que te parecía sujeción. ¡Y en efecto era, porque te constreñía a ser! Y al destruir tu costumbre, se deduce que has destruido lo que pretendías salvar.

Y en efecto, por horror de la brutalidad grosera y de la bajeza que amenaza a las almas nobles, has obligado a esas almas nobles a mostrarse más groseras y más canallas.

Ten por sabido que no es en vano que ame lo que está amenazado. Pues no es de lamentar que las cosas preciosas lo estén. Puesto que precisamente encuentro en ello una condición de su cualidad. Amo al amigo fiel en las tentaciones. Pues si no existe tentación, no hay fidelidad y no tengo amigo alguno. Y acepto que algunos caigan para mostrar el precio de otros. Amo al soldado de coraje que está de pie entre las balas. Pues si no existiera el coraje, no tendría soldados. Y acepto que algunos mueran para fundar la nobleza de los otros.

Y si me traes un tesoro, lo deseo tan frágil que el viento pueda dispersarlo.

Me agrada que el rostro joven esté amenazado por la vejez, y que una palabra mía pueda transformar la sonrisa en lágrimas.

110

Y entonces fue cuando se me evidenció la solución de la contradicción sobre la que tanto había reflexionado. Porque me hería el litigio cruel cuando me inclinaba, yo, el rey, sobre el centinela dormido. De tomar a un muchacho en sus sueños felices para depositarlo tal cual, en la muerte, lleno de asombro en su corta vigilia por tener que sufrir la condenación de los hombres.

Pues se despertó ante mí y se pasó la mano por la frente y luego, sin reconocerme, ofreció su rostro a las estrellas lanzando un débil suspiro, al retomar las armas. Fue entonces cuando me pareció que un alma tal podía conquistarse.

A su lado, yo, su rey, me tomaba hacia la ciudad respirando la misma ciudad que él, en apariencia; pero, sin embargo, no era la misma. Y yo pensaba: «Nada hay que demostrarle de lo patético a lo que asisto. La única diligencia con sentido es convertirlo y cargarlo, no de las cosas, puesto que al igual que yo las mira, las respira, y las

mide, y las posee, sino con el rostro, que es aparición, y con el lazo que ata las cosas». Y comprendí que era necesario distinguir la conquista de la sujeción. Conquistar es convertir. Constreñir es encarcelar. Si yo te conquisto, libero un hombre. Si te constriño, aplasto. La conquista se realiza en ti, y a través de ti en una construcción de ti mismo. La sujeción es el montón de piedras alineadas y semejantes todas, de las que nada nacerá.

Y se me hizo evidente que todos los hombres podían ser conquistados. Los que velaban y los que dormían, los que hacían su ronda sobre las murallas y los que abrigaban esa ronda. Los que se regocijaban por el recién nacido, o los que se lamentaban por un muerto. Los que oraban y los que dudaban. La conquista consiste en edificarte tu armadura y abrirte el espíritu a las provisiones plenas. Pues hay lagos para abrevar si se te muestra el camino. Y yo instalaré mis dioses en ti para que ellos te iluminen.

Y sin duda es en la infancia cuando importa conquistarte primero, porque sino, hete ahí amasado y endurecido, sin saber ya cómo aprender un lenguaje.

111

Pues un día me sobrevino el conocimiento de que no podía equivocarme. No que me juzgase más fuerte que otro o razonase mejor, sino que al no creer más en las razones que se suceden de proposición en proposición según las reglas de la lógica, habiendo aprendido que la lógica es gobernada por algo más alto que ella, y que no es más que la huella en la arena de una marcha que es una danza, y que conduce o no hacia el pozo salvador según el genio del danzarín, habiendo comprendido con certeza que la historia una vez hecha es tributaria de la razón, ya que ningún paso faltará en la sucesión de pasos, y que es imposible leer aquí el futuro del espíritu que domina los pasos, habiendo comprendido que una civilización, como un árbol, sale de la sola potencia de la simiente, que es una, a pesar de que se diversifique y se distribuya y exprese en órganos diversos, raíces, tronco, ramas, hojas, flores y frutos, o sea el poder

de la semilla una vez expresada. Habiendo comprendido que una civilización una vez lograda se remonta sin hitos hasta su origen, mostrando a los lógicos la pista del retroceso; pero sin que puedan descender porque no tienen contacto con el conductor. Habiendo escuchado a los hombres disputar sin que ninguno predominara verdaderamente; habiendo prestado oídos a los comentadores de los geómetras, que creyendo alcanzar verdades, no llegaban sino a renunciar al año siguiente con disgusto a sus afirmaciones, o acusaban a sus adversarios de sacrilegios, apegados a sus tambaleantes ídolos. Pero habiendo también compartido la mesa de mi amigo, el único geómetra verdadero, que sabía que buscaba un lenguaje para los hombres como el poeta que quiere decir su amor, un lenguaje que fuera tan simple para las piedras como para las estrellas, y que sabía perfectamente que año tras año tendría que cambiar de lenguaje, pues tal es la señal de la ascensión. Habiendo descubierto que no hay nada que sea falso, por la simple razón de que no hay nada que sea verdadero (y que es verdadero todo lo que brota, como el árbol); habiendo escuchado en el silencio de mi amor los balbuceos, los gritos de cólera, las risas y los llantos de mi pueblo. Habiendo en mi juventud (cuando se resistía a los argumentos con los que buscaba, no edificar, sino vestir mi pensamiento) abandonado la lucha vencido por el lenguaje eficaz de un abogado mejor que yo, pero sin renunciar jamás a mi permanencia, sabiendo que si me demostraba algo era simplemente porque yo me expresaba mal y empleando después argumentos más fuertes, ya que si hay en ti caución verdadera, brotan indefinidamente como de una fuente. Habiendo alguna vez renunciado a entender el sentido incoherente de las palabras confusas de los hombres, me pareció más fecundo que simplemente trataran de escucharme, prefiriendo simplemente dejarme expandir como el árbol a partir de la simiente hasta el acabamiento de las raíces, del tronco, de las ramas, pues entonces no hay lugar a discusión, ya que el árbol existe. Y no se trata de elegir entre aquel árbol y algún otro, ya que uno solo da un follaje suficientemente vasto como para abrigar.

Y me venía la certidumbre de que las oscuridades de mi estilo, como la contradicción de mis enunciados, no eran resultado de una caución incierta o contradictoria o confusa, sino de un mal empleo de las palabras; pues no podía ser ni confusa, ni contradictoria, ni

incierta una actitud interior, una dirección, un peso, una inclinación que no tenía que justificarse, pues era, simplemente, como en el escultor cuando modela su arcilla, una necesidad sin forma, que se transformará en rostro en la arcilla que modela.

112

Nacimiento también de la vanidad cuando no se somete a la jerarquía. (Ejemplo: general, gobernador.) Una vez fundado el ser que los somete uno al otro, desaparece la vanidad. Pues la vanidad proviene de que, como bolas mezcladas, si nadie domina aquello de lo cual sois sentido, sombrearéis el lugar ocupado.

Y la gran lucha contra los objetos: ha llegado la hora de hablarte de tu gran error. Pues juzgué fervorosos y dichosos a los que, moviendo y removiendo la ganga en la desnudez de las tierras crujientes, martirizados por el sol como un fruto demasiado maduro, desollados en las piedras, socavando la profundidad de la arcilla para subir a dormir desnudos en la tienda, vivían de extraer una vez al año un diamante puro. Y he visto desdichados, agrios de corazón y divididos, a aquellos que a pesar de gozar el lujo de los diamantes, no veían en ellos más que una vidriería inútil. Pues tú no tienes necesidad de un objeto, sino de un Dios.

Pues ciertamente, la posesión de un objeto es permanente, pero no el alimento que recibes. Pues el objeto no tiene otro sentido que el de aumentarte, y tú te aumentas con su conquista, mas no con su posesión. Por eso venero a aquel que siendo conquista difícil, provoca esa ascensión de montaña; esa educación en vista de un poema; esa seducción del alma inaccesible y que te obliga a transformarte. Pero desprecio al otro que es provisión hecha. Porque no tienes allí ya nada que recibir. Y una vez extraído el diamante, ¿qué harás?

Pues yo traigo el sentido olvidado a la fiesta. La fiesta es coronamiento de los preparativos de la fiesta, la fiesta es la cima de la montaña tras la ascensión, la fiesta es la captura del diamante

cuando logras extraerlo de la tierra, la fiesta es victoria que corona la guerra, la fiesta es la primera cena del enfermo el primer día de su curación, la fiesta es la promesa del amor cuando ella baja los ojos al hablarle tú...

Y por esto, para instruirte, inventé esta imagen:

Si lo deseara, podría crear una civilización ferviente, plena de la alegría de los equipos y de las risas claras de los obreros que vuelven del trabajo, y de un gusto potente de la vida, y de espera cálida de los milagros del día siguiente y del poema en el que sentirás resonar las estrellas, y en la que, sin embargo, no harías otra cosa que revolver el suelo para extraer diamantes que se tornarán al fin en luz tras esa prisión silenciosa en las murallas del globo. (Pues venidos del sol, luego transformados en helechos, luego en noche opaca, helos ahí vueltos a transformarse en luz.) Así, te lo he dicho ya, te aseguro una vida patética si te condeno a esa extracción y te convido una vez al año a la fiesta capital, que consistirá en ofrendar los diamantes, que ante el pueblo sudoroso serán quemados y vueltos a la luz. Pues tus movimientos interiores no son gobernados por el uso de los objetos conquistados, y tu alma se alimenta del sentido de las cosas y no de las cosas.

Y ciertamente, el diamante podría también, para lujo tuyo, adornar a una princesa antes que quemarlo. O, encerrándolo en un cofrecito en el secreto de un templo, hacerlo esplendor más fuerte, no para los ojos, sino para el espíritu (que se alimenta a través de los muros). Pero en verdad, nada esencial haré por ti si te lo doy.

Pues ocurre que he comprendido el sentido profundo del sacrificio, que no consiste en dejarte intacto, sino en enriquecerte. Pues te equivocas de mama cuando tiendes los brazos hacia el objeto, cuando lo que buscabas es su sentido. Si te invento un imperio donde cada noche distribuyan diamantes recolectados en otra parte, sería lo mismo que enriquecerte con guijarros; pues no encontrarás en él nada de lo que querías. Más rico es aquel que pena todo el año contra la roca y que quema una vez por año el fruto de su trabajo para extraer el esplendor de su luz, que el otro que todos los días recibe, venidos de otra parte, frutos que nada han exigido de él.

(Igual que con los bolos: tu alegría consiste en tirarlos. Y esa es la fiesta. Pero nada tienes que esperar de un bolo caído.)

Por eso se confunden los sacrificios y las fiestas. Porque muestras en ellos el sentido de tu acto. Pero ¿cómo pretenderías que la fiesta fuera otra cosa que una vez reunida la leña, el fuego de la alegría cuando la quemas? ¿Una vez ascendido a la montaña, tus músculos dichosos ante la extensión? ¿Una vez extraído el diamante, su aparición a la luz? ¿Una vez maduras las viñas, la vendimia? Una fiesta es, después de una marcha, la llegada y coronamiento de tu marcha; pero no tienes nada que esperar de tu cambio en sedentario. Por eso es que no te instales ni en la música, ni en el poema, ni en la mujer conquistada, ni en el paisaje entrevisto desde lo alto de las montañas. Y yo te pierdo si te distribuyo en la igualdad de mis días. Si no los ordeno como a un navío que va a alguna parte. Pues el poema mismo es una fiesta a condición de trepar por él porque el templo es una fiesta a condición de liberarte de las preocupaciones mediocres. Has sufrido todos los días la ciudad que te ha quebrado con su ajetreo. Has sufrido todos los días esa fiebre nacida de la urgencia del pan que ganar, y de las enfermedades que curar, y de los problemas que resolver, yendo allí y allá, riendo allí y llorando allá. Luego viene la hora concedida al silencio y a la beatitud. Y subes los escalones y empujas la puerta y no hay más para ti que la plena mar y la contemplación de la vía láctea, y la provisión de silencio, y la victoria contra lo usual. Y tú tenías necesidad de ellos como de alimento, pues habías sufrido objetos y cosas que no son para ti. Y te era necesario llegar aquí para que nazca un rostro de las cosas, y que se establezca una estructura que le dé un sentido a través de los espectáculos dispares del día. Pero ¿qué vendrás a hacer a mi templo si no has vivido en la ciudad, y luchado y trepado y sufrido, si no traes la provisión de piedras con las cuales edificar en ti? Yo te lo he expresado con respecto a mis guerreros y al amor. Si no eres más que amante, no hay nadie que ame, y la mujer bosteza a tu lado. Solo el guerrero puede hacer el amor. Si no eres más que guerrero, no hay nadie que muera sino un insecto vestido de escamas de metal. Solo el hombre que ha amado puede morir como hombre. Y no hay aquí otra contradicción que la del lenguaje. Así, frutos y raíces tienen una medida común que es el árbol.

Porque no nos entendemos sobre la realidad. Y yo llamo realidad, no lo que es mensurable en una balanza (de la cual me burlo, puesto que no soy una balanza, y me importan poco las realidades de la balanza). Sino a lo que pesa en mí. Y sobre mí pesa ese rostro triste, o esa cantata, o ese fervor en el imperio, o esa piedad por los hombres, o esa cualidad de la diligencia, o ese gusto de vivir, o esa injuria, o ese pesar, o esa separación, o esa comunión en la vendimia (mucho más que las uvas vendimiadas, pues aun cuando se las lleve a otra parte para venderlas, yo he recibido lo esencial. Lo mismo que aquel hombre que debía ser condecorado por el rey y que participó de la fiesta, gozó de su esplendor, recibió las felicitaciones de sus amigos, y conoció también el orgullo del triunfo; mas el rey murió de una caída del caballo antes de haber colgado de su pecho el objeto de metal. ¿Me dirás que no ha recibido nada ese hombre?).

La realidad para tu perro es un hueso. La realidad para tu balanza es un peso neto. Pero la realidad para ti es de otra naturaleza.

Por eso tengo por fútiles a los financieros y por razonables a las danzarinas. No es que desprecie la obra de los primeros, sino que desprecio su afectada gravedad, su seguridad y su satisfacción de sí mismos. Pues ellos se creen la meta, el fin y la esencia, cuando no son sino los lacayos. Y sirven ante todo a las danzarinas.

Pues no te engañes sobre el sentido del trabajo. Hay trabajos urgentes. Como el de las cocinas de mi palacio. Pues si no hay alimento no hay hombre. Y conviene que primero sean alimentados los hombres, vestidos y abrigados. Conviene que sean, simplemente. Y tales servicios son urgentes ante todo. Pero lo importante no es eso, sino su calidad única. Y las danzas, los poemas, los cinceladores de los pisos de arriba, y el geómetra y el observador de las estrellas, que permiten ante todo el trabajo de las cocinas, son los únicos que honran al hombre, y que le dan un sentido.

Luego, cuando viene aquel que no conoce más que las cocinas que en efecto han acarreado realidades para las balanzas y huesos para los perros, le prohíbo hablar del hombre pues olvidará lo esencial, a la manera del ayudante que no considera en el hombre más que su aptitud para el manejo de las armas.

¿Y para qué se ha de danzar en su palacio, cuando las danzarinas enviadas a las cocinas te enriquecerían con un suplemento de alimento? ¿Y para qué se han de cincelar jarros de oro, cuando si se enviara a los cinceladores a las canteras de los jarros de estaño se dispondría de más jarros? ¿Y para qué tallar diamantes, y para qué escribir poemas, y para qué se observan las estrellas, cuando no tienes más que enviar a esos a cultivar el trigo para tener un suplemento de pan?

Mas como en tu ciudad faltará algo que es para el espíritu y no para los ojos, ni para los sentidos, te verás obligado a inventarles falsos alimentos, que no valdrán nada. Y les buscarás fabricantes que les fabriquen poemas, autómatas que les fabricarán danzas, prestidigitadores que del vidrio tallado extraerán diamantes. Y ellos tendrán la ilusión de vivir. Aunque sean solo la caricatura de la vida. Puesto que habrán confundido el sentido verdadero de la danza, del diamante y del poema –que no te alimentarán con su parte invisible sino a condición de ser escalados– con un forraje para pesebres. La danza es guerra, seducción, asesinato y arrepentimiento. El poema es ascensión de montaña. El diamante es un año de trabajo cambiado en estrella. Mas les faltará lo esencial.

Lo mismo con el juego de los bolos, ya que tu alegría es el hacer caer los bolos enemigos, extraerías bastante placer si alinearas centenares y te construyeras una máquina para tirarlos.

114

Pero no creas que menosprecio para nada tus necesidades. Ni aun que me las imagine opuestas a tu significación. Pues necesito de ellas para traducirme, para demostrarte mi verdad en palabras que

se sacan la lengua como necesario y superfluo, causa y efecto, cocina y sala de danza. Pero yo no creo en esas divisiones que pertenecen a un lenguaje desdichado y a la elección de una montaña desde donde leer los movimientos de los hombres.

Pues lo mismo que mi centinela no accede al sentido de la ciudad, sino cuando Dios lo enriquece con la claridad de la mirada y con el oído de los centinelas, para que entonces los gritos del recién nacido no se opongan a las quejas por el muerto, ni la feria al templo, ni el barrio reservado a la fidelidad que en otra parte hay para el amor, sino que de esa diversidad nazca la ciudad que absorbe, desposa y unifica, igual que el árbol surge uno de sus diversos elementos, e igual que el templo domina con la calidad de su silencio ese conjunto de estatuas, pilares, altares y cúpulas, de la misma manera no encuentro al hombre más que al nivel donde no aparece el que canta en contra del que cultiva el trigo, o el que danza en contra del que vierte la simiente en los surcos, o el que observa las estrellas en contra del que forja los clavos; pues cuando te divido, no te he comprendido y te pierdo.

Por eso es que encerrándome en el silencio de mi amor me fui a observar a los hombres de mi ciudad. Con el deseo de comprenderla.

(No creyendo que sea una idea preconcebida la de elegir la relación de las actividades. La razón nada tiene que ver allí. Pues no construyes un cuerpo a partir de una suma. Pero plantas una simiente y ella es suma que se muestra. Y es solo de la calidad del amor de donde nacerá razonablemente la proporción, la cual te resultará invisible por adelantado, salvo en el lenguaje estúpido de los lógicos, de los historiadores y de los críticos que te mostrarán tus trozos y cómo hubieras podido engrosar uno a expensas del otro, demostrando fácilmente que aquel debe ser agrandado más que el otro, cuando hubieran podido establecer lo contrario con el mismo rigor, pues si inventas la imagen de las cocinas y de la sala de danza, no existe balanza que pueda repartir la importancia de una y otra. Es que tu lenguaje se torna vacío de sentido desde que prejuzgas sobre el porvenir. Construir el porvenir es construir el presente. Es crear un deseo que es para hoy. Que es de hoy para

mañana. Y no realidad de los actos que no tienen sentido si no es en el mañana. Pues si arrancas tu organismo del presente, morirá. La vida que es adaptación al presente y permanencia en el presente reposa sobre innumerables lazos que el lenguaje no puede captar. El equilibrio está hecho de mil equilibrios. Y ocurre si truncas uno solo tras una demostración abstracta lo mismo que con el elefante, que es construcción enorme, y que sin embargo, si le truncas uno solo de sus vasos, se morirá. No se trata de desear que no cambies nada. Porque puedes cambiarlo todo. Y de un llanura áspera puedes hacer una plantación de cedros. Pero importa no que plantes cedros, sino que siembres las semillas. Y a cada instante la simiente misma o lo que nacerá de ella estará en equilibrio en el presente[1].)

Pero hay varios ángulos desde los cuales ver esas cosas. Y si elijo la montaña que me diferencia los hombres según su derecho a las provisiones, es probable que se irrite mi sentido de la justicia. Pero también es probable que mi justicia sea distinta en otra montaña que me diferenciara los hombres de otra manera. Y querría que de todo se hiciera justicia. Por eso vigilé a los hombres.

(Pues no existe una justicia sino infinito número de justicias. Y yo puedo ir seleccionando por la edad para recompensar a mis generales haciéndoles crecer en honores y en cargos. Pero también puedo permitirles un reposo que aumente con los años al descargarlos de sus cargos y cubriendo con ellos las espaldas jóvenes. Y puedo juzgar según el imperio. Y puedo juzgar según los derechos del individuo, o a través de él, contra él, según el hombre en general.)

Y sí quisiera juzgar de acuerdo a la equidad considerando la jerarquía de mi ejército, caería en una red de contradicciones irreductibles. Pues están los servicios prestados, las capacidades, el bien del imperio. Y siempre encontraría una escala de calidad indiscutible que me demostraría mi error en la decisión tomada según otra de las escalas. Luego poco me perturba que me muestren que existe un código evidente según el cual mis decisiones son monstruosas; porque sé por adelantado que con cualquier decisión que tome ocurrirá lo mismo, y que lo que importa es pesar un poco, madurar un poco la verdad para obtenerla, no en las palabras, sino

en su peso.

(Aquí puede hablarse de líneas de fuerza.)

115

Luego consideraba vano leer mi ciudad desde el punto de vista de los beneficiados. Pues todos son criticables. Y no era ese mi problema. O más exactamente, no se me planteaba sino en segundo lugar. Porque ciertamente he de desear luego que los beneficiados se ennoblezcan y no se bastardeen con el uso de los beneficios. Pero ante todo importa el rostro de mi ciudad.

Por eso me fui a pasear flanqueado por un lugarteniente que interrogaba a los que pasaban.

–¿En qué ocupas tu vida? –preguntaba al azar de los encuentros, a uno o a otro.

–Soy carpintero –decía uno.

–Soy labrador –decía este otro.

–Soy herrero –decía el tercero.

–Soy pastor –decía otro.

O cavo pozos. O cuido enfermos. O escribo para aquellos que no saben. O soy carnicero. O forjo platos de té. O tejo telas. O coso vestiduras. O...

Y se me hacía evidente que estos trabajaban para todos. Pues todos consumen ganado, agua, remedios, planchas, té y vestiduras. Y nadie consume exageradamente pues tú comes una vez, y te arreglas una vez, te vistes una vez, bebes una vez té, escribes una vez tus cartas y duermes en un lecho de una casa.

Pero ocurría que uno entre ellos me respondió:

–Edifico palacios, tallo diamantes, esculpo estatuas de piedra...

Y esos, ciertamente, no trabajaban para todos, sino para algunos tan solo; pues el producto de sus actividades no era divisible.

Y en efecto, si observas al que trabaja todo un año para pintar un vaso, ¿cómo distribuirías ese vaso entre todos? Pues un hombre trabaja para muchos en una ciudad. Están las mujeres, los enfermos, los achacosos, los niños, los viejos y los que hoy reposan. Están también los servidores de mi imperio que no modelan tampoco ningún objeto: los soldados, los gendarmes, los poetas, los danzarines, los gobernadores. Y estos, al igual que los otros, sin embargo, consumen, se visten, se calzan, comen, beben y duermen en un lecho de una casa. Y ya que estos no cambian objetos por los objetos que consumen, será necesario robar esos objetos a quienes los fabrican, para alimentar igualmente a quienes no los fabrican. Y ningún hombre instalado en su taller puede pretender consumir la totalidad de lo que produce. Luego existen objetos que no puedes pretender ofrecer a todos, pues no habría nadie para hacerlos.

Y sin embargo, ¿no es necesario que tales objetos sean concebidos y fabricados, ya que son el lujo y la flor y el sentido de tu civilización? Y ya que precisamente el objeto que vale y que es digno del hombre es ese que ha costado mucho tiempo. Y este es el sentido del diamante, que representa un año de trabajo transformado en una lágrima grande como una uña. O el de la gota de perfume extraída del cáliz de muchas flores. ¿Y qué me importa el destino de la lágrima, o de la gota de perfume puesto que sé por adelantado que no son distribuibles a todos, y sé igualmente que una civilización reposa no sobre el destino del objeto, sino sobre su nacimiento?

Yo, el señor, robo el pan y las vestiduras a los trabajadores para dárselos a mis soldados, a mis mujeres y a mis viejos.

¿Por qué habría de turbarme robar el pan y las vestiduras para dárselas a mis escultores y a los pulidores de diamantes y a los poetas que, aunque escriben sus poemas, deben alimentarse?

De otra manera no habrá más diamante, ni palacio, ni nada deseable.

Y lo que enriquece poco a mi pueblo: se enriquece al agregar a las otras actividades sus actividades de civilización que, ciertamente, cuestan mucho tiempo a los que se ocupan de ellas; pero que ocupan a pocos hombres en la ciudad, como me lo mostraron mis encuentros.

Y por otra parte reflexionaba que si el destinatario del objeto no tenía importancia, ya que de todas maneras ese objeto no era distribuible a todos y que, por consiguiente, no podía pretender que robara a los otros, se me hacía evidente que la urdimbre de los destinatarios es cosa muy delicada de tocar y que demanda muchas precauciones pues es la trama de una civilización. Y poco importa su calidad o las justificaciones morales.

Ciertamente, hay aquí un problema moral. Pero es un problema exactamente opuesto. Y si pienso con palabras que excluyan contradicciones extingo en mí toda luz.

116^2

Los bereberes refugiados que no quieren trabajar se acuestan. Acción imposible.

Mas yo impongo estructuras, y no actos. Y diferencio los días. Y jerarquizo a los hombres, y creo habitaciones más o menos bellas para atraer la envidia. Y creo reglas más o menos justas para provocar movimientos dispares. Y no puedo interesarme en la justicia, pues aquí ella consiste en dejar pudrir este charco absolutamente muerto. Y los obligo a tomar bien en cuenta mi lenguaje, puesto que mi lenguaje tiene un sentido para ellos. Y no hay ahí más que un sistema de convenciones con ayuda de los cuales quiero alcanzar, como a través de un ciego-sordo-mudo, al hombre que está enteramente dormido en ellos. Así, al ciego-sordo-mudo tú lo quemas y le dices: fuego. Y cada vez que lo quemas le dices: fuego. Y eres injusto con ese individuo, puesto que lo quemas. Mas eres justo con el hombre, ya que al decirle: fuego, lo iluminas. Y llegará el día en que le digas fuego, sin quemarlo, y él retirará

presto su mano. Y ese será el signo de que ha nacido.

Helos, pues, atados a pesar de sí mismos, en lo absoluto de una red que no pueden juzgar; porque ella existe simplemente. Las moradas «son» diferentes. Las comidas «son» diferentes. (E introduzco también la fiesta que es tender hacia un día y desde entonces existir, «y los someteré a torsiones y tensiones y figuras. Y ciertamente toda tensión es injusticia, pues no es justo que ese día difiera de los otros».) Y la fiesta los hace alejarse o aproximarse a algo. Y las cosas más o menos bellas, ganar o perder. Y entrar y salir. Y dibujaré líneas blancas a través del campo para que sean zonas peligrosas, y haya otras zonas de seguridad. E introduciré el lugar prohibido, donde se es condenado a muerte, para orientarlos en el espacio. Y de esta manera se le crearán vértebras a la medusa. Y ella comenzará a caminar, lo cual es admirable.

El hombre disponía de un lenguaje vacío. Mas el lenguaje obrará nuevamente sobre él como un freno. Y habrá palabras crueles que podrán hacerle llorar. Y habrá palabras encantadoras que le iluminarán el corazón.

«Yo os facilito las cosas...», y todo está perdido. No a causa de las riquezas, sino porque ellas ya no son un trampolín para lograr algo, sino provisiones ganadas. Te has equivocado, no al dar de más, sino al exigir menos. Si das más debes exigir más.

La justicia y la igualdad. Y he ahí la muerte. Pero la fraternidad no se encuentra más que en el árbol. Pues no debes confundir alianza y comunidad, la cual no es más que promiscuidad sin dioses que dominen, ni irrigación, ni musculatura y, por consiguiente, solo podredumbre.

Pues ellos se han disuelto por vivir en la igualdad, la justicia y la comunidad total. Esto es reposo de bolos mezclados.

Échales la semilla que les absorba en la injusticia del árbol.

En lo que concierne al don de mi vecino, he observado que no era fecundo examinar los hechos, los estados de cosas, las instituciones, los objetos de su imperio, sino exclusivamente las pendientes. Pues si examinamos mi imperio irás a ver a los herreros y los hallarás forjando clavos y apasionándose por los clavos y cantándote los cánticos de la tienda de clavos. Luego te irás a ver a los leñadores y los encontrarás abatiendo árboles y apasionándose por el abatimiento de los árboles, y colmándose de un intenso júbilo a la hora de la fiesta del leñador que es cuando se oye el primer crujido, cuando la majestad del árbol comienza a prosternarse. Y si vas a ver a los astrónomos, los verás apasionándose por las estrellas, y no escuchando otra cosa que su silencio. Y en efecto, cada uno se imagina ser así. Ahora, si yo pregunto: «¿Qué ocurre en mi imperio? ¿Qué nacerá en mi dominio mañana?», tú me dirás: «Se forjarán clavos, se derribarán árboles, se observarán las estrellas, y habrá entonces reservas de clavos, de maderas y de observaciones de estrellas». Pues miope, y sin ver más allá de tu nariz, no has reconocido la construcción de un navío.

Y en verdad, ninguno de entre ellos habrá sabido decirte: «Mañana estaremos embarcados sobre el mar». Cada uno creía servir a su dios y disponía de un lenguaje insuficiente para cantarte a ese dios de dioses que es el navío. Pues la fecundidad del navío consiste en que se transforma en amor de los clavos para el que los vende.

Y en cuanto a la previsión del porvenir, lo hubieras hecho mejor si hubieras dominado todo ese conjunto disímil, y hubieras tenido conciencia de aquello con lo que he aumentado el alma de mi pueblo y que es la pendiente hacia el mar. Entonces habrías visto el velero, conjunto de clavos, de tablas, de troncos de árbol, y gobernado por las estrellas, modelarse lentamente en el silencio, y juntarse a la manera del cedro que drena los surcos y las sales de la rocalla para establecerlos en la luz.

Y tú reconocerás la pendiente que va hacia el mañana por sus efectos irresistibles. Pues no puedes equivocarte: en todo lo que se puede mostrar, ella se muestra. Y yo reconozco la pendiente hacia la tierra en que no puedo soltar, por muy corto que sea el instante, la piedra que tengo en la mano, sin que en el mismo instante se

caiga.

Y si veo un hombre que se pasea y se dirige hacia el este, no preveo su porvenir. Porque es posible que haga cien pasos y en el instante en que lo imagino ubicado en su viaje, me desoriente con una media vuelta. Pero preveo el porvenir de mi perro, si cada vez que aflojo la cuerda, por poco que sea, me hace dar un paso hacia el este, y me tira. El este significa, pues, olor de caza, y sé bien hacia dónde correrá mi perro si lo suelto. Una pulgada de cuerda me ha enseñado más que mil pasos.

Ese prisionero que observo está sentado o acostado, como deshecho y despojado de todo deseo. Pero tiende hacia la libertad. Y yo reconocería su pendiente en el hecho de que me bastaría mostrarle un agujero en el muro para que se estremezca y vuelva a ser musculatura y atención. Y si la brecha da sobre el campo, ¡muéstrame al que ha dejado de verla!

Si razonas con la inteligencia, olvidarás ese otro agujero, o incluso, mirándolo, como piensas en otra cosa no lo verás. O viéndolo y encadenando silogismos para saber si es hábil usarlo, llegarás a decidirte demasiado tarde, pues los albañiles lo habrán borrado del muro. Pero muéstrame, en ese depósito de agua, ¿qué fisura puede olvidarse?

Por eso, digo que la pendiente, aun cuando sea informulable a causa del lenguaje, es más poderosa que la razón y único gobierno. Y por eso digo que la razón no es más que la sirviente del espíritu, que primero transforma la pendiente y hace demostraciones y máximas, lo cual te permite luego creer que tu bazar de ideas te ha gobernado. Cuando lo que yo digo es que has sido gobernado nada más que por los dioses que son templo, dominio, imperio, pendiente hacia el mar o necesidad de libertad.

Así, no observaré los actos de mi vecino que reina del otro lado de la montaña. Pues no sé reconocer por el vuelo de la paloma si vuela hacia el palomar o si simplemente llena sus alas de viento; como no sé reconocer por el paso del hombre si va hacia su casa cediendo al deseo de la mujer, o al hastío de su deber, y si su paso construye el divorcio o el amor. Mas aquel que tengo prisionero en su celda, si no echa a perder sus oportunidades y pone el pie sobre la llave que

olvido, o tantea los barrotes para saber si alguno está flojo, o si mide con su mirada a los carceleros, yo lo adivino ya deambulando por la libertad de los campos.

Quiero conocer a mi vecino, no lo que hace, sino lo que jamás olvida hacer. Pues entonces conozco qué dios lo domina, aun cuando él mismo lo ignore; y la dirección de su porvenir.

118

Me acordé de ese profeta de mirada dura que, para colmo, era bizco. Me vino a ver, y la cólera lo poseía. Una cólera sombría.

–Conviene –me dijo– exterminarlos.

Y yo comprendí que tenía el gusto de la perfección. Pues solo es perfecta la muerte.

–Pecan –dijo.

Yo callaba. Veía claramente bajo mis ojos su alma tallada como una espada. Pero pensaba:

«Existe por el mal. No existe más que para el mal. ¿Qué sería de él, pues, sin el mal?».

–¿Qué deseas –le pregunté– para ser venturoso?

–El triunfo del bien.

Y comprendí que mentía. Pues llamaba ventura al desuso y la herrumbre de su espada.

Y se me presentaba poco a poco esta verdad deslumbrante: que quien ama el bien es indulgente con el mal. Que quien ama la fuerza es indulgente con la debilidad. Pues si las palabras se sacan la lengua, el bien y el mal, sin embargo, se mezclan, y los malos escultores son abono para los buenos escultores; y la tiranía forja

contra ella las almas altivas, y el hambre provoca la repartición del pan, la cual es más dulce que el pan. Y los que urdían conspiraciones contra mí, prendidos por mis gendarmes, privados de luz en sus celdas, parientes de una muerte próxima, sacrificados a otros que no son ellos mismos, por aceptar el riesgo, la miseria y la injusticia por amor a la libertad y a la justicia, me han parecido siempre de una belleza deslumbrante, que ardía como un incendio en el lugar del suplicio; razón por la cual nunca les he frustrado su muerte. ¿Qué es un diamante si no existe la ganga dura para excavar que lo oculta? ¿Qué es una espada, si no existe el enemigo? ¿Qué es un retorno si no existe la ausencia? ¿Qué es la fidelidad, si no existe la tentación? El triunfo del bien es el triunfo del rebaño prudente sobre su pesebre. Y no cuento con los sedentarios y los repletos.

–Luchas contra el mal –le dije–, y toda lucha es una danza. Y obtienes tu placer del placer de la danza, luego del mal. Yo preferiría que danzaras por amor.

»Pues si te fundo un imperio donde nos exaltemos por causa de los poemas, vendrá la hora de los lógicos que razonarán sobre esto y te descubrirán en los contrarios a los poemas los peligros que amenazan a los poemas; como si existiera el contrario de alguna cosa en el mundo. Y te nacerán entonces los policías, que confundiendo el amor del poema con el odio al contrario del poema, se ocuparán, no ya de amar, sino de odiar. Como si se equivaliera el amor del cedro con la destrucción del olivo. Y enviarán a la cárcel ya sea al músico, ya al escultor, ya al astrónomo, según el azar de razonamientos que serán estúpido viento de palabras y débil temblor de aire. Y mi imperio perecerá entonces, porque vivificar el cedro no es destruir el olivo ni rechazar el aroma de las rosas. Planta en el corazón de un pueblo el amor por el velero y te drenará todos los fervores de su territorio para cambiarlos en velas. Mas tú quieres, en persona, presidir los nacimientos de las velas persiguiendo, y denunciando y exterminando a los herejes. Pero ocurre que todo lo que no es velero puede ser denominado contrario del velero; porque la lógica puede ser llevada a donde tú quieras. Y de depuración en depuración exterminarás a tu pueblo; pues ocurre que cada uno ama también otra cosa. Aún más, exterminarás al velero; porque el

cántico del velero se había transformado para el que hace los clavos en el canto de la herrería. Lo meterás en prisión. Y no habrá más clavos para el navío.

»También aquel cree favorecer a los grandes escultores exterminando a los malos escultores, a los que en su estúpido viento de palabras llama contrarios a los primeros. Y yo te digo que tú prohibirás a tu hijo un oficio que ofrece tan pocas oportunidades de vivir.

–Si te he entendido bien –se enfureció el profeta bizco–, ¡yo debería tolerar el vicio!

–No. No has entendido nada –le respondí.

119

Pues si no quiero hacer la guerra y mi reumatismo me afecta la pierna, probablemente lo convertiré en objeción contra la guerra; mientras que si yo fuera partidario de la guerra pensaría en curarlo por la acción. Mi simple deseo de paz se ha vestido de reumatismo, o de amor, tal vez, a la casa, o de respeto a mi enemigo, o de cualquier otra cosa. Y si quieres comprender a los hombres comienza por no escucharlos jamás. Pues el que hace clavos te habla de sus clavos. El astrónomo de sus estrellas. Y todos olvidan el mar.

120

Porque me pareció muy importante que no te bastara mirar para ver. Pues desde lo alto de mi terraza, yo les mostraba mi dominio y les exponía sus contornos y ellos inclinaban la cabeza diciendo: «Sí, sí...». O bien les hacía abrir el monasterio y les explicaba sus reglas, y ellos bostezaban con discreción. O bien les mostraba la

arquitectura del templo nuevo o la escultura, o la pintura de un escultor y de un pintor que había aportado algo no habitual hasta entonces. Y ellos apenas si miraban. Todo lo que a otro hubiera conmovido el corazón los dejaba indiferentes.

Y yo me decía:

«Aquellos que a través de las cosas saben tocar los lazos divinos que las atan no disponen de ese poder permanentemente. El alma está plena de sueño. El alma no ejercitada lo está más aún. ¿Cómo esperar de estos que sean golpeados con la revelación como por el rayo? Porque solo encuentran el rayo quienes reciben de él su solución, quienes aguardaban ese rostro porque estaban construidos para ser abrasados. Igual ocurre con aquel que he desligado del amor, ejercitándolo en la plegaria. Lo he fundado tan bien que hay sonrisas que serían para él como espadas. Pero los otros no conocerán sino el deseo. Si te he acunado con leyendas del norte donde posaban cisnes y vuelos grises de patos silvestres y las llamadas que llenan la extensión –pues el norte durante los hielos se llena de un solo grito como un templo de mármol negro–, entonces estarás presto para los ojos grises y la sonrisa que arde por dentro como la lumbre en un albergue misterioso en la nieve. Y los veré tocados en el corazón. Pero aquellos que remontan los desiertos ardientes no se estremecen con esa forma de sonreír.

»Entonces, si te he construido semejante a los otros en la infancia, descubrirás los mismos rostros que tu pueblo, experimentarás los mismos amores y sabréis comunicaros. Porque os comunicáis, no el uno con el otro, sino por la vía de los lazos diversos que atan las cosas, e importa que sean semejantes para todos.

»Y cuando te digo semejante, no digo que se trate de crear ese orden que no es más que ausencia y muerte, el de las piedras alineadas o el de los soldados que marchan al mismo paso. Yo digo que os he ejercitado en conocer los mismos rostros, y así experimentar los mismos amores.

»Pues ahora sé que amar es reconocer, y es conocer el rostro leído a través de las cosas. El amor no es más que conocimiento de los dioses.

»Cuando el dominio, la escultura, el poema, el imperio, la mujer, o Dios a través de la piedad de los hombres, te son dados por un instante en su unidad, a esa ventana abierta en ti, llamo yo amor. Y la llamo muerte de tu amor, si para ti no es más que un conjunto. Y sin embargo, lo que te es dado a través de tus sentidos no ha cambiado.

»Por eso digo también que los que han renunciado a los dioses no pueden comunicarse si no es como el animal, con vistas a lo usual únicamente: rebaño vuelto a guardar».

Por eso importa convertir a aquellos que llegan a mí mirando sin ver. Porque solo entonces se iluminarán y serán vastos. Y solo entonces estarán desnudos. Pues fuera de la búsqueda de satisfacciones de tu vientre, ¿qué desearás y adónde irás y de dónde nacerá el fuego de tu placer?

Convertir es volverse hacia los dioses para que ellos se muestren.

Y yo no tengo una pasarela que me permita explicarme ante ti. Si tú miras el campo y con mi bastón tendido yo te dibujo mi dominio, no puedo traspasarte mi amor con un movimiento cualquiera, porque sería demasiado fácil para ti emocionarte. Y los días de hastío, irías sobre las montañas a hacer movimientos con el bastón para exaltarte.

Solo puedo ensayar en ti mi dominio. Y por esto creo en los actos. Pues los que distinguen el pensamiento de la acción me han parecido siempre pueriles y ciegos. Distinguen las ideas que son pensamientos cambiados en objetos de bazar.

Te confiaré, pues, una carreta y bueyes, o una trilladora para los granos. O la vigilancia de los poceros. O la cosecha de los olivos. O la celebración de los matrimonios. O cualquier cosa que te haga entrar en la invisible construcción y te someta a sus líneas de fuerza y esas líneas de fuerza te harán fácil tal gesto y difícil tal otro.

Encontrarás, pues, obligaciones y prohibiciones. Pues ese campo es impropio para labrar, mas no ese otro. Ese pozo salvará a la ciudad,

y el otro la enfermará. Esa muchacha se casa, y su aldea se transforma en cántico. Pero la otra aldea llora su muerto. Y cuando tiras de una punta todo el dibujo aparece. Pues el labrador bebe. Y el pocero casa a su hija. Y la desposada come el pan del primero y bebe el agua del segundo, y todos celebran las mismas fiestas, oran a los mismos dioses, lloran los mismos duelos. Y tú te transformas en lo que uno se transforma en esa aldea. Luego me dirás quién acaba de nacer en ti. Y si no te place, solo entonces renegarás de mi aldea.

Pues no hay ningún paseante ocioso a quien le sea dado ver. Lo único que se le muestra es un montón de cosas, el cual no es nada; ¿y cómo podrías de primera intención alcanzar al dios, si no es otra cosa que ejercicio de tu corazón?

Y llamo verdad solo a aquello que te exalta. Pues nada se demuestra en pro o en contra. Pero tú no dudas de la belleza si vibras ante tal rostro. Me dirás entonces que en verdad es bello. Lo mismo ocurre con el dominio o con el imperio, si te sientes obligado a aceptar, una vez que los has descubierto, morir por ellos. ¿Cómo es que son verdaderas las piedras y no el templo?

¿Y cómo lo rechazarías en el ámbito del monasterio, donde te abraso con el más grande de los rostros, después de haberte edificado para que se muestre a ti? ¿Cómo puedes decirme que es verdadera la belleza en el rostro, y no Dios en el mundo?

¿Es que crees que es natural la belleza de los rostros? Yo te digo que ella es fruto solo de tu aprendizaje. Pues no he conocido a ningún ciego de nacimiento, que una vez curado, fuera conmovido por una sonrisa. Le será necesario aprender también la sonrisa. Pero sabes desde la infancia que una cierta sonrisa prepara tus alegrías; pues es el signo de una sorpresa que aún te ocultan. O que un cierto fruncimiento de cejas prepara tus penas, o que un cierto temblor de labios anuncia las lágrimas, o que un cierto brillo de los ojos anuncia el proyecto que seduce, y que una inclinación anuncia la paz y la confianza en sus brazos.

Y de tus cien mil experiencias construyes una imagen de la patria

perfecta, que te puede recibir en tu integridad, y colmarte y vivificarte. Y he ahí que la reconocerías entre una multitud, y que antes de perderla, prefieres morir.

El rayo te ha golpeado en el corazón; pero tu corazón estaba preparado para el rayo.

No es tampoco el amor, del cual te digo que tarda en nacer, porque puede ser revelación del pan del que te he enseñado a tener hambre. Así he preparado en ti los ecos que van a vibrar en el poema.

Y el poema que a ti te ilumina dejaría a otro indiferente. He preparado un hambre que se ignora y un deseo que aún no tiene nombre para ti. Es reunión de caminos, y estructura y arquitectura. El dios que existe para él lo despertará de golpe en su conjunto, y todas esas vías se tornarán luz. Y, ciertamente, tú ignoras todo: pues si lo conocieras y lo buscaras, tendría ya un nombre. Y ello significaría que ya lo habrías encontrado.

121

(Por una falsa álgebra, esos imbéciles han creído que existían contrarios. Y el contrario de la demagogia es la crueldad. Cuando la red de relaciones en la vida es tal que si aniquilas uno de los dos contrarios, mueres.

Pues yo digo que lo contrario de cualquier cosa es solo la muerte.

Así, ese que persigue lo contrario de la perfección. Y de tachadura en tachadura, quema todo el texto. Pues no existe nada perfecto. Pero el que ama la perfección la embellece siempre.

Lo mismo ocurre con quien persigue lo contrario de la nobleza. Y quema a todos los hombres, pues ninguno es perfecto.

Lo mismo ocurre con el que aniquila a su enemigo. Y vivía de él. Luego, al aniquilarlo, muere. Lo contrario del navío es el mar. Pero él ha diseñado y aguzado la roda y la carena. Y lo contrario del fuego es la ceniza; pero ella vela por el fuego.

Lo mismo ocurre con el que lucha contra la esclavitud, haciendo un llamamiento al odio, en lugar de luchar por la libertad recurriendo al amor. Y como en todas partes, en todas las jerarquías, hay huellas de esclavitud, y como también puedes llamar esclavitud a la función de los cimientos del templo sobre el que se apoyan las piedras nobles que se alzan solas hacia el cielo, te verás obligado, de consecuencia en consecuencia, a aniquilar el templo.

Pues el cedro no es rechazo y odio de todo lo que no es cedro, sino rocalla drenada por el cedro y transformada en árbol.

Contra cualquier cosa que luches, el mundo entero se te tornará sospechoso; porque todo puede ser posible abrigo, y reserva posible, y alimento posible para tu enemigo. Si luchas contra cualquier cosa que sea, debes aniquilarte a ti mismo, pues hay en ti una parte de ella, por muy débil que sea.

Porque la única injusticia que yo concibo es la de la creación. Y tú no has destruido los jugos que hubieran podido alimentar a la zarza, sino que has edificado un cedro que los ha tomado para sí, y la zarza no podrá nacer.

Si te transformas en este árbol, no puedes transformarte en aquel otro. Y has sido injusto con los otros[3].)

Cuando tu fervor se ha extinguido haces perdurar el imperio con tus gendarmes. Pero si únicamente lo pueden salvar los gendarmes, quiere decir que el imperio está muerto. Pues mi sujeción es la del poder del cedro que ata en sus lazos los jugos de la tierra, no la estéril exterminación de las zarzas y de los jugos que ciertamente se ofrecían a las zarzas, pero que lo mismo se hubieran ofrecido a los cedros.

¿Cuándo has visto que se haga la guerra contra cualquier cosa? El

cedro que prospera y aniquila la maleza se burla de la maleza. Ni siquiera conoce su existencia. Hace la guerra para el cedro y transforma en cedro la maleza.

¿Quieres que mueran por algo? ¿Quién querrá morir? Se desea matar, pero no morir. La aceptación de la guerra es la aceptación de la muerte. Y la aceptación de la muerte no es posible más que si tú te cambias en otra cosa. Luego, en el amor.

Aquellos odian a otros. Y si tienen prisiones, amontonan allí los prisioneros. Pero así construyes tu enemigo, pues las prisiones son más radiantes que los monasterios.

El que encarcela o ejecuta, ante todo, duda de sí mismo. Extermina los testigos y los jueces. Pero para engrandecerte, no basta con exterminar a los que te veían bajo.

El que encarcela y ejecuta es también el que echa sus faltas sobre otro. Luego, es débil. Pues cuanto más fuerte eres, más faltas cargarás sobre ti. Ellas se tornan para ti enseñanzas para tu victoria. A uno de sus generales que se excusaba por haber sido derrotado, le interrumpió mi padre: «No seas presumido hasta el punto de vanagloriarte de haber cometido una falta. Cuando monto un asno y este se pierde, no es el asno el que se equivoca. Soy yo.

»La excusa de los traidores –decía además mi padre– es, ante todo, que han podido traicionar».

122

Cuando las verdades son evidentes y absolutamente contradictorias, nada puedes sino cambiar tu lenguaje.

La lógica no te ayuda para hacerte pasar de un nivel a otro. No prevés el recogimiento a partir de las piedras. Y si hablas del recogimiento con el lenguaje de las piedras, fracasas. Te hará falta

inventar una palabra nueva para dar cuenta de una determinada arquitectura de tus piedras. Pues ha nacido un ser nuevo, no divisible, ni explicable; pues explicar es desmontar. Y entonces, lo bautizas con un nombre.

¿Cómo razonarías sobre el recogimiento? ¿Cómo razonarías sobre el amor? ¿Cómo razonarías sobre el dominio? Ellos no son objetos, sino dioses.

Yo he conocido a aquel que quería morir porque había escuchado cantar la leyenda de un país del norte y vagamente conocía que allí se anda una noche del año sobre la nieve, que es crujiente, bajo las estrellas, hacia iluminadas casas de madera. Y si entras en su luz tras tu camino, y adosas tus rostros a los cristales, descubres que esa claridad proviene de un árbol. Y te dicen que esa noche huele a juguetes de madera barnizada y a aroma de cera. Y de los rostros de esa noche te dicen que son extraordinarios. Pues contienen la espera de un milagro. Y ves a todos los viejos que retienen su aliento y fijan los ojos en los niños, y se preparan a grandes estremecimientos del corazón. Porque en los ojos de esos niños va a pasar algo inalcanzable, que no tiene precio. Porque lo has construido durante todo el año por medio de la espera, y los cuentos, y las promesas, y sobre todo por tu aspecto de saber y tus alusiones secretas y la inmensidad de tu amor. Y ahora vas a separar del árbol algún humilde objeto de madera barnizada y a tenderlo al niño según la tradición de tu ceremonial. Y ese es el instante. Y ya nadie respira. Y el niño pestañea, porque ha sido arrancado del sueño. Y está sobre tus rodillas con ese aroma de niño fresco que acaban de sacar del sueño y que abraza tu cuello convirtiéndose en algo que es fuente para tu corazón de lo cual tiene sed. (Y es el gran cansancio de los niños ser saqueados de una fuente que está en ellos y que ellos no pueden conocer, y a la cual se allegan a beber todos aquellos cuyo corazón ha envejecido, para rejuvenecer.) Pero los besos se han suspendido. Y el niño mira al árbol, y tú miras al niño. Pues se trata de escoger una sorpresa maravillosa como una flor rara que nace una vez al año en la nieve.

Y te sientes colmado por un determinado color de ojos que se vuelven oscuros. Pues el niño se curva sobre su tesoro para iluminarse por dentro del golpe, cuando el regalo lo ha tocado,

igual que las anémonas de mar. Y huiría si lo dejaras huir. Y ya no hay esperanza de alcanzarlo. No le hables, pues no te escucha.

No me dirás que no pesa ese color apenas cambiado, más ligero que el de una nube sobre la pradera. Porque aun cuando fuera la única recompensa de tu año y del sudor de tu trabajo, y de tu pierna perdida en la guerra, y de tus noches de meditación, y de las afrentas, y los padecimientos soportados, sería para ti una recompensa y te maravillaría. Pues ganas con ese cambio.

Porque no hay razonamiento para razonar sobre el amor del dominio, sobre el silencio de un templo, ni sobre ese segundo extraordinario.

Así, mi soldado quería morir. Él, que no había vivido más que con el sol y la arena; él, que no conocía ningún árbol iluminado, que apenas sabía la dirección del norte, quería morir porque le habían dicho que en alguna parte estaban amenazados por la conquista, ese cierto olor a cera y ese determinado color de ojos, que los poemas le habían traído ligeramente llevados por el viento, como los aromas. Y no conozco razón más valedera para morir.

Porque ocurre que únicamente te alimenta el lazo divino que anuda las cosas. El cual se ríe de los mares y los muros. Y así, en tu desierto estás colmado por lo que existe en alguna parte, en una dirección que ignoras, entre extranjeros de los que nada sabes, por la espera de la imagen de un pobre objeto de madera barnizada que se hunde en los ojos de un niño como una piedra en las aguas dormidas.

Y ocurre que el alimento que recibes de ello puede justificar tu muerte. Y que yo alzaría ejércitos, si lo deseara, para salvar en alguna parte del mundo un olor a cera.

Pero no alzaré ningún ejército para defender las provisiones. Porque ellas están hechas, y no tienes nada que esperar, sino cambiarte en rebaño taciturno.

Por eso es que si se extinguen tus dioses, no querrás ya morir por ellos. Pero tampoco vivirás. Porque no existen los contrarios. Si la muerte y la vida son palabras que se sacan la lengua, ocurre sin embargo que vives solamente de lo que te hace morir. Y quien rechaza la muerte rechaza la vida.

Porque si no hay nada por encima de ti, nada tienes que recibir. Sino de ti mismo. Pero ¿qué sacas de un espejo vacío?

123

Hablaré para ti que estás sola. Porque tengo el deseo de volcar en ti esta luz.

He descubierto que es posible alimentarte en tu silencio y en tu soledad. Porque los dioses se ríen de los muros y de los mares. Y también tú resultas enriquecida de que exista en alguna parte un aroma de cera. Aun cuando no esperas gustarlo jamás.

Pero no tengo otro medio de juzgar la calidad del alimento que te traigo que el de juzgarte a ti misma. ¿Qué ocurre en ti cuando lo has recibido? Quiero que juntes las manos en el silencio, con los ojos oscurecidos, como los del niño al cual he devuelto el tesoro que lo comienza a devorar. Porque tampoco era un objeto lo que le regalé al niño. El que sabe hacer una flota de guerra con tres guijarros y amenazarla con una tempestad, si le doy el soldado de madera, hará un ejército y capitanes y fidelidad al imperio y rigidez de la disciplina y muerte por la sed en el desierto. Porque así ocurre con el instrumento de música, el cual es muy otra cosa que instrumento, es el cebo para tus capturas. Las cuales no son jamás de la esencia de la trampa. Y también a ti te iluminaré para que tu buhardilla sea clara y tu corazón habitado. Porque no es la misma ciudad la que miras desde tu ventana si te he hablado del fuego bajo la ceniza. Y no es el mismo el camino de ronda de mi centinela, si es promontorio de mi imperio.

Cuando te das, recibes más de lo que das. Pues no eras nada y te tornas algo. Y poco me importa si las palabras se sacan la lengua.

Yo hablaré para ti que estás sola; porque tengo el deseo de habitarte. Y tal vez te es difícil recibir un esposo en tu casa, a causa de una espalda contrahecha o de una enfermedad de los ojos. Pero hay presencias más fuertes, y he observado que no era el mismo el canceroso en su lecho una mañana de victoria, y que a pesar de que el grosor de los muros anula los ruidos de los clarines, su habitación estaba como llena.

Y sin embargo, ¿qué ha pasado desde afuera adentro sino el lazo divino que une las cosas y que se ríe de los muros y los mares? ¿Y por qué no habría de existir una divinidad más ardiente aún? La cual te modelará ardiente de corazón, fiel y maravillosa.

Porque el amor verdadero no se gasta. Más das, más queda. Y si vas a extraerlo a la fuente verdadera, más tú sacas, más generosa es. Y el aroma de la cera es verdadero para todos. Y si la otra también lo prueba, será más rica para ti.

Mas ese esposo carnal de tu casa te saqueará si sonríe en otra parte, y te fatigará amar.

Por eso te visitaré. Y no tengo necesidad de hacerme conocer de ti. Yo soy el lazo del imperio y te he inventado una plegaria. Y soy la piedra angular de cierto gusto de las cosas. Y te ato. Y tu soledad termina.

¿Y cómo no habrás de seguirme? Me he convertido en ti. Al igual que la música que construye en ti una estructura que te quema. Y la música no es verdadera ni falsa. Eres tú quien acaba de realizarse.

No quiero que seas desierta en tu perfección. Desierta y amarga. Yo te despertaré al fervor, que da y no saquea jamás, porque el fervor no reivindica ni la propiedad ni la presencia.

Mas el poema es bello por razones que no pertenecen a la lógica,

sino a otra etapa. Y tanto más patético cuanto mejor te establece en la extensión. Porque hay en ti un sonido que no puedes dar, mas no todos son de la misma calidad. Existe la mala música que te abre caminos mediocres en el corazón. Y el dios que se te aparece es débil.

Pero existen visitas que te dejan adormecida de tanto amar.

Y por eso he inventado esta plegaria para ti que estás sola.

124

Plegaria de la soledad.

«Ten piedad de mí, Señor, pues me pesa mi soledad. No existe nada que yo espere. Heme aquí en esta habitación donde nada me habla. Y sin embargo, no son presencias las que solicito, porque me descubro más perdida aún si me hundo en la multitud. Pero esa otra que se me parece, también sola en una habitación semejante; he ahí, sin embargo, que se encuentra colmada si los objetos de su ternura andan por alguna otra parte de la casa. Ella no los ve, ni los oye. No recibe nada en ese instante. Pero le basta, para ser feliz, saber que su casa está habitada.

»Señor, tampoco reclamo nada que deba ser visto o escuchado. Tus milagros no son para los sentidos. Pero te basta iluminarme el espíritu acerca de mi morada, para curarme.

»El viajero en su desierto, Señor, se regocija si pertenece a una casa habitada, a pesar de saberla en los confines del mundo. Ninguna distancia le impide ser alimentado, y si muere lo rodea el amor... Yo no pido, Señor, ni siquiera que mi morada esté cerca.

»El que se pasea por entre la gente y ha sido conmovido por un

rostro, he ahí que se transfigura, aun cuando el rostro no sea para él. Lo mismo que ese soldado enamorado de la reina. Se torna soldado de una reina. Yo no pido, Señor, ni siquiera que esa morada me sea próxima.

»A lo largo de los mares hay destinos ardientes consagrados a una isla que no existe. Los del navío cantan el cántico de la isla y son dichosos. Porque no es la isla la que los colma, sino el cántico. Yo no pido, Señor, ni siquiera que esa morada exista en alguna parte...

»La soledad, Señor, no es más que el fruto del espíritu cuando está enfermo. No habita más que una patria, la cual es el sentido de las cosas. Lo mismo que el templo, cuando es el sentido de todas las piedras. No tiene alas más que para ese espacio. No se regocija con los objetos, sino con el único rostro que se lee a través de ellos y que los ata. Haz, simplemente, que aprenda a leer.

»Entonces, Señor, se habrá terminado mi soledad.»

125

Pues exactamente como la catedral es una determinada disposición de piedras todas semejantes, mas distribuidas según líneas de fuerza cuya estructura habla al espíritu como si fuera el ceremonial de mis piedras. Y la catedral es más o menos bella.

Exactamente como la liturgia de mi año es una cierta disposición de días, en principio todos semejantes, pero distribuidos según líneas de fuerza cuya estructura habla al espíritu (y ahora existen días en los cuales debes ayunar, otros en que sois convidados a reuniros, otros en los que no debes trabajar. Y son mis líneas de fuerza las que encuentras), igual que si fuera un ceremonial de mis días. Y el año es más o menos vivo.

Exactamente lo mismo que existe un ceremonial de los rasgos del rostro. Y el rostro es más o menos bello. Y un ceremonial de mi

ejército; porque este gesto te es posible mas no ese otro que te hace tropezar con mis líneas de fuerza. Y el ejército es más o menos fuerte.

Existe un ceremonial de mi ciudad, pues he ahí el día de fiesta, o la campana de los muertos, o la hora de la vendimia, o el muro que construir en conjunto, o la comunidad durante el hambre y la repartición del agua en la sequía, y ese odre lleno no es para ti solo. Y ya estás en una patria. Y la patria es más o menos cálida.

Y no conozco nada en el mundo que no sea ante todo ceremonial. Porque no tienes nada que esperar de una catedral sin arquitectura, de un año sin fiestas, de un rostro sin proporciones, de un ejército sin reglamentos, ni de una patria sin costumbres. No sabrías qué hacer con tus materiales en desorden.

¿Y por qué habría de decirme que esos objetos en desorden son realidad, y que el ceremonial es ilusión? Cuando el objeto mismo es ceremonial de sus partes. ¿Por qué sería para ti menos real el ejército que una piedra? Pero he llamado piedra a un cierto ceremonial del polvo con que está compuesta. Y al año, ceremonial de los días. ¿Por qué habría de ser menos real el año que la piedra?

Aquellos han descubierto solo a los individuos. Y, ciertamente, bueno es que los individuos prosperen y se alimenten, y se vistan, y no sufran exageradamente. Pero muere en ellos lo esencial y no son más que piedras en desorden, si no fundas en tu imperio un ceremonial de los hombres.

Pues de otra manera, el hombre no es ya nada. Y no llorarás más a tu hermano, si se muere, que el perro cuando otro de su misma clase se ahoga. Pero tampoco tendrás alegría por su regreso. Porque el regreso del hermano debe ser un templo que se embellece, y la muerte de tu hermano un derrumbamiento en el templo.

Y no he observado que se llorasen los muertos entre los refugiados bereberes.

¿Cómo podría demostrarte lo que busco? No se trata de un objeto que habla a los sentidos, sino al espíritu. No me pidas que justifique el ceremonial que impongo. La lógica pertenece a la etapa de los objetos y no al lazo que los ata. Aquí no tengo ya lenguaje.

Tú has visto las orugas que sin ojos se encaminan hacia la luz o suben por el árbol. Y las observas como hombre, y te preguntas lo que buscan. Y concluyes: «Luz» o «Cima». Pero ellas lo ignoran. Igualmente si recibes algo de mi catedral, de mi año, de mi rostro, de mi patria, ello será tu verdad y poco me importa tu viento de palabras que no sirve más que para los objetos. Tú eres oruga. Ignoras lo que buscas.

Luego, si de mi catedral, de mi año, de mi imperio sales embellecido, santificado o alimentado por algún alimento invisible, me diré: «He aquí una bella catedral para hombres. Un bello año. Un bello imperio». Aun cuando no sepa cómo hacer para averiguar la causa.

Simplemente habré encontrado, como la oruga, algo que es para mí. Lo mismo que un ciego que busca el fuego en el invierno con las palmas de las manos. Y lo encuentra. Y deja su bastón y se sienta al lado, cruzando las piernas. Aunque no sepa del fuego. Lo mismo que sabes tú, tú que ves. Ha encontrado la verdad de su cuerpo, pues observarás que no cambia de lugar.

Y si reprochas a mi verdad el no ser una verdad, te contaré la muerte del único geómetra verdadero, amigo mío, que cuando se disponía a morir me pidió que lo asistiera.

126

Me llegué, pues, hasta él con pasos lentos; porque lo quería.

–Geómetra, amigo mío, rogaré a Dios por ti.

Mas estaba cansado de sus padecimientos.

–No te inquietes por mi cuerpo. Tengo la pierna muerta y el brazo muerto; soy semejante a un árbol viejo. Deja hacer al leñador...

–¿No lamentas nada, geómetra?

–¿Qué he de lamentar? Tengo el recuerdo de un brazo válido y de una pierna válida. Mas toda la vida es nacimiento. Y uno se acepta tal como es. ¿Has añorado alguna vez tu primera infancia, tus quince años, o tu madurez? Esas añoranzas son añoranzas del mal poeta. No hay allí añoranza, sino dulzura de la melancolía, que no es padecimiento, sino aroma en el frasco de un licor evaporado. Es verdad que lamentas tu ojo el día en que lo pierdes, porque toda mudanza es dolorosa. No es patético pasearse por la vida con un solo ojo. Y yo he visto reír a los ciegos.

–Uno puede acordarse de su dicha...

–¿Y ves en ello padecimiento? Por cierto, he visto alguna vez a alguno sufrir por la partida de la que amaba y que era para él sentido de los días, de las horas y de las cosas. Porque se derrumbaba su templo. Pero no he visto sufrir al que habiendo conocido la exaltación del amor, al cesar de amar perdió el hogar de sus alegrías. Y lo mismo ocurre con aquel que se emocionaba con el poema y a quien luego el poema le hastía. ¿Dónde ves que este padezca? Su espíritu duerme y el hombre ya no existe. Porque el hastío no es la añoranza. La añoranza del amor sigue siendo siempre el amor..., y si no existe amor no hay añoranza del amor. Tú no encuentras más que ese hastío que pertenece a la etapa de las cosas, porque ellas no tienen nada para darte. Los materiales de mi vida se deshacen en el instante en que su piedra angular cede y comienza el padecimiento de la mudanza. ¿Y cómo conocerla antes? Ya que solo ahora se me revela la verdadera piedra angular y su verdadera significación y se me hace evidente que no han tenido más sentido del que tienen. ¿Y cómo conocería el hastío si es basílica construida, acabada y al fin iluminada para mis ojos?

–Geómetra, ¡qué estás diciendo! La madre puede lamentarse sobre el recuerdo del niño muerto.

–Cierto, en el instante en que se le va. Pues las cosas pierden su sentido. La leche vuelve a la madre y ya no hay niño. Te pesa la

confidencia que está destinada a la amada cuando ya no existe esa amada. Y si te vieras con un dominio vendido y dispersado, ¿qué harás con el amor del dominio? Es la hora de la mudanza la que siempre es dolorosa. Mas te engañas, porque las palabras embrollan a los hombres. Llega la hora en que las cosas antiguas reciben su sentido, que era el de transformarte. Llega la hora en que te sientes enriquecido de haber amado en otro tiempo. Y esa es la melancolía, la cual es dulce. Llega la hora en que la madre, ya envejecida, tiene el rostro más conmovedor y el corazón mejor iluminado, y aun cuando no se atreva a confesarlo, tanto miedo tiene a las palabras, le es dulce el recuerdo del niño muerto. ¿Has escuchado jamás a una madre decirte que hubiera preferido no conocerlo, no amamantarlo, no cuidarlo?

El geómetra, que se había callado largo tiempo, me dijo aún:

–Así, mi vida, bien ordenada hacia atrás, se me convierte hoy ya en recuerdo...

–Ah geómetra, amigo mío, dime la verdad que te serena el alma...

–Conocer una verdad es tal vez contemplarla en silencio. Conocer la verdad es tal vez tener derecho, al fin, al silencio eterno. Tengo costumbre de decir que el árbol es verdadero cuando es una cierta relación entre sus partes. Luego del bosque, que es una cierta relación entre los árboles. Luego del dominio, que es una cierta relación entre los árboles, las llanuras y otros materiales del dominio. Luego del imperio, el cual es una cierta relación entre los dominios y las ciudades y otros materiales de los imperios. Luego de Dios, el cual es una relación perfecta entre los imperios y cualquier otra cosa que exista en el mundo. Dios es tan verdadero como el árbol, aunque mucho más difícil de leer. Y no tengo más preguntas que formular.

Reflexionó:

–No conozco otra verdad. Conozco solamente estructuras que son más o menos cómodas para expresar el mundo. Pero...

Se calló largo tiempo esta vez, y no me atreví a interrumpirlo:

–Sin embargo, me pareció algunas veces que se asemejaba a algo...

–¿Qué quieres decir?

–Si busco, quiere decir que he encontrado, porque el espíritu no desea más que lo que posee. Encontrar es ver. ¿Y como buscaría lo que para mí no tiene sentido aún? Te lo he dicho, la añoranza del amor es amor. Y nadie sufre el deseo de lo que no se ha concebido. Y sin embargo, he tenido algo que era como la añoranza de cosas que aún no tenían sentido. De otra manera, ¿por qué habría marchado en la dirección de verdades que no podía concebir por anticipado? Yo he elegido caminos rectos para ir hacia pozos ignorados, caminos que fueran semejantes a retornos. He tenido el instinto de mis estructuras como tus orugas ciegas lo tienen del sol.

»Y cuando edificas un templo que es bello, ¿a qué se parece?

»Y cuando legislas sobre el ceremonial de los hombres que los exalta igual que el fuego calienta a tu ciego, ¿a qué se parece? Porque los templos no son todos bellos, y existen ceremoniales que no exaltan.

»Pero las orugas no conocen el sol, los ciegos no conocen el fuego y tú no conoces el rostro cuya semejanza copias cuando edificas un templo que resulta patético en el corazón de los hombres.

»Era para mí un rostro que me iluminaba por un lado y no por el otro, ya que me obligaba a volverme hacia él. Mas aún no lo conozco...

Fue entonces cuando Dios se mostró a mi geómetra.

127

Los actos bajos suscitan como vehículo a las almas bajas. Los actos nobles, a las almas nobles.

Los actos bajos se formulan por motivos bajos. Los actos nobles, por

motivos nobles.

Si yo ordeno traicionar, lo haré por medio de traidores.

Si ordeno edificar, lo haré por medio de albañiles.

Si ordeno la paz, la haré firmar por cobardes.

Si ordeno morir, haré declarar la guerra por medio de los héroes. Pues, evidentemente, de las diversas tendencias, la que arrastra es la que ha gritado más fuerte en una dirección. Y si la dirección necesaria es humillante, la misma tendencia que la ha deseado en momentos en que no era necesaria, por simple bajeza, será quien te conducirá.

Es difícil decidirse por la rendición consultando a los más heroicos, igual que es difícil optar por el sacrificio consultando a los más cobardes.

Y si un acto es necesario aunque sea humillante desde un cierto punto de vista, ya que nada es simple, yo impulsaré adelante a aquel que hediendo más, hará menos ascos. No elijo a mis limpiadores de cloacas entre los que son delicados de olfato.

Lo mismo ocurre con las negociaciones con mi enemigo, si este es el vencedor. Pero no vayas a reprocharme que estime a uno y me someta de buen grado al otro.

Pues en verdad, si pides una explicación a mis limpiadores de cloacas, te dirán que las limpian por gusto del olor de las suciedades.

Y mi verdugo te dirá que decapita por gusto de la sangre.

Pero te engañarías si me juzgaras, a mí que los incito, según su lenguaje. Porque es mi horror a las suciedades y es mi amor al

umbral lustrado lo que me hace llamar a los limpiadores de cloacas. Y es mi horror a la sangre vertida cuando es inocente lo que me ha constreñido a inventar un verdugo.

Y ahora no escuches hablar a los hombres si deseas comprenderlos. Porque si he decidido la guerra y el sacrificio de la vida para salvar los graneros del imperio, como los más heroicos se habrán lanzado a la vanguardia para predicar la muerte, ellos te hablarán del único honor y de la única gloria de morir. Pues nadie muere por un granero.

Y lo mismo ocurre con el amor por el navío, que se convierte en amor por los clavos en el fabricante de clavos.

Y si he decidido la paz para salvar del saqueo total alguna cosa de los mismos graneros, antes que el fuego lo haya destruido todo y que no exista más problema de paz o guerra, sino el sueño de los muertos, como los menos prevenidos contra el enemigo que se habrán lanzado hacia delante para firmarla, te hablarán de la belleza de esas leyes y de la justicia de esas decisiones. Y estos también creerán en lo que dicen. Pero se trataba de una cosa muy diferente.

Si rehúso alguna cosa es la que rehusase todo lo que la rehusara. Si acepto alguna cosa es la que aceptase todo lo que la aceptara.

Pues el imperio es algo poderoso y pesado, que no se conduce con un viento de palabras. Esta noche, desde lo alto de mi terraza, considero esta tierra negra donde están esos millares de millares que duermen o velan, dichosos o desdichados, satisfechos o insatisfechos, confiados o desesperados. Y se me hace, ante todo, evidente que el imperio no tenía voz porque es un enorme gigante sin lenguaje. ¿Y cómo haré para transportar en ti al imperio con sus deseos, sus fervores, sus cansancios, sus reclamos, si no sé ni siquiera encontrar las palabras que transportarían la montaña hasta ti, que no has conocido nunca más que el mar?

Aquellos hablan todos en nombre del imperio, y diferente los unos de los otros. Y ellos tienen razón al tratar de hablar en nombre del imperio. Porque está bien encontrarle un grito a ese gigante sin lenguaje.

Y te lo he dicho de la perfección. El cántico bello nace de los cánticos fracasados; porque si nadie se ejercita en el canto no nacerán bellos cánticos.

Así, pues, todos ellos se contradicen porque no existe todavía un lenguaje para expresar al imperio. Deja hacer. Escúchalos a todos. Todos tienen razón. Pero ellos de ningún modo han escalado lo suficientemente alto sus montañas para comprender que el otro tiene razón.

Y si comienzan a desgarrarse, a aprisionarse, y a matarse entre ellos es que tienen el deseo de una palabra que aún no saben formar.

Y yo les perdono cuando balbucean.

128

Tú me preguntas: «¿Por qué acepta este pueblo la esclavitud y no prosigue su lucha hasta el final?».

Mas conviene distinguir el sacrificio por amor, que es noble, del suicidio por desesperación, que es bajo o vulgar. Para el sacrificio es necesario un Dios como el dominio o la comunidad o el templo, que recibe la parte que tú delegas y en la cual te cambias.

Algunos pueden aceptar morir por todos, aun cuando la muerte sea inútil. Y nunca lo es. Porque los otros se embellecen y se marchan con una visión más clara y el espíritu más vasto.

¿Qué padre no se arrancará al abrazo tuyo para hundirse en el abismo donde se ahoga su hijo? No podrás detenerlo. Pero ¿desearás que se hundan juntos? ¿Quién se enriquecerá con sus vidas?

El honor es irradiación no del suicidio, sino del sacrificio.

129

Si juzgas mi obra, espero que me hables sin mezclarme en tu juicio. Porque si esculpo un rostro, me cambio en él y lo sirvo. Y no es él quien me sirve. Y en efecto, acepto hasta el riesgo de muerte para acabar mi creación.

Así, pues, no atemperes tus críticas por temor a herirme en mi vanidad, porque en mí no existe vanidad. La vanidad no tiene sentido para mí, ya que se trata, no de mí, sino de ese rostro.

Pero si ocurre que ese rostro te ha cambiado al haber transportado a ti alguna cosa, no atemperes tampoco tus alabanzas por temor a ofender mi modestia. Porque no existe en mí ninguna modestia. Se trata de un tiro cuyo sentido nos domina, pero en el cual es bueno que colaboremos. Yo como flecha, tú como blanco.

130

Cuando muera.

«Señor, llego hasta ti porque he trabajado en tu nombre. Para ti las simientes.

»Yo he edificado este cirio. A ti corresponde encenderlo.

»Yo he edificado este templo. A ti corresponde habitar su silencio.

»Porque la captura no es para mí: Yo no hice más que construir la

trampa. Tomé esta actitud para ser animado. Y he edificado un hombre según tus divinas líneas de fuerza para que ande. A ti corresponde usar del vehículo si encuentras en él tu gloria.»

De esta manera desde la cima de las murallas lancé un profundo suspiro. Adiós, pueblo mío, pensé. Me he vaciado de mi amor y voy a dormir. Sin embargo, soy invencible como es invencible la semilla. No he dicho todos los aspectos de mi rostro. Pero crear no es enunciar. Yo me he expresado enteramente si he dado un sonido que es este y no otro. Si he alcanzado una actitud que es esta y no otra. Si he instalado en la masa un fermento que es este y no otro. Desde entonces habéis nacido de mí porque para vosotros se trataba de elegir un acto entre otros; encontraréis la pendiente invisible que os hará desarrollar mi árbol, y así tornaros según mi ley.

«Cierto, os sentiréis libres cuando yo esté muerto. Mas seréis libres como el río de dirigirse hacia el mar, o la piedra que se suelta de descender.

»Volveos ramas. Haced vuestras flores, y vuestros frutos. Se os pesará en la vendimia.

»Oh mi pueblo amado, sé fiel de generación en generación si he aumentado tu herencia.»

Y al estar yo orando, andaba el centinela sus cien pasos. Y yo meditaba.

«Mi imperio me delega centinelas que velan. De este modo he encendido ese fuego, que en el centinela se torna llama de vigilancia.

»Bello es mi soldado cuando mira...»

131

Porque yo os transfiguro el mundo, igual que el niño con sus tres guijarros, si le atribuyo valores diversos y otro papel en el juego. Y para el niño la realidad no reside ni en las piedras ni en las reglas, que no son más que una trampa favorable, sino solo en el fervor que nace del juego. Y los guijarros se transfiguran en recompensa.

¿Y qué harás tú de tus objetos, de tu casa, de tus amores y de los ruidos que existen para tus oídos, y de las imágenes que se dirigen a tus ojos, si no se tornan materiales de mi palacio invisible que los transfigura?

Mas aquellos que no extraen sabor alguno de sus objetos por faltarles un imperio que los anime se irritan contra esos mismos objetos. «¿Por qué la riqueza no me enriquece?», se lamentan; y calculan que conviene aumentarla porque no era suficiente. Y acaparan otras que les molestan más aún. Y allí están, crueles en su irreparable hastío. Porque no saben que buscan otra cosa, ya que no la han encontrado. Encontraron al que se mostraba dichoso de leer su carta de amor. Se inclinaron sobre su espalda, y al observar que extraía su alegría de unos caracteres negros sobre la página blanca, ordenaron a sus esclavos extender sobre páginas blancas, en mil combinaciones, los signos negros. Y luego los castigaron con sus látigos al no conseguir el talismán que da la felicidad.

Porque para ellos no existe nada que haga resonar los objetos unos sobre otros. Viven en el desierto de sus piedras amontonadas.

Pero yo me llego hasta quien con ellas edificó el templo. Y las mismas piedras les vierten la beatitud.

Porque yo los volvía sensibles a la muerte. Sin lamentarlo por otra parte. Porque igualmente eran sensibles a la vida. Mas si yo estableciera en tu casa el derecho de primogenitura encontrarías más razones, es verdad, de odiar; pero al mismo tiempo de amar y llorar a tu hermano. Aun cuando fuera él quien por mi ley te frustraba. Porque así muere el hermano mayor, el que tiene un sentido, el responsable, el guía, y el polo de la tribu. Y él, si tú murieras, llorará su oveja, aquel que él ayudaba, aquel que le placía amar, aquel a quien aconsejaba bajo la lámpara nocturna.

Pero si os hago, al uno respecto al otro, iguales y libres, nada cambiará por la muerte y no os lloraréis. Lo he observado muy bien en mis guerreros durante el combate. Tu camarada muere, y, sin embargo, nada ha cambiado demasiado. En el mismo instante es reemplazado por otro. Y denominas dignidad de soldado, sacrificio consentido, nobleza masculina, a tu reserva ante la muerte. Y a tu rechazo de las lágrimas. Mas a riesgo de escandalizarte te diré: No lloras porque no tienes motivo para llorar. Porque de aquel que ha muerto no sabes que está muerto. Tal vez morirá más adelante, cuando llegue la paz. Hoy habrá siempre otro a tu izquierda y a tu derecha, disponiendo sus fusiles. No tienes tiempo para preguntar al hombre lo que era capaz de dar por sí solo. Igual que esa protección de tu hermano mayor. Porque lo que uno daba, lo dará el otro. Las bolas que están en un saco no lloran la ausencia de una de ellas, porque el saco está repleto de bolas semejantes. Del que muere dices simplemente: «No tengo tiempo..., morirá más adelante». Pero no morirá más, porque una vez que ha terminado la guerra, también se dispersarán los vivos. Igualmente se deshará la figura que formabais. Vivos y muertos os asemejaréis. Los ausentes serán como muertos, y los muertos como ausentes.

Pero si pertenecéis a un árbol, cada uno depende de todos, y todos de cada uno. Y si uno se va, lloraréis.

Porque si os sometéis a una figura, existe entre vosotros jerarquía. Entonces, se muestra la importancia que tiene uno para el otro. Porque si no existe jerarquía, no existen hermanos. Y siempre he

oído decir «mi hermano», cuando existía alguna dependencia.

Y no deseo endureceros el corazón para enfrentar la muerte. Porque no se trata de endureceros contra una debilidad humillante como sería el miedo a la sangre o el temor a los golpes, endurecimiento que os haría crecer, sino que se trata de soportar menos duramente la muerte, porque morirían menos cosas. Y ciertamente, cuanto más flaca sea en vuestro corazón la provisión de vuestro hermano, menos lloraréis su muerte.

Yo deseo enriqueceros para que vuestro hermano halle eco en vosotros. Y para que vuestro amor, si amáis, sea el descubrimiento de un imperio y no el celo del macho cabrío. Porque, ciertamente, el macho cabrío no llora. Pero si ella, la que amáis, muere, os sentiréis como desterrados. Y el que afirma que acepta su muerte como un hombre revela que pertenecía a un rebaño. Y a su vez ella aceptará la muerte de él como la de un rebaño, y dirá: «Es bueno que los hombres mueran en la guerra...». Pero yo quiero que muráis en la guerra. Porque ¿quién ha de amar, sino el guerrero? Pero no quiero que degradéis vuestros tesoros por cobardía, por deseo de lamentar menos. Porque entonces morirá un sombrío autómata que nada sacrifica al imperio.

Yo exijo que se me dé lo mejor. Porque solo entonces seréis grandes.

Luego no se trata de pediros que despreciéis la vida, sino de hacérosla amar.

Y también de haceros amar la muerte, si ella es precio del imperio.

Porque nada se opone. El amor de Dios os aumenta el amor por el imperio. El amor del imperio, el del dominio. El del dominio, el amor de la esposa. Y el amor de la esposa el amor de la simple bandeja de plata que al lado de ella es té, después del amor.

Pero como os muestro una muerte desgarrante, quiero al mismo tiempo consolaros. Por eso he inventado esta plegaria para aquellos que lloran: plegaria contra la muerte.

133

–He escrito mi poema. Me falta corregirlo.

Mi padre se irritó:

–¡Escribes tu poema y luego lo corriges! ¿Qué es escribir, si no corregir? ¿Qué es esculpir, si no corregir? ¿Has visto modelar la arcilla? De corrección en corrección surge el rostro, y el primer toque del pulgar era ya una corrección del bloque de arcilla. Cuando fundo mi ciudad, corrijo la arena. Después corrijo la ciudad. Y de corrección en corrección marcho hacia Dios.

134

Porque, ciertamente, te expresas por medio de relaciones. Y haces sonar las campanas unas sobre otras. Y no importa qué objetos haces resonar. Son materiales de las trampas para las capturas, los cuales no son jamás la esencia de la trampa. Y yo te he dicho que eran necesarios los objetos unidos.

Mas en la danza o en la música hay un desarrollo en el tiempo que me impide equivocarme sobre tu mensaje. Alargas aquí, allá lo haces más lento, subes ahí y desciendes acá. Y ahora te haces eco de ti mismo.

Mas cuando me presentes todo en un conjunto necesitaré un código. Porque si no es ni nariz ni oreja, ni boca ni mentón, ¿cómo sabré lo que alargas o acortas, realzas o desvías, ahuecas o combas? ¿Cómo conoceré tus movimientos y distinguiré tus repeticiones y tus ecos? ¿Y cómo leeré tu mensaje? Y el mensaje será mi código; porque yo conozco uno que es perfecto y es trivial.

Y, ciertamente, no me dirás nada si me proporcionas el rostro perfectamente trivial, sino el simple don del código, el objeto de referencia y el modelo de academia. Tengo necesidad de él, no para

conmoverme, sino para leer lo que acarreas en mi dirección. Y si me entregas el modelo mismo, en verdad no acarreará nada. También acepto que te alejes del modelo y deformes y revuelvas, mas solo en tanto que conserve la clave. Y no te reprocharé nada si te place colocarme el ojo sobre la frente.

Aun cuando te juzgaría poco hábil, igual que aquel que para hacer escuchar su música hiciera demasiado ruido o tornara demasiado ostensible una imagen en su poema para que se viera.

Porque afirmo que es digno quitar el andamiaje cuando has terminado el templo. No tengo necesidad de leer tus medios. Y tu obra es perfecta si no los descubro.

Porque precisamente no es la nariz lo que me interesa y no es necesario mostrármela demasiado colocándomela sobre la frente, como tampoco es necesario que escribas la palabra, ni que me la elijas demasiado vigorosa, porque en ese caso devora la imagen. Y más que la imagen, devora el estilo.

Lo que te pido es de esencia distinta a la trampa. Igual a tu silencio en la catedral de piedra. Así, pues, ocurre que eras tú quien pretendía hacerme despreciar la materia y buscar la esencia, y te has apoyado sobre esa bella ambición para proveerme de tus indescifrables mensajes, que me construyen una trampa enorme de colores chillones que me aplasta y me disimula el ratón nacido muerto que has cazado.

Pues en tanto te reconozco, o pintoresco o brillante, o paradójico, quiere decir que no he recibido nada de ti; porque, simplemente, te muestras como una feria. Pero te has equivocado sobre el objeto de la creación. Porque no se trata de mostrarte, sino de transformarme. Si agitas delante de mí tu espantapájaros, me iré a posar en otra parte.

Pero el que me ha conducido allá donde quería y luego se ha retirado, me hace creer que yo descubro el mundo y me transforma en lo que él deseaba.

Mas tampoco creo que esa discreción consista en pulirme un molde donde ondulen vagamente una nariz, una boca y un mentón como en una cera olvidada al lado del fuego, porque si desprecias tanto los medios que usas, comienza por suprimirme ese mármol mismo, o esa arcilla, o ese bronce, que son más materiales aún que un simple trazado del labio.

La discreción consiste en no insistir sobre lo que quieres hacerme ver. Notaré a primera vista, porque veo numerosos rostros a lo largo del día, que quieres borrarme la nariz; y tampoco llamaré discreción el que coloques tu mármol en una habitación oscura.

El rostro verdaderamente invisible y del cual no recibiré ya nada es el rostro trivial.

Pero os habéis vuelto brutos y es necesario gritaros para haceros escuchar.

Ciertamente, puedes dibujarme un tapiz coloreado; pero no tiene más que dos dimensiones, y si bien habla a mis sentidos, no habla a mi espíritu, ni a mi corazón.

135

Quiero apartarte los ojos del espejismo de la isla. Porque crees que en la libertad de los árboles y de las praderas y de los rebaños, en la exaltación de la soledad de los grandes espacios, en el fervor del amor sin freno, vas a crecer recto como un árbol. Pero los árboles que he visto crecer más rectos no son los que brotan libres. Porque estos no se apresuran a crecer, se distraen en su ascensión y suben torcidamente. Mientras que aquellos que están en una selva virgen, acosados por enemigos que les roban su parte de sol, escalan el cielo verticalmente con la urgencia de un reclamo.

Porque no encontrarás en tu isla ni libertad, ni exaltación, ni amor.

Y si te hundes por mucho tiempo en el desierto (porque otra cosa es reposar allí del ajetreo de las ciudades), no conozco más que un remedio para animarlo para ti, un medio para conservar tu hálito y tornarlo sostén de tu exaltación. Y es el de tender allí una estructura de línea de fuerzas. Ya sean de la naturaleza o del imperio.

E instalaré la red de pozos bastante avara para que tu marcha tenga en cada uno de ellos más de lo que necesita. Porque es necesario guardar para el séptimo día el agua de los odres y tender hacia ese pozo con todas sus fuerzas. Y ganarlo por su victoria. Y sin duda, perder las cabalgaduras en forzar ese espacio y esa soledad; porque valdrá el premio de los sacrificios consentidos. Y las caravanas hundidas en la arena, que no lo han encontrado, atestiguan su gloria. Y resplandece sobre sus huesos bajo el sol.

Compruebas el estado de las reservas de agua, llamas a lo mejor de ti mismo. Y allá vas en marcha hacia tu región lejana, a la que más allá de las arenas bendicen las aguas, avanzando por la extensión de un pozo a otro, como por los peldaños de una escalera, compenetrado, ya que es una danza que hay que danzar y un enemigo al que hay que vencer, del ceremonial del desierto. Y al mismo tiempo que tus músculos, yo te edifico un alma.

Pero si quiero enriquecértela aún más, si quiero que los pozos atraigan o rechacen con más fuerza como polos, y que el desierto sea construcción para tu espíritu y para tu corazón, lo poblaré de enemigos. Estos poseerán los pozos y para beber te será necesario combatir y vencerlos. Y según que las tribus acampadas aquí o allá sean más crueles, menos crueles, más vecinas en espíritu o de una lengua impenetrable, mejor o peor armadas, tus pasos se harán más ágiles o menos ágiles, más discretos o más resonantes, y las distancias batidas en el curso de tus jornadas de marcha variarán, a pesar de que visualmente se trate de una extensión semejante en todos sus puntos. Y así se imantará, se diversificará y se coloreará diferentemente una inmensidad que primero era amarillenta y monótona, pero que para tu espíritu cobrará más relieve que esos países dichosos donde están los frescos valles, las montañas azules,

los lagos de agua dulce y las praderas.

Porque aquí tu paso será el de un castigado a muerte, y allá el de un hombre liberado, aquí el de una sorpresa y allá el de la solución de una sorpresa. Aquí el de una persecución, y allá el de una discreción atenta como en la habitación donde duerme ella y no quieres despertarla.

Y sin duda, no pasará nada en el curso de la mayoría de tus viajes, porque es suficiente que juzgues válidas esas diferencias y motivado y necesario y absoluto el ceremonial que nacerá para enriquecer la calidad de tu danza. Milagro será si el que agrego a tu caravana sin conocer tu lenguaje y sin participar de tus temores, esperanzas y alegrías, reducido a los mismos gestos que los conductores de las cabalgaduras, no encuentra más que un desierto vacío; pero bostezará a lo largo de la travesía por una extensión interminable de la que no recibirá más que fatiga, y nada de mi desierto cambiará a ese viajero. El pozo no habrá sido para él más que un agujero de tamaño mediocre que ha sido necesario destapar de la arena. ¿Y qué hubiera conocido del cansancio, si este es por esencia invisible? Porque no se trata más que de un puñado de granos impulsados por los vientos, aun cuando sean suficientes como para cambiarlo todo en aquel que se encuentre ligado a ellos, de igual manera como la sal transfigura un festín. Y mi desierto, al mostrarte las reglas del juego, se tornará para ti de una tal atracción y de un poder tal, que yo puedo elegirte superficial, egoísta, limitado y escéptico en los barrios de mi ciudad o en el estancamiento de mi oasis, e imponerte una única travesía del desierto, para hacer emerger de ti al hombre, como una simiente que sale de su vaina, y ampliarte de corazón y de espíritu. Y volverás a mí ya cambiado, y magnífico, y edificado para vivir la vida de los fuertes. Y si me he limitado a hacerte participar de su lenguaje, porque lo esencial no son las cosas, sino el sentido de las cosas, el desierto te habrá hecho germinar y crecer como un sol.

Lo habrás atravesado como una piscina milagrosa. Y cuando llegues al otro borde, riente, viril y sorprendente, ellas, las mujeres, reconocerán en ti al que buscaban; y no tendrás ya que despreciarlas para obtenerlas.

Cuán insensato el que pretende buscar la dicha de los hombres en la satisfacción de sus deseos, creyendo, de tanto mirarlos andar, que lo que ante todo cuenta para el hombre es alcanzar el fin. Como si hubiera algún fin.

Por eso te digo que para el hombre cuentan ante todo la tensión de las líneas de fuerza en las cuales se sumerge y su propia densidad interior que se deriva de ellas, y el resonar de sus pasos, y la atracción de los pozos y la dureza de la pendiente de la montaña que hay que subir. Y quien la ha sabido subir, si acaba de sobrepasar por la fuerza de sus puños y a costa de sus rodillas una aguja de roca, no vas a pretender que su placer tenga la calidad mediocre del placer de ese sedentario que después de arrastrar un día de reposo su carne blanda, se tira por la hierba en la cima fácil de una colina roma.

Pero tú has desimantado todo al deshacer el lazo divino que ata las cosas. Porque al ver que los hombres se esforzaban por llegar a los pozos, has deducido que se trataba de una cuestión de pozos y les has perforado muchos. Porque al ver a los hombres tender hacia el reposo del séptimo día, has multiplicado sus días de reposo. Porque al ver a los hombres desear los diamantes, se los has distribuido en montón. Porque al ver a los hombres temer a sus enemigos, les has suprimido sus enemigos. Porque al ver a los hombres desear el amor, les has edificado barrios reservados, grandes como capitales, donde todas las mujeres se venden. Y te has mostrado, así, más estúpido que ese antiguo jugador de bolos de quien te he hablado en otro tiempo, que buscaba, sin encontrarla, la voluptuosidad en una cosecha de bolos que le entregaban sus esclavos.

Pero no vayas a creer que te he dicho que se trataba de cultivar tus deseos. Porque si nada se mueve allí, no hay líneas de fuerza. Y si el pozo está próximo a ti, ciertamente, lo deseas cuando te mueres de sed. Mas, si por alguna razón te fuera inaccesible y no pudieras recibir ni darle nada, ese pozo será como si no existiera para ti. Lo mismo ocurre con esa que pasa y con la que te cruzas, que no puede ser para ti. Está más lejana para ti a pesar de la distancia, que una mujer de otra ciudad y casada en otra parte. La transfiguro si la sé elemento de una estructura tendida para ti. En la que, por ejemplo,

puedas soñar, avanzar hacia ella por la noche, poner una escala en su ventana para raptarla y echarla en tu caballo y regocijarte en tu guarida. O si tú fueras soldado y ella una reina, podrías esperar morir por ella.

Débil y lamentable es la alegría que extraes de las falsas estructuras cuando te las inventas por jugar. Porque si amas ese diamante, te bastaría marchar hacia él con cortos pasos y más y más lentamente, para vivir una vida patética. Pero si tu marcha lenta hacia el diamante es un rito que te encierra y te impide acelerar, si al empujar con todas tus fuerzas contra él, lo que encuentras son más frenos que te impiden acelerar más. Si el acceso al diamante no te es impedido en forma absoluta –lo cual le quitaría su significación, transformándolo en un espectáculo sin peso– ni te es difícil por una invención estúpida –lo cual sería caricatura de la vida–, sino que es para ti estructura fuerte y de calidad numerosa, entonces eres rico. Y no conozco otra cosa para fundarte más que a tu enemigo; y en esto no hallo nada que pueda sorprenderte, porque digo simplemente que se necesitan dos para hacer la guerra.

Porque tu riqueza está en perforar pozos, alcanzar un día de reposo, extraer un diamante y ganar el amor.

Pero no está en poseer pozos, días de reposo, diamantes, y la libertad en el amor. Ni tampoco en desearlo sin quererlo.

Y no comprendes nada de la vida si opones como palabras que se sacan la lengua el deseo y la posesión. Porque tu verdad de hombre las domina y no hay nada en ellas de contradictorio. Porque es necesario la total expresión del deseo y que encuentres no obstáculos absurdos, sino el obstáculo mismo de la vida, al otro danzarín que es el rival, y entonces se establece la danza. De otra manera, serías tan estúpido como el que juega a cara o cruz contra sí mismo.

Si mi desierto fuera demasiado rico en pozos, habría sido necesario que viniera una orden de Dios para prohibir algunos.

Porque las líneas de fuerza creadas deben dominarte desde lo más alto para que encuentres en ellas tus inclinaciones, tus tensiones y tus marchas; pero como todas no son igualmente buenas, deben

semejarse a alguna cosa que no te incumbe comprender. Por eso digo que existe un ceremonial de los pozos en el desierto.

No esperes, pues, nada de la isla venturosa que es para ti provisión hecha de una vez para siempre, como esa cosecha de bolos caídos. Porque allí te tornarás rebaño taciturno. Y si a los tesoros de tu isla, que imaginas resonantes, los quiero hacer resonar, una vez abordados en la noche, te inventaré un desierto y los distribuiré según las líneas de un rostro que no será el de la esencia de las cosas.

Y si deseara salvar tu isla, te haría don de un ceremonial de los tesoros de la isla.

136

Si quieres hablarme de un sol amenazado de muerte, dime: sol de octubre. Porque ese ya se debilita y acarrea esa vejez. Pero el sol de noviembre o de diciembre llama la atención sobre la muerte y te veo hacerme señales. Y no me interesas. Porque lo que recibiré de ti no es el gusto de la muerte, sino el gusto por la designación de la muerte. Y ese no era el objeto perseguido.

Si la palabra alza su cabeza en medio de tu frase, córtasela. Porque no se trata de mostrarme una palabra. Tu frase es una trampa para capturar algo. Y no quiero ver la trampa.

Porque te engañas sobre el objeto del acarreo si crees que es enunciable. De otra manera me dirías: «melancolía», y me tornaría melancólico, lo cual es de verdad demasiado fácil. Y en verdad hay en ti un leve mimetismo que te hace semejar a lo que digo. Si digo: «cólera de las olas», te sientes vagamente sacudido. Y si digo: «el guerrero amenazado de muerte», te sientes vagamente inquieto por mi guerrero. Por costumbre. Y la operación es de superficie. La única que es valedera, es la de conducirte a donde veas el mundo

como yo lo he querido.

Porque no conozco poema, ni imagen en el poema, que no sea acción sobre ti. Se trata de explicar esto o aquello, no de sugerírtelo, como creen los más sutiles –porque no se trata de esto o aquello–, sino de tornarte en tal o en cual. Pero igual que en la escultura necesito una nariz, una boca, un mentón para hacerlos resonar uno sobre el otro y tomarte en mi red, para hacer otro me valdré de esto o aquello que sugeriré o enunciaré.

Porque si uso claro de luna no vayas a imaginar que se trata de ti en el claro de luna. Se trata de ti tanto en el sol, como en la casa, o en el amor. Se trata de ti, simplemente. Pero he elegido el claro de luna porque me era necesario un signo para hacerme entender. No podía citarlos todos. Y ocurre el milagro de que mi acción se irá diversificando a la manera del árbol que era simple en su origen, cuando era semilla; pero que desarrolló ramas y raíces cuando se evidenció en el tiempo. Lo mismo ocurre con el hombre. Si le agrego algo simple y que tal vez puede ser acarreado por una simple frase, mi poder se irá diversificando y modificaré a ese hombre en su esencia y cambiará de comportamiento en el claro de luna, en la casa o en el amor.

Por eso afirmo de una imagen, si es verdadera, que es una civilización donde te encierro. Y no me sabes circunscribir lo que ella rige.

Pero esa red de líneas de fuerzas puede ser débil para ti. Y su efecto muere en la parte inferior de la página. Lo mismo ocurre con las semillas cuyo poder se extingue de pronto, y con los seres que carecen de ímpetu. Pero falta que hubieras podido desarrollarlos para construir un mundo.

También si digo: «soldado de una reina», ciertamente no se trata ni del ejército, ni del poder, sino del amor. Y de un amor determinado que no espera nada para sí, sino que se da a algo más grande. Y que ennoblece y agranda. Porque ese soldado es más fuerte que otro. Y si lo observas, lo verás respetarse a causa de la reina. Y sabes bien que no traicionará; porque está protegido por el amor, y su corazón

reside en la reina. Y lo ves que vuelve a la ciudad orgulloso de sí mismo, y con todo enrojece púdicamente cuando se lo interroga sobre la reina. Y sabes cómo abandona a su mujer si es llamado a la guerra, ya que sus sentimientos no son los de un soldado del rey, que ebrio de cólera contra el enemigo va a plantarle su rey en el vientre. Pero el otro va a convertirlos, y por efecto del combate, en apariencia, colocarlos también dentro del amor. O también...

Pero si sigo hablando, agoto la imagen; porque ella tiene un poder escaso. Y no podría decirte cómodamente lo que distingue al soldado del rey del soldado de la reina, cuando comen su pan. Porque aquí, la imagen no es más que una débil lámpara, que aunque como toda lámpara resplandezca sobre todo el universo, para tus ojos ilumina muy poco.

Pero toda evidencia fuerte es una semilla de la que podrás extraer el mundo.

Por eso he dicho que una vez sembrado el grano, no te era necesario extraer de ti los comentarios, construir tú mismo tu dogma e inventar tú mismo los medios de acción. El grano prenderá sobre el terreno de los hombres, y nacerán por millares tus servidores.

Así, si has sabido cargar al hombre la noción de que es el soldado de una reina, nacerá como consecuencia tu civilización. Luego de lo cual, podrás olvidar a la reina.

137

No olvides que tu frase es un acto. No se trata de argumentar si deseas hacerme obrar. ¿Crees que voy a determinarme por argumentos? Encontraré mejores contra ti.

¿O has visto a alguna mujer reconquistar su amor por un proceso en el que ella pruebe que tiene razón? El proceso irrita. Ella no podrá reconquistarte mostrándose tal como la amabas, porque a esa ya no

la amas más. Y lo he visto bien en esa desdichada que por haber sido desposada al son de una triste canción, volvió a cantarla la víspera del divorcio. Pero esa canción lo ponía furioso.

Tal vez podría reconquistarlo, si despertara a aquel que era cuando la amaba. Pero le hace falta un genio creador, porque se trata de cargar al hombre de algo, igual que lo cargo con una inclinación hacia el mar que lo hará constructor de navíos. Entonces, ciertamente, crecerá el árbol que irá diversificándose. Y de nuevo él reclamará la canción triste.

Para fundar en ti el amor hacia mí, hago nacer a alguien que está en ti que es para mí. Yo no te diré mi sufrimiento porque eso te disgustaría conmigo. No te haré reproches: estos te irritarían con justicia. No te diré las razones que tienes para amarme, porque no las tienes. La razón de amar es el amor. No me mostraré tal como me querías. Porque a ese ya no lo quieres. De otra manera, aún me amarías. Pero te educaré para mí. Y si soy fuerte te mostraré un paisaje que te convertirá en amigo mío.

La que había olvidado me produjo el efecto de una flecha en mi corazón al decirme: «¿Oís la campana que perdisteis?».

Porque, a fin de cuentas, ¿qué voy a decirte? He ido a menudo a sentarme en la montaña. Y he contemplado la ciudad. O bien, paseándome en el silencio de mi amor, he escuchado hablar a los hombres. Y, ciertamente, he escuchado palabras a las que sucedían actos, como las del padre que dice a su hijo: «Ve a llenarme este cántaro a la fuente», o las del cabo que dice a su soldado: «A medianoche tomarás la guardia». Pero siempre me ha parecido que esas palabras carecían de misterio, y que el viajero ignorante del lenguaje, al comprobarlas de esa manera ligadas a lo acostumbrado, no hubiera encontrado nada más asombroso que en los movimientos de un hormiguero, de los cuales ninguno parece oscuro. Y observando los acarreos, las construcciones, los cuidados a los enfermos, las industrias y los comercios de mi ciudad, no veía nada que perteneciera a un animal algo más audaz, inventivo y comprensivo, que los otros; pero la misma evidencia me demostraba que al considerarlos en sus funciones usuales, todavía no había visto

a los hombres.

Porque donde se me aparecía y quedaba inexplicable según las reglas del hormiguero, donde se me escapaba al ignorar el sentido de las palabras, era cuando, sentados en círculo en la plaza del mercado, escuchaban a un narrador de leyendas, que hubiera podido, a su capricho, levantarse después de haberles hablado y, seguido por ellos, incendiar la ciudad.

Ciertamente, he visto multitudes apacibles, sublevadas por la voz de un profeta, que se van a fundir, tras él, en el horno del combate. Tenía que ser irresistible lo que acarreaba el viento de las palabras para que la multitud, habiéndolas recibido, desmintiera el comportamiento del hormiguero y se cambiara en incendio, ofreciéndose voluntariamente a la muerte.

Porque los que volvían a sus casas estaban cambiados. Y me parecía que no eran necesarias las charlatanerías de los magos para creer en las operaciones mágicas, ya que para mis oídos eran conjuntos de palabras milagrosas, capaces de arrancarme de mi casa, de mi trabajo, de mis costumbres, y de hacerme desear la muerte.

Por eso siempre escuchaba con atención, diferenciando el discurso eficaz del que nada creaba, para aprender a reconocer el objeto del acarreo. Porque, ciertamente, el enunciado no importa. De otra manera todos serían grandes poetas. Y todos serían conductores de hombres con solo decir: «Seguidme en nombre del asalto y el olor de la pólvora quemada...». Pero si tratas de hacerlo, los ves reírse. Lo mismo que con los que predican el bien.

Pero tras asistir al triunfo de algunos y al cambio de otros, y después de rogar a Dios para que me iluminara, me ha sido dado aprender a reconocer en el viento de las palabras el raro acarreo de las semillas.

Así fue como adelanté un paso en el conocimiento de la dicha y acepté proponérmela como problema. Porque se me aparecía igual que fruto de elección de un ceremonial que crea un alma feliz, y no como el regalo estéril de objetos vanos. Porque no es posible darles la dicha a los hombres como una provisión. Y yo he observado que esos refugiados bereberes, a los que mi padre no podía dar nada que los hiciera dichosos, en los desiertos más ásperos y en la miseria más rigurosa, tenían una alegría radiante.

Pero no vayáis a imaginar que yo pueda creer, ni por un instante, que tu dicha nacerá de la soledad, del vacío y de la miseria. Porque lo mismo pueden desesperarte. Pero te muestro el ejemplo sorprendente que distingue muy bien la dicha de los hombres de la calidad de provisiones que les son dadas, y que somete de una manera tan perfecta la aparición de esa dicha a la calidad del ceremonial.

Y si la experiencia me ha enseñado que los hombres felices se encuentran en mayor proporción en los desiertos, los monasterios y el sacrificio, que en los sedentarios de los oasis fértiles o de las islas que se llaman venturosas, no he extraído la conclusión –que hubiera sido estúpida– de que la calidad del alimento se oponía a la calidad de la dicha, sino, simplemente, que donde los bienes se encuentran en mayor número, se ofrecen al hombre más oportunidades de engañarse sobre la naturaleza de sus alegrías, porque pareciera, en efecto, que vinieran de las cosas, cuando en realidad solo provienen del sentido que tienen las cosas en tal imperio, o tal morada, o tal dominio. Entonces, en la prosperidad es donde se puede dar más fácilmente que se cieguen y corran más a menudo tras las riquezas vanas.

Mientras que los del desierto o los del monasterio, al no poseer nada, conocen con evidencia de dónde provienen sus alegrías, y salvan así, más fácilmente, la fuente misma de su fervor.

Pero ocurre aquí una vez más lo del enemigo que te hace morir o que te agrada. Porque si reconociendo su verdadera fuente, supieras salvar tu fervor en la isla venturosa o en el oasis, el hombre que nacería sería, sin duda, más grande aún: igual que de un instrumento de muchas cuerdas puedes esperar un sonido más rico que del instrumento de una cuerda única. Y lo mismo que la calidad

de las maderas, de las telas, de las bebidas y de los alimentos no podía ennoblecer el palacio de mi padre, donde todos los pasos tenían un sentido.

Pues lo mismo ocurre con los ornamentos nuevos que no valen nada en su tienda, pero que adquieren sentido solo cuando han salido de sus cajas y son distribuidos en una morada cuyo rostro embellecen.

139

Porque volvió a verme ese profeta de duros ojos que noche y día abrigaba un furor sagrado y que, por añadidura, era bizco:

–Conviene –me dijo– obligaros al sacrificio.

–Verdad –le respondí–, porque es bueno que una parte de sus riquezas les sea quitada de sus provisiones, empobreciéndolos un poco, pero enriqueciéndolos con el sentido que estas tomarán entonces. Porque no valen nada para ellos, si no forman parte de un rostro.

Pero él no escuchaba, enteramente ocupado por su furor.

–Es bueno –decía– que se hundan en la penitencia...

–Verdad –le respondí–, porque al faltarles el alimento los días de ayuno, conocerán la alegría de salir de él, o se harán solidarios con los que ayunan por fuerza, o se unirán a Dios cultivando su voluntad, o simplemente evitarán volverse demasiado gruesos.

Entonces el furor le arrastró:

–Ante todo es bueno que sean castigados.

Y comprendí que no toleraba al hombre más que encadenado sobre un camastro, privado de pan y de luz, en una celda.

–Porque conviene –dijo– extirpar el mal.

–Te expones a extirparlo todo –le respondí–. ¿No es preferible, antes de extirpar el mal, aumentar el bien? ¿E inventar fiestas que ennoblezcan al hombre? ¿Y vestirlo con vestiduras que lo tornen menos sucio? ¿Y nutrir mejor sus niños para que puedan embellecerse con la enseñanza de la plegaria sin absorberse en el padecimiento de sus vientres?

»Porque no se trata de limitar los bienes debidos al hombre, sino de salvar los campos de fuerza que gobiernan su calidad y los rostros que hablan a su espíritu y a su corazón.

»Aquellos que pueden construirme barcas, los haré navegar en sus barcas y pescar los peces. Pero aquellos que pueden botar navíos, los haré botar navíos y conquistar el mundo.

–Entonces ¡deseas pudrirlos por las riquezas!

–Nada de lo que es provisión hecha me interesa, y tú no has comprendido nada –le dije.

140

Porque si llamas a tus gendarmes y les encargas construirte un mundo, el más deseable que pueda darse, ese mundo no nacerá; pues no es el papel ni la calidad del gendarme el exaltar tu religión. Es su esencia, no el sopesar a los hombres, sino hacer ejecutar tus ordenanzas, las cuales forman un código preciso, como pagar impuestos, o no robar al prójimo, o someterte a tal o cual regla. Y los ritos de tu sociedad son un rostro que te funda este hombre y no otro, tal gusto por las comidas de la noche entre los tuyos, y no otro, son líneas del campo de fuerzas que te anima. Y el gendarme no aparece. Está allí como muro, cuadro y armadura. Y no tienes por qué encontrarlo, por implacable que sea, porque te será tan implacable como el hecho de que por la noche no puedas gozar del sol, o que necesites un barco para atravesar el mar, o que, no habiendo puerta hacia la izquierda, tengas imperiosamente que salir por la derecha. Eso es todo, simplemente.

Mas si refuerzas su papel y lo encargas de sopesar al hombre, cosa que nadie sabría hacer en el mundo, y de rastrearte el mal según su juicio –y no de observar los actos solamente, cosa que está dentro de su capacidad–, ocurrirá entonces que como nada es simple, que como la pendiente es cosa moviente y difícil de formular, y que como en realidad no existen los contrarios, solo subsistirán libres y llegarán al poder aquellos a quienes un disgusto intenso no aparte de tu caricatura de vida. Porque se trata de un orden que precede al fervor de un árbol que pretenden construir los lógicos y no de un árbol nacido de una semilla. Porque el orden es el efecto de la vida y no su causa. El orden es signo de una ciudad fuerte y no origen de su fuerza. La vida, el fervor y la tendencia hacia algo crean el orden. Mas el orden no crea ni vida, ni fervor, ni la tendencia hacia algo.

Y solo se encontrarán engrandecidos los que por pequeñez de alma acepten el pequeño bazar de ideas que figura en el formulario del gendarme, y truequen su alma por un manual. Porque por muy alta que sea tu imagen del hombre y noble su fin, sabe que se tornará baja y estúpida al ser enunciada por el gendarme. Porque no es la función del gendarme el aportar una civilización, sino el prohibir los actos sin saber por qué.

El hombre es enteramente libre en un campo de fuerzas absoluto y de obligaciones absolutas, las cuales son gendarmes invisibles: he ahí la justicia de mi imperio.

Por eso he hecho venir a los gendarmes y les he dicho:

–Vosotros no juzgaréis más que los actos que se encuentran enumerados en el manual. Y acepto vuestra injusticia; pues, en efecto, puede ser desgarrador que ese muro que en otras ocasiones protege contra los ladrones, que hoy la mujer asaltada grita del otro lado, no sea franqueable. Mas un muro es un muro, y la ley es la ley.

»Pero vosotros no juzgaréis al hombre. Porque yo he aprendido en

el silencio de mi amor que no era necesario escuchar al hombre para comprenderlo. Y porque me es imposible pesar el bien y el mal, y me expongo, por extirpar el mal, a enviar el bien al horno. ¿Y cómo lo pretenderías, tú, a quien precisamente exijo que seas ciego como el muro?

»Porque ya he aprendido del torturado que si lo quemo, quemo una parte que es bella y que solo se muestra en el incendio. Pero acepto ese sacrificio para salvar la armadura. Pues por su muerte tiendo los resortes que no debo dejar doblegarse.

141

Comenzaré, pues, mi discurso diciéndote:

–Tú, el hombre, insatisfecho en tus deseos y dañado por la fuerza; tú, a quien otro impide siempre crecer...

Y no te alzarás contra mí, porque es verdad que estás insatisfecho en tus deseos, dañado por la fuerza y que otro te impide crecer siempre.

Y te llevaré a combatir al príncipe en nombre de vuestra igualdad.

O bien te diré:

–Tú, el hombre, que tienes necesidad de amar, que no existes más que a través del árbol que compones con los otros.

Y no te alzarás contra mí, porque es verdad que sabes que hay en ti la necesidad de amar y que existes a través de la obra a la que sirves.

Y te llevaré a restablecer al príncipe en su trono.

Yo puedo decirte cualquier cosa, porque todo es verdad. Y si me preguntas cómo reconocer por adelantado cuál de las verdades cobrará vida y germinará, responderé que aquella tan solo que será

piedra angular, lenguaje simple y simplificación de tus problemas. Y poco importa la calidad de mis enunciados. Importante es ante todo haberte situado aquí o en otra parte. Si ocurre que ese punto de vista aclare la mayoría de tus litigios –y que ya no existan–, tú mismo enunciarás las observaciones y poco importa si me he expresado mal aquí o allá, o si me he equivocado. Tú verás cómo lo he querido yo, puesto que lo que te he aportado no es un razonamiento, sino un punto desde donde razonar.

Por cierto, probablemente muchos lenguajes te expliquen el mundo o a ti mismo. Y se hagan la guerra. Cada uno coherente y sólido. Y sin que nada los desempate. Sin que esté tampoco en tu poder el argumentar contra tu adversario, porque tiene tanta razón como tú. Porque lucháis en nombre de Dios.

«El hombre es aquel que produce y consume...»

Y es verdad que produce y consume.

«El hombre es aquel que escribe poemas y aprende a leer los astros...»

Y es verdad que escribe poemas y estudia los astros.

«El hombre es aquel que solo encuentra en Dios la beatitud...»

Y es verdad que aprende la alegría en los monasterios.

Mas está por decir algo del hombre que contenga todos los enunciados, que dan nacimiento a los odios. Porque el campo de la conciencia es minúsculo y el que ha encontrado una fórmula cree que los otros mienten o están en el error. Pero todos tienen razón.

Sin embargo, como he aprendido con una evidencia soberana de mi vida de todos los días que producir y consumir es, como las cocinas del palacio, no lo más importante, sino únicamente lo más urgente, quiero el reflejo en mi principio. Pues la urgencia no me sirve de nada y podría decir también: «El hombre es aquel que no vale más que en buena salud...», y deducir una civilización en la cual, bajo el pretexto de esa urgencia, instalo al médico como juez de las

acciones y de los pensamientos del hombre. Mas también ahí, como he aprendido de mí mismo que la salud no era más que un medio y no un fin, quiero también el reflejo de esa jerarquía en mi principio. Porque si tu principio no es absurdo, probablemente traerá la necesidad de favorecer la producción y la consumición, o el anhelo de la disciplina por la salud. Pues lo mismo que la semilla, que es una, se diversifica según crece, lo mismo que la civilización de la imagen, que es una, te mueve según tu cuadro o tu estado, no hay nada que mi principio no gobierne al fin de cuentas.

Diré, pues, del hombre: «El hombre es aquel que no vale más que en un campo de fuerza, el hombre es aquel que no comunica más que a través de los dioses que concibe y que gobiernan él y los otros, el hombre es aquel que no encuentra alegría más que cambiándose por su creación, el hombre es aquel que no muere dichoso más que si se delega, el hombre es aquel por quien agotan las provisiones y para quien es patético todo conjunto mostrado, el hombre es aquel que quiere conocer y se embriaga si encuentra, el hombre es aquel también que...».

Me conviene formularlo de tal manera que sus aspiraciones esenciales se vean sometidas y desarregladas. Porque si hay que arruinar el espíritu de creación para fundar el orden, ese orden no me concierne. Si hay que borrar el campo de fuerza para agrandar el perímetro de su vientre, ese perímetro de su vientre no me concierne. Igual que si hay que hacerlo pudrir por el desorden para agrandarlo en su espíritu de creación, esa suerte de espíritu que se arruina a sí mismo, no me concierne. E igual si hay que hacerlo perecer para exaltar ese campo de fuerza; porque entonces hay un campo de fuerza, pero no existe el hombre, y ese campo de fuerza ya no me concierne.

Luego, yo, el capitán que vela sobre la ciudad, hablaré esta noche acerca del hombre, y de la pendiente que crearé, nacerá la calidad del viaje.

Sabiendo ya, y ante todo, que no alcanzaré de este modo una verdad absoluta y demostrable y susceptible de convencer a mis adversarios, sino una imagen que contenga al hombre en potencia y que favorezca aquello que me parece noble en él, al someter a ese principio todos los otros.

Es evidente entonces, concibiendo al hombre como aquel que consume y produce, que no me interesa someter la calidad de sus amores, el valor de sus conocimientos, el calor de sus alegrías, el crecimiento de la comba de su vientre, aun cuando pretendo darle lo más posible sin que haya en esto contradicción ni subterfugio; igual que aquellos que se ocupan de la línea de su vientre pretenden no menospreciar el espíritu.

Porque si mi imagen es fuerte, se desarrollará como una semilla; luego es capital su elección. ¿Y dónde has conocido pendiente hacia el mar que no se transformara en navío?

Lo mismo que a mi parecer los conocimientos no deben predominar, porque otra cosa es instruir o educar, y no he comprobado que la calidad del hombre reposara sobre la suma de ideas, sino sobre la calidad del instrumento que permite adquirirlos.

Porque tus materiales serán siempre los mismos y ninguno debe descuidarse, y de los mismos materiales puedes extraer todos los rostros.

En cuanto a aquellos que reprocharán al rostro elegido el ser gratuito y el someter a los hombres a lo arbitrario como el invitarlos a morir por la conquista de algún oasis inútil bajo el pretexto de que la conquista es bella, yo responderé que toda justificación está fuera del alcance, porque mi rostro puede coexistir con todos los otros igualmente verdaderos, y nosotros combatimos, a fin de cuentas, por dioses que son elección de una estructura a través de los mismos objetos.

Y solo nos eliminarían la revelación y la aparición de arcángeles. Lo cual es de un mal guiñol; pues si Dios se me asemeja para mostrárseme, no es Dios, y si es Dios mi espíritu puede saberlo, pero no mis sentidos. Y si corresponde a mi espíritu saberlo, no lo reconoceré más que por su resonancia en mí, como ocurre con la

belleza del templo. Y es a la manera del ciego que se guía hacia el fuego por medio de sus palmas, ese fuego que no le es conocible por otra cosa que por su propio contentamiento, como lo buscaré y lo encontraré. (Si digo que Dios, habiéndome extraído de sí, me atrae por su gravitación.) Y si ves prosperar al cedro, es porque se hunde en el sol, aun cuando el sol carezca de significado para el cedro.

Porque según la palabra del único geómetra verdadero, mi amigo, me parece que nuestras estructuras se asemejan a alguna cosa, ya que no existe diligencia explicable que conduzca hacia los pozos ignorados. Y si llamo dios a ese sol desconocido que gobierna la gravitación de mis pasos, quiero leer su verdad en la eficacia del lenguaje.

Yo, que domino esta ciudad, soy esta noche como el capitán de un navío en el mar. Porque tú crees que el interés, la felicidad y la razón gobiernan a los hombres. Pero yo te he refutado tu interés y tu razón y tu felicidad, porque me pareció que denominabas interés o felicidad, simplemente, a aquello hacia lo cual tendían los hombres, y yo no tengo nada que ver con las medusas que cambian de forma; en cuanto a la razón que va hacia donde se quiera, me pareció una huella en la arena de algo que está por encima de ella.

Porque jamás ha sido la razón la que guió a mi amigo, el único geómetra verdadero. La razón escribe los comentarios, deduce las leyes, redacta las ordenanzas y extrae el árbol de su semilla, de consecuencia en consecuencia, hasta el día en que al morirse el árbol, la razón ya no será eficaz y te hará falta otra semilla.

Mas yo, que domino la ciudad y soy como el capitán de un navío en el mar, sé que solo el espíritu gobierna a los hombres, y que los gobierna absolutamente. Porque si el hombre ha entrevisto una estructura, escrito el poema, y acarreado la simiente en el corazón de los hombres, entonces se someten como servidores el interés, la felicidad o la razón, que serán expresiones en el corazón o sombra sobre el muro de las realidades, del cambio de tu simiente en árbol.

Y contra el espíritu no está en tu poder el defenderte. Porque si te instalo sobre tal montaña y no en tal otra, ¿cómo negarás que las ciudades y los ríos están dispuestos de esta manera y no de otra, ya que simplemente así es?

Por eso te haré transformar. Y por eso, heme aquí responsable de su dirección verdadera bajo las estrellas, aun cuando la ciudad duerma y que al leer los actos de los hombres no encuentres más que búsqueda del interés, de la felicidad, o los pasos de la razón.

Porque no conocen la dirección que han tomado, y creen actuar por interés o por gusto de la felicidad, o por la razón, y no saben que razón, gusto de la felicidad o interés cambian de forma y de sentido según el imperio.

Y que en el que yo les propongo, el interés que existe es el de estar animado, como para el niño el de jugar el juego más exaltante. La felicidad de cambiarse y de durar en el objeto de su creación. Y la razón de legislar con coherencia. La razón del ejército es el reglamento del ejército que hace resonar las cosas unas sobre otras, de esta manera y no de otra, la razón de un navío es el reglamento del navío y la razón de mi imperio es el conjunto de leyes, costumbres, dogmas, códigos, que harán resonar de esta manera y con coherencia, las cosas entre sí.

Pero mío será, único e indemostrable, el sonido que devolverá esa resonancia.

Pero tal vez preguntes: «¿Para qué tu sujeción?».

Ya que he fundado un rostro, necesario es que dure. Cuando modelo un rostro de tierra, lo pongo en el horno para endurecerlo y que permanezca por una duración suficiente. Porque mi verdad, para ser fértil, debe ser estable. ¿A quién amarás, si cambias de amor todos los días? ¿Y dónde estarán tus grandes acciones? Y solo la continuidad permitirá la fertilidad de tu esfuerzo. Porque la creación es rara, pero si a veces es urgente que te sea dada para salvarte, sería malo que te alcanzara cada día. Porque para hacer nacer un hombre me son necesarias varias generaciones. Y con el pretexto de mejorar el árbol, no lo troncho cada día para reemplazarlo por una semilla.

Y en efecto no conozco más que seres que nacen, viven y mueren. Y tú has juntado cabras, carneros, moradas y montañas, y hoy día de ese conjunto nacerá un ser nuevo que cambiará el comportamiento de los hombres. Y durará, luego se agotará; morirá habiendo gastado ese don de vida.

Y el nacimiento es siempre creación pura, fuego descendido del cielo que lo anima. Y la vida no va según una curva continua. Porque ante ti está ese huevo. Luego evoluciona de estadio en estadio y halla una lógica del huevo. Mas viene el segundo en que nace una cobra, y todos los problemas han cambiado para ti.

Porque hay obreros en la cantera y el montón de piedras. Y existe una lógica del amontonamiento de las piedras. Pero llega la hora en que abre sus puertas el templo que transfigura al hombre. Y todos los problemas han cambiado para el hombre.

Y he arrojado sobre ti la semilla de mi civilización, pero necesito más de lo que dura un hombre para que eche sus ramas, sus hojas y sus frutos. Y rehúso cambiar de rostro todos los días; porque entonces no nacería nada.

Tu gran error está en creer en la duración de una vida de hombre. Ya que, ante todo, ¿en quién o en qué se delega cuando muere? Necesito de un dios que me reciba.

Y de morir en la simplicidad de las cosas que existen. Y mis olivares al año siguiente darán sus frutos para mis hijos. Y allí estaré, calmo en la hora de la muerte.

143

Así también, me pareció cada vez más que no era necesario escuchar a los hombres, sino comprender. Porque allí, bajo mis ojos, en la ciudad, tienen poca conciencia de la ciudad. Se creen arquitectos, albañiles, gendarmes, sacerdotes, tejedores de lino, se creen tales de acuerdo a sus intereses o a su felicidad, y no sienten

amor, lo mismo que no siente amor aquel que trabaja en la casa absorbido por las dificultades del día. El día es para las escenas matrimoniales. Mas en la noche, el que ha disputado reencuentra su amor. Porque el amor es más grande que ese viento de palabras. Y el hombre se acoda a la ventana bajo las estrellas, nuevamente responsable de los que duermen, del pan por ganar, del sueño de la esposa que está a su lado, tan frágil, delicado y pasajero. Al amor no se lo piensa: existe.

Pero esa voz no habla sino en el silencio. Y lo mismo que con tu casa, ocurre con la ciudad. Y lo mismo que con la ciudad, ocurre con el imperio. Se hace una calma extraordinaria, y alcanzas a ver dioses.

Y nadie sabrá, mientras viva, el día en que debe morir. Y le parecerán de mal patetismo las palabras que le hablen de la ciudad de otra manera que a través de su interés o de su felicidad, porque no sabrá que son efectos de la ciudad. Pequeño lenguaje para una cosa demasiado grande.

Porque si miras oblicuamente la ciudad y reculas en el tiempo para contemplar su marcha, descubrirás claramente a través de la confusión, el egoísmo, la agitación de los hombres, la lenta y calma marcha del navío. Porque si vuelves después de algunos siglos a ver el surco que han dejado, lo descubrirás en los poemas, las esculturas de piedra, las reglas del conocimiento y los templos que emergen aún de la arena. Lo usual será borrado y fundido. Y lo que comprenderás que llamaban interés o gusto de la felicidad, no fue más que el reflejo de una cosa grande.

Habrá marchado el hombre que he dicho.

Así, con mi ejército cuando acampa. Mañana por la mañana, en el horno del viento de arena, lo arrojaré contra el enemigo. Y correrá su sangre, y encontrará sus límites en la luz, y los golpes de sable aniquilarán mil felicidades particulares, frustrarán mil intereses. Sin embargo, mi ejército no conocerá la revuelta; porque su marcha no es la de un hombre, sino la del hombre mismo.

Sin embargo, sabiendo que mañana aceptará morir, si marcho esta noche en el silencio de mi amor por entre los templos y los fuegos

del campamento, y si escucho hablar a los hombres, no oiré la voz de aquel que acepta la muerte.

Sino que aquí harán bromas por tu nariz torcida. Se disputarán allá un trozo de carne. Y ese grupo en cuclillas se poblará de palabras vivas que te parecerán insultantes para el conductor de ese ejército. Y si dices a alguno que está ebrio de sacrificio, lo escucharás reírse en tus narices pues te juzgará bastante enfático y opinará que haces muy poco caso de él, pues se estima tan importante que no está en su intención, ni en su conciencia, ni en su dignidad, morir por su cabo, que no tiene calidad para recibir un tal regalo. Y sin embargo, mañana morirá por su cabo.

En ninguna parte encontrarás ese gran rostro que enfrenta a la muerte y se da al amor. Y si has tenido en cuenta el viento de las palabras, volverás lentamente hacia tu tienda con el gusto de la derrota en los labios. Porque aquellos bromeaban y criticaban la guerra e injuriaban a los jefes. Y en verdad has visto los limpiadores de puente, los cargadores de velas y los forjadores de clavos, pero se te ha escapado –pues estabas miope, y con la nariz encima– la majestad del navío.

144

Sin embargo, aquella noche me fui a visitar mis prisiones. Y descubrí allí que, por supuesto, el gendarme había elegido para arrojar a las celdas solo a aquellos que se mostraban permanentes y que no componían, ni abjuraban sus verdades.

Y quedaban libres los que abjuraban y engañaban. Porque acuérdate de mi palabra: cualquiera sea la civilización del gendarme y cualquiera sea la tuya, solo predomina el gendarme si tiene el poder de juzgar lo que está abajo. Porque toda verdad, sea cual fuere, si es verdad de hombre y no de lógico estúpido, es vicio y error para el gendarme. Porque este te prefiere de un solo libro, de un solo hombre, de una sola fórmula. Porque es característica del gendarme el construir el navío esforzándose por suprimir el mar.

145

Porque estoy fatigado de las palabras que se sacan la lengua y no me parece absurdo buscar en la calidad de mis obligaciones la calidad de mi libertad.

Como en la calidad del coraje del hombre en guerra, la calidad de su amor.

Como en la calidad de sus privaciones, la calidad de su lujo.

Como en la calidad de su aceptación de la muerte, la calidad de sus alegrías en la vida.

Como en la calidad de la jerarquía, la calidad de su igualdad, que yo llamaría alianza.

Como en la calidad de su rechazo de los bienes, la calidad del uso de esos mismos bienes.

Como en la calidad de su sumisión total al imperio, la calidad de su dignidad individual.

Porque dime, si pretendes favorecerlo, ¿qué es un hombre solo? Lo he visto bien con mis leprosos.

Y dime, si pretendes favorecerla, ¿qué es una comunidad opulenta y libre? Lo he visto muy bien con mis bereberes.

146

Porque a los que no comprendían mis obligaciones, les respondí:

–Sois semejantes al niño, que por no haber conocido en el mundo más que una forma de jarra, la considera como absoluta y no

comprende después, si cambia de morada, por qué han deformado y extraviado la jarra esencial de la casa. Y lo mismo ocurre cuando ves forjar en el imperio vecino un hombre distinto a ti, que siente, piensa, ama, se queja y odia en forma diferente; te preguntas por qué deforman esos al hombre. Y esa es tu debilidad. Porque no salvarás la arquitectura de tu templo si ignoras que es de un diseño frágil y que es la victoria del hombre sobre la naturaleza. Y que hay en alguna parte, los flancos del navío, los polares, los arcos, y los contrafuertes para sostenerlo.

»Y no concibes la amenaza que pesa sobre ti, pues no ves en la obra del otro más que el efecto de un extravío pasajero, y no comprendes que amenaza, por la eternidad, con devorar un hombre que no renacerá jamás.

»Y tú te creías libre y te indignabas cuando te hablaba de mis obligaciones. Las cuales no eran, en efecto, las de un gendarme visible, sino más imperiosas por el hecho de no hacerse notar, igual que una puerta en el muro a la cual no consideras, aunque des un rodeo para poder salir, un insulto a la libertad.

»Pero si quieres ver aparecer el campo de fuerzas que te funda y te hace mover así, sintiendo, pensando, amando, quejándote, y odiando de esta manera y no de otra, considera su consistencia en casa de tu vecino, donde comienza a obrar, porque entonces se te tornará sensible.

»De otra manera lo desconocerás siempre. Pues la piedra que cae no siente la fuerza que la tira hacia abajo. Una piedra no pesa más que cuando está inmóvil.

»Cuando te resistes conoces lo que te mueve. Y para la hoja librada al viento, no existe el viento, lo mismo que para la piedra suelta no existe el peso.

»Y es porque no ves la sujeción formidable que pesa sobre ti y que no se mostraría, como un muro, sino cuando se te ocurriera, por ejemplo, incendiar la ciudad.

»Y tampoco se te muestra la sujeción más simple de tu lenguaje.

»Todo código es sujeción, pero invisible.

147

Estudié, pues, los libros de los príncipes, las ordenanzas dictadas a los imperios. Los ritos de las diversas religiones, los ceremoniales de los funerales, de los matrimonios y nacimientos, aquellos de mi pueblo y aquellos de los otros pueblos, aquellos del presente y aquellos del pasado, buscando leer relaciones simples entre los hombres en la calidad de sus almas con las leyes que fueron dictadas para fundar, regir y perpetuar; y no pude descubrirlas.

Y sin embargo, cuando debía enfrentarme con los que venían del imperio vecino donde reinaba tal ceremonial de los sacrificios, lo descubría con su ramillete, su aroma y su manera particular de amar u odiar, pues no es ni con amor ni con odio como se reúnen. Y tenía el derecho de interrogarme sobre este génesis y de decirme: «¿Cómo tal rito que me parece sin relación, ni eficacia, ni acción, pues trata de un dominio extranjero al amor, funda este amor y no otro? ¿Dónde, pues, se aloja el lazo entre el acto y las murallas que gobiernan el acto, y tal calidad de sonrisa que es de ese y no del vecino?».

No perseguía una diligencia vana puesto que he sabido muy bien, a lo largo de mi vida, que los hombres difieren unos de otros, aunque las diferencias te sean invisibles en un primer momento y no expresables al conversar, puesto que te sirves de un intérprete que tiene por misión traducirte las palabras del otro, es decir, buscar para ti en tu lenguaje lo que semeje más aproximadamente a lo que fue emitido en otra lengua. Y de este modo, al comprobar que amor, justicia o envidia suelen ser traducidos para ti por envidia, justicia y amor, te extasiarás de vuestras semejanzas, aunque el contenido de las palabras no sea el mismo Y si prosigues el análisis de la palabra, de traducción en traducción, no buscarás y no hallarás sino las semejanzas; y como siempre, huirá en el análisis lo que pretendías

coger.

Porque si deseas comprender a los hombres es preciso no oírlos hablar.

Y sin embargo, las diferencias son absolutas. Porque ni el amor, ni la justicia, ni la envidia, ni la muerte, ni el cántico, ni la transmutación en los niños, ni la transmutación en el príncipe, ni la transmutación en la amada, ni la transmutación en la creación, ni el rostro de la dicha si tiene la forma del interés, ni la forma del interés, se parecen de uno a otro, y he conocido a aquellos que se estimaban colmados apretar los labios o bajar los ojos, con falsa modestia, si les crecían las uñas demasiado largas, y a otros que te hacían el mismo juego, si te mostraban callos en sus palmas. Y he conocido a aquellos que se juzgaban según el peso del oro en sus cuevas, lo que te parece avaricia sórdida, hasta que descubres otros que sienten los mismos sentimientos de orgullo y se juzgan con una complacencia satisfactoria si han empujado piedras inútiles en una montaña.

Pero me he convencido de que, evidentemente, estaba equivocado en mi tentativa, pues no existe deducción que permita pasar de una etapa a la otra, y mi diligencia era tan absurda como la del charlatán que, si admira contigo la estatua, pretende explicarte por la línea de la nariz o la dimensión de la oreja, el objeto de ese acarreo, que, por ejemplo, era melancolía de una tarde de fiesta, y reside aquí como captura, la cual no es jamás la esencia de los materiales.

Me ha parecido igualmente que mi error residía en que trataba de explicar el árbol por los jugos minerales, el silencio por las piedras, la melancolía por las líneas y la calidad del alma por el ceremonial, invirtiendo así el orden natural de la creación, cuando hubiera debido buscar aclarar la ascensión de los minerales por el génesis del árbol, el ordenamiento de las piedras por el gusto del silencio, la estructura de las líneas por el reino de la melancolía sobre ellas, y el ceremonial por la calidad del alma que es una y que no podría definirse con palabras, puesto que precisamente para asirla, regirla y perpetuarla has venido a ofrecerme esa asechanza, la cual es tal ceremonial y no otro.

Y, ciertamente, he cazado el jaguar en mi juventud. Y he empleado fosos para jaguares, provistos de un cordero, erizados de estacas agudas y cubiertos de hierba. Y cuando al alba llegaba a verlos hallaba el cuerpo de un jaguar. Y si conoces las costumbres de los jaguares, inventarás la fosa de jaguares con sus estacas, su cordero y su hierba. Pero si te pido que estudies la fosa del jaguar y nada sabes de los jaguares, no sabrás inventarla.

Por eso te he dicho de mi amigo, el verdadero geómetra, que siente el jaguar e inventa la fosa. A pesar de que nunca lo ha visto. Y los comentadores del geómetra han comprendido bien, puesto que el jaguar ha sido mostrado, al haber sido preso; pero consideran el mundo provistos de sus estacas, sus corderos, esas hierbas y otros elementos de su construcción, y esperan por su lógica desprender verdades de ellos. Pero no se les presentan. Y permanecen estériles hasta el día en que se presenta aquel que siente el jaguar sin haberlo conocido, y al sentirlo, lo captura y te lo muestra, después de haber tomado de este modo, misteriosamente, para conducirte a él, un camino que fue semejante a un retorno.

Y mi padre fue un geómetra que fundó su ceremonial para capturar al hombre. Y aquellos, en otra parte, como otras veces, fundaron otros ceremoniales y capturaron otros hombres. Pero llegaron los tiempos de la estupidez de los lógicos, de los historiadores y de los críticos. Y observan tu ceremonial, y no deducen de él la imagen de un hombre, puesto que no puede ser deducida, y en nombre del viento de las palabras dispersan, por afición a las libertades, los elementos de tu trampa, arruinan tu ceremonial, y dejan escapar la captura.

148

Pero he sabido descubrir los diques que fundan un hombre, al azar de mis paseos en una campiña extranjera. Había tomado, al paso lento de mi caballo, un camino que unía un pueblo con otro. Hubiera podido franquear derecho la llanura, pero siguió los contornos de un campo y así yo perdía algunos instantes en ese

rodeo y gravitaba contra mí ese gran cuadrado de avena, pues mi instinto librado a sí mismo me hubiera llevado derecho, mas la gravitación de un campo me hacía ceder. Y me gastaba la vida la existencia de un cuadro de avena, pues le fueron consagrados minutos que me hubieran servido para otra cosa. Y ese campo me colonizaba pues consentía en rodearlo, y mientras hubiera podido arrojar mi caballo sobre él, lo respetaba como un templo. Después mi camino me condujo a lo largo de un dominio cerrado con muros. Y el camino respetaba el dominio y cedía en curva lenta a causa de las salidas y entradas del muro de piedra. Y veía, detrás del muro, los árboles más apretados que los de los oasis nuestros y algún estanque de agua dulce que reverberaba detrás de las ramas. Y solo oía el silencio. Después pasé a lo largo de un portal bajo el follaje. Y mi camino se dividía aquí, donde una rama servía a ese dominio. Y poco a poco, en el curso del lento peregrinaje, mientras mi caballo cojeaba en el atolladero, o tiraba de las riendas para comer el pasto raso a lo largo de los muros, me sobrevino el sentimiento de que mi camino, en sus inflexiones sutiles, y sus respetos, y sus holganzas, y su tiempo perdido como por el efecto de algún rito o de una antecámara del rey, dibujaba el rostro de un príncipe, y todos los que lo tomaban, sacudidos por sus calesas o balanceados por sus asnos lentos, eran, sin saberlo, ejercitados en el amor.

149

Mi padre decía:

–Se creían enriquecidos al aumentar su vocabulario. Y, por cierto, puedo muy bien usar una palabra más, que significara para mí «sol de octubre» por oposición a otro sol. Pero no veo qué gano con esto. Descubro por el contrario que pierdo la expresión de esa dependencia que me ata a octubre, y a los frutos de octubre y a su frescura, con este sol que ya no arriba tan bien a su fin, porque se ha gastado. Raras son la palabras que me hacen ganar algo expresando de repente un sistema de dependencias de las que me serviría en otra parte, como «envidia». Porque envidia te permitirá identificar, sin tener que dividir todo el sistema de dependencia, lo

que a ella comparo. Así, te diría: «La sed es envidia del agua». Porque los que he visto morir, si me han parecido atormentados, no fue por una enfermedad, no más abominable en sí misma que la peste, la cual te embrutece y te arranca modestos gemidos. Mas el agua te hace aullar pues la deseas. Y ves en sueños beber a los otros. Y te hallas exactamente traicionado por el agua que corre en otra parte, lo mismo que por esa mujer que sonríe a tu enemigo. Y tu sufrimiento no es enfermedad, sino religión, amor e imágenes, las cuales son sobre ti eficaces de otra manera. Porque vives según un imperio que no pertenece a las cosas, sino al sentido de las cosas.

»Pero "sol de octubre" será para mí un débil socorro porque es demasiado particular.

»Por el contrario, te aumentaré si te ejercito en diligencias que te permiten, usando las mismas palabras, construir celadas diferentes, y buenas para todas las capturas. Así, respecto a los nudos de una cuerda si puedes lograr algunos que sean buenos para los zorros o para sostener tus velas en el mar y coger el viento. Pero el juego de mis incidentes y las inflexiones de mis verbos, y el soplo de mis períodos y la acción sobre los complementos, y los ecos y los retornos, toda esa danza que danzarás y que, una vez danzada, habrá acarreado al otro lo que pretendías transmitir, o cogido en tu libro lo que pretendías asir.

»Adquirir conciencia –decía mi padre además– es, ante todo, adquirir un estilo.

»Tener conciencia –afirmaba aún– no es recibir el bazar de ideas que irán a dormir. Poco me importan tus conocimientos que de nada te sirven sino como objetos y como medios en tu oficio, que es el de construirme un puente, o extraerme el oro o informarme, si lo necesito, de las distancias entre las capitales. Pero ese formulario no es el hombre. Tener conciencia tampoco es aumentar tu vocabulario. Porque su crecimiento no tiene otro objeto que permitirte ir más lejos comparándome ahora tus envidias, sino que es la calidad de tu estilo la que garantizará la calidad de tus diligencias. Si no, nada tengo que me relacione con esos resúmenes de tus pensamientos. Prefiero escuchar «sol de octubre», que me es más sensible que tu nueva palabra y me habla a los ojos y al corazón. Tus piedras son piedras; después, reunidas, columnas;

después, una vez reunidas las columnas, catedrales. Pero no te he ofrecido esos conjuntos cada vez más vastos que a causa del genio de mi arquitecto, el cual los prefería para las operaciones cada vez más vastas de su estilo, es decir, de la expansión de sus líneas de fuerza en las piedras. Y en la frase también efectúas una operación. Y es lo que importa.

»Toma ese salvaje –decía mi padre–. Puedes aumentar su vocabulario y se cambiará en inagotable charlatán. Puedes llenarle el cerebro con la totalidad de tus conocimientos; ese charlatán se convertirá en oropel y pretensión. No podrás detenerlo. Y se embriagará de verborragias vacías. Y tú, ciego, te dirás: ¿cómo puede ser que mi cultura, lejos de elevarlo, haya bastardeado a este salvaje y haya logrado no el sabio que esperaba, sino un detrito con el cual no sé qué hacer? ¡Cómo reconozco ahora que era grande y noble y puro, en su ignorancia!

»Porque había solo un regalo para hacerle, que poco a poco olvidas. Y era el uso de un estilo. Porque en lugar de jugar con los objetos de sus conocimientos como con balones de colores, de divertirse con el sonido que producen, y de embriagarse con su juglaría, helo aquí de pronto que, empleando quizá menos objetos, va a orientarse hacia esas diligencias del espíritu que son ascensiones del hombre. Y he aquí que se volverá reservado y silencioso como el niño que habiendo recibido de ti un juguete ha, en un principio, hecho ruido. Pero he aquí que le enseñas que puede lograr conjuntos. Lo ves entonces volverse pensativo y callarse. Encerrarse en su rincón de la habitación, arrugar la frente y comenzar a nacer al estado de hombre.

»Así, pues, enseña primero a tu bruto la gramática y el uso de los verbos. Y de los complementos. Enséñale a actuar antes de confiarle sobre qué actuar. Y a aquellos que hacen demasiado ruido, remueven, como tú dices, demasiadas ideas y te fatigan, los observarás descubriendo el silencio.

»El cual es único signo de la calidad.

Así sucede con la verdad, cuando se hace a mi uso.

Y te asombras. Pero no te asombras, que yo sepa, de que el agua que bebes, el pan que comes, se hagan luz de los ojos. Ni cuando el sol se convierte en ramajes, y fruto y grano. Y, por cierto, nada encontrarás en el fruto que se parezca al sol.

Simplemente, nada en el cedro que se parezca a la semilla del cedro.

Porque nacido de él, no significa que se le asemeje.

O mejor, llamo «semejanza» a algo que no pertenece ni a tus ojos ni a tu inteligencia, sino a tu espíritu. Y esto es lo que quiero expresar cuando digo que la creación semeja a Dios, el fruto al sol, el poema al objeto del poema y el hombre que he hecho brotar en ti al ceremonial del imperio.

Y esto es muy importante porque, incapaz de reconocer por los ojos una filiación que no tiene sentido sino para el espíritu, rehúsas las condiciones de tu grandeza. Eres semejante al árbol que al no hallar los signos del sol en el fruto rehusara el sol. O mejor, como el profesor que al no hallar en la obra el movimiento informulable del que ella es resultado, la estudia, descubre su plan, desglosa si puede hallar leyes internas, y te fabrica a continuación una obra que las aplica, y te obliga a huir para no escucharlas.

Es en esto donde el pastor, el carpintero o el mendigo tienen más genio que todos los lógicos, historiadores y críticos de mi imperio. Pues les desagrada que su camino en hondonada pierda sus contornos. ¿Por qué?, les preguntas. Porque aman. Y ese amor es la vía misteriosa por la que son amamantados. Y preciso es, puesto que aman, que reciban algo. Poco importa si no sabes formularlo. Solo los lógicos, los historiadores y los críticos aceptan del mundo únicamente lo que pueden decir en frases. Porque pienso yo que tú, hombrecito, comienzas a aprender un lenguaje y tanteas y te ejerces en él y no coges todavía sino una delgada película del mundo. Porque es pesado de transportar.

Pero aquellos creen únicamente en el magro contenido de su pequeño bazar de ideas.

Si rehúsas mi templo, mi ceremonial y mi humilde camino de campiña, a causa de que no sabes enunciar el objeto o el sentido del acarreo, te hundiré la nariz en tu propia grasa. Porque donde no hay palabras con las que puedas asombrarme por su ruido, o imágenes propuestas que puedas agitarme como pruebas palpables, aceptas, sin embargo, recibir una visita de la que no sabes decir el nombre. ¿Escuchaste música alguna vez? ¿Por qué la escuchas?

Aceptas, comúnmente, como bella la ceremonia de la puesta del sol sobre el mar. ¿Quieres decirme por qué?

Y yo te digo que si has cabalgado tu asno a lo largo del camino de campiña del que te he hablado, has cambiado. Y poco me importa que no sepas aún decirme por qué.

Y es porque todos los ritos, todos los sacrificios, todos los ceremoniales, todos los caminos no son igualmente buenos. Hay malos, como hay música vulgar. Pero no sé separarlos mediante la razón. Para ello solo quiero un signo, que eres tú.

Si quiero juzgar el camino, el ceremonial o el poema, miro al hombre que se aproxima por ellos. O bien escucho latir su corazón.

151

Es como si los forjadores de clavos y los aserradores de maderas pretextaran que el navío es conjunto de tablas sostenidas por clavos y pretendieran presidir su construcción o su gobierno en el mar.

Siendo siempre el mismo error y consistiendo en equivocar la diligencia. No es el navío el que nace de la forja de los clavos y del aserramiento de las tablas. Son la forja de los clavos y el aserramiento de las tablas los que nacen de la inclinación hacia el

mar y del crecimiento del navío. El navío llega a ser a través de ellos y los drena, como el cedro drena la rocalla.

Los aserradores de tablas y los forjadores de clavos deben mirar por las tablas y los clavos. Deben conocer las tablas y los clavos. El amor del navío en su lenguaje debe transformarse en amor por las tablas y los clavos. Y no iría a interrogarlos sobre el navío.

Así, con aquellos que he encargado de percibir los impuestos. No iría a interrogarlos acerca de la evolución de una civilización. Que me obedezcan prudentemente.

Porque si invento un velero más rápido y cambio la forma de las tablas y el largo de los clavos mis técnicos murmuran, y se sublevan. He destruido según ellos la esencia del navío, que ante todo reposaba en sus maderas y en sus clavos.

Pero reposaba sobre mi deseo.

Y si cambio alguna cosa en las finanzas y por consiguiente en la recolección de impuestos se rebelan porque arruino al imperio que reposaba sobre su rutina.

Que se callen todos.

Pero, en desquite, los respetaré. No iría, una vez descendido el dios hasta ellos, a aconsejarlos en la forja de los clavos o en el aserramiento de las tablas. No quiero saber nada de eso. El constructor de catedrales, de escalón en escalón, anima al escultor a comunicarle su entusiasmo. Pero no se entromete para aconsejarlo respecto a la moda de una cierta sonrisa. Porque se trata allí de utopía y de construcción del mundo a la inversa. Ocuparse de los clavos es inventar un mundo futuro. Lo que es absurdo. O someter a la disciplina lo que no es resorte de la disciplina. Allí es donde se muestra el orden del profesor, que no es el orden de la vida. Vendrá a su hora el tiempo de las tablas y de los clavos. Porque si antes que de ellos me preocupo por los escalones, me fatigaré sobre un mundo que no nacerá. Pues la forma de los clavos y de las tablas se desprenderá de su uso contra las realidades de la vida, que solamente se mostrarán a los forjadores de clavos y a los aserradores de tablas.

Y más mi sujeción será poderosa, la cual es pendiente hacia el mar dada a los hombres, menos se mostrará mi tiranía. Porque no hay tiranía en el árbol. La tiranía se muestra, si quieres, con la ayuda de jugos, al construir el árbol. No si el árbol drena los jugos.

Te lo he afirmado siempre: Fundar el porvenir es primero y exclusivamente pensar el presente. Lo mismo que crear el navío es exclusivamente fundar la pendiente hacia el mar.

Porque no hay –y jamás habrá– un lenguaje lógico para pasar de los materiales a lo que cuenta para ti y domina a los materiales, como para explicar el imperio a partir de los árboles, de las montañas, de las ciudades, de los ríos y de los hombres, o la melancolía de tu rostro de mármol a partir de las líneas y de los volúmenes respectivos de la nariz, del mentón y de las orejas, o el recogimiento de tu catedral a partir de las piedras, o el dominio a partir de los elementos del dominio, o más simplemente, el árbol a partir de los jugos minerales. (Y la tiranía proviene de que, al pretender realizar una operación imposible, te irritas contra tus fracasos, los reprochas a los otros, y te vuelves cruel.)

No hay un lenguaje lógico pues tampoco hay filiaciones lógicas. No haces nacer el árbol a partir de los jugos minerales, sino de las semillas.

La sola diligencia que tiene un sentido, pero que no es expresable en palabras porque es creación pura o resonancia, es aquella que te transporta de Dios a los objetos que han recibido de él un sentido, un color o un movimiento. Porque el imperio carga con un poder secreto los árboles, montañas, ríos, rebaños y barrancas y moradas del imperio. El fervor del escultor carga con un poder secreto la arcilla o el mármol, la catedral da su sentido a las piedras y las convierte en receptáculos de silencio, y el árbol drena los jugos minerales para establecerlos en la luz.

Y conozco una clase de hombres que me hablan de un nuevo imperio por fundar. Aquel que es lógico y construido por la inteligencia. Y llamo utopía a su acto. Nada nacerá porque nada hay en él. Lo mismo de ese rostro modelado por el profesor de escultura.

Porque si el creador puede ser inteligente, la creación no está hecha de inteligencia. Y ese hombre necesariamente se mudará en tirano estéril.

Y a otro anima una evidencia fuerte a la cual no sabría dar un nombre. Y ese puede ser como el pastor o el carpintero sin inteligencia, porque la creación no está hecha de inteligencia. Y soba la arcilla sin saber bien lo que saldrá. No está satisfecho: da con el pulgar a la derecha. Después un golpe de dedo hacia abajo. Y su rostro satisface progresivamente algo que no tiene nombre, pero que pesa en él. Su rostro se parece cada vez más a algo que no tiene rostro. Y no sé ni lo que aquí significa parecer. Y ese rostro modelado, con un parecido informulable, puede acarrear a ti lo que anima al escultor. Y estás ligado como él lo estuvo.

Porque no actuó con la inteligencia, sino con el espíritu. Y por esto te sostendré que el espíritu conduce al mundo y no la inteligencia.

152

Te he dicho: «No se trata de esclavos ciegos, todas las opiniones están en todos los hombres. No porque los hombres sean versátiles, sino porque su verdad interior es verdad que no se halla en las palabras, vestiduras a su medida. Y precisas un poco de esto, un poco de aquello...».

Porque has simplificado por medio de la libertad y la sujeción. Y oscilas entre uno y otro porque la verdad no está en cada uno, ni entre los dos, sino fuera de ambos. Pero ¿qué azar te permitiría asir en una sola palabra tu libertad interior? Las palabras son como cajas estériles. ¿Y cómo lo que te engrandece podría caber en una caja estéril?

Pero para que seas libre, con la libertad del cantor que improvisa en el instrumento de cuerdas, es preciso que primero yo te ejercite los dedos y te enseñe el arte del cantor. Lo que es guerra, sujeción y paciencia.

Y para que seas libre, con la libertad del montañés, ¿no es preciso que hayas ejercitado tus músculos, lo que es guerra, sujeción y paciencia?

Y para que seas libre, con la libertad del poeta, ¿no es preciso que hayas ejercitado tu cerebro y forjado tu estilo, lo que es guerra, sujeción y paciencia?

¿No recuerdas que las condiciones de la dicha no son jamás búsqueda de la dicha? Te detendrás no sabiendo adónde acudir. Cuando has creado la dicha se te otorga como recompensa. Y las condiciones de la dicha son guerra, sujeción y paciencia.

¿No te acuerdas que las condiciones de la belleza no son jamás búsqueda de la belleza? Te detendrás, no sabiendo adónde acudir. Cuando tu obra está cumplida, la belleza le es otorgada para recompensarte. Y las condiciones de la belleza son guerra, sujeción y paciencia.

Esto mismo, con las condiciones de tu libertad. No son un regalo de la libertad. Te detendrás no sabiendo adónde acudir. La libertad, cuando se ha logrado un hombre de ti, es recompensa por este hombre, el cual dispone de un imperio donde ejercitarse. Y las condiciones de tu libertad son guerra, sujeción y paciencia.

Te diré así, a riesgo de escandalizarte, que las condiciones de tu fraternidad no son tu igualdad; porque ella es recompensa, y la igualdad se hace en Dios. Así del árbol, que es jerarquía, pero ¿cuándo ves que una parte domina la otra? Así con el templo, que es jerarquía. Si reposa en su cimiento se anuda a su piedra angular. ¿Y cómo sabrías cuál de ambos es más importante que el otro? ¿Qué es un general sin ejército? ¿Qué es un ejército sin general? Una igualdad es igualdad en el imperio y la fraternidad es su recompensa. Porque la fraternidad no es el derecho al tuteo o a la injuria. Y yo digo que tu fraternidad es recompensa de tu jerarquía y del templo que construís el uno para el otro. Pues lo he descubierto en los hogares donde el padre es respetado y donde el hijo mayor protege al más joven. Y donde el más joven se confiaba al mayor. Cuando cálidas eran sus veladas, sus fiestas y sus

regresos. Mas si son materiales en desorden, si ninguno depende ya del otro, si simplemente se codean y se mezclan como bolas de billar, ¿en qué ves su fraternidad? Cuando uno de ellos muere, se lo reemplaza, pues no era necesario. Quiero conocer dónde estás y quién eres para amarte.

Y si te he retirado de las olas del mar te amaré mejor; pues soy responsable de tu vida. O si te he velado y curado cuando sufrías, o si eres mi viejo servidor que me ha asistido como una lámpara, o el guardián de mis rebaños. E iré a beber a tu casa tu leche de cabra. Y recibiré de ti y tú darás. Y tú recibirás y yo daré. Pero nada tengo que decir al que se proclama mi igual con enojo y no quiere ni depender de mí en algo ni que yo dependa de él. Amo solo a aquel cuya muerte me desgarraría.

153

Aquella noche, en el silencio de mi amor, quería escalar la montaña para observar la ciudad una vez más, después de silenciarla y privarla de sus movimientos al ascender; pero hice alto a mitad del camino, retenido por mi piedad: pues de las llanuras oía subir las quejas y deseé comprenderlas.

Se alzaban del ganado en los establos. Y de las bestias del campo y de las bestias del cielo y de las bestias del borde de las aguas. Porque solo ellas testimonian en la caravana de la vida, pues el vegetal carece de lengua; y aunque el hombre la posee, viviendo a medias la vida del espíritu, comienza a emplear el silencio. Porque aquel que el cáncer trabaja, lo ves morderse los labios y callar su sufrimiento cambiándose, al superar su carne removida, en árbol espiritual que extiende sus ramas y sus raíces en un imperio que no es de las cosas, sino del sentido de las cosas. Por esto te angustia más el sufrimiento que calla que el sufrimiento que grita. El que se calla llena la cámara. Llena la ciudad. Y no hay distancia para escapar. La amada que sufre lejos de ti, si tú la amas, te domina donde estés por el sufrimiento.

Así, pues, escuchaba las quejas de la vida. Porque la vida se perpetuaba en los establos, en los campos y al borde de las aguas. Porque mugían las becerras parturientas en los establos. Porque escuchaba también las voces del amor subidas de las ciénagas ebrias de sus ranas. Escuchaba también las voces de la carnada, porque piaba el gallo en el matorral donde se había cazado al zorro, balaba la cabra que sacrificabas para tu comida. Y sucedió a veces que una fiera hizo callar la comarca con un solo rugido, tallándose de un golpe un imperio de silencio donde toda vida sudaba miedo. Porque las fieras se guían por el olor agrio de la angustia, que carga el viento. Apenas había rugido, cuando todas sus víctimas brillaban para él como un pueblo de luces.

Después se deshelaban de su estupor las bestias de la tierra y del cielo y de la orilla de las aguas, y reanudaban la queja de parto, de amor y carnada.

«¡Ah! –me dije–, esos son los ruidos del acarreo, porque la vida se delega de generación en generación, y esta marcha a través del tiempo es como la del carro pesado cuyo eje grita...»

Entonces me fue dado comprender algo de la angustia de los hombres; pues también ellos se delegan, emigrando fuera de ellos mismos, de generación en generación. Y las divisiones se persiguen día y noche, inexorables, a través de ciudades y campiñas, como un tejido de carne que se desgarra y se repara; y sentí en mí, como si hubiese sentido una herida, el trabajo de una muda lenta y perpetua.

«Pero esos hombres –me decía– viven no de las cosas, sino del sentido de las cosas y es absolutamente preciso que se deleguen el santo y seña.

»Por esto los veo, apenas el niño les ha nacido, aclararle el uso de su lenguaje, como el uso de un código secreto; pues es la llave de su tesoro. Para transportarle ese lote de maravillas abren en él laboriosamente los caminos de acarreo. Porque difíciles de formular y graves y sutiles son las cosechas que se trata de pasar de una generación a la otra.

»Ciertamente, es radiante ese pueblo. Ciertamente, es patética esa

casa del pueblo. Pero la nueva generación, si ocupa casas de las que nada sabe sino el uso, ¿qué hará en ese desierto? Porque lo mismo que para complacerlos con un instrumento de cuerdas, precisas enseñar a tus herederos el arte de la música, lo mismo precisas que sean hombres y experimenten los sentimientos de hombre, enseñarles a leer en la disparidad de las cosas el rostro de tu casa, de tu dominio y de tu imperio.

»A falta de esto, la generación nueva acampará como bárbaros en la ciudad que te haya tomado. ¿Y qué alegría extraerían los bárbaros de tus tesoros? No saben servirse de ellos, no teniendo la clave de tu lenguaje.

»Para aquellos que han emigrado a la muerte, esa ciudad era como un arpa, con la significación de los muros, de los árboles, de las fuentes y de las casas. Y cada árbol diferente por su historia. Y cada casa diferente por sus costumbres. Y cada muro diferente a causa de sus secretos. De este modo has compuesto tu paseo como una música, extrayendo el sonido que deseabas de cada uno de tus pasos. Pero el bárbaro que acampa no sabe hacer cantar a tu ciudad. Se aburre, y chocando con la prohibición de no penetrar en nada, derriba tus muros y dispersa tus objetos. Por venganza contra el instrumento del que no sabe servirse propaga el incendio que le paga, al menos, con un poco de luz. Después de lo cual se descorazona y bosteza. Porque es preciso conocer lo que se quema para que la luz sea bella. Así, con la de tu cirio delante de tu dios. Pero la llama de tu casa no hablará al bárbaro, al no ser llama de un sacrificio.»

Así, pues, me frecuentaba la imagen de esta generación instalada como intrusa en la cáscara de otra. Y me parecían esenciales los ritos que en mi imperio obligan al hombre a delegar o recibir su herencia. Tengo necesidad de habitantes, no de ocupantes que no vienen de parte alguna.

Por esto te impondré como esenciales las largas ceremonias con las que recoseré las desgarraduras de mi pueblo, a fin de que nada de su herencia se pierda. Pues el árbol, por cierto, no se preocupa de sus semillas. Cuando el viento las arranca y las lleva, eso está bien.

El insecto no se preocupa de sus huevos. El sol los educará. Todo lo que poseen se mantiene en su carne y se transmite con la carne.

Pero ¿qué sería de ti si nadie te tomase por la mano para mostrarte las provisiones de una miel que no es de las cosas, sino sentido de las cosas? Visibles, ciertamente, son los caracteres del libro. Pero te debo atormentar para hacerte don de esas llaves del poema.

Así con los funerales, que quiero solemnes. Pues no se trata de colocar un cuerpo en tierra. Sino de recoger sin perder nada, como de una urna que se ha quebrado, el patrimonio del que tu muerto fue depositario. Es difícil saldar todo. Se tarda mucho en recoger a los muertos. Precisas largo tiempo para llorarlos y meditar su existencia y festejar sus aniversarios. Precisas volverte muchas veces para ver si no olvidas algo.

Así con los matrimonios que preparan los crujidos del nacimiento. Porque la casa que os encierra se transforma en bodega, granero y almacén. ¿Quién puede decir lo que contiene? Precisaréis reunir vuestro arte de amar, vuestro arte de reír, vuestro arte de gustar el poema, vuestro arte de cincelar la plata, vuestro arte de llorar y de reflexionar, para delegarlos a vuestro turno. A vuestro amor lo quiero navío para una carga que debe franquear el abismo de una generación a otra y no concubinato para el reparto futuro de provisiones vanas.

Así con los ritos del nacimiento; pues se trata allí de esa desgarradura que importa reparar.

Por esto exijo ceremonias cuando te desposas, cuando pares, cuando mueres, cuando te separas, cuando vuelves, cuando comienzas a construir, cuando comienzas a habitar, cuando almacenas tus cosechas, cuando inauguras tus vendimias, cuando comienzan la guerra o la paz.

Y por esto exijo que eduques a tus hijos a fin de que se te parezcan. Porque no corresponde a un ayudante transmitirles una herencia, la cual no puede contenerse en su manual. Si otros fuera de ti pueden instruirlos con su acero de conocimientos como con tu pequeño bazar de ideas, perderán al serte cercenados todo lo que no es enunciable y no se contiene en el manual.

Los construirás a tu imagen por temor a que más adelante se arrastren, sin alegría, en una patria que será para ellos campamento vacío, de la cual, al no conocer las llaves, dejarán pudrir sus tesoros.

154

Me espantaban los funcionarios de mi imperio porque se mostraban optimistas:

–Eso es bueno –decían–. La perfección está fuera del alcance.

Ciertamente, está fuera del alcance la perfección. No tiene otro sentido que el de estrella para guiar tu marcha. Pero la marcha únicamente cuenta y no existen en ella provisiones en cuyo seno puedas detenerte. Pues entonces muere el campo de fuerza que te anima y he aquí que eres como un cadáver.

Y si alguno descuida la estrella, es que quiere detenerse y dormir. ¿Y dónde te asientas? ¿Y dónde duermes? No conozco lugar de reposo. Porque si tal lugar te exalta es porque es un objeto de tu victoria. Pero otro es el campo de batalla donde respiras la victoria nueva, otro ese camastro que te fabricas cuando pretendes vivir.

¿A qué obra testigo comparas la tuya para satisfacerte?

155

Porque te asombras del poder de mis ritos o de mi camino de campaña. Y al asombrarte te ciegas.

Observa al escultor: lleva en él algo inenunciable. Porque nunca es enunciable lo que pertenece al hombre y no al esqueleto de un hombre pasado. Y el escultor modela para transportarlo a un rostro de arcilla.

Así, pues, caminabas y has pasado delante de su obra y has mirado ese rostro quizá arrogante, quizá melancólico, después has continuado tu camino. Y ya no eras el mismo. Débilmente convertido, pero convertido, es decir: vuelto e inclinado en una nueva dirección, por corto tiempo quizá; pero por un tiempo.

Un hombre, pues, experimentaba un sentimiento informulable: dio algunos golpes con el pulgar en la arcilla. Colocó su arcilla en tu camino. Y he aquí que te cargas, si tomas esa ruta, con el mismo sentimiento informulable.

Y eso mismo si han transcurrido cien mil años entre su gesto y tu pasaje.

156

Se levantó un viento de arena que acarreó hasta nosotros los desperdicios de oasis lejanos, y el campamento se colmó de pájaros. Bajo cada tienda compartieron nuestra vida, mansos y buscando nuestro hombro. Sin embargo, faltos de alimento, perecían cada día por millares, muy pronto secos y crujientes como una corteza de madera muerta. Como apestaban el aire, los hice recoger. Se llenaron grandes canastas y se vertió ese polvo en el mar.

Cuando conocimos por primera vez la sed, asistimos en la hora de los calores del sol a la edificación de un espejismo. La ciudad geométrica se reflejaba, pura de líneas, en las aguas calmas. Un hombre se volvió loco, profirió un grito y echó a correr en dirección a la ciudad. Como el grito del pato silvestre que emigra en todos los otros patos, comprendí que el grito del hombre había sacudido a los otros hombres. Estaban prontos, a continuación del inspirado, para oscilar entre ese espejismo y la nada. Una carabina bien apuntada lo derribó. Y fue solo un cadáver, que por fin nos tranquilizó.

Uno de mis soldados lloraba.

–¿Qué tienes? –le pregunté.

Creía que lloraba al muerto.

Pero había descubierto a sus pies una de esas cortezas crujientes y lloraba un cielo desnudo de pájaros.

–Cuando el cielo pierde su plumón –me dijo–, existe una amenaza para la carne del hombre.

Subimos al obrero de las entrañas del pozo, se desvaneció; pero había podido notificarnos que el pozo estaba seco. Porque hay mareas subterráneas de agua dulce. Y el agua, durante algunos años, se inclina hacia los pozos del norte. Los cuales se transforman en fuente de sangre. Pero este pozo nos sujetaba como un clavo en un ala.

Todos pensaban en las grandes canastas llenas de corteza de madera muerta.

Al día siguiente, por la tarde, nos concentramos en el pozo de El-Bahar.

Al llegar la noche convoqué a los guías:

–Os habéis equivocado acerca del estado de los pozos. El-Bahar está vacío. ¿Qué haré con vosotros?

Lucían admirables estrellas en el fondo de una noche a la vez amarga y espléndida. Disponíamos de diamantes para nuestro alimento.

–¿Qué haré con vosotros? –decía a los guías.

Pero vana es la justicia de los hombres. ¿No nos habíamos cambiado en zarzas?

El sol emergió triangular, recortado por la bruma de arena. Fue

como un punzón para nuestra carne. Varios hombres cayeron golpeados en el cráneo. Los locos se declararon en gran número. Pero ya no había espejismos que los llamaran con sus ciudades limpias. No había ya ni espejismo ni horizonte puro, ni líneas estables. La arena nos envolvía con una luz tumultuosa de horno de ladrillos.

Cuando alcé la cabeza percibí, a través de las volutas, el tizón pálido que mantenía el incendio. «El hierro de Dios –meditaba– que nos marcaba como a bestias.»

–¿Qué tienes? –dije a un hombre que titubeaba.

–Soy ciego.

Hice despanzurrar dos camellos de cada tres y bebimos el agua de sus vísceras. Cargamos a los supervivientes con la totalidad de los hombres vacíos y, gobernando esta caravana, envié hombres hacia el pozo de El-Ksour, que se decía dudoso.

–Si El-Ksour está agotado, moriréis allí lo mismo que aquí.

Pero volvieron después de dos días sin que los acontecimientos me costaran el tercio de mis hombres.

–El pozo de El-Ksour –testimoniaron– es una ventana sobre la vida.

Bebimos y nos concentramos en El-Ksour para volver a beber y rehacer las provisiones de agua.

El viento de arena se espesó y llegamos a El-Ksour por la noche. Alrededor de los pozos había algunos espinos. Pero en lugar de esqueletos sin hojas divisamos esferas de tinta encajadas en delgados palos. No comprendimos la visión en el primer momento; pero cuando estuvimos en la proximidad de esos árboles estallaron una después de otra, con gran ruido de cólera. La migración de los cuervos, que los habían escogido como perchas, los despojaba de un solo golpe, como una carne que hubiera reventado alrededor del hueso. Su vuelo era tan denso que a pesar del deslumbrante plenilunio nos mantenía en la sombra. Porque los cuervos, en lugar

de alejarse, agitaron largo tiempo sobre nuestras frentes el torbellino de su ceniza negra.

Matamos tres mil porque nos faltaba el alimento.

Fue una fiesta extraordinaria. Los hombres construyeron hornos de arena que llenaron con boñiga seca, la cual brillaba clara como el heno. La grasa de los cuervos perfumó el aire. El equipo de guardia alrededor del pozo maniobraba sin reposo una cuerda de ciento veinte metros que hacía parir a la tierra todas nuestras vidas. Otro equipo distribuía el agua a través del campo, como lo hubiera hecho para los naranjos en la sequía.

Iba así, con mis pasos lentos, mirando revivir a los hombres. Después me alejé de ellos y, una vez vuelto a mi soledad, dirigí a Dios esta plegaria:

«He visto, Señor, en el curso de un mismo día, secarse la carne de mi ejército, secarse y revivir después. Era ya semejante a una corteza de madera muerta, mientras que ahora hela aquí dispuesta y eficaz. Nuestros músculos refrescados nos llevarán a donde queramos. Y sin embargo, hubiera bastado una hora de sol y hubiéramos sido borrados de la tierra, nosotros y la huella de nuestros pasos.

»He oído reír y cantar. El ejército que llevo conmigo es cargazón de recuerdos. Es llave de existencias lejanas. Reposan sobre él esperanzas, sufrimientos, desesperaciones y alegrías. No es autónomo, sino mil veces ligado. Y sin embargo, hubiera bastado una hora de sol y hubiéramos sido borrados de la tierra, nosotros y la huella de nuestros pasos.

»Los conduzco hacia el oasis por conquistar. Serán simientes para la tierra bárbara. Llevarán nuestras costumbres a pueblos que las ignoran. Esos hombres que comen y beben y viven esta noche una vida elemental, apenas se muestren en las llanuras fértiles, todo cambiará, no solamente de costumbres y de lenguaje, sino en la

arquitectura de las murallas y en el estilo de los templos. Están grávidos con un poder grave que actuará a lo largo de los siglos. Y sin embargo, hubiera bastado una hora de sol y hubiéramos sido borrados de la tierra, nosotros y la huella de nuestros pasos.

»No lo saben. Tenían sed, están satisfechos por sus vientres. Sin embargo, el agua del pozo de El-Ksour salva poemas y ciudades, y a los grandes jardines colgantes; porque era mi decisión hacerlos construir. El agua del pozo de El-Ksour cambia el mundo. Y sin embargo, una hora de sol lo hubiera podido agotar y nos hubiera borrado de la tierra, a nosotros y a la huella de nuestros pasos.

»Los que primero volvieron dijeron: “El pozo de El-Ksour es una ventana sobre la vida”. Tus ángeles estaban prontos a recoger a mi ejército en sus grandes canastas y a vertértelo en tu eternidad como una corteza de madera muerta. Les hemos huido por este agujero de aguja. No sé ya reconocerme. En adelante, si considero un simple campo de cebada bajo el sol, en equilibrio entre el barro y la luz y capaz de nutrir a un hombre, veré en él un vehículo o pasaje secreto, aunque ignore aquello de lo que es acarreo o camino. He visto surgir ciudades, templos, murallas y grandes jardines colgantes del pozo de El-Ksour.

»Mis hombres beben y meditan acerca de sus vientres. Nada hay en ellos sino placer del vientre. Están apretados alrededor de un agujero de aguja. Ya nada hay en el agujero de aguja sino cabrilleo de un agua negra cuando el morro de un recipiente la atormenta. Pero al ser vertida sobre la semilla seca, que no conoce nada de sí sino su placer del agua, despierta un poder ignorado que es de ciudades, de templos, de murallas y de grandes jardines colgantes.

»No sé ya reconocerme si tú no eres piedra angular y común medida y significado de los unos y de los otros. El campo de cebada y el pozo de El-Ksour y mi ejército serían para mí materiales en desorden si tu presencia a través de ellos no me permitiera descifrar alguna ciudad almenada que se construyó bajo las estrellas».

Estuvimos pronto a la vista de la ciudad. Pero nada descubrimos sino murallas rojas de una altura inusitada y que mostraban al desierto una especie de reverso desdeñoso, despojadas de ornamentos, de salidas, de almenas, y concebidas con toda evidencia para no ser miradas desde afuera.

Cuando miras una ciudad ella te mira. Levanta contra ti sus torres. Te observa detrás de sus almenas. Te abre o te cierra las puertas. O bien desea ser amada o sonreírte y vuelve en tu dirección los adornos de su rostro. Siempre que tomábamos una ciudad nos parecía, tan bien construidas estaban en vista al visitante, que se nos entregaba. Puertas monumentales y avenidas reales, ya seas caminante o conquistador, eres siempre recibido como un príncipe.

Pero el malestar se apoderó de mis hombres cuando las murallas, poco a poco aumentadas al aproximarnos, nos parecieron tan visiblemente volvernos la espalda con una calma de acantilado; como si nada existiese fuera de la ciudad.

Empleamos la primera jornada en rodearla, lentamente, buscando alguna brecha, alguna falla, o al menos alguna salida murada. Caminábamos a tiro de fusil; pero ninguna respuesta rompía el silencio, aunque sucedía que algunos de mis hombres, en los que el malestar se agravaba, tirasen ellos mismos salvas de desafío. Había algo en esta ciudad detrás de sus murallas semejante al caimán bajo su caparazón que desdeña hasta interrumpir su sueño por ti.

Desde una eminencia lejana que, sin sobrepasar las murallas, permitía una mirada al ras, observamos un verdor apretado como berros. Mientras que en el exterior de las murallas no se pudo descubrir una brizna de hierba. Solo había, hasta el infinito, arena y rocalla gastadas por el sol, de tal modo las fuentes de los oasis habían sido pacientemente avenadas para el solo uso interior. Esas murallas retenían la vegetación como el casco una cabellera. Deambulábamos estúpidos, a algunos pasos de un paraíso demasiado denso, de una erupción de árboles, de pájaros, de flores, estrangulado por la cintura de las murallas como por el basalto de

un cráter.

Cuando los hombres se convencieron de que el muro no tenía fisura, una parte de ellos fue asaltada por el miedo. Porque esta ciudad jamás, en la memoria de ningún hombre, había ni rechazado ni acogido una caravana. Ningún viajero había aportado con su equipaje la infección de costumbres lejanas. Ningún comerciante había introducido el uso de un objeto en otra parte familiar. Ninguna muchacha capturada lejos había vertido su raza en la suya. Parecía a mis hombres palpar la corteza de un monstruo informulable que no poseía nada en común con los pueblos de la tierra. Porque a las islas más perdidas, los naufragios de los navíos las habían alguna vez bastardeado, y hallas siempre algo para establecer tu parentesco de hombre y forzar la sonrisa. Mas este monstruo, si se mostraba, no mostraría aún un rostro.

Hubo otros entre los hombres que, muy por el contrario, fueron atormentados por un amor informulable y singular. Porque solamente eres conmovido por aquella que es permanente y está bien fundada, no mestizada la pasta de su carne, ni podrida en el lenguaje de su religión o en su costumbre, y que no surge de esa colada de los pueblos en la que todo está mezclado y es glaciar fundido en ciénaga. ¡Qué bella era esta amada tan celosamente cultivada en sus aromas y sus jardines y sus costumbres!

Pero los unos como los otros y yo mismo, una vez franqueado el desierto, chocábamos con lo impenetrable. Pues quien se opone a ti te abre el camino de su corazón, como a tu espada el de su carne y puedes esperar vencerlo, amarlo o morir; pero ¿qué puedes contra quien te ignora? Y fue cuando me sobrevino este tormento que precisamente descubrimos alrededor del muro sordo y ciego: que la arena mostraba una zona más blanca al ser rica en osamentas que sin duda testimoniaban la suerte de las delegaciones lejanas, semejante como era a la franja de espuma donde se resuelve, a lo largo de un acantilado, la marejada que ola por ola delega el mar.

Pero cuando, llegada la noche, consideraba desde el umbral de mi tienda ese monumento impenetrable que duraba en medio de nosotros, meditaba y me parecía que antes que la ciudad por tomar

éramos nosotros quienes sufríamos un sitio. Si incrustas una semilla dura y cerrada en la tierra fértil, no es la tierra la que, al rodearla, sitia a tu semilla. Porque cuando tu semilla reviente su simiente establecerá su reinado sobre tu tierra. Si hay, por ejemplo, detrás de los muros, me decía, tal o cual instrumento de música ignorado por nosotros y si se extraen de él melodías ásperas o melancólicas, la experiencia me enseña que una vez forzada esta reserva misteriosa y desparramados mis hombres entre sus bienes los hallaré después, en los atardeceres de mi campamento, ejercitándose en arrancar de esos instrumentos poco usuales tal melodía de un gusto nuevo para sus corazones. Y sus corazones serán cambiados.

«Vencedores o vencidos –me decía–, ¡cómo podría distinguirlos! Considera ese hombre mudo entre la multitud. Ella lo rodea y lo presiona y lo fuerza. Si es comarca vacía, lo aplasta. Mas si es un hombre habitado y construido en el interior, como la bailarina que yo hice danzar, y si él habla, entonces al hablar ha echado raíces en tu multitud, preparado su celada, establecido su poder, y he aquí que tu multitud, si él se pone en marcha, se pone en marcha detrás de él multiplicando su potencia.

»Basta que este territorio abrigue en algún lado a un sabio bien protegido por su silencio, y llegado al corazón de sus meditaciones, para que equilibre el peso de tus armas; pues es semejante a una semilla. ¿Y cómo lo distinguirías para decapitarlo? Se muestra solamente por su poder y en la sola medida en que su obra está hecha. Porque así sucede con la vida, que está siempre en equilibrio con el mundo. Y no puedes luchar sino contra el loco que te propone utopías pero no contra aquel que piensa y construye el presente, puesto que el presente es tal cual lo muestra. Así con toda la creación; pues el creador nunca aparecerá. Si de la montaña donde te he conducido ves resueltos de este modo tus problemas y no de otra manera, ¿cómo te defenderías contra mí? Es necesario que estés en alguna parte.

»Así con ese bárbaro, que habiendo reventado las murallas y forzado el palacio real irrumpió frente a la reina. Desde luego, la reina no disponía de ningún poder, todos sus hombres de armas habían muerto.

»Cuando cometes un error en el juego que jugabas por simple gusto

del juego, enrojeces, humillado y deseoso de reparar tu falta. Sin embargo, no hay un juez que te deshonre, sino ese personaje que tal juego deja en libertad en ti y que protesta. Y te guardas de los falsos pasos en la danza aunque ningún otro bailarín ni persona tenga calidad para reprochártelos. Así, para hacerte mi prisionero, no iría a mostrarte mi poder, sino a transmitirte el gusto por mi danza. Y vendrías donde yo quisiera.

»Por esto la reina, volviéndose hacia el rey bárbaro cuando reventó la puerta y surgió como un soldadote con el hacha en la mano y todo humeante de su poder, y lleno de un enorme deseo de asombrar, porque era vanidoso y jactancioso, tuvo una sonrisa triste, como de decepción secreta, y de indulgencia un poco gastada. Porque nada le asombraba sino la perfección del silencio. Y no se dignaba a escuchar todo ese ruido al igual que tú ignoras los trabajos groseros de los poceros aunque los aceptes como necesarios.

»Adiestrar un animal es enseñarlo a actuar en la única dirección eficaz para él. Cuando quieres salir de tu casa, sin reflexionar te diriges a la puerta. Cuando tu perro quiere ganar su hueso, hará las gracias que le pidas; pues ha observado poco a poco que son los caminos más cortos para su recompensa. Aunque en apariencia no tenga relación con el hueso. Esto se funda en el instinto mismo y no en el razonamiento. Así el bailarín conduce a la bailarina por las reglas del juego que ignoran ellos mismos. Que son lenguaje oculto como de ti a tu caballo. No sabrías decirme exactamente los movimientos que hacen obedecer a tu caballo.

»Así, pues, la debilidad del bárbaro era que quería primero asombrar a la reina, y su instinto le enseñó rápidamente que solo había un camino, pues todos los otros la volvían más lejana, más indulgente y más decepcionada, y comenzó a actuar en silencio. Así comenzaba ella a cambiarlo a su manera, prefiriendo al ruido del hacha las reverencias ceremoniosas.»

De este modo, me parecía que al rodear ese polo que nos forzaba a mirar hacia él, aunque cerraba los ojos deliberadamente, le hacíamos representar un papel peligroso, pues recibía de nuestra audiencia el poder de irradiación de un monasterio.

Por esto, tras reunir a mis generales, les dije:

–Tomaré la ciudad por asombro. Importa que los de la ciudad nos interroguen sobre algo.

Mis generales, prudentes por anteriores experiencias, si bien nada comprendían de mis palabras, hicieron diversos ruidos de asentimiento.

Me acordaba igualmente de una réplica que opuso mi padre a algunos que le objetaban que los hombres, en las grandes cosas, no cedían sino a las grandes fuerzas:

–Es cierto –les había respondido–. Pero no arriesgáis contradeciros, pues decís que una fuerza es grande cuando hace ceder a los fuertes. Así pues, he aquí a un mercader vigoroso, arrogante y avaro. Transporta una fortuna en diamantes, los cuales están cosidos en su cinturón. Y he aquí un jorobado miserable, pobre y prudente, que no es conocido del mercader, habla otra lengua distinta a la suya y desea, sin embargo, apropiarse de las piedras. ¿No ves dónde se aloja la fuerza de que dispone?

–No lo vemos –dijeron los otros.

–Sin embargo –prosiguió mi padre–, el miserable, después de abordar al grande, lo invita, como hace calor, a compartir su té. Y nada arriesgas cuando llevas piedras cosidas en tu cinturón en compartir el té de un jorobado miserable.

–Ciertamente, nada –dijeron los otros.

–Y sin embargo, a la hora de separarse, el jorobado se lleva las piedras y el mercader revienta de rabia, amordazado hasta en sus puños por la danza que le ha danzado.

–¿Qué danza? –interrogaron los otros.

–La de los dados tallados en hueso –respondió mi padre.

Después les explicó:

–Sucede que el juego es más fuerte que el objeto del juego. Tú,

general, gobiernas diez mil soldados. Son todos solidarios unos con otros. Y sin embargo, los envías a arrojarse mutuamente en prisión. Porque no vives de las cosas, sino del sentido de las cosas. Cuando el sentido de los diamantes fue ser caución de los dados, se deslizaron en el bolsillo del jorobado.

Sin embargo, los generales que me rodeaban se enardecieron:

–Pero ¿cómo llegarás a los de la ciudad, si ellos rehúsan escucharte?

–He aquí que tu amor de las palabras te hace hacer un ruido estéril. Si pueden a veces rehusar escuchar, ¿dónde ves que los hombres puedan rehusar oír?

–¡Aquel que busco ganar para mi causa puede hacerse sordo a la tentación de mis promesas si es lo suficiente sólido de corazón!

–Ciertamente, ¡porque te muestras! Pero es sensible a tal música y si la tocas, no es a ti a quien oirá, sino a la música. Y si se inclina sobre un problema que lo devora y si le muestras la solución, estará constreñido a recibirla. ¿Cómo quieres que finja, frente a sí mismo, por odio o desprecio contra ti, continuar buscando? Si al jugador de un juego le señalas el golpe que lo salva y que ha buscado sin descubrirlo, lo gobiernas, pues te obedecerá, aunque pretende ignorarte. Lo que buscas, si te lo dan, te lo atribuyes. Aquella busca su anillo extraviado o la palabra de un jeroglífico. Le tiendo el anillo al hallarlo. O le soplo la palabra del jeroglífico. Puede, muy cierto, rehusar uno u otro de mí, por exceso de odio. Sin embargo, la gobierno porque la he mandado sentarse. Tendría que ser muy loca para continuar buscando...

»Preciso es que los de la ciudad deseen, busquen, aspiren, protejan, cultiven algo. Si no, ¿alrededor de qué construirían murallas? Y las construyes alrededor de un pequeño pozo; y si afuera te creo un lago, tus murallas caen por sí mismas pues son ridículas. Si las construyes alrededor de un secreto, y mis soldados, alrededor de las murallas, te gritan tu secreto a voz en cuello, tus murallas caen también porque no tienen ya objeto. Si las construyes alrededor de un diamante, y yo los siembro afuera como guijarros, tus murallas

caen porque favorecen tu pobreza. Y si las construyes alrededor de la perfección de una danza que danzo mejor que tú, las demolerás tú mismo para aprender de mí a danzar...

»Quiero primero, simplemente, que los de la ciudad me oigan. Prontamente me escucharán. Pero, por cierto, si toco el clarín bajo sus muros reposarán en paz sobre sus murallas y no oirán mis vanos resoplidos. Porque oyes lo que es para ti. Y te aumenta. O te reduce a uno de tus litigios.

»Obraré sobre ellos aunque finjan ignorarme. Porque la gran verdad es que no existes solo. No puedes quedarte permanente en un mundo que, alrededor, cambia. Puedo sin tocarte actuar sobre ti, pues, quieras o no, es tu sentido mismo el que cambia y no puedes soportarlo. Eras el poseedor de un secreto: ya no es secreto, tu sentido ha cambiado. Si a aquel que danza y declama en la soledad lo rodeo en secreto de auditores burlones y levanto después el telón, lo interrumpo netamente en su danza.

»Si danza aún, es que está loco.

»Tu sentido está hecho del sentido de los otros, lo quieras o no. Tu gusto está hecho del gusto de los otros, lo quieras o no. Tu acto es movimiento de un juego. Paso de una danza. Cambio el juego o la danza y cambio tu acto en otro.

»Construyes tus murallas por causa de un juego, las destruirás tú mismo a causa de otro.

»Porque vives no de las cosas, sino del sentido de las cosas.

»Castigaré a los de la ciudad en su pretensión, pues confían en sus murallas.

»Mientras que tu única muralla es la potencia de la estructura que te amasa y que sirves. Porque la muralla del cedro es el poder mismo de su semilla, la cual le permitirá establecerse contra la tempestad, la sequía o la rocalla. E inmediatamente podrás explicarlo muy bien por la corteza; pero la corteza en un principio era fruto de la semilla. Raíces, corteza y follaje son semilla que se ha expresado. Pero el germen del centeno es un débil poder, y el centeno opone una muralla débil a las embestidas del tiempo.

»Y aquel que es permanente y bien fundado está pronto a expandirse en un campo de fuerza según sus líneas de fuerza, primero invisibles. A este llamo muralla admirable, pues el tiempo no lo gastará, sino que lo construirá. El tiempo está hecho para servirlo. Y poco importa si parece desnudo.

»El cuero del caimán no protege nada si la bestia está muerta.

Así, considerando la ciudad, enemiga embutida en su armadura de cemento, meditaba sobre su debilidad o su fuerza. «¿Es ella o yo quien conduce la danza?» Es peligroso, en un campo de trigo, arrojar una semilla tan solo de cizaña, porque el ser de la cizaña domina al ser del trigo, y poco importan la apariencia y el número. Tu número está contenido en la semilla, precisas desenrollar el tiempo para contarlo.

158

Así, he meditado largo tiempo acerca de la muralla. La verdadera muralla está en ti. Y lo saben bien los soldados que te hacen girar sus sables. Y no pasas. El león no tiene caparazón, pero su golpe de pata va como el relámpago. Y si salta sobre tu buey, te lo abre en dos como un armario.

Ciertamente, me dirás, es frágil el recién nacido, y el que más adelante cambió el mundo, en sus primeros días hubiera sido fácilmente soplado como un candil. Pero he visto morir al niño de Ibrahín. Cuya sonrisa era, en el tiempo de la salud, como un regalo.

«Ven», le decían al niño de Ibrahín. Y venía hacia el anciano. Y le sonreía. Y el anciano se iluminaba. Palmoteaba la mejilla del niño y no sabía bien qué decirle; pues el niño era un espejo que daba un poco de vértigo. O una ventana. Porque siempre el niño intimida como si tuviera conocimientos. Y no te equivocas, pues su espíritu es fuerte antes que lo achaparres. Y de sus tres guijarros te hace una flota de guerra. Y, por cierto, si el anciano no reconoce en el niño al capitán de una flota de guerra, reconoce ese poder. Así, pues, el niño de Ibrahín era como una abeja que agota todo alrededor para hacer su miel. Todo se le transformaba en miel. Y te sonreía con sus dientes blancos. Y tú permanecías allí sin saber qué colegir a través de esa sonrisa. Porque no hay palabras para decirlo. Simplemente, maravillosamente disponibles, esos tesoros ignorados, como esos golpes de primavera sobre el mar, con un gran desgarramiento de sol. Y el marino se siente bruscamente mudado en plegaria. El navío por cinco minutos marcha en la gloria. Cruzas las manos sobre el pecho y recibes. Así, con el niño de Ibrahín cuya sonrisa pasaba como una ocasión maravillosa que no hubieras sabido en qué, cómo recoger. Como un reino demasiado corto sobre territorios asoleados y riquezas que no has tenido ni siquiera el tiempo de volver a censar. Así, pues, nada podrías decir. Entonces es aquel que abre y cierra sus párpados como ventanas sobre otra cosa. Y que, aunque poco hablador, te enseñaba. Porque la verdadera enseñanza no es hablarte, sino conducirte. Y a ti, viejo ganado, él te conducía como un joven pastor a las invisibles praderas de las que no hubieses sabido decir nada, sino que por un minuto te sentías como amamantado y tranquilizado y arreado. Así, pues, era aquel que era para ti signo de un sol desconocido, del que te informabas que iba a morir. Y toda la ciudad se cambiaba en vejez y en incubadora. Todas las viejas venían a ensayar sus tisanas y sus canciones. Los hombres se mantenían en la puerta para impedir que hubiera ruido en la calle. Y se lo arropaba y se lo mecía y se lo abanicaba. Y así era como se construía una muralla entre la muerte y él que hubiera podido parecer impenetrable; pues una ciudad entera lo rodeaba con soldados para sostener ese sitio contra la muerte. No vayas a decirme que una enfermedad de niño es solo una lucha de débil carne en su débil vaina. Si existe un remedio lejos, se ha despachado caballeros. Y he aquí que tu enfermedad se representa también en el galope de tus caballeros en el desierto. Y en los altos para el relevo. Y en los grandes pilones donde se hace beber. Y en

los golpes del talón en el vientre, porque es preciso ganar la carrera a la muerte. Y, ciertamente, solo ves un rostro cerrado y liso de sudor. Y sin embargo, lo que se combate se combate también a golpes de espuelas en el vientre.

¿Niño miserable? ¿En qué ves que lo sea? Miserable como el general que conduce un ejército...

Y yo he comprendido bien, mirándolo, y mirando a las viejas y a los viejos y a los más jóvenes, a todo el enjambre de abejas alrededor de la reina, a todos los mineros alrededor del filón de oro, a todos los soldados alrededor del capitán, que si formaban un poder tal, es que los había avenado, como la semilla una materia diversa para hacer árboles, torres y murallas, una sonrisa silenciosa y furtiva que los había convocado para el combate. No había fragilidad en esta carne de niño tan vulnerable puesto que se aumentaba con esta colonia, naturalmente, sin conocerlo siquiera, por el solo efecto de esa llamada que te ordena alrededor de ti todas las reservas exteriores. Y una ciudad entera se convertía en servidor del niño. Así, de las sales minerales llamadas por la semilla, ordenadas por la semilla y que se transforman, en la dura corteza, en murallas del cedro. ¿Qué significa la fragilidad del germen si posee el poder de reunir a sus amigos y de someter a sus enemigos? ¿Crees en las apariencias, en los puños de ese gigante y en el clamor que puede producir? Eso es verdadero en el instante mismo. Pero olvidas el tiempo. El tiempo te construye raíces. Y no ves que el gigante está como agarrotado por una invisible estructura. Y no ves que el niño débil marcha a la cabeza de un ejército. En un instante el gigante te lo aplastará. Pero no lo aplastará. Pues el niño no es una amenaza. Mas verás al niño posar el pie sobre la cabeza del gigante y con un golpe del talón destruirlo.

Siempre has visto lo que es fuerte aplastado por lo que es débil. Sin duda, esto es falso en el instante mismo, de lo que resultan las ilusiones de tu lenguaje. Porque olvidas el tiempo. Y, por cierto, el

niño miserable, si suscita la cólera del gigante, el gigante lo pisará. Pero no es del juego ni del sentido del niño miserable provocar esta cólera del gigante. Sino no ser observado. O ser amado. Y en la adolescencia, quizás ayudarlo a fin de que el gigante tenga necesidad de él. Después llega la edad de las invenciones y el niño crecido forja un arma. O bien, muy simplemente, sobrepasa al otro en talle y en peso. O bien, más simplemente todavía, el niño habla y drena mil hombres alrededor de sí, que conducirá contra el gigante y que serán para él como una armadura. ¡Ve a tocarlo a su través!

Y el campo de trigo, si descubro una sola semilla de cizaña, lo reconozco vencido. Y el tirano y sus soldados y sus gendarmes, si hay en algún lugar en su pueblo un niño como el de Ibrahín que comienza a desarrollarse y a madurar la imagen nueva que ordenará al mundo como un justillo de hierro (porque descubro prontas las líneas de fuerza), lo veo ya desmantelado y arrojado a tierra como esos templos de los que una sola semilla ha llegado a su fin; porque era de un árbol gigante que ha desarrollado sus raíces con la paciencia del que se despierta y se estira y lentamente hincha los músculos de su brazo. Pero esta raíz hizo vacilar un contrafuerte, la otra derribó un casco. El tronco ha reventado la cúpula en su piedra angular, y la piedra angular se ha derrumbado. Y el árbol reina en adelante sobre los materiales en desorden transformados en polvo, del que extrae su jugo para nutrirse.

Pero a su turno, sabré derribar a este árbol gigante. Porque el templo se ha transformado en árbol. Pero el árbol se transformará en pueblo de bejucos. Me basta con una semilla alada al capricho de los vientos.

¿Qué muestras si el tiempo se desarrolla? Ciertamente, es invisible, en apariencia, esta ciudad dentro de su armadura. Pero sé leer. Y puesto que encierra en sus provisiones, es que acepta la muerte. Tengo miedo de aquellos que van desnudos, subiendo hacia el norte de su desierto sin fortalezas. Deambulando casi sin armas. Pero semilla sin germinar aún y que no conoce su propio poder. Mi ejército ha brotado del agua profunda del pozo de El-Ksour. Somos semillas salvadas por Dios. ¿Quién se opondrá a nuestra marcha? Me basta con hallar la falla en la armadura, para rajar ese templo

con el despertar del árbol encerrado en su semilla. Me basta conocer la danza para danzar. Para que te conviertas en hembra del macho, ciudad en adelante doméstica como la mujer cuando queda en la casa. Eres mía, como un pastel de miel, ciudad demasiado segura de ti. Deben dormir tus centinelas. Porque estás destrozada en el corazón.

160

«Así, pues –me decía–, no existen murallas. Las que acabo de construir si sirven a mi poder es porque son efectos de mi poder. Si sirven a mi permanencia es que son efectos de mi permanencia. Pero no llamas muralla la vaina del caimán, si está muerto.

»Si oyes que una religión se queja de que los hombres no se dejan conquistar, limítate a reír. La religión debe absorber a los hombres, no los hombres sometérsele. No reprochas a la tierra no formar un cedro.

»¿Crees que todos aquellos que van predicando una religión nueva, si la distribuyen por el mundo y alinean a los hombres en ella, es a causa del ruido que hacen, de la habilidad de sus reclamos o el lujo de su alboroto? Pero he escuchado demasiado a los hombres para no comprender el sentido del lenguaje. Y que resulta de acarrear del otro a ti algo fuerte que es punto de vista nuevo y que busca por sí mismo alimentarse. Hay palabras que arrojas como semillas, las cuales tienen el poder de drenar la tierra y organizarla en cedro. Y, ciertamente, hubieras podido sembrar el olivo y organizar en olivo. Y el uno o el otro prosperará, multiplicándose por sí mismo. Y, por cierto, en el cedro que crece oirás cantar al viento más y más fuerte. Y si la raza de hienas se multiplica oirás el grito de las hienas llenar más y más la noche. ¿Irás a decirme, sin embargo, que es el ruido del viento en las hojas del cedro el que llama a los jugos de la tierra, o la magia del grito de las hienas que cambia en hiena la carne de las gacelas salvajes? La carne de las hienas se recluta en la carne de las gacelas, la carne del cedro se recluta en los jugos de la rocalla. Los fieles de tu religión nueva se reclutan entre los infieles.

Pero ninguno jamás es determinado por el lenguaje si el lenguaje no tiene el poder de absorber.

»Y absorbes cuando expresas. Y si te expreso eres mío. Te conviertes en mí necesariamente. Porque tu lenguaje en adelante soy yo. Y por eso digo del cedro que es lenguaje de la rocalla; pues ella se hace, a través de él, murmullo de los vientos.

»Pero ¿quién sino yo te propone un árbol donde llegar a ser?»

Así, pues, cada vez que asistía a la acción de un hombre no buscaba explicarla por la algazara de su charanga –porque puede también odiarla o arrojarla– ni por la acción de sus gendarmes, porque pueden hacer sobrevivir a un pueblo que muere; pero no construir. Y te lo he dicho de los imperios fuertes que decapitan los centinelas dormidos, de lo que deduces falsamente que su fuerza les viene de su rigor. Porque el imperio débil, si decapita, allí donde todos duermen, es solo un bufón sanguinario; pero el imperio fuerte llena sus miembros de sus fuerzas y no tolera el sueño. No busco ni siquiera explicar la acción del hombre por las palabras enunciadas o los móviles o los argumentos inteligentes, sino por el poder informulable de las estructuras nuevas y fértiles como el que hay en ese rostro de piedra que has mirado y que te cambia.

161

Vino la noche y escalé la más alta curva de la comarca para mirar dormir la ciudad y extenderse alrededor, en la oscuridad universal, las manchas negras de mis campamentos en el desierto. Y esto con el propósito de sondar las cosas, conociendo a la vez que mi ejército era un poder en marcha y la ciudad un poder cerrado como un polvorín, y que a través de esta imagen de un ejército apretado alrededor de su polo, otra imagen estaba en marcha, y en construcción sus raíces, de las que nada podía conocer todavía, ligando diferentemente los mismos materiales; y buscaba leer en la noche los signos de esta gestación misteriosa, no con el fin de preverla, sino de gobernarla, pues todos, menos los centinelas, han

ido a dormir. Y reposan los ejércitos. Pero he aquí que eres navío en el río del tiempo. Y ha pasado sobre ti esta luminosidad de la mañana, del mediodía y de la tarde como la hora de empollar, haciendo progresar un poco las cosas. Luego el ímpetu silencioso de la noche después del golpe de pulgar del sol. Noche bien engrasada y entregada a los sueños, pues solo se perpetúan los trabajos que se hacen solos, como los de la carne que se repara, los jugos que se elaboran, el paso de rutina de los centinelas, noche entregada a los sirvientes porque el señor ha ido a dormir. Noche para la reparación de las faltas, pues su efecto ha sido postergado hasta el día. Y yo, vencedor por la noche, remito a mañana mi victoria.

Noche de racimos que aguardan la vendimia, retenidos por la noche, noche de cosechas en prórroga. Noche de enemigos cercados a los que no cogeré hasta el día. Noche de los juegos hechos; pero el jugador ha ido a dormir. El mercader ha ido a dormir; mas ha dado las consignas al vigilante nocturno que marcha los cien pasos. El general ha ido a dormir; pero ha dado las consignas a los centinelas. El principal se ha ido a dormir; pero ha pasado la consigna al timonel, y el timonel conduce a Orión, que se pasea en el mástil, allá donde sea necesario. Noche de consignas bien dadas y de creaciones suspendidas.

Pero noche también en que se puede trampear. Donde los merodeadores se apoderan de los frutos. Donde el incendio se apodera de los graneros. Donde el traidor se apodera de las ciudadelas. Noche de grandes gritos que resuenan. Noche del escollo para el navío. Noche de visitaciones y prodigios. Noche de los despertares de Dios –el ladrón–, pues al despertar ¡ya puedes buscar a la que amabas!

Noche en que se sienten crujir las vértebras. Noche en la que siempre he oído crujir las vértebras como el ángel ignorado que siento disperso en mi pueblo y que se trata un día de libertar...

Noche de las simientes recibidas.

Noche de la paciencia de Dios.

Y te he vuelto a encontrar con tus ilusiones, cuando me hablabas de aquellos que vivían humildemente sin pedir nada, practicando sus virtudes familiares, celebrando simplemente sus fiestas, educando piadosamente a sus hijos.

–Ciertamente –he respondido–. Pero ¿cuáles son sus virtudes? ¿Y cuáles sus fiestas? ¿Y cuáles sus dioses? Helos ya particulares, como tal árbol que, a su manera, drena la arena y no a la manera de otro. Si no, ¿dónde los hallarías?

–Piden solamente –me dices– vivir en paz... Ciertamente. Sin embargo, están en guerra. En nombre de su permanencia, puesto que exigen durar contra todo lo que es posible y en lo cual podrían fundirse. El árbol también es guerra, en su simiente...

–Sin embargo, una vez adquirida, su alma puede durar. Una vez fundada su moral...

–¡Claro! Una vez concluida la historia de un pueblo, puede durar. Esa novia que has conocido ha muerto joven. Sonreía. Ya no envejecerá, bella y sonriente por la eternidad... Pero tu pueblo o bien conquista el mundo, o bien se empapa en los fermentos mismos de su destrucción. Es mortal al ser viviente.

»Pero tú deseas la duración de la imagen, como del recuerdo de la amada.

Pero vuelves a contradecirme:

–Si la forma que la regía se ha vuelto ahora tradición y religión y ritos aceptados, durará al transportar su código a través de las generaciones. Y solamente la conocerás dichosa, con esa luz en los ojos de sus hijos...

–Es cierto –le respondo–, cuando has hecho tus provisiones puedes vivir un tiempo de tu miel. Quien ha hecho la ascensión de la montaña puede vivir un tiempo del paisaje que es ascensión vencida. Recuerda las piedras escaladas. Pero el recuerdo muere

pronto. Entonces el paisaje mismo se vacía.

»Ciertamente tus fiestas te hacen rehacer la creación de tu ciudad o de su religión, pues son recuerdos de etapas y de esfuerzos y de sacrificios. Pero muere poco a poco su poder, pues te proporcionan un gusto caduco o inútil. Te crees tal necesariamente. Tu pueblo dichoso se hace sedentario y cesa de vivir. Si crees en el paisaje permaneces en él y pronto te aburres y cesas de ser.

»La esencia de tu religión es el acto de adquirir. Has creído que era un regalo. Pero pronto no sabes qué hacer con un regalo, y lo relegas al granero, una vez gastado el poder que era placer del regalo y objeto del cual disponer.

–¿No tengo pues esperanza de reposo?

–Allí donde sirven las provisiones. En la sola paz de la muerte, cuando Dios entroja el grano.

163

Pues hay estaciones de la vida que retornan para todos los hombres. Tus amigos se fatigan de ti necesariamente. Van a otras casas a quejarse de ti. Cuando se han distendido bien, vuelven, después de perdonarte, y te aman de nuevo, de nuevo prontos a arriesgar su vida por tu vida.

Pero si te enteras por un tercero, que viene inoportunamente a informarte de lo que no te estaba destinado, de lo que fue saciedad de ti y lo sitúa fuera de ti, rehusarás a aquellos que te aman, que retornan amándote de nuevo.

Desde luego, si no los hubieras amado una primera vez, estarías dichoso con esta conversión en tu favor, la hubieses solicitado tú mismo y les harías fiesta.

¿Y por qué no quieres tú que haya muchas estaciones en la vida del hombre, cuando, en la misma jornada, hay en ti muchas estaciones

frente de tus alimentos más aceptados, deseados, indiferentemente objetos de disgusto según el apetito?

Y no tengo el poder de emplear siempre el mismo paisaje.

164

Es tiempo, en efecto, de que te instruya sobre el hombre.

Hay en los mares del norte hielos flotantes que tienen el espesor de montañas; pero del macizo emerge solo una cresta minúscula en la luz del sol. El resto duerme. Así del hombre, del que has esclarecido solamente una parte miserable con la magia de tu lenguaje. Porque la sabiduría de los siglos ha forjado claves para apoderarse de él. Y conceptos para aclararlo. Y de tiempo en tiempo, llega aquel que lleva a tu conciencia una parte aún no formulada, con la ayuda de una clave nueva, la cual es una palabra, como «envidia», de la que te he hablado, y que expresa en conjunto una cierta red de relaciones que, si la refieres al deseo de la mujer, te aclararán la muerte por la sed, y muchas otras cosas. Y me aprisionas en mis diligencias, mientras que no hubieras sabido explicarme por qué la sed me atormenta más que la peste. Pero la palabra que obra no es la que se dirige a la débil parte esclarecida, sino que expresa la parte todavía oscura y que no tiene aún lenguaje. Y es por esto por lo que los pueblos van hacia donde el lenguaje del hombre enriquece la parte enunciable. Porque ignoras el objeto de tu inmenso afán de alimento. Pero yo te lo aporto y lo comes. Y el lógico habla de locura; porque su lógica de ayer no le permite comprender.

Mi muralla es el poder que organiza sus provisiones subterráneas y las trae a la conciencia. Porque tus necesidades son oscuras e incoherentes y contradictorias. Buscas la paz y la guerra, las reglas del juego para gozar del juego y la libertad para gozar de ti mismo. La opulencia para satisfacerte con ella y el sacrificio para hallarte

en él. La conquista de las provisiones para la conquista y el disfrute de las provisiones para las provisiones. La salud para claridad de tu espíritu y las victorias de la carne para el lujo de tu inteligencia y de tus sentidos. El fervor de tu hogar y el fervor en la evasión. La caridad en consideración a las heridas, y la herida del individuo en consideración al hombre. El amor construido en la fidelidad impuesta, y el descubrimiento del amor fuera de la fidelidad. La igualdad en la justicia, y la desigualdad en la ascensión. Pero a todas esas necesidades en desorden como la rocalla dispersa, ¿qué árbol fundarás capaz de absorberlas y ordenarlas, y de ti logre un hombre? ¿Qué basílica construirás que use esas piedras?

Mi muralla es la semilla antes que te la proponga. Y la forma del tronco y las ramas. Tanto más durable el árbol, pues organizará mejor los jugos de la tierra. Tanto más durable que tu imperio que absorberá mejor lo que de ti se propone. Y vanas son las murallas de piedra cuando son tan solo escamas de un muerto.

165

–Hallan las cosas –me decía mi padre– como los puercos hallan las trufas. Porque hay cosas por encontrar. Pero de nada te sirven; porque tú vives el sentido de las cosas.

»Mas no hallan el sentido de las cosas, pues no se halla, sino que se crea.

»Por esto te hablo.

–¿Qué contienen esos acontecimientos? –decían a mi padre.

–Contienen –respondía mi padre– el rostro que con ellos amaso.

Porque siempre olvidas el tiempo. Luego el tiempo durante el cual hayas creído en alguna falsa nueva te habrá determinado grandemente, pues será trabajo de semilla y crecimiento de ramas.

Y de pronto, aun cuando te hayas desengañado, habrás llegado a ser de otra manera. Y si te afirmo esto o aquello, descubrirás allí todos los signos, todas las recompensas, todas las pruebas. Así, con tu mujer, si te afirma que te engaña. La descubrirás coqueta, lo que es cierto. Y que sale a todas horas, lo que también es cierto, pero de lo que tú no te habías percatado. Si al punto reparo en mi mentira, queda siempre algo, porque era punto de vista para descubrir verdades que son.

Y si digo que los jorobados contagian la peste, te espantarás del número de jorobados. Pues no los habías notado. Y más largo tiempo me hayas creído, mejor los habrás despistado. Queda, a continuación, que conoces su número. Y es lo que yo quería.

166

–Yo –decía mi padre– soy responsable de todos los actos de todos los hombres.

–Sin embargo –le dijeron–, unos se conducen como cobardes y otros traicionan. ¿Dónde estaría tu falta?

–Si alguno se convierte en cobarde, soy yo. Y si alguno traiciona, soy yo que me traiciono a mí mismo.

–¿Cómo puedes traicionarte a ti mismo?

–Acepto una imagen de los acontecimientos según la cual ellos me hacen un flaco servicio –dijo mi padre–. Y soy responsable de esto porque la impongo. Y se transforma en verdad. Es, pues, la verdad de mi enemigo a la que sirvo.

–¿Y por qué serías cobarde?

–Llamo cobarde –respondió mi padre– a aquel que habiendo renunciado a moverse, se descubre desnudo. Cobarde aquel que dice: «El río me arrastra», pues de otra manera, teniendo músculos, nadaría.

Y mi padre resumió:

–Llamo cobarde y traidor a quien se queja de las faltas de los otros y de la fuerza de su enemigo.

Mas ninguno comprendía.

–Hay, sin embargo, evidencias de las que no somos responsables...

–¡No! –dijo mi padre.

Tomó a uno de sus convidados y lo empujó a la ventana:

–¿Qué forma dibuja aquella nube?

El otro observó largamente:

–Un león echado –murmuró por fin.

–Muéstralo a estos.

Y mi padre, habiendo dividido en dos partes la asamblea, empujó a los primeros a la ventana. Y todos vieron el león echado que les hizo reconocer el primer testigo trazándolo con el dedo.

Después mi padre los colocó a un lado y empujó a otro convidado hacia la ventana:

–¿Qué forma dibuja esa nube?

El otro observó largamente:

–Un rostro sonriente –dijo al fin.

–Muéstraselo a estos.

Y todos vieron el rostro sonriente que les hizo reconocer el segundo testigo trazándolo con el dedo.

Después mi padre apartó a la asamblea lejos de las ventanas.

–Esforzaos por poneros de acuerdo en la imagen que configura la nube –les dijo.

Mas se injuriaron sin provecho; el rostro sonriente era demasiado evidente para los unos y el león echado para los otros.

–Los acontecimientos –les dijo mi padre– carecen igualmente de forma. Tienen la que el creador les acordará. Y todas las formas son verdad.

–Lo comprendemos respecto a la nube –le objetaron–; pero en cuanto a la vida... Porque si se alza el alba del combate y tu ejército es despreciable en comparación con la potencia de tu adversario, no tienes poder para actuar sobre el resultado del combate.

–Ciertamente –dijo mi padre–. Como la nube se extiende en el espacio, los acontecimientos se extienden en el tiempo. Si quiero modelar mi rostro tengo necesidad de tiempo. No cambiaría nada de lo que esta tarde debe concluirse; pero el árbol de mañana saldrá de mi semilla. Y ella es hoy. Crear no es descubrir para tu victoria de hoy una astucia que el azar te hubiera ocultado. Quedaría sin mañana. Ni una droga que te enmascare la enfermedad; porque la causa subsistiría. Crear es volver la victoria o la curación tan necesarias como el crecimiento del árbol.

Pero aún no comprendían:

–La lógica de los acontecimientos...

Entonces fue cuando mi padre los insultó con cólera:

–¡Imbéciles! –les dijo–. ¡Ganado castrado! Historiadores, lógicos y críticos, sois el gusano de los muertos y jamás cogeréis nada de la vida.

Se volvió hacia el primer ministro:

–El rey, mi vecino, quiere declararos la guerra. Desde luego, no

estamos preparados. La creación no consiste en modelar en la jornada ejércitos que no existen. Lo que es infantil. Sino en modelar un rey, mi vecino, que tenga necesidad de nuestro amor.

–Pero no está en mí el poder modelarlo...

–Conozco una cantante –le respondió mi padre– en quien pensaría si me fatigo de ti. Nos cantó la otra tarde la desesperación de un pretendiente fiel y pobre que no osa confesar su amor. He visto llorar al general en jefe. A pesar de que es rico, revienta de orgullo y viola a las muchachas. Ella nos lo había cambiado en diez minutos en ese ángel de candor del que experimentaba todos los escrúpulos y todas las penas.

–No sé cantar –murmuró el primer ministro.

Porque si polemizas te forjas del hombre una idea simplista. Ese pueblo rodea a su rey. El rey lo conduce hacia un fin que juzgas indigno del hombre. Y polemizas contra el rey.

Pero muchos viven del rey, porque son de tu parecer. No han pensado al rey bajo esa luz, porque hay otras razones para amar o tolerar al rey. Y he aquí que los alzas contra sí mismos y contra el pan de sus hijos.

El tercio, pues, te seguirá con esfuerzo, renegando del rey, y conocerá una mala conciencia, porque había otras razones para amar o tolerar al rey; pues también era deber de esos alimentar a sus hijos y, entre dos deberes, no hay balanza que te ponga en paz. Así, pues, si quieres animar al hombre cuando se atasca en la duda y no sabe actuar, conviene liberarlo. Y liberarlo es expresarlo. Y expresarlo es descubrirle el lenguaje que sea piedra angular de sus aspiraciones contradictorias. Te detienes, en las contradicciones, esperando que pasen, y así mueres. O si aumentas esas contradicciones, se irá a acostar con disgusto.

Otro tercio no te seguirá. Pero lo obligas a justificarse a sus propios ojos; pues tus argumentos han surtido efecto. Y los obligas a construir argumentos igualmente sólidos y que arruinan los tuyos. Siempre hay, pues la razón va a donde quieres. El espíritu solo domina. Así, pues, ahora, que se ha definido, expresado y reforzado con un caparazón de pruebas, no podrás ya acogerte a él.

En cuanto al rey que meditaba débilmente alzar su pueblo contra ti, lo constriñes a actuar. Y he aquí que llama a los chantres, historiadores, lógicos, profesores, casuistas y comentadores de su imperio. Y se fabrica de ti una imagen bisoja, y esto es siempre posible. Y se demuestra tu bajeza, y esto es siempre posible. Y el tercer tercio que te había leído sin saber determinarse, el cual está lleno de buena voluntad, halla su fe en ese monumento de lógica que has obligado a construir. Y su bisojería lo impulsa a vomitar y se coloca cerca de su rey. Reconfortado por fin por ese puro rostro de una verdad.

Cuando precisabas luchar no contra, sino por. Pues el hombre no es simple como creías. Y el mismo rey es de tu opinión.

168

Dices: «Puedo emplear a aquel, que es mi partidario. Mas a este que se opone a mí, lo coloco por comodidad en el otro campo, y no pretendo obrar sobre él, salvo en la guerra».

Con lo que al decir esto, forjas y endureces a tu adversario.

Y yo digo que amigo o enemigo son palabras de tu fabricación. Y que, es cierto, especifican algo, como definirte lo que pasará si os encontráis en el campo de batalla; pero un hombre no está regido por una única palabra y conozco enemigos con los que estoy más unido que con mis amigos, otros que me son más útiles, otros que me respetan mejor. Y mis facultades de acción sobre el hombre no están ligadas a su posición verbal. Diré hasta que actúo mejor sobre mi enemigo que sobre mi amigo; porque aquel que marcha en la

misma dirección que yo me ofrece menos ocasión de encuentro y cambio que aquel que va contra mí, y no deja escapar ni un gesto mío, porque depende de él, ni una palabra.

Mas, ciertamente, no ejerceré un mismo género de acción sobre uno que sobre el otro; pues he recibido mi pasado en herencia y no tengo poder para cambiar nada en él. Y si ocupo esta comarca ornada de un río, y de una montaña, y me veo obligado a guerrear en ella, absurdo sería que deplorara la posición de la montaña o la dirección del río. Y de ningún conquistador sano de espíritu has recibido esas lamentaciones. Mas usaré del río como un río y de la montaña como de una montaña. Y quizá situada aquí, me servirá menos de lo que me hubiera servido situada en otra parte, lo mismo que el adversario, si es poderoso, te favorecerá, por cierto, menos que un aliado. Mas lo mismo sería lamentar no haber nacido en otra época, o como jefe de otro imperio, lo que es de la podredumbre del sueño. Pero siendo dado lo que es y de lo cual debo tener cuenta, que dispongan del mismo poder de acción sobre mi adversario que sobre mi amigo. Que esta acción sea, en un sentido, más o menos favorable, y en el otro, más o menos desfavorable. Pues si se trata de actuar sobre el fiel de una balanza, es decir, de manifestarte por una acción, o por una fuerza, equivalentes son las operaciones que consisten sea en levantar un peso del platillo de la derecha, sea en agregar un peso al platillo de la izquierda.

Pero tú partes de un punto de vista moral que nada tiene que hacer en tu aventura, y a aquel que te ha vejado, injuriado o traicionado, lo condenas y lo arrojas y lo obligas a vejarte, injuriarte o traicionar más gravemente mañana. Yo utilizo como traidor a aquel mismo que me ha traicionado; porque es pieza de un tablero de ajedrez, y determinado, y puedo apoyarme en él para concebir y organizar mi victoria. Porque mi conocimiento del adversario ¿no es ya un arma? Y de inmediato usaré mi victoria para colgarlo.

169

Si diriges a tu mujer este reproche:

–No estabas allí cuando te esperaba.

Ella responde:

–¡Cómo podía estar allí cuando me encontraba en casa de nuestra vecina!

Y es verdad que se hallaba en casa de tu vecina.

Si dices al médico:

–¿Por qué no estabas allá abajo, donde se intentaba revivir al niño ahogado...?

Te responde:

–¡Cómo podría haber estado allí cuando en otra parte cuidaba a ese viejo!

Y es verdad que cuidaba del viejo.

Si dices a alguno del imperio:

–¿Por qué no servías aquí al imperio?

Te responde:

–¿Cómo podría haber servido aquí al imperio cuando actuaba allá lejos...?

Y es verdad que actuaba allá lejos.

Pero sabe que si no ves subir el árbol a través de los actos de los hombres, es que no proviene de semilla; porque hubiera drenado en esta dirección necesaria la presencia de la mujer, el gesto del médico, el servicio del sirviente del templo. Y nació a través de ellos lo que pretendías hacer nacer. Porque para el hombre que forja de los clavos la religión de la forja de los clavos, el acto es el mismo para forjar uno u otro clavo. Pero puede suceder que se trate de clavos del navío. Y para ti, que retrocedes para ver mejor, es

nacimiento y no desorden.

Porque el ser no tiene ni habilidad ni desfallecimiento y puede ser desconocido por cada uno que de él participa, falto de lenguaje. Aparece en cada uno según su lenguaje particular.

El ser no falta en las ocasiones. Se alimenta, se construye, convierte. Cada uno puede ignorarlo puesto que conoce solamente la lógica de su etapa. (La mujer, el empleo del tiempo, no el deseo de hallarse en la casa.)

No hay desfallecimiento en sí. Pues todo acto es justificable. A la vez noble o no, según el punto de vista. Hay desfallecimiento en relación al ser o desfallecimiento del ser. Cada uno puede tener razones nobles para actuar en una cierta dirección. Nobles y lógicas. Y es que el ser no lo ha drenado suficientemente. Así, con aquel que en lugar de forjar clavos esculpe piedras. Traiciona el velero.

No iré a oírte las razones de tu comportamiento: careces de lenguaje.

O más exactamente: hay un lenguaje del príncipe, otro de sus arquitectos, otro de sus capataces, otro de sus vendedores de clavos, otro de sus obreros.

Porque pagas al hombre por su obra. Le pagas para que te esté reconocido no tanto por los servicios materiales, como del homenaje tributado a su mérito; puesto que no hay precio para su escultura o para el riesgo de su vida que pueda juzgar exagerado. La escultura vale porque la compras.

Y he aquí que con tu dinero no solamente has comprado la escultura, sino el alma del escultor.

Es sano que estimes loable lo que te hace vivir. Porque tal trabajo es el pan de los niños. Y no es tan bajo, puesto que se cambia en risas de niños. Así, aquel sirve al tirano, mas el tirano sirve a los niños. De este modo la confusión se introduce en el comportamiento del

hombre y no puedes juzgarlo claramente.

Puedes juzgar solo a aquel que traiciona al ser que hubiera podido drenar sus actos y hacerle escoger, entre pasos semejantes, el paso que era dirigido.

De este modo el hombre coloca una piedra sobre otra bajo el sol. Y su acto es tal. Pagado a tal precio. Costando tal fatiga. Y no ve en esto sino sacrificio con sentido para apilar las piedras. No tienes por qué reprocharles si no son piedras de un templo.

Has fundado el amor al templo para que sea drenado hacia el templo, el amor de las piedras empotradas.

Porque el ser tiende a alimentarse y a crecer.

Precisas ver muchos hombres para conocerlo. Y diversos. Así, con el navío a través de los clavos, los trapos y las tablas de un navío.

El ser no es accesible a la razón. Su sentido es ser, y tender. Se convierte en razón en la etapa de sus actos. Pero no en conjunto. Si no ningún niño subsistiría; porque es débil frente al mundo. Ni el cedro al desierto. El cedro nace en el desierto porque lo absorbe.

No apoyas tu comportamiento en la razón. Pones la razón a su servicio. No exiges de tu adversario que dé más pruebas de razón que tú. No es lógica sino tu obra realizada una vez extendida en el espacio y en el tiempo. Pero ¿por qué ese establecimiento es ese y no otro? ¿Por qué te ha guiado esa guía y no otra? No ha habido sino una acción al azar. Pero ¿cómo los azares, en lugar de dispersar el árbol en polvo, lo establecen contra la gravedad?

Das nacimiento a lo que consideras. Porque haces nacer al ser al definirlo. Y él busca alimentarse, perpetuarse y crecer. Trabaja en transformar en sí lo que le es ajeno. Admiras la riqueza del hombre. Y he aquí que se considera como tal y, mientras que antes no reparaba en ellas, se absorberá en el crecimiento de sus riquezas. Porque se convierten en significación de sí mismo. No desea cambiar al individuo en algo distinto a lo que es en el presente.

Pues sin duda poderosas razones, contra las cuales nada puedes, lo obligan a ser así y no de otro modo. Pero puedes cambiarlo; porque el hombre es de sustancia densa, es todo. Te toca a ti escoger de él lo que te gusta. Y trazar el dibujo para que parezca evidente a todos y a él mismo. Y habiéndolo visto lo aceptará, porque lo aceptaba también la víspera aunque sin pasión para apoyarlo. Y una vez transformado en él, al ser considerado y por haberse convertido en él, vivirá de la vida de los seres buscando perpetuarse y crecer.

Porque aquel da al dueño de esclavos una parte de su trabajo y le niega otra parte. Así es la vida, porque él hubiera podido, ciertamente, trabajar más o trabajar menos. Si quieres ahora que una parte devore a la otra, que el trabajo devore a la negativa del trabajo, dirás al hombre: «Tú que aceptas ese trabajo a pesar de la amargura, porque solamente en ese trabajo hallas tu dignidad y el ejercicio de tu creación, tienes razón, pues debes crear donde puedas. Y de nada sirve lamentar que el dueño no sea otro. Es, como es la época en que has nacido. O la montaña de tu país».

No has pretendido de él que trabajara más, ni has avivado su conflicto consigo mismo. Sino que le has ofrecido una verdad que ha conciliado sus dos partes en el ser que te interesaba. Andará, crecerá y el hombre irá hacia el trabajo.

O bien deseas ver cómo la parte que rechaza el trabajo devora la parte de trabajo. Y le dirás:

«Eres aquel que, a pesar del látigo y la extorsión del pan, otorga al trabajo solicitado la parte irreductible, falto de la cual morirías. Cuánto coraje en tu comportamiento. Y cuánta razón tienes, porque si quieres que el dueño sea vulnerable, no tienes otro medio que creerte vencedor por anticipado. Lo que no concedes en tu corazón está salvado. Y la lógica no gobierna las creaciones».

Y no has deseado que trabajara menos ni has avivado su litigio consigo mismo. Sino que le has ofrecido una verdad que ha concillado sus dos puntos de vista en el ser que te interesaba. Andará, crecerá y el hombre irá hacia la revuelta.

Por esto no tengo enemigos. En el enemigo considero al amigo. Y se convierte en él.

Tomo todos los pedazos. No tengo que cambiar los pedazos. Sino que los anudo en otro lenguaje. Y el mismo ser andará diferentemente.

Todo lo que me aportarás de tus materiales, lo diré verdadero. Y diré lamentable la imagen que componen. Y si mi imagen los absorbe mejor, y si va según mi deseo, serás mejor.

Por esto digo que tienes razón al construir tu muro alrededor de las fuentes. Pero he aquí otras fuentes que no están comprendidas por él. Y es de tu ser derribar tu muro para reconstruirlo. Mas lo reconstruyes sobre mí y me convierto en simiente en el interior de tus murallas.

170

Condeno tu vanidad, pero no tu orgullo; porque si danzas mejor que otra, ¿por qué te denigraría humillándote delante de quien baila mal? Hay una forma de orgullo que es amor por la danza bien danzada.

Pero el amor de la danza no es amor por ti que danzas. Extraes tu sentido de tu obra, no es la obra la que prevalece a ti. Y no la acabarás jamás, sino en la muerte. Solo la vanidosa se satisface, interrumpe su marcha para contemplarse y se absorbe en la adoración de sí misma. Nada tiene que recibir de ti, sino tus aplausos. Nosotros despreciamos tales apetitos, nosotros, eternos nómadas de la marcha hacia Dios, pues nada de nosotros puede satisfacernos.

La vanidosa ha hecho alto en sí misma, creyendo que se logra un

rostro antes de la hora de la muerte. Por esto no sabría recibir nada ni dar nada, precisamente a la manera de los muertos.

La humildad del corazón no exige que te humilles, sino que te abras.

Es la llave de las transmutaciones. Solamente entonces puedes dar y recibir. Y no sé distinguir lo uno de lo otro, esas dos palabras para un mismo camino. La humildad no es sumisión a los hombres, sino a Dios. Así, con la piedra sometida no a las piedras, sino al templo. Cuando sirves, sirves a la creación. La madre es humilde delante del niño y el jardinero delante de la rosa.

Yo, el rey, iría a someterme sin embarazo a la enseñanza del labrador. Porque sabe más que un rey sobre la labranza y sabiéndolo dispuesto a instruirme, se lo agradeceré sin creerme menguado. Pues es natural que la ciencia de la labranza vaya del labrador al rey. Pero, desdeñando toda vanidad, no solicitaré que me admire. Porque el juicio va del rey al labrador.

Has hallado en el curso de tu vida a aquella que se ha considerado un ídolo. ¿Qué recibía del amor? Todo hasta tu alegría al encontrarla se le transforma en homenaje. Y cuanto más costoso es el homenaje, más vale: le agradaría más tu desesperación.

Devora sin nutrirse. Se apodera de ti para quemarte en su honor. Es semejante a un horno crematorio. Se enriquece, en su avaricia, con vanas capturas creyendo que encontrará su alegría en ese apilamiento. Mas no apila sino cenizas. Porque el uso verdadero de tus dones era camino del uno al otro, y no captura.

Puesto que ve en esto un salario, se guardará concedértelo en retorno. Falta de ímpetus para colmar, su falsa reserva te pretenderá que la comunión dispensa de los signos. Es marca de impotencia para amar, no elevación del amor. El escultor, si desprecia la arcilla, modela el viento. Si tu amor desprecia los signos del amor, con el pretexto de alcanzar la esencia, es solo vocabulario. Te quiero deseos y presentes y testimonios. ¿Podrías amar el dominio si excluyeras de él sucesivamente, considerándolos

superfluos porque son demasiado particulares, el molino, el rebaño, la casa? ¿Cómo construir el amor que es rostro leído a través de la trama, si no hay trama sobre la cual inscribirlo?

Porque no hay catedral sin ceremonial de las piedras.

Y no hay amor sin ceremonial con vistas al amor.

No alcanzo la esencia del árbol si lentamente no ha amasado la tierra según el ceremonial de las raíces, del tronco y de las ramas. Que es uno. Tal árbol y no otro.

Pero aquella desdeña los cambios de los que nacería. Busca en el amor un objeto capturable. Y ese amor no tiene significado.

Cree que el amor es regalo que puede encerrar en sí. Si la amas, es porque te ha ganado. Te encierras en ella, creyendo enriquecerte. El amor no es tesoro por coger, sino obligación de una y otra parte. Sino fruto de un ceremonial aceptado. Sino rostro de los caminos de la transmutación.

Esa no nacerá jamás; porque solamente naces de una red de lazos. Permanecerá semilla abortada y con un poder sin empleo, seca de alma y de corazón. Envejecerá, fúnebre, en la vanidad de su captura.

Porque no puedes atribuirte nada. No eres un cofre. Eres el nudo de tu diversidad. Así con el templo, el cual es sentido de las piedras.

Apártate de ella. No tienes esperanza ni de embellecerla ni de enriquecerla. Tu diamante será transformado en cetro, corona y marca de dominación. Para admirar, aunque sea una alhaja, es preciso la humildad de corazón. Ella no admiraba: envidiaba. La admiración prepara el amor; mas la envidia prepara el desprecio. Despreciará, en nombre del que por fin detenta, todos los otros diamantes de la tierra. Y la habrás arrancado prematuramente del mundo.

La habrás arrancado de ti mismo, no siendo ese diamante camino de ti hacia ella, ni de ella hacia ti, sino tributo de tu esclavitud.

Es precisamente por esto por lo que cada homenaje la volverá más dura y más solitaria.

Dile:

«Ciertamente, me he apresurado por llegar a ti, en la alegría de encontrarte. Te he enviado mensajes. Te he colmado. Para mí, la dulzura del amor era esa opción a desearte en mí mismo. Te concedía derechos a fin de sentirme ligado. Tengo necesidad de raíces y de ramas. Me proponía para asistirte. Al igual que con el rosal que cultivo. Me someto al rosal. Nada de mi dignidad se ofende por los compromisos que contraigo. Y así me debo a mi amor.

»No tengo temor a comprometerme y he representado el papel de solicitante. He avanzado libremente; pues nadie en el mundo puede detenerme. Pero te engañabas acerca de mi llamada, porque has creído leer una dependencia en mi llamada: no dependía. Era generoso.

»Has contado mis pasos hacia ti, no nutriéndote de mi amor, sino del homenaje de mi amor. Has tenido desprecio por el significado de mi solicitud. Me apartaré, pues, de ti para honrar solamente a aquella que es humilde y que iluminará mi amor. Ayudaré a engrandecerse solamente a aquella que mi amor agrandará. Lo mismo que cuidaría al enfermo para curarlo, no para halagarlo: tengo necesidad de un camino, no de un muro.

»No pretendías el amor, sino un culto. Has bloqueado mi camino. Te has alzado en mi camino como un ídolo. Nada me importa este encuentro. Iba a otra parte.

»No soy un ídolo a quien se sirva, ni un esclavo que sirve. Repudiaré a quienquiera me reivindique. No soy un objeto dejado en prenda, y nadie tiene crédito sobre mí. Del mismo modo, sobre nadie tengo crédito: de la que amo, recibo perpetuamente.

»¿A quién, pues, me has comprado para reivindicar esta propiedad? No soy tu asno. Debo a Dios, quizá, permanecerte fiel. Pero no a ti».

Así con el imperio, cuando un soldado le debe la vida. No es crédito del imperio, sino crédito de Dios. Ordena que el hombre tenga un sentido. El sentido de ese hombre es ser soldado del imperio.

Así con los centinelas que me deben honores. Los exijo; pero nada retengo para mí mismo. A través de mí, los centinelas tienen deberes. Soy el nudo del deber de los centinelas.

Así, en el amor.

Pero si encuentro a aquella que enrojece y que balbucea, y que tiene necesidad de presentes para aprender a sonreír, pues significan para ella viento del mar y no captura, entonces me convertiré en camino para liberarla.

No iré a humillarme ni a humillarla en el amor. Seré alrededor de ella como el espacio, y en ella, como el tiempo. Le diré: «No te apresures a conocerme, nada hay en mí que puedas asir. Soy espacio y tiempo donde llegar a ser».

Si ella tiene necesidad de mí, como la semilla de la tierra para hacerse árbol, no la asfixiaré con mi suficiencia.

Tampoco la honraré por sí misma. La apresaré firmemente con las garras del amor. Mi amor será para ella águila de alas poderosas. Y no es a mí a quien descubrirá, sino, por mí, los valles, las montañas, las estrellas, los dioses.

No se trata de mí. Soy únicamente el que transporta. No se trata de ti: eres únicamente sendero hacia las praderas al despertarse el día. No se trata de nosotros: somos en conjunto pasaje para Dios que toma por un momento nuestra generación, y la gasta.

No es odio por la injusticia; porque es instante de pasaje y llega a ser justa.

No es odio por la desigualdad; porque es jerarquía visible o invisible.

No es odio por el desprecio de la vida; porque si te sometes a otro más grande que tú, el don de tu vida se transforma en cambio.

Sino odio por lo arbitrario permanente; porque arruina el sentido mismo de la vida, el cual es duración en el objeto mismo de tu cambio.

172

Leerás en el presente el ser en el cual te transformas. Lo enunciarás. Darás su sentido a los hombres y a los actos de los hombres. Nada exigirá de ellos en el presente, sino lo que dan y lo que daban ayer. No más coraje, ni menos coraje, ni más sacrificios, ni menos sacrificios. No se trata de predicarles, ni de marchitar no importa qué en ellos. Ni, en un principio, cambiar nada de ellos mismos. Se trata solamente de enunciarlos. Porque de sus mismos pedazos puedes construir alguna construcción que desees. Y desean ese enunciado, no sabiendo qué hacer con sus pedazos.

Pero eres dueño de quienesquiera enuncies. Porque gobiernas a aquel que buscaba su objeto cuando no ha hallado su camino o su solución. Pues el hombre está dominado por el espíritu.

Los consideras, no como un juez, sino como un dios que gobierna. Los sitúas y los haces transformarse. El resto se seguirá por sí mismo. Porque has fundado el ser. En adelante se nutrirá y cambiará en sí al resto del mundo.

173

Solamente había una barca perdida, a lo lejos, en la calma del mar. Hay, Señor, sin duda, otra escala desde la cual ese pescador allá lejos, en su barca, me parecerá llama de fervor o nudo de cólera, extrayendo de sus aguas el pan del amor por causa de la mujer y de los niños, o del salario de hambre, o bien se mostrará a mí el mal del que quizás muere y que lo llena y que lo quema.

¿Pequeñez del hombre? ¿En qué ves que sea pequeño? No tomas la medida del hombre con una cadena de agrimensor. Por el contrario, cuando entro en la barca es cuando todo se vuelve inmenso.

Te basta, Señor, para que me conozca, plantar en mí el ancla del dolor. Tiras de la cuerda y me despierto.

¿Sufre alguna injusticia el hombre de la barca? Nada difiere en el espectáculo. La misma barca. La misma calma sobre las aguas. El mismo ocio del día.

¿Qué podría recibir de los hombres si no me vuelvo humilde para ellos?

Señor, vuelve a atarme al árbol al que pertenezco. No tengo ya sentido si estoy solo. Que se apoyen sobre mí. Que me apoye sobre el otro. Que tus jerarquías me constriñan. Estoy aquí derrotado y provisorio.

Tengo necesidad de ser.

174

Te he hablado del panadero que te amasa la pasta del pan, y en tanto que esta cede, es que nada llega. Pero he aquí la hora en que la pasta se liga, como ellos dicen. Y a través de la masa informe las manos descubren líneas de fuerzas y tensiones y resistencias. Se desarrolla en la pasta del pan una musculatura de raíces. El pan se apodera de la pasta como un árbol de la tierra.

Rumias tus problemas y nada se muestra. Vas de una solución a otra, pues ninguna te satisface. Eres desdichado, falto de acción, porque solamente la marcha es exultante. Y he aquí que te hallas disgustado por estar disperso y dividido. Te vuelves a mí para que yo corte tus litigios. Y, en verdad, puedo suprimirlos escogiendo una solución frente a la otra. Si te vuelves cautivo de tu vencedor, me sería permitido decirte: si te hallas simplificado por la elección de una parte en contra de otra, ciertamente te hallas pronto para la acción; pero hallas la paz de un fanático, o de una termita o la paz de un cobarde. Pues el coraje no consiste en marchar golpeando a los portadores de otras verdades.

Tu sufrimiento, por cierto, te obliga a salir de las condiciones de tu sufrimiento. Mas es preciso aceptar tu sufrimiento para que te sientas empujado hacia tu ascensión. Así, con el simple sufrimiento causado por un miembro enfermo. Te obliga a cuidarte y a rehusar tu podredumbre.

Pero a aquel que sufre en sus miembros y se los amputa antes que acudir al remedio, no lo llamo valiente, sino loco o cobarde. No deseo amputar al hombre, sino curarlo.

Por esto, en la montaña desde donde dominaba la ciudad, dirigí a Dios esta plegaria:

«Están allí, Señor, solicitando de mí su significado. Aguardan su verdad en mí, Señor; pero aún no está forjada. Ilumíname. Me ocupo en amasar la pasta para que se manifiesten las raíces. Mas nada se liga todavía y conozco la mala conciencia de las noches en vela. Mas conozco también la ociosidad del fruto. Pues toda creación en un principio se empapa en el tiempo en que llegará a ser.

»Me traen, en desorden, sus deseos, sus aspiraciones, sus necesidades. Los apilan en mi bodega como si fueran materiales para crear un conjunto, a fin de que los absorba en el templo o en el navío.

»Mas no sacrificaría las necesidades de uno a las necesidades de los otros, la grandeza de unos a la grandeza de los otros. La paz de unos a la paz de los otros. Los sometería, mutuamente, los unos a

los otros, a fin de que se transformaran en templo o navío.

»Pues me ha parecido que someterse era recibir y colocar. Someto la piedra al templo y ella ya no permanece en desorden en la bodega. Y no hay clavo en el cual no sirva al navío.

»No oiría a la mayoría; porque no ve al navío que está por encima de ella. Si estuvieran en mayoría los forjadores de clavos, someterían a los aserradores de tablas a la verdad de los forjadores de clavos y no nacería el navío.

»No crearé la paz del hormiguero por una elección vacía, y verdugos, y prisiones, a pesar de que inmediatamente llegará la paz; porque creado por el hormiguero, el hombre sería para el hormiguero. Mas poco me importa perpetuar la especie si no transporta sus enseres. El vaso, ciertamente, es lo más urgente; pero el licor es lo que le da precio.

»Tampoco conciliaré. Pues conciliar es satisfacerse en la ignominia de una mezcla tibia donde se han concillado bebidas heladas y calientes. Quiero salvar a los hombres con su sabor. Pues todo lo que buscan es deseable, sus verdades son todas evidentes. A mí corresponde crear la imagen que los absorba. Porque la medida común a la verdad de los aserradores de tablas y a la verdad de los forjadores de clavos es el navío.

»Pero llegará la hora, Señor, en que tendrás piedad de mi desgarramiento, del que nada he rehusado. Porque intrigo para alcanzar la serenidad que esplende sobre los litigios absorbidos y no la paz del partidario, que se compone mitad de amor, mitad de odio.

»Cuando me indigno, Señor, es porque aún no he comprendido. Cuando aprisiono o ejecuto es que no sé aún abrir. Porque el que se fabrica una verdad frágil, como la de preferir la libertad a la sujeción, o la sujeción a la libertad, al faltarle el dominio de un lenguaje en el que las palabras se tiran de la lengua, aquel se siente bullir de cólera cuando se lo pretende contradecir. Si gritas fuerte, es que tu lenguaje es insuficiente y buscas cubrir las voces de los

otros. ¿Pero de qué, Señor, me indignaría, si he subido a tu montaña y he visto realizarse el trabajo a través de las palabras provisorias? Acogeré a quien me llegue. Comprenderé en su error a aquel que se agitará en contra de mí y le hablaré dulcemente a fin de que rectifique. Y nada de ese dolor será concesión, adulación o solicitud del sufragio, sino que pertenecerá a lo patético de su deseo, que yo leeré a través de él. Haciéndolo mío, pues también a él he absorbido. La cólera no ciega: nace de ser ciego. Te indignas contra aquella que muestra encono. Mas perdonas si al abrirte sus ropas ves un cáncer. ¿Por qué irritarte contra la desesperación?

»La paz que medito se gana a través del sufrimiento. Acepto la crueldad de las noches en vela, pues estoy en marcha hacia ti que eres enunciado, olvido de preguntas, y silencio. Soy árbol lento, pero soy árbol. Y gracias a ti drenaré los jugos de la tierra.

»¡Ah, bien he comprendido que el espíritu, Señor, domina la inteligencia! Porque la inteligencia examina los materiales, pero solamente el espíritu ve el navío. Y si he fundado el navío, me prestarán sus inteligencias para vestir, esculpir, endurecer, demostrar el rostro que haya creado.

»¿Por qué me rechazarían? Nada he aportado que les dañe; mas los he liberado, cada uno con su amor.

»¿Por qué el aserrador de tablas aserraría menos si la tabla es tabla para el navío?

»He aquí que los indiferentes mismos, que no habían tenido lugar, se convertirán en mar. Porque todo ser busca convertir y absorber en sí lo que está alrededor.

»¿Y quién prevería a los hombres si no saben asistir al navío? Pues los materiales no enseñan nada acerca de la diligencia. No han nacido si no han nacido en un ser. Pero es una vez reunidas cuando las piedras pueden actuar sobre el corazón del hombre por la plena mar del silencio. Cuando la tierra es avenada por la semilla del cedro, sé prever el comportamiento de la tierra. Y si he conocido el arquitecto y tales materiales de la bodega, conozco hacia qué se inclinan, y que abordarán islas lejanas».

Te deseo permanente y bien fundado. Te deseo fiel. Porque antes que nada, fiel es ser uno mismo. Nada debes esperar de la traición; pues tardarás mucho en anudar los nudos que te regirán, te animarán, suministrarán tu sentido y tu luz. Así, con las piedras del templo. No las desparramo en desorden, cada día, para tantear en procura de templos mejores. Si vendes tu dominio por otro quizá mejor en apariencia, pierdes algo de ti que no recobrarás nunca. ¿Y por qué te fastidias en tu casa nueva? Más cómoda, favoreciendo mejor lo que aspirabas en tu miseria de la otra. Tu pozo te fatigaba los brazos y soñabas con una fuente. He aquí tu fuente. Pero te faltan el canto de la polea y el agua extraída del vientre de la tierra que reverberaba una vez al sol.

Y no es porque no desee que escales la montaña y te eleves. Y que no te forme y no desee que adelantes cada hora. Mas otra cosa es la fuente con la que embelleces tu casa –y que es victoria de tus manos– a tu instalación en una cáscara de otros. Pues una cosa son los logros sucesivos en una misma dirección, como es la de enriquecer el templo, los cuales logros son crecimiento del árbol que se desarrolla según su genio, y otra tu mudanza de casa sin amor.

Desconfío de ti cuando cortas; porque arriesgas en ello tu bien más precioso, el cual no pertenece a las cosas, sino al sentido de las cosas.

Siempre he conocido tristes a los emigrados.

Te pido abrir tu espíritu, pues arriesgas ser víctima de las palabras. Tal ha hecho su sentido del viaje. Va de una escala a otra escala y no te digo que se empobrezca. Su continuidad es el viaje. Mas el otro ama su casa. Su continuidad es la casa. Y si se cambia cada día, no será jamás dichoso. Si te hablo del sedentario, no hablo de aquel que antes que nada ama su casa. Te hablo de aquel que ya no la ama ni la ve. Pues también tu casa es perpetua victoria, como bien

lo sabe tu mujer, que la reconstruye al despuntar el día.

Te instruiré, pues, sobre la traición. Porque eres nudo de relaciones y nada más. Y existes por tus lazos. Tus lazos existen por ti. El templo existe por cada una de sus piedras. Sacas esta: se desploma. Eres parte de un templo, de un dominio, de un imperio. Y son porque tú eres. Y no te corresponde juzgar como un juez venido de fuera, aquello a lo que perteneces. Cuando juzgas es a ti a quien juzgas. Es tu carga; pero es tu exaltación.

Pues desprecio a aquel que por haber pecado su hijo, denigra a su hijo. Su hijo es él. Importa que lo amoneste y lo condene –castigándose a sí mismo si lo ama– y le sane sus verdades; pero no que vaya a quejarse de casa en casa. Porque entonces se rompe su solidaridad con su hijo, no es ya un padre y gana ese reposo que consiste en ser menos y semeja al reposo de los muertos. Pobres he considerado siempre a aquellos que ya no sabían de qué eran solidarios. He observado siempre que se buscaba una religión, un grupo, un sentido, y que interrogaban para ser acogidos. Mas encontraban un fantasma de acogimiento. El único acogimiento verdadero es el de las raíces. Porque solicitas estar bien plantado, bien lleno de deberes y derechos, y responsable. Mas asumes un cargo de hombre en la vida como un cargo de albañil en una cantería, bajo el compromiso de un capataz de esclavos. He aquí que te vacías si te vuelves tránsfuga.

Me place el padre que habiendo pecado su hijo, se atribuye a sí el deshonor, se instala en el duelo y hace penitencia. Porque su hijo es él. Pero como está ligado a su hijo y regido por él, lo regirá. Pues no conozco camino que tenga solamente una dirección. Si rehúsas ser responsable de las derrotas, no lo serás de las victorias.

Si amas a aquella de la casa que es tu mujer y peca, no irás a mezclarte a la multitud para juzgarla. Ella te pertenece y te juzgarás primero, pues eres responsable de ella. ¿Tu país ha flaqueado? Exijo que te juzgues: eres parte de él.

Pues, en verdad, te llegarán testigos extranjeros delante de los cuales enrojecerás. Mas precisas algo con lo cual hacerte solidario.

¿Con aquellos que han escupido tu casa? Tenían razón, dirás. Quizá. Pero te quiero de tu casa. Te apartarás de aquellos que la escupen. No debes escupir tú también. Entrarás en tu casa para predicar: «Vergüenza –dirás–, ¿por qué soy tan feo en ti?». Porque si actúan sobre ti y te cubren de vergüenza y aceptas tu vergüenza, entonces puedes obrar sobre ellos y embellecerlos. Y es a ti a quien embelleces.

Tu negativa a escupir no es encubrimiento de faltas. Es repartir la falta para purgarla.

Aquellos que no se solidarizan y amotinan ellos mismos a los extranjeros: «Ved esa podredumbre, ella no me pertenece...». Mas nada hay con lo que sean solidarios. Te dirán que son solidarios con los hombres, o con la virtud o con Dios. Mas esas son palabras vacías, si no significan nudos de ligazones. Y Dios desciende hasta la casa para hacerse casa. Y para el humilde que enciende los cirios, Dios es deber de encender los cirios. Y para aquel que es solidario con los hombres, el hombre no es una simple palabra de su vocabulario; el hombre es aquello de lo que es responsable. Demasiado fácil evadirse y preferir Dios a encender los cirios. Pero no conozco al hombre, sino a los hombres. La libertad, sino hombres libres. La dicha, sino hombres dichosos. La belleza, sino cosas bellas. Dios, sino el fervor de los cirios. Y aquellos que persiguen la esencia de otra manera que como nacimiento muestran su vanidad y el vacío de su corazón. Y no vivirán ni morirán; pues no se muere ni se vive por palabras.

Así, pues, el que juzga y no es ya solidario con nada juzga para sí. Das en el blanco de su vanidad como en un muro. Pues se trata de su imagen, no de su amor. No se trata de él como ligazón, sino como objeto mirado. Y esto no tiene sentido.

Así, pues, si te avergüenzan los de tu casa, de tu dominio, de tu imperio, me pretenderás falsamente que te proclamas puro para purificarlos, puesto que eres parte de ellos. Mas ya no eres de ellos delante de los testigos, solamente te rehabilitas tú. Pues, se te dirá con razón: «Si son como tú, ¿por qué no están contigo aquí, escupiendo...?». Los hundes nuevamente en su vergüenza y te nutres de su miseria.

Ciertamente, tal puede estar indignado por la bajeza, los vicios, la vergüenza de su casa, de su dominio, de su imperio, y evadirse para buscar el honor. Y es signo, puesto que es, del honor de los suyos. Lo delega algo viviente en el honor de los suyos. Es signo de que otros tientan subir a la luz. Mas he aquí una obra muy peligrosa; pues precisa más virtud que delante de la muerte. Hallará esos testigos prontos a decirle: «¡Tú eres de esa podredumbre!». Y si se considera, responderá: «Sí, pero he salido de ella». Y los jueces dirán: «¡Los que son limpios salen! Los que quedan son podredumbre». Y te ensalzarán pero solo a ti. Y no a los tuyos en ti. Harás tu gloria de la gloria de los otros. Pero estarás solo, como el vanidoso o como la muerte.

Detienes, si partes, un peligroso mensaje. Porque eres signo de su honor puesto que sufrías. He aquí que los distingues de ti.

Solamente puedes esperar ser fiel con el sacrificio de la vanidad de tu imagen. Dirás: «Pienso como ellos, sin distinguir». Y se te despreciará.

Pero poco te importará ese desprecio; pues eres parte de ese cuerpo. Y actuarás sobre ese cuerpo. Y lo cargarás con tu propia inclinación. Y recibirás tu honor de su honor. Pues nada más hay que esperar.

Si te avergüenzas con razón, no te muestres. No hables. Roe tu vergüenza. Es excelente esta indigestión que te obligará a rehacerte en tu casa. Pues ella depende de ti. Pero aquel tiene los miembros enfermos: se corta pues los cuatro miembros. Es un loco. Puedes morir para hacer respetar a los tuyos en ti; pero no renegar de ellos, pues en primer lugar es de ti de quien reniegas.

Bueno y malo es tu árbol. No te gustan todos los frutos. Pero los hay bellos. Demasiado fácil alabarte por los bellos y renegar de los otros. Pues son aspectos diversos de un mismo árbol. Demasiado fácil escoger las ramas. Y renegar de las otras ramas. Enorgullécete de lo que es bello. Y si lo malo no arrastra, cállate. A ti corresponde entrar en el tronco y decir: «¿Qué debo hacer para curar este tronco?».

A aquel que emigra en el corazón, el pueblo reniega de él y él mismo renegará de su pueblo. Es así necesariamente. Has aceptado otros jueces. Es, pues, bueno que te conviertas en uno de los suyos. Pero como no son de tu tierra, morirás.

Es tu esencia la que hace el mal. Tu error es distinguir. Nada hay que puedas rehusar. Estás mal aquí. Pero esto te pertenece.

Reniego del que reniega de su mujer, o de su ciudad, o de su país. ¿Estás descontento de ellos? Formas parte de ellos. Eres entre ellos lo que tiende hacia el bien. Debes arrastrar al resto. No lo juzgues desde el exterior.

Pues hay dos juicios. Aquel que haces de ti, de tu parte, como juez. Y sobre ti.

Porque no se trata de construir un hormiguero. Reniegas de una casa, reniegas de todas. Si reniegas de una mujer, reniegas del amor. Abandonarás a esa mujer, mas no hallarás el amor.

176

«Sin embargo –me dices–, me voceas contra los objetos pero hay objetos que me aumentan. Y contra el gusto de los honores. Y hay honores que me engrandecen. ¿Y dónde está el secreto puesto que hay honores que me disminuyen?»

Es que no hay objetos, ni honores, ni prebendas. Valen por la luminosidad de tu civilización. Forman, en primer lugar, parte de otra estructura. Y la enriquecen. Y si sucede que sirves a la misma, te enriqueces al ser más. Así, con el equipo, si es un equipo verdadero. Uno de los del equipo ha logrado un premio y cada uno del equipo se siente enriquecido en su corazón. Y aquel que ha logrado el premio se enorgullece por el equipo, y se presenta ruborizándose con el premio bajo el brazo; pero si no existe un equipo, sino una suma de miembros, el premio significará algo

solamente para el que lo recibe. Y despreciará a los otros por no haberlo obtenido. Y cada uno de los otros envidiará y odiará al que ha recibido el premio. Pues cada uno ha sido frustrado. De este modo, los mismos premios son objetos de ennoblecimiento para los primeros, de envilecimiento para los segundos. Pues te favorece solo aquello que funda los caminos de tus cambios.

Así sucede con mis jóvenes tenientes que sueñan morir por el imperio, si los asciendo a capitanes. Míralos en la gloria, ¿en qué ves que se disminuyan? Los he vuelto más eficaces, más sacrificados. Y al ennoblecerlos, ennoblezco algo más grande que ellos. Así, con el comandante que servirá mejor el navío. Y el día que lo he nombrado se embriaga y embriaga a sus capitanes. Así, con la mujer dichosa de ser bella a causa de que ella ilumina. Un diamante la embellece. Y embellece el amor.

Tal ama su casa. Es humilde. Pero ha penado y velado por ella. Falta sin embargo alguna alfombra de lana alta o el jarro de plata que pertenece al té junto a la amada antes del amor. Y he aquí que una tarde, habiendo penado, velado y sufrido, ha entrado en casa del comerciante y ha escogido la más bella alfombra, el jarro más bello, como se escoge el objeto de un culto. Y he aquí que retorna rojo de orgullo pues habitará esa noche una verdadera casa. E invita a todos sus amigos a beber para festejar el jarro. Y habla en el curso del banquete, él, el tímido, y todo en ello me conmueve, pues el hombre, ciertamente, se ha engrandecido y se sacrificará aún más a la casa, pues ella es ahora más bella.

Pero si no existe un imperio al que sirvas, si el homenaje o el objeto o el honor es para ti, entonces es como si se los arrojara en un pozo vacío. Pues engulles. Y hete aquí cada vez más ávido de ser cada vez menos saciado y abrevado. Y no comprendes la amargura que te sobreviene por la noche por el vacío de las cosas que tanto has deseado. Vanidad de los bienes, dices, ¡vanidad!...

Y quienquiera grite de tal modo, es que ha buscado servirse a sí. Y, por cierto, no se ha hallado.

Pues te hablaré y recibirás de mí un signo. Te devolveré tus dioses. Algunos han creído en los ángeles, en los demonios, en los genios. Y bastaba que fuesen concebidos para actuar. Lo mismo que, desde el momento en que la has formulado, la caridad comienza a colonizar el corazón de los hombres. Tenías la fuente. No solamente esta piedra del brocal gastada por las generaciones, no solamente el agua cantante, no solamente la provisión ya amasada en la cisterna como los frutos en la canasta (y tus bueyes van al abrevadero a llenarse de agua ya recibida), no solamente el agua y el canto del agua y el silencio de la reserva de agua y la frescura del agua ágil en tus palmas, y no solamente la noche sobre el agua temblorosa de estrellas –y dulce en la garganta–, sino algún dios de la fuente que yo te devolveré para que la fuente sea una en él y, al distribuirla en esta piedra y en esta otra, en este brocal, y en esta conducción, y en esta zanja, y en esta procesión lenta de los bueyes, no la pierdas en materiales diversos. Pues importa que te regocijes de las fuentes.

Y yo poblaré la noche. Basta que te despierte, aun cuando esté lejos. ¿Y en qué soy menos razonable que cuando te ofrezco el diamante puro o el objeto de oro, que no valen por su uso, sino por la fiesta prometida o por el recuerdo de la fiesta? Lo mismo que el señor del dominio (el cual no le sirve de nada en el instante) se pasea por su camino en hondonada, en la campiña, y es, sin embargo, él, y no otro, y es grande de corazón a causa de los rebaños y de los establos y de los colonos todavía dormidos y de los almendros que dan sus flores, y de las abundantes cosechas por venir, y todas estas cosas le permanecen invisibles en el instante; pero se siente responsable. Y eso por el solo efecto del nudo divino que anuda las cosas y liga el dominio en un dios que se ríe de los muros y los mares. Así, pues, te deseo en tu noche, visitado por el dios de las fuentes aunque te estés muriendo de sed en el desierto, o extrayendo la sangre de tu vida al sacar la arena de un pozo avaro. Y si te digo que simplemente son como el corazón cantante de los manzanos y de los naranjos y de los almendros que viven de ellas (y los ves morir cuando cesan), entonces te quiero enriquecido como aquel de mis soldados que veo calmo y seguro de él en el amanecer del desierto,

donde voy acarreando esas semillas para la siembra, y eso simplemente porque a lo lejos, no sirviéndole de nada en el instante, y como muerta pues está ausente y quizá dormida, hay una amada cuya voz, si le fuera permitido escucharla, sería cantante para su corazón.

No quiero matar tus débiles dioses que morirían sin ruido como esas palomas de las que no encuentras los despojos. Pues nada sabrás de su muerte. Siempre serán el brocal y el agua y el ruido del agua, y el balde de estaño, y el mosaico, y tú, que nombras para conocer, no conocerás lo que has perdido, pues nada has perdido de la suma de los materiales, excepto su vida.

La prueba consiste en que puedo aportarte esa palabra en mi poema, como un regalo. Puedo aliarla a otros dioses lentamente construidos. Pues tu poblado también se hace uno cuando duerme con su provisión de rastrojo y sus granos y sus instrumentos, y su pequeño cargamento de aspiraciones, de rivalidades, de cóleras, de piedades, y tal vieja que va a morir como un fruto realizado, que abandona el árbol del que vivía, y tal niño que va a nacerle, y el crimen que fue cometido en él y turba su sustancia como una enfermedad, y su incendio del año último del cual te recuerdas por haberlo curado, y la casa del consejo de los notables que están tan orgullosos de conducir su poblado a través del tiempo como un navío, aunque solo sea barca de pescadores sin un gran destino bajo las estrellas. Y he aquí que puedo decirte: «... la fuente de tu ciudad» y así despertarte el corazón y poco a poco enseñarte esa marcha hacia Dios, que solo puede satisfacerte, pues de signo en signo lo alcanzarás; Él, que se liga a través de la trama; Él, el sentido del libro del cual digo las palabras; Él, la Sabiduría; Él, el que Es; Él, del cual todo recibo en retorno, pues de etapa en etapa te anuda los materiales a fin de extraer su significado; Él, el Dios que es Dios también de los poblados y de las fuentes.

Mi pueblo amado, has perdido tu miel, que es, no de las cosas, sino del sentido de las cosas, y si experimentas todavía la prisa de vivir, ya no encuentras el camino. He conocido a aquel que era jardinero, y al morir dejaba un jardín inculto. Me decía: «¿Quién podará mis árboles..., quién sembrará mis flores...?». Pedía unos días para construir su jardín, pues poseía las semillas de las flores, bien

seleccionadas, en su reserva de semillas, y los instrumentos para abrir la tierra, en el almacén, y el cuchillo para remozar los árboles pendido a su cintura; pero solo eran objetos dispersos que no tenían sentido de un culto. Y tú lo mismo, con tus provisiones. Con tu rastrojo, con tus semillas, y tus envidias y tus piedades y tus disputas, y tus viejas próximas a morir, y tu brocal del pozo, y tu mosaico, y tu agua cantarina que no has sabido fundir todavía, por el milagro del nudo divino que anuda las cosas y sacia el espíritu y el corazón, en un poblado y su fuente.

178

Al no escucharlos, los oía. Los unos sabios, los otros ignorantes. Y aquellas que hacían el mal por el mal. Pues no hallaban otra alegría que el calor de su rostro y algún sentimiento oscuro semejante al movimiento de la pantera que lanza su pata azul para maravillar.

Veía ahí algo semejante al fuego del volcán, el cual es potencia sin empleo ni regla. Pero el mismo fuego construye un sol. Y el sol, la flor. Como, de consecuencia en consecuencia, tu sonrisa de la mañana o tu movimiento hacia la amada, es el significado de todo. Pues te basta un polo para reunirte, y desde entonces comienzas a ser.

Pero aquellas solamente son quemazón...

Y bien lo ves en el árbol, que es sueño aparente y medida y lentitud, y perfume extendido alrededor como un reino, y que puede servir de alimento para la pólvora, o el incendio, dilapidando para siempre su poder. Así, de ti y de tus cóleras contenidas, y de tus celos, y de tus astucias y de ese calor de los sentidos que te torna tan difícil la noche cerrada, quiero hacer un árbol pacífico. No por amputación, pues lo mismo que la simiente salva en el árbol un sol que iría a fundir el hielo y a pudrirse con él, la simiente espiritual te construirá en tu propia semilla, no rehusando nada de ti, no amputándote, no castrándote, sino fundando tus mil caracteres en su unidad.

Por esto no te diré: «Ven a mi casa para hacerte recortar, reducir, o modelar», sino «Ven a mi casa para parirte a ti mismo». Tú me sometes tus materiales en desorden y te los torno transformados en uno. No soy yo quien marcha en ti. Eres tú quien marcha. Nada soy, sino tu común medida. Así pues, aquella funda y medita el mal. A causa de que te inclina al mal la crueldad de las noches cálidas, cuando te vuelves y revuelves sin realizarte, toda quebrada y abandonada y deshecha. Mal centinela de la ciudad desmantelada. Y la veo bien, no sabiendo qué hacer con sus materiales dispersos. Y ella llama al cantor, y él canta. «¡No! –dice–, ¡que se marche!» Y llama a otro, después a otro. Y los desgasta. Después se alza con fatiga y despierta a la amiga: «¡Irreparable es mi tedio! Los cantos no pueden distraerme...».

Después, lo mismo con el amor, y aquel, y aquel, y aquel..., los apila uno tras otro. Pues busca su unidad, ¿y cómo podría hallarla? No se trata de un objeto perdido entre los objetos. Pero llegaré en el silencio. Seré costura invisible. Nada cambiaré de los materiales, ni siquiera su lugar; mas les daré un significado, amante invisible que hace llegar a ser.

179

Instrumento de música sin músico que te maravillas de los sonidos que produces. He visto al niño regocijarse al rasguear las cuerdas y reírse del poder de sus manos. Mas los sonidos nada me importan, quiero verte transportado a mí. Pero nada tienes que transportar, pues no eres, habiendo descuidado realizarte. Y vas tañendo al azar tus cuerdas a la espera de un son más extraño que otro. Pues te atormenta la esperanza de encontrar la obra en tu camino (como si se tratara de un fruto por hallar fuera de ti) y de traer, en cautividad, tu poema.

Pero yo te quiero semilla bien fundada que drena alrededor para su poema. Te quiero un alma construida y ya pronta para el amor; y no buscando, en el viento de la tarde, algún rostro que te capture; pues nada hay en ti que pueda capturar.

Así celebras el amor.

Así celebras la justicia. No las cosas justas. Y, cómodamente, te volverás injusto en las ocasiones particulares, para servirla.

Celebrarás la piedad; pero cómodamente te harás cruel en las ocasiones particulares, para servirla.

Celebrarás la libertad y pondrás en prisión a los que no cantan como tú.

Así pues, conozco hombres justos, no la justicia. Hombres libres, no la libertad. Hombres animados por el amor, y no el amor. Lo mismo que no conozco ni la belleza ni la dicha, sino hombres dichosos y cosas bellas.

Pero primero ha sido preciso obrar, y construir y aprender, y crear. Inmediatamente llegan las recompensas.

Mas ellos, habitantes de lechos ostentosos, estiman simple alcanzar la esencia sin construir antes la diversidad. Así el fumador de hachís que se procura por algunas monedas embriagueces de creador.

Semejan a las prostitutas abiertas al viento. ¿Quién les servirá jamás el amor?

180

Despreciando la opulencia ventruda, no la tolero sino como condición de algo más alto que ella, como ocurre en la grosería maloliente de los poceros, que es condición del lustre de la ciudad. Habiendo aprendido que no hay nada contrario y que la perfección es la muerte. Tolero de esa suerte a los malos escultores como condición de los buenos escultores, al mal gusto como condición del buen gusto, la sujeción interior como condición de la libertad, y la opulencia ventruda como condición de una elevación que de ningún modo es de ella ni para ella, sino solo de aquellos y para aquellos a quienes alimenta. Porque si, pagando para esculpir las esculturas,

ella asume el papel de depósito necesario de donde el buen poeta sacará el grano de que ha de vivir, el cual grano ha sido saqueado del trabajo del labrador pues no recibe en cambio más que un poema del que se burla, o una escultura que por lo general ni siquiera le es mostrada, y que así, por falta de saqueadores no podrán sobrevivir los escultores, poco me importa que el depósito tenga un nombre de hombre. Él es nada más que vehículo, vía y pasaje.

Y si tú le reprochas al depósito de grano ser en su lugar depósito del poema y de la escultura y del palacio, y frustrar de esta manera el oído o la mirada del pueblo, te responderé ante todo que por el contrario la vanidad del opulento de vientre lo inclinará a hacer ostentación de sus maravillas, como lo es evidentemente en el caso del palacio, puesto que una civilización no descansa sobre el uso de los objetos creados, sino sobre el calor de la creación, como ocurre, ya te lo he dicho, con esos imperios que resplandecen con el arte de la danza, aunque ni el opulento de vientre en sus vitrinas ni el pueblo en sus museos encierren la danza danzada porque de esto no hay provisión.

Y si tú le reprochas al opulento de vientre ser diez veces contra una de gusto vulgar y favorecer a los poetas del claro de luna o a los escultores del parecido, te responderé que poco me importa, porque si deseo la flor del árbol, debo aceptar el árbol entero, y asimismo el esfuerzo de diez mil malos escultores para la aparición de uno solo que cuenta. Exijo, pues, diez mil almacenes de mal gusto contra uno solo que sepa discernir.

Mas, por cierto, si no hay nada contrario, y si el mar es condición del navío, hay no obstante navíos que son devorados por el mar. Y puede haber opulentos de vientre que sean otra cosa que vehículo, vía y acarreo, por tanto condición, y devoran al pueblo por el solo placer de su digestión. No hace falta que el mar devore al navío, que la fuerza devore la libertad, que el mal escultor devore al buen escultor, y que el opulento de vientre devore al imperio.

Me pedirás aquí que te descubra con mi lógica un sistema que me salve del peligro. No lo hay. No preguntas cómo gobernar las piedras para que se junten en catedral. La catedral no es de su especie. Es del arquitecto que ha entregado su semilla, la que atrae

hacia sí las piedras. Es preciso que yo sea y con mi poema funde la pendiente hacia Dios, entonces ha de atraer hacia sí el fervor del pueblo, y las semillas del almacén, y los pasos del opulento de vientre, para su gloria.

No creas que me interesa el salvamento del almacén a causa de que lleva un nombre. No evito por sí mismo el mal olor del pocero. El pocero no es más que vía, vehículo y acarreo. No creas que me interesa la aversión de los materiales contra cualquier cosa que se distinga de ellos. Mi pueblo no es más que vía, vehículo y acarreo. Desdeñoso de la música así como de la lisonja de los primeros, del odio como de los aplausos de los segundos, y solo sirviendo a Dios a través de ello, desde la ladera de la montaña donde heme aquí más solitario que el jabalí de las cavernas, y más inmóvil que el árbol simplemente, al correr del tiempo, cambia la rocalla en puñados de flores con semillas que entrega al viento –y de esta suerte vuela hecho luz el humus ciego–, situándome fuera de los falsos litigios en mi irreparable destierro, no estando ni con los unos contra los otros, ni con los segundos contra los primeros, dominando los clanes, los partidos, las facciones, luchando por el árbol solo contra los elementos del árbol, y por los elementos del árbol en nombre del árbol, ¿quién protestará contra mí?

181

Se me planteó el litigio de que yo no podía conducir mi pueblo a la luz de las verdades, sino a través de actos, no mediante palabras. Porque la vida importa construirla como un templo a fin de que muestre un rostro. ¿Y qué harías con días todos iguales como piedras bien alineadas? Pero dices, cuando eres ya viejo: «He deseado la fiesta de mis padres, he enseñado a mis hijos, después les he dado esposas, después a algunos, que Dios volvió a llevarse una vez edificados –pues obra de tal manera por su gloria–, los enterré piadosamente».

Porque sucede contigo lo que con el grano maravilloso que la tierra eleva al rango de cántico y ofrece al sol. Luego ese trigo tú lo elevas

al rango de luz en la mirada de la amada que te sonríe, después ella te forma las palabras de la plegaria. Y yo, si siembro semillas, ya es como una plegaria recitada en la noche. Y soy aquel que marcha lentamente, esparciendo el trigo bajo las estrellas, y no puedo medir mi papel si permanezco demasiado miope. De la semilla saldrá la espiga, la espiga se transformará en carne del hombre, y del hombre saldrá el templo para gloria de Dios. Y podré decir de ese trigo que tiene el poder de juntar las piedras.

Para que la tierra se haga basílica basta una semilla alada a merced de los vientos.

182

Trazaré mi surco, sin comprender en el primer momento. Simplemente iré... Yo soy del imperio y él de mí, sin saber diferenciarme. No teniendo nada que esperar de cuanto yo no haya primeramente fundado, padre de mis hijos que lo son de mí. Ni generoso, ni avaro, ni sacrificándome ni solicitando sacrificios, pues si muero junto a las murallas no me sacrifico por la ciudad, sino por mí, que soy de la ciudad. Y ciertamente, de aquello de que vivo, muero. Pero tú buscas como un objeto en venta las grandes alegrías que te fueron dadas en el primer momento como recompensa. Así la ciudad en el corazón de las arenas volvíase para ti flor púrpura, rica de carne, y tú la palpabas sin cansarte de regocijarte con ella. Deambulo a lo ancho de sus graderías encontrando placer en los grandes derribos de legumbres de color, en las pirámides de mandarinas instaladas a modo de capiteles en la provincia de su olor, y por encima de todo en las especias que tienen poder de diamante, pues una sola pizca de esa pimienta dulce, traída para ti de comarcas lejanas en procesión de veleros bajo su corneta, instala en ti nuevamente la sal del mar y el alquitrán de los puertos y el olor de las correas de cuero que, en la aridez interminable, cuando estabas en marcha hacia el milagro del mar, embalsamaron tus caravanas. Digo, por tanto, que lo patético del mercado de especias lo creaste tú con los callos, los arañazos, las tumefacciones y los adobos de tu propia carne.

Pero ¿qué vendrías a buscar aquí? ¿No se trata ya, como se queman reservas de aceite, de hacer cantar victorias todavía?

¡Ah, haber gustado una vez el agua del pozo de El-Ksour! Me basta por cierto el ceremonial de una fiesta para que una fuente sea para mí cántico...

Iré de esta manera. Comenzaré sin fervor, pero haciendo del granero la escala de los granos, no sé distinguir el entrojamiento del consumo del trigo entrojado. Quise sentarme y gustar de la paz. Mas he aquí que no hay paz. He aquí que reconozco que se equivocaron los que querían instalarme sobre mis victorias pasadas, imaginando que se puede encerrar y guardar una victoria, siendo que ocurre como con el viento, que si lo guardas, ya no es.

¡Loco aquel que encerraba el agua en su urna, porque amaba el canto de las fuentes!

¡Ah, Señor! Me hago camino y vehículo. Voy y vengo. Hago mi tarea de asno o de caballo, con mi obstinada paciencia. No conozco sino la tierra que remuevo y, en mi mandil anudado, el chorrear sobre mis dedos de los granos de las simientes. A Ti el inventar la primavera y desarrollar las cosechas conforme a tu gloria.

Así, pues, marcho contra la corriente. Me inflijo esos tristes pasos de ronda que son del centinela propenso a dormir, cuando apenas sueña con la sopa, para que el dios de los centinelas se diga una vez por año: «¡Cuán bella es esta morada..., cuán fiel..., cuán austera en su vigilancia!». Te recompensaré por tus mil pasos de ronda. Vendré a visitarte. Y serán mis brazos los que llevarán las armas. Pero como prestados y mezclados a los tuyos. Y sentirás que tú cubres el imperio. Y serán mis ojos los que harán el recuento, desde lo alto de las murallas, del esplendor de la ciudad. Y tú y yo y ciudad no formaremos más que una sola cosa. Entonces el amor será para ti como una quemadura. Y si el fulgor del incendio promete ser bastante hermoso como para pagar la madera de tu vida que leño a leño has apilado, te permitiré morir.

El grano podría contemplarse y decirse: «¡Cuán bello soy y potente y vigoroso! Soy cedro. Mejor aún, soy cedro en su esencia».

Pero yo, yo digo que él no es nada todavía. Es vehículo, vía y pasaje. Es operador. ¡Que me haga su operación! Que conduzca lentamente la tierra hacia el árbol. Que instale el cedro para gloria de Dios. Entonces lo juzgaré por su ramaje.

Pero lo mismo se consideran ellos. «Yo soy tal o cual.» Se creen provisión de maravillas. Hay en ellos una puerta sobre tesoros muy bien compuestos. Basta descubrirla a tientas. Y te abastecen al azar de sus eructos en poemas. Pero tú les oyes eructar sin conmoverte.

Así el hechicero de la tribu negra. Junta al azar y con visos de entendido un material íntegro de hierbas, de ingredientes y de órganos raros. Te lo remueve todo en su gran sopera, en noche sin luna. Pronuncia palabras y palabras y palabras. Espera que de su cocina emane un poder invisible que derribará tu armada, la que está en marcha hacia su guarida. Pero nada se manifiesta. Y él recomienza. Y cambia las palabras. Y cambia las hierbas. Y, ciertamente, no se engañaba en la ambición de su deseo. Porque yo he visto la pasta de madera mezclada con negruzco licor derrocar los imperios. Se trataba de mi carta que decidía la guerra. He conocido la sopera de la que salía la victoria. En ella se amasaba la pólvora. He oído el débil temblor del aire, brotado de un simple pecho, abrasar a mi pueblo, poco a poco, a la manera de un incendio. Alguno predicaba la revuelta. He conocido también piedras convenientemente dispuestas que abrían una nave de silencio.

Pero nunca he visto salir nada de los materiales de azar si no encontraban en algún espíritu de hombre su medida común. Y si el poema puede conmoverme, ningún conjunto de caracteres salido del desorden de un juego de niños me ha arrancado nunca lágrimas. Porque nada es la simiente no expresada que pretende hacer admirar el árbol en cuya ascensión no se ha empleado.

Ciertamente, tú aspiras a Dios. Pero de lo que puedes llegar a ser no deduzcas de ningún modo lo que eres. Tus eructos no entusiasman a

nadie. Cuando arde el mediodía, la semilla, aun siendo de cedro, no me vierte sombra.

Los tiempos crueles despiertan al arcángel adormecido. ¡Que rasgue sus pañales e irrumpa ante nuestras miradas! Que absorba y vuelva a anudar las lenguas mínimas y sutiles. Que nos arranque un verdadero grito. Grito hacia la ausencia. Grito de odio contra la jauría. Grito por el pan. Que llene de significado al labriego, a la cosecha, o al viento que se mete profundamente en el trigo como una mano, o al amor, o a cualquier cosa que se temple primero en la tardanza.

Mas tú te marchas, pillastre, al barrio reservado de la ciudad para buscar que el amor resuene sobre ti por medio de juegos complicados, cuando la función del amor es que resuene sobre ti, en tu hombro, la mano simple de la simple esposa.

Ciertamente, es magia y es función del ceremonial conducirte hacia capturas que no corresponden a la esencia de las trampas, como esa quemadura en el corazón que los habitantes del norte logran una vez al año con la mezcla de resina, madera barnizada y cera caliente. Pero llamo falsa magia y pereza e incoherencia a la trituración en tu sopera de ingredientes de azar, en la espera de un milagro que no habrías preparado. Pues, olvidando realizarte, pretendes marchar a tu propio encuentro. Y desde entonces ya no hay esperanza. Se vuelven a cerrar sobre ti las puertas de bronce.

184

Estaba yo melancólico cuando me atormentaba por los hombres. Cada uno vuelto hacia sí y no sabiendo ya a qué aspirar. Pues ¿qué bien podrías desear, si a la vez quieres someterlos y que te aumenten? El árbol, por cierto, busca los jugos del suelo para

nutrirse y transformarlos en sí mismo. La bestia el pasto o alguna otra bestia que transfigurará en sí misma. Y tú también te nutres. Pero fuera de tu alimento, ¿qué desearás que puedas usar por ti mismo? Por el hecho de que el incienso halague el orgullo, alquilas hombres para aclamarte. Y te aclaman. Y he aquí que pronto las aclamaciones te parecen vacías. Porque como las alfombras de lana alta hacen más dulce la morada, las compras para la ciudad. Congestionas la casa. Y he aquí que son estériles. Envidias el dominio real de tu vecino. Lo despojas. Te instalas. Y nada te entregará que te interese. Existe un puesto por el que intrigas. Y andas en manejos para conseguirlo. Y lo obtienes. Y es semejante a una casa vacía. Porque no basta para ser dichoso que una casa sea lujosa o cómoda u ornamental y que puedas instalarte en ella, creyéndola tuya. En primer lugar, porque nada es tuyo, pues morirás, e importa no que te pertenezca –pues es ella la que se ve embellecida o disminuida–, sino que seas tú de ella, pues entonces te conduce a alguna parte, a la casa que habitará tu dinastía. No te regocijas de los objetos, sino de las rutas que te abren. Pues sería demasiado cómodo que tal vagabundo egoísta y mohíno pudiera ofrecerse una vida opulenta y de gasto con solo cultivar la ilusión de ser príncipe, marchando de largo en ancho, delante del palacio del rey: «He aquí mi palacio», diría. Y en efecto, al verdadero señor del palacio tampoco le sirve el palacio en ese instante. Ocupa solo una sala a la vez. Le acontece cerrar los ojos o leer o conversar, y así, de esa misma sala, no ver nada. Lo mismo que puede ocurrir que paseando por el jardín dé la espalda a la arquitectura. Y sin embargo, es el dueño del castillo, y orgulloso y quizá ennoblecido en su corazón, y conteniendo en sí incluso el silencio de la sala olvidada del Consejo, y hasta las buhardillas y hasta los sótanos. Así, pues, podría ser el juego del mendigo, puesto que nada, fuera de la idea, lo distingue del señor, imaginarse el dueño y pavonearse lentamente de largo en ancho, como revestido de un alma con cola. Y sin embargo, poco eficaz será el juego, y los sentimientos inventados participarán de la podredumbre del sueño. Apenas lo influirá el débil mimetismo que te estremece los hombros si te cuento una carnicería, o que te hace regocijarte con una alegría vaga si te canto tal canción.

Lo que es de tu cuerpo, te lo atribuyes y lo cambias en ti. Pero falsamente pretenderás lo mismo en cuanto al espíritu y al corazón.

Pues poco ricas en verdad son tus alegrías extraídas de tus digestiones. Y aún más: no digerirás ni el palacio, ni el jarro de plata, ni la amistad de tu amigo. El palacio continuará siendo palacio, y el jarro continuará jarro. Y los amigos proseguirán su vida.

Soy el operador que, de un mendigo en apariencia semejante a un rey, puesto que contempla el palacio, o mejor que el palacio, el mar, o mejor que el mar, la vía láctea, pero nada sabe extraer de por sí de esa torpe mirada sobre la extensión, extrae un rey verdadero a pesar de que nada, en apariencia, haya cambiado. Y, en efecto, nada tendrá que cambiar en las apariencias pues son uno mismo señor y mendigo. Los mismos son aquel que ama y aquel que llora su amor perdido, si se sientan en el umbral de su morada, en la paz de la tarde. Mas uno de los dos, y acaso el que mejor parece, el más rico, y el más ornado por el espíritu y el corazón, irá esa noche a arrojarse al mar. Pues, para separar de ti, que eres uno, el otro, no necesito procurarte nada visible y material, ni necesito modificarte en lo que sea. Basta que te enseñe el lenguaje que te permitirá leer en lo que te rodea y en ti mismo, tal rostro nuevo y ardiente para el corazón, como el que hay, si sucede que te hallas mohíno, en algunas piezas groseras de madera, dispuestas al azar sobre una tabla; pero que, si te he educado en la ciencia del juego de ajedrez, te vertirán la radiación de su problema.

Por esto los considero en el silencio de mi amor sin reprocharles su tedio, que no les pertenece, sino que pertenece a su lenguaje, sabiendo que solo él los distingue del rey victorioso que respira el viento del desierto, y del mendigo que se abreva en el mismo río alado; pero que sería injusto si reprochara al mendigo, sin haberlo sacado de sí, no experimentar los sentimientos de un rey victorioso en su victoria.

Doy las llaves de la extensión.

Y al uno y al otro, los veía entre las provisiones del mundo y la miel hecha. Mas semejantes a aquel que marcha por la ciudad muerta, muerta para él, pero milagrosa detrás de sus muros; o aun a aquel que oye recitar el poema en un lenguaje que no le fue enseñado, o se codea con la mujer por la que otro aceptaría morir de buena gana, pero que él olvida amar...

Os enseñaré el uso del amor. ¡Qué importan los objetos del culto! He visto en la emboscada alrededor del pozo al que hubiera podido sobrevivir, dejarse llenar los ojos de noche por causa de un zorro de las arenas que, después de haber vivido largo tiempo de su ternura, se había escapado en la hora del instinto. ¡Ah, mis soldados! Su reposo semeja otro reposo y su miseria a otra miseria; bastaría para exaltaros que esta noche fuera la de un retorno, ese collado la tierra de una esperanza, ese vecino el amigo esperado, o ese carnero sobre las brasas la comida de un aniversario, esas palabras, las palabras de un canto. Bastaría con una arquitectura, una música, una victoria que os dieran el sentido de vosotros mismos; bastaría que os enseñara a hacer brotar de vuestros guijarros una flota, como a los niños; bastaría un juego, y el viento del placer pasaría sobre vosotros como sobre un árbol. Pero heos aquí dispersos y dispares y no buscando nada distinto a vosotros mismos, y descubriendo de este modo el vacío; pues sois un nudo de relaciones y no otra cosa, y si no existen relaciones, hallaréis en vosotros solamente una encrucijada muerta. Y nada hay que esperar si solo hay en ti amor por ti mismo. Pues te lo he afirmado del templo. La piedra no sirve ni a sí misma ni a las otras piedras. Sino al ímpetu de las piedras que todas forman en conjunto y que sirve a todas en retorno. Y quizá podrás vivir del ímpetu hacia el rey, a causa de que seréis soldados de un rey tú y tus camaradas.

«Señor –decía yo–, ¡dame la fuerza del amor! Ese bastón nudoso para la ascensión de la montaña. Hazme pastor para conducirlos.»

Te hablaré pues del sentido del tesoro. El cual en primer lugar es invisible, no siendo jamás de la esencia de los materiales. Has conocido al visitante de la noche. Aquel que simplemente se sienta en el albergue, deja y su bastón y sonríe. Se lo rodea: «¿De dónde vienes?». Conoces el poder de sonreír.

No vayas buscando las islas musicales como si fueran un regalo hecho, ofrecido por el mar. Alrededor del cual el mar borda su encaje blanco. Pues no las encontrarás, aunque te ponga sobre las arenas de su corona, si primero no te he sometido al ceremonial del mar. Si te despertaras en ellas sin esfuerzo, nada lograrías de los pechos de sus muchachas, excepto el poder de olvidar el amor. Irás de olvido en olvido, de muerte en muerte... y me dirás, de la isla musical: «¿Qué había allí por lo que valiera vivir?», cuando la misma, bien mostrada, hace que una tripulación entera acepte, por amor a ella, el riesgo de muerte.

Salvarte no es enriquecerte ni darte nada que sea para ti. Sino más bien someterte, como a una esposa, al deber de un juego.

¡Ah!, siento mi soledad cuando el desierto no tiene comida para ofrecerme. ¿Qué haré con la arena si no hay un oasis inaccesible que la perfume? ¿Qué haré con los límites del horizonte si no existe una frontera de costumbre bárbara? ¿Qué haré con el viento si no está cargado de conciliábulos lejanos? ¿Qué haré con los materiales que no sirven para un rostro? Mas nos sentaremos sobre la arena. Te hablaré sobre tu desierto y te mostraré tal rostro y no otro. Y cambiarás, porque dependes del mundo. ¿Permaneces el mismo si, sentado en una habitación de tu casa, te anuncio que esta se quema? ¿Si escuchas los pasos de la amada? Y esto mismo, aunque no marche ella hacia ti. No me digas que predico la ilusión. No te pido creer, sino leer. ¿Qué es la parte sin el todo? ¿Qué es la piedra sin el templo? ¿Qué es el oasis sin el desierto? Y si habitas el centro de la isla y quieres reconocerte en ella, necesario es que yo esté allí para enseñarte el mar. Y si habitas esta arena, es preciso que yo esté aquí para contarte ese esponsal lejano, esa aventura, de esa cautiva liberada, esa marcha de los enemigos. Y es falso decirme que ese matrimonio bajo tiendas lejanas no expande sobre tu desierto su luz de ceremonia, pues ¿dónde se detiene su poder?

Te hablaré según tus costumbres y las líneas que inclinan tu corazón. Y mis dones serán significación de cosas y camino leído a través de ellas, y sed que asalta en el camino. Y yo, el rey, te haré don del único rosal que podrás aumentar; pues te exigiré la rosa que florezca. Desde entonces estará construida para ti la escalera de tu liberación. Serás en un principio cavador y removerás la tierra con

la azada y te levantarás por la mañana para regarla. Y vigilarás tu obra y la protegerás contra gusanos y orugas. Después será patética la yema que se abrirá y vendrá la fiesta, la rosa abierta, que te corresponderá coger. Y habiéndola cogido, tendérmela. Y la recibiré de tus manos y aguardarás. Nada podías hacer con una rosa. La has cambiado por mi sonrisa..., y he aquí que regresas a tu casa asoleado por la sonrisa de tu rey.

186

Algunos carecen del sentido del tiempo. Quieren coger flores que no se han formado: y no hay flores. O bien hallan alguna abierta en otra parte, la cual no significa para ellos término del ceremonial del rosal, sino ni más ni menos que objeto de bazar. ¿Y qué placer les procurará?

Yo me encamino hacia el jardín. Deja en el viento el rastro de un navío cargado con limones dulces, o de una caravana de mandarinas, o aun, de la isla por ganar que embalsama el mar.

He recibido no una provisión, sino una promesa. La hay del jardín, como de la colonia por conquistar, o de la esposa no poseída aún, pero que cede en los brazos. El jardín se me ofrece. Hay, detrás del pequeño muro, una patria de mandarinos y de limoneros donde mi paseo será bienvenido. Sin embargo, ninguno habita permanentemente el olor de los limoneros, ni el de los mandarinos, ni la sonrisa. Para mí, que sé, todo conserva una significación. Aguarda la hora del jardín o de la esposa.

Esos no saben esperar y no comprenderán ningún poema; pues consideran enemigo al tiempo que repara el deseo, viste la flor o madura el fruto. Buscan extraer su placer de los objetos, cuando solo se logra del camino que se lee a través de ellos. Yo ando, ando, ando. Y cuando me veo en el jardín, que es patria de olores, me siento en el banco. Miro. Hay hojas que se vuelan y flores que se marchitan. Siento que todo muere y se recompone. No siento duelo. Soy vigilancia, como en alta mar. No paciencia, porque no se trata

de un fin, ya que el placer es andar. Vamos, mi jardín y yo, de las flores a los frutos. Mas a través de los frutos, a las semillas. Y a través de las semillas a las flores del año próximo. No me equivoco acerca de los objetos. Son siempre objetos de un culto. Toco los instrumentos del ceremonial y los hallo color de plegaria. Pero aquellos que lo ignoran chocan con el tiempo. El niño mismo se convierte para ellos en un objeto que no sabrían captar en su perfección; pues es camino para un Dios que no retendrían. Querrían fijarlo en su gracia infantil como si fuera una provisión. Pero si yo me cruzo con un niño, veo que tienta una sonrisa y que enrojece y busca huir. Conozco lo que lo desgarra. Y poso la mano sobre su frente, como para calmar el mar.

Esos te dicen: «Soy este. Tal o cual. Poseo esto o aquello». No te dicen: «Soy aserrador de tablas, soy pasaje del árbol en vías de transformarse en esposo para la mar. Estoy en marcha de una fiesta a otra. Padre realizado y por realizarse, pues es fecunda mi esposa. Soy jardinero para la primera, pues me emplea, y gasta mi azada y mi rastrillo. Soy el que marcha hacia algo». Porque esos no van a parte alguna. Y la muerte no será puerto para su navío.

Esos, en el hambre, te dirán: «No como. Mi vientre se fatiga. Y al oír a mis mismos vecinos hablar de las fatigas de su vientre, el alma también se me fatiga». Pues solo saben del sufrimiento, que es marcha hacia la curación, o desprendimiento de los muertos, o signo de una mudanza necesaria, o llamada patética hacia la solución de un litigio. No hay para ellos ni mudanza, ni solución, ni promesa de curación, ni duelo. Sino la incomodidad del instante de sufrimiento. Lo mismo que cuando hay alegría, la magra alegría que extraes del instante, para satisfacer tus apetitos o tu deseo, es la única que sabes gustar; y no aquella que vale para el hombre, la cual viene cuando se la reconoce de pronto como camino, vehículo y acarreo para el conductor de los conductores.

La significación de la caravana no se lee en los pasos monótonos que, unos tras otros, se asemejan. Sino cuando tiras de la cuerda para apretar tal nudo que se desanuda, exhortas a los rezagados, preparas el campamento nocturno, das de beber a las bestias. He aquí que entras en los ritos del ceremonial del amor, lo mismo que más lejos, al penetrar en el palmeral cuando la corona del oasis

haya cerrado tu viaje; lo mismo que al deambular en la ciudad, de la cual primero te aparecerán los muros bajos de los barrios pobres, radiantes ya por pertenecer a la ciudad donde reina tu dios.

Porque no hay distancia en la que tu dios se fatigue de reinar. Y antes que nada, lo reconoces en los pedernales y en las zarzas. Son objetos de culto y materiales de tu elevación. Ni más ni menos que los escalones de una escalera que conduce a la cámara de la esposa. Ni más ni menos que algunas palabras para el poema. Son ingredientes de tu magia, pues, al sudar o al lastimarte las rodillas, preparas la aparición de la ciudad. Hallas que se le asemejan, de la manera en que el fruto se parece al sol, las impresiones de la arcilla al movimiento del corazón del escultor que la ha modelado. Sabes ya que a los treinta días tus pedernales libertarán su mármol, tus cardones sus rosas, tu aridez sus fuentes. ¿Cómo podrías cansarte de tu creación, puesto que sabes que, paso a paso, construyes tu ciudad? Yo siempre he dicho a mis camelleros, cuando parecían cansados, que construyeran una ciudad con cisternas azules y que plantaran mandarinos con mandarinas, ni más ni menos que los acarreadores de piedra o los jardineros. Les decía: «Hacéis gestos de ceremonias. Comenzáis a despertar a la ciudad ausente. A través de vuestros materiales esculpís la gracia de las muchachas tiernas. Es por esto por lo que vuestros pedernales y vuestras zarzas tienen ya perfume de carne amada».

Pero los otros leen lo usual. Miopes y con la nariz pegada a él, no ven del navío sino ese clavo en la madera. De la caravana en el desierto no ven más que ese paso y ese paso y ese paso. Y toda mujer se les prostituye, pues se la conceden como regalo y significación del instante, cuando se la debe alcanzar por la vía de los pedernales y de las zarzas, por la cercanía de los palmerales, por el gesto del dedo que empuja dulcemente la puerta. El cual, si se llega de tan lejos, es milagro como para despertar a un muerto.

¡Ah! Entonces solamente brotarás y te reanimarás del polvo del tiempo, extraído lentamente de tus noches solitarias, perfume que llega a liberarse, juventud del mundo una vez más reanudada para ti. Y comenzará para vosotros el amor. Los otros apenas han recibido alguna recompensa de las gacelas que han aprisionado

lentamente.

Odio su inteligencia que solamente era para lo contable. Y que nada observaba aparte del balance miserable de las cosas agotadas en el instante. Si avanzas a lo largo de las murallas también ves una piedra, y otra, y otra. Pero hay quienes tienen el sentido del tiempo. No chocan contra esta piedra ni contra esta otra. No extrañan tal piedra, ni esperan recibir su débito de tal piedra próxima entre las otras. Avanzan, simplemente, alrededor de la ciudad.

187

Soy el que habita. Os tomo sobre la tierra fría. Oh pueblo desolado, extraviado en la noche, moho de las hendiduras de la corteza que retiene todavía un poco de agua en la vertiente de las montañas que cae hacia el desierto.

Yo os digo: «He aquí Orión y la Osa Mayor y la Estrella Polar». Y habéis reconocido vuestras estrellas; os decís uno a otro: «He aquí la Osa Mayor, he aquí Orión y la Estrella Polar», y al poder decir: «He hecho siete jornadas de marcha en dirección a la Osa Mayor» y al comprenderos mutuamente, he aquí que habitáis en alguna parte.

Así, con el palacio de mi padre. «Corre –se me decía cuando era muy niño– a buscar las frutas en la despensa...» Y se me despertaba, nada más que pronunciando esa palabra, el olor. Y partía hacia la patria de los higos maduros.

Y si te digo «Estrella Polar», viras entero, en ti mismo, como orientado y oyes el entrechocar de las armas de las tribus del norte.

Si he escogido la meseta calcárea del este para la fiesta, y la salina del sur para los suplicios –y si de ese lote de palmeras he hecho reposo y albergue para las caravanas–, entonces he aquí que te reconoces como en tu casa.

Querías reducir esos pozos a su uso, el cual es procurar el agua. Mas el agua no es nada que no sea ausencia del agua. Y no es lo mismo no existir todavía que morir de sed.

Habitará mejor aquel que, falto de agua, se seca en el desierto soñando con un pozo que conoce, del que oye en su delirio rechinar la polea y crujir la cuerda, que aquel que al no sentir la sed ignora, simplemente, que hay pozos tiernos hacia donde conducen las estrellas.

No honro tu sed porque enriqueces tu agua con una importancia carnal, sino porque te obliga a leer en las estrellas, y en el viento, y en las huellas de tu enemigo sobre la arena. Por eso es esencial que comprendas que sería caricatura de la vida, para animarte, rehusarte el derecho a beber; pues entonces simplemente exaltaría tu vientre con el deseo del agua, pero importa simplemente que te someta, si deseas abrevar, al ceremonial de la marcha bajo las estrellas y de la manivela enmohecida, que es cántico que da a tu acto significado de plegaria, a fin de que el alimento de tu vientre se haga alimento de tu corazón.

No eres ganado en el establo. Cambias el establo por otro: el pesebre es igual, la misma pajaza. Y el ganado se encuentra allí ni mejor ni peor. Pero en cuanto a ti, si tu comida es para tu vientre, lo es también para tu corazón. Y si mueres de hambre y el amigo abre su puerta y te empuja a su mesa y llena para ti la jarra de leche y parte el pan, es la sonrisa lo que bebes, pues la comida tiene virtud de ceremonial. Te sacias, pero al mismo tiempo se expande tu gratitud por la buena voluntad de los hombres.

Quiero que el pan sea de tu amigo, y la leche de la maternidad, de tu tribu. Quiero que la harina de cebada sea de la fiesta de las cosechas. Y el agua un canto de polea o una dirección bajo las estrellas.

Lo he observado en mis soldados, a los que me gusta ver amantes y vivientes como el fiel de hierro sobre los navíos. Y no es para desposeerlos de los bienes del mundo que los prefiera ligados a la esposa y de castidad moderada; pues su carne entonces los lleva hacia ella y reconocen el norte del sur y el oeste del este, y hay una estrella que es dirección amada.

Mas si la tierra es para ellos como un gran barrio reservado donde se llama a la puerta del azar para extinguir el gusto del amor, si todo es complacencia por no distinguir un camino y por verse instalados sin dirección sobre la corteza desnuda de la tierra, no habitan en parte alguna.

Así, mi padre, después de saciar, abrevar y nutrir de muchachas a sus bereberes, los transformó en ganado desesperado.

Pero soy aquel que habito, y no tocarás a tu mujer sino cuando se hayan celebrado las bodas, a fin de que tu lecho sea victorioso. Y, ciertamente, los hay que morirán de amor al no poder unirse; mas los muertos por el amor serán condición del amor, y al condolerme de los que se aman los favorezco para que soporten los diques y las murallas y el ceremonial que funda el rostro del amor; no es el amor lo que les otorgo, sino el derecho a olvidar el amor.

No seré menos loco que si, con el pretexto de que no todos pueden esperar poseer el diamante, ordenara que todos los diamantes fueran arrojados en el horno, a fin de salvar al hombre de la crueldad de su deseo.

Si desean una mujer a quien amar, preciso me es salvarles el amor.

Soy el que habita. Soy el polo imantado. Soy la semilla del árbol y la línea de fuerza en el silencio a fin que sean un tronco, raíces y ramas y tales flores y frutos y no otros, tal imperio y no otro, tal amor y no otro, no por rechazo o desprecio de los otros sino porque el amor no es una esencia hallada como objeto entre los objetos, sino coronamiento de un ceremonial como lo es la esencia del árbol, el cual domina su esencial diversidad. Soy la significación de los materiales. Soy basílica y sentido de las piedras.

Nada tengo que esperar si te ciega esta luz que no es de las cosas, sino sentido de las cosas.

–¿Qué haces?

Y no sabes, y te quejas de la vida.

–La vida no me aporta nada. Duerme mi mujer, mi asno reposa, madura mi trigo. Soy una espera estúpida y me aburro.

Niño sin juego que ya no sabe leer a través de las cosas. Me siento cerca de ti y te enseño. Te bañas en el tiempo perdido. Y te asalta la angustia de no llegar a ser.

Pues otros dicen: «Preciso es un fin». Es bella la natación pues te crea una ribera lentamente desenterrada del mar. Y la polea chirriante te ha creado el agua para beber. Así, del trigo dorado que es ribera de la oscura labor. Así, de la sonrisa del niño que es ribera del amor doméstico. Así, de la vestidura de filigrana de oro lentamente cosida para la fiesta. Y que se transforma en ti si vuelves la manivela por el solo ruido de la polea, si coses la vestimenta por la vestimenta, si haces el amor por el amor. Rápido se agotan, pues nada tienen que darte.

Pero yo te lo he afirmado de mi presidio donde encierro a aquellos que no tienen calidad de hombre. Y su golpe de azadón vale para el azadón. Y te dan ese golpe de azadón después de ese golpe de azadón. Y nada cambia de su sustancia. Natación sin ribera que gira en redondo. Y no hay creación, no son ruta y acarreo hacia alguna luz. Mas, ya sea el mismo sol, la misma ruta dura, el mismo sudor, si te es dado extraer una vez al año el diamante puro, te volverás religioso en tu luz. Porque tu golpe de azadón tiene sentido de diamante, que no es de la misma naturaleza. Y he aquí que te incorporas a la paz del árbol y al sentido de la vida, el cual consiste en elevarte de etapa en etapa hasta la gloria de Dios.

Trabajas para el trigo y coses para la fiesta y rompes la ganga para el diamante. Y aquellos que te parecen dichosos ¿qué poseen más que tú sino el conocimiento del nudo divino que anuda las cosas?

No encontrarás la paz si no transformas nada según tú mismo. Si no

te haces vehículo, vía y acarreo. Entonces solamente circula la sangre en el imperio. Pero te quieres considerado y honrado por ti mismo. Y pretendes arrancar al mundo algo que pueda tomarse y sea para ti. Y nada encontrarás pues nada eres. Y arrojas tus objetos en desorden en la fosa de los desperdicios.

Te esperabas la aparición venida de afuera, como un arcángel que se te hubiera reunido. ¿Y en qué hubieras aprovechado su visita más que la del vecino? Pero, al observar que no son los mismos el que marcha hacia el niño enfermo, el que marcha hacia la bien amada, el que marcha hacia la casa vacía, aunque en el instante parezcan semejantes, me hago cita u orilla, a través de las cosas que son, y todo cambia. Me hago trigo más allá del trabajo, hombre más allá del niño, fuente más allá del desierto, diamante más allá del sudor.

Te constriño a construir en ti una casa.

Hecha la casa, llegará el habitante que queme tu corazón.

189

Me sobrevino el litigio de mi pueblo amado cuando reposaba sobre la montaña, que era como un manto de piedra. Incendio lento del que solamente me llegaba la humareda y la luz. «¿Hacia dónde van? ¿Adónde conducirlos, Señor? Si administro, se parecerán a sí mismos. No conozco gestión, Señor, que no endurezca el objeto de su gerencia. ¿Y qué haré de una semilla si no va hacia el árbol? ¿Y qué haré de un río si no va hacia el mar? ¿Y de una sonrisa, Señor, si no va hacia el amor?

»Pero ¿de mi pueblo?

»¡Ah Señor!, se han amado de generación en generación, han compuesto sus poemas. Se han construido casas, las han vestido con sus alfombras de lana alta. Se han perpetuado. Han educado sus

pequeños y depositado las generaciones gastadas en las cestas de tus vendimias. Se han reunido los días de fiesta. Han orado. Han cantado. Han corrido. Han descansado de haber corrido. Les han salido callos en las palmas. Sus ojos han visto, se han maravillado, luego se han llenado de tinieblas. Igualmente, se han odiado. Se han separado los unos de los otros. Se han desgarrado. Han lapidado a los príncipes nacidos de ellos mismos. Después han tomado su lugar y se han lapidado mutuamente. ¡Oh señor! Tan semejantes sus odios, sus condenaciones, sus suplicios a una sorda y fúnebre ceremonia. ¡Oh Señor! No me asustaban en mi altura, semejante como era esta a los gemidos y crujidos del navío. O al dolor del parto. Señor, así los árboles que se empujan unos a otros, se aplastan y asfixian en persecución del sol. Sin embargo, del sol se puede decir que extrae la primavera del suelo y se hace celebrar por los árboles. Y el bosque está compuesto de árboles, aunque todos sean enemigos. ¡Y el viento extrae su alabanza de esta arpa! ¡Ah Señor! Miope y con la nariz pegada a ellos, ¿qué sabré de sus diversidades? Mas he aquí que reposan. Reservadas para la noche las palabras engañadoras, dormidos los apetitos y los cálculos. Distendidos los celos. ¡Ah Señor! Heme aquí paseando mi mirada sobre los trabajos que han dejado incultos, y confundido como en el umbral de la verdad por una significación que no se me ha revelado aún, y que importa que descubra, a fin de que ella sea.

»Señor, ¿qué saben de mi pintor, si pinta, los dedos, la oreja o la cabellera? ¿Y el tobillo o la cadera o el brazo? Nada. La obra que llega drena sus movimientos y nace, ardiente, de tantas aspiraciones contradictorias. Pero miope y con la nariz pegada a ella, nadie ve más que movimientos incoherentes, rayones del pincel o manchas de colores. ¿Y qué saben los fabricantes de clavos o los aserradores de tablas de la majestad del navío? Así, con mi pueblo si lo divido. ¿Qué conocen el avaro y el opulento de pesado vientre, y el ministro, y el verdugo y el pastor? Sin duda, si hay alguno que vea más claro, es aquel que conduce las bestias al abrevadero o aquella que pare o ese otro que muere, sin saberlo. Y no el sabio, o el desmirriado de dedos con tinta, que desconocen la lentitud. Y a nada sirven de esencial, mientras que aquel que cepilla su tabla, la ve transformarse y se engrandece.

»Dormidas sus pasiones estrechas, veo el patrimonio fundado por el

avaro. Y el que nada vale y pilla para sí las riquezas del otro, ministro prevaricador, las desembolsa a su vez en las manos de aquellos que cincelan los objetos de marfil o de oro. Y se cincela y se esculpe el oro y el marfil. Y aquel que condena injustamente funda el áspero amor a la verdad y a la justicia. Y el que roba los materiales del templo se esfuerza, con más fuerza, en erigir ese templo.

»He visto alzarse templos, despreciando lo usual, a través de las riñas de los hombres. He visto a los esclavos acarrear las piedras, azotados por los guardas de presidio. He visto al jefe del equipo robar en los salarios. ¡Ah Señor! Miope y con la nariz pegada a ellos, solamente he visto cobardía, estupidez y lucro. Pero desde la montaña donde me sentaba contemplaba la ascensión de un templo en la luz.»

190

Me sobrevino el conocimiento de que no tienen igual esencia la aceptación del riesgo de muerte y la aceptación de la muerte. Y conocí a muchos jóvenes que soberbiamente desafiaban la muerte. Y era, en general, porque había mujeres para aplaudirlos. Vuelves de la guerra y te agrada el cántico que te cantan sus ojos. Y aceptas la prueba del hierro donde se pone en juego tu virilidad; pues es lo único que puedes ofrecer o que arriesgas perder. Y lo saben bien los jugadores que arriesgan su fortuna a los dados; porque nada de su fortuna les sirve en el instante, sino que se convierte en caución de un dado y en algo patético en la mano, y lanzas sobre la mesa grosera tus cubos de oro que se transforman en llanuras, pasturaje y cosechas de tu dominio.

El hombre, pues, regresa ambulando en la luz de su victoria, el hombro cansado por el peso de las armas conquistadas y acaso florecidas de sangre. Y brilla por un tiempo, solamente; mas por un tiempo. Porque no puedes vivir de tu victoria.

Así, pues, la aceptación del riesgo de muerte es la aceptación de la

vida. Y el amor del peligro es el amor a la vida. Lo mismo que tu victoria era tu riesgo de derrota sobrepasado por tu creación, y jamás viste al hombre, reinando sin riesgo sobre los animales domésticos, vanagloriarse de ser vencedor.

Pero exijo más de ti, si te quiero soldado fértil para el imperio. Aunque haya aquí un umbral difícil de franquear; pues una cosa es aceptar el riesgo de muerte y otra cosa aceptar la muerte.

Te quiero de un árbol y sometido al árbol. Quiero que tu orgullo se aloje en el árbol. Y tu vida, a fin de que tome sentido.

La aceptación del riesgo es regalo para ti mismo. Te agrada respirar libremente y dominar a las muchachas por tu brillo. Y esta aceptación del riesgo que tienes necesidad de contar es mercadería para el cambio. Del mismo modo se jactan mis cabos. Pero solo se honran a sí mismos.

Una cosa es si pierdes tu fortuna a los dados por haberla querido sentir y bloquear toda en tu mano, por haber querido sentirla en tu mano, concreta y sustancial, y toda presente en el instante mismo, con el peso de sus rastrojos, y de especias almacenadas, y de bestias en su pastoreo, y de poblados con respiración de humareda ligera, que son signo de la vida del hombre, y otra cosa despojarte de esos mismos graneros, de tus bestias, tus poblados, para vivir más lejos. Una cosa agudizar tu fortuna y volverla ardiente en el instante del riesgo, y otra renunciarla como quien se despoja, una a una, de sus vestimentas, y desdeñosamente se descorteza de sus sandalias sobre la playa, a fin de desposar, desnudo, el mar.

Precisas morir para desposar.

Precisas sobrevivir a la manera de las viejas que se gastan los ojos en la costura de paños de iglesia con los que visten a su Dios. Se hacen vestimenta de Dios. Y el tallo del lino, por el milagro de sus dedos, se hace plegaria.

Pues no eres más que vía y pasaje y no puedes vivir sino de lo que transformas. El árbol, la tierra en ramas. La abeja, la flor en miel. Y

tu labor, la tierra negra incendiada de trigo.

Me importa pues, en primer lugar, que tu Dios te sea más real que el pan donde hincas los dientes. Entonces te embriagarás hasta tu sacrificio, el cual será matrimonio en el amor.

Mas todo has destruido y todo dilapidado, al perder el sentido de la fiesta, y al creer enriquecerte al distribuir tus provisiones para gozar del día. Porque te equivocas sobre el sentido del tiempo. Vinieron tus historiadores, tus lógicos y tus críticos. Consideraron los materiales y, al no leer nada a través de ellos, te aconsejaron gozarlos. Y has rechazado el ayuno, que era condición de la comida de fiesta. Has rehusado la amputación de la parte de trigo que, al ser quemada para la fiesta, creaba la luz del trigo.

Y no concibes ya que haya un instante que valga la vida, cegado por tu miserable aritmética.

191

Me sucedió pues meditar sobre la aceptación de la muerte. Porque los lógicos, los historiadores y críticos han celebrado por ellos mismos los materiales que sirven a tus basílicas (y has creído que se trataba de ellos, cuando el asa del jarro de plata, si la curva es feliz, vale más que el jarro de oro todo entero y te acaricia más el espíritu y el corazón). He aquí, pues, que, mal guiado en la dirección de tus deseos, imaginas lograr tu dicha con la posesión y te sofocas apilando en montón las piedras que debieran ser en otra parte piedras de basílica, y que conviertes en condición de tu dicha. Mientras que otro reconforta su espíritu y su corazón si talla en una piedra el rostro de Dios.

Eres semejante al jugador que al ignorar el juego de ajedrez, busca su placer en el apilamiento de piezas de oro y de marfil, y no halla sino el tedio, mientras que el otro, que la divinidad de las reglas ha

despertado al juego sutil, hallará su luz en las simples astillas de madera grosera. Pues el deseo de demostrarlo todo te liga a los materiales y no al rostro que componen y que importa antes que nada reconocer. Por esto se concluye necesariamente que tengas a la vida como un apilamiento de días, mientras que si el templo es puro de líneas, estarás loco si lamentas que no haya reunido más piedras.

No me cuentes pues, para sorprenderme, el número de las piedras de tu casa, los pasturajes de tu dominio, las bestias de tus rebaños. Poco me importan. Quiero conocer la calidad de la casa construida, el fervor de la religión de tu dominio, y si la comida se desenvuelve dichosa por la noche, una vez concluido el trabajo. Y qué amor has construido, y en qué, más durable que tú, se ha cambiado tu existencia. Te quiero realizado. Quiero que leas tu creación, no los materiales sin emplear de los que haces tu vana gloria.

Pero me planteas ese litigio del instinto. Pues la muerte te impulsa y has observado que todo animal busca vivir. «La vocación de sobrevivir –me dirás– domina toda vocación. El presente de la vida es inestimable y debo salvar en mí la luz.» Y combatirás con heroísmo por salvarte, por cierto. Mostrarás el coraje del sitio, o de la conquista, o del pillaje. Te embriagarás con la embriaguez del fuerte que acepta arrojar todo en la balanza a fin de medir su peso. Pero no irás a morir en silencio, en el secreto del don consentido.

Sin embargo, te mostraría al padre que ha caído en la vocación del remolino, a causa de que su hijo se debate en él y que su rostro aparece todavía por intervalos, más y más pálido, como la aparición de la luna en los desgarramientos de nube. Y te diría:

–El padre, pues, no está dominado por el instinto de vivir...

–Sí –dirás–. Pero el instinto va más lejos. Vale para el padre y el hijo. Vale para la guarnición que delega sus miembros. El padre está ligado al hijo...

Y más deseable, y compleja, y cargada de palabras es tu respuesta. Pero yo te diría aún para instruirte:

–Por cierto, hay un instinto hacia la vida. Pero es un aspecto de un

instinto más fuerte. El instinto esencial es el instinto de la permanencia. Y aquel que ha sido construido viviente de carne busca su permanencia en la permanencia de su carne. Y aquel construido en el amor del niño busca su permanencia en el salvamento del niño. Y aquel construido en el amor de Dios busca su permanencia en su ascenso a Dios. No buscas lo que ignoras, buscas salvar las condiciones de tu grandeza en la medida en que la sientes. Y puedo cambiarte la vida por algo más alto que ella, sin que nada te quite.

192

Porque nada has adivinado de la alegría si crees que el árbol mismo vive para el árbol que, encerrado en su vaina, es fuente de semillas aladas y se transforma y se embellece de generación en generación. Marcha, no a tu manera, sino como un incendio al capricho de los vientos. Plantas un cedro sobre la montaña, y tu selva, lentamente, a lo largo de los siglos, deambula.

¿Qué creería el árbol de sí mismo? Se creería raíces, tronco y follaje. Creería servirse plantando sus raíces; mas es vía y pasaje. A través de él la tierra se desposa con la miel del sol, da brotes, abre las flores, compone las semillas, y la semilla lleva la vida, como un fuego preparado pero invisible todavía.

Si siembro en el viento incendio la tierra. Mas tú miras de una manera más lenta. Ves ese follaje inmóvil, el peso de las ramas bien instaladas, y crees sedentario el árbol, viviendo de sí, murado en sí. Miope y con la nariz pegada a él, miras al revés. Te basta recular y acelerar el péndulo de los días para ver tu semilla producir la llama y la llama otras llamas y marchar así el incendio desvistiéndose de sus despojos de madera consumida, pues la selva arde en silencio. Y ya no ves este árbol ni el otro. Y comprendes, respecto a las raíces, que no sirven ni al uno ni al otro, sino a ese fuego devorador al mismo tiempo que constructor, y la masa de follaje umbrío que viste tu montaña es solamente tierra fecundada por el sol. Y se instalan las liebres en el claro, y en las ramas los pájaros. Y ya no

sabes decir de tus raíces a quién sirven en primer lugar. Hay solo etapas y pasajes. ¿Y por qué creerías del árbol lo que no crees de la simiente? No te dices: «La simiente vive para sí. Está consumada. El tallo vive para sí. Está consumado. La flor en la que se cambia vive para sí, está consumada. La simiente que ha compuesto vive para sí, está consumada». Y lo mismo otra vez del germen nuevo que empuja su tallo tozudo entre las piedras. ¿Qué etapa escogerás para considerarla la última? Yo solamente conozco la ascensión de la tierra en el sol.

Así del hombre y de mi pueblo del que ignoro adónde va. Cerrados están los graneros y muradas las casas cuando llega la noche. Duermen los niños, duermen las viejas y los viejos, ¿qué podría decir yo de su camino? Tan difícil de desentrañar, tan imperfectamente precisado por la marcha de una estación, la cual agrega una arruga a la vieja, la cual agrega algunas palabras al lenguaje del niño, la cual apenas cambia la sonrisa. La cual nada cambia de la perfección o imperfección del hombre. Y sin embargo, pueblo mío, te veo, si abrazo a las generaciones, despertarte y reconocerte.

Mas, ciertamente, ninguno piensa fuera de sí. Y está bien que así sea. Importa que el cincelador cincele la plata sin distraerse. Que el geómetra medite geometría. Que el rey reine. Pues son condición de la marcha. Lo mismo que los forjadores de clavos cantan los cánticos de los forjadores de clavos, y los aserradores de tablas, los cánticos de los aserradores de tablas, aunque presidan el nacimiento del navío. Pero salvador les es el conocimiento del velero, por el poema. No amarán menos sus tablas y sus clavos, bien por el contrario, los que comprendan que se reencuentran y se acaban en ese largo cisne alado y nutrido con los vientos del mar.

Así, aunque tu propósito no te evite, por el hecho mismo de su grandeza, barrer una vez más tu cuarto al amanecer, o sembrar ese puñado de cebada después de tantos otros, o rehacer tal gesto de trabajo, o instruir a tu hijo con una palabra más o con una plegaria –lo mismo que el conocimiento del velero debe hacerte querer y no desdeñar tus tablas y tus clavos–, así te deseo, sabedor de que no se trata ni de tu comida, ni de tu plegaria, ni de tu labor, ni de tu niño, ni de tu fiesta entre los tuyos, ni del objeto con el cual honras tu

casa; pues no son sino condición, vía y pasaje. Sabiendo que, al advertírtelo, lejos de despreciarlos te haré honrar mejor los unos y los otros, lo mismo que el camino y sus desvíos, y el olor de sus rosales silvestres y de sus surcos y de sus pendientes en el perfil de las colinas, serán para ti más queridos y los conocerás mejor si él es, no meandro estéril donde te fastidias, sino ruta hacia el mar.

Y no te permito decir: «¿De qué me sirven ese barrido, ese fardo que arrastrar, ese niño que nutrir, ese libro por conocer?». Pues si está bien que te duermas y, a la manera del centinela, sueñes con la sopa y no con el imperio, es bueno que estés alerta para la visita, la cual no se anuncia, pero te aclara por un instante el ojo y la oreja, y cambia tu barrido triste en servicio de un culto que no puede ser contenido en palabras.

Así, cada latido de tu corazón, cada sufrimiento, cada deseo, cada melancolía del atardecer, cada comida, cada esfuerzo de trabajo, cada sonrisa, cada laxitud en el hilo de los días, cada despertar, cada dulzura de adormecerte, tienen el sentido del dios que se ata a través de ellos.

Nada hallaréis si os cambiáis en sedentarios, creyendo ser provisión hecha, vosotros mismos, entre las provisiones. Pues no hay provisiones, y quien deja de crecer, muere.

193

Porque te arruina tu igualdad. Dices: «Que se comparta esta perla entre todos. Cada uno de los buceadores pudo hallarla».

Y el mar no es ya maravilloso, fuente de alegría y milagro del destino. Y la zambullida de tal o cual no es ya ceremonial de un milagro y maravillosa como una aventura de leyenda, por causa de la perla negra hallada el otro año por algún otro.

Pues lo mismo que te deseo economizando todo el año y reduciéndote y privándote a fin de apartar para la fiesta única cuyo

sentido no reside en el estado de fiesta, porque la fiesta es solo un segundo –la fiesta es nacimiento, victoria, visita de un príncipe–, mas en la que el sentido es perfumar todo el año con el gusto del deseo y del recuerdo de la recompensa, pues el camino es bello cuando va al mar. Y preparas el nido con vistas al nacimiento que no es esencia del nido. Y penas en el combate con vistas a una victoria que no es esencia del combate. Y preparas durante todo el año tu casa para el príncipe. Por esto mismo te deseo que no iguales al uno con el otro en nombre de una vana justicia, pues nunca igualarás al que es viejo con el que es joven, y tu igualdad será siempre trivial. Y tu partición de la perla no dará nada a ninguno. Te deseo despojándote de tu pequeña parte para que quien halló la perla entera regrese a su casa radiante con su sonrisa y, pues su mujer le interroga, diciendo: «¡Adivina!», y dejando ver su puño cerrado, porque quiere molestar la curiosidad y regocijarte en sí de la dicha que tiene el poder de desparramar tan solo con abrir los dedos...

Y todos se enriquecen. Pues es prueba que la exploración del mar es otra cosa que una simple labor de miseria. Así, los recitados de amor, que te cantan mis narradores, te enseñan el gusto del amor. Y la belleza que celebran embellece a todas las mujeres. Pues si hay una que vale que se muera por la dulzura de su captura, es por el amor por el que vale morir a través de ella; y toda mujer está como encantada y embellecida, pues cada una, acaso, oculta en su secreto el tesoro particular de una perla maravillosa, como el mar.

Y no te aproximas ya a ellas sin que te lata un poco más el corazón, como a los buceadores del golfo de coral, cuando desposan el mar.

Eres injusto con los días ordinarios cuando preparas la fiesta; pero la fiesta por venir embalsamará los días ordinarios, y eres más rico porque ella lo es. Eres injusto contigo mismo si no compartes la perla del vecino; pero la perla que le toca en suerte iluminará tus zambullidas futuras, lo mismo que la fuente de la que te hablaba, la cual corre en el corazón del oasis lejano, encanta el desierto.

¡Ah! Tu justicia exige que los días se asemejen a los días y que los hombres se asemejen a los hombres. Si tu mujer grita, puedes repudiarla para elegir otra que no grite. Pues eres armario de regalos y no has recibido el tuyo. Mas yo deseo perpetuar el amor.

Hay amor únicamente donde la elección es irrevocable, porque importa estar limitado para realizarse. Y el placer de la emboscada y de la caza y de la captura es distinto al del amor. Porque tu significación, entonces, es cazar. De la mujer, ser objeto de tu captura. Por esto, una vez capturada ya no sirve, pues ha servido. ¿Qué importa al poeta el poema escrito? Su significación es crear más lejos. Pero si he cerrado la puerta tras la pareja de tu casa, es preciso que vayas un poco más lejos. Tu significación es ser esposo. Y el de la mujer, esposa. Lleno la palabra con un sentido más denso y dices «mi esposa...» con la seriedad del corazón. Pero descubres otras alegrías. Y otros sufrimientos, por cierto. Mas son condición de tus alegrías. Puedes morir por esa, porque ella te pertenece como tú le perteneces. No mueres por tu captura. Y tu fidelidad es fidelidad de creyente y no de cazador fatigado. La cual fidelidad es otra, y desparrama el tedio, no la luz.

Y ciertamente hay buceadores que no encontrarán la perla. Hay hombres que hallarán solo amargura en el lecho que escojan. Pero la miseria de los primeros es condición de la radiación del mar. La cual vale para todos y también para los que nada han hallado. Y la miseria de los segundos es condición del esplendor del amor, el cual vale para todos, y también para los que son desdichados. Pues el deseo, el pesar, la melancolía por causa del amor, valen más que la paz de un ganado al que el amor es extranjero. Lo mismo que, en el fondo del desierto donde penas por la sed y las zarzas, prefieres el pesar al olvido de las fuentes.

Pues ese es el misterio que me ha sido permitido entender. Lo mismo que fundas aquello de lo cual te ocupas, que luchas por él o en contra de él –y es porque combates mal si combates por simple odio del dios de tu enemigo y precisas, para aceptar la muerte, combatir primero por el amor del tuyo–, lo mismo estás iluminado, amamantado y aumentado por eso mismo que lamentas, deseas o lloras, tanto como por tu captura. Y la madre de rostro arrugado en quien el duelo, tomando su sentido, se hace sonrisa vive del recuerdo del niño muerto.

Si arruino las condiciones del amor autorizándote a no sufrir, ¿qué te habré dado? Un desierto sin fuente ¿es más dulce a los que han perdido la pista y mueren de sed?

Yo digo que la fuente, si ha sido cantada y bien construida en tu corazón, te vierte, cuando te ves maridado con la arena y pronto a desvestirte de tu corteza, un agua tranquila que no es de las cosas, sino del sentido de las cosas; y podría aún lograr que sonrieras diciéndote la dulzura del canto de las fuentes.

¿Cómo dejarías de seguirme? Soy tu significación. Con un pesar encanto tu arena. Te abro al amor. Con un perfume hago un imperio.

194

Quiero abrirte los ojos, pues te equivocas sobre el ceremonial. Lo crees arreglo gratuito o adorno suplementario. A aquel que siente el amor lo juzgas dañado por las reglas como si provinieran de un dios un poco fantástico y que no las editaría a lo mejor, sino para favorecerte aquí cercenando allá, como si se tratara de una vida eterna que exigiera amputar en el sentimiento, mientras las reglas te hacen ser este o aquel y te fundan al mismo tiempo que te dañan; porque encuentras esos límites cuando eres, y el árbol está dibujado según las líneas de fuerza de su semilla. Pero te lo he dicho de la imagen cuando es bella. Es punto de vista y gusto de las cosas. Y de tal punto de vista piensas de otra manera acerca de la comida, del reposo, de la plegaria, del juego y del amor. No conozco compartimiento pues no eres suma de pedazos, sino uno que domina, y no divisible. Y de ese rostro de piedra que ha esculpido mi escultor, si cambio la nariz, preciso también cambiar la oreja o, más exactamente, he cambiado todo su poder y la acción también de la oreja. Así pues, si te impongo una vez al año prosternarte de faz al desierto para honrar al oasis cantante que oculta en sus pliegues, volverás a hallar su misterio en la mujer, o en el trabajo o en la casa. Así, al darte un cielo de estrellas, he cambiado tus relaciones con el esclavo, con el rey, con el muerto. Eres raíz madre del follaje y, si te cambio en la raíz, cambio el follaje. Y no he visto que los hombres se transformaran por los argumentos de los lógicos, ni los he visto convertirse hondamente bajo el énfasis de un profeta bizco. Mas, al haberme dirigido a ellos en la esencia, por el juego de

un ceremonial, los he abierto a mi luz.

Reclamas el amor contra las reglas que lo prohíben. Y esas reglas han fundado el amor. Y la melancolía de no sentir el amor, la cual debes a las reglas, es ya amor.

El deseo del amor es el amor. Porque no sabrías desear lo que no has concebido todavía. Y donde los hermanos no se quieren, por error de la estructura o la costumbre, que dan un sentido al papel de hermano (¿y cómo amarías a causa de una simple promiscuidad en la mesa?), nunca observé que nadie lamentara no amar mejor a su hermano. Lamentas el amor concebido y la mujer que se marcha, mas ninguna pasajera indiferente te incita a decir con desesperación: «Sería dichoso si la amara...».

Cuando lloras el amor es que ha nacido el amor. Y, por cierto, las reglas te hacen ver, si fundan el amor, que lloras al amor y crees que el amor podrá exaltarte fuera de las reglas, mientras que simplemente, fundando el amor, te ofrecen sus alegrías y sus suplicios; lo mismo que la existencia de una fuente en el palmeral te hace cruel la arena árida y que, ciertamente, la ausencia de la fuente es hermana para ti de la existencia de las fuentes. Pues no lloras lo que no sabes concebir. Construyendo fuentes construyo también su ausencia. Y ofreciéndote diamantes fundo la pobreza en diamantes. Y la perla negra de los mares, recolectada una vez al año, funda tus zambullidas inútiles. Y el don de la perla negra te parece violación, y rapto e injusticia, y destruyes su poder al dividirla. Mientras que solamente necesitabas comprender; pues eres más rico de lo que ella sea, aun para otros, que con el vacío uniforme de los mares.

Ellos fundaron su miseria al desear la igualdad del pesebre en su establo. Y que se los sirva. Y si en ellos honras la multitud, fundas la multitud en ello. Pero si en cada uno honras al hombre, fundas al hombre, y helos ahí en la senda de los dioses.

Me atormenta que hayan derrumbado su verdad al negarse a la

evidencia, la cual es que la condición del nacimiento del navío, el mar, dañe al navío, y que la condición del amor dañe al amor y que la condición de tu ascensión dañe tu ascensión. Porque no hay ascensión sin peso.

Pero dicen aquellos: «¡Se ha dañado nuestra ascensión!...». Te destruyen sus trabas, y su espacio ya no tiene pendientes. Y los verás baraúnda de feria, después de haber arruinado el palacio de mi padre, donde todos los pasos tenían un sentido.

Por eso los oyes interrogarse sobre los alimentos espirituales que es conveniente proporcionar a los hombres para vivificar su espíritu y ennoblecer su corazón. Te han distribuido los hombres a granel, los alimentaron en el pesebre, o los transformaron en ganado sedentario, y, como actuaron ya por amor del hombre, para liberarlo en su nobleza y su claridad y su grandeza, ahora les es preciso horrorizarse de que se espesen el espíritu y el corazón. Pero ¿qué harán con tu baraúnda? Les cantarán cantos de galeras para conmoverlos, despertarán en ellos tenues fantasmas que olvidaron las galeras, pero inclinan aún vagamente el hombro por temor a los golpes. Así vagamente, transportas a ellos las palabras del poema. Pero su poder disminuirá. Pronto escucharán el canto de las galeras sin sentir los olvidados golpes, y la paz del establo no será ya turbada porque vaciaste el mar de su poder. Te asaltará entonces frente a los que rumiarán su pienso, la angustia por el sentido de la vida y el misterio de las exaltaciones del espíritu, el cual estará muerto. Y buscarás tu objeto perdido como si fuese objeto entre otros. E inventarás algún canto del alimento, que se desgañite repitiendo: «Yo como...», sin agregar nada al gusto del pan. Sin comprender que no se trata de un objeto que distinguir entre otros objetos, ni que celebrar entre otros, porque no se oculta en ningún lugar del árbol la esencia del árbol, y quien quiera pintar solo esa esencia nada pintará.

No es sorprendente que te agotes buscando una cultura sedentaria, porque no la hay.

«Hacer don de la cultura –decía mi padre– es donar la sed. Lo demás vendrá solo.» Pero tú abasteces con brebaje de confección vientres ahítos.

El amor es atracción hacia el amor. Así la cultura. Reside en la sed misma. Pero ¿cómo cultivar la sed?

Tú reclamas solo las condiciones de tu permanencia. El que fundó el alcohol reclama el alcohol. No que el alcohol le sea provechoso, porque lo mata. El que fundó tu civilización reclama tu civilización. Solo hay instinto de la permanencia. Ese instinto domina el instinto de vivir.

Porque he visto a muchos que preferían la muerte a la vida fuera de su pueblo. Y lo has visto también con las gacelas o los pájaros, los cuales, si los capturas, se dejan morir.

Y si te arrancan tu mujer, tus hijos, tus costumbres y te apagan en el mundo la luz de la cual vivías –porque irradia hasta el hueco de un monasterio–, puede que entonces mueras.

Si entonces quiero salvarte de la muerte basta con que te invente un imperio espiritual donde tu amada está como en reserva para acogerte. Entonces sigues viviendo porque tu paciencia es infinita. La casa de la cual eres te sirve en tu desierto, aunque lejana. La amada te sirve aunque lejana y dormida.

Pero no soportas que un nudo se suelte, y disperse sus objetos a granel. Y mueres y tus dioses mueren. Porque de ellos vives. Y solo de aquello de que puedes morir puedes vivir.

Si te despierto a algún sentimiento patético lo transportarás de generación en generación. Enseñarás a tus hijos a leer ese rostro a través de las cosas, como el dominio a través de los materiales del dominio, que es único en amar.

Porque tú no morirás por los materiales. Ellos se deben no a ti, pues eres solo senda y pasaje, sino al dominio. Y tú se los sometes. Pero si un dominio se ha transmutado, entonces morirás para salvar su integridad.

Morirás por el sentido del libro, no por la tinta ni el papel.

Porque eres nudo de relaciones y tu identidad no reposa en este rostro, esta carne, esta propiedad, esta sonrisa, sino en tal construcción que a través de ti se construyó, sino en tal rostro aparecido que es tuyo y te funda. Su unidad se anuda a través de ti; pero en cambio tú eres suyo.

Puedes difícilmente hablar de eso: no hay palabras para transportarlo a otro. Así con tu amada. Si me dices su nombre, esas sílabas no tienen poder de transportar a mí el amor. Es preciso mostrármela. Lo que es el imperio de los actos. No de las palabras.

Pero conoces el cedro. Y si te digo «cedro», transporto a ti su majestad. Porque se te ha despertado al cedro, el cual está más allá del tronco, de las ramas, de las raíces y del follaje.

No conozco otro medio para fundar el amor que hacerte sacrificar al amor. Pero ellos reciben su pienso en su litera, ¿cuáles son sus dioses?

Tú pretendes aumentarlos al cebarlos con presentes, pero mueren. Solo puedes vivir de lo que transformas, y de lo cual mueres un poco cada día, puesto que en ello te cambias.

Lo saben bien mis viejas que se gastan los ojos en el manejo de agujas. Les dices que salven sus ojos. Y sus ojos ya no les sirven. Has arruinado su trueque.

Pero ¿con qué se truecan ellos, los que pretendes saciar?

Puedes fundar la sed de la posesión, pero la posesión no es cambio. Puedes fundar la sed del apilamiento de telas bordadas. Pero fundas tan solo el alma del depósito. ¿Cómo fundarás la sed de gastar los ojos en el manejo de agujas? Porque solo esa es sed de vida verdadera.

Yo, en el silencio de mi amor, observé bien a mis jardineros y a mis hilanderas de lana. Noté que se les daba poco y se les pedía mucho.

Como si reposase sobre ellos, o en ellas, la suerte del mundo.

Quiero a cada centinela responsable de todo el imperio. Y a aquel, igualmente, por las orugas, en el umbral del jardín.

Y aquella que cose con oro la casulla vierte acaso una tenue luz, pero florece a su Dios; y un Dios más florido que en la víspera fulge a su vez sobre ella.

No sé qué significa educar al hombre si no se trata de enseñarle a leer los rostros a través de las cosas. Yo perpetúo los dioses. Así con el placer del ajedrez. Lo salvo al salvar las reglas; pero tú quieres proporcionarles esclavos que les ganen las partidas de ajedrez.

Quieres obsequiar cartas de amor, porque observaste que algunos lloraban si no las recibían, y te sorprende no arrancarles lágrimas.

No basta dar. Es preciso construir a quien recibe. Para el placer del ajedrez hubiese sido preciso construir al jugador. Para el amor hubiese sido preciso construir la sed de amor. Así, en primer lugar el altar para recibir el dios. Yo construí el imperio en el corazón de mis centinelas obligándoles a andar los cien pasos sobre las murallas.

195

Un poema perfecto que residiese en los actos y que exigiese todo de ti mismo, hasta tus músculos. Tal es mi ceremonial.

Tenues ecos, esbozos de movimiento, que anudo a ti con las palabras dotadas de poder. Invento el juego de las galeras. Tú quieres participar e inclinar un poco los hombros.

Pero las reglas, pero los ritos, pero las obligaciones, y la construcción del templo, pero el ceremonial de los días, ciertamente he ahí otra acción.

La escritura ha sido convertirte a ellos haciendo que te conocieses poco así transformado, y esperar.

Y ciertamente, así como puedes leerme distraído y no sentir, puedes experimentar el ceremonial sin crecer. Y tu avaricia puede morar cómodamente en la generosidad del ritual.

Pero no pretendo regirte en cada hora, así como no pretendo que mi centinela sea ferviente cada hora al imperio. Me basta con que uno, entre otros, lo sea. Y aquel, no pretendo que sea ferviente en cada instante, sino que, si sueña comúnmente con la hora de la sopa, le aparezcan, como relámpagos, las iluminaciones del centinela; pues sé demasiado bien que el espíritu duerme y no sabe ver en lo permanente: si no, esa luz quemaría los ojos; pero el mar tiene sentido de la perla negra hallada antaño, el año sentido de la fiesta única, y la vida sentido de la realización en la muerte.

Y me importa poco que mi ceremonial adquiera un sentido bastardo en los bastardos de corazón. Yo observé, en el curso de mis conquistas, las tribus negras y al brujo que las conoce, por apetito sórdido, abonar con sus presentes algún garrote de madera pintada de verde.

¡Qué me importa que el brujo menosprecie su misión! El pulgar del escultor crea la vida.

196

Aquel que exige reconocimiento: hizo por ellos esto o lo otro... pero no hay tampoco don cosechado y provisión hecha. Tu don es

circulación de uno a otro. Si no das más, nada diste. Me dirás: «Fui meritorio ayer y conservo el beneficio». Y contestaré: «¡No! Habrías muerto con ese mérito si hubieses muerto ayer, ciertamente; pero no has muerto ayer. Solo cuenta en qué te has transmutado a la hora de la muerte. Del generoso que ayer eras, extrajiste de ti este mezquino de hoy. El que muera será mezquindad».

Eres raíz de un árbol que vive de ti. Estás ligado al árbol. Se ha tornado tu deber. Pero la raíz dice: «¡Demasiada savia expedí!». El árbol entonces muere. ¿Puede jactarse la raíz de merecer el reconocimiento del muerto?

Si el centinela se cansa de vigilar el horizonte y se duerme, la ciudad muere. No hay provisión de rondas ya cumplidas. No hay provisión de latidos reservados por tu corazón en algún lugar. Hasta tu granero no es provisión. Es escala. Y labras la tierra al mismo tiempo que la saqueas. Pero en todo te equivocas. Te imaginas descansar de la creación por el acopio de objetos creados en el museo. Apilas allí hasta a tu pueblo. Pero no hay objetos. Hay sentidos diversos de ese mismo objeto en distintas lenguas. No es una misma la piedra negra para el pescador, la cortesana o el mercader. El diamante vale cuando lo extraes, cuando lo vendes, cuando lo das, cuando lo pierdes, cuando lo encuentras, cuando adorna una frente para una fiesta. Nada sé del diamante común. El diamante de todos los días no es más que guijarro vacío. Y bien lo saben las que lo tienen. Ellas lo encierran en el más secreto cofre para que duerma. No lo sacan sino el día del cumpleaños del rey. Entonces se torna movimiento de orgullo. Ellas lo recibieron en la noche de la boda. Era movimiento de amor. Una vez fue milagro para quien rompió su ganga.

Las flores valen para los ojos. Pero las más hermosas son aquellas con las cuales florecí el mar para honrar a los muertos. Y nadie las contemplará nunca.

Aquel habla en nombre de su pasado. Me dice: «Soy el que...». Acepto pues honrarlo a condición de que esté muerto. Pero del único verdadero geómetra, mi amigo, nunca escuché que se vanagloriase de sus triángulos. Era servidor de triángulos y jardinero de un jardín de signos. Una noche en que le decía: «Estás orgulloso de tu trabajo, diste mucho a los hombres...», se calló

primeramente, luego me contestó:

–No se trata de dar, desprecio a quien da o recibe. ¡Cómo veneraría el insaciable apetito del príncipe que reivindica los presentes! Igual los que se dejan devorar. La grandeza del príncipe niega la de ellos. Hay que elegir entre una u otra. Pero desprecio al príncipe que me rebaja. Yo soy de su casa y se debe a sí mismo mi engrandecimiento. Y si soy grande engrandezco a mi príncipe.

»¿Qué di a los hombres? Soy uno de ellos. Soy su parte de meditación sobre los triángulos. Los hombres a través de mí meditaron sobre los triángulos. A través de ellos cada día comí yo mi pan. Y bebí la leche de sus cabras. Y me calcé con el cuero de sus bueyes.

Yo doy a los hombres; pero recibo todo de los hombres. ¿En qué reside la precedencia de uno sobre el otro? Si yo doy más, recibo más. Me hago de un imperio más noble. Bien lo ves con tus financieros más vulgares. No pueden vivir de sí mismos. Encomiendan a alguna cortesana su fortuna de esmeraldas. Ella reluce. Ellos están, entonces, en ese resplandor. Helos ahí satisfechos de relucir tanto. Y sin embargo, son pobres: solo pertenecen a una cortesana. Aquel otro ha dado todo al rey: «¿De quién eres?». «Soy del rey.» He aquí que verdaderamente resplandece.

197

Conocí un hombre que solo era de sí mismo porque despreciaba hasta a las cortesanas. Te hablé ya de ese ministro, opulento de vientre y pesado de párpados que, después de traicionarme, perjuró y abjuró en la hora del suplicio, traicionándose a sí mismo. ¿Y cómo no habría traicionado a uno y otro? Si eres de una casa, de un dominio, de un dios, de un imperio, salvarás con tu sacrificio aquello a que perteneces. Así, con el avaro que es de un tesoro. Convirtió en sus dios un diamante raro. Morirá oponiéndose a los ladrones. Pero no ocurre así con el vientre opulento. Él se considera

como ídolo. Sus diamantes son suyos y lo honran; pero en cambio él no es de ellos. Él es límite y muro, y no senda. Y si ahora lo dominas y lo amenazas, ¿en nombre de qué dios va a morir? Nada hay en él sino vientre.

El amor que se exhibe es amor vulgar. Quien ama contempla y se comunica en silencio con su dios. La rama encontró su raíz. El labio encontró su pecho. El corazón se consagra a la plegaria. Nada tengo que hacer con la opinión ajena. Así hasta el avaro oculta a todos su tesoro.

El amor se calla. Pero la opulencia recurre a los tambores. ¿Qué es una opulencia no expuesta? ¿Qué es un ídolo sin adoradores? Nada es la imagen de madera pintada que duerme, bajo los detritos, en el galpón.

Así, pues, mi ministro, opulento de vientre y pesado de párpados, solía decir: «Mi dominio, mis rebaños, mis palacios, mis candelabros de oro, mis mujeres». Era preciso que existiese. Él enriquecía al admirador que se prosternaba ante él. Así, el viento, que no tiene peso ni olor, sabe que existe al ahuecar los trigos. «Soy –piensa–, puesto que doblo.»

Así mi ministro no solo gustaba la admiración, sino que gustaba igualmente el odio. Le subía a la nariz como una prueba de sí: «Soy, puesto que hago gritar». Por eso pasaba, sobre el vientre del pueblo, como un carro.

De este modo no había en él más que viento de palabras vulgares que hinchan un odre. Porque interesa, para que seas, que suba el árbol del cual eres. Tú eres tan solo acarreo y senda y pasaje. Quiero ver a tu Dios para creer en ti. Y tu ministro solo era foso para apilar materiales.

Por eso le dije así:

–Por haberte oído tanto decir: «Yo..., yo..., yo...», me volví, en mi bondad, hacia la invitación de tus tambores y te miré. Nada vi sino un depósito de mercancías. ¿De qué sirve poseer? Tú eres tienda o ropero, pero no más útil ni más real que un ropero o una tienda. Te gusta que se diga «el ropero está lleno», pero ¿qué es eso?

»Si te hago cortar la cabeza para distraerme de tu mueca, ¿qué habrá cambiado en el imperio? Tus cofres quedarán en su sitio. ¿Qué dabas a tus riquezas que pudiese faltarles?

El opulento de vientre no comprendía el asunto, pero empezaba a inquietarse y respiraba mal. Continué, pues:

–No creas que me inquieto en nombre de una justicia difícil de fijar. Es hermoso el tesoro que pesa en tus sótanos y no me escandaliza. Ciertamente pillaste al imperio. Pero también la semilla saquea la tierra para construir el árbol. ¿Puedes mostrarme el árbol que construiste?

»No me molesta que el vestido de lana o el pan de trigo se extraigan del sudor del pastor o del labrador para que un escultor se vista y coma. Su sudor se transforma, aunque ellos lo ignoren, en rostro de piedra. El poeta saquea los graneros, puesto que se alimenta con los granos del granero sin contribuir a la cosecha. Pero sirve a un poema. Yo utilizo la sangre de los hijos del imperio para construir mis victorias. Pero fundo un imperio del cual son hijos. ¿Escultura, árbol, poema, imperio? Muéstrame a quién sirves. Porque tan solo eres vehículo, senda y acarreo...

»Aunque hubieses repetido durante mil años "Yo..., yo..., yo...", ¿qué habría aprendido sobre tu diligencia? ¿Que se tornaron a través de ti dominios, pedrerías y reservas de oro? No creas que yo me atormente contra el glaciar en nombre de las charcas. No iré a reprochar a la semilla la glotonería de su pillaje. Ella solo es fermento que se olvida y el árbol al cual libera la saquea a su vez. Tú has pillado, pero ¿quién, a quien pertenezcas, te saquea?

»Era hermosa esa reina de un reino lejano. Y los diamantes sudados por su pueblo se tornaban diamantes de reina. Y los guías y los vagabundos de su territorio si desembarcaban en el extranjero se mofaban de los guías y vagabundos: "¡Vuestra reina –decían– no está adiamantada! La nuestra es de color de luna y de estrella...". Pero tus perlas, tus diamantes y tus dominios se anudan a ti solo para celebrar la opulencia de un vientre pesado. Con esos materiales dispersos construyes un templo que es vulgar y no engrandece los materiales. Tú eres el lazo de su diversidad y ese lazo los lesiona. La perla que adorna tu dedo es menos bella que

cuando era simple promesa del mar. Yo romperé el vínculo que me escandaliza y haré de tu edificio litera y fiemo para otros árboles. Y ¿qué haré contigo? ¿Qué haré con la simiente de árbol a través de la cual la tierra se afea como la carne a través del absceso?

Sin embargo, yo deseaba que no se confundiese con una pobre justicia la alta justicia a la que yo servía. «El azar de una baja diligencia –me decía yo– anudó un tesoro que, dividido, nada sería. Él engrandece a quien lo posee, pero interesa que quien lo posea lo engrandezca. Yo podría dividirlo, distribuirlo y convertirlo en pan para el pueblo; pero los de mi pueblo, pues son muchos, se aumentarán poco con este aumento de un día de alimento. Una vez construido el árbol, si es hermoso, quiero transformarlo en mástil de velero, no distribuirlo a todos en leños para fuego de una hora. Porque poco los engrandecerá una hora de fuego. Pero, plenamente, embellecerá a todos la botadura de un navío.

»Quiero extraer de este tesoro una imagen de la que puedan alegrarse los corazones. Quiero dar a los hombres el gusto del milagro, porque conviene que los pescadores de perlas que viven pobres, tan duro es arrancarlas del fondo de los mares, crean en la perla maravillosa. Más ricos son con una perla hallada por uno solo una vez al año, y que transforma su destino, que con un mediano suplemento de comida, debido a la distribución equitativa de todas las perlas del mar, porque solo la que es única florece para todos el fondo de los mares.»

Buscaba yo, en mi alta justicia, un empleo digno de las riquezas confiscadas, porque no me pronuncio por las piedras, contra el templo. Me importaba poco extender el glaciar en ciénaga, dispersar el templo en materiales dispares y someter el tesoro al pillaje. Porque el único pillaje que honro es el de la tierra, en la que también la semilla se saquea a sí misma, porque muere en nombre

del árbol. Me interesaba poco enriquecer a cada uno, pobremente, según su estado, aumentando en una joya a la cortesana, en un celemín de trigo al labrador, en una cabra al pastor, en una moneda de oro al avaro. Porque miserable es entonces el enriquecimiento. Me interesaba salvar la unidad del tesoro para que irradiase sobre todos como ocurre con la perla invisible. Porque ocurre que, si fundas un dios, lo das a todos, en su totalidad, sin reducirlo.

He aquí que se conmueve, pues, tu sed de justicia:

–Miserables –dices– son el labrador y el pastor. ¿Con qué derecho los defraudarías en lo que les corresponde, en nombre de una ventaja que no desean o de un dios que ignorarán? Pretendo disponer del fruto de mi trabajo. Con él alimentaré, si me place, a los cantores. Ahorraré, si me place, para la fiesta. Pero ¿con qué derecho construirás tu basílica, si yo la niego con mi sudor?

–Inútil es –te diré– tu provisional justicia, porque es solo de un estadio. Y es preciso elegir. Los materiales cambian de significación al pasar de un estadio a otro. Tú no preguntas a la tierra si quiere formar el trigo. Porque ella no concibe el trigo. Es tierra, simplemente. Tú no deseas lo que no se ha concebido aún. Cierta mujer te es indiferente. No deseas amarla, aunque ese amor, si te quemase, haría tal vez tu dicha.

Nadie lamenta no desear hacerse geómetra. Nadie lamenta no poder lamentar porque tal diligencia es absurda. Corresponde al trigo fundar la significación de la tierra. Ella se torna tierra para trigo. Igualmente, no pides al trigo que desee tornarse conciencia y luz de los ojos. Porque no concibe la luz de los ojos ni la conciencia. Es trigo, simplemente. Corresponde al hombre alimentarse y trocar en favor y plegaria de la tarde el pan de trigo. Así, no preguntes a mi labrador si desea, con su sudor, tornarse poema o geometría o arquitectura, porque mi labrador no los concibe. Él utilizaría su trabajo para mejorar su arado, porque es labrador, simplemente.

Pero me negué a pronunciarme por las piedras contra el templo, por la tierra contra el árbol, por el arado del labrador contra el conocimiento. Yo respeto toda creación, aunque en apariencia se funde sobre la injusticia porque tú niegas la piedra para construir el templo. Sin embargo, hecha la creación, ¿no diré del templo que es

significación de la piedra y justicia administrada? ¿No diré del árbol que es ascensión de la tierra? ¿No diré de la geometría que ennoblece al labrador, el cual es hombre, aunque la ignore?

Yo no fundo el respeto del hombre en la inútil partición de provisiones inútiles en una igualdad odiosa. Soldado y capitán son iguales en el imperio. Y diré que los malos escultores son iguales al buen escultor en la obra maestra que ha creado, porque le han servido de mantillo para su ascensión. Fueron condición de su vocación. Diré que el labrador o el pastor son iguales al buen escultor en su obra maestra porque fueron condición de su creación.

Sin embargo, te atormenta aún que yo despoje a ese labrador que nada recibe a cambio. Y sueñas con un imperio en que los picapedreros a lo largo de los caminos, los descargadores del puerto y los pañoleros puedan embriagarse de poesía, de geometría y de escultura, e imponerse por sí mismos, libremente, un recargo de trabajo para alimentar a tus poetas, tus geómetras y tus escultores.

Haciendo lo cual, confundes el camino y la finalidad, porque ciertamente yo tengo en cuenta la ascensión de mi labrador. Sería, por cierto, hermoso que se embriagase de geometría. Pero miope y con la nariz encima de ella, quieres resolver tu operación en el ciclo de una sola vida humana y pretendes no emprender nada que salte sobre los individuos y las generaciones. Con lo cual te mientes a ti mismo.

Porque cantas a aquellos que murieron por el mar a bordo de frágiles veleros, y abrieron a sus hijos el imperio de las islas. Cantas a los que murieron por sus inventos sin sacarles provecho, para que otros pudiesen perfeccionarlos. Cantas a los soldados sacrificados en las fortificaciones que para sí nada recogieron de la sangre vertida. Cantas también al que planta un cedro, aunque sea viejo, y nada espera de una sombra lejana.

Hay otros labradores y otros pastores a quienes más adelante recompensará cierto poema. Porque el poema coloniza lentamente y la sombra del árbol será para el hijo. Es conveniente que el sacrificio retribuya cuanto antes; pero no deseo, sin embargo, que deje muy pronto de ser necesario. Porque es condición, signo y senda de ascensión. Durante tres años clavo y aparejo mi navío. No

me retribuyeron ni el olor de las tablas ni el ruido de los clavos. Será para luego el día de la fiesta. Hay navíos que se aparejan lentamente. Si ya no tienes que pedir sacrificios, te consideras satisfecho con los navíos construidos, con los conocimientos adquiridos, con los árboles plantados, con las esculturas hechas, y juzgas llegada la hora de instalarte sedentariamente, para usar las provisiones, en las conchas ajenas.

Entonces iré yo a instalarme en la más alta torre para observar el horizonte. Pues estará próxima la hora del bárbaro.

Te lo dije: no hay provisión hecha. Solo hay dirección, ascensión y diligencia hacia algo. Los labradores habrán alcanzado a los geómetras –para recibir su placer a cambio de su sudor– cuando los geómetras ya no creen. Si andas con el mismo paso detrás del amigo, lo que interesa, si lleva cierta ventaja y desea que lo alcances, es que interrumpa su andar. Te lo dije ya: hallarás la igualdad, inútil ya el andar, solo allá donde las provisiones sirven, en la hora de la muerte, cuando Dios entroja.

Me pareció, pues, equitativo no dividir el tesoro.

Porque hay solo una justicia: salvaré primero eso de lo cual eres. ¿Justicia para los dioses? ¿Justicia para los hombres? Pero el dios es tuyo y yo te salvaré si es posible, si tu salvación lo eleva. Pero no te salvaré contra tus dioses. Porque eres de ellos.

Salvaré al niño, si es preciso, contra la madre, porque primeramente él fue de ella. Pero ella es ahora de él. Y salvaré el esplendor del imperio contra el labrador así como el trigo contra la tierra. Salvaré la perla negra de la cual seas, aunque ella no te corresponda, porque te florece todo el mar, contra el ridículo fragmento de perla que sería tuyo y no te enriquecería. Salvaré el sentido del amor, para que puedas pertenecerle, contra el amor que sería tuyo, como una adquisición o como un derecho; porque entonces no ganarías el amor.

Salvaré la fuente en que bebes, contra tu sed, si no morirás, en el espíritu o en la carne.

Y me cuido poco de que las palabras se saquen la lengua y parezca que pretendo concederte el amor negándolo, e invitarte a vivir imponiéndote la muerte; pues los opuestos son inventos del lenguaje, el cual embarulla lo que cree captar. (Y se inicia la era de la gran injusticia, cuando exiges al hombre que se pronuncie en pro o en contra, so pena de muerte.)

Así, pues, me pareció equitativo no restituir el tesoro dispersándolo en escombros para devolver, pues les fueron hurtados, su joya a la cortesana, su cabra al pastor, su celemín de trigo al labrador y su moneda de oro al avaro, sino restituir al espíritu lo que fue quitado a la carne. Así haces cuando gastas tus músculos en tallar la piedra; luego, ganada la victoria, te frotas las manos una contra otra, para liberarte de su polvo, retrocedes entrecerrando los ojos para ver mejor, inclinas un poco la cabeza hacia el costado, luego recibes la sonrisa del dios como una quemadura.

Ciertamente, yo hubiese podido colorear con cierta luz la restitución pura y simple. Pues es distinto poseer una joya cualquiera, una cabra, un celemín de trigo, una moneda de oro, de los que no obtendrás gran placer, a recibirlos como conclusión de un día de fiesta y cumbre del ceremonial. Porque esos humildes presentes tienen color de obsequio del rey y don del amor. Y conocí a ese propietario de campos de rosas innumerables, quien hubiese preferido verse despojar de todo, antes que perder una sola de las rosas marchitas, cosidas en un humilde cuadrado de tela, que llevaba contra su corazón. Pero tal o cual de entre mis súbditos hubiese podido equivocarse y creer, en su estupidez, extraer su alegría del trigo, de la cabra, del oro, o de una rosa marchita cosida en un cuadrado de tela. Y yo deseaba instruirlos. Ciertamente hubiese podido convertir mi tesoro en recompensa. Tú ennobleces ante el imperio al general vencedor, o al que inventó una flor nueva, o un remedio, o un navío. Pero eso hubiese sido un trato y se hubiese justificado por sí mismo, por ser lógico y equitativo, satisfactorio para la razón, pero de ningún poder sobre el corazón. Si te entrego tu salario, cumplido el mes, ¿en qué ves que pueda

resplandecer? Luego me pareció que podía esperarse poco de la reparación de una injusticia, de la glorificación de una abnegación, de un homenaje tributado al genio. Miras, dices: «Está bien». Todo está en orden, simplemente, y vuelves a tu casa a ocuparte de algo. Y ninguno recibe su parte de luz, porque la reparación debe ir naturalmente a la injusticia, la glorificación a la abnegación, el homenaje al genio. Y si tu mujer te pregunta cuando abres la puerta: «¿Qué hay de nuevo en la ciudad?», contestarás, olvidado, que no hay nada que contar. Porque no piensas tampoco en decir que las casas están iluminadas por el sol o que el río corre hacia el mar.

Decliné, pues, la proposición de mi ministro de justicia que pretendía con obstinación glorificar y recompensar la virtud, cuando, por una parte, destruyes por eso mismo lo que pretendes celebrar y que, por otra parte, yo sospechaba que se interesaba en la virtud como se hubiese interesado por un embalaje para frutos delicados, no porque fuese exageradamente licencioso, sino porque lo era con delicadeza; y ante todo le gustaba la calidad.

–Castigo la virtud –le contesté.

Y como parecía perplejo:

–Te lo dije acerca de mis capitanes en el desierto. Los recompenso por su sacrificio en la arena, por el amor de la arena que les sube del corazón. Y al encerrarlos en su miseria, la hago suntuosa.

»Tus virtuosas, si gustan de la corona de cartón dorado, la aprobación de los admiradores y la fortuna que les llega, ¿en qué reside su virtud? Las prostitutas del barrio reservado te hacen pagar menos caro un don menos avaro.

Decliné finalmente las proposiciones de los arquitectos.

–Mira –dijeron–, puedes cambiar este tesoro estéril por un solo templo que sería gloria del imperio, y hacia el cual, al correr de los siglos, se agoten las caravanas de viajeros.

Y ciertamente, detesto lo usual que nada te trae. Y respeto el don a los hombres de la extensión y el silencio. Más útil que la posesión

de un granero, más me parece la posesión de las estrellas del cielo –y del mar– aunque no sepas decirme en qué cultivan tu corazón. Pero, desde el barrio de miseria en que mueres ahogado las deseas. Ellas son llamamiento hacia una migración maravillosa. No importa que sea imposible. La nostalgia del amor es el amor. Y estás ya salvado cuando intentas emigrar hacia el amor.

Sin embargo, yo no creía en la diligencia. No compras la alegría, ni la salud ni el amor verdadero. No compras las estrellas. No compras un templo. Yo creo en el templo que te despoja. Creo en los templos que crecen arrancando su sudor a los hombres. Ellos delegan a lo lejos sus apóstoles, y estos van a rescatarte, en nombre de su Dios. Yo creo en el templo del rey cruel que funda su orgullo en la piedra. Él drena los varones del territorio hacia su astillero. Y los asistentes, provistos de látigos, extraen de ellos el acarreo de las piedras. Creo en el templo que te explota y te devora. Y, en cambio, te convierte. Porque solo ese te paga a cambio. Porque el acarreador de piedras del rey cruel recibe a su vez el derecho al orgullo. Se lo ve cruzar los brazos ante la roda cuyo navío de granito comienza a amenazar las arenas en la lentitud de los siglos por venir. Su majestad es para él, como para los otros: porque un Dios, ya fundado, se da a todos sin reducirse. Creo en el templo nacido del entusiasmo de la victoria. Aparejas un navío hacia la eternidad. Y todos cantan al construir el templo. Y el templo cantará a su vez.

Creo en el amor que se transforma en templo. Creo en el orgullo que se transforma en templo. Y creería, si supieses construírmelos, en los templos de cólera. Porque entonces veo el árbol que hunde sus raíces en el amor, o el orgullo, o la embriaguez de la victoria, o la cólera. Te arranca tu jugo para nutrirse. Pero ofreces a la ambición de sus raíces una bodega miserable, aunque estuviese llena de oro. No podrá alimentar más que un depósito de mercaderías. Un siglo de viento, de lluvia y de arena te lo desfondará.

Luego, por haber desdeñado que el tesoro fuese enriquecimiento, desdeñado que fuese recompensa, desdeñado que se transformase en navío de piedra, insatisfecho en la búsqueda de un rostro luminoso y que embelleciese el corazón de los hombres, me fui a reflexionar en silencio.

«No es –pensé– más que abono y estiércol. Hago mal en pretender sacar de él otra significación.»

199

Rogaba, pues, a Dios que me instruyese, y él en su bondad me hizo recordar las caravanas hacia la ciudad santa, aunque yo no comprendía muy bien al principio en qué una visión de camelleros y de sol podía aclarar mi litigio.

Yo te vi, oh pueblo mío, preparando por mi orden tu peregrinaje. Yo gusté siempre como una miel única la actividad de la última tarde. Porque ocurre con la expedición que preparas como un navío que aparejases al terminar de construirlo, y que, tras haber tenido sentido de escultura o de templo, los cuales gastan los martillos y te provocan en tus inventos y tus cálculos y la potencia de tu brazo, adquiere ahora sentido de viaje, porque lo vistes para el viento. Así con tu hija que has nutrido y enseñado y cuyo amor de los adornos castigaste: pero llega el alba del día en que el esposo la espera y, esa mañana, por no juzgarla nunca bastante bella, te arruinas comprándole telas de lino y brazaletes de oro; porque también se trata para ti de la botadura de un navío al mar.

Así, pues, después de amontonar las provisiones, de clavar las cajas, de anudar las bolsas, pasabas, regio, entre los animales, halagando a uno, fustigando a otro, ayudándote con la rodilla para ajustar un poco una correa de cuero, y enorgulleciéndote, alzado ya el cargamento, al no verlo deslizarse ni hacia la derecha ni hacia la izquierda, pues sabes que los animales al mecértelo duramente en el rolar de su andar y los tropiezos entre las piedras y el arrodillarse en los altos, te lo mantendrán, sin embargo, suspendido en un equilibrio elástico, a la manera del naranjo que mece al viento, sin amenazarla, su carga de naranjas.

Yo saboreo entonces tu calor, oh pueblo mío, que preparas la crisálida de tus cuarenta días de desierto y, al no escuchar el viento de las palabras, nunca me equivoqué sobre ti. Porque al pasearme

en las vísperas de partida, en el silencio de mi amor, entre los crujidos de correas, los gruñidos de los animales, y las discusiones agrias acerca del camino que seguir, o de la elección de los guías, o de la misión destinada a cada uno, no me asombraba de oíros, no elogiar el viaje, sino por el contrario, trazar un negro relato de los sufrimientos de la expedición del año pasado, y los pozos secos, y los vientos ardientes, y las picaduras de las serpientes aprisionadas en la arena como invisibles nervios, y la emboscada de los bandidos, y la enfermedad y la muerte, pues sabía que esos eran tan solo pudor del amor.

Porque conviene que finjas no exaltarte acerca de tu dios celebrando primero las cúpulas doradas de la ciudad santa, porque tu dios no es regalo hecho, ni provisión reservada para ti en algún lugar, sino fiesta y coronamiento del ceremonial de tus miserias.

Así, primeramente se interesaban en los materiales de su elevación, y desconfiaba de ellos como de los constructores del velero si te hablan demasiado pronto de velas y de viento y de mar, temiendo que descuidasen las tablas y los clavos, comparándolos al padre que rogara demasiado pronto a su hija que se embellezca. Me gustan los cánticos de los forjadores de clavos y aserradores de tablas, porque celebran no la provisión hecha, que es vacía, sino la ascensión hacia el navío. Y una vez aparejado el navío, cuando adquirió sentido del viaje, quiero oír que mis marineros canten, no primeramente las maravillas de la isla, sino los peligros del asedio por el mar; porque entonces veo su victoria.

Ellos mismos leen, en su sufrimiento, senda, vehículo y acarreo. Y apareces miope y crédulo si te pones a inquietarte por las quejas o por los juramentos con que se acarician el corazón, y les envías tus cantores de dulces azucarados que negarán los peligros de la sed y les elogiarán la beatitud, los crepúsculos en el desierto. Pues poco me tienta la dicha, la cual no tiene forma. Mas me gobierna la relevación del amor.

Así, pues, se pone en camino la caravana. Y comienzan desde entonces la digestión secreta, el silencio, la noche ciega de la crisálida, y el descontento y la duda y el mal, porque toda mutación

es dolorosa. No te conviene ya exaltarte, sino permanecer fiel sin comprender, porque nada ha de esperarse de ti, puesto que aquel que eras ayer debe morir.

Ya no serás más que arrebatos de pena hacia las frescuras de tu casa y el jarro de plata que es de la hora del té, junto a ella, antes del amor. Cruel te será hasta el recuerdo de la rama que se mecía bajo tu ventana o del simple grito del gallo en tu corral. Dirás: «¡Yo era de mi casa!», porque ya no eres de ninguna parte. Te volverá el misterio del asno que despertabas al alba, pues de tu caballo o de tu perro algo sabes, puesto que te contestan. Mas ignoras de ese que está como amurallado en sí, si quiere o no, a su manera, su prado, su establo o a ti. Y te asalta la necesidad, desde lo profundo de tu exilio, de pasarle una vez más el brazo alrededor del pescuezo o palmearle el hocico, para encantarlo acaso en el fondo de su noche como un ciego. Y ciertamente, cuando llega el día del pozo agotado que te rezuma apenas un lodo fétido, te hieren el corazón las confidencias de tu fuente.

Se cierra así sobre ti la crisálida del desierto, porque desde el tercer día comienzas a enviscar tus pasos con el betún de la extensión. Quien te resiste te exalta y los golpes del luchador atraen tus golpes. Pero el desierto recibe uno tras otro los pasos como una audiencia desmesurada que engullese las palabras y te condujera al silencio. Te agotas desde el alba, y la meseta de tiza que marca el horizonte a tu izquierda no ha girado sensiblemente cuando llega la tarde. Te gastas como el niño que, palada tras palada, pretende desplazar la montaña. Pero ella ignora su trabajo. Estás como perdido en una libertad desmesurada y ya se ahoga tu fervor. Así, pueblo mío, en el curso de esos viajes te alimenté cada vez con pedernales y te di de beber zarzas. Te he helado con hielo nocturno. Te sometí a vientos de arena tan ardientes, que debías acuclillarte contra la tierra, con la cabeza encapuchada bajo tus vestidos, con la boca llena de rechinamientos, rezumando estérilmente tu agua hacia el sol. Y la experiencia me ha enseñado que toda palabra de consuelo era inútil.

–Llegará –te decía– una tarde semejante a un fondo de mar. La arena depositada dormirá en tranquilas parvas. Andarás, en la frescura, sobre un suelo elástico y duro...

Pero, al hablarte, tenía yo en los labios un gusto de mentira, porque te requería que por una invención te convirtieras en otro distinto a ti. Y en el silencio de mi amor, no me escandalizaba de tus injurias:

–¡Puede ser, Señor, que tengas razón! Dios, mañana acaso, disfrazará de multitud beata a los sobrevivientes. Pero ¡qué nos importan esos extranjeros! ¡No somos en este instante más que un puñado de escorpiones encerrados en un círculo de brasa!

Y así debían ser, Señor, para gloria tuya.

O bien, purificando el cielo como un sablazo, se despertaba en su crueldad nocturna el viento del norte. La tierra desnuda se vaciaba del calor, y los hombres tiritaban como clavados por las estrellas. ¿Qué podía decir?

–Volverán el alba y la luz. El calor del sol, como una sangre, se extenderá suavemente en nuestros miembros. Con los ojos cerrados, os sabréis habitados por él...

Pero me contestaban:

–En nuestro lugar, Dios, acaso mañana, instalará un huerto de plantas felices que él abonará en su bondad. Pero nosotros no somos esta noche más que un cuadro de centeno atormentado por el viento.

Y así debían ser, Señor, para gloria tuya.

Entonces apartado de su miseria rogué a Dios de esta manera:

«Señor, es digno que rechacen mis falsos brebajes. Por otra parte, importan poco sus quejas: soy como el cirujano que compone la carne y la hace gritar. Conozco la reserva de alegría que se halla amurallada en ellos aunque yo ignore las palabras que la podrían descerrajar. No es, sin duda, para este instante. Interesa que el fruto madure antes que entregue su miel. Pasamos por su hora de amargura. Nada hay en nosotros sino sabor ácido. Es misión del tiempo que transcurre curarnos y transformarnos en alegría para gloria tuya».

Y más lejos, seguí alimentando a mi pueblo con pedernales y

dándole de beber zarzas.

Pero, semejante a los otros, sin que nada lo distinguiese primeramente de los innumerables paso vertidos ya en la extensión, comenzábamos el paso del milagro. Fiesta que corona el ceremonial de la marcha. Instante bendito entre otros instantes, el cual rompe la crisálida y entrega su tesoro alado a la luz.

Así conduje mis hombres a la victoria a través de la incomodidad de la guerra. A la luz a través de la noche, al silencio del templo a través del acarreo de piedras, al resonar del poema a través de la aridez de la gramática, al espectáculo dominado desde lo alto de las montañas a través de las grietas y los desmoronamientos de pesadas piedras. No me importa, durante el paso, tu incomodidad sin esperanzas; porque desconfío del lirismo de la oruga que se cree enamorada del vuelo. Basta con que se devore a sí misma al digerir su mutación. Y que tú atravieses tu desierto.

Tú no dispones de los tesoros de alegría sellados en ti, que no es permitido descerrajar antes de la hora. Ciertamente es vivo el placer logrado en el ajedrez cuando la victoria corona tu invento, pero no está en mi poder concederte ese placer como obsequio fuera del ceremonial del juego.

Por eso quiero, en el estadio de las tablas y los clavos, que cantes los cánticos de los forjadores de clavos y aserradores de tablas pero no el cántico del navío. Porque te ofrezco las humildes victorias de la tabla pulida y del clavo forjado, las cuales han de satisfacer tu corazón, si fuiste primeramente hacia ellas. Hermosa es tu pieza de madera cuando luchas hacia la tabla pulida. Hermosa es tu tabla pulida cuando luchas hacia el navío.

Conocí a aquel que, aunque se sometiese al ceremonial del ajedrez, bostezaba discretamente y distribuía sus respuestas con una lejana indulgencia, como ocurre con el de corazón endurecido cuando consiente en distraer a los niños.

–Mira mi flota de guerra –dice el capitán de siete años que te alineó tres guijarros.

–Hermosa flota de guerra en verdad –contesta el de corazón endurecido, que considera los guijarros con floja mirada.

Quien desdeña, por vanidad, considerar como esencial el ceremonial del ajedrez no gustará su victoria. Quien descuida, por vanidad, hacer su dios de tablas y clavos, no construirá el navío.

El tinterillo, que nunca construirá nada, prefiere, porque es delicado, el cántico del navío al cántico de los forjadores de clavos y aserradores de tablas, así como, una vez aparejado y botado e inflado de viento el navío, en lugar de hablarme de su litigio de cada instante con el mar, me celebrará ya la isla musical, la cual, ciertamente, es significación de las tablas y los clavos, después del litigio con el mar, a condición de que nada hayas descuidado en las sucesivas mutaciones de las que ha de nacer. Mas aquel, abiertamente, y a la vista del primer clavo, chapoteando en la podredumbre del sueño, me cantará acerca de los pájaros de color y de los crepúsculos sobre el coral, los cuales primeramente me repugnarán, pues prefiero el pan crujiente a esos dulces, que además se me aparecerán sospechosos, porque hay islas de lluvia donde los pájaros son grises, y yo deseaba, ganada la isla, para sentir su amor, oír el cántico que me hiciese resonar en el corazón, el cielo gris de pájaros sin color.

Pero yo, que no pretendo construir sin piedras mi catedral y que no llego a la esencia sino como coronamiento de la diversidad; yo, que nada tomaría de la flor si no la hubiese en particular, con tal número de pétalos y no otro, con tal selección de colores y no otra; yo, que forjé clavos, aserré tablas y absorbí uno por uno los espaldarazos temibles del mar, yo puedo cantarte la isla amasada y sustancial que con mis propias manos saqué del fondo de los mares.

Así con el amor. Si mi tinterillo me lo celebra en su plenitud universal, ¿qué sabré? Pero alguna que es particular me abre una senda. Ella habla así, no en otra forma. Su sonrisa es tal, no otra. Ninguna se le parece. Y he aquí, sin embargo, que, a la noche, si me acodo en mi ventana, lejos de tropezar contra el muro particular, me parece que descubro a Dios. Porque necesitas senderos verdaderos, con tales inflexiones, tal color de la tierra, con tales rosales silvestres a cada uno de los lados. Solo entonces vas a algún lugar. Quien muere de sed dirige pasos de sueño hacia las fuentes.

Pero muere.

Así con mi piedad. Declamas sobre las torturas de niños y me sorprendes bostezando. Porque no me has conducido a ninguna parte. Me dices: «Tal naufragio ahogó diez niños...», pero nada comprendo de aritmética y no lloraré dos veces más fuerte si el número es dos veces mayor. Por otra parte, aunque hayan muerto por centenas de millares desde el origen del imperio, te sucede que gustas la vida y eres feliz.

Mas lloraré por uno si puedes conducirme a él por el sendero particular y, así como a través de cierta flor llego a las flores, ocurre que a través de él encontraré a todos los niños, lloraré, y no solo por todos los niños, sino por todos los hombres.

Un día me contaste acerca de aquel, el pecoso, el cojo, el humillado, al que detestaban los del pueblo, porque vivía como parásito, abandonado, llegado una tarde quién sabe de dónde.

Le gritaban:

–Eres peste de nuestro hermoso pueblo. ¡Eres hongo en nuestra raíz!

Pero, al encontrarlo, tú le decías:

–Tú, pecoso, ¿no tienes padre?

Y no contestaba.

O bien, porque no tenía más amigos que los animales o los árboles:

–¿Por qué no juegas con los muchachos de tu edad?

Y se encogía de hombros sin contestarte. Porque los de su edad le arrojaban piedras, dado que él cojeaba y venía de lejos, donde todo es malo.

Si se arriesgaba hacia los juegos, los gallardos, los mejor plantados se erguían ante él:

–¡Caminas como un cangrejo, y tu pueblo te ha vomitado! ¡Afeas el nuestro! ¡Era un hermoso pueblo, que andaba bien!

Veías entonces que simplemente daba media vuelta y se alejaba, arrastrando la pierna.

Tú le decías, si lo encontrabas:

–Tú, pecoso, ¿no tienes madre?

Pero no contestaba. Te miraba, en el tiempo de un relámpago, y enrojecía.

Sin embargo, como lo imaginabas amargo y triste, no comprendías su tranquila dulzura. Así era él. Tal y no otro.

Llegó la tarde en que los del pueblo quisieron echarlo a bastonazos:

–Esa semilla de cojera, ¡que vaya a plantarse a otra parte!

Tú, que lo habías protegido, le dijiste entonces:

–Tú, pecoso, ¿no tienes, pues, hermano?

Entonces se iluminó su rostro, y te miró directo a los ojos:

–¡Sí! ¡Tengo un hermano!

Y rojo de orgullo te contó acerca del hermano mayor, tal hermano, y no otro.

Capitán en algún lugar del imperio. Cuyo caballo era de tal color y no de otro, y en cuya grupa fue subido, él, el cojo, él, el pecoso, un día de gloria. Ese día y no otro. Y reaparecerá otra vez el hermano mayor. Y ese hermano mayor lo volverá a alzar a la grupa, a él, el pecoso, a él, el cojo, ante todo el pueblo. «Pero –te decía el niño– le pediré esta vez que me instale delante de él, sobre el pescuezo, ¡y querrá hacerlo! Y yo miraré. Y yo propondré: ¡a izquierda, a derecha, más rápido!... ¿Por qué se negaría mi hermano? Está contento si me ve reír. ¡Entonces seremos dos!»

Porque es otra cosa y no objeto contrahecho afeado por pecas. Es de

algo que no es él mismo y su fealdad. Es de un hermano. ¡E hizo su paseo en la grupa, en un caballo de guerra, un día de gloria!

Y llega el alba del regreso. Y el niño está sentado en el muro bajo, con las piernas colgantes. Y los otros le arrojan piedras:

–¡Eh! ¡Tú que no sabes correr, bizco de piernas!

Pero él te mira y sonríe. Estás unido a él por un pacto. Tú eres testigo de la invalidez de aquellos que no ven en él más que al pecoso, al cojo, porque él es de un hermano con caballo de guerra.

Y el hermano hoy le lavará esos escupitajos y su gloria será muralla contra las piedras. Y él, el enclenque, será purificado por el viento de un caballo al galope. Y no verán ya su fealdad, porque su hermano es hermoso. Su humillación será lavada; porque su hermano es alegría y gloria. Y él, el pecoso, se calentará a su sol. Y en adelante los otros, que lo habrán reconocido, lo invitarán a todos sus juegos: «Tú, que eres de tu hermano, ven a correr con nosotros..., eres hermoso en tu hermano». Y él rogará a su hermano que los haga subir también a ellos, uno tras otro, sobre el pescuezo de su caballo de guerra, para que, a su vez, beban el viento. Él no podría tener rigor para con ese pueblo por su ignorancia. Los amará y les dirá: «Cada vez que regrese mi hermano os reuniré y os contará sus batallas...». Así, pues, se estrecha contra ti porque sabes. Y no lo ves tan deforme, pues a través de él ves a su hermano mayor.

Pero venías a decirle que olvide que hay un paraíso y una redención y un sol. Venías a privarlo de la armadura que lo hacía valiente bajo las piedras. Venías a someterlo a su lodo. Venías a decirle: «Hombrecito, busca existir en otra forma, porque no es posible esperar el paseo en la grupa de un caballo de guerra». Y ¿cómo le anunciarías que su hermano fue expulsado del ejército, que se encamina avergonzado hacia el pueblo, y que cojea tan bajo, por el camino, que le arrojan piedras?

Y si, ahora, me dices:

–Yo mismo lo desenterré, muerto, de la charca en que se ahogó, porque ya no podía vivir, sin sol...

Entonces lloraré la miseria de los hombres. Y, por virtud de ese rostro pecoso, no de otro, de ese caballo de guerra, no de otro, de ese paseo en la grupa un día de gloria, y no otro, de esa vergüenza en el umbral de un pueblo, no de otra, de esa charca finalmente de la cual me contaste los patos y la pobre colada que se acaba en la orilla, he aquí que encuentro a Dios, tan lejos va mi piedad a través de los hombres; pues me guiaste por la verdadera senda al hablarme de ese niño y no de otro.

No busques primeramente una luz que sea un objeto entre objetos, la del templo corona las piedras.

Al engrasar tu fusil con respeto hacia el fusil y hacia la grasa, al contar tus pasos en el camino de ronda, al saludar a tu cabo por el cabo y por el saludo, preparas en ti la iluminación del centinela; al mover tus piezas de ajedrez con la seriedad de las convenciones del juego de ajedrez, al enrojecer de cólera si tu adversario hace trampa, preparas en ti la iluminación del vencedor de ajedrez. Al cinchar a tus animales, al rezongar contra la sed, al maldecir los vientos de arena, al tropezar y al tiritar y al arder –a condición de que seas fiel no al patetismo de las alas, que es solo falsa poesía en el estadio de la oruga, sino a tu función de cada instante– puedes aspirar a la iluminación del peregrino que sentirá luego en los repentinos latidos de su corazón que hizo el paso del milagro.

Me fue negado el poder, aunque te hablase de ella poéticamente, de quitar el cerrojo de tus alegrías en reserva. Pero pude ayudarte en el estadio de los materiales. Te hablé sobre la conservación de los pozos, sobre la curación de las ampollas en las palmas, sobre la geometría de las estrellas, tanto como sobre los nudos de las cuerdas, cuando una de tus cajas se inclinaba a un costado. Para que te cantase su cántico te convoqué al que había navegado en el mar durante quince años antes de hacerse camellero; él no habría encontrado en el arreglo de ramos de flores, como en el arte del atuendo de las bailarinas, fuente de poesía más exultante. Hay nudos que amarran un navío, y que un dedo de niño desvanece con solo rozarlos. Otros que parecen más simples que la ondulación del cuello de un cisne; mas puedes someter uno de ellos a tu camarada y apostar contra su victoria. Y si acepta la apuesta, no tienes más

que instalarte para reír a tu antojo; pues tales nudos ponen furioso. Y mi profesor no olvidaba, en la perfección de sus conocimientos, aunque fuese tuerto, de nariz torcida y exageradamente patizambo, los frágiles lazos con que conviene florezcas el obsequio para la amada. El hallazgo no es perfecto sino a condición de que la amada te los pueda desatar con el mismo ademán que coge las flores. «Entonces –te decía–, por fin la maravilla tu obsequio; ¡y lanza un grito!» Y tú cerrabas los ojos cuando él parodiaba el grito de amor, tan deforme era.

¿Por qué me habré ofuscado por detalles que falsamente te parecen fútiles? El marino celebraba un arte del cual sabía por experiencia que permitía transfigurar una simple cuerda en cable de remolque y salvamento. Y pues era para nosotros condición de nuestro ascenso, concedí al juego valor de plegaria. Pero, ciertamente, poco a poco, a lo largo de los días, cuando tu caravana se ha gastado, no sabes ya actuar sobre ella y te falta el poder de las simples plegarias que son nudos de cuerdas o cinchas de cuero o el desencallar de los pozos secos o la lectura de estrellas. Alrededor de cada uno se espesó el caparazón de silencio y cada uno se hace agrio de lenguaje, sombrío de oído y duro de corazón.

No te inquietes. Ya la crisálida se rompe.

Has sorteado algún obstáculo, escalaste una loma. Nada distingue aún el pedernal y las zarzas del desierto en que penas, de los pedernales y las zarzas de ayer, y he aquí que gritas: «¡Ahí está!», con grandes latidos de corazón. Tus compañeros de caravana se estrechan, pálidos, en torno a ti. Todo acaba de cambiar en vuestro corazón como en el alba. Toda la sed, todas las ampollas de pies y palmas, todos los agotamientos de mediodía bajo el sol, todos los hielos nocturnos, todos los vientos de arena que rechinan en los dientes y ciegan, todos los animales abandonados, todos los enfermos y hasta los compañeros amados que enterrasteis, os son retribuidos y centuplicados, no por la embriaguez del banquete, no por la frescura de la umbría, no por los colores espejeantes de las muchachas que lavan su ropa en el agua azul, ni siquiera por la gloria de las cúpulas que coronan la ciudad santa, sino por un signo imperceptible, por la simple estrella con que bendice el sol la más alta de las cúpulas, invisible como es ella misma por estar aún tan

lejana, de la que acaso te separen las quebraduras de la corteza en que la pista se desploma y se hunde en cordones en el abismo, luego los acantilados por subir en que tu peso te tira hacia abajo, luego aún la arena y la arena, y entre tus odres agotados y tus enfermos y moribundos, una última comida del sol. Las provisiones de alegría amuralladas en vosotros, cuyo cerrojo no podían correr las palabras, bruscamente, en el corazón de los pedernales y las zarzas, allá donde la arena tiene por músculos serpientes, una estrella invisible, más pálida que Sirio, observada en las noches de simún, tan lejana que quienes, entre vosotros, no tienen mirada de águila nada reciben, tan incierta que apenas haya girado un poco el sol se apagará, un guiño de estrella, y ni siquiera un guiño de estrella, sino, para aquellos que no tienen vista de águila, el reflejo, en los ojos del que ve, de un guiño de estrella, el reflejo de un reflejo de estrellas os transfigura. Todas las promesas se han cumplido, todas las recompensas fueron otorgadas, todas las miserias fueron restituidas y centuplicadas porque uno solo entre vosotros, cuya mirada es de águila, se detuvo bruscamente, y, mostrando con su dedo una dirección en el espacio, dijo: «¡Mirad!».

Todo ha concluido. En apariencia nada recibiste. Sin embargo has recibido todo. Estás saciado, curado, has bebido. Dices: «¡Puedo morir, he visto la ciudad, muero bendecido!». No se trata tampoco de un contraste de escasa virtud, como sería la detención de la sed después de la sed. Te dije su poder de miseria. Y ¿en qué viste que el desierto haya aflojado ya su abrazo? No se trata aquí de cambio de destino, porque no te amputa tu alegría la proximidad de la muerte, si falta el agua, mas acontece que te he fundado el ceremonial del desierto y que, por haberte sometido a él hasta el final, llegas a la fiesta, la cual es para ti aparición de una abeja de oro.

No creas que exagero en nada. Recuerdo el día en que, perdido en mesetas invioladas, me pareció tierno, cuando encontré huellas de hombres, morir entre los míos. Ahora bien, nada distinguía un paisaje del otro, sino tenues marcas en la arena medio borradas por el viento. Y todo estaba transfigurado.

¿Y qué vi yo, que me apiado de ti, pueblo mío, en el silencio de mi amor? Yo te miré cinchar los animales, andar vacío de ti bajo el sol,

escupir la arena, injuriar a veces a tu vecino a menos que, de tanto acumular pasos semejantes, no prefirieses el silencio. Nada te di sino comidas avaras, sed permanente, quemadura del sol y ampollas en las palmas. Te alimenté con pedernal y te di a beber zarzas. Luego, llegada la hora, te mostré el reflejo del reflejo de una abeja. Y me gritaste tu reconocimiento y tu amor.

¡Ah!, mis dones son leves de corteza. Pero ¿qué importan el peso o el número? Puedo, con solo abrir la mano, liberar un ejército de cedros que escale la montaña. ¡Basta con una semilla!

200

Si te diese una fortuna ya hecha, como ocurre con una herencia inesperada, ¿en qué te engrandecería? Si te diese la perla negra del fondo de los mares, fuera del ceremonial de las zambullidas, ¿en qué te engrandecería? No te engrandeces sino con lo que transformas, pues eres simiente. No hay regalo para ti. Por eso quiero tranquilizarte, a ti que te desesperas por las ocasiones perdidas. No hay ocasiones perdidas. Alguno esculpe el marfil y transforma el marfil en rostro de diosa o de reina que conmueve el corazón. Otro cincela el oro puro, y acaso el perfil que obtiene es menos patético a los hombres. Ni al uno ni al otro les fueron dados el marfil o el oro. Uno y otro han sido solo camino, senda y pasaje. No hay para ti sino materiales de una basílica por construirse. Y no careces de piedras. Así el cedro no carece de tierra. Pero la tierra puede carecer de cedros y trocarse páramo pedregoso. ¿De qué te quejas? No hay ocasión perdida porque su misión es ser simiente. Si no dispones de oro, esculpe marfil. Si no dispones de marfil, esculpe madera. Si no dispones de madera, recoge una piedra.

El ministro opulento de vientre y pesado de párpados que separé de mi pueblo no encontró, en su dominio, sus carretillas de oro y los diamantes de sus sótanos, una sola ocasión para usarlos. Pero alguno al tropezar con un canto rodado tropieza con la ocasión maravillosa.

El que se queja de que el mundo le faltó faltó él al mundo. El que se queja de que el amor no lo colmó se equivoca sobre el amor: el amor no es regalo por recibir.

La ocasión de amar nunca te falta. Puedes tornarte soldado de una reina. La reina no necesita conocerte para que estés colmado. He visto a mi geómetra enamorado de las estrellas. Él transformaba en ley para el espíritu un hilo de luz. Era vehículo, vía y pasaje. Era abeja de una estrella florida de la que hacía su miel. Lo he visto morir feliz a causa de algunos signos y figuras en los cuales se había transmutado. Así el jardinero de mi jardín que hizo abrir una nueva rosa. Un geómetra puede faltar a las estrellas. Un jardinero puede faltar al jardín. Mas tú no careces ni de estrellas, ni de jardines, ni de redondos cantos dorados en los labios de los mares. No me digas que eres pobre.

Así me ilustraba yo sobre el reposo de mis centinelas en la hora de la sopa. Hay hombres que se alimentan. Y bromean. Y cada uno lanza su improperio al vecino. Y son enemigos del camino de ronda y de la hora de vela. Terminada la faena se regocijan. La faena es su enemiga. Ciertamente. Pero, al mismo tiempo que enemiga, es su condición. Lo mismo con la guerra y el amor. Te lo dije del guerrero que hace el esplendor del amante. Y del amante arriesgado en la guerra que hace la calidad del guerrero. El que muere en las arenas no es un autómata triste. Te dice: «Cuida a mi amada o mi casa o mis hijos...». Tú cantas en seguida su sacrificio.

Pues bien, he observado a refugiados bereberes que no sabían bromear el uno con el otro, ni se infligían improperios. No creas que se trata de un simple contraste como lo es la satisfacción que sigue a la extracción de una muela cariada. Pobres y de poco poder son los contrastes. Puedes ciertamente vivificar el agua, la cual nada te entrega si detienes a cada instante tu pequeña sed, al imponerte no beber más de una vez por día. Tu placer entonces creció. Pero sigue siendo placer del vientre y de escaso interés. Así la comida de mis centinelas en la hora del reposo si no fuese más que descanso de la faena. No hallarías nada más que apetito vivificado de devoradores. Pero muy fácil me sería vivificar la vida de mis bereberes con imponerles simplemente que solo coman en los días de fiesta...

Mas construí mis centinelas en la hora de la guardia. Y son alguien cuando comen. Su comida es bien distinta de los cuidados prodigados al ganado para aumentar el contorno del vientre. Es comunión en el pan de la noche del centinela. Y ciertamente todos lo ignoran. Sin embargo, así como el trigo del pan, a través de ellos, se hará vigilancia y mirada sobre la ciudad, sucede que la vigilancia y la mirada que abarca la ciudad, a través de ellos, se hace religión del pan. No es el mismo pan comido. Si deseas leerlos en su secreto, que ignoran ellos mismos, ve a sorprenderlos en el barrio reservado, cuando cortejan a las mujeres. Les dicen: «Yo estaba allá, sobre la muralla, oí silbar tres balas en mi oído. Me quedé derecho, sin temer». Y clavan con orgullo los dientes en el pan. Y tú, estúpido, que escuchas las palabras, confundes con jactancia de veterano el pudor del amor. Porque si el soldado cuenta así la hora de ronda es menos para pavonearse que para complacerse en un sentimiento que no puede decir. Él no sabe confesarse a sí mismo el amor de la ciudad. Morirá por un dios cuyo nombre no sabrá decir. Ya se entregó a él, pero exige de ti que lo ignores. Exige de sí mismo esa ignorancia. Le parece humillante aparecer engañado por las grandes palabras. Por no saber formularse, instintivamente se niega a someter a tu ironía su frágil dios. Así como a su propia ironía. Y ves a mis soldados hacerse los matamoros y los veteranos –y complacerse en tu error– para gustar en alguna parte, en el fondo de sí mismos, y como de contrabando, el gusto maravilloso del don al amor.

Y si la mujer les dice: «Muchos entre vosotros –y es muy duro– moriréis en la guerra...», los oyes aprobar ruidosamente. Pero aprueban con gruñidos y juramentos. Sin embargo, ella les despierta el placer secreto de ser reconocidos. Ellos son los que morirán de amor.

Y si hablas de amor, ¡entonces se te reirán en las narices! ¡Los tomas por tontos cuya sangre se extrae con frases coloreadas! ¡Valerosos, sí, por vanidad! Interpretan al matamoros por pudor del amor. Así, tienen razón; porque los querrías engañados. Tú te sirves del amor de la ciudad para invitarlos al salvamento de tus graneros. Se ríen de tus vulgares graneros. Te harán creer por desprecio hacia ti que afrontan la muerte por vanidad. Tú no concibes verdaderamente el amor de la ciudad. Ellos lo saben de ti, el ahíto. Salvarán la ciudad

con amor, sin decírtelo, e injuriosamente, puesto que tus graneros residen en la ciudad, te arrojarán, como un hueso a un perro, tus graneros salvados.

201

Me sirves cuando me ordenas. Ciertamente me equivoqué al describir el país entrevisto. Situé mal ese río y olvidé aquel pueblo. Vienes, pues, triunfando ruidosamente, a contradecirme en mis errores. Y yo apruebo tu trabajo. ¿Tengo tiempo de medir todo, de denominar todo? Me interesaba que juzgases el mundo de la montaña que elegí. Te apasionas en ese trabajo, vas más lejos que yo en mi dirección. Me sostienes donde yo estaba flojo. Estoy satisfecho.

Porque te equivocas sobre mi diligencia cuando crees negarme. Eres de la raza de los lógicos, de los historiadores y de los críticos, los cuales discuten los materiales del rostro y no conocen el rostro. ¿Qué me importan los textos de la ley y las ordenanzas particulares? Te corresponde a ti inventarlos. Si deseo fundar en ti la pendiente hacia el mar, describo el navío en movimiento, las noches estrelladas y el imperio que se erige una isla en el mar por el milagro de los olores. «Llega la mañana –te digo– en que entras sin que nada cambie para los ojos de un mundo habitado. La isla aún invisible, como un cesto de especias, instala su mercado sobre el mar. Encuentras a tus marineros, no ya hirsutos y duros, sino ardientes, y ellos mismos ignoran por qué, con tiernas codicias. Porque se piensa en la campana antes de oírla tañir, la tosca conciencia exige mucho ruido cuando ya los oídos están informados. Y heme aquí feliz ya, cuando voy hacia el jardín, en el linde del clima de las rosas... Por eso sientes en el mar, según los vientos, el gusto del amor, o del reposo, o de la muerte.»

Pero tú continuaste. El navío que describí no es a prueba de tempestades e interesa modificarlo según tal o cual detalle. Y yo apruebo. ¡Cámbialo, pues! Nada tengo que conocer de tablas y clavos. Me niegas las especias que he prometido. Tu ciencia me

demuestra que serán otras. Y yo apruebo. Nada tengo que conocer de tus problemas de botánico. Solo me importa que construyas un navío y me recojas de las islas lejanas al espacio de los mares. Navegarás, pues, para contradecirme. Me contradecirás. Respetaré tu triunfo. Pero lentamente, en el silencio de mi amor, iré después de tu regreso a visitar las callejuelas del puerto.

Construido por el ceremonial de las velas izadas, de las estrellas leídas y del puente lavado en profusión de agua, habrás vuelto, y, desde la sombra en que estaré, oiré que cantas a tus hijos, para que naveguen, el cántico de la isla que instala su mercado sobre el mar. Y me volveré satisfecho.

Tú no puedes esperar ni sorprenderme en falta, ni negarme verdaderamente en lo esencial. Soy fuente y no consecuencia. ¿Pretendes demostrar al escultor que debió esculpir tal rostro de mujer y no tal busto de guerrero? Toleras la mujer o el guerrero. Están, frente a ti, simplemente. Si yo me vuelvo hacia las estrellas no extraño el mar. Pienso estrellas. Cuando creo, poco me sorprende tu resistencia; pues tomé tus materiales para construir otro rostro. Al principio protestarás. Esta piedra, me dirás, es de una frente y no de un hombro. Es posible, te contestaré. Así era. Esta piedra, me dirás, es de una nariz y no de una oreja. Es posible, te contestaré. Así era. Esos ojos, me dirás... Pero a fuerza de contradecirme y de retroceder y de avanzar y de inclinarte a derecha e izquierda para criticar mis operaciones, llegará el instante en que aparecerá con su luz propia la unidad de mi creación, tal rostro y no otro. Entonces el silencio se hará en ti.

Me importan poco los errores que me reprochas. La verdad reside más allá. Las palabras la visten mal y cada una de ellas es criticable. La enfermedad de mi lenguaje me ha hecho contradecir con frecuencia. Pero no me engañé. No he confundido la celada y la captura. Es la común medida de los elementos de la celada. La lógica no anuda los materiales, sino el mismo dios al que juntamente sirven. Mis palabras son torpes y de apariencia incoherente: no yo en el centro de ellas. Yo soy, simplemente. Si he vestido un cuerpo verdadero, no debo preocuparme por la verdad de los pliegues de la túnica. Cuando la mujer es bella, al andar, los

pliegues se destruyen y se rehacen; pero forzosamente se corresponden unos con otros.

No conozco lógica en los pliegues de la túnica. Pero estos, y no otros, hacen latir mi corazón y me despiertan el deseo.

202

Mi regalo será, por ejemplo, ofrecerte, hablándote de ella, la vía láctea que domina la ciudad. Pues, ante todo, mis regalos son simples. Te dije: «He aquí distribuidas las moradas de los hombres bajo las estrellas». Es cierto. En efecto, donde vives, si te diriges a la izquierda, encuentras el establo y tu asno. A la derecha, la casa y la esposa. Ante ti el huerto de olivos. Detrás la casa del vecino. He aquí las direcciones de tus diligencias en la humildad de los días tranquilos. Si te gusta conocer la aventura de otro para acrecentar la tuya –pues entonces adquiere un sentido– vas a golpear a la puerta de tu amigo. Y su niño curado es dirección de curación para tu niño. Y su rastrillo, que le fue robado durante la noche, aumenta la noche con todos los ladrones de paso de terciopelo. Y tu vigilia se torna vigilante. Y la muerte de tu amigo te hace mortal. Pero si quieres consumar el amor te vuelves hacia tu propia casa, y sonríes al traer como presente la tela de filigrana de oro, o el jarro nuevo, o el perfume o cualquier cosa que uno trueca en risa, tal como se alimenta la alegría de un fuego invernal al arrojarle el mudo leño. Y si, llegada el alba, debes trabajar, entonces, algo pesado, vas a despertar en el establo al asno dormido de pie, y, después de acariciarle el pescuezo, lo haces avanzar delante de ti hacia el camino.

Si, en cambio, respiras tan solo, sin usar de unos ni de otros, sin tender hacia uno o hacia otro, te sumerges sin embargo en un paisaje imantado en que hay cuestas, llamadas, solicitaciones y rechazos. En que los pasos arrancarían de ti estados diversos. Tú posees en lo invisible un país de selvas y de desiertos y de jardines y eres, aunque ausente de corazón en este instante, de tal ceremonial, y no de otro.

Si agrego ahora una dirección a tu imperio, pues mirabas hacia delante, hacia atrás, a derecha e izquierda, si te abro esta bóveda de catedral que te permite, en el barrio de tu miseria donde acaso mueres ahogado, la diligencia espiritual del marino; si despliego un tiempo más lento que el que madura tu centeno y te hago así viejo de mil años, o joven de una hora bajo las estrellas, entonces una dirección nueva se sumará a las otras. Si te vuelves hacia el amor, antes irás a lavar tu corazón en tu ventana. Dirás a tu mujer, desde el fondo de ese barrio de miseria donde mueres ahogado: «Henos aquí solos, tú y yo, bajo las estrellas». Y mientras respires, serás puro. Y serás indicio de vida, como la planta nueva que ha crecido en la meseta desierta entre el granito y las estrellas, semejante a un despertar, y frágil y amenazada, mas con el peso de un poder que se distribuirá a lo largo de los siglos. Serás eslabón de tu cadena y pleno de tu misión. O aun si, en casa de tu vecino, te acuclillas junto a su fuego para escuchar el ruido que hace el mundo –¡oh!, tan humilde, pues su voz te contará la casa vecina, o el regreso de algún soldado, o la boda de alguna muchacha–, entonces yo habría construido en ti un alma más apta para recibir esas confidencias. La boda, la noche, las estrellas, el regreso del soldado, el silencio, serán para ti música nueva.

203

Llamas fea a esta mano de piedra, que es maciza y grumosa. No puedo aprobarte. Quiero conocer la estatua antes de conocer la mano. ¿Se trata de una muchacha en lágrimas? Tienes razón. ¿Se trata de un herrero nudoso? La mano es bella. Lo mismo con respecto al que no conozco. Vienes a probarme su ignominia: «Ha mentido, ha repudiado, ha saqueado, ha traicionado...».

Pero corresponde al gendarme decidir según los actos, pues se los distingue en negro y blanco en su manual. Y le pides que asegure un orden, no que juzgue. Lo mismo el asistente que pesa tus virtudes según tu ciencia de la media vuelta. Y, ciertamente, yo también me

apoyo en el gendarme; pues el culto del ceremonial domina al culto de la justicia ya que le corresponde a él construir al hombre a quien garantizará la justicia. Si arruino el ceremonial en nombre de la justicia, arruino al hombre y mi justicia no tiene ya objeto. Yo soy justo ante todo para con tus dioses. Pero ocurre que me ruegas, no que decida sobre el castigo o la gracia de aquel a quien no conozco, pues entonces yo me descargaría en mi gendarme del trabajo de hojear las páginas del manual, sino que desprecie o estime, lo que es distinto. Porque ocurre que respeto a quien condeno, o que condeno a quien respeto. ¿No he dirigido muchas veces a mis soldados contra el enemigo amado?

Pues bien, así como conozco hombres felices, pero ignoro todo sobre la dicha, nada sé de tu pillaje, de tu asesinato, de tu repudio, de tu traición, si no son este acto de este hombre. Y el hombre no es acarreado en su sustancia, tal como el débil viento de las palabras no acarrea una estatua a quien la ignora.

Este hombre provoca, pues, tu hostilidad o tu indignación o tu repugnancia (por móviles acaso oscuros como los que te hacen rechazar cierta música). Y si esgrimiste tal acto como ejemplo, es para instalar allí tu reprobación y transportarla a otro. Porque mi poeta, igualmente, si siente cierta melancolía por un destino herido de muerte, aunque glorioso aún, dirá: «Sol de octubre». Y no ha de tratarse ciertamente ni del sol, ni de cierto mes entre los otros. Y si quiero trasladar a ti tal matanza nocturna por la cual, al caer sobre él silenciosamente, en una arena elástica, yo ahogué al enemigo en su propio sueño, anudaré esta palabra a la otra diciendo, por ejemplo: «sables de nieve» para atrapar una dulzura informulable, y no se tratará aquí de nieve, ni de sables. Así me eliges tú del hombre un acto que tenga el valor de la imagen en el poema.

Es preciso que tu rencor se torne falta. Es preciso que adquiera un rostro. Nadie soporta estar habitado por fantasmas. ¿Qué desea tu mujer esta noche? Hacer que su confidente comparta su rencor. Volcar en torno su rencor. Pues estás hecho de tal manera que no sabes vivir solo. Y necesitas colonizar con el poema. Por eso, con voluble voz, enumerarás tus indecencias. Y si ocurre que su amiga levante los hombros, pues sus reproches, evidentemente, nada valen, no se calmará por eso. Hay otros más. Ella, simplemente,

equivocó el transporte. Eligió mal las imágenes. No puede dudar de que su sentimiento sea, puesto que es.

Así ocurre con el médico cuando estás enfermo. Has propuesto tal o cual causa. Tienes tu idea al respecto. Él demuestra que te equivocas. Es posible. Que no estás enfermo. Pero protestas. Has ilustrado erróneamente tu mal, mas no podrías ponerlo en duda. Tu médico es un asno. E irás de descripción en descripción hasta la luz. Y de negación en negación no tendrá el médico el poder de anular tu mal, puesto que es. Tu mujer te censura en tu vida pasada, en tus propósitos, en tus creencias. De nada vale luchar contra los cargos. Concédele el brazalete de esmeraldas. O azótala.

Pero te compadezco por tus querellas y tus reconciliaciones; pues son de otro estado distinto al amor.

El amor es ante todo audiencia en el silencio. Amar es contemplar. Llega la hora en que mi centinela desposa la ciudad. Llega la hora en que alcanzas de tu amada lo que no es un gesto, ni otro, un detalle del rostro, u otro, una palabra que pronuncia, ni ninguna otra palabra, sino Ella.

Llega la hora en que un solo nombre basta como oración porque nada tienes que agregar. Llega la hora en que nada exiges. Ni los labios, ni la sonrisa, ni el brazo tierno, ni el soplo de su presencia. Pues te basta que Ella sea.

Llega la hora en que ya no tienes que interrogarte, para comprenderlos, sobre este paso, ni sobre esta palabra, ni sobre esta decisión, ni sobre esta negativa, ni sobre este silencio. Puesto que Ella es.

Pero alguna exige que te justifiques. Te abre un proceso sobre tus actos. Confunde el amor y la posesión. ¿Para qué responder? ¿Qué encontrarás en su audiencia? Pedías primero ser recibido en el silencio, no por tal gesto, no por tal otro, no por tal virtud, no por tal otra, no por esta palabra ni por aquella, sino en tu miseria, tal como eres.

Me sobrevino el arrepentimiento de no haber usado mesuradamente los dones ofrecidos, que solo son significación y senda, y, por haberlos codiciado en sí mismos, por no haber encontrado en ellos sino desierto. Por haber confundido medida con mezquindad de carne o de corazón, no he deseado practicarla. Me place incendiar la selva para calentarme una hora, pues el fuego me parece así más principesco. Y me parece poco interesante, si desde lo alto de mi caballo oigo silbar las balas de guerra, economizar mis días. Yo valgo lo que soy en cada instante y el fruto no nace si ha descuidado alguna etapa.

Por eso me parece risible cierto tinterillo que, durante el sitio de su ciudad, se negó a aparecer en las murallas, por desprecio, decía, del valor físico. Como si se tratase de un estado y no de un uso. De una finalidad y no de una condición simple de la permanencia de la ciudad.

Porque yo, igualmente, desprecio el apetito vulgar, y no he vivido para la digestión de cuartos de carne. Pero hice que los cuartos de carne sirviesen al brillo de mi sablazo, y sometí mi sablazo a la permanencia del imperio.

Y ciertamente, aunque durante un combate me niego a medir mis golpes por avaricia de músculo o lloriqueo de miedo, no me gustaría que los historiógrafos del imperio hiciesen de mí un remolino de sablazos; porque yo no moro en mi sable. Y si desconfío de los delicados que tragan su comida como un remedio, con la nariz prieta, no me gustaría que mis historiógrafos hiciesen de mí un devorador de carne porque yo no moro en mi vientre. Soy un árbol bien instalado en sus raíces y no desprecio nada de la pasta que ellas amasan. De ello saco mis ramas.

Pero hallé que me equivocaba con respecto a las mujeres. Sobrevino

la noche de mi arrepentimiento en que conocí que no sabía usar de ellas. Yo era semejante a aquel que, rapaz, ignorante del ceremonial, te mueve las piezas de ajedrez con una prisa árida y, al no encontrar alegría en ese desorden, te las distribuye a los cuatro vientos.

Esa noche, Señor, me levanté de su lecho con cólera al comprender que yo era ganado en el establo. Yo no soy, Señor, siervo de mujeres.

Distinto es triunfar en la ascensión de la montaña o, llevado en litera, buscar de paisaje en paisaje la perfección. Porque apenas has medido los contornos de la llanura azul, encuentras el tedio y pides a tus guías que te lleven a otra parte.

Yo busqué en la mujer el regalo que podía dar. La he deseado tal como una campanada cuya nostalgia hubiese gustado. Mas ¿qué puedes hacer con una misma campanada, día y noche? Vuelves a poner pronto la campana en el granero y ya no la necesitas. He deseado a otra por una sutil inflexión de la voz cuando decía: «Tú, Señor mío...»; pero pronto te cansas del dicho y sueñas con otra música.

Y si te diese diez mil mujeres, una tras otras las vaciarías de pronto de su virtud propia, y necesitarías mucho más aún para colmarte, pues eres distinto según las estaciones, y los días, y los vientos.

Y sin embargo, después de haber considerado siempre que nadie llegará nunca al conocimiento de una sola alma de hombre, y que hay, en lo secreto de cada uno, un paisaje interior de llanuras invioladas, de quebradas de silencio, de pesadas montañas, de jardines secretos, y que, sobre este o el otro, puedo, sin cansarte, hablar durante toda una vida, yo no comprendía la miseria de la provisión que tal o cual de mis mujeres me traía, la que no bastaba para la comida de una noche.

¡Ah, Señor!, yo no las he considerado como tierra arable, a la que debo ir, durante todo el año, antes del alba, con mis pesados zapatos de lodo y mi arado, y mi caballo, y mi rastra y mi bolsa de granos y mi previsión de los vientos y las lluvias, y mi conocimiento de las malas hierbas y sobre todo mi fidelidad, para recibir de ellas

lo que es para mí; pero las reduje a la misión de esos muñecos de bienvenida que conducen ante ti los notables de los pueblos humildes por donde pasa tu ronda en el imperio, y que recitan su discurso, o te ofrecen, en una cesta, frutos del lugar. Y ciertamente, recibes, pues es de líneas puras la sonrisa, y musical el gesto que ofrece los frutos, e ingenua la intención del discurso, pero los has agotado en sus dones y vaciado de su miel en un instante, cuando palmeaste sus mejillas frescas y saboreaste con los ojos su aterciopelada confusión. Ciertamente esas son también tierras arables de grandes horizontes, donde te perderías acaso para siempre si supieses por dónde se penetra.

Mas yo buscaba de colmena en colmena recoger la miel ya hecha, y no penetrar esa extensión que al principio no te ofrecerá nada y te reclamará pasos y pasos y pasos; porque importa que mucho tiempo, en el silencio, acompañes al dueño de los dominios, si quieres hacerte allí una patria.

Yo, que he conocido al único verdadero geómetra, mi amigo, el que podía instruirme día y noche, y al cual llevaba yo mis litigios para conocerlos, no resueltos, sino vistos por él, y ya distintos, pues siendo tal, él mismo y no otro, no escuchaba como yo esa nota, no veía como tú ese sol, no gustaba como tú esa comida, sino que con los materiales que se le sometían, hacía ese fruto de tal gusto, y no de otro –él, que simplemente no era mesurado, ni mensurable, sino poder en acción de cierta calidad y no de otra, en cierta dirección y no en otra–; yo, que conocí en él el espacio y que iba a él como se busca el viento del mar, o la soledad, ¿qué hubiese recibido de él si hubiera buscado no el hombre, sino las provisiones, los frutos, no el árbol, y pretendido satisfacerme el espíritu y el corazón con algunos preceptos de geometría?

Señor, a esa que he hecho de mi casa, tú me la das a arar y a acompañar y a descubrir.

«Señor –decía yo–, solo para aquel que araña su tierra, planta el olivo y siembra la cebada, suena la hora de las metamorfosis de las que no podría regocijarse si comprase su pan al comerciante. Suena la hora de la fiesta de las cosechas. Suena la hora de la fiesta del entrojamiento, y él empuja lentamente con el hombro la puerta gimiente sobre la reserva de sol. Porque posee el poder de abrasar,

llegado el momento, tus grandes cuadros de tierra negra, la colina de simiente que acabas de encerrar, y sobre la cual flota aún la gloria de un polvo de sonido que no se depositó totalmente.

»¡Ah, Señor! –decía yo–, he equivocado el camino. Me apuré entre las mujeres como en un viaje sin destino.

»He sufrido junto a ellas como en un desierto sin horizonte, en busca del oasis que no es el amor, sino más allá.

»Busqué un tesoro que estuviese oculto, como un objeto por descubrir entre otros objetos. Me incliné sobre su corta respiración como un remero. Y no iba a ningún lado. Medí con los ojos su perfección, conocí la gracia de las coyunturas y el asa del codo donde se quiere beber. Yo sufrí una angustia que tenía dirección. Sentí una sed que tenía remedio. Mas, habiendo equivocado el camino, miré tu verdad de frente, sin comprenderla.

»Fui semejante a ese loco que surge de noche en el corazón de las ruinas, armado con su pala, su azadón y su escoplo. Y te desmorona los muros. Y te remueve las piedras, y te ausculta las pesadas losas. Se agita presa de un negro fervor, porque se equivoca, Señor, te busca un tesoro que sea provisión ya hecha, depositada por los siglos en el secreto de alguna arquilla como una perla en su concha, juventud para el viejo, prenda de riqueza para el avaro, prenda de amor para el enamorado, prenda de orgullo para el orgulloso y para el glorioso de gloria –y sin embargo ceniza y vanidad–, porque no hay fruto que no sea de un árbol, no hay alegría que tú no hayas construido. Estéril es buscar entre las piedras una piedra más exaltadora que la otra piedra. De su agitación en el vientre de las ruinas, no sacará ni la gloria, ni la riqueza, ni el amor.

»Comparable, pues, a ese loco que va de noche cavando la aridez, no encontré en la voluptuosidad nada que no fuese placer avaro y prodigiosamente inútil. No encontré más que a mí mismo. Nada tengo que hacer conmigo, Señor, y el eco de mi propio placer me fatiga.

»Quiero construir el ceremonial del amor para que la fiesta me conduzca a otra parte. Pues nada de lo que busco, y de lo que tengo sed, y de lo que tienen sed los hombres, es del estadio de los

materiales disponibles. Y se extravía aquel que busca entre las piedras lo que no es de su esencia, cuando podría emplearlas para construir su basílica; porque su alegría no puede extraerse de una piedra entre otras piedras, sino de cierto ceremonial de las piedras, cuando la catedral esté construida. Así, tal mujer, la hago inconexa si no leo a través de ella.

»Señor, desnuda tal esposa, viéndola dormir, me será dulce que sea bella y delicada de coyunturas y tibia de senos, y ¿por qué no tendré en ello mi recompensa?»

Pero he comprendido tu verdad. Importa que esa que duerme y a la que despertaré pronto, con solo posar mi sombra, no sea el muro contra el cual tropiezo, sino la puerta que conduce más allá; y que no la disperse en materiales diversos, en busca del imposible tesoro, sino que la tenga bien anudada y una en el silencio de mi amor.

¿Y cómo podría decepcionarme? Ciertamente, se decepciona aquella que recibe una joya. Hay una esmeralda más bella que tu ópalo. Hay un diamante más bello que la esmeralda. Existe el diamante del rey más hermoso que todos. Nada tengo que hacer con un objeto querido por sí mismo si no tiene un sentido de perfección. Porque yo vivo no de las cosas, sino del sentido de las cosas.

Sin embargo este anillo mal tallado, o esta rosa marchita cosida en un cuadrado de lienzo, o ese jarro, aunque fuese de estaño, que es el del té junto a ella antes del amor, ciertamente son irremplazables; porque son objetos de un culto. Solo a Dios exigía yo perfecto, y el tosco objeto de madera, si es ahora de su culto, participa de su perfección.

Así la esposa dormida. Si la considero en sí misma pronto me cansaré y buscaré más allá. Porque es menos bella que la otra, o de carácter agrio, y aun si es perfecta en apariencia, subsiste el que no da tal campanada, cuya nostalgia siento, subsiste el que dice al revés el: «Tú, Señor mío», que en el labio de otra sería música para el corazón.

Pero duerme tranquila en tu imperfección, esposa imperfecta. No choco contra un muro. Tú no eres finalidad y recompensa y joya venerada en sí misma, de la que pronto me cansaría, tú eres

camino, vehículo y acarreo. Y no me cansaré de transmutarme.

205

Me vi así ilustrado sobre la fiesta, que lo es del instante en que pasas de un estado a otro, cuando la observación del ceremonial te ha preparado un nacimiento. Y te lo dije del navío. De haber sido mucho tiempo casa por construir en la etapa de las tablas y los clavos, se convierte, ya aparejado, en desposado para el mar. Y tú lo desposas. Es el instante de fiesta. Pero no te instalas para vivir en la botadura del navío.

Te lo dije de tu hijo. De fiesta es su nacimiento. Mas no andas cada día, durante años, frotándote las manos porque nació. Esperarás, para la otra fiesta, tal cambio de estado, como será el día en que el fruto de tu árbol se hará cepa de un nuevo árbol y plantará más lejos tu dinastía. Te lo dije del grano cosechado. Llega la fiesta del entrojamiento. Luego la de la siembra. Luego la fiesta de la primavera que convierte tu simiente en hierba suave como un estanque de agua fresca. Luego esperas aún, y es la fiesta de la cosecha, luego nuevamente la del entrojamiento. Y así sucesivamente, de fiesta en fiesta, hasta la muerte, porque no hay provisiones. Y no conozco fiesta a la cual no llegues desde algún lugar, y por la cual no vayas a otra parte. Anduviste mucho. La puerta se abre. Es el instante de fiesta. Pero no vivirás de esta sala más que de la otra. Sin embargo, quiero que te regocijes por atravesar el umbral que va a alguna parte. Y reserva tu alegría para el instante en que rompas tu crisálida. Porque eres lumbre de poco poder, y no hay a cada minuto iluminación del centinela. Yo la reservo, si es posible, para los días de clarines y de tambores y de victoria. Es preciso que se restaure en ti algo que se parece al deseo y exige a menudo el sueño.

Yo avanzo lentamente, un paso lento en la losa de oro, un paso lento en la losa negra, en las profundidades de mi palacio. Me parece cisterna, a mediodía, por la cautiva frescura. Y mi propio paso me mece: soy remero inagotable hacia donde voy. Porque no

soy de esta patria.

Se deslizan lentamente las paredes del vestíbulo y, si levanto los ojos hacia la bóveda, la veo mecerse suavemente como el arco de un puente. Un paso lento sobre una baldosa de oro, un paso lento sobre una baldosa negra, me encuentro lentamente con mi trabajo, como el equipo del pozo en perforación que te sube los escombros. Escanden la llamada de la cuerda con suaves músculos. Yo conozco a dónde voy y no soy ya de esta patria.

De vestíbulo en vestíbulo prosigo mi viaje. Y tales son las paredes. Y tales los ornamentos colgados de la pared. Y rodeo la gran mesa de planta donde están los candelabros. Y rozo con la mano tal pilar de mármol. Es frío. Siempre. Pero yo penetro en los territorios habitados. Me vienen sus ruidos como en un sueño, porque no soy ya de esta patria.

Dulces me son, sin embargo, los rumores domésticos. Te gusta siempre el canto confidencial del corazón. Nada duerme totalmente. Y hasta con tu perro, si duerme, ocurre que ladra en sueños, suavemente, y se agita un poco por recuerdo. Así con mi palacio aunque el mediodía lo haya adormecido. Y hay una puerta que se golpea, no se sabe dónde, en el silencio. Y tú piensas en el trabajo de las sirvientas, de las mujeres. Pues, sin duda, es de su dominio. Ellas te han doblado la ropa fresca en sus canastos. Ellas navegaron dos a dos para transportarlos. Y ahora que la han ordenado, vuelven a cerrar los altos roperos. Hay a lo lejos un gesto cumplido. Una obligación ha sido respetada. Algo acaba de realizarse. Sin duda ahora es el reposo, pero ¿qué sabré? No soy ya de esta patria.

De vestíbulo en vestíbulo, de baldosa negra en baldosa de oro, recorro lentamente el sector de las cocinas. Reconozco el canto de las porcelanas. Luego, el de una jarra de plata con que he tropezado. Luego ese leve rumor de una puerta profunda. Luego el silencio. Luego el ruido de pasos precipitados. Se ha olvidado algo que exige de pronto tu presencia, como ocurre con la leche que hierve, o con el niño que grita, o simplemente con la extinción inesperada de un ronroneo habitual. Alguna pieza acaba de trabarse en la bomba, en el asador o en el molino de harina. Tú corres para hacer andar la humilde súplica...

Pero el ruido de pasos se ha desvanecido porque la leche fue salvada, el niño consolado, la bomba, el asador o el molino continúan el recitado de su letanía. Se ha detenido una amenaza. Se ha curado una herida. Se ha reparado un olvido. ¿Cuál? Nada sé. No soy ya de esta patria.

Penetro ahora en el reino de los olores. Mi palacio se parece a un lagar que prepara lentamente la miel de sus frutos, el aroma de sus vinos. Y navego como a través de inmóviles provincias. Aquí membrillos maduros. Cierro los ojos, prolónganse lejos su influencia. Aquí sándalo de los cofres de madera. Aquí, más simplemente, losas recién lavadas. Cada olor se ha tallado en imperio desde varias generaciones, y el ciego podría orientarse. Y sin duda, mi padre reinaba ya sobre sus colonias. Pero yo voy, sin pensarlo bien. No soy ya de esta patria.

El esclavo, según el ritual de los encuentros, desapareció contra la pared a mi paso. Pero le dije en mi bondad: «Muéstrame tu cesta», para que se sintiese importante en el mundo. Y con el asa de sus brazos lucientes, la bajó con precaución de su cabeza. Y me presentó, con los ojos bajos, su homenaje de dátiles, higos y mandarinas. Bebí el olor. Luego sonreí. Su sonrisa entonces se ensanchó y me miró directamente a los ojos contra el ritual de los encuentros. Y con el asa de sus brazos volvió a subir su cesta, manteniéndose derecho en su mirada. «¿Qué ocurre –me dije– con esta lámpara encendida? ¡Porque van como incendios las rebeliones del amor! ¿Qué fuego secreto arde en las profundidades de mi palacio, detrás de estas paredes?» Y consideré al esclavo como si hubiese sido abismo de los mares. «¡Ah! –me dije–, ¡vasto es el misterio del hombre!» Y seguí mi camino, sin resolver el enigma, pues no era ya de esta patria.

Atravesé la sala de reposo. Atravesé la sala del Consejo en que mi paso se multiplicó. Luego descendí con lentos pasos, de escalón en escalón, la escalera que conduce al último vestíbulo. Y cuando comencé a recorrerlo, oí un fuerte ruido sordo y un entrechocar de armas. Sonreí en mi indulgencia: dormían sin duda mis centinelas, era mi palacio de mediodía como una colmena en sueño, demorada, movida apenas por la corta agitación de las caprichosas que no hallan reposo, de las olvidadizas que corren a su olvido, o del

eterno revoltoso que siempre te reajusta, te perfecciona o te desmorona algo. Así como en el rebaño de cabras hay siempre una que bala, en la ciudad dormida asciende siempre una llamada incomprensible y, en la necrópolis más muerta, está aún el sereno nocturno que deambula. Con mi paso lento, seguí pues mi camino, con la cabeza inclinada para no ver a mis centinelas, apresurados por acomodarse, porque poco me importa: no soy ya de esta patria.

Así pues, ya tiesos, me saludan, me abren la puerta de par en par y entorno los párpados en la crueldad del sol, y permanezco un instante en el umbral. Porque allá están los campos. Las colinas redondas que calientan al sol mis viñas. Mis cosechas cortadas en cuadros. El olor a tiza de las tierras. Y otra música que es de abejas, de saltamontes y de grillos. Y yo paso de una civilización a otra civilización. Porque respiraba el mediodía de mi imperio.

Y acabo de nacer.

206

De mi visita al único verdadero geómetra, mi amigo.

Porque me emocionó verlo tan atento al té y a la brasa, y al hornillo, y al canto del agua, luego al gusto de una primera prueba, luego a la espera; porque el té entrega lentamente su aroma. Y me gustó que durante esta corta meditación estuviese más distraído por el té que por un problema de geometría:

–Tú, que sabes, tú no desprecias el trabajo humilde...

Pero no me contestaba. Sin embargo, cuando hubo llenado, muy satisfecho, nuestros vasos:

–Yo que sé..., ¿qué entiendes con eso? ¿Por qué el guitarrista desdeñaría el ceremonial del té por la sola razón de que conoce algo sobre las relaciones de las notas? Conozco algo sobre las relaciones entre las líneas de un triángulo. Sin embargo, me gusta el canto del agua y el ceremonial que honra al rey, amigo mío...

Pensó; luego:

–Qué sé yo... No creo que mis triángulos me ilustren mucho sobre el placer del té. Pero puede ser que el placer del té me ilustre un poco sobre los triángulos...

–¡Qué estás diciendo, geómetra!

–Si siento, me viene la necesidad de describir. Te hablaría de los cabellos de mi amada, y de sus pestañas, y de sus labios, y de su gesto que es música para el corazón. ¿Hablaría de los gestos, los labios, las pestañas, los cabellos, si no existiese ese rostro de mujer a través del cual leo? Te demuestro en qué es suave su sonrisa. Pero antes estaba la sonrisa...

»No iré a remover un montón de piedras para hallar el secreto de las meditaciones. Pues la meditación nada significa en el estadio de las piedras. Es preciso que sea un templo. Entonces tengo el corazón distinto. E iré, reflexionando sobre la virtud de las relaciones entre las piedras...

»Yo no iré a buscar en las sales de la tierra la explicación del naranjo. Porque el naranjo no tiene significación en el estadio de sales de la tierra. Mas, al asistir a la ascensión del naranjo, explicaré por él la ascensión de las sales de la tierra.

»Sienta yo primero el amor. Contemple la unidad. Iré en seguida meditando los materiales y las combinaciones. Pero no iré a averiguar sobre los materiales si nada, hacia lo cual yo tienda, los domina. Antes contemplé el triángulo. Luego busqué en el triángulo las obligaciones que rigen las líneas. Tú también amaste antes una imagen del hombre, con determinado fervor interior. Y dedujiste tu ceremonial para que la contuviese, como la captura en la celada, y así se perpetuase en el imperio. Pero ¿a qué escultor le interesarán en sí mismos la nariz, el ojo y la barba? Y ¿qué rito del ceremonial impondrás para él? Y ¿qué iré a deducir sobre las líneas si no son de un triángulo?

»Antes me someto a la contemplación. Contaré luego, si puedo. Nunca, pues, rechacé el amor: el rechazo del amor es solo pretensión. Ciertamente he tributado honores a una que nada sabía

de los triángulos. Pero sabía más que yo sobre el arte de la sonrisa. ¿Has visto sonreír?

–Ciertamente, geómetra...

–Ella, con las fibras de su rostro y de sus pestañas y de sus labios, que son materiales aún desprovistos de significación, te construía sin esfuerzo una obra maestra inimitable y, por ser testigo de tal sonrisa, habitabas la paz de las cosas y la eternidad del amor. Luego ella te deshacía su obra maestra en el tiempo necesario para esbozar un gesto y encerrarte en otra patria donde te asaltaba el deseo de inventar un incendio del cual la habrías salvado, tú, el redentor, tan patética aparecía. Y porque su creación no dejaba esas huellas con que se pueden enriquecer los museos, ¿la habría despreciado? Yo sé formular algo sobre las catedrales construidas; mas ella me construía las catedrales...

–Pero ¿qué te enseñaba sobre las relaciones entre las líneas?

–Importan poco los objetos ligados. Debo antes aprender a leer los vínculos. Soy viejo. He visto, pues, morir al que yo amaba, o sanar. Llega la noche en que la amada, con la cabeza inclinada hacia el hombro, declina el ofrecimiento del vaso de leche tal como el recién nacido separado ya del mundo y que rechaza el pecho, porque la leche se le ha tornado amarga. Tiene una sonrisa de excusa porque te apena al no alimentarse ya de ti. Ya no te necesita. Y vas junto a la ventana a ocultar tus lágrimas. Y ahí están los campos. Entonces sientes, como un cordón umbilical, tu vinculación con las cosas. Los campos de cebada, los campos de trigo, el naranjo florecido que prepara el alimento de tu carne, y el sol que desde el origen de los siglos te hace girar el molino de las fuentes. Y te llega el ruido del acarreo del acueducto en construcción que calmará la sed de la ciudad, en lugar del otro, que el tiempo gastó, o, simplemente, de la calesa, o del paso del asno que lleva la carga. Y sientes circular la savia universal que hace durar las cosas. Y vuelves con lentos pasos hacia la cama. Secas el rostro que brilla de sudor. Ella está aún allí, junto a ti, pero como distraída mientras muere. Los campos ya no cantan para ella su canto de acueducto en construcción, o de calesa, o de asno que trota. El olor de los naranjos ya no es para ella, ni tu amor.

»Entonces recuerdas aquellos compañeros que se amaban.

»Uno venía a buscar al otro, en el corazón de la noche, por simple necesidad de sus bromas, de sus consejos, o aún más simplemente de su presencia. Y uno faltaba al otro si viajaba. Pero una equivocación absurda los malquistó. Y fingen no verse, si se encuentran. El milagro es que nada extrañan. La nostalgia del amor es el amor. Lo que recibían uno de otro, sin embargo, no lo recibirán de nadie en el mundo. Porque cada uno bromea, aconseja, o simplemente respira a su manera propia y no en otra forma. Están, pues, amputados, disminuidos, pero incapaces de saberlo. Y hasta muy orgullosos y como enriquecidos del tiempo disponible. Y te van a vagar ante los escaparates, cada uno por sí. ¡No pierden ya el tiempo con el amigo! Rechazarán todo esfuerzo que los volviese a unir al granero del que sacaban alimento. Porque ha muerto la parte de ellos que allí se alimentaba, y, ¿cómo podría esa parte reclamar, si ya no es?

»Pero tú pasas como jardinero. Y ves lo que le falta al árbol. No desde el punto de vista del árbol, porque desde el punto de vista del árbol nada le falta: es perfecto. Pero desde tu punto de vista de dios para el árbol que injerta las ramas donde es preciso. Y atas el hilo roto y el cordón umbilical. Tú reconcilias. Y vuelven a partir llenos de fervor.

»Yo también he reconciliado y he conocido la mañana fresca en que la amada te reclama la leche de cabra y el pan tierno. Y estás allí inclinado sobre ella, sosteniendo con una mano la nuca, levantando con la otra el vaso hasta los labios pálidos, y mirando beber. Tú eres camino, vehículo y acarreo. Te parece, no que la alimentas, ni siquiera que la curas, sino que vuelves a ligarla a donde estaba, esos campos, esas cosechas, esas fuentes, ese sol. Desde entonces, para ella en parte hace girar el sol el molino sonoro de las fuentes. Para ella en parte se construye el acueducto. Para ella en parte la calesa agita su cascabel. Y porque ella te parece infantil esta mañana, y no deseosa de profunda sabiduría, sino más bien de las noticias de la casa y los juguetes, y los amigos, le dices pues: “Escucha…”. Y ella reconoce el asno que trota. Entonces ríe y se vuelve hacia ti, su sol; pues tiene sed de amor.

»Y yo, que soy viejo geómetra, estuve así en la escuela, porque no

hay otras relaciones que las que tú has pensado. Dices: “Es lo mismo...”. Y una pregunta muere. Yo he devuelto a tal la sed del amigo; lo he reconciliado. Devolví a aquella la sed de la leche y del amor. Te dije: “Es lo mismo”. La curé. Y, al enunciar tal relación entre la piedra que cae y las estrellas, ¿qué otra cosa hice? Te dije: “Es lo mismo...”. Y al enunciar así tal relación entre líneas, dije: “En el triángulo esto o aquello es lo mismo...”. Y así, de muerte de las preguntas en muerte de las preguntas, me encamino suavemente hacia Dios, ante quien ninguna pregunta se plantea ya.

Y dejando a mi amigo, me fui con mis lentos pasos, yo, que me curé de mis cóleras; porque en la montaña que trepo se hace una paz verdadera que no es conciliación, renunciamiento, mezcla ni partición. Porque yo veo condición donde ellos ven litigio. Como ocurre con mi sujeción, que es condición de mi libertad, o con mis reglas contra el amor, que son condición de mi amor, o con mi enemigo amado, que es condición de mí mismo; porque el navío no tendría forma sin el mar.

De enemigo conciliado en enemigo conciliado –pero de nuevo enemigo en nuevo enemigo–, me encamino también yo a lo largo de la cuesta que trepo, hacia la calma en Dios, sabiendo que no se trata, para el navío, de hacerse indulgente con los asaltos del mar, ni para el mar de suavizarse con el navío; porque los primeros naufragarán, y los segundos degenerarán en bateas para lavanderas, mas sabiendo que importa no ceder, ni pactar por falso amor, en el curso de una guerra sin piedad, que es condición de la paz, abandonando en el camino muertos, que son condición de la vida, aceptando renunciamientos, que son condición de la fiesta, parálisis de crisálidas, que son condición de alas; pues ocurre que me anudas más arriba de mí mismo, Señor, según tu voluntad, y que no conoceré la paz ni el amor fuera de Ti, porque solo en Ti aquel que reinaba al norte de mi imperio, al cual yo amaba, y yo mismo seremos concillados, por realizados, porque solo en Ti aquel a quien debí castigar a pesar de mi estima, y yo mismo, seremos concillados, ya que solo en Ti se confunden por fin en su unidad sin litigio el amor, Señor, y las condiciones del amor.

Ciertamente es injusta la jerarquía que te burla y te impide transmutarte. Sin embargo, irán a luchar contra esa injusticia, de destrucción de arquitectura en destrucción de arquitectura, hasta la charca quieta donde los glaciares se habrán confundido.

Tú los deseas semejantes unos a otros, confundida tu igualdad con la identidad. Pero yo los diría iguales por servir similarmente al imperio. Y no por parecerse tanto.

Así, con el juego del ajedrez: hay un vencedor y un vencido. Y ocurre que el vencedor se viste con burlona sonrisa para humillar al vencido. Porque así son los hombres. Y tú vienes a prohibir, según tu justicia, los triunfos de ajedrez. Dices: «¿Qué mérito tiene el vencedor? Es más inteligente o conocía mejor el arte del juego. Su victoria es tan solo expresión de un estado. ¿Por qué se le glorificaría por ser más rojo de rostro, o más ágil, o por tener más cabello, o menos?...».

Pero yo he visto al vencido en el ajedrez jugar durante años con la esperanza de la fiesta de la victoria. Porque eres más rico al existir ella, aunque no sea para ti. Así ocurre con la perla del fondo de los mares.

Pues no te engañes sobre la envidia: es indicio de una línea de fuerzas. Yo fundé tal condecoración. Y los elegidos van pavoneándose con mi guijarro sobre el pecho. Envidias, pues, al que condecoro. Y vienes de acuerdo con tu justicia, que no es más que espíritu de compensación. Y decides: «Todos llevarán guijarros en el pecho». Y ciertamente, desde ahora, ¿quién se adornará con semejante joya? Tú vivías no para el guijarro, sino para su significación.

He ahí, dirás. He disminuido las miserias de los hombres. Porque los he curado de la sed de guijarros que la mayoría no podía pretender. Pues juzgas según la envidia, que es dolorosa. El objeto de envidia es, pues, un mal. Y nada dejas subsistir fuera de tu alcance. El niño tiende la mano y grita hacia la estrella. Tu justicia, pues, te crea el deber de apagarla.

Lo mismo en cuanto a la posesión de pedrerías. Y las almacenas en el museo. Dices: «Son de todos». Y ciertamente tu pueblo desfilará a lo largo de las vitrinas, los días de lluvia. Y bostezarán ante las colecciones de esmeraldas porque no hay ya un ceremonial que las ilumine con una significación. ¿Y en qué son más radiantes que vidrio tallado?

Hasta al diamante has purgado de su naturaleza particular. Pues podía ser para ti. Le has castrado la irradiación que provenía de ser deseable. Como a las mujeres, si las prohíbes. Por bellas que sean, serán muñecos de cera. No he visto a nadie morir, aunque fuese la imagen muy admirable, por tal o cual que el bajorrelieve de un sarcófago perpetuó hasta él. Vierte la gracia del pasado o su melancolía, no la crueldad del deseo.

Así, tu diamante no poseíble, que brillaba por esa cualidad, no será el mismo. Porque entonces te glorificaba y te honraba y te agrandaba con su brillo. Mas lo has cambiado en decoraciones de vitrina. Será honor de las vitrinas. Pero como no deseas ser una vitrina, no deseas el diamante.

Y si ahora quemas uno para ennoblecer con ese sacrificio el día de la fiesta, y multiplicar así el brillo sobre tu espíritu y sobre tu corazón, no quemarás nada. No serás tú quien sacrifique al diamante. Será un don de tu vitrina. Y a ella no le importa. No puedes ya jugar con el diamante que no tiene uso para ti. Y, si cuelgas uno en la noche del pilar del templo, para darlo a los dioses, no das nada. Tu pilar es solo un depósito apenas más discreto que la vitrina, la que es igualmente discreta si el sol invita a tu pueblo a huir de la ciudad. Tu diamante no tiene valor de donativo porque no es objeto que se dé. Es objeto que se deposita. Aquí o allá. No está ya imantado. Perdió sus divinas líneas de fuerza. ¿Qué ganaste?

Pero yo prohíbo que se vistan de rojo los que no descienden del profeta. ¿Y en qué lesioné a los otros? Ninguno se vestía de rojo. El rojo carecía de significación. Ahora todos sueñan con vestirse de rojo. He fundado el poder del rojo y tú eres más rico al existir él, aunque no sea para ti. Y el deseo que te sobreviene es indicio de una nueva línea de fuerza.

Pero el imperio te parece perfecto si en el corazón de la ciudad aquel que se sienta con las piernas en cruz muere allí de sed y de hambre. Porque no se inclinará con preferencia ni hacia la derecha, ni hacia la izquierda, ni adelante, ni atrás. Y no recibirá órdenes, así como no las dará. Y no habrá impulso en él ni hacia el diamante no poseído, ni hacia el guijarro sobre el pecho, ni hacia la vestimenta roja. Y lo verás bostezar durante horas en la tienda de telas de color, en espera de que yo cargue la dirección de sus deseos, con mis significaciones.

Pero, desde que prohibí el rojo, codicia el violado..., o bien, como es refractario y libre, y hostil a los honores, y domina los convencionalismos, y se burla del sentido de los colores, que son de mi arbitrariedad, ves que hace vaciar todos los estantes del negocio, y revuelve las reservas, para encontrar el color más opuesto al rojo, como el verde crudo, y se te muestra descontento porque no encontró la perfección de las perfecciones. Tras lo cual lo ves muy envanecido con su verde crudo, pavoneándose en la ciudad por desprecio de mi jerarquía de colores.

Pero ocurre que yo lo animé por todo un día. De lo contrario, vestido de rojo, hubiere bostezado en un museo, porque llueve.

–Yo –decía mi padre– fundo una fiesta. Mas no fundo una fiesta, sino cierta relación. Oigo burlarse a los refractarios que me fundan en seguida una contrafiesta. Y ellos afirman y perpetúan la misma relación. Los aprisiono, pues, para gustarles; porque les interesa la seriedad de su ceremonial. Y a mí también.

208

Llegó, pues, el día. Y yo estaba ahí como el marino que, con los brazos cruzados, respira el mar. Cierto mar para labrarlo y no otro. Yo estaba allí como el escultor ante la arcilla. Cierta arcilla para modelarla y no otra. Estaba allá, sobre la colina, y dirigía a Dios

esta súplica:

«Señor, en mi imperio el día comienza. Se me entrega esta mañana, dispuesto para la ejecución, como un arpa. Señor, nace a la luz tal lote de ciudades, de palmerales, de tierras arables y de plantaciones de naranjos. Y está aquí, a mi derecha, el golfo del mar para los navíos. Y está aquí, a mi izquierda, la montaña azul, de cuestas benditas con ovejas de lana, que planta en el desierto las zarpas de sus últimas rocas. Y más allá, la arena escarlata donde florece solo el sol.

»Mi imperio tiene este rostro y no otro. Y ciertamente, está en mi poder torcer un poco la curva de tal río para irrigar con él la arena, pero no en este instante. Está en mi poder fundar aquí una ciudad nueva, pero no en este instante. Está en mi poder liberar, con solo soplar su semilla, una selva de cedros victoriosa; pero no en este instante. Porque heredo en este instante un pasado cumplido, que es este y no otro. Esta arpa, dispuesta a cantar.

»¿De qué me quejaré, Señor, yo que peso en mi sabiduría patriarcal este imperio donde todo está en su sitio, como lo están los frutos de color en la cesta? ¿Por qué sentiría cólera, amargura, odio o sed de venganza? Esta es la trama para mi trabajo. Este es el campo para mi labranza. Esta es mi arpa para cantar.

»Cuando el dueño del dominio va por sus tierras en la madrugada, ves que, si la encuentra, recoge la piedra y arranca la zarza. No se irrita ni contra la zarza ni contra la piedra. Embellece su tierra y nada siente sino amor.

»Cuando aquella abre su casa en la madrugada, la ves barrer el polvo. No se irrita contra el polvo. Embellece su casa y nada siente sino amor.

»¿Me quejaré porque tal montaña cubra tal frontera y no la otra? Ella rechaza, aquí, con la quietud de una palma, a las tribus del desierto. Está bien. Construiré más lejos, allá donde el imperio está desnudo, mis ciudadelas.

»Y ¿por qué me quejaré de los hombres? Los recibo, en esta aurora, tales como son. Ciertamente, los hay que preparan su crimen, que

meditan su traición, que traman su mentira; pero hay otros que se enjaezan para el trabajo o la piedad o la justicia. Y ciertamente, yo también, para embellecer mi tierra arable, arrojaré la piedra o la zarza, pero sin odiar ni a la zarza ni a la piedra, sin sentir nada, sino amor.

»Pues encontré la paz, Señor, en el curso de mi plegaria. Vengo de ti. Me siento jardinero que camina con lentos pasos hacia sus árboles».

Ciertamente, yo también sentí, en el curso de mi vida, la cólera, la amargura, el odio y la sed de venganza. En el crepúsculo de las batallas perdidas, como rebeliones, siempre que me encontré impotente, y como encerrado en mí mismo, sin poder actuar, según mi voluntad, sobre mis tropas amontonadas a las que mi palabra no alcanzaba ya, sobre mis generales sediciosos que se inventaban emperadores, sobre los profetas dementes que anudaban racimos de fieles en puños ciegos, conocí también la tentación del hombre colérico.

Pero tú quieres corregir el pasado. Inventas demasiado tarde la decisión feliz. Recomienzas el paso que te hubiese salvado; mas participa, puesto que la hora se ha cumplido, de la podredumbre del sueño. Y ciertamente, hay un general que te aconsejó, según sus cálculos, atacar al oeste. Vuelves a inventar la historia. Escamoteas al consejero. Atacas al norte. Tanto valdría intentar abrir un camino soplando contra el granito de una montaña. «¡Ah! –te dices, en la corrupción de tu sueño–, ¡si aquel no hubiese actuado, si aquel no hubiese hablado, si aquel no hubiese dormido, si aquel no hubiese creído o dejado de creer, si aquel hubiese estado presente, si aquel hubiese estado en otra parte, entonces yo sería vencedor!»

Pero te desdeñan por ser imposibles de borrar, como la mancha de sangre del remordimiento. Y sientes el deseo de triturarlos en los suplicios, para deshacerte de ellos. Pero aunque apilases sobre ellos todas las muelas del imperio no impedirías que hayan sido.

Débil eres, y cobarde, si corres así en la vida, persiguiendo responsables, inventando nuevamente un pasado cumplido en la

podredumbre de tu sueño. Ocurre que, de depuración en depuración, entregarás tu pueblo entero al sepulturero.

Aquellos tal vez fueron vehículos de la derrota, pero ¿por qué aquellos otros, que hubiesen sido vehículos de la victoria, no dominaron primeramente? ¿Por qué el pueblo no los sostenía? Entonces ¿por qué tu pueblo prefirió los malos pastores? ¿Porque mentían? Siempre se expresan mentiras; porque todo se dice siempre, verdad y mentira. ¿Porque pagaban? Siempre se ofrece dinero; porque hay siempre corruptores.

A los de cierto imperio, si están bien fundados, mi corruptor les daría risa. La enfermedad que les ofrezco no es para ellos. Si los de aquel otro tienen gastado el corazón, la enfermedad que les ofrezco hará su entrada por tal o cual que sucumbirá primero. Y, progresando de uno en otro, pudrirá a todos los del imperio; porque mi enfermedad era para ellos. ¿Los que alcanzó primero son responsables de la podredumbre del imperio? ¡No pretendas, en el más sano de los imperios, que no existan los transmisores de cáncer! Están ahí, pero como en reserva para las horas de decadencia. Solo entonces se extenderá la enfermedad, que no necesitaba de ellos. Hubiese encontrado otros. Si la enfermedad pudre la viña de raíz en raíz, no acuso a la raíz primera. Si la hubiese quemado el año antes, otra raíz hubiese servido de puerta a la podredumbre.

Si el imperio se corrompe, todos colaboraron en la corrupción. Si la mayoría tolera, ¿de qué no es responsable? Te llamo asesino si el niño se ahoga en tu charca, y descuidas socorrerlo.

Sería pues estéril si intentase, en la podredumbre del sueño, esculpir a posteriori un pasado cumplido, y decapitase a los corruptores como a cómplices de la corrupción, a los cobardes como a cómplices de la cobardía, a los traidores como a cómplices de la traición; porque, de consecuencia en consecuencia, aniquilaría hasta a los mejores; porque habrían sido ineficaces, y me quedará aún por reprocharles su pereza, o su indulgencia, o su imbecilidad. A fin de cuentas habría pretendido aniquilar del hombre lo que es susceptible de estar enfermo y de ofrecer tierra fértil a tal siembra, y todos pueden estar enfermos. Y todos son tierra fértil para toda siembra. Y será preciso que los suprima a todos. Será entonces perfecto el mundo, purgado el mal. Pero yo digo que la perfección

es virtud de muertos. La ascensión usa como abono malos escultores y mal gusto. Yo no sirvo a la verdad ejecutando a quien se engaña, porque la verdad se construye de error en error. No sirvo a la creación ejecutando a quienquiera que no acierte la suya, porque la creación se construye de fracaso en fracaso. No impongo una verdad ejecutando a quien sirva a otra, porque mi verdad es árbol que se da. Y no conozco más que tierra arable, que aún no alimentó a mi árbol. Llego, estoy presente. Recibo el pasado de mi heredado imperio. Soy el jardinero que anda hacia su tierra. No iré a reprocharle que nutra cactos y zarzas. Me río de cactos y zarzas, si soy simiente de cedro.

Desprecio el odio, no por indulgencia, sino porque, por venir de ti, Señor, en quien todo está presente, el imperio me está presente a cada instante. Y a cada instante, comienzo.

Yo recuerdo la enseñanza de mi padre: «Ridícula es la semilla que se queja de que la tierra, a través de ella, se haga lechuga y no cedro. Ello no es pues más que semilla de lechuga».

Decía también él: «El bizco sonrió a la niña. Ella se volvió hacia los que miran rectamente. Y el bizco anda diciendo que los de mirada recta corrompen a las niñas».

Vanidosos los justos que imaginan no deber nada a los tanteos, a las injusticias, a los errores, a las vergüenzas que los trascienden. ¡Ridículo el fruto que desprecia al árbol!

209

Igual que quien cree hallar la alegría en la riqueza de un montón de objetos, impotente como es para extirparla pues ella no reside allí, multiplica sus riquezas y apila los objetos en pirámides y va a agitarse entre ellos en sótanos, semejantes a esos salvajes que te desmontan los materiales del tambor, para capturar el sonido.

Igual aquellos que por conocer que las relaciones que constriñen palabras te someten a mi poema, que las estructuras que constriñen te someten a la escultura de mi escultor, que la relaciones que constriñen entre las notas de la guitarra te someten a la emoción del guitarrista, creen que el poder reside en las palabras del poema, los materiales de la escultura, las notas de la guitarra, y te los agitan en un desorden intrincado, y al no encontrar allí ese poder, puesto que no reside allí, exageran, para hacerse oír, su alboroto, produciendo cuando más en ti la emoción que extraerás de una pila de vajilla que se rompe, la cual primeramente es de calidad discutible, de discutible poder luego, y sería de otra eficacia, te dirigiría, te gobernaría, te provocaría mucho mejor, si la extrajeses del peso de mi gendarme cuando te aplasta el pulgar.

Y si deseo gobernarte al decirte «sol de octubre» o «sable de nieve», es preciso que yo construya una celada que aprisione una captura, la cual no es de su esencia. Pero si deseo emocionarte con los objetos mismos de la celada, por no atreverme a decirte melancolía, crepúsculo, amada, palabras de poema compradas, hechas en el bazar, las cuales te hacen vomitar, no actuaré por ello menos en la floja acción de mimetismo, la cual te pone menos gozoso si te digo «cadáver» que «canastilla de rosas», aunque ni uno ni otro te rijan profundamente, y saldré de lo habitual para describirte suplicios del mayor refinamiento. Y además por no extraer la emoción que no reside allí, pues es débil el poder de las palabras que te vierten apenas una saliva ácida cuando yo hago actuar la mecánica del recuerdo, comienzas a agitarte frenéticamente, y a multiplicar las torturas y los detalles sobre la tortura y los olores de la tortura, para finalmente pesar menos en mí que el buen pie de mi gendarme.

Por buscar así sorprenderte, con el leve poder de choque de lo desusado, y ciertamente te sorprenderé si entro retrocediendo a la sala de audiencia donde te recibo, o si, más generalmente, acudo a cualquier cosa incoherente e inesperada, por agitarme así soy tan solo rapaz y extraigo mi ruido de la destrucción, pues, ciertamente, en la segunda audiencia ya no te sorprenderás de mi entrada hacia atrás y, una vez habituado, ya no te sorprenderás de ese gesto absurdo, ni de lo imprevisto de lo absurdo. Y pronto te acuclillarás triste y sin lenguaje, en la indiferencia de un mundo gastado. Pero la única poesía que podrá sacarte aún un movimiento de queja será

la del enorme zapato claveteado de mi gendarme.

Porque no hay refractario. No hay individuo solo. No hay hombre que se atrinchere verdaderamente. Son ellos más ingenuos que los fabricantes de coplas que so pretexto de poesía te mezclan el amor, el claro de luna, el otoño, los suspiros y la brisa.

«Sombra soy –dice tu sombra– y desprecio la luz.» Pero de ella vive.

210

Te acepto tal como eres. Acaso te atormente la enfermedad de apoderarte de las figurillas de oro que caen bajo tu vista, y por otra parte seas poeta. Te recibiré pues por amor a la poesía. Y por amor a mis figurillas de oro, las guardaré.

Acaso, como una mujer, consideres los secretos que te son confiados como diamantes para tu adorno. Ella va a la fiesta. Y el objeto raro que exhibe la envanece y hace sentir importante. Acaso, por otra parte, seas bailarín. Te recibiré, pues, por respeto a la danza, mas, por respeto a los secretos, los callaré.

Pero acaso seas simplemente mi amigo. Te recibiré, pues, por amor a ti, tal como eres. Si cojeas no te pediré que bailes. Si odias a tal o a cual, no te los infligiré como invitados. Si necesitas alimento, te serviré.

No iré pues a dividirte para conocerte. No eres ni este acto, ni aquel, ni su suma. Ni esta palabra, ni aquella, ni su suma. No te juzgaré ni por esas palabras ni por esos actos. Sino que por ti juzgaré esos actos y esas palabras.

Exigiré en cambio tu audiencia. No preciso al amigo que no me conoce y pide explicaciones. No tengo el poder de transportarme en el débil viento de las palabras. Soy montaña. La montaña puede contemplarse. Pero no te la ofrecerá la carretilla.

¿Cómo te explicaré lo que antes no es comprendido por el amor? Y

a menudo ¿cómo hablaré? Hay palabras indecentes. Te lo dije acerca de mis soldados en el desierto. Los considero en silencio, las vísperas de combate. El imperio reposa sobre ellos. Morirán por el imperio. Y su muerte les será pagada en este cambio. Conozco pues su verdadero fervor. ¿Qué me enseñaría el viento de las palabras? ¿Que se quejan de las zarzas, que odian al cabo, que el alimento es mezquino, que su sacrificio es amargo?... ¡Así deben hablar! Desconfío del soldado demasiado lírico. Si desea morir por su cabo, es probable que no muera, ocupado en declamarte su poema. Desconfío de la oruga que se cree enamorada de las alas. Esa no irá a morir en la crisálida. Pero, sordo al viento de sus palabras, a través de mi soldado veo quién es él, no quién dice. Y aquel, en el combate, cubrirá a su cabo con el pecho. Mi amigo es un punto de vista. Necesito oír hablar desde donde habla porque en eso es imperio particular y provisión inagotable. Puede callarse y colmarme aún. Considero entonces de acuerdo con él y veo el mundo en otra forma. Igualmente exijo de mi amigo que sepa desde dónde hablo. Solo entonces me comprenderá. Porque las palabras siempre se sacan la lengua.

211

Volvió a verme ese profeta de ojos duros que noche y día incubaba un santo furor, y que, además, era bizco.

–Es conveniente –me dijo– salvar a los justos.

–Ciertamente –le contesté–, no hay razón evidente que motive su castigo.

–Distinguirlos de los pecadores.

–Ciertamente –le contesté–. El más perfecto debe ser erigido como ejemplo. Eliges como pedestal la mejor estatua del mejor escultor. Lees a los niños los mejores poemas. Deseas reina a la más bella. Porque la perfección es una dirección que conviene mostrar, aunque esté fuera de tu poder alcanzarla.

Pero el profeta, inflamándose:

–Y una vez seleccionada la tribu de los justos, importa salvarla sola y así, de una vez por todas, aniquilar la corrupción.

–¡Eh! –le dije–, vas muy rápido. Porque pretendes separarme la flor del árbol. Ennoblecer la cosecha suprimiendo el abono. Salvar a los grandes escultores decapitando a los malos escultores. Y yo no conozco sino hombres más o menos imperfectos y, desde la turba hacia la flor, la ascensión del árbol. Y digo que la perfección del imperio reposa en los impúdicos.

–¡Honras la impudicia!

–Honro igualmente tu necedad, porque conviene que la virtud se ofrezca como un estado de perfección perfectamente deseable y realizable. Y que se conciba al hombre virtuoso, aunque no pueda existir, primeramente porque el hombre es inválido, luego porque la perfección absoluta, donde resida, acarrea la muerte. Pero conviene que la dirección adquiera el aspecto de finalidad. De otro modo te cansarías de andar hacia un objeto inaccesible. Yo sufrí duramente en el desierto. Primeramente aparece como invencible. Pero hago de esa lejana duna la feliz escala. Y la alcanzo, y se vacía de su poder. Hago entonces de una marca en el horizonte la feliz escala. Y la alcanzo, y se vacía de su poder. Me elijo entonces otro punto de mira. Y de punto de mira en punto de mira, emerjo de las arenas.

»La impudicia o es un indicio de simplicidad e inocencia, como lo es la de las gacelas, y, si te dignas informarla, la convertirás en virtuoso candor, o bien extrae sus alegrías de la agresión al pudor. Y reposa en el pudor. Y vive de él y lo funda. Y cuando pasan los soldados ebrios, ves a las madres correr a sus hijas y prohibirles que se muestren. En cambio, como los soldados de tu imperio de utopía tienen por costumbre bajar castamente los ojos, sería como si estuviesen ausentes, y no hallarías inconveniente en que las niñas se bañasen desnudas. Mas el pudor de mi imperio no es ausencia de impudicia (porque los más púdicos, entonces, son los muertos). Es fervor secreto, reserva, respeto de sí mismo y valentía. Es protección de la miel cumplida, con miras a un amor. Y si pasa por algún lugar un soldado ebrio, ocurre que él funda en mi imperio la calidad del pudor.

–Deseas pues que tus soldados ebrios griten sus miserias...

–Ocurre, por el contrario, que los castigue para fundar su propio pudor. Pero ocurre igualmente que mientras más fundado está, más atrayente se hace la agresión. Más alegría te produce escalar el pico elevado que la colina redonda. Vencer a un adversario que se te resiste, que a un tonto que no se defiende. Solo donde las mujeres llevan velo te quema el deseo de leer su rostro. Y juzgo la tensión de las líneas de fuerza del imperio por la dureza del castigo que equilibra el apetito. Si obstruyo un río en la montaña, me gusta apreciar el espesor del muro. Es indicio de mi poder. Porque, ciertamente, contra la pobre charca me basta una muralla de cartón. ¿Y por qué desearía soldados castrados? Los quiero pesados contra la muralla, porque solo entonces serán grandes en el crimen o en la creación que trasciende al crimen.

–Los deseas, pues, hinchados de sus deseos de estupro...

–No. No has entendido nada –dije.

212

Mis gendarmes, en su opulenta estupidez, vinieron a rodearme:

–Hemos descubierto la causa de la decadencia del imperio. Se trata de cierta secta que es preciso extirpar.

–¡Ah! –dije–. ¿En qué reconoces que están ligados unos a otros?

Y ellos me contaron las coincidencias en sus actos, su parentesco según tal o cual signo, y el lugar de sus reuniones.

–¿Y en qué reconocéis que son una amenaza para el imperio?

Y ellos me descubrieron sus crímenes y la concusión de algunos de ellos, y las violaciones cometidas por otros, y la cobardía de muchos, o su fealdad.

–¡Oh! –dije–. ¡Conozco una secta más peligrosa aún, porque nunca pensó nadie en combatirla!

–¿Qué secta? –se apresuraron a decir mis gendarmes.

Porque el gendarme, que ha nacido para golpear, languidece si carece de alimentos.

–La de los hombres –contesté– que llevan un lunar en la sien izquierda.

Mis gendarmes, que no comprendieron, me aprobaron con un gruñido.

Porque el gendarme puede golpear sin comprender. Golpea con los puños, que están vacíos de seso.

Sin embargo, uno de ellos, que había sido carpintero, tosió dos o tres veces:

–No manifiestan su parentesco. No tienen lugar de reunión.

–Ciertamente –contesté–. En eso está el peligro. Porque pasan inadvertidos. Pero apenas haya publicado yo el decreto que los señale a la indignación pública, los verás buscarse uno al otro, unirse uno con otro, vivir en común y, alzados contra la justicia del pueblo, adquirir conciencia de su casta.

–Es muy cierto –aprobaron mis gendarmes.

Mas el que fue carpintero tosió nuevamente:

–Yo conozco a uno. Es suave. Es generoso. Es honesto. Ganó tres heridas en la defensa del imperio...

–Ciertamente –contesté–. Porque las mujeres son descocadas, ¿deduces que no hay ninguna que demuestre ser razonable? Porque los generales son ruidosos, ¿deduces que no existe ninguno, aquí o allá, que sea tímido? No te detengas en excepciones. Una vez escogidos los que llevan el signo, investiga su pasado. Han sido fuente de crímenes, raptos, violaciones, concusiones, traiciones, glotonería e impudicia. ¿Pretendes que están libres de tales vicios?

–Ciertamente no –exclamaron los gendarmes, despierto el apetito en sus puños.

–Ahora bien, cuando un árbol produce frutos podridos, ¿reprochas la podredumbre a los frutos o al árbol?

–Al árbol –exclamaron los gendarmes.

–¿Y es preciso absolver a algunos frutos sanos?

–¡No! ¡No! –exclamaron los gendarmes, quienes, felizmente, amaban su oficio, que no es absolver.

–Sería pues equitativo purgar el imperio de esos portadores de un lunar en la sien izquierda.

Pero el que fue carpintero tosió aún:

–Formula tu objeción –dije, mientras sus compañeros, guiados por el olfato, lanzaban miradas alusivas en dirección a su sien.

Uno de ellos se enardeció, miró desdeñosamente al sospechoso:

–El que dice haber conocido... ¿no será su hermano... o su padre... o alguno de los suyos?

Y gruñeron todos su asentimiento.

Entonces llameó la cólera:

–¡Más peligrosa aún es la secta de los que llevan un lunar en la sien derecha! ¡Porque ni siquiera lo hemos pensado! Luego se disimula mejor aún. Más peligrosa aún que esa es la secta de quienes no llevan lunar, porque esos andan encubiertos, invisibles como conjurados. Y a fin de cuentas, de secta en secta, condeno a toda la secta de los hombres, porque es, evidentemente, manantial de crímenes, de raptos, de violaciones, de glotonería y de impudicia. Y como ocurre que los gendarmes, además de gendarmes, son hombres, comenzaré por ellos, ya que dispongo de esa comodidad, la necesaria depuración. ¡Por eso ordeno al gendarme que hay en vosotros arrojar al hombre que hay en vosotros en el estiércol de los calabozos de mis ciudadelas!

Y se fueron mis gendarmes, refunfuñando con perplejidad y reflexionando sin grandes resultados, porque ocurre que reflexionan con los puños.

Pero retuve al carpintero, que bajaba los ojos y se hacía el modesto.

–¡A ti te destituyo! –le dije–. La verdad del carpintero, que es sutil y contradictoria porque la madera le resiste, no es verdad de gendarme. Si el manual marca con negro a quienes llevan lunares en la sien, me gusta que mis gendarmes, con solo oír hablar de ellos, sientan crecer sus puños. Me gusta del mismo modo que el asistente te pese según tu ciencia de la media vuelta. Porque el asistente, si tiene el derecho de juzgar te excusará de tu torpeza porque eres buen poeta. Perdonará igualmente a tu vecino, porque es piadoso. Y al vecino de tu vecino, porque es modelo de castidad. Reinará así la justicia. Pero que se produzca en la guerra la ficción sutil de una media vuelta y he ahí a mis guerreros trabados unos con otros, en el estrépito de un gran alboroto, atrayendo a ellos la matanza. Mucho los consolará la estima del asistente. Te vuelvo pues a tus maderas, por miedo de que tu amor a la justicia, donde ella nada tiene que hacer, vierta un día sangre inútil.

213

Pero vino el que me interrogó sobre la justicia.

–¡Ah! –le dije–. Si conozco actos equitativos, nada conozco sobre la equidad. Es equitativo que se te alimente de acuerdo con tu trabajo. Es equitativo que se te atienda si estás enfermo. Es equitativo que seas libre si eres puro. Pero la evidencia no va muy lejos... Es equitativo lo que está de acuerdo con el ceremonial.

Exijo del médico que atraviese el desierto, aunque sea sobre los puños y las rodillas, para curar la herida de un hombre. Aunque ese hombre fuese un descreído. Porque fundo así el respeto del hombre.

Pero ocurre que el imperio está en guerra contra el imperio del descreído, exijo de mis soldados que atraviesen el mismo desierto para extender al sol las entrañas del mismo descreído. Pues así fundo el imperio

–Señor... no, te entiendo.

–Me gusta que los forjadores de clavos, que cantan los cánticos de los mercaderes de clavos, tiendan a saquear los instrumentos de los aserradores de tablas para servir a los clavos. Me gusta que los aserradores de tablas tiendan a pervertir a los forjadores de clavos, para servir a las tablas. Me gusta que el arquitecto que domina burle a los aserradores de tablas que protegen los clavos y a los forjadores de clavos que protegen las tablas. Porque de esa tensión de líneas de fuerzas, nacerá el navío y nada espero de los aserradores de tablas sin pasión que veneran los clavos, ni de los forjadores de clavos sin pasión que veneran las tablas.

–¿Honras, pues, el odio?

–Digiero el odio y lo supero, y solo honro el amor. Pero ocurre que él solo se anuda el navío sobre tablas y clavos.

Y me retiré, y dirigí a Dios esta plegaria:

«Acepto como provisionales, Señor, aunque no sea de mi etapa distinguir la llave de la bóveda, las verdades contradictorias del soldado que busca herir y del médico que busca curar. Yo no concilio, en tibio brebaje, bebidas heladas y calientes. No deseo que se hiera y se cure moderadamente. Castigo al médico que niega su atención, castigo al soldado que niega sus golpes. Y no me importa si las palabras se sacan la lengua. Porque ocurre que esa única celada, cuyos materiales son dispares, se apodera de mi captura en su unidad, que es tal hombre, de tal cualidad, y no de otra.

»Tanteando, busco tus divinas líneas de fuerzas, y carente de evidencias que no son de mi estadio, digo que tengo razón en la elección de los ritos del ceremonial si ocurre que con ellos me libero y respiro. Tal como mi escultor, Señor, a quien satisface cierto movimiento del pulgar hacia la izquierda, aunque no sepa decir por qué. Pues solo así le parece que confiere poder a su arcilla.

»Yo voy a Ti como se desarrolla el árbol según las líneas de fuerzas de su semilla. El ciego, Señor, nada conoce del fuego. Pero el fuego tiene líneas de fuerza sensibles en las palmas. Y él anda a través de las zarzas, porque toda mutación es dolorosa. Señor, yo voy a Ti, por tu gracia, a lo largo de la cuesta de las transmutaciones.

»Tú no desciendes hacia tu creación, y para instruirme nada puedo esperar más que el calor del fuego o la tensión de la semilla. Igual que la oruga que nada sabe de las alas. No espero ser informado por el teatro de títeres de las apariciones de arcángeles; porque no me dirían nada que valga la pena. Inútil es hablar de alas a la oruga, como del navío al forjador de clavos. Basta con que existan, por la pasión del arquitecto, las líneas de fuerzas del navío. Por la simiente, las líneas de fuerza de las alas. Por la semilla, las líneas de fuerza del árbol. Y que Tú, Señor, simplemente seas.

»Señor, glacial es a veces mi soledad. Y reclamo un indicio en el desierto del abandono. Pero me enseñaste durante un sueño. Comprendí que todo indicio es inútil, porque si eres de mi etapa no me obligas a crecer. Y ¿qué puedo hacer conmigo, Señor, tal como soy?

»Por eso ando, formulando plegarias a las que no se responde, y sin tener, tan ciego soy, más guía que un leve calor en mis palmas marchitas, y alabándote sin embargo, Señor, de que no me respondas; pues si hallé lo que busco, Señor, acabé de transmutarme.

»Si hicieses llegar al hombre, gratuitamente, el paso del arcángel, el hombre estaría cumplido. Ya no aserraría, ya no forjaría, ya no combatiría, ya no curaría. No barrería ya su pieza ni querría a la amada. Señor, ¿se extraviaría al honrarte con su caridad entre los hombres, si te contemplase? Cuando está construido el templo, veo el templo y no las piedras.

»Señor, heme aquí, viejo y con la debilidad de los árboles cuando el invierno sopla. Cansado de mis enemigos como de mis amigos. Insatisfecho en mi pensamiento por estar sujeto a matar y a curar a la vez; porque de ti me viene la necesidad, que hace tan cruel mi

suerte, de dominar todos los opuestos. Y sin embargo, constreñido a subir, formulando menos preguntas, suprimiendo preguntas, hacia tu silencio.

»Señor, con aquel que reposa al norte de mi imperio y fue mi enemigo amado, con el único verdadero geómetra, mi amigo, y conmigo mismo que, ¡ay!, he pasado la cresta y dejo atrás a mi generación como en la pendiente ahora acabada de una montaña, dígnate hacer la unidad para tu gloria, adormeciéndome en el hueco de esas arenas desiertas donde mucho trabajé».

214

Tu desprecio del mantillo es sorprendente. Solo respetas los objetos artísticos:

–¿Por qué visitas a amigos tan imperfectos? ¿Cómo soportas al que tiene tal defecto, o aquel otro que tiene tal olor? Conozco otros más dignos de ti...

Así dices al árbol: «¿Por qué plantas tus raíces en el estiércol? Yo solo respeto los frutos y las flores».

Pero yo vivo únicamente de lo que se transforma. Soy vehículo, senda y acarreo. Y tú eres estéril como un muerto.

215

Inmóvil estás, a la manera de un navío que, atracado, entrega su carga, la cual viste los muelles del puerto con vivos colores, y en efecto están allí las telas doradas y las especias rojas y verdes y los marfiles, he aquí que el sol, como un río de miel sobre las arenas, entrega el día. Y permaneces sin movimiento, sorprendido por la calidad de la aurora, en las pendientes de la loma que domina el

pozo. Y los animales de grandes sombras están también inmóviles. Ninguno se agita: saben que uno por uno van a beber. Pero un detalle detiene la procesión. No se distribuyó aún el agua. Faltan los grandes cubos que traen. Y con los puños en las caderas, miras a lo lejos y dices: «¿Qué hacen?».

Los que tú has subido de las entrañas del pozo destacado de arena depositaron sus instrumentos y cruzan los brazos sobre el pecho. Su sonrisa te ilustró. Está presente el agua. Porque el hombre en el desierto es animal de hocico torpe, que busca su mama tanteando. Tranquilizado, sonreíste. Y los camelleros que te vieron sonreír sonríen a su vez. Y he aquí que todo es sonrisa. Las arenas en su luz y tu rostro y el rostro de tus hombres y acaso algo en los animales, bajo su corteza; pues saben que van a beber y están allí, inmóviles, resignados en el placer. Y ocurre en este minuto como en el mar cuando un desgarrón de la nube vuelca el sol. Y sientes de pronto la presencia de Dios, sin comprender por qué, tal vez por el difundido gusto de recompensa (pues ocurre con un pozo vivo en el desierto como con un regalo, nunca enteramente previsto, nunca enteramente prometido), también por la espera de la comunión en el agua próxima, que te tiene siempre inmóvil. Porque aquellos, con los brazos cruzados sobre el pecho, no se han movido. Porque tú, con los puños sobre las caderas, en lo alto de la loma, miras siempre el mismo punto del horizonte. Porque los animales de grandes sombras organizados en procesión en las pendientes de arena aún no se pusieron en movimiento. Puesto que aquellos que traen los grandes cubos para dar de beber no aparecen aún, y tú sigues preguntando: «¿Qué hacen?». Todo está aún suspendido y sin embargo prometido.

Y habitáis la paz de una sonrisa. Y ciertamente pronto os regocijaréis de beber; pero ya no ha de tratarse solo de placer, ahora se trata de amor. Ahora que, hombres, arenas, animales y sol están como anudados en su significación por un simple agujero entre piedras, y ya no representan en torno de ti, en tu diversidad, más que objetos de un mismo culto, elementos de un ceremonial, palabras de un cántico.

Y tú, gran sacerdote que presidirá; tú, general que ordenará; tú, maestro de ceremonia, inmóvil, con los puños en las caderas,

demorando aún tu decisión, interrogas al horizonte de donde te traen los grandes cubos para dar de beber. Porque aún falta un objeto para el culto, una palabra para el poema, un peón para la victoria, una especia para el festín, un huésped de honor para la ceremonia, una piedra a la basílica para que relumbre ante los ojos. Y en algún lugar caminan los que traen como piedra angular los grandes cubos y a quienes gritarás cuando aparezcan: «¡Eh!, ¡vosotros, allá, apuraos pues!». No contestarán. Subirán la loma. Se arrodillarán para instalar sus utensilios. Entonces harás solo un gesto. Y empezará a gritar la cuerda que vela el parto de la tierra, empezarán los animales a mover, lentamente, su procesión. Y empezarán los hombres a gobernarlos en el orden previsto, a garrotazos, y a lanzar contra ellos los gritos guturales de mando. Así empezará a desarrollarse, según su ritual, la ceremonia de dar agua bajo la lenta ascensión del sol.

216

Vinieron, pues, a mi encuentro los lógicos, historiadores y críticos para argumentar y demostrar y deducir sus sistemas de consecuencia en consecuencia. Y todo era despiadadamente exacto. Y me construían, a cual mejor, sociedades, civilizaciones e imperios que admirablemente favorecían, liberaban, alimentaban y enriquecían al hombre.

Cuando hubieron hablado mucho tiempo, les pregunté simplemente:

–Para perorar así válidamente sobre el hombre, convendría antes decirme qué es importante en el hombre y para el hombre...

Lanzáronse de nuevo y con voluptuosidad en nuevas construcciones; porque si les ofreces ocasión de discutir la toman al vuelo y se lanzan por la senda imprudentemente abierta como una carga de caballería, con alboroto de armas, polvareda de oro de la arena y tormentoso viento de carrera. Pero no van a ningún lado.

–Luego –les dije, cuando dejaron de producir su ruido y esperaron las felicitaciones (pues corren no para servir, sino para hacerse ver, oír o admirar en su revoloteo y, terminado su desbarro, adoptan por adelantado un aspecto modesto)–, luego, si entendí bien, pretendéis favorecer lo que es más importante en el hombre y para el hombre. Pero entendí que vuestros sistemas favorecían el funcionamiento de su vientre –eso es ciertamente útil; pero se trata de un medio, no de un fin, puesto que ocurre con su osamenta como con la solidez del vehículo– o de su salud, pero se trata de un medio, no de un fin, pues ocurre con la conservación de sus órganos como con la conservación del vehículo, o de su número; pero se trata siempre de un medio, no de un fin. Porque se trata aquí de la cantidad de vehículos. Y ciertamente, deseo para el imperio muchos hombres sanos adecuadamente alimentados. Pero cuando pronuncié esas poderosas evidencias no dije aún nada sobre lo esencial, sino que hay una materia disponible. Pero ¿qué haré con ella, adónde la conduciré y qué debo proporcionarle para que crezca? Porque no es solo vehículo, senda y acarreo...

Me discurrían sobre el hombre como se discurre sobre la lechuga. Y nada sobre ella, que merezca ser contado, dejaron las generaciones de lechugas que se sucedieron en mi huerto.

Pero no supieron contestarme. Por ser miopes y tener la nariz encima, sin preocuparse nunca más que de la calidad de la tinta o del papel y no de la significación del poema.

Agregué, pues:

–Yo, que soy positivo y desprecio la podredumbre del sueño. Yo, que no comprendo la isla musical sino como construcción concreta. Yo, que no estoy, como los financieros, ebrio de los vapores del sueño; yo, que, por honrar la experiencia, coloco naturalmente el arte de la danza por encima del arte de la concusión, del acaparamiento, de la prevaricación, porque procura más placer y su significación es más clara; porque a tus riquezas acaparadas será preciso hallarles un empleo, y porque la danza conmueve a los hombres, te comprarás alguna bailarina, pero como nada sabes de la danza, la elegirás sin talento y nada poseerás. Yo, que miro y oigo –por no escuchar palabras en el silencio de mi amor–, comprobé que nada valía para el hombre un olor de cera cierta

noche, una abeja de oro cierta aurora, una perla negra no poseída en el fondo de los mares. Y de los mismos financieros he comprobado que les ocurría cambiar una fortuna duramente adquirida por la concusión, la prevaricación, el acaparamiento, la explotación de esclavos, las noches en vela quemadas en trabajos de procedimientos y en corrosivas sumas de contador, por una avellana ancha como la uña y con apariencia de vidrio tallado que, por llamarse diamante y haber surgido del ceremonial de las excavaciones en la profundidad de los órganos de la tierra, adquiría así el valor del olor de cera o del resplandor de la abeja, y merecía ser salvada de los ladrones, aun con riesgo de la vida.

»¿Dónde se estableció, pues, que el don esencial es el don de la senda que seguir para llegar a la fiesta? Y primeramente, para juzgar tu civilización quiero que me digas cuáles son tus fiestas, qué gusto tienen para el corazón, y puesto que son instante de paso, puerta franca, nacimiento fuera de la crisálida tras la mutación, de dónde vienes y adónde vas. Solo entonces sabré qué hombre eres, y si vale la pena que seas próspero en tu salud, en el funcionamiento de tu vientre y en tu número.

»Y puesto que te acontece que para que tiendas hacia tal senda es preciso que sientas la sed en esa dirección y no en otra y que ella será suficiente para tu ascensión, porque guiará tus pasos y fertilizará tu talento –como ocurre con la pendiente hacia el mar con que me basta aumentarte para obtener de ti navíos–, quiero que me ilustres sobre la calidad de la sed que fundas en los hombres de tu dominio. Porque sucede que el amor, esencialmente, es sed de amor, la cultura, sed de cultura, y el placer del ceremonial hacia la perla negra, sed de la perla negra en el fondo de los mares.

217

No juzgarás según la suma. «Nada puede esperarse –me dices– de aquellos. Son grosería, afán de lucro, egoísmo, falta de valentía, fealdad.» Pero así puedes hablarme de las piedras, las cuales son rudeza, dureza, peso triste y espesor, mas no de lo que sacas de las

piedras: estatua o templo. He visto demasiado que el ser no funcionaba casi nunca como lo hacían prever sus partes y, ciertamente, si tomas aparte a cada uno de los que forman las poblaciones próximas, descubres que cada uno odia la guerra, no desea dejar su hogar, porque quiere a sus hijos y a su esposa y las comidas de cumpleaños, ni verter la sangre porque es bueno, y alimenta a su perro, y acaricia su asno, ni saquear a otro porque observas que solo quiere su propia casa y lustra sus maderas y pinta sus paredes y embalsama con flores su jardín, y me dirás pues: «Representan en el mundo el amor de la paz...». Y sin embargo, su imperio es una gran sopera donde hierve la guerra. Y su bondad, y su dulzura, y su piedad por el animal herido, y su emoción ante las flores solo son ingredientes de una magia que prepara el entrechocar de armas, como acontece con cierta mezcla de nieve, de madera barnizada y de cera caliente que prepara los grandes latidos de tu corazón, aunque la captura aquí, como en otras partes, no esté en la esencia de la celada.

¿Juzgas al árbol por los materiales? Si vienes a hablarme del naranjo, ¿me criticas su raíz, o el gusto de su fibra, o lo viscoso o lo rugoso de su corteza, o la arquitectura de sus ramas? No te importan los materiales. Juzgas al naranjo por la naranja.

Así sucede con los que tú persigues. Separados son este, ese y aquel. Me río. Su árbol me fabrica cada tanto almas de espada dispuestas a sacrificar el cuerpo en los suplicios, contra la cobardía de la mayoría, y miradas lúcidas que despojan de inútiles atributos a la verdad, como de su cáscara al fruto y, en contra del apetito vulgar de la mayoría, te observan las estrellas desde la ventana de su buhardilla y viven de un hilo de luz; entonces estoy satisfecho. Porque yo veo condición donde tú ves litigio. El árbol es condición del fruto, la piedra del templo y los hombres condición del alma que irradia sobre la tribu. Y tal como en la bondad y el suave ensueño y el amor de la casa de aquellos, fácilmente iré a plantar mi taco porque, a pesar de la apariencia, solo se trata de ingredientes, para la sopera, de peste, de crimen y de hambre. Perdonaré a los otros su ausencia de bondad o su rechazo del ensueño o su escaso amor por las casas (pues es posible que hayan sido nómadas mucho tiempo) si acontece que esos ingredientes sean condición de la nobleza de algunos. Y de eso nada sé prever por el

encadenamiento de palabras y palabras; pues no hay lógica que haga pasar de una etapa a otra.

218

Porque aquellos se pasman y querrían hacerte creer que arden día y noche. Pero mienten.

Miente el centinela de las murallas que día y noche te canta su amor por la ciudad. Prefiere su sopa a ella.

Miente el poeta que día y noche te habla de la embriaguez del poema. Si sufre un dolor de vientre se olvida de todos los poemas.

Miente el enamorado que pretende estar habitado día y noche por la imagen de su amada. Una pulga lo aparta, porque pica. O el simple tedio, y bosteza.

Miente el viajero que pretende embriagarse día y noche con sus descubrimientos; porque si la ola es muy honda, vomita.

Miente el santo que te pretende contemplar a Dios día y noche. Dios se retira a veces de él, como el mar. Y está entonces más seco que una playa de guijarros.

Mienten los que lloran su muerto día y noche. ¿Por qué lo llorarían día y noche, si no lo amaban día y noche? Conocían las horas de disputa o de cansancio o de distracciones fuera del amor. Y ciertamente, el muerto está más presente que el vivo, contemplado fuera de los litigios, transformado en uno. Mas eres infiel, hasta con tus muertos.

Mienten todos ellos, porque reniegan de sus horas de sequedad, por no haber comprendido nada. Y te hacen dudar de ti porque, al oírlos afirmar su fervor, crees en su permanencia y, a tu vez, ruborizado de tu sequedad cambias la voz y el rostro si, cuando estás de duelo, te miran.

Pero yo solo conozco el tedio que puede llegar a ser permanente para ti. El cual proviene de la invalidez de tu espíritu que no sabe leer ningún rostro a través de los materiales. Tal quien considera el material del juego de ajedrez sin adivinar que allí se inscribe un problema. Pero, en recompensa de la fidelidad en la crisálida si se te otorga cada tanto, el segundo de iluminación del centinela, o del poeta, o del creyente, o del amante, o del viajero, no te quejes de no contemplar permanentemente el rostro que transporta. Porque los hay tan ardientes que consumen a quien los contempla. La fiesta no es de todos los días.

Luego te equivocas cuando condenas a los hombres por sus movimientos de rutina, a la manera del profeta de ojos bizcos que día y noche incubaba un santo furor. Porque demasiado sé que el ceremonial degenera ordinariamente en tedio y rutina. Porque demasiado sé que el ejercicio de la virtud degenera ordinariamente en concesiones a los gendarmes. Porque demasiado sé que las altas reglas de justicia degeneran ordinariamente en biombo de manejos sórdidos. Pero ¿qué importa? Sé también del hombre, que suele dormir. ¿Me quejaré entonces de su inercia? Sé también del árbol que no es flor, sino condición de la flor.

219

He deseado fundar en ti el amor al hermano. Y he fundado juntamente la tristeza de la separación del hermano. He deseado fundar en ti el amor a la esposa. Y he fundado en ti la tristeza de la separación de la esposa. He deseado fundar en ti el amor al amigo. Y he fundado juntamente en ti la tristeza de la separación del amigo, tal como aquel que construye las fuentes construye su ausencia.

Pero al descubrirte atormentado por la separación más que por cualquier otro mal, quise curarte e instruirte sobre la presencia. Pues la fuente ausente es más dulce aún para quien muere de sed

que un mundo sin fuentes. Y hasta desterrado para siempre, lloras cuando se quema tu casa.

Conozco presencias generosas como árboles, las cuales extienden a lo lejos sus ramas para verter sombra. Porque soy el que habita y te mostraré tu morada.

Recuerda el gusto del amor cuando beses a tu mujer, pues el alba dio sus colores a las legumbres cuya pirámide insegura instalas sobre tu asno, cuando te pones en camino para venderlas en el mercado. Tu mujer te sonríe. Queda allí en el umbral dispuesta, como tú, para su trabajo; porque barrerá la casa y lustrará los utensilios y se ocupará de cocinar tu comida, pensando en ti, por el festín cuya sorpresa cuece lentamente, diciéndose a sí misma: «Que no vuelva demasiado pronto porque si me sorprendiese malograría mi placer...». Nada, pues, la separa de ti aunque en apariencia te vayas lejos y ella desee tu demora. Y lo mismo ocurre contigo, porque tu viaje servirá a la casa ya que es preciso que repares su desgaste y alimentes su alegría. Y previste en tu ganancia una alfombra de alta lana y, para tu esposa, algún collar de plata. Por eso cantas en el camino y habitas la paz del amor, aunque te destierras en apariencia. Construyes tu casa, con los golpecitos de tu vara, guiando al asno, sujetando las cestas, frotándote los ojos porque es temprano. Eres más solidario con tu mujer que en las horas ociosas cuando te vuelves hacia el horizonte, desde el umbral de tu casa, sin pensar siquiera en volverte para saborear algo de tu reino, porque sueñas entonces con una lejana boda a la que deseas asistir, o con tal trabajo, o con tal amigo.

Y ahora que estáis más despiertos, si ocurre que tu asno intenta demostrar mejor su empeño, escuchas el trote poco durable que produce como un canto de guijarros y meditas tu mañana. Y sonríes. Porque elegiste ya el negocio en que regatearás el brazalete de plata. Conoces al viejo comerciante. Se alegrará con tu visita pues eres su mejor amigo. Preguntará por tu mujer. Te interrogará sobre su salud, porque tu mujer es preciosa y frágil. Te dirá tantos y tantos elogios, y con tan emocionada voz, que el transeúnte menos sutil, con solo oír tales elogios, la juzgaría digna del brazalete de oro. Pero suspiras. Porque así es la vida. Tú no eres rey. Eres quintero de legumbres. Y el vendedor también suspirará. Y cuando

hayáis suspirado bastante en homenaje al inaccesible brazalete de oro, te confesará que prefiere los de plata. Ante todo, te explicará, un brazalete debe ser pesado. Y los de oro son siempre livianos. El brazalete tiene un sentido místico. Es el primer eslabón de la cadena que os une el uno al otro. Grato es, en amor, sentir el peso de la cadena. En el brazo bonitamente alzado, cuando la mano acomoda el velo, la joya debe pesar porque así informa al corazón. Y el hombre volverá de su trastienda con el más pesado de sus anillos y te rogará que pruebes el efecto de su peso meciéndolo con los ojos cerrados y meditando sobre la calidad de tu placer. Y harás la experiencia. Aprobarás. Y lanzarás otro suspiro. Porque así es la vida. No eres capitán de una rica caravana. Sino conductor de un asno. Y mostrarás el asno, que espera ante la puerta y no es vigoroso, y dirás: «Mis riquezas son tan poca cosa que esta mañana, bajo su peso, trotaba». El vendedor pues lanzará también un suspiro. Y cuando hayáis suspirado bastante en homenaje al inaccesible brazalete pesado, te confesará, respecto a los brazaletes livianos, que al fin y al cabo son superiores en calidad de cincelado, que es más fino. Él te mostrará el que deseas. Porque desde hace días decidiste, según tu cordura, como un jefe de Estado. Hay que reservar una parte de las ganancias del mes para la alfombra de espesa lana, y otra para el rastrillo nuevo, otra finalmente para el alimento diario...

Y ahora comienza la verdadera danza, porque el vendedor conoce a los hombres. Si adivina que su anzuelo está bien prendido, no te aflojará la línea. Pero le dices que el brazalete es demasiado caro y te despides. Te llama, pues. Es tu amigo. Consentirá un sacrificio por la belleza de tu esposa. Lo apenaría tanto dejar su tesoro en manos de una fea. Vuelves, pues, pero a pasos lentos. Regulas tu regreso como un deambular. Pones mala cara. Sopesas el brazalete. No tienen gran valor si no son pesados. Y la plata no brilla. Vacilas, pues, entre una pobre joya y la hermosa tela de color que viste en el otro negocio. Pero tampoco debes hacerte demasiado el desdeñoso porque si desespera de venderte te dejará alejarte. Y te ruborizarás del mal pretexto en que te embarullarás para volver.

Y ciertamente, el que nada supiese de los hombres miraría bailar la danza de la avaricia, cuando es la danza del amor y creería, al oírte hablar del asno y de legumbres, o filosofar sobre el oro y la plata, la

cantidad o la fineza, y demorar así tu regreso con largas y lejanas diligencias, que estás muy lejos de tu casa, cuando la habitas verdaderamente en ese mismo instante. Porque no hay ausencia fuera de la casa o del amor si cumples los pasos del ceremonial del amor o de la casa. Tu ausencia no te separa, te une; no te divide, te confunde. Y ¿puedes decirme dónde reside el límite tras el cual la ausencia es separación? Si bien está anudado el ceremonial, si contemplas bien al dios en el cual os confundís, si ese dios es bastante ardiente, ¿quién te separará de la casa o del amigo? Conocí hijos que me decían: «Mi padre murió sin haber terminado de construir el ala izquierda de su morada. Yo la construyo. Sin terminar de plantar sus árboles. Yo los planto. Mi padre, al morir, me legó el cuidado de proseguir más lejos su obra. La prosigo. O de permanecer fiel a su rey. Yo soy fiel». Y en esas casas no sentí que el padre estuviese muerto.

Tu amigo y tú mismo, si buscas fuera de ti o fuera de él la raíz común, si existe para vosotros dos, leído a través de la disparidad de materiales, algún lazo divino que anude las cosas, no hay distancia ni tiempo que puedan separaros porque esos dioses en los que vuestra unidad se funda se ríen de las murallas y los mares.

Conocí un viejo jardinero que me hablaba de su amigo. Habían vivido los dos como hermanos antes que la vida los separase, juntos tomaban el té por la tarde, celebraban las mismas fiestas, se buscaban el uno al otro para pedirse consejos o entregarse a confidencias. Y ciertamente poco tenían que decirse y pronto se los veía pasear, terminado el trabajo, y mirar sin pronunciar palabra las flores, los jardines, el cielo y los árboles. Pero si uno de ellos movía la cabeza palpando con el dedo alguna planta, el otro a su vez se inclinaba, y al reconocer la huella de las orugas, movía la suya. Y las flores muy abiertas proporcionaban a los dos el mismo placer.

Mas ocurrió que un mercader ocupó a uno de ellos, y lo asoció por algunas semanas a su caravana. Pero los salteadores de caravanas, luego el azar de la existencia, y las guerras entre los imperios, y las tempestades, y los naufragios, y las ruinas, y los duelos, y los oficios para vivir, traquetearon a aquel durante años, como un tonel en el mar, llevándolo de jardín en jardín hasta los confines del mundo.

Mas he aquí que mi jardinero después de una vejez de silencio recibió una carta de su amigo. Sabe Dios cuántos años había navegado. Sabe Dios qué diligencias, qué caballeros, qué navíos, qué caravanas, uno tras otro, le habían encaminado con la misma obstinación de los millares de olas del mar, hasta su jardín. Y esa mañana, como estaba radiante de su dicha y quería hacerla compartir, me pidió que leyese, como se pide que se lea un poema, la carta que había recibido. Y ciertamente no había más que algunas palabras porque los jardineros eran más hábiles para la azada que para la escritura. Y leí simplemente: «Esta mañana podé mis rosales...», después, meditando sobre lo esencial, que me parecía informulable, moví la cabeza como lo hubiesen hecho ellos.

He aquí, pues, que mi jardinero ya no conoció reposo. Lo hubieses podido oír enterándose de la geografía, de la navegación, los correos y las caravanas y las guerras entre los imperios. Y tres años después llegó el día fortuito de cierta embajada que yo enviaba al otro extremo de la tierra. Cité, pues, a mi jardinero: «Puedes escribir a tu amigo». Sufrieron un poco mis árboles y las legumbres del huerto, y hubo fiesta entre las orugas, porque él se pasaba los días encerrado, garabateando, raspando, volviendo a empezar la tarea, sacando la lengua como un niño sobre su trabajo, porque encontraba algo urgente que decir y necesitaba transportarse entero, en su verdad, a su amigo. Necesitaba construir su propio puente sobre el abismo, alcanzar la otra parte de sí a través del espacio y el tiempo. Necesitaba decir su amor. Y he aquí que, ruborizado, vino a someterme su respuesta para espiar una vez más en mi rostro un reflejo de la alegría que iluminaría al destinatario, y probar así en mí el poder de sus confidencias. Y –porque en verdad no había nada más importante para dar a conocer, porque se trataba para él primeramente de eso en que se transmutaba, tal como las viejas que gastan los ojos en los manejos de agujas para florecer a su dios– leí que confiaba al amigo, con su letra aplicada y torpe, como una súplica convencida, pero de humildes palabras: «Esta mañana, yo también podé mis rosales...». Y me callé, sobre mi lectura, meditando sobre lo esencial que empezaba a aparecerme mejor; porque ellos te celebraban, Señor, uniéndose en ti, por encima de los rosales, sin saberlo.

¡Ah Señor!, rogaré por mí, después de haber enseñado a mi pueblo

lo mejor posible. Porque recibí de ti demasiado trabajo para encontrar a tal o cual a quien hubiese podido amar, pues fue preciso que me privase de un trato que es el único en procurar los placeres del corazón, porque los retornos son gratos aquí y no en otra parte y los sonidos de voces determinadas y las confidencias infantiles de la que cree llorar su joya perdida, cuando llora ya la muerte que separa de todas las joyas. Pero me condenaste al silencio para que más allá del viento de las palabras escuchase su significación; porque es mi misión inclinarme sobre la angustia que decidí curar en los hombres.

Ciertamente, quisiste ahorrarme el tiempo que hubiese gastado en locuacidad, y el infierno de palabras sobre la joya perdida –y nadie saldrá nunca de esos litigios, puesto que no se trata de una joya, sino de la muerte–, como sobre la amistad o el amor. Porque amor o amistad solo se anudan en Ti, y tuya es la decisión de permitirme llegar allí solo a través de tu silencio.

¿Qué recibiré, puesto que sé que no corresponde a tu dignidad, ni siquiera a tu solicitud, visitarme en mi estadio y nada espero del teatro de títeres de las apariciones de arcángeles? Porque yo, que no me dirijo a tal o cual, sino al labrador como al pastor, mucho tengo que dar; pero nada que recibir. Y si acontece que mi sonrisa pueda embriagar al centinela, puesto que soy el rey y en mí se anuda el imperio que está hecho de su sangre y que, en retorno, el imperio paga a través de mí su propia sangre con mi sonrisa, ¿qué puedo, Señor, esperar de la sonrisa de aquel? De unos y otros no solicito para mí el amor, y me importa poco si me ignoran o me odian, a condición de que me respeten como camino hacia Ti, porque solicito el amor para Ti solo de quienes son –y de quien soy–, y anudo el haz de sus movimientos de adoración, y te lo delego, así como delego al imperio, no a mí, la genuflexión de mi centinela, porque no soy muro, sino operación de semilla que extrae de la tierra ramajes para el sol.

Me asalta, pues, a veces, porque para mí no hay rey que pueda recompensarme con una sonrisa, y es conveniente que yo ande así hasta la hora en que te dignes recibirme y confundirme con los de mi amor; me asalta, pues, cada tanto, el cansancio de estar solo, y la necesidad de reunirme con los de mi pueblo; pues, sin duda, no soy

aún bastante puro.

Por juzgar feliz al jardinero que se comunicaba con su amigo me asalta a veces el deseo de ligarme así, según su dios, con los jardineros de mi imperio. Y acontece que descienda con lentos pasos, un poco antes del alba, los escalones de mi palacio hacia el jardín. Me encamino en la dirección de los rosales. Observo aquí y allá, y me inclino atento sobre algún tallo, yo que, llegado el mediodía, decidiré el perdón o la muerte, la paz o la guerra. La supervivencia o la destrucción de los imperios. Luego, levantándome de mi trabajo con dificultad, porque envejezco, digo simplemente, desde el corazón, para alcanzar a todos los jardineros vivos y muertos por la única senda eficaz: «Yo también esta mañana podé mis rosales». Y me importa poco, de ese mensaje, si se encamina o no durante años, si llega o no a tal o cual. No es ese el objeto del mensaje. Para unirme a mis jardineros saludé simplemente a su dios, que es rosal en el alba.

Señor, así con mi enemigo amado al que no me uniré, sino más allá de mí mismo. Y en quien, pues se me parece, acontece esto mismo. Hago, pues, justicia según mi cordura. Él hace justicia según la suya. Ellas parecen contradictorias, y si se afrontan, alimentan nuestras guerras. Pero él y yo, por caminos opuestos, seguimos con nuestras palmas las líneas de fuerza del mismo fuego. Y ellas se encuentran, Señor, solo en Ti.

Terminado mi trabajo, he embellecido el alma de mi pueblo. Él, terminado su trabajo, ha embellecido el alma de su pueblo. Y yo, que pienso en él, y él, que piensa en mí, aunque ningún lenguaje nos sea ofrecido para nuestros encuentros, cuando hemos juzgado, o dictado el ceremonial, o castigado o perdonado, podemos decir, él para mí, como yo para él: «Esta mañana podé mis rosales...».

Porque Tú eres, Señor, la común medida de uno y otro. Eres el nudo esencial de actos diversos.

Créditos

Alba minus

Título original: Citadelle

© de la traducción: Hellen Ferro

© Gallimard, 1948

© de esta edición: Alba Editorial, s.l.u.

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www. albaeditorial.es

Diseño: Pepe Moll de Alba

Primera edición: enero de 2017

Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-285-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las san- ciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 ha emprendido una labor de recuperación de literatura clásica (Alba Clásica y Maior), así como de ensayo histórico, literario y memorísticos (Colección Trayectos). Asimismo, merece una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y la colección Fuera de Campo conocida por la publicación de textos de formación cinematográfica y literaria en todos sus ámbitos. También destacan sus originales y vistosos libros de cocina, así como sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial, 2010. En 2012 ha incorporado a su catálogo dos nuevas colecciones, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros de los siglos xix y xx).

Consulta www.albaeditorial.es

Alba Editorial, S.L.U.

Baixada de Sant Miquel, 1 bajos

08002 Barcelona

T. 93 415 29 29

info@albaeditorial.es

Notas

[1] Este pasaje iba precedido en el manuscrito por la mención: «Nota para más adelante». [Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.]

[2] Este capítulo estaba precedido en el manuscrito por la mención: «Nota para más adelante».

[3] Este pasaje estaba precedido en el manuscrito por la mención: «Nota para más adelante».